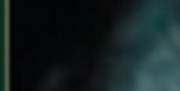
WILLIAM

BARCLAY



COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 5 -

Evangelio según san Juan (1)

PRESENTACIÓN

El estar dedicado este comentario al libro del Nuevo Testamento que es el gran favorito de la mayoría, nos hace más exigentes; pero William Barclay, una vez más, cumple y supera ampliamente todas nuestras expectaciones.

Con la claridad y la naturalidad a que nos tiene acostumbrados, aquí también bucea en las profundidades de los sentidos ocultos bajo la superficie, y se remonta, como sobre alas de águila, para describirnos panoramas alucinantes que no se pueden vislumbrar con la vista de la razón a secas. Nos introduce en escenas y escenarios: el pradillo herboso cerca de Betsaida Julias en el que se ha reunido una expectante, cansada y hambrienta muchedumbre; el Atrio de los Gentiles del templo de Jerusalén, con su tráfago mercantil que dificulta el recogimiento de sinceros buscadores de Dios; el Huerto de Getsemaní, a la luz de la luna llena de la Pascua, repentinamente invadido por todo un cuerpo de ejército que busca a un Carpintero; la orilla del Mar de Galilea al amanecer, en la que el Resucitado espera, con el desayuno dispuesto en el fuego, el retorno de unos pescadores agotados después de una noche de infructuoso faenar... Y nos presenta a personajes que no pueden parecernos más vivos ni más reales: Andrés, que llevaba a Jesús a todos los que podía; la marginada Samaritana, liberada para enfrentarse consigo misma y con la vida; Pedro, impetuoso y seguro de sí mismo, que sufre un fracaso y lo supera, y tantos otros que comparten con nosotros sus luchas, y su supremo descubrimiento.

Al lado de personajes notables de la historia universal o de la de la Iglesia aparecen figuras insignificantes para los historiadores, que nos transmiten ejemplos conmovedores, como el chico o el mecánico que dieron su vida en la guerra para comunicar un mensaje o restablecer una comunicación; o la niña del suburbio que se preguntaba si le molestaría a Dios que cogiera algunas de Sus margaritas; o los niños gitanos visitando reverentes una catedral inglesa; o los escolares escoceses que echaban de menos a Jesús un día de tormenta... O historias tan conmovedoras como la de la pareja enamorada de O'Henry, o la del jefe amerindio y el misionero.

Desarrolla magistralmente los grandes temas joaninos, como: La Palabra, en sus trasfondos hebreo y griego; el nuevo nacimiento; la relación entre el amor y la obediencia; la unidad de la Iglesia; la oración en el nombre de Jesús, y la persona y la obra del Espíritu Santo. Presta la debida atención a los títulos de Jesucristo tan característicos del Evangelio de Juan: El Buen Pastor; el Cordero de Dios; la Luz del mundo; el Camino, la Verdad y la Vida, etc., etc.; y a la enseñanza acerca de la. deidad, preexistencia y omnisciencia de Cristo, así como de Su humanidad: Su majestad, autoridad, honestidad, simpatía, independencia, intrepidez, etc.

Nos aclara circunstancias históricas y costumbristas como la enemistad secular entre judíos y samaritanos; el sentido y el ritual de las fiestas judías; la gran hazaña de ingeniería del túnel de Siloé; la importancia de los pastores en la historia de Israel; el carácter del agua en la antigüedad; cómo se celebraban las bodas, y cómo se organizaban los duelos, etc., etc.

No faltan toques de humor, como la semblanza de «los fariseos acardenalados» de la Misná, o de «los ministros funerarios» de Spurgeon. Explica frases como «entrar y salir», «el canto del gallo» , «estar en el seno de alguien»; y otras más misteriosas, como «Yo dije: ¡Sois dioses!»; y nos ilumina detalles pictóricos que se nos podrían pasar desapercibidos, como que los panecillos del chico eran de cebada; y saca deducciones que hacen comprender mejor los hechos, como la colocación de los comensales en la última Cena.

«Detrás de este evangelio -escribe Barclay al final de la Introducción- está toda la iglesia de Éfeso, toda la comunión de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.»

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

EL EVANGELIO DE LA MIRADA DE ÁGUILA

Para muchos cristianos, *El Evangelio según san Juan* es el libro más precioso del *Nuevo Testamento. Es* el libro en el que, por encima de todo, alimentan sus mentes, edifican sus corazones y descansan sus almas. A menudo encontramos en las vidrieras de colores y sitios así a los evangelistas representados simbólicamente con las figuras de los cuatro seres vivientes que vio el autor del *Apocalipsis* alrededor del trono de Dios *(Apocalipsis 4:7).* Los símbolos se distribuyen de diversas maneras entre los evangelistas; pero lo más corriente es asignar *el hombre a Marcos,* porque es el más sencillo y natural y humano de los evangelios; *el león* representa a *Mateo,* porque es el que vio a Jesús específicamente como el Mesías y el León de la tribu de Judá; *el becerro* corresponde a *Lucas,* porque es el animal del servicio y del sacrificio, y Lucas vio a Jesús como el gran Siervo de los hombres y el Sacrificio universal por toda la humanidad, y el *águila* representa a *Juan,* porque es el único animal que puede mirar directamente al Sol sin deslumbrarse, *y Juan* tiene la mirada más penetrante de todos los autores del *Nuevo Testamento* para escrutar las verdades y los misterios eternos y la misma naturaleza de Dios. Muchos se encuentran más cerca de Dios y de Jesucristo en *Juan* que en ningún otro libro del mundo.

EL EVANGELIO QUE ES DIFERENTE

Pero no tenemos más que leer el Cuarto Evangelio de corrido para darnos cuenta de que es distinto de los otros tres. Omite muchas cosas que los otros incluyen. Por ejemplo: no nos relata el nacimiento de Jesús, ni el bautismo, ni las tentaciones; no hace referencia a la última Cena, ni a Getsemaní, ni a la Ascensión. No nos dice ni una palabra de la curación de personas que estuvieran poseídas por demonios o espíritus malos. Y, probablemente lo más sorprendente: no contiene ninguna de las parábolas que contó Jesús y que son una parte tan preciosa de los otros tres evangelios. En ellos Jesús usa, o bien esas historias maravillosas, o breves frases epigramáticas y gráficas que se quedan en la memoria. Pero el Cuarto Evangelio nos conserva discursos de Jesús que ocupan a veces capítulos enteros, y que son exposiciones razonadas y desarrolladas, muy diferentes de los dichos jugosos e inolvidables de los otros tres evangelios.

Todavía más sorprendente es que el relato que nos hace el Cuarto Evangelio de los hechos de la vida y el ministerio de Jesús es a menudo distinto del de los otros tres.

(i) Juan hace un relato distinto del *principio* del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios se deja bien claro que Jesús no surgió como predicador hasta después que metieron a Juan el Bautista en la cárcel. «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el Evangelio del Reino de Dios» *(Marcos 1:14; Lucas 3:18ss; Mateo 4:12).* Pero en *Juan* hay un período considerable de tiempo durante el cual el ministerio de Jesús coincide con la actividad de Juan el Bautista *(Juan 3:22-30, 4:1-2).*

(ii) Juan presenta *un escenario* distinto del ministerio de Jesús. En los otros tres evangelios, el principal escenario del ministerio es Galilea, y Jesús no llega a Jerusalén hasta la última semana de Su vida. En *Juan* el principal escenario es Jerusalén y Judea, con ciertas retiradas ocasionales a Galilea *(Juan 2:1-13; 4:35-5:1; 6:1-7:14).* En *Juan,* Jesús está en Jerusalén en una Pascua, que es cuando purifica el templo según *Juan (2:13);* está en Jerusalén otra vez en una fiesta de la que no se nos da el nombre *(Juan 7:2,* 10); está allí en la Fiesta de la Dedicación, en invierno *(Juan 10:22).* Más aún, según el Cuarto Evangelio Jesús ya no se marchó de Jerusalén desde aquella. fiesta; desde el capítulo 10 se queda en Jerusalén todo el tiempo, que puede querer decir meses, desde la Fiesta de la Dedicación en invierno hasta la Pascua en la primavera, cuando le crucificaron.

En esta cuestión lo más probable es que *Juan* esté en lo cierto. Los otros evangelios nos presentan a Jesús haciendo duelo por Jerusalén cuando llega a ella la última semana: < Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía, ¡cuántas veces he querido reunir tus hijos como junta sus pollitos la gallina debajo de sus alas! Pero no quisiste...» *(Mateo 23:37 Lucas 13:34).* Está claro que Jesús no podría haber dicho eso si no hubiera hecho repetidas visitas a Jerusalén y le hubiera dirigido su invitación repetidas veces. Era imposible que dijera eso en su primera visita. En esto no cabe duda de que Juan está en lo cierto.

De hecho, fue esta diferencia de escenario lo que le sugirió a Eusebio una de las primeras explicaciones de las diferencias entre el cuarto y los otros tres evangelios. Dijo que en su tiempo (hacia el 300 d.C.) muchos investigadores mantenían la siguiente opinión. Mateo predicó al principio al pueblo hebreo. Llegó el momento en que tuvo que marcharse para ir a otras naciones. Antes de irse escribió su relato de la vida de Jesús en hebreo, « y así compensó por la falta de su presencia a los que tuvo que dejar.» Después que Marcos y Lucas publicaron sus evangelios, Juan seguía predicando oralmente la historia de Jesús. «Por último se puso a escribir por la siguiente razón: los tres evangelios ya mencionados estaban en las manos de todos y en las suyas también, y dicen que él

los aceptaba totalmente y daba testimonio de su fiabilidad; *pero faltaba en ellos el relato de lo que Jesús había hecho al principio de Su ministerio...* Así es que dicen que Juan, cuando le pidieron que lo hiciera por esta razón, puso en su evangelio el relato del período que habían omitido los evangelistas anteriores, y de los hechos del Salvador durante ese tiempo; es decir, de lo que hizo antes de que metieran en la cárcel a Juan el Bautista... Por tanto Juan refiere los hechos de Jesús de *antes de que* el Bautista fuera encarcelado; pero los otros tres evangelistas tratan de lo que sucedió *después de* ese tiempo... *El Evangelio según Juan* contiene *los primeros* hechos de Cristo, mientras que los otros hacen un relato de *la última parte* de Su vida» (Eusebio, *Historia Eclesiástica 5:24).*

Así que, según Eusebio, no hay la menor contradicción entre el Cuarto Evangelio y los otros tres; las diferencias se deben al hecho de que el Cuarto Evangelio está describiendo, por lo menos en los primeros capítulos, el ministerio en Jerusalén que precedió. al ministerio de Galilea, y que tuvo lugar cuando Juan el Bautista estaba todavía en libertad. Es muy posible que esta explicación de Eusebio sea correcta, por lo menos en parte.

(iii) Juan da una impresión diferente de *la duración* del ministerio de Jesús. Los otros tres evangelios parece que implican que duró solamente un año. En su relato no se menciona la Pascua nada más que una vez, mientras que en *Juan* hay *tres* Pascuas: la de la purificación del templo *(Juan 2:13);* otra cerca de la multiplicación de los panes y los peces *(Juan 6:4), y la* última, cuando crucificaron a Jesús. Según *Juan,* el ministerio de Jesús debe de haber ocupado un mínimo de dos años, y más probablemente un período más cerca de los tres, para incluir todos los acontecimientos. De nuevo *Juan* está en lo cierto, como advertiremos si leemos los otros tres evangelios con atención. Cuando los discípulos arrancaron las espigas *(Marcos 2:23)* debe de haber sido primavera. Cuando Jesús dio de comer a los cinco mil, se sentaron en *la hierba verde (Marcos 6:39),* lo que quiere decir que era primavera otra vez; y debe de haber pasado un año entre los dos acontecimientos. A eso sigue el viaje que hicieron por Tiro y Sidón, y la Transfiguración. En la historia de la Transfiguración, Pedro quería hacer tres chozas para quedarse allí. Lo más natural es pensar que era el tiempo de la Fiesta de los Tabernáculos o chozas, y que por eso hizo Pedro aquella sugerencia *(Marcos 9:5),* lo que colocaría la escena a principios de octubre; y a eso seguiría el período hasta la última Pascua, al principio de la primavera siguiente. Por consiguiente, en el relato de los otros tres evangelistas podemos leer entre líneas que el ministerio de Jesús se extendió de hecho por lo menos tres años, que es lo que presenta Juan.

(iv) Algunas veces hasta sucede que *Juan* difiere de los otros en cuestión de hechos. Hay dos ejemplos sobresalientes. El primero es que *Juan* coloca la Purificación del templo *al principio* del ministerio de Jesús *(Juan 2:13-22), y los otros* la colocan *al final (Marcos 11:15-17; Mateo 21:12-13; Lucas 19:45-46).* El segundo ejemplo es que, cuando lleguemos a estudiar los relatos en detalle, veremos que *Juan* fecha la crucifixión de Jesús el día antes de la Pascua, mientras que los otros evangelios la ponen en el mismo día de la Pascua.

No podemos hacernos los ciegos a las diferencias obvias que existen entre *Juan y los* otros evangelios.

CONOCIMIENTOS EXCLUSIVOS DE JUAN

Una cosa es segura: Si *Juan* difiere de los otros evangelios, no es ni por ignorancia ni por falta de información. El hecho indudable es que, si omite mucho de lo que los otros relatan, también refiere mucho que los otros no mencionan. *Juan* es el único que cuenta las bodas de Caná de Galilea (2:1-11); la conversación de Jesús con Nicodemo (3:1-15); la historia de la samaritana (4); la resurrección de Lázaro (11); cómo Jesús les lavó los pies a Sus discípulos (13:1-17), y la enseñanza maravillosa de Jesús acerca del Espíritu Santo, el Confortador, que se encuentra extendida por los capítulos 14 al 17. Es sólo en *Juan* donde se identifican algunos de los discípulos: Tomás habla (11:16; 14:5; 20:24-29); se nos revela el carácter de Andrés (1:4.0-41; 6:8-9; 12:22); .tenemos detalles del de Felipe (6:5-7; 14:8-9), y escuchamos la crítica mordaz de Judas a la unción de Betania (12:4-5). Y lo curioso es que estos detalles extra son intensamente reveladores. Los retratos que hace Juan de Tomás, Andrés y Felipe son como camafeos o viñetas en los que ha quedado grabado su carácter de, una manera que nos resulta inolvidable.

Además, una y otra vez Juan aporta detalles que parecen proceder del recuerdo vivo de uno que estuvo allí: los panecillos que el chaval le trajo a Jesús eran *de cebada* (6:9); cuando Jesús se acercó a sus discípulos cuando estaban cruzando el lago en medio de la tempestad, habían remado *de* cinco *a seis kilómetros (6*:19); había *seis tinajas de piedra* en Caná de Galilea (2:6); Juan es el único que dice que los cuatro soldados *se* jugaron *la* túnica inconsútil mientras Jesús estaba muriendo. (19-23); sabía el peso exacto de la mezcla de mirra y áloe, *cien libras,* que llevó Nicodemo para ungir el cuerpo de Jesús (19:39), y recordaba cómo el aroma del perfume de la unción *se había extendido por toda* la casa de Betania (12:3). Muchos de estos detalles parecen tan insignificantes que no tendrían ninguna importancia si no fuera porque son indicios del testimonio fidedigno del narrador.

Por mucho que difiera Juan de los otros tres evangelios, las diferencias no se pueden atribuir a ignorancia, sino más bien al hecho de que tenía más conocimientos, o mejores fuentes, o una memoria más fiel que los otros.

Adicional evidencia de la información especializada del autor del Cuarto Evangelio se encuentra en su *conocimiento detallado de Palestina y de Jerusalén.* Sabía el tiempo que se había invertido en la construcción del templo (2:20); que los judíos y los samaritanos estaban enemistados tradicionalmente (4:9); la baja opinión que los judíos tenían de las mujeres (4:9), y el concepto que tenían del sábado (5:10; 7:21-23; 9:14). Tenía un conocimiento íntimo de la geografía de Palestina: conocía dos Betanias, una de las cuales estaba al otro lado del Jordán (1:28; 12:1); sabía que algunos de los discípulos eran de Betsaida (1:44; 12:21); que Caná estaba en Galilea (2:1; 4:46; 21:2), y que Sicar estaba cerca de Siquem (4:5). Tenía un conocimiento de Jerusalén calle por calle: conocía la Puerta de las Ovejas y el estanque que había por allí cerca (5:2); el estanque de Siloé (9:7); el Pórtico de Salomón (10:23); el torrente Cedrón (18:1); el enlosado que se llamaba Gabatá (19:13), y Gólgota, que es como una calavera (19:17). Debe recordarse que Jerusalén fue destruida el año 70 d.C., y que Juan no escribió hasta el año 100 o por ahí; y, sin embargo, se conocía Jerusalén como la palma de la mano.

CIRCUNSTANCIAS EN QUE ESCRIBIÓ JUAN

Ya hemos visto que hay diferencias innegables entre el Cuarto y los otros tres evangelios; y también hemos visto que, fuera por la razón que fuera, no era por falta de conocimiento por parte de Juan. Ahora debemos preguntarnos: ¿Qué propósito tenía Juan al escribir su evangelio? Si podemos descubrirlo, también descubriremos por qué seleccionó y elaboró los hechos de esa manera.

El Cuarto Evangelio se escribió en Éfeso hacia el año 100 d.C. Para entonces habían surgido dos características especiales en la situación de la Iglesia Cristiana. La primera, *que el Cristianismo se había desplazado al mundo gentil.* La Iglesia Cristiana ya no era predominantemente judía; todo lo contrario: era gentil en su inmensa mayoría. Casi todos sus miembros procedían, no de un trasfondo judío, sino helenístico. En tales circunstancias, *había que plantear el Cristianismo de nuevo.* No es que hubiera cambiado la verdad del Evangelio; pero había que cambiar los términos y las categorías en que se había expresado anteriormente.

Vamos a tomar sólo un ejemplo. Si un griego tenía en la mano el *Evangelio según san Mateo,* en cuanto empezara a leerlo se encontraría con una larga genealogía. Los judíos estaban familiarizados con las genealogías, pero a los griegos les parecían algo sumamente extraño. Si seguía leyendo, se encontraba con que Jesús era hijo de David, un rey del que los griegos ni siquiera habrían oído, y que era el símbolo de una ambición racial y nacionalista que no le decían nada. Luego se encontraría con la descripción de Jesús como el Mesías, un término que no habría oído nunca. ¿Es que un griego que quisiera hacerse cristiano estaba obligado a reorganizar todas las categorías de su pensamiento para que se ajustaran a las de los judíos? ¿Tendría que aprender un montón de la historia dé los judíos y de su literatura apocalíptica: (que, hablaba de la venida del Mesías) antes de poder ser cristiano? Como lo expresó E. J. Goodspeed: « ¿No había manera de que se le pudiera introducir directamente a las realidades de la Mvációá cristiana sin tener que pasar, diríamos «que ser reciclado», al judaísmo?» Los griegos eran los mejores pensadores del mundo. ¿Tenían que abandonar la totalidad de su gran herencia intelectual, y empezar a pensar en los términos y las categorías. de pensamiento de los judíos?

Juan se enfrentó con este problema directa y honradamente. Y encontró una, de las mayores soluciones. que hayan entrado nunca en la mente humana. Más adelante, en el comentario, trataremos. de la gran solución de Juan mucho más en detalle. De momento sólo la mencionaremos brevemente. Los griegos tenían dos grandes concepciones.

(a) Tenían la concepción del *Logos.* En griego, logos quiere decir dos cosas: *palabra y razón.* Los judíos estaban familiarizados con la idea de la Palabra todopoderosa de Dios: «Dios dijo: « ¡Que haya luz!» Y hubo luz» *(Génesis 1:3).* Los griegos estaban familiarizados con la idea de la razón. Cuando observaban el universo, veían un orden magnífico e infalible. El día y la noche se sucedían con constante regularidad; las estaciones del año seguían su turno indefectiblemente; las estrellas y los planetas recorrían sus rutas invariables; la naturaleza tenía leyes inalterables. ¿Qué producía este orden? Los griegos contestaban sin dudar que *el Logos,* la Mente de Dios, es responsable del orden mayestático del universo. Y a la pregunta sobre qué es lo que le da al hombre la capacidad de pensar, razonar y saber, contestaban igualmente sin la menor duda que el *Logos,* la Mente de Dios que mora en el interior del hombre, . le hace un ser pensante racional.

Juan se aferró a esta idea. Así era como pensaba en Jesús. Les decía a los griegos: «Toda la vida habéis estado fascinados por esa gran directriz y controladora Mente de Dios. Pues bien: la Mente de Dios ha venido al mundo en el hombre Jesús. Miradle, y veréis cómo son la mente y , el pensamiento de Dios.» Juan había descubierto una nueva categoría en la qué los griegos podían pensar en Jesús, una categoría en la que se presentaba, a Jesús como nada menos que Dios actuando en forma humana.

(b) Tenían la concepción de dos mundos. Los griegos siempre pensaban en dos mundos: Uno era el mundo en que vivimos, un mundo, maravilloso a su modo, pero que es un mundo de sombras: y copias e irrealidades. El otro era el mundo real, en el que las grandes realidades, de las que nuestras cosas terrenas son sólo copias pobres y pálidas, permanecen para siempre. Para los griegos, el mundo invisible era el mundo real; él mundo visible era sólo una sombría irrealidad.

Platón sistematizó esa manera de pensar en su doctrina de las formas o ideas. Mantenía que en el mundo invisible estaba el modelo perfecto de todas las cosas, y que las cosas de este mundo eran copias sombrías de esos modelos eternos. Dicho más sencillamente: Platón mantenía que en algún lugar está el modelo perfecto de una mesa, del que todas las mesas de este mundo son copias imperfectas; en algún lugar está el modelo perfecto de lo bueno y de lo bello, del que toda bondad y belleza terrenas son sólo copias imperfectas. Y la gran realidad, la idea suprema, el modelo de todos los modelos y la forma de todas las formas era Dios. El gran problema era cómo salir de este mundo de sombras, y entrar en el mundo de la realidad. Juan declara que eso es precisamente lo que Jesús nos capacita para hacer. Él *es* la realidad, que ha venido a la Tierra. La palabra griega para *real* es *aléthinós;* está íntimamente relacionada con *aléthés,* que quiere decir *verdadero, y con alétheía,* que quiere decir *la verdad.* La antigua versión Reina Valera y la revisión de 1960 traducen *aléthinós* por *verdadero;* habría sido mucho mejor traducirlo por *real.* Jesús es la luz *real (1:9);* Jesús es el pan *real* (6:32); Jesús es la vid *real* (15:1); a Jesús Le pertenece el juicio *real (8:16).* Jesús es el único que encarna la realidad en nuestro mundo de sombras e imperfecciones.

Hay algo que se deriva de esto. Todas las acciones que Jesús llevó a cabo son, por tanto, no sólo hechos que ocurrieron en el tiempo, sino ventanas por las que se nos permite contemplar la realidad. Eso es lo que Juan quiere decir cuando habla de los milagros de Jesús como *señales (sémeía).* Las obras maravillosas de Jesús no eran simplemente hechos admirables; eran ventanas que se abrían a la realidad que es Dios. Esto explica por qué Juan nos relata los milagros de una manera completamente diferente de la de los otros tres evangelistas. Hay dos diferencias principales.

(a) En el Cuarto Evangelio echamos de menos el carácter de compasión que se encuentra en los relatos de los otros tres. En los otros fue la compasión lo que movió a Jesús a sanar al leproso *(Marcos* 1:41); Su simpatía lo que le salió al encuentro a Jairo *(Marcos* 5:22); Le dio pena del padre del muchacho epiléptico *(Marcos* 9:14); cuando devolvió a la vida al hijo de la viuda de Naín, Lucas dice con una ternura infinita que «se le devolvió a su madre» (Lucas 7:15). Pero en *Juan* los milagros no son tanto obras de compasión como acciones que demuestran la gloria de Cristo. Después del milagro de Caná de Galilea, Juan comenta: «Esta, la primera de sus señales, la hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó *Su gloria» (Juan* 2:4). La resurrección de Lázaro tuvo lugar «para la gloria de Dios» *(Juan* 11:4). La ceguera del ciego de nacimiento existía para permitir la demostración de la gloria de las obras de Dios *(Juan* 9:3). No es que para Juan no hubiera amor ni compasión en los milagros; pero en ellos veía la gloria de la realidad de Dios abriéndose paso en el tiempo y en las condiciones humanas.

(b) A menudo los milagros de Jesús en el Cuarto Evangelio van acompañados de largos discursos. La multiplicación de los panes y los peces va seguida de un largo mensaje sobre el pan de vida (capítulo 6); la curación del ciego viene a ilustrar el dicho de que Jesús es la luz del mundo (capítulo 9); la resurrección de Lázaro conduce al dicho de que Jesús es la resurrección y la vida (capítulo 10). Para Juan, los milagros no eran simplemente acontecimientos singulares en el tiempo, sino vislumbres de lo que Dios está haciendo siempre y de lo que es Jesús siempre; son ventanas a la realidad de Dios. No es sólo que Jesús alimentó una vez a cinco mil personas; esa era una ilustración de que es siempre el pan de vida real. No es sólo que Jesús le dio la vista a uno que había nacido ciego, sino que El es siempre la luz del mundo. No es sólo que Jesús resucitó una vez a Lázaro, sino que Él es siempre y para todos los hombres la resurrección y la vida. Para Juan, un milagro no era meramente un hecho aislado, sino una ventana abierta a la realidad de lo que Jesús ha sido siempre, y es, y siempre ha hecho, y siempre hace.

Con esto en mente, aquel gran investigador que fue Clemente de Alejandría (c. 230 d.C.) llegó a uno de los más famosos y convincentes veredictos acerca del origen y propósito del Cuarto Evangelio. Su sugerencia era que los evangelios que contienen las genealogías se habían escrito primero -es decir, *Mateo y Lucas-; y que* más tarde Marcos, a ruego de muchos que habían oído predicar al apóstol Pedro, escribió su evangelio, que incluía los materiales de la predicación de Pedro; y que «por último, Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado por sus amigos e inspirado por el Espíritu Santo, escribió *un evangelio espiritual.»* (Citado por Eusebio, *Historia Eclesiástica 6:14).* Lo que Clemente quería decir era que Juan no estaba tan interesado en los hechos concretos como en su significado; no tanto en los datos como en la verdad. Juan no veía los acontecimientos de la vida de Jesús simplemente como sucesos en el tiempo; los veía como ventanas por las que se ve la eternidad; e investigaba el sentido espiritual de los hechos y de las palabras de Jesús como no lo intentaron los otros tres evangelistas.

Ese sigue siendo uno de los veredictos más convincentes y profundos que se han alcanzado acerca del Cuarto Evangelio.

Así pues, lo primero de todo, Juan presentó a Jesús como la Mente de Dios que había venido a la Tierra en una persona humana; una persona que posee la realidad en vez de las sombras, y que puede conducir a los hombres de las sombras al mundo real que Platón y otros grandes griegos habían intuido. El Evangelio, que había estado revestido con el ropaje de las categorías judías, asumió por fin la grandeza del pensamiento de los griegos.

EL BROTE DE LAS HEREJÍAS

El segundo de los hechos importantes que confrontaban a la Iglesia cuando se escribió el Cuarto Evangelio era *el brote de* las *herejías.* Hacía ya setenta años que Jesús había sido crucificado. La Iglesia era ya una organización y una institución. Se iban concibiendo y formulando teologías y credos; e, inevitablemente, los pensamientos de algunos siguieron caminos equivocados y surgieron herejías. Una herejía no suele ser una falsedad total; a menudo se produce cuando se subraya exageradamente algún aspecto de la verdad. Podemos descubrir por lo menos dos de las herejías que el autor del cuarto Evangelio trataba de combatir.

(a) Había ciertos cristianos, especialmente los de origen judío, que le asignaban un lugar demasiado alto a Juan el Bautista. Había habido algo en él que era natural que produjera una gran impresión en los judíos. Pertenecía a la estirpe de los profetas, y hablaba con voz profética. Sabemos que en tiempo posterior hubo una secta de Juan el Bautista.

En *Hechos 19:1-7* leemos que Pablo encontró en Éfeso a un grupito de doce hombres en la frontera de la Iglesia Cristiana que no habían llegado más allá del bautismo de Juan.

Una y otra, vez, cortés pero firmemente, relega a Juan al lugar que le corresponde. Una y otra vez, el mismo Juan niega haber poseído o pretendido la categoría suprema, y se la reconoce a Jesús sin el menor lugar a duda. Ya hemos visto que en los otros evangelios el ministerio de Jesús no empezó hasta que metieron en la cárcel a Juan el Bautista; pero en el Cuarto Evangelio los ministerios de ambos coincidieron en parte. Es posible que el autor del Cuarto Evangelio presentara los hechos de forma que se viera que se habían encontrado, y que Juan había aprovechado los encuentros para admitir, y hacer admitir a otros, la supremacía de Jesús. Se hace notar expresamente que, Juan <no era la luz» (1:8). Se le presenta rechazando concretamente ninguna aspiración mesiánica (1:20ss; 3:28; 4:1; 10:41). No se permite considerarle como el testigo supremo (5:36). No se le hace la menor crítica a Juan el Bautista; pero se corrige la posible tendencia a darle un lugar que pertenece solamente a Jesús.

(b) Cierto tipo de herejía que se había extendido ampliamente en los días en que se escribió el Cuarto Evangelio se llama con el nombre general de gnosticismo. Si no lo tenemos en cuenta y lo entendemos un poco, perderemos mucho de la grandeza y del propósito de Juan. La doctrina básica del gnosticismo era que la materia es esencialmente mala, y el espíritu esencialmente bueno. De ahí pasaban los gnósticos a afirmar que Dios no podía tocar la materia y, por tanto, no había creado el mundo. Lo que sí hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Él, hasta que, por fin, hubo una que podía tocar la materia. Esa emanación fue la que creó el mundo.

Esa idea ya es en sí suficientemente mala; pero la hizo peor algo que se le añadió. Los gnósticos afirmaban que cada emanación sabía menos de Dios que las anteriores, hasta que se llegaba a un nivel en el que, no sólo eran ignorantes, sino hostiles a Dios. Así llegaban a la conclusión de que el dios creador era, no sólo diferente del Dios real, sino totalmente ignorante de Él y hostil a Él. Cerinto, uno de los líderes de los gnósticos, dijo que «el mundo fue creado, no por Dios, sino por un cierto poder muy distante de Él y muy lejos de ese otro poder que está sobre el universo, e ignorante del Dios que está sobre todo.»

Los gnósticos creían que Dios no había tenido nada que ver con la creación del mundo. Por eso Juan empieza su evangelio con la afirmación tajante: «Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de lo que hay hecho» (1:3). Por eso Juan insiste en que «de tal manera amó Dios al mundo» (3:16). Frente a los gnósticos, que tanto erraban al «espiritualizar» a Dios hasta tal punto que no podía tener nada que ver con el mundo, Juan presentaba la doctrina cristiana del Dios que creó el mundo y cuya presencia llena el mundo que Él ha hecho.

Las creencias de los gnósticos influían en su idea de Jesús.

(a) Algunos de los gnósticos afirmaban que Jesús era una de las emanaciones que procedían de Dios. Mantenían que no era divino en ningún sentido real; que era sólo una especie de semidiós más o menos distante del Dios real; que era simplemente uno de una cadena de seres inferiores entre Dios y el mundo.

(b) Algunos de los gnósticos mantenían que Jesús no tenía un cuerpo real. El cuerpo es materia, y Dios no podía tocar la materia; por tanto Jesús era una especie de fantasma, no un ser de carne y hueso. Sostenían, por ejemplo, que cuando andaba por la tierra no dejaba huellas, porque su cuerpo no tenía peso ni sustancia. No

podrían haber dicho nunca: « El Verbo se hizo carne» (1:14). Agustín nos dice que había leído muchas de las obras de los filósofos de su tiempo; que había encontrado muchas cosas que eran como lo que hay en el Nuevo Testamento; pero dijo: «Que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros no lo leí allí.» Por eso Juan, en su Primera Epístola, insiste en que Jesús vino en la carne, y declara que el que lo niegue está movido por el espíritu del anticristo (1 Juan 4:3).

Esa forma particular de gnosticismo se llama docetismo, de la palabra griega dokein, que quiere decir parecer; y la herejía así llamada mantenía que Jesús simplemente parecía ser un hombre.

(c) Algunos gnósticos sostenían una variante de esa herejía. Decían que Jesús era un hombre al que vino el Espíritu de Dios en el bautismo; que el Espíritu siguió con él toda su vida, hasta el final; pero, como el Espíritu de Dios no podía sufrir y morir, le dejó inmediatamente antes de que le crucificaran. Explicaban el grito desde la cruz como: « Mi poder, mi poder, ¿por qué me has abandonado?» Y decían en sus libros que había personas hablando en el Monte de los Olivos con uno que era exactamente igual que Jesús, mientras el hombre Jesús moría en la cruz.

Así es que las herejías gnósticas se presentaban en dos formas. O bien creían que Jesús no era realmente divino sino simplemente una de la serie de emanaciones que procedían de Dios, o que no era humano en ningún sentido, sino una especie de fantasma que se presentaba en forma humana. Las creencias gnósticas destruían a la vez la divinidad real y la humanidad real de Jesús.

LA HUMANIDAD DE JESÚS

El hecho de que Juan se propusiera corregir estas dos tendencias gnósticas explica un curioso énfasis paradójicamente doble de su evangelio: Por una parte, no hay otro evangelio que subraye tan sin compromisos la humanidad real de Jesús. Jesús estaba enfadado con los que vendían y compraban en los atrios del templo (2:15); estaba físicamente cansado cuando se sentó al lado del pozo que había cerca de Sicar, en Samaria (4:6); Sus discípulos le ofrecieron algo de comer de la manera que se le ofrecería a uno que tuviera hambre (4:31); Jesús simpatizaba con los que tenían hambre y miedo (6:5, 20); sentía dolor y lloraba con los que estaban de duelo (11:33, 35, 38); en la agonía de la cruz, el grito que salió de sus labios resecos fue: < ¡Tengo sed!> (19:28). El Cuarto Evangelio nos presenta a un Jesús que no era una figura irreal o docética, sino uno que experimentaba el cansancio de un cuerpo agotado, y las heridas de una mente y de un corazón apesadumbrados. Es el Jesús humano en todos los sentidos el que el cuarto Evangelio nos presenta.

LA DEIDAD DE JESÚS

Por otra parte, ningún otro evangelio nos presenta más claramente la deidad de Jesús.

(a) Juan subraya *la preexistencia* de Jesús. «Antes que Abraham fuese -les dijo Jesús-, Yo soy> (8:58); Jesús habla de la gloria que tuvo cerca de Dios antes que el mundo existiera (17:5). Una y otra vez habla de su bajada desde el Cielo (6:3338). Juan veía en Jesús a uno que había existido siempre, hasta antes de la creación del mundo.

(b) El Cuarto Evangelio hace hincapié más que los otros en *la omnisciencia* de Jesús. Juan nos presenta que Jesús sabía, al parecer milagrosamente, el pasado de la mujer samaritana (4:16-17); sin que nadie se lo dijera, Jesús sabía el tiempo que había estado aquel enfermo cerca del estanque milagroso (5:6); desde antes, ya sabía la respuesta a la pregunta que le hizo a Felipe (6:6); sabía que Judas le iba a traicionar (6:61-64), y antes de que nadie se lo dijera ya sabía que Lázaro había muerto (11:14). Juan veía que Jesús tenía un conocimiento especial y milagroso independientemente de lo que otros le pudieran decir. No tenía necesidad de hacer preguntas, porque ya sabía todas las respuestas.

(c) El Cuarto Evangelio hace hincapié en el hecho de que Jesús hacía siempre las cosas por propia iniciativa y sin depender de nadie. No fue la petición de su madre lo que le movió a realizar el milagro de las bodas de Caná de Galilea, sino Su propia decisión personal (2:4); la insistencia de sus hermanos no fue lo que le obligó a ir a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos (7:10); nadie le quitó la vida, Él mismo la ofreció voluntaria -y libremente (10:18; 19:11). Juan se dio cuenta de que Jesús actuaba con una independencia divina, libre de toda influencia humana. Jesús siempre decidía y actuaba por sí mismo.

Para salirles al paso a los gnósticos y a sus extrañas doctrinas, Juan nos presenta a un Jesús que era indudablemente humano, pero que era también indudablemente divino.

EL AUTOR DEL CUARTO EVANGELIO

Hemos visto que el propósito del autor del Cuarto Evangelio era presentar el Evangelio de una forma que resultara comprensible para los griegos, y también combatir las herejías e ideas equivocadas que habían surgido en el seno de la Iglesia. Ahora debemos pasar a preguntarnos: ¿Quién fue el autor del Cuarto Evangelio? La tradición responde unánimemente que fue el apóstol Juan. Vamos a ver que, sin duda, la autoridad de Juan respalda el evangelio, aunque es posible que no fuera su mano la que le diera la forma definitiva. Vamos a recoger lo que sabemos del apóstol Juan.

Era el más joven de los hijos de un tal Zebedeo, que tenía un negocio de pesca lo suficientemente bien montado como para tener empleados además de sus hijos *(Marcos 1:19s). Su* madre se llamaba Salomé, y parece probable que fuera hermana de María, la madre de Jesús *(Mateo 27:56; Marcos 16:1).* Con su hermano Santiago obedeció la llamada de Jesús *(Marcos 1:20).* Parecería que Santiago y Juan eran socios de Pedro en el negocio de la pesca *(Lucas 5:7-10).* Era uno de los que formaban el círculo más íntimo de los discípulos, porque las listas empiezan siempre por los nombres de Pedro, Santiago y Juan, y hay ciertas ocasiones especiales en las que Jesús llevó sólo consigo a estos tres *(Marcos 3:17; 5:37; 9:2; 14:33).*

En cuanto a carácter, está claro que era un hombre turbulento y ambicioso. Jesús les puso a él y a su hermano el mote de *Boanergues,* que los evangelistas interpretan como *Hijos del trueno.* Juan y Santiago eran absolutamente exclusivistas e intolerantes *(Marcos* 9:38; *Lucas* 9:49). Tenían un temperamento tan violento que querían demoler un pueblo samaritano porque no les quiso dar hospitalidad cuando iban camino de Jerusalén *(Lucas* 9:54). Ellos dos -o su madre Salomé para ellos- tenían la ambición de convertirse en primeros ministros cuando Jesús inaugurara Su Reino *(Marcos* 10:35; *Mateo* 20:20). En los otros tres evangelios se nos presenta como un líder entre los apóstoles, uno de los del círculo íntimo, y, sin embargo, turbulento, ambicioso e intolerante.

En el *Libro de los Hechos,* Juan siempre aparece en compañía de Pedro, y nunca es él el que habla. Su nombre sigue figurando entre los tres a la cabeza de la lista apostólica *(Hechos* 1:13). Estaba con Pedro en la curación del cojo en la Puerta Hermosa del templo *(Hechos* 3:1 ss). Le trajeron con Pedro al sanedrín, cuando ambos se comportaron con tal valor y arrojo ante los líderes judíos que los dejaron alucinados *(Hechos* 4:1-13). También está con Pedro cuando van a Samaria a supervisar el trabajo de Felipe *(Hechos* 8:14).

En las cartas del apóstol Pablo sólo se le menciona una vez, en *Gálatas* 2:9, donde aparece con Pedro y Santiago como uno de los pilares de la Iglesia que dieron su aprobación a la obra misionera de Pablo.

Juan era una mezcla extraña. Era uno de los líderes de los Doce; formaba parte del círculo más íntimo de los amigos de Jesús, y al mismo tiempo era hombre de temperamento ambicioso e intolerante, pero no menos valiente.

Podemos seguir a Juan en las historias que se contaban de él en la Iglesia Primitiva. Eusebio nos dice que le desterraron a Patmos en el reinado de Domiciano (Eusebio, *Historia Eclesiástica* 3:23). En el mismo pasaje Eusebio nos cuenta una historia característica de Juan que él recibió de Clemente de Alejandría. Juan llegó a ser una especie de obispo de Asia Menor, y estaba visitando a la sazón una de las iglesias cerca de Éfeso. En la congregación vio a un joven alto, fuerte y muy bien parecido. Se volvió al anciano responsable de la congregación y le dijo:

-Te confío encarecidamente a ese joven, y hago testigos de ello a todos los de la congregación.

El anciano dio hospitalidad al joven en su propia casa, y le cuidó e instruyó, hasta que un buen día fue bautizado y recibido en la iglesia. Pero poco después se juntó con malas compañías y se embarcó en una carrera de crímenes que le llevó a ser el jefe de una pandilla de bandoleros y asesinos. Algún tiempo después volvió a pasar Juan por aquella congregación, y le dijo al anciano:

-Da cuenta del depósito que el Señor y yo os confiamos a ti y a la iglesia que está a tu cargo.

Al principio el anciano no sabía de lo que le hablaba Juan, hasta que le dijo:

-Me refiero al alma del joven que te confié.

-¡Ay dijo el anciano-, que está muerto!

-¿Muerto?

-Sí; muerto para Dios. Cayó de la gracia. Tuvo que huir de la ciudad a causa de sus crímenes, y ahora es un bandolero en las montañas.

Inmediatamente, Juan se dirigió á las montañas. Se dejó capturar a propósito por la banda de forajidos. Le llevaron a aquel joven, que era el jefe, que, de la vergüenza que le dio, intentó huir de él. Juan, aunque era anciano, le persiguió gritándole:

-¡Hijo mío! ¿Es que vas a huir de tu padre? Yo estoy débil y cargado de años; ten piedad de mí, hijo mío; no tengas miedo; aún hay esperanza de salvación para ti. Yo me presentaré por ti ante el Señor Cristo. Si

hace falta, de buena gana moriré por ti como Él murió por mí. ¡Detente, para, cree! ¡Es Cristo el Que me ha enviado a Ti!

Aquellas palabras quebrantaron el empedernido corazón del joven, que se detuvo, tiró las armas y rompió a llorar. Juntos bajaron de la montaña, y el joven volvió a la iglesia y a la fe. Aquí vemos el amor y el valor de Juan en acción.

Eusebio (3:28) nos cuenta otra historia de Juan que él sacó de las obras de Ireneo. Ya hemos visto que uno de los líderes de la herejía gnóstica era un tal Cerinto. «El apóstol Juan entró una vez en los baños para darse un baño; pero, cuando se enteró de que Cerinto estaba allí, pegó un salto y salió corriendo por la puerta de donde estaba, porque no podía soportar estar bajo el mismo techo que él. Y aconsejó a los que estaban con él que hicieran lo mismo.

-¡Huyamos -les dijo- antes que los baños se nos caigan encima; porque Cerinto, el enemigo de la verdad, está dentro!»

Aquí tenemos otro rasgo del temperamento de Juan. Boanergues no había muerto del todo.

Casiano nos cuenta otra historia famosa de Juan. Cierto día, estaba jugando con una perdiz amaestrada. Un hermano más rígido y estrecho le reprendió por perder el tiempo, y Juan le respondió:

-El arco que siempre está tenso, pronto deja de tirar derecho.

Y es Jerónimo el que nos cuenta la historia de las palabras finales de Juan. Cuando estaba muriendo, sus discípulos le preguntaron si tenía algún último mensaje que dejarles.

-Hijitos: Amaos unos a otros y lo repitió varias veces. Cuando le preguntaron si era eso todo, dijo sencillamente:

-Con eso basta, porque es el mandamiento del Señor.

Tal es la información acerca de Juan que nos ha llegado, de la que surge como figura de temperamento ardiente, de gran ambición, de indudable coraje y, finalmente, de tierno amor.

EL DISCÍPULO AMADO

Si hemos ido siguiendo las referencias con atención, nos habremos dado cuenta de una cosa. Todo lo que sabemos de Juan se encuentra en los otros evangelios. Es sorprendente que el apóstol Juan nunca se menciona en el Cuarto Evangelio, de principio a fin. Pero sí menciona a otras dos personas.

Primero, habla del discípulo *al que Jesús amaba.* Se le menciona cuatro veces: estaba recostado en el pecho de Jesús en la Última Cena *(Juan 13:23-25;* RV60: «al lado de Jesús> y «cerca del pecho de Jesús»); fue a él al que Jesús le confió a Su madre cuando estaba muriendo en la cruz (19:25-27); fue a él y a Pedro a los que se encontró María Magdalena al volver de la tumba vacía la mañana del Domingo de Resurrección (20:2); estaba presente en la última aparición de Jesús Resucitado en el lago (21:20).

En segundo lugar, el Cuarto Evangelio tiene una especie de personaje al que podríamos llamar *el Testigo.* Cuando nos refiere que la lanza hirió el costado de Jesús, del que salió agua con sangre, se añade: «Y el que lo vio ha dado testimonio y su testimonio es verdad, y él sabe que dice la verdad para que vosotros también creáis» (19:35). Al final del evangelio se hace la afirmación de que fue el Discípulo amado quien testificó de estas cosas, «y sabemos que su testimonio es verdad» (21:24).

Aquí nos enfrentamos con algo bastante extraño. Juan no se menciona a sí mismo en el Cuarto Evangelio, pero sí al Discípulo amado y, además, al Testigo mayor de toda excepción de la historia. Nunca se ha dudado realmente en la tradición que el Discípulo amado era Juan. Algunos han tratado de identificarle con Lázaro, porque se nos dice que Jesús le amaba (11:3, 5), o con el joven rico, del que se dice que Jesús le amó cuando le vio *(Marcos 10:21).* Pero, aunque el evangelio nunca lo dice con todas las letras, la tradición ha identificado siempre a Juan con el Discípulo amado, y no hay razón de peso para dudar de esa identificación.

Pero surge un detalle muy real: Supongamos que fue Juan mismo el que escribió el evangelio. ¿Sería normal que hablara de sí mismo como el Discípulo amado de Jesús? ¿Sería realmente normal que se destacara a sí mismo de esa manera, como si quisiera decir: «Yo era Su favorito, al que Jesús quería más que a nadie»? Es realmente muy poco probable que Juan se asignara ese título; si fueron otros los que se lo aplicaron, bonito; pero, si fue él mismo, parece presunción.

Entonces, ¿habría alguna manera de que el Cuarto Evangelio fuera de Juan como testigo presencial, pero al mismo tiempo lo hubiera escrito otra persona?

LA PRODUCCIÓN DE LA IGLESIA

En nuestra búsqueda de la verdad, empezamos por darnos cuenta de una de las características sobresalientes y únicas del Cuarto Evangelio. Lo más sorprendente en él son los largos discursos de Jesús. A

menudo llenan todo un capítulo, y son muy diferentes de la manera como se nos presenta en los otros 3 evangelios que hablaba Jesús.

El Cuarto Evangelio, como ya hemos visto, se escribió hacia el año 100 d.C., es decir, setenta años después de la Crucifixión. ¿Se pueden considerar esos discursos como reproducciones palabra por palabra de lo que dijo Jesús? ¿O podemos explicarlos de alguna manera, que a lo mejor les da todavía más valor? Debemos empezar manteniendo en mente el hecho de los discursos y de las preguntas que suscitan inevitablemente.

Y tenemos algo que añadir a eso. Resulta que tenemos entre los escritos de la Iglesia Primitiva una amplia serie de relatos sobre la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio: El más antiguo es el de Ireneo, que fue obispo de Lyon hacia el 177 d.C.; y había sido discípulo de Policarpo, que a su vez lo había sido de Juan. Por tanto hay una cadena, corta e ininterrumpida, entre Ireneo y Juan. Escribe Ireneo:

> *«Juan, el discípulo del Señor, el que se recostó en su pecho, fue el que* publicó *el evangelio en Éfeso; cuando estaba viviendo en Asia.»*

Lo más sugestivo es que Ireneo no dice simplemente que Juan *escribió el evangelio;* dice que Juan lo *publicó (exedóke)* en Éfeso. La palabra que usa Ireneo suena, no como si se tratara de la publicación privada de unas memorias personales, sino de la salida al público de un documento oficial.

El siguiente relato es el de Clemente, que era el cabeza de una gran escuela cristiana en Alejandría hacia el año 230 d.C.:

> *«Por último Juan, reconociendo que lo que hacía referencia a las cosas corporales del ministerio de Jesús se había narrado suficientemente, y animado* por sus amigos *e inspirado por el Espíritu Santo, escribió un evangelio espiritual.»,*

Lo que nos interesa de aquí ahora es la frase *animado por sus amigos.* Empieza a resultar claro que el Cuarto Evangelio es mucho más que la producción de una sola persona, y que había un grupo, una comunidad, una iglesia detrás de él. En el mismo sentido, un manuscrito del siglo X que se llama *Codex Toletanus* que contiene introducciones con breves resúmenes de los libros del *Nuevo Testamento,* introduce el Cuarto Evangelio así:

> *«El apóstol Juan, al que más amaba el Señor Jesús, escribió este evangelio el último, a petición de los obispos de Asia, contra Cerinto y otros herejes.»*

De nuevo recibimos la impresión de que detrás del Cuarto Evangelio está la autoridad de un grupo y de una iglesia.

Ahora pasamos a un documento muy importante, que se conoce como el *Canon de Muratori,* por el nombre del investigador que lo descubrió. Es la primera lista de libros del *Nuevo Testamento* que publicó la Iglesia, y que se compiló en Roma hacia el año 170 d.C. No sólo da una lista de los libros del *Nuevo Testamento,* sino también breves noticias acerca del origen, naturaleza y contenido de cada uno de ellos. Su relato de la manera en que llegó a escribirse el Cuarto Evangelio es sumamente importante e iluminador:

> *«A petición de sus condiscípulos y de sus obispos, Juan, uno de los discípulos, dijo: «Ayunad conmigo tres días desde ahora, y lo que se nos revele a cada uno, sea a favor de que yo lo escriba o no, nos lo comunicaremos.» Aquella misma noche se le reveló a Andrés que Juan había de relatar todas las cosas, ayudado por la revisión de todos.»*

No es fácil aceptar todo ese relato, porque no parece posible que Andrés -si es que era el apóstol- estuviera en Éfeso hacia el año 100 d.C.; pero lo que se reseña con la mayor claridad es que, si bien la autoridad y la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las de Juan; es clara y definitivamente el producto, no de. una persona, sino de un grupo y de una comunidad.

Ahora podemos reconstruir lo que sucedió. Hacia el año 100 d.C. había en Éfeso un grupo de personas cuyo líder era Juan. Le respetaban como a un santo y le amaban como a un padre. Debe de haber tenido cerca de los 100 años. Antes de que muriera, pensaron muy sensatamente que sería una gran cosa que el anciano apóstol

escribiera sus memorias de los años que había estado con Jesús. Pero acabaron haciendo mucho más que eso. Nos los figuramos sentados, reviviendo los días pasados. Uno diría: < ¿Recordáis cómo dijo .Jesús...?» Y Juan diría: < Sí; y ahora sabemos lo que quería decir...»

En. otras palabras: este grupo no escribió solamente lo que *dijo* Jesús; eso no habría sido nada más que una demostración de buena memoria. Estaban escribiendo lo que Jesús *quería decir;* eso era la dirección del Espíritu Santo. Juan había meditado sobre cada palabra que había dicho Jesús; y había pensado bajo la dirección del Espíritu Santo, Que era Alguien muy real para él. W. M. Macgregor tiene un sermón titulado: «Lo que Jesús llega a ser para uno que le ha conocido mucho tiempo.» Esa es la exacta descripción de Jesús que encontramos en este evangelio. A. H. N. Green Armytage lo expresa perfectamente en su libro *Juan que vio. Marcos,* dice, le va bien al *misionero,* con su relato escueto de los hechos de la vida de Jesús. *Mateo* le va bien al *maestro,* con su colección sistemática de las enseñanzas de Jesús; *Lucas* le va bien *al párroco o al pastor,* con su gran simpatía y su retrató de Jesús como el amigo de todos; pero *Juan* es el evangelio del *contemplativo.* Y sigue hablando del aparente contraste entre *Marcos y Juan.* «Los dos evangelios son, -en cierto sentido, el mismo Evangelio. Solamente que, donde Marcos vio las cosas sencilla y llanamente, al natural y literalmente, Juan las vio sutil, profunda y espiritualmente. Podríamos decir que Juan iluminó las páginas de Marcos con la lámpara de una vida de meditación.» Wordsworth definía la, poesía como «Emoción recogida en tranquilidad.» Esa es una descripción perfecta del Cuarto Evangelio. Por eso *Juan* es, sin lugar a dudas, el mayor de los evangelios. Su objetivo no era transcribirnos lo que dijo Jesús como podía haberlo hecho un buen taquígrafo, sino transmitirnos lo que Jesús quería decir. En él, todavía habla el Señor Resucitado. *Juan* no es tanto *El Evangelio según san Juan, como El Evangelio según el Espíritu Santo.* No fue el Juan de Éfeso el que escribió el Cuarto Evangelio: fue el Espíritu Santo el Que lo escribió por medio de Juan.

EL AMANUENSE DEL EVANGELIO

Todavía tenemos que hacernos una pregunta. Podemos estar bien seguros de que la mente y la memoria que hay detrás del Cuarto Evangelio son las del apóstol Juan; pero también hemos visto que por detrás hay también un testigo que fue el escritor, en el sentido de que fue el que lo escribió materialmente. ¿Podemos descubrir quién fue?

Sabemos, por lo que nos han transmitido los escritores de la Iglesia Primitiva, que había realmente, no uno, sino dos Juanes en Éfeso al mismo tiempo: por una parte estaba el apóstol Juan; pero estaba también otro Juan, al que se conocía como el anciano Juan.

Papías, al que le encantaba recoger todo lo que pudiera encontrar sobre la historia del *Nuevo Testamento* y de Jesús, aporta aquí una información muy interesante. Era obispo de Hierápolis, que estaba bastante cerca de Éfeso, y vivió del 70 al 145 d.C. Es decir, que fue un contemporáneo de Juan. Describe cómo trataba de descubrir «lo que habían dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o cualquier otro de los discípulos del Señor; y lo que decían Aristión *y el anciano Juan,* los discípulos del Señor.» En Éfeso estaban *el apóstol* Juan *y el anciano* Juan; y el anciano Juan era tan bien conocido que se le llamaba simplemente El *Anciano. No* cabe duda de que tenía una posición única en la Iglesia. Tanto Eusebio como Dionisio el Grande nos dicen que había todavía en sus días dos tumbas famosas en Éfeso: la del apóstol Juan y la del anciano Juan.

Ahora vamos a fijarnos en las dos cartas *Segunda de Juan y Tercera de Juan.* Son del mismo autor que el Cuarto Evangelio, y ¿cómo empiezan? *La segunda carta* empieza: «El anciano, a la señora elegida y a sus hijos» (2 *Juan l). La tercera carta* empieza: «El anciano, al amado Gayo» (3 *Juan 1).* Aquí tenemos la solución. El que escribió las cartas de su puño y letra fue el anciano Juan; pero la mente y la memoria detrás de ellas eran las de su maestro, el apóstol Juan, al que el anciano Juan describía siempre como «el discípulo amado del Señor.»

EL PRECIOSO EVANGELIO

Cuanto más sabemos del Cuarto Evangelio más precioso nos resulta. Juan había estado pensando en Jesús setenta años. Día a día el Espíritu Santo le había estado descubriendo el sentido de lo que Jesús había dicho y hecho; así es que, cuando Juan ya tenía cerca de un siglo de edad y eran contados los días que le quedaban, se sentó con sus amigos para recordar. El anciano Juan manejaba la pluma para escribir para su maestro, Juan el apóstol; y el último de los apóstoles dejó constancia, no sólo de lo que él le había oído decir a Jesús, sino también de lo que él comprendía entonces que Jesús había querido decir. Recordaba que Jesús

había dicho: «Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podríais asumir; pero, cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él se encargará de guiaros a la Verdad total» (Juan 16:12-13). Había muchas cosas que Juan no había entendido setenta años atrás; había muchas cosas que en esos setenta años el Espíritu de la Verdad le había revelado; y Juan nos las dejó cuando ya la gloria eterna le estaba amaneciendo. Cuando leamos este evangelio, recordemos que estamos leyendo el que es más la obra del Espíritu Santo, que nos declara lo que Jesús había querido decir, por medio de la mente y la memoria del apóstol Juan y la pluma del anciano Juan. Detrás de este evangelio está toda la iglesia de Éfeso, toda la compañía de los santos, el último de los apóstoles, el Espíritu Santo y el mismo Cristo Resucitado.

LA PALABRA

Juan I:1-18

> *Cuando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios. Fue el Agente por medio de quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola cosa que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de El. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de conquistarla. Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz. El que sí era la luz real era el que, en su venida al mundo, da la luz a todas las personas. Estaba en el mundo; y, aunque el mundo había sido hecho por Él, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no le recibieron. A todos aquellos que sí le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Éstos nacieron, no de la sangre, ni de ningún impulso humano, ni de la voluntad de nadie; sino que su nacimiento fue de Dios. Y la Palabra se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y de verdad; y nosotros contemplamos Su gloria, una gloria tal como la que recibe de su padre un hijo único. Juan fue Su testigo, porque exclamó: «Éste es el Que yo os decía: el Que viene detrás de mí, me lleva en realidad la delantera, porque era antes que yo. De Su plenitud es de donde hemos sacado, y hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que dio Moisés fue la ley, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. Nadie ha visto nunca a Dios. Es él único, Que es Dios, Que está en el seno del Padre, el Que nos lo ha dicho todo acerca de Dios. »*

Vamos a estudiar este pasaje por secciones breves y en detalle; pero, antes de hacerlo, debemos tratar de entender lo que Juan está intentando decir cuando describe a Jesús como *la Palabra.*

LA PALABRA SE HIZO CARNE

El primer capítulo del Cuarto Evangelio es una de las más grandes aventuras de pensamiento espiritual jamás emprendidas por la mente humana.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la Iglesia Cristiana se tuviera que enfrentar con un problema muy básico. Había empezado en el judaísmo. Al principio, todos sus miembros eran judíos. En cuanto a Su naturaleza humana, también Jesús era judío; y, en todo caso, excepto unas breves visitas a los distritos de Tiro y de Sidón y a la Decápolis, nunca salió de Palestina. El Cristianismo empezó entre los judíos; y, por tanto, era inevitable que se expresara en la lengua y en las categorías de pensamiento que eran característicamente judías.

Pero, aunque su cuna fue el judaísmo, muy pronto salió al ancho mundo. Treinta años después de la Crucifixión de Jesús, ya había viajado por toda Asia Menor y Grecia y había llegado a Roma. Hacia el año 60 d.C., habría cien mil griegos en la Iglesia por cada judío que fuera cristiano. Las ideas judías les resultaban muy extrañas a los griegos. Para dar sólo un ejemplo destacado, los griegos no había oído nunca hablar del Mesías. El mismo centro de la expectación judía, la venida del Mesías, era una idea totalmente ajena a la mentalidad griega. La misma categoría en la que los judíos cristianos concebían y presentaban a Jesús no tenía ningún sentido para los griegos. Así es que, ahí estaba el problema: ¿Cómo había que presentar el Evangelio al mundo griego?

Lecky, el historiador, dijo una vez que el progreso y la difusión de cualquier idea dependen, no sólo de su fuerza y vitalidad, sino de la predisposición que haya a recibirla en la edad en la que se presenta. La tarea de la Iglesia Cristiana era crear en el mundo griego la predisposición a recibir el Evangelio. Como E. J. Goodspeed dijo, la cuestión era: «¿Tendría un griego que estuviera interesado en el Cristianismo que asumir las ideas mesiánicas y la manera de pensar de los judíos, o podría encontrarse un nuevo enfoque que le hablara a la mente y al corazón desde su mismo trasfondo?» El problema era cómo presentar el Evangelio de una manera que hiciera posible que los griegos pudieran entenderlo.

Alrededor del año 100 d.C. había un hombre en Éfeso que estaba fascinado con ese problema. Se llamaba Juan. Vivía en una ciudad griega. Tenía trato con griegos para los que las ideas judías resultaban extrañas e incomprensibles y hasta groseras. ¿Cómo podría encontrar la manera de presentar el Evangelio a esos griegos para que lo pudieran entender y recibir? Repentinamente, la verdadera solución se esclareció a su alrededor. Lo mismo en el pensamiento griego que en el judío existía el concepto de *La Palabra.* Aquí había algo que se podría elaborar para salir al encuentro del doble mundo griego y judío. Aquí había algo que pertenecía a la herencia de ambas razas y que ambas podían entender.

Así pues, empecemos a mirar los dos trasfondos de la concepción de *la Palabra.*

EL TRASFONDO JUDÍO

En el trasfondo judío hay cuatro hebras que se trenzan en la idea de la Palabra.

(i) Para el judío, una palabra era mucho más que un mero sonido; era algo que tenía una existencia independiente y que de hecho producía resultados. Como dijo el profesor John Paterson: < Para el hebreo, la palabra era algo aterradoramente vivo... Era una unidad de energía cargada de poder. .Volaba como una bala hacia su blanco.» Por eso mismo el hebreo era parco en palabras. En hebreo hay menos de 10.000 palabras, cuando hay 200,000 en griego.

Un poeta moderno cuenta que una vez el que había realizado una hazaña heroica no se lo podía contar a sus camaradas de la tribu porque le faltaban las palabras. A eso se levantó uno «afligido con la necesaria magia de las palabras,» y refirió el hecho en términos tan vívidos y conmovedores que «las palabras cobraban vida y se paseaban arriba y abajo por los corazones de los oyentes.» Las palabras del poeta adquirieron poder. La Historia está llena de esa clase de cosa.

Cuando John Knox predicaba en los días de la Reforma en Escocia, se decía que la voz de ese hombre solo inyectaba más valor en los corazones de los oyentes que diez mil trompetas rugiendo en sus oídos. Sus palabras hacían cosas en las personas. En los días de la Revolución Francesa, Rouget de Lisle escribió *La Marseillaise,* y esa canción lanzó a la gente a la revolución. Las palabras hacían cosas. En los días de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Reino Unido se quedó sin aliados y sin armas, las palabras de su primer ministro Sir Winston Churchill, radiadas a la nación, infundían valor y esperanza en los corazones de la gente.

Esto era todavía más real en el Este, y todavía lo es. Para los orientales, una palabra no es meramente un sonido; es un poder que hace cosas. Una vez, cuando Sir George Adam Smith estaba viajando por el desierto en Oriente, un grupo de musulmanes le dio a su equipo el saludo de costumbre: « ¡La paz sea con vosotros!» En el momento no se dieron cuenta de que era cristiano. Cuando descubrieron que habían dado la bendición a un infiel, volvieron corriendo a pedir que se la devolviera. La palabra era como una cosa que se podía enviar a hacer cosas y que creían que se podía recuperar otra vez. Will Carlton, el poeta, expresa algo así:

< Tras volar las cometas, se vuelve a recogerlas, mas ya no se recogen las palabras que vuelan;
< ¡Cuidado con el fuego!», dice el que te aconseja, pero aun más: «i Ten cuidado con las palabras sueltas!»
Ideas no expresadas puede que queden secas;
las que han volado nunca vuelven vivas ni muertas.»

Bien podemos entender que para los orientales las palabras tienen una existencia independiente y llena de poder.

(ii) El Antiguo Testamento está lleno de esa idea general del poder de las palabras. Una vez que Isaac había pronunciado la bendición del primogénito sobre Jacob en vez de sobre Esaú, aunque se le había sacado con engaño, ya no se podía hacer nada para recuperar esa bendición *(Génesis 27).* La palabra había salido, y había empezado a actuar, y nada la podía detener. En particular vemos la Palabra de Dios en acción en la historia de la Creación. En cada etapa de ella leemos: « Y Dios dijo...» *(Génesis 1:3, 6, 11).* La Palabra de Dios es Su poder creador. Una y otra vez encontramos esta idea de la Palabra de Dios, creadora, activa y dinámica. «Por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos» *(Salmo 33:6).* «Envió Su Palabra, y los sanó» *(Salmo 107:20). « Él* envía Su

Palabra a la Tierra; velozmente corre Su Palabra» *(Salmo 147:15).* «Así será Mi Palabra que sale de Mi boca; no volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo quiero, y será prosperada para aquello que la envié» *(Isaías 55:11). «¿No* es Mi Palabra como fuego, dice el Señor, y como una maza que quebranta la piedra?» *(Jeremías 23:29).* «Señor, Tú hablaste claramente en la primera Creación en el primer día, cuando mandaste: Sea hecho el Cielo y la Tierra: y la obra se siguió a Tu Palabra» (4 *Esdras 6:38, Biblia del Oso).* El autor del *Libro de la Sabiduría* se dirige a Dios: «Dios de los Padres, y Señor misericordioso, Que creaste todas las cosas con Tu Palabra» *(Sabiduría 9:1, Biblia del* Oso). Por todo el Antiguo Testamento está esta idea de la Palabra poderosa, creadora. Aun las palabras humanas tienen una especie de actividad dinámica; ¡cuánto más la Palabra de Dios!

(iii) Algo se incorporó a la vida religiosa hebrea que acentuó considerablemente el desarrollo de esta idea de la Palabra de Dios. Durante los cien años o más que precedieron a la venida de Jesús, el hebreo dejó de ser una lengua viva. El Antiguo Testamento estaba escrito en hebreo, pero los judíos ya no conocían esa lengua. Los estudiosos sí; pero la gente corriente, no. Hablaban dialectos del arameo, una lengua emparentada con el hebreo que había sido la *lingua franca* del Oriente Próximo antes del griego. En aquellas circunstancias tenían que traducir las Escrituras a esa lengua que era la que la gente entendía, que son lo que se llama *targum* (singular) o *targumim* (plural). En la sinagoga se leían las Escrituras en el original hebreo, pero con traducción alternada cada pocos versículos.

Los targumim se produjeron en una época en la que los judíos estaban fascinados con la idea de la trascendencia de Dios, y no pensaban más que en la distancia que los separaba de Él, que es absolutamente diferente de nosotros. Por esa razón, los que hicieron los targumim tenían mucho miedo de atribuirle a Dios pensamientos, o sentimientos, o acciones humanas. Para decirlo con el término técnico, se esforzaban para no caer en *antropomorfismos* al hablar de Dios.

Ahora bien: el Antiguo Testamento habla corrientemente de Dios de manera humana; y siempre que los targumim se encontraban con algo así sustituían el nombre de Dios por *la Palabra* de Dios. Veamos cómo funcionaba esta costumbre. En *Éxodo 19:17* leemos que «Moisés sacó del campamento al pueblo *para encontrarse con Dios.»* El targum pensó que esa era una manera demasiado humana de hablar de Dios, así es que puso que Moisés sacó al pueblo del campamento para encontrarse con *la Palabra de Dios.* En *Éxodo 31:13* leemos que Dios dijo al pueblo que el sábado es una señal entre Mí y vosotros para todas vuestras generaciones.» Esa era una manera de hablar demasiado humana para el targum, así es que dijo en vez que el sábado es una señal entre Mi *Palabra* y vosotros.» *Deuteronomio 9:6* dice que Dios es fuego consumidor; pero el. targum tradujo que *la Palabra de Dios* es fuego consumidor. *Isaías 48:13* presenta un gran cuadro de la Creación: «Mi mano puso el cimiento de la Tierra, y Mi diestra desplegó los cielos.» Esa era una descripción de Dios demasiado humana para el targum, e hicieron decir a Dios: « Por Mi *Palabra* he fundado la Tierra, y por Mi fuerza he colgado los cielos.» Hasta un pasaje tan maravilloso como *Deuteronomio* 33:27, que habla de «los brazos eternos» de Dios, pasó a: « El eterno Dios es, tu refugio, y por *Su Palabra* fue creado el mundo.»

En el *Targum de Jonatán,* la frase *la Palabra de Dios* aparece no menos de unas trescientas setenta veces. Está claro que no es más que una simple perífrasis del nombre de Dios, pero el hecho es que *la Palabra de Dios* se convirtió en una de las expresiones más corrientes de los judíos. Era una frase que cualquier judío devoto reconocería, porque la oiría muy a menudo en la sinagoga cuando se leía la Escritura. Cualquier judío estaría acostumbrado a la expresión *la Memra,* que era como se decía en arameo.

(iv) En este punto tenemos que fijarnos más en algo que ya mencionamos en la introducción. La palabra griega para *palabra* es *logos;* pero *logos* no sólo quiere decir *palabra;* sino también *razón.* Para Juan, y para todos los grandes pensadores que usaban esta idea, estos dos significados estaban íntimamente entrelazados. Siempre que usaban la palabra *Logos,* tenían en mente las dos ideas: la Palabra de Dios y la Razón de Dios.

Los judíos tenían un género literario que se llama *La literatura sapiencial, o de la sabiduría,* que contenía los escritos de los sabios de Israel. No son por lo general especulativos ni filosóficos, sino de sabiduría práctica para la vida y los quehaceres cotidianos. El gran ejemplo de la literatura sapiencial en el Antiguo Testamento es el *Libro de los Proverbios,* en el cual hay ciertos pasajes que le atribuyen un misterioso y eterno poder vivificador a *la Sabiduría (Sojia).* En esos pasajes, la Sabiduría aparece, como si dijéramos, personificada, y se concibe como el Agente eterno y colaborador de Dios. Hay tres pasajes principales.

El primero está en *Proverbios 3:13-26. Nos* fijaremos especialmente en los versículos 18-20:

«Ella es árbol de vida *a los que de ella echan mano,*
y bienaventurados los que la retienen.
El Señor, con sabiduría *fundó la Tierra;*
estableció los cielos con inteligencia.
Con Su ciencia los abismos fueron divididos,

y destilan rocío las nubes.»

Recordemos que *Logos* quiere decir *Palabra y también Razón.* Ya hemos visto lo que pensaban los judíos de la Palabra poderosa y creativa de Dios. Aquí vemos cómo empieza a surgir el otro aspecto. *La Sabiduría* es el agente de Dios en la iluminación y en la creación; y la *Sabiduría y la Razón* son la misma cosa. Ya hemos visto lo importante que era *Logos* en el sentido de *la Palabra;* ahora vemos cómo empieza a serlo en el sentido de *la Sabiduría o la Razón.*

El segundo pasaje importante está en *Proverbios 4:5-13,* del que destacamos:

«Retén la instrucción, no la abandones;
guárdala, porque ella es tu vida» (13).

La Palabra es *la luz* de los hombres, y la *Sabiduría* es *la vida* de los hombres. Las dos ideas se amalgaman entre sí rápidamente ahora.

El pasaje más importante está en *Proverbios 8:1-9:2,* del que destacamos especialmente esto que dice la Sabiduría:

> *«El Señor* me *estableció al principio de Su obra, al comienzo de Sus obras primigenias. Hace siglos fui establecida, al inicio, antes que empezara la Tierra. Fui dada a* luz *cuando no había abismos, cuando no había fuentes con caudales de agua. Antes de que se formaran las montañas, cuando no eran ni colinas fui dada a luz; aún no había hecho Él la Tierra, con sus campos, y ni siquiera había empezado el polvo del mundo. Cuando desplegó los cielos, yo estaba allí, cuando trazó su bóveda sobre la haz del abismo; cuando sujetó los cielos por arriba; cuando estableció las fuentes del océano; cuando le asignó sus límites al mar para que las aguas no pasen sus fronteras; cuando marcó los cimientos de la tierra, entonces yo estaba con Él como Su encargado, y era Su delicia día a día, gozando siempre de Su presencia.»*
>
> (Proverbios 8:22-30).

Cuando leemos este pasaje percibimos un eco tras otro de lo que Juan dice de *la Palabra* en el primer capítulo de su evangelio. *La Sabiduría* tenía esa existencia eterna, esa función iluminadora, ese poder creador que Juan atribuía a *la Palabra,* el *Logos,* con el que identificaba a Jesucristo.

El desarrollo de la idea de *la Sabiduría* no se detuvo allí. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamentos se siguió produciendo esta clase de literatura sapiencial. Contenía tanta sabiduría concentrada y extraía tanto de la experiencia de los sabios, que era una inapreciable guía para la vida. En particular se escribieron dos libros muy notables que están entre los deuterocanónicos y que no le hará ningún daño a nadie el leer.

(a) El primero se llama *Eclesiástico (Ben Sirá),* en la Biblia del Oso *El libro de la Sabiduría de Jesús hijo de Sirach, llamado comúnmente Ecclesiástico.* También encontramos en él mucho acerca de esta gran concepción de la Sabiduría creativa y eterna de Dios.

> *La arena de las playas y las gotas de la lluvia, y los días de las edades, ¿quién los podrá contar? La altura de los cielos, la anchura de la Tierra y la profundidad del océano, ¿quién los descubrirá?* Antes que nada fue creada la Sabiduría, *la inteligencia y la prudencia son desde siempre»*
>
> *(Eclesiástico l: l -10).*

> *< Yo procedía de la boca el Altísimo, y cubría la Tierra como una niebla. Yo habitaba. en las alturas, y tenía mi trono en los pilares de las nubes. Yo sola rodeaba la bóveda celeste y paseaba por las profundidades del océano»*
>
> *(Eclesiástico 24:3-5).*

> *< Me creó antes que empezaran las edades, y no decaeré jamás»*
>
> *(Eclesiástico 24:9).*

Aquí encontramos otra vez a la Sabiduría como el poder eterno y creador que estaba al lado de Dios en los días de la creación y al principio del tiempo.

(b) Eclesiástico se escribió en Palestina hacia el año 100 a.C.; y por el mismo tiempo. se escribió, en Alejandría, Egipto, un libro igualmente grande; qué se conoce como *La Sabiduría de Salomón.* En él tenemos la más grande de todas las descripciones de *la Sabiduría. La Sabiduría* es el tesoro que usan los hombres para convertirse en

amigos de Dios (7:14). *La Sabiduría* es él artífice de todas las cosas (7:22). Es el aliento poderoso de Dios, y una pura corriente que fluye del Todopoderoso (7:25). Puede hacerlo todo y hace todas las cosas nuevas (7:27).

Pero el autor hace mucho más que hablar de *la Sabiduría;* la identifica con *la Palabra:* para él las dos ideas son lo mismo. Puede hablar de *la Sabiduría de Dios* y de *la Palabra de Dios* en la misma frase y con el mismo significado. Cuando ora, Le dice a Dios:

> *< Oh Dios de mis padres, y Señor de la misericordia, Que has hecho todas las cosas con Tu* Palabra, y *formaste al hombre por medio de Tu Sabiduría» (9:1 s).*

Puede hablar de *la Palabra* casi como hablaría Juan:

> *«Cuando todo estaba sumido en un silencio reposado, y aquella noche estaba en medio de su rápida carrera,* Tu Palabra todopoderosa *se abalanzó desde el Cielo, desde su regio trono, como fiero hombre de guerra, en medio de la tierra de la destrucción; llevaba como espada aguda tu firme mandamiento, y, erguido, lo llenó todo de muertos, de pie en la Tierra y alcanzaba al Cielo» (18:14-16).*

Para el autor del *Libro de la Sabiduría,* la Sabiduría era el poder eterno, creador e iluminador de Dios; *la Sabiduría y la Palabra* eran una y la misma cosa. Fueron *la Sabiduría y la Palabra* los instrumentos y agentes de Dios en la creación, y las que traen siempre la voluntad de Dios a la mente y al corazón de las personas.

Así es que, cuando Juan estaba buscando la manera de presentar el Evangelio, encontró en su propia fe y en la literatura de su propio pueblo la idea de *la Palabra,* la palabra sencilla que no es en sí misma meramente un sonido, sino algo dinámico, *la Palabra* de Dios por medio de la cual Dios creó el mundo, *la Palabra* de los targumim que expresaba la misma idea de la acción de Dios, *la Sabiduría* de la literatura sapiencial, que era el poder eterno, creador e iluminador de Dios. Así pues, Juan decía: «Si quieres ver esa *Palabra* de Dios, si quieres ver el poder creador de Dios, si quieres ver esa *Palabra* que llamó al mundo a la existencia y que da la luz y la vida a todo ser humano, *mira a Jesucristo.* En Él *la Palabra de Dios* vino entre vosotros.»

EL TRASFONDO GRIEGO

Empezamos viendo que el problema de Juan no era cómo presentar el Evangelio al mundo judío, sino cómo presentárselo al mundo griego. Entonces, ¿cómo encajaba esta idea de *la Palabra* en el pensamiento griego? ¡Ya estaba allí, esperando que la usaran! En el pensamiento griego, la idea de *la Palabra* empezó tan atrás como alrededor del año 560 a.C. y, para mayor sorpresa, precisamente en Éfeso, donde se escribió el Cuarto Evangelio.

En el año 560 a.C. había un filósofo efesio llamado Heráclito, cuya idea fundamental era que todo está en un estado de flujo. Todo cambiaba de día en día y de momento en momento. La ilustración famosa que usaba era que es imposible meterse dos veces en el mismo río: te metes en un río, y te sales; si te metes otra vez, ya no es el mismo río, porque el agua ha seguido fluyendo, y ahora el río es diferente. Para Heráclito, así era todo, todo estaba en un constante cambiante estado de flujo. Pero, si así eran las cosas, ¿por qué no era la vida un completo caos? ¿Cómo puede tener ningún sentido un mundo en el que hay un constante fluir y cambiar?

La respuesta de Heráclito era: Todo este cambio y flujo no es casual; está controlado y ordenado siguiendo un esquema continuo todo el tiempo; y lo que controla el esquema es el *Logos, la Palabra, la Razón de* Dios. Para Heráclito, el *Logos* era el principio de orden bajo el cual seguía existiendo el universo. Heráclito iba aún más lejos: mantenía que no había sólo un esquema en el mundo físico, sino también en el mundo del acontecer. Mantenía que nada va a la deriva en todas las vidas y en todos los sucesos hay un propósito, un plan, un diseño. ¿Y qué era lo que controlaba los sucesos? Una vez más, la respuesta era que el *Logos.*

Heráclito se acercó todavía más al fondo de la cuestión. ¿Qué era lo que individualmente y en cada uno de nosotros, nos hacía ver la diferencia entre el bien y el mal? ¿Qué nos capacitaba para pensar y razonar? ¿Qué nos permitía escoger el bien, y reconocer la verdad cuando la veíamos? De nuevo Heráclito daba la misma respuesta: Lo que le daba a una persona la razón y el conocimiento de la verdad y la habilidad para discernir entre el bien y el mal era el *Logos* de Dios que moraba en su interior. Heráclito mantenía que en el mundo de la naturaleza y en el del acontecer «todas las cosas suceden de acuerdo con el *Logos,* » y que en cada persona «el *Logos* es el juez de la verdad:» El *Logos* no era sino la Mente de Dios que está en control del universo y de cada persona individual.

Una vez que los, griegos descubrieron esta idea, ya no la dejaron escapar. Les fascinaba especialmente a los estoicos. El orden que reina en el universo los tenía sumidos en la más sincera admiración. El orden implica la existencia de una Mente. Los estoicos se preguntaban: « ¿Qué es lo que mantiene a las estrellas en sus cursos?

¿Qué es lo que produce el flujo y reflujo de las mareas? ¿Qué .es lo que hace que los días y las noches se sucedan indefectiblemente? ¿Qué es lo que produce el orden inalterable de las estaciones?» Y respondían: «Todas las cosas están bajo el control del *Logos* de Dios. El *Logos* es el poder que hace que todo tenga sentido, que hace que el mundo sea un orden en vez de un caos, el poder que puso el mundo en movimiento y que lo mantiene en perfecto orden. El *Logos* , decían los estoicos lo impregna todo.»

Aún nos queda otro nombre en el mundo griego que no podemos pasar por alto. Había en Alejandría un judío llamado Filón, que había dedicado la vida a estudiar la sabiduría de dos mundos: el judío y el griego. No había quien le dejara atrás en el conocimiento de las Escrituras de Israel; y ningún judío le alcanzaba en el conocimiento del pensamiento griego en toda su grandeza. Él también conocía, y usaba, y amaba esta idea del *Logos, la Palabra, la Razón de Dios. Él* mantenía que el *Logos* era lo más antiguo del mundo, y el Instrumento por medio del cual Dios lo había hecho todo. Decía que el *Logos* era el pensamiento de Dios estampado en el universo; hablaba del *Logos,* por medio del cual Dios había hecho el universo y todas las cosas; decía que Dios, el piloto del universo, tenía *el Logos* como timón con el que navegaba todas las cosas. Decía que la mente humana también estaba estampada con *el Logos,* y que *el Logos* era lo que le confería al hombre la razón y la capacidad de pensar y de conocer. Decía que el *Logos* era el intermediario entre Dios y el mundo, y que el *Logos* era el sacerdote que introducía el alma a Dios.

El pensamiento griego sabía todo lo que se podía saber del *Logos;* veía en él el poder creador y guiador y director de Dios, el poder que había hecho y que mantenía el universo. Así es que Juan se dirigía a los griegos y les decía: < Lleváis. siglos pensando, y escribiendo, y soñando acerca del *Logos,* el poder que hizo el mundo y lo mantiene en orden; el poder por el que piensan, y razonan, y saben los hombres; el poder por el que los hombres se pueden poner en contacto con Dios. Jesús es ese *Logos,* que ha venido a la Tierra.» «La Palabra -decía Juan- se hizo carne.» Esto lo podríamos decir de otra manera: «La Mente de Dios se hizo una Persona.».

AL JUDÍO, Y TAMBIÉN AL GRIEGO

Los judíos y los griegos habían ido recorriendo el camino hacia la concepción del *Logos, la* Mente de Dios que hizo el mundo y que hace que tenga sentido. Así que Juan se dirigió a los judíos y a los griegos para decirles que, en Jesucristo, esta Mente de Dios creadora, iluminadora, controladora y sustentadora, había venido a la Tierra. Juan fue a decirles que ya no tenían que andar a tientas, sino que todo lo que tenían que hacer era mirar a Jesús para ver en Él la Mente de Dios.

LA PALABRA ETERNA

Juan 1:1-2

> *Cuando el mundo empezó a existir, la Palabra ya existía; y la Palabra estaba con Dios; y la Palabra era Dios. Esta Palabra estaba en el principio con Dios.*

El principio de evangelio de Juan tiene tal importancia y profundidad de sentido que debemos estudiarlo casi versículo por versículo. La gran idea de Juan es que Jesús no es sino la Palabra creadora, vivificadora e iluminadora de Dios, y la Razón de Dios que sostiene el mundo, que ha venido a la Tierra en forma humana y corporal.

Aquí, al principio, Juan dice tres cosas acerca de la Palabra, es decir, acerca de Jesús.

(i) La Palabra ya estaba allí en el mismo principio de todas las cosas. Juan se remonta con el pensamiento al primer versículo de la Biblia: < En el principio creó Dios los cielos y la Tierra> *(Génesis I: I). Lo* que Juan nos está diciendo es esto: La Palabra no es una de las cosas creadas; la Palabra ya existía cuando empezó la creación; la Palabra no es una parte del mundo que empezó a existir en un tiempo; la Palabra es parte de la eternidad y estaba con Dios antes que empezaran el tiempo y el universo. Juan está pensando en lo que se conoce como *la preexistencia de Cristo.*

En muchos sentidos esta idea de la preexistencia es muy difícil, si no imposible, de captar. Pero representa algo muy sencillo, muy práctico y muy tremendo. Si la Palabra estaba con Dios antes que empezara el tiempo, si la Palabra es parte del esquema eterno de las cosas, esto quiere decir que *Dios ha sido siempre como Jesús.* Algunas veces se ha pensado que Dios era severo y vengativo; y que lo que hizo Jesús cambió la ira

de Dios en amor y alteró Su actitud hacia la humanidad. El Nuevo Testamento no sabe nada de esa idea. Lo que todo el Nuevo Testamento nos dice, y especialmente este pasaje de Juan, es que Dios ha sido siempre como Jesús. Lo que hizo Jesús fue abrir una ventana en el tiempo para que pudiéramos ver el amor eterno e inalterable de Dios.

Entonces podríamos muy bien preguntarnos: «¿Y qué pasa con algunas de las cosas que leemos en el Antiguo Testamento? ¿Qué de los pasajes en los que se dice que Dios mandó arrasar ciudades enteras y matar a hombres, mujeres y niños? ¿Qué de la ira, y de los celos de Dios de los que leemos a veces en las partes más antiguas de la Escritura? La respuesta es: No es Dios el que ha cambiado, sino nuestro conocimiento de Dios. Esas cosas se escribieron porque entonces no se tenía un conocimiento mejor; hasta ahí habían llegado en su conocimiento de Dios.

Cuando un niño está estudiando una asignatura tiene que ir aprendiéndola por etapas. No empieza por el conocimiento total, sino por lo que puede comprender, y de ahí va pasando a más. Cuando empieza con la apreciación de la música, lo primero que le dan a escuchar no es un preludio o una fuga de Bach, sino algo mucho más sencillo; y luego va comprendiendo más por etapas. Así sucedía con los hombres y Dios. Sólo en parte podían captar y entender la naturaleza de Dios y Sus caminos. Fue sólo cuando vino Jesús cuando vieron total y perfectamente cómo ha sido Dios *siempre.*

Se cuenta que una chiquilla tuvo que enfrentarse una vez con algunos de los pasajes más sangrientos y salvajes del Antiguo Testamento, y comentó: « ¡Pero todo eso pasó antes de que Dios se hiciera cristiano!» Si podemos decirlo así con toda reverencia, cuando Juan dice que la Palabra siempre estuvo allí, está diciendo que Dios siempre ha sido cristiano. Nos está diciendo que Dios siempre ha sido, y es, y será como Jesús. Pero la humanidad no lo podía saber ni se podía dar cuenta hasta que vino Jesús.

(ii) Juan sigue diciendo que *la Palabra estaba con Dios.* ¿Qué quería decir con eso? Quería decir que siempre ha habido la más estrecha conexión entre la Palabra y Dios. Vamos a decirlo de una manera más sencilla: Siempre ha habido la más íntima conexión entre Jesús y Dios. Eso quiere decir que nadie nos puede decir cómo es Dios, cuál es la voluntad de Dios para nosotros, cómo son el amor y el corazón y la Mente de Dios nada más que Jesús.

Vamos a poner un ejemplo humano sencillo. Si de veras queremos saber lo que una persona piensa y siente sobre algo, y no tenemos acceso a ella, no vamos a alguien que no es más que un conocido lejano suyo o que hace poco que la conoce, sino a uno que sabemos que es su amigo íntimo de muchos años. Ese será capaz de interpretarnos de veras la mente y el corazón de la otra persona.

Algo así es lo que Juan nos está diciendo de Jesús. Nos está diciendo que Jesús ha estado siempre con Dios. Vamos a usar el lenguaje humano, porque es el único que podemos usar. Juan está diciendo que Jesús tiene tal intimidad con Dios que Dios no tiene secretos con Él; y que, por tanto, Jesús es la única Persona en todo el universo que nos puede revelar cómo es Dios y lo que siente acerca de nosotros.

(iii) Por último, Juan nos dice que *la Palabra era Dios.* Este es un dicho difícil de entender para nosotros; y es difícil porque el griego, la lengua en que escribió Juan, tiene una manera de decir las cosas que es diferente del español. Cuando se usa un nombre en griego, casi siempre se le antepone el artículo determinado. La palabra para Dios es *theós,* y el artículo determinado correspondiente es ho. Cuando se habla de Dios en griego, no se usa solamente *theós,* sino *ho theós.* Ahora bien, cuando no se usa el artículo determinado con un nombre, ese nombre se usa como adjetivo. Juan no dijo que la Palabra era *ho theós,* lo que habría querido decir que la Palabra era *el mismo que* Dios. Dijo que la Palabra era *theós* -sin artículo definido, lo que quiere decir que la Palabra era, podríamos decir, del mismo carácter y cualidad y esencia y ser que Dios. Cuando Juan dijo que *la Palabra era Dios,* no estaba diciendo que Jesús es *el mismo* que Dios, sino que Jesús es *lo mismo* que Dios. De dos personas íntimamente compenetradas se dice que piensan y sienten lo mismo de tal manera que, si se conoce a una, es como si se conociera á la otra. Jesús está tan íntima y totalmente identificado con Dios en pensamientos, sentimientos y carácter que, conociéndole a El, conocemos perfectamente a Dios.

Así pues, al principio mismo de su evangelio Juan asegura que en Jesús, y sólo en Él, se ha revelado perfectamente a la humanidad todo lo que Dios ha sido siempre y siempre será, y todo lo que siente sobre los hombres y desea para ellos.

EL CREADOR DE TODAS LAS COSAS

Juan 1:3

> *Fue el Agente por medio de Quien se hicieron todas las cosas; y no hay ni una sola que exista en el mundo que haya llegado a ser aparte de Él.*

Puede que nos parezca extraño que Juan haga tanto hincapié en la manera que se creó el mundo; y puede que también nos lo parezca el que conecte tan definidamente a Jesús con la obra de la creación. Pero tenía que hacerlo a causa de ciertas tendencias que había en el pensamiento de su tiempo.

En los días de Juan había una herejía que se llamaba *el gnosticismo. Su* característica era que se trataba de un enfoque intelectual y filosófico al Cristianismo. A los gnósticos no les era suficiente con las creencias sencillas de cualquier cristiano corriente. Trataban de construir un sistema filosófico del Cristianismo. Tenían problemas con la existencia del pecado y el mal y el dolor y el sufrimiento del mundo, así que diseñaron una teoría para explicarlo. Esa teoría era como sigue.

En el principio existían dos realidades: la una era Dios, y la otra la materia. La materia había existido siempre, y fue la materia prima de la que se construyó el universo. Los gnósticos insistían en que esa materia era defectuosa e imperfecta. Podríamos decir que el mundo se inició mal desde el principio.
Estaba hecho de unos materiales que ya contenían el germen de la corrupción.

Los gnósticos llegaban más lejos. Dios, decían, era espíritu puro, y como tal no podía tocar la materia, y menos aún una materia imperfecta. Por tanto, era imposible que Dios llevara a cabo la obra de la creación por Sí mismo. Lo que hizo fue producir una serie de emanaciones, cada una de las cuales estaba más lejos de Dios que las anteriores; y, cuanto más se alejaban de Dios, menos le conocían. Hacia la mitad de camino de la serie de emanaciones había una que no sabía nada en absoluto de Dios. A partir de ésa, las emanaciones empezaban a ser, no sólo ignorantes, sino hostiles a Dios. Por último había una emanación que estaba tan lejos de Dios que le ignoraba totalmente y le era totalmente hostil, y ésa fue el poder que creó el mundo; porque ya estaba tan lejos de Dios que podía tocar esta materia defectuosa y mala. El dios creador estaba totalmente distanciado y enemistado con el Dios real.

Los gnósticos dieron otro paso más: identificaron al dios creador con el Dios del Antiguo Testamento; y sostuvieron que el Dios del Antiguo Testamento era completamente distinto y distante del Dios y Padre de Jesucristo, del que era enemigo.

En los tiempos de Juan se había extendido mucho esta clase de creencia. La gente creía que el mundo era malo, y que lo había creado un dios malo. Para combatir esta creencia, Juan establece aquí dos verdades cristianas básicas. De hecho, la relación de Jesús con la creación es algo que se repite en el Nuevo Testamento precisamente por este trasfondo intelectual que divorciaba a Dios y al mundo en que vivimos. En *Colosenses* 1:16, Pablo escribe: < Porque en Él fueron creadas todas las cosas, en el Cielo y en la Tierra... todas fueron creadas por Él y para Él.» En *1 Corintios* 8: 6 escribe del Señor Jesucristo «por medio del Cual son todas las cosas.» El autor de *Hebreos* habla de Uno que era el Hijo, «por medio de Quien Dios hizo el universo» (1:2). Juan y los otros autores del Nuevo Testamento que escribieron estas cosas estaban subrayando dos grandes verdades.

(i) El Cristianismo siempre ha creído en lo que se llama la creación partiendo de la nada. No creemos que en Su creación del mundo Dios tuviera que usar una materia ajena y mala. No creemos que el mundo empezara ya con un defecto de fabricación, ni que tuviera su origen en Dios y en algo más. Nuestra fe es que detrás de todo está Dios, y sólo Él.

(ii) El Cristianismo siempre ha creído que este mundo es de Dios. Lejos de estar tan desconectado del mundo que no puede tener nada que ver con él, Dios está íntimamente comprometido con el mundo. Los gnósticos trataban de echarle la culpa al creador del mal que hay en el mundo. El Cristianismo cree que lo que no está como es debido en el mundo se debe al pecado humano. Pero, aunque el pecado ha causado destrozos en el mundo y le ha impedido llegar a ser lo que hubiera podido ser, no debemos nunca despreciar el mundo, porque es esencialmente de Dios. Si creemos esto, nos da un nuevo sentido del valor del mundo y de nuestra responsabilidad hacia él.

Se cuenta de una niña de los suburbios de una gran ciudad, que la llevaron a pasar un día en el campo. Cuando vio las margaritas en el bosque, preguntó: «¿Cree usted que a Dios le importará que coja unas pocas de Sus flores?» Este es el mundo de Dios; por eso, nada en él está fuera de su control; y por eso, debemos usar todas las cosas dándonos cuenta de que pertenecen a Dios. El cristiano no le hace de menos al mundo creyendo que el que lo hizo era un dios ignorante y hostil, sino que lo glorifica recordando que Dios está en todas partes, detrás de todo y en todo. Cree que el Cristo que recrea el mundo fue el colaborador de Dios cuando, el mundo fue creado al principio y que, en la obra de la redención, Dios está tratando de recuperar algo que fue siempre Suyo.

LA VIDA Y LA LUZ

Juan 1:4

> *En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.*

En una gran pieza de música, el compositor a menudo empieza exponiendo los temas que va a elaborar en el curso de su obra. Eso es lo que hace Juan aquí. Vida y luz son dos de las grandes palabras básicas sobre las que se construye el Cuarto Evangelio. Son dos de los temas principales que el evangelio se propone desarrollar y exponer. Vamos a considerarlas en detalle.

El Cuarto Evangelio empieza y termina con *la vida.* En el mismo principio leemos que en Jesús estaba *la vida;* y en el mismo final leemos que el propósito de Juan al escribir su evangelio era «que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis *vida* en Su nombre» (20:31). Esta palabra está continuamente en los labios de Jesús. Es Su sentido pesar que las personas no quieren venir a Él para tener *vida* (5:40). Es Su declaración que El vino para que los hombres tuvieran *vida, y la* tuvieran en abundancia (10:10).

Él testifica que les da *vida* a las personas y que no perecerán jamás, porque nadie las podrá arrebatar nunca de Su mano (10:28). Se proclama el camino, la verdad y la *vida* (14:6). En el evangelio la palabra *vida (zóé)* aparece más de treinta y cinco veces, y el verbo *vivir o tener vida (zén)* más de quince. Así pues, ¿qué es lo que quiere decir Juan con *vida?*

(i) Quiere decir sencillamente que *vida* es lo contrario de destrucción, condenación o muerte. Dios envió a Su Hijo para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan *vida* eterna (3:16). El que oye y cree tiene *vida* eterna, y no está sujeto a juicio (5:24). Hay un contraste entre la resurrección para *la vida, y la* resurrección para *el juicio* (5:29). Aquellos a los que Jesús da *la vida* no perecerán jamás (10:28). Hay algo en Jesús que le da a uno seguridad en esta vida y en la por venir.

Hasta que aceptamos a Jesús y le tomamos como nuestro Salvador y le entronizamos como nuestro Rey no se puede decir que vivimos. El que vive una vida sin Cristo *existe,* pero no sabe lo que es *la vida.* Jesús es la única Persona que puede hacer que valga la pena vivir, y en Cuya compañía la muerte no es más que el preludio de una vida más plena.

(ii) Pero Juan está completamente seguro de que, aunque Jesús es el que nos trae esa *vida,* el que nos la da es Dios. Juan usa la frase *el Dios viviente* como el resto de la Biblia. Es la. voluntad del Padre que envió a Jesús que todos los que le ven y creen en Él tengan vida (6:40). Jesús es el que da la vida porque el Padre ha puesto Su propio sello de aprobación sobre Él (6:27). Él les da la vida a todos los que el Padre le ha dado (17:2). Dios está en todo ello. Es como si Dios estuviera diciendo: «Yo he creado a los seres humanos para que tengan la vida real; a causa de su pecado, han dejado de vivir y sólo existen; Yo les he enviado a Mi Hijo para hacerles saber lo que es la vida real.»

(iii) Debemos preguntarnos qué es esa vida. Una y otra vez el Cuarto Evangelio usa la frase *vida eterna.* Ya trataremos del sentido completo de esa frase más tarde; pero de momento notaremos esto: La palabra que usa Juan para *eterna* es *aiónios.* Está claro que, sea lo que sea la *vida eterna,* no es simplemente una vida que no se acaba nunca. Una vida interminable podría ser una maldición terrible; muchas veces hay personas que claman por una liberación de la vida. En la vida eterna tiene que haber algo más que su *duración;* tiene que haber también *una calidad* de vida.

No se desea la vida a menos que sea una cierta clase de vida. Aquí tenemos la clave. *Aiónios* es el adjetivo que se usa a menudo para describir a Dios. En el verdadero sentido de la palabra, sólo Dios es *aiónios, eterno;* por tanto, *vida eterna es la vida de Dios.* Lo que Jesús nos ofrece de Dios es la misma vida de Dios. La vida eterna es la que experimenta algo de la serenidad y el poder de la vida de Dios mismo. Cuando vino Jesús ofreciendo a los hombres *la vida eterna,* estaba invitando a todo el mundo a entrar en la misma vida de Dios.

(iv) Entonces, ¿cómo entramos en esa vida? *Creyendo en Jesucristo.* La palabra *creer (pisteuein)* aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que setenta veces. < El que cree en el Hijo tiene vida eterna» (3:36). < El que cree -dice Jesús tiene la vida eterna» (6:47). La voluntad de Dios es que las personas vean al Hijo, y crean en Él, y tengan la vida eterna (5:24). ¿Qué quiere decir Juan con *creer?* Dos cosas.

(a) Quiere decir que debemos estar convencidos de que Jesús es real y verdaderamente el Hijo de Dios. Quiere decir que debemos hacer una decisión en relación con El. Después de todo, si Jesús no fue nada más que un hombre, no, hay razón para que Le demos la obediencia completa e implícita que Él demanda. Tenemos que pensarnos personalmente Quién era Jesús. Tenemos que mirarle, aprender acerca de Él, estudiarle, pensar en Él hasta llegar a la conclusión de que no es sino el Hijo de Dios.

(b) Pero es más que una convicción intelectual. Creer en Jesús quiere decir tomarle la palabra, aceptar Su programa como algo que nos obliga absolutamente, creer sin lugar a duda que lo que Él dice es verdad.

Para Juan, fe quiere decir la convicción de la mente de que Jesús es el Hijo de Dios, la confianza del corazón de que todo lo que dice es verdad y el fundamentar toda nuestra vida sobre la seguridad inquebrantable de que debemos tomarle la palabra. Cuando lo hacemos, dejamos de «existir» y empezamos a vivir. Nos enteramos de lo que quiere decir la Vida, con mayúscula.

LA VIDA Y- LA LUZ

Juan 1:4 (conclusión)

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La segunda de las grandes palabras clave de Juan que nos encontramos aquí es la palabra luz. Esta palabra aparece en el Cuarto Evangelio nada menos que veintiuna veces. Jesús es la luz de los hombres. La misión de Juan el Bautista era señalar a los hombres aquella luz que estaba en Cristo. Dos veces se llama Jesús a Sí mismo *la luz* del mundo (8:12; 9:5). Esta luz puede estar en los hombres (11:10), de manera que pueden llegar a ser hijos de *la luz* (12:36). < Yo he venido -dijo Jesús- como *la luz* al mundo» (12:46). Veamos si podemos entender algo de esta idea de *la luz* que trae Jesús al mundo. Hay tres cosas que sobresalen.

(i) La luz que trae Jesús es la que hace huir al caos. En la historia de la creación, Dios se movió sobre el caos oscuro e informe que había antes que empezara el mundo, y dijo: < Sea la luz» *(Génesis 1:3).* La recién creada luz de Dios derrotó al caos vacío al que vino. Así Jesús es *la luz que brilla en la oscuridad* (1:5). El es la única Persona que puede salvar la vida de convertirse en un caos. Dejados a nosotros mismos estamos a merced de nuestras pasiones y temores.

Cuando Jesús amanece en la vida, viene la luz. Uno de los miedos más antiguos del mundo es el miedo a la oscuridad. Hay una historia de un niño que tenía que dormir en una casa desconocida. Su anfitriona, creyendo ser amable, le ofreció dejar la luz encendida cuando él se acostara. Cortésmente declinó el ofrecimiento. «Creía -le dijo la señora- que podrías tener miedo de la oscuridad.» «Oh no -replicó el muchacho-, ¿sabe usted? Es la oscuridad de Dios.» Con Jesús la noche resplandece a nuestro alrededor como el día.

(ii) La luz que trae Jesús es *una luz* reveladora. La condenación consistió en que los hombres amaron más la oscuridad que la luz; y lo hicieron porque sus obras eran malas; y odiaban *la luz* porque no querían que expusiera sus obras (3:19s). *La* luz que trae Jesús es lo que revela cómo son las cosas. Despoja de los disfraces y de los embozos; muestra las cosas en toda su desnudez, en su verdadero carácter y en su valor real.

Hace mucho, los cínicos decían que la gente aborrece la verdad porque es como la luz para los ojos irritados. En el poema de Caedmon hay una escena extraña. Es un cuadro del último día, y en el centro de la escena está la Cruz; y de ella fluye una extraña luz rojiza como la sangre, y esa misteriosa calidad de luz es tal que muestra las cosas tal como son. Lo externo, los disfraces, las coberturas exteriores son descubiertos y despojados, y todo queda revelado en la desnuda y terrible soledad de lo que es esencialmente.

Nunca nos vemos hasta que nos vemos a través de los ojos de Jesús. Nunca vemos cómo son nuestras vidas hasta que las vemos a la luz de Jesús. Jesús a menudo nos conduce a Dios revelándonos a nosotros mismos.

(iii) La luz que trae Jesús es *una luz* que guía. El que no tiene esa luz anda en tinieblas y no sabe adónde va (12:36). Cuando uno recibe esa luz y cree en ella, ya no anda en tinieblas (12:46). Una de las características de las historias del evangelio que no pueden pasar desapercibidas es el número de personas que vinieron corriendo a Jesús para preguntarle: «¿Qué es lo que tengo que hacer?» Cuando Jesús viene a una vida, se acaba el tiempo del suponer y del andar a tientas, el tiempo de la duda y de la inseguridad y de la vacilación. La senda que parecía oscura se vuelve luminosa; la decisión que estaba envuelta en una noche de incertidumbre se ilumina. Sin Jesús somos como los que van a tientas por una carretera desconocida en un apagón. Con Él, el camino es claro.

LA OSCURIDAD HOSTIL

Juan 1:5

Y la luz brilla en la oscuridad, porque la oscuridad no ha sido nunca capaz de apagarla.

Aquí nos encontramos con otra de las palabras clave de Juan: *oscuridad (skotos, skotía).* Esta palabra aparece siete veces en el evangelio. Para Juan había *una oscuridad* en el mundo que era tan real como *la luz.*

(i) La oscuridad es hostil a *la luz. La luz brilla en* la oscuridad, que, por mucho que lo intente, no puede extinguirla. El hombre pecador ama *la oscuridad y odia* la luz, porque la luz descubre demasiadas cosas.

Puede que aquí Juan haya tomado prestado un pensamiento. Como sabemos, estaba dispuesto a salir y a adoptar ideas nuevas si así podía presentar y ofrecer el Evangelio a los hombres. La gran religión persa, el zoroastrismo, tenía por entonces una gran influencia en el pensamiento de muchos. Creía que había dos grandes poderes opuestos en el universo: el dios de la luz y el de la oscuridad, Ormuz y Ahrimán. Todo el universo era el

campo de batalla en el conflicto eterno y cósmico entre la luz y la oscuridad; y tenía una importancia suprema en la vida qué lado se escogía.

Así que Juan está diciendo: «A este mundo ha venido Jesús, la luz del mundo; hay una oscuridad que tratará de eliminarle, de desterrarte de la vida, de extinguirle. Pero hay un poder en Jesús que es invencible. La oscuridad Le puede odiar, pero nunca se librará de Él.» Como se ha dicho en verdad: «Toda la oscuridad del mundo no puede extinguir la lucecita más pequeña. La luz inconquistable vencerá al fin a la oscuridad hostil. Juan está diciendo: «Elegid vuestro bando en el conflicto eterno, y elegid bien:»

(ii) La oscuridad representa la esfera natural de todos los que odian el bien. Son las personas que hacen el mal las que temen a la luz (3:19s). Los que tienen algo que esconder aman la oscuridad; pero es imposible esconderle nada a Dios. Su reflector barre la oscuridad y descubre los males que acechan en el mundo.

(iii) Hay algunos pasajes en los que *la oscuridad* parece representar a *la ignorancia,* especialmente esa ignorancia voluntaria que rechaza la luz de Jesucristo. Jesús dice: < Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en *la oscuridad* (8:12). Les dice a Sus discípulos que la luz no estará con ellos más que un tiempo; que anden en la luz; porque si no, viene la oscuridad, y el que anda en la oscuridad no sabe adónde va (12:35). Jesús dice que vino con Su luz para que los hombres no tuvieran que vivir en *la oscuridad (12:46).* Sin Jesucristo nadie puede encontrar o ver, el camino. Es como el que va con los ojos vendados o es ciego. Sin Jesucristo. la vida se pierde. Goethe, cuando estaba muriendo, pedía: < ¿Luz, más luz!» Y uno de los antiguos líderes escoceses les decía a sus amigos cuando estaba ya al final: «Encended el candil para que vea para morir.» Jesús es la luz Que le enseña a uno el camino, y que le ilumina el camino para que pueda dar cada paso.

Hay lugares en los que Juan usa esta palabra *oscuridad* en sentido figurado. La usa a veces refiriéndose a algo más que la falta de la luz terrenal. Nos habla de Jesús andando sobre el agua. Nos cuenta que los discípulos se habían embarcado en su barca y estaban cruzando el lago sin Jesús; y entonces dice Juan: «Y *la oscuridad ya había caído, y Jesús* todavía no había venido a ellos» *(6:17).* Sin la presencia de Jesús, no había nada más que la oscuridad amenazadora. Nos cuenta la mañana de la Resurrección, y las horas que precedieron al momento en que los que habían amado a Jesús se dieron cuenta de que se había levantado de los muertos. Empieza la historia: «Ahora, el primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, *cuando estaba todavía oscuro» (20:1).* Ella estaba viviendo en aquel momento en un mundo que ella pensaba que había eliminado a Jesús; y un mundo así estaba oscuro. Cuenta la historia de la última Cena. Cuenta que Judas se tomó el bocado que le dio Jesús y salió a llevar a cabo su terrible tarea y hacer los preparativos para traicionar a Jesús; y dice, con una especie de simbolismo terrible: «Así que, después de tomar el bocado, salió inmediatamente; y era *de noche» (13:30).* Judas salía a la noche de una vida que había traicionado a Cristo.

Para Juan, una vida sin Cristo era una vida en la oscuridad. *La oscuridad* quiere decir la vida sin Cristo, y especialmente para los que le han vuelto la espalda.

Antes de dejar este versículo hay otra cosa que debemos notar. La palabra que hemos traducido aquí apagares en griego *katalambanein, que* puede tener tres significados:

(a) Puede querer decir que la oscuridad no *entendió* nunca la luz (cp. RV antigua: .«.mas las tinieblas no la comprendieron»): En cierto sentido la gente del mundo es que sencillamente no puede entender las demandas de Cristo y el camino que Cristo le ofrece. Le parece un absurdo. Nadie puede entender a Cristo si no se somete a Él antes.

(b) Puede querer decir que la oscuridad nunca venció a la luz :(R-V60: «no prevalecieron. contra ella»). *Katalambanein* puede querer decir *perseguir hasta que se* alcanza o *adelanta y así se domina y se vence. Esto* podría querer decir que la oscuridad del mundo había hecho todo lo posible para eliminar a Jesucristo, hasta el punto de crucificarle, pero nunca podría destruirle. Tal vez aquí se hace referencia al Cristo crucificado y vencedor.

(c) Puede usarse de *extinguir un fuego o una luz.* Ese es el sentido en que la hemos tomado aquí. Aunque el mundo hizo todo lo posible para oscurecer o extinguir la luz de Dios en Cristo, no la pudieron sofocar. En cada generación la luz de Cristo todavía brilla a pesar de los esfuerzos que se hacen para extinguir Su llama.

EL TESTIGO DE JESUCRISTO

Juan 1:6-8

Surgió un hombre al que Dios había enviado que se llamaba Juan. Vino como testigo, *para dar* testimonio *de la luz, para que todos pudieran creer por medio de él. Él mismo no era la luz; su misión era dar testimonio de la luz.*

Tal vez nos extrañe que a Juan el Bautista no le dé Juan tanta importancia como los otros evangelios. Tiene su explicación. Juan era una voz profética; hacía cuatrocientos años que no se había escuchado la voz de la profecía, y en Juan volvió a resonar. Parece que algunas personas se entusiasmaron con él hasta tal punto que le dieron un puesto más elevado que el que le correspondía. De hecho, hay indicaciones de que hubo una secta que puso a Juan el Bautista en el lugar más alto. Encontramos un eco de esto en *Hechos 19:3-4.* Fue precisamente en Éfeso donde se nos dice que Pablo encontró a unos «discípulos» que no sabían nada de lo que vino después del bautismo de Juan. No es que el Cuarto Evangelio quisiera minimizar a Juan, sino simplemente que el evangelista sabía que había algunas personas que le daban a Juan el Bautista el lugar que sólo corresponde al mismo Jesús.

Así es que en todo el Cuarto Evangelio Juan tiene cuidado de especificar que el lugar de Juan el Bautista en el plan de Dios era alto, pero subordinado al lugar de Cristo. Aquí especifica que Juan no era la luz, sino solamente un testigo de la luz (1:8). Nos muestra a Juan rechazando la idea de que él pudiera ser el Cristo, o ni siquiera el gran Profeta que prometió Moisés (1:20). Cuando los judíos le vinieron a decir a Juan que Jesús había empezado Su carrera como maestro, probablemente esperaban que Juan lo considerara una intrusión; pero el Cuarto Evangelio nos muestra a Juan rechazando la idea de que el primer puesto fuera suyo, y declarando que lo suyo era que Jesús creciera, y él decreciera. (3:25-30). Se hace referencia a que Jesús estaba teniendo más éxito que Juan en su predicación (4:1). Se menciona que la gente decía que Juan no había hecho las maravillas que hacía Jesús (10:41).

En alguna parte de la Iglesia había un grupo de personas que querían darle a Juan el Bautista una importancia excesiva. El mismo no dio pie para aquella actitud, sino hizo todo lo posible para desanimarla; pero el Cuarto Evangelio sabía de la existencia de tal tendencia, y tomó medidas para protegerse. Todavía puede suceder que ciertas personas le den más importancia a un predicador que a Cristo. Todavía puede suceder que la mirada de la gente se fije en el heraldo más que en el Rey que viene a anunciar. Juan el Bautista no tenía la menor culpa de lo que había sucedido; pero Juan el evangelista estaba, decidido a no dejar que nadie desplazara a Cristo del lugar, supremo que le corresponde.

Es más importante fijarnos en que en este pasaje encontramos otra de las grandes palabras clave del Cuarto Evangelio:. la palabra testigo. El Cuarto Evangelio nos presenta un testigo tras otro, no menos de ocho, del supremo puesto que corresponde a Jesucristo.

(i) Está el testimonio del *Padre.* Jesús dijo: « El Padre que Me envió ha dado testimonio de Mí» (5:37). «El Padre que Me envió da testimonio de Mí» (8:18). ¿Qué es lo que quería decir Jesús? Quería decir dos cosas.

(a) Quería decir algo que Le afectaba a Él *mismo.* En Su corazón Le hablaba la íntima voz de Dios, que no Le dejaba la menor duda acerca de Quién era Él y de lo que Dios Le había enviado a hacer. Jesús no consideraba que había sido Él el Que había elegido esa misión. Su íntima convicción era que Dios Le había enviado al mundo a vivir y a morir por la humanidad.

(b) Quería decir algo que afectaba a *la humanidad.* Cuando una persona se encuentra cara a cara con Cristo, siente la convicción íntima de que Él no es sino el Hijo de Dios. El Padre Tyrrell ha dicho que el mundo no puede escapar nunca de ese «extraño Hombre en la Cruz.» Esa fuerza interior que siempre nos hace volver los ojos a Cristo hasta cuando queremos olvidarle, esa voz interior que nos dice que este Jesús no es otro que el Hijo de Dios y el Salvador el mundo es el testimonio de Dios en lo íntimo del alma.

(ii) Está el testimonio de *Jesús mismo. « Yo* soy --dijo Él Que doy testimonio de Mí mismo» (8:18). «Aunque Yo doy testimonio acerca de Mí mismo -dijo-, Mi testimonio es verdad» (8:14): ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que Su mejor testimonio. era lo que Jesús era. Decía ser la luz y la vida y la verdad y el camino. Decía ser el Hijo de Dios y Uno con el Padre. Decía ser el Salvador y Maestro de la humanidad. A menos que Su vida y carácter fueran como eran, aquella habría sonado a demencia y blasfemia. Lo que Jesús era en Sí mismo era el mejor testigo de que lo que decía ser era verdad.

(iii) Está el testimonio de Sus obras. Él dice: «Las obras que el Padre Me ha concedido cumplir... dan testimonio de Mí» (5:36). «Las obras que Yo hago en nombre de Mi Padre, dan testimonio de Mí» (10:25). Después de decirle a Felipe que existe una total identidad entre el Padre y Él, Jesús añade: «Creedme por las mismas obras» (14:11). Uno de los pecados incomprensibles de los hombres es que han visto Sus obras y no han creído (15:24). Debemos darnos cuenta de una cosa: Cuando Juan hablaba de las obras de Jesús, no estaba refiriéndose sólo a Sus milagros; estaba pensando en toda la vida de Jesús. No se refería solamente a Sus grandes momentos excepcionales, sino a cómo vivía Jesús todos los momentos del día. Jesús no podría haber realizado aquellas obras maravillosas si no hubiera estado en contacto más íntimo con Dios que los demás hombres de todos los tiempos; pero, igual: no podría haber vivido aquella vida de amor y piedad, compasión y perdón, servicio y ayuda

en la vida de cada día si no hubiera estado en Dios y Dios en Él. No es haciendo milagros como podemos demostrar que pertenecemos a Cristo, sino viviendo una vida semejante a la Suya todos los momentos del día. Es en las cosas normales y corrientes en las que mostramos que pertenecemos a Él.

(iv) Está el testimonio ,que dan de Él *las Sagradas Escrituras.* Jesús dijo: «Escudriñáis las Escrituras porque creéis que tenéis en ellas la vida eterna; y son ellas las que dan testimonio de Mí» (5:39). «Si creyerais a Moisés me creeríais a Mí; porque él escribió de Mí» (5:46): Felipe estaba convencido de que había encontrado a Aquel de Quien escribieron Moisés y los profetas (1:45). A lo largo de toda la historia del pueblo de Israel, hombres y mujeres habían estado soñando con el día en que vendría el Mesías de Dios. Se habían tratado de hacerse una idea de cómo sería; y ahora, en Jesús de Nazaret; todos sus sueños e ideas y esperanzas se habían hecho realidad totalmente. Aquél a Quien el mundo estaba esperando, por fin había llegado.

(v) Está el testimonio *del último de los profetas,* Juan el Bautista. «Vino como testigo, para dar testimonio de la luz» (1:7-8). Juan dio testimonio de haber visto descender sobre Jesús al Espíritu Santo. Aquél en el que culminaba el testimonio de los profetas fue el que dio testimonio de Jesús como Aquél al que señalaba todo el testimonio profético.

(vi) Está el testimonio de aquellos con los que Jesús se puso en contacto. La mujer de Samaria dio testimonio de la intuición y del poder de Jesús (4:39). El que había nacido ciego dio testimonio de Su poder sanador (9:25, 38). Los que fueron testigos de Sus milagros testificaron de cómo se habían maravillado de lo que Jesús hacía (12:17). Hay una leyenda que nos cuenta que el Sanedrín buscaba testigos para condenar a Jesús. Vino una multitud de personas diciendo: «»Yo era leproso y me curó.» « Yo era ciego y me dio la vista.» « Yo era sordo y me abrió los oídos.» Esa era precisamente la clase de testimonio que no quería el Sanedrín. En todas las épocas y generaciones ha habido una gran multitud de personas que estaban dispuestas a dar testimonio de lo que Cristo había hecho por ellos.

(vil) Está el testimonio de *los discípulos y especialmente del autor de este evangelio.* La comisión de Jesús a Sus discípulos fue precisamente: «Vosotros también sois mis testigos, porque habéis estado -conmigo desde el principio» (15:27). El autor del evangelio es un testigo y garante personal de las cosas que cuenta. De la Crucifixión escribe: « El que lo vio ha dado testimonio,. y su testimonio es verdad» (19:35). «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió estas cosas» (21:24). Lo que él cuenta no es lo que se dice por ahí, no algo que sabe, de segunda mano, sino lo que él mismo ha visto y conoce por propia experiencia. El mejor testigo de todos es el que puede decir: «Esto es verdad, porque yo lo sé por propia experiencia.»

(vi¡¡) Está el testimonio el *Espíritu Santo.* «Cuando venga el Consolador... el Espíritu de la verdad... dará testimonio de Mí» (15:26). Juan escribe en la *Primera Epístola: «Y* el Espíritu es el testigo, porque el Espíritu es la verdad» (1 *Juan* 5:6). Para los judíos, el Espíritu tenía dos funciones: traía la verdad de Dios a los hombres, y les permitía reconocer esa verdad cuando la veían. Es la obra del Espíritu Santo dentro de nuestro corazón lo que nos permite reconocer a Jesús como el que es y confiar en Él por lo que puede hacer.

Juan escribió su evangelio para presentar un testimonio incontestable de que Jesucristo es la Mente de Dios plenamente revelada a la humanidad.

LA LUZ DE TODAS LAS PERSONAS

Juan 1:9

El Que sí era la luz real era el Que, en Su venida al mundo, da la luz a todas las personas.

Aquí Juan usa una palabra muy significativa para describir a Jesús: dice que Jesús era la *luz real.* En griego hay dos palabras que se parecen mucho. La versión Reina-Valera usa *verdaderola* para las dos; pero tienen diferentes matices. La primera palabra es *aléthés,* que quiere decir *verdadero* como opuesto a *falso;* es la palabra que usaríamos para **decir** que una aseveración es verdad. La segunda palabra es *aléthinós,* que quiere decir *real o genuino,* opuesta a *irreal.*

Así pues, lo que Juan está diciendo es que Jesús es .la luz` real que viene a iluminar a la humanidad. Antes de que Jesús viniera, había: otras luces que seguían las personas. Algunas eran parpadeos de la verdad; otras, vislumbres fugaces de la realidad; otras, fuegos fatuos, o meras luciérnagas... Todavía existen las luces fugaces, y los fuegos artificiales, y quienes se conforman con ellos; pero sólo Jesús es la luz genuina, la luz real que guía a las personas en su camino.

Juan dice que Jesús, al venir al mundo, trajo a la humanidad la luz real. Su venida fue como un destello de luz, como la venida de la aurora: Cierto viajero nos dice que se encontraba una vez en Italia, en una colina que mira a la bahía de Nápoles: estaba tan oscuro que no se podía ver nada; pero de repente hubo un relámpago, y todo se

iluminó con todo detalle. Cuando Jesús vino a este mundo la luz real iluminó todo lo que antes había estado sumido en tinieblas.

(i) Su venida disipó las sombras de *la duda.* Hasta que él vino todo lo que se sabía de Dios eran suposiciones. « Es difícil descubrir nada de Dios -dijo uno de los griegos-; y cuando has descubierto algo es imposible comunicárselo a otro.» Para los paganos, o Dios moraba en tinieblas inescrutables, o en una luz deslumbradora e: inaccesible. Pero -cuando vino Jesús la humanidad pudo ver con toda claridad cómo es Dios. Las sombras y las nieblas huyeron; los días de las suposiciones se acabaron; ya no hubo necesidad de seguir en un agnosticismo melancólico. Se hizo la luz.

(ii) Su venida disipó las sombras de *la desesperación.* Jesús vino a un mundo que estaba sumido en la desesperación. «La humanidad -decía Séneca-- es consciente de su indefensión en las cosas fundamentales.» Las personas anhelaban una mano que se les tendiera para levantarlas. «Odian sus pecados, pero no se pueden librar de ellos.» La humanidad desesperaba de hacerse a sí misma o al mundo mejores. Pero con la venida de Jesús entró en la vida un nuevo poder. Jesús no sólo trajo conocimiento, sino también poder. Vino no sólo para indicar el buen camino, sino para capacitarnos para andar por él. Nos dio no sólo instrucción, sino una presencia con la que todo lo que era imposible se hizo posible. La oscuridad del pesimismo y de la desesperación desaparecieron para siempre.

(iii) Su venida disipó las tinieblas de *la muerte.* El mundo antiguo le tenía pánico a la muerte. Lo mejor que se podía pensar de ella era la aniquilación, y el alma humana se estremecía al pensarlo. Lo peor era una eternidad de torturas en manos de los dioses que fuera, y el alma humana tenía miedo. Pero Jesús, con Su venida, con Su vida y con Su muerte y Su Resurrección ha demostrado que la muerte no tiene que ser más que la entrada a una vida más plena. La tiniebla se ha dispersado. Stevenson tiene una escena en una de sus historias en la que traza el cuadro de un joven que ha quedado con vida milagrosamente después de un duelo en el que estaba seguro de que le iban a matar. Al alejarse, su corazón va cantando: «La amargura de la muerte ha pasado.» Gracias a Jesús la amargura de la muerte puede haber pasado para todos los seres humanos.

Además, Jesús es la luz que alumbra a *todas las personas* que vienen a este mundo. El mundo antiguo era excluyente. Muchos judíos odiaban. a los gentiles y decían que los gentiles no habían sido creados nada más que para servir de leña en el infierno. Es verdad que hubo profetas que vieron que la misión de Israel era ser una luz para los gentiles (Isaías 42:6; 49:6), pero esa era una misión que la mayoría del pueblo rehusaba asumir. El mundo griego nunca soñó que el conocimiento fuera para toda la humanidad. El mundo romano despreciaba a los bárbaros, los salvajes que vivían sin ley. Pero Jesús vino para ser la luz de *todos.* Sólo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tiene un corazón suficientemente grande para albergar a todo el mundo.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-I1

> *Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mundo llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.*

Juan tenía en mente dos pensamientos al escribir este pasaje. (i) Estaba pensando en el tiempo antes de que Jesucristo viniera al mundo en cuerpo. *El Logos* de Dios había estado activo en el mundo desde el principio del tiempo. *La Palabra* creadora y dinámica de Dios había hecho que el mundo llegara a existir al principio; y desde entonces siempre había sido *la Palabra, el Logos, la Razón* de Dios, el/la Que ha mantenido el universo como un conjunto ordenado y al ser humano como una persona racional. Si la humanidad hubiera tenido sentido para verle, *el Logos* siempre Se podía reconocer en el universo.

La Confesión de Fe de Westminster empieza diciendo que < las luces de la naturaleza, y las obras de la creación y de la providencia manifiestan la bondad, la sabiduría y el poder de Dios de tal manera que dejan sin justificación posible la incredulidad humana.» Hacía tiempo que Pablo había escrito que las cosas visibles del mundo están diseñadas por Dios de tal manera que guían el pensamiento humano a las cosas invisibles, y que si la humanidad hubiera mirado al mundo con los ojos y el entendimiento abiertos, su pensamiento habría llegado inevitablemente a su Creador *(Romanos 1:19-20).* El mundo siempre ha sido tal que, mirado como es debido, conduciría hacia Dios a la mente humana.

En teología siempre se ha distinguido entre teología *natural* y teología *revelada.* La teología revelada trata de las verdades que nos llegan directamente de Dios en las palabras de los profetas, las páginas de Su Libro y, supremamente, en Jesucristo.

La teología natural trata de las verdades que el ser humano puede descubrir mediante su propia mente e inteligencia en el mundo en que vive. Si así es, ¿cómo podemos ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios, *la Mente* de Dios en el mundo en que vivimos?

(a) Debemos mirar *hacia fuera.* Siempre fue una idea fundamental de los griegos que, donde hay un orden, tiene que haber una mente. Cuando consideramos el universo vemos un orden maravilloso: los planetas siguen regularmente sus cursos; las marea se suceden conforme a un plan; la siembra y la siega, el verano -y el invierno, el día y la noche observan un orden riguroso. No cabe duda de que hay un orden en la naturaleza y, por tanto, está igualmente claro que debe de haber una Mente detrás de todo ello. Además, esa Mente tiene que ser superior a la mente humana, porque consigue resultados que ésta nunca puede conseguir. La mente humana no puede hacer que la noche siga al día, y viceversa; o que la semilla tenga poder para germinar y crecer. La mente humana no puede hacer ninguna criatura viva. Si hay orden en el mundo, tiene que haber una Mente; y, si en ese orden hay cosas que están por encima de la mente humana, esa Mente que está detrás del orden de la naturaleza tiene que estar por encima y más allá de la mente humana... Y así llegamos inevitablemente a Dios. Mirar fuera de nosotros al mundo es encontrarnos cara a cara con el Dios Que lo ha hecho.

(b) Debemos mirar *hacia arriba.* Nada demuestra el orden maravilloso del universo mejor que los movimientos de los cuerpos celestes. Los astrónomos nos dicen que hay tantas estrellas como granos de arena en las playas. Para decirlo en términos humanos, figuraos los problemas de tráfico que habrá en el cielo; y, sin embargo, los cuerpos celeste se mantienen en las rutas que se les han marcado y se *conducen* individual pero disciplinada y armoniosamente. Un astrónomo puede predecir al segundo y a la pulgada cuándo y dónde va a aparecer un cierto planeta, y puede decirnos cuándo y dónde se va a producir un eclipse de Sol dentro de cientos de años, y cuántos segundos va a durar. Se ha dicho que «ningún astrónomo puede ser ateo.» Cuando miramos hacia arriba vemos a Dios.

(c) Debemos mirar *hacia dentro.* ¿De dónde nos hemos sacado la capacidad de pensar, de razonar y de saber? ¿De dónde el conocimiento del bien y del mal? ¿Por qué sabe en lo más íntimo de su ser el más empedernido degenerado cuándo está haciendo lo que no debe? Kant dijo hace mucho que había dos cosas que le convencían de la existencia de Dios: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral en el fondo de su conciencia. No nos hemos dado a nosotros mismos ni la vida ni la razón que la guía y la dirige. Debemos nuestra existencia a algún Poder fuera de nosotros mismos. ¿De dónde vienen el remordimiento y el sentimiento de culpabilidad? ¿Por qué no podemos hacer lo que nos dé la gana y sentirnos en paz? Cuando miramos hacia dentro encontramos lo que Marco Aurelio llamaba « el dios interior,» y lo que Séneca llamaba «el espíritu santo que reside en nuestras almas.» Nadie se puede entender aparte de Dios.

(d) Debemos mirar *hacia atrás.* Froude, el gran historiador, decía que la totalidad de la Historia es una demostración de la ley moral en acción. Los imperios surgen y desaparecen. Como escribió Kipling:

«Mirad: ¡Toda nuestra pompa de ayer es igual que la de Nínive o Tiro!»

Y es un hecho constatado de la Historia que la degeneración moral y el desastre nacional van de la mano. « No hay nación -dijo George Bemard Shaw- que haya sobrevivido a la pérdida de sus dioses.» Toda la Historia es la demostración práctica de que hay Dios.

Así que, aunque Jesucristo no hubiera venido a este mundo corporalmente, todavía le habría sido posible a la humanidad ver *la Palabra* de Dios, *el Logos* de Dios, *la Razón* de Dios en acción. Pero, aunque la acción de *la Palabra* estaba a la vista de todo el mundo, la humanidad no La reconoció nunca.

NO LE RECONOCIERON

Juan 1:10-11 *(conclusión)*

> *Estaba en el mundo; y, aunque Él había sido el intermediario para que el mando llegara a existir, el mundo no Le reconoció. Fue a Su propio. hogar adonde vino, y sin embargo los suyos no Le dieron la bienvenida.*

(ii) Por último, *la Palabra* creadora y ordenadora de Dios vino a esté mundo en la persona del hombre Jesús. Juan dice que *la Palabra* vino a Su propio hogar, pero los suyos no Le dieron la bienvenida. ¿Qué quiere decir con eso? Quiere decir que, cuando *la Palabra* de Dios entró en este mundo, no llegó a Roma o a

Grecia o a Egipto o a los imperios del Oriente. *Vino a Palestina,* que era la tierra de Dios en un sentido especial, y a los judíos, que eran el pueblo escogido de Dios.

Los mismos nombres que se les dan a esa tierra y a ese pueblo en el Antiguo Testamento nos lo demuestran. A Palestina se la llama con frecuencia *la tierra santa (Zacarías 2:12; 2 Macabeos 1:7; Sabiduría 12:3).* Se la llama *la tierra del Señor; Dios* habla de ella como *Su tierra (Oseas 9: 3; Jeremías 2:7; 16:18; Levítico 25:23). A* la nación de Israel se la llama « el especial tesoro» de Dios (Éxodo 19:5; Salmo 135:4), «pueblo santo para el Señor.:. pueblo especial» *(Deuteronomio 7:6),* «pueblo único» *(Deuteronomio 14:2), «Su* exclusiva posesión» *(Deuteronomio 26:18),* «porción» y «heredad» del Señor *(Deuteronomio 32:9).*

Jesús vino a una tierra que era especialmente la tierra de Dios, y a un pueblo que era especialmente el pueblo dé Dios. Era de esperar que aquella nación le hubiera recibido con los brazos abiertos y con todas las puertas abiertas; que se le hubiera dado la bienvenida como a un viajero que llegara a su propia casa; o, más aún, como a un rey que llegara a su nación... *Pero Le rechazaron.* Le recibieron -con odio en vez de con adoración.

Aquí tenemos **la tragedia ele un pueblo que había sido elegido** y **preparado para una tarea, y que** se negó a cumplirla. Puede que unos **padres ahorren y se sacrifiquen para darle. 1.** su hijo o a su hija una oportunidad en la vida, para que tenga una preparación para algún **trabajo u oportunidad** especial... y, cuando llega el momento, .la persona por la que se sacrificó todo se niega a aprovechar la oportunidad o falla miserablemente al enfrentarse con el desafío. Ahí está la tragedia. Y eso fue lo que Le pasó a Dios.

Sería erróneo pensar que Dios no había preparado nada más que a Israel. Dios está preparando a todos los hombres, mujeres; y niños de este mundo para alguna tarea que les tiene reservada.: Cierto novelista cuenta la historia de una chica que se negaba a tocar las cosas sucias de la vida; cuando alguien le preguntó; por qué, dijo: < Algún día va a venir algo realmente hermoso; a mi vida, y quiero estar preparada.» La tragedia es que muchas. personas rechazan la tarea que Dios les tiene reservada.

O, para decirlo de otra manera, que aún nos impacta más: son pocos los que llegan a ser lo que podrían haber sido; tal vez por letargo o pereza, por timidez o cobardía, por falta de disciplina o sobra de permisividad, por comprometerse con algo no tan bueno o desviarse por algún colateral... El mundo está lleno de personas que no han hecho realidad las posibilidades que tenían. No hemos de pensar que la tarea que Dios tiene para nosotros haya de ser alguna hazaña heroica que despierte la admiración de todo el mundo. Puede que sea preparar a un niño para la vida; o, en un momento decisivo, decir la palabra necesaria y ejercer la influencia que puede impedir que alguien arruine su vida; o hacer algo sencillo superlativamente bien; o tocar las vidas de otros con las manos, la voz o la mente. El hecho es que Dios nos está preparando en todas las experiencias de la vida y cuenta con nosotros para algo; y muchos Le dejan en la estacada, y a lo mejor ni se dan cuenta de que Le están fallando.

Es terriblemente patético lo que se dice aquí: «Vino a Su propio hogar, y los suyos no le dieron la bienvenida.» Eso Le sucedió a Jesús hace mucho... y Le sigue sucediendo.

HIJOS DE DIOS

Juan 1:12-13

> *A todos los que sí Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios. Estos nacieron, no de la sangre ni de ningún impulso humano ni de la voluntad de ningún hombre, sino que su nacimiento fue de Dios.*

No todos rechazaron a Jesús cuando vino; hubo algunos que sí Le recibieron y Le dieron la bienvenida, y a esos les dio Jesús el derecho de llegar a ser hijos de Dios.

Hay un sentido en el que una persona no es hija de Dios por naturaleza, sino que tiene que *llegar a serlo.* Tenemos que pensarlo en términos humanos porque son los únicos de que disponemos.

Hay dos clases de hijos. Están los que jamás hacen nada más que aprovecharse de su hogar. A lo largo de su juventud se apropian de todo lo que el hogar les ofrece sin dar nada a cambio. Puede que sus padres trabajen y se sacrifiquen para darles la mejor oportunidad posible en la vida, y lo toman todo como un derecho, sin darse cuenta nunca de lo que están recibiendo, y sin hacer el menor esfuerzo por merecerlo o compensarlo. Cuando se marchan de la casa paterna no hacen el menor esfuerzo para mantenerse en contacto. El hogar ha cumplido su misión, y ahí termina la cosa. No reconocen ningún lazo que tengan que mantener, ni ninguna deuda que tengan que pagar. Son los hijos de sus padres, y a ellos les deben la existencia y lo que son; pero no reconocen ningún vínculo de amor b intimidad. Sus padres se lo han dado todo por amor, pero los hijos no les han dado nada a cambio.

Por otra parte hay hijos que siempre son conscientes de lo que sus padres han hecho y hacen por ellos, y aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para demostrarles su agradecimiento y tratar de ser la clase de hijos que sus padres

querían que fueran. A medida que pasan los años están cada vez más cerca de sus padres, con los que desarrollan una relación de confianza y amistad. Hasta cuando salen del hogar el vínculo permanece, y son conscientes de una deuda que nunca podrán pagar.

En el primer caso, los hijos cada vez están más lejos de los padres; en el segundo, cada vez más cerca. Todos son hijos, pero de manera diferente. Los del segundo grupo *llegan a ser* hijos de una manera que los otros no alcanzan.

Podemos ilustrar esta clase de relación desde otro punto de vista, distinto pero parecido. A un famoso profesor le mencionaron el nombre de un joven que se presentaba como discípulo suyo. Este dijo: «Puede que asistiera a mis clases, pero no era uno de mis estudiantes.» Hay un mundo de diferencia entre asistir a las clases de un profesor y ser uno de sus estudiantes. Puede haber contacto sin comunión; puede- haber relación sin comunicación. «Todos somos hijos de Dios», se oye decir con frecuencia, y con razón si nos referimos a que todos Le debemos a Dios que nos haya creado y nos conserve la vida; pero sólo algunos *llegan a ser* hijos de Dios con la profundidad e intimidad de la verdadera relación entre Padre e hijos.

Juan proclama que sólo podemos entrar en esa relación real y verdadera de hijos con Dios por medio de Jesucristo. Cuando Juan dice que esto no viene de la sangre, está expresando la convicción judía de que un hijo nacía de la unión de la simiente del padre con la sangre de la madre. Esta condición de hijos no es el resultado de ningún impulso o deseo humano, ni de ningún acto de la voluntad humana; procede exclusivamente de Dios. No podemos hacernos a nosotros mismos hijos de Dios; tenemos que entrar en la relación con Dios que El nos ofrece. Nadie puede entrar nunca en una relación de amistad con Dios por su propia voluntad y capacidad; hay una gran sima entre lo humano y lo divino. El hombre sólo puede entrar en amistad con Dios cuando Dios mismo le abre el camino.

Pensemos otra vez en términos humanos. Un plebeyo no puede acercarse a un rey para ofrecerle su amistad; si ha de

producirse tal amistad tendrá que ser el rey el que la inicie y establezca. Eso es lo **que sucede entre nosotros y Dios:** no podemos entrar en relación con Él por nuestra voluntad o méritos, porque somos seres humanos y Él es Dios. Sólo puede ser cuando Dios; en Su gracia que no podemos merecer de ninguna manera, condesciende a abrirnos el camino.

Pero esto tiene también su lado humano. Lo que Dios ofrece, el hombre se lo tiene que apropiar. Puede que un padre humano le ofrezca a su hijo su amor, su consejo y su amistad, y que el hijó no los acepte y siga su propio camino. Así sucede con Dios: El nos ofrece *el derecho* de llegar a ser hijos, pero no nos obliga a aceptarlo.

Como lo aceptamos es creyendo en el nombre de Jesucristo. ¿Qué quiere decir eso? El pensamiento y el lenguaje hebreos usaban *el nombre* de una manera que nos resulta extraña. Con esa expresión los judíos no se referían tanto al nombre propio de una persona como a su naturaleza en tanto en cuanto era revelada o conocida. Por ejemplo, en el *Salmo* 9:10 el salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre.» Está claro que eso no quiere decir «los que saben que Te llamas Jehová,» sino los que conocen el carácter de Dios, Su naturaleza, cómo es Dios; ésos son los que están dispuestos a poner su confianza en Dios para todo. En el *Salmo 20:7,* dice el salmista: «Algunos presumen de carros, y otros de caballos; mas nosotros nos gloriamos en *el nombre* del Señor nuestro Dios.» Está claro que esto no quiere decir que hacemos alarde de que Dios se llama Jehová. Quiere decir que algunos ponen su confianza en medios materiales, pero nosotros la ponemos en Dios porque sabemos cómo es.

Confiar en el nombre de Jesús, por tanto, quiere decir poner nuestra confianza en lo que Él es. Él era la encarnación de la amabilidad y del amor y de la ternura y del servicio. La gran doctrina central de Juan es que en Jesús vemos la misma Mente de Dios, Su actitud para con los hombres. Si de veras creemos eso, entonces también creemos que Dios es como Le vemos en Jesús: tan amable y amoroso como era Jesús. Creer en el

nombre de Jesús es creer que Dios es como Él; y es sólo cuando; creemos eso cuando podemos someternos a Dios y llegar a ser Sus hijos. A menos que hayamos visto en Jesús cómo es Dios, nunca nos atreveríamos a creer que podemos llegar a ser Sus hijos. Es lo que es Jesús lo que nos abre la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios. ,

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14

Y la *Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; . y nosotros miramos con-nuestros propios ojos :Su gloria, gloria corvó la que recibe,de su padre un hijo único.*

Aquí llegamos a la afirmación en la que se resume todo el tema que Juan desarrolla en su evangelio. Ha meditado y escrito acerca. de la Palabra de Dios, esa Palabra poderosa, creadora y- dinámica, que fue el Agente de la creación; esa Palabra guiadora, directora, controladora, que pone orden en el universo y en la mente humana. Estas ideas les resultaban conocidas y familiares tanto a los judíos como a los griegos. Y ahora dice la cosa más sorprendente y maravillosa de todas: «Esta Palabra que creó el mundo, esta Razón que mantiene el orden del universo, se ha hecho una Persona Que hemos visto con nuestros propios *ojos.»* La palabra que usa Juan para *ver* es *theasthai;* aparece en el Nuevo Testamento más de veinte veces, y siempre refiriéndose a la vista física. No se trata de una visión espiritual que se percibe con los *ojos* del alma o de la mente. Juan declara que la Palabra vino de hecho a la Tierra en forma humana, Que podía verse con los *ojos* de la cara. Dice: « Si queréis, ver cómo es esta Palabra creadora, esta Razón ordenadora, mirad a Jesús de Nazaret.»

Aquí es donde Juan se remonta por encima de todos los pensamientos anteriores. Esto es algo totalmente nuevo que Juan introdujo en el mundo griego al que dirige su libro. Agustín de Hipona dijo más tarde que, en los días anteriores a su conversión al Evangelio había leído y estudiado a los grandes filósofos paganos, que le habían enseñado muchas cosas; pero que la Palabra se había hecho carne no lo había leído en ninguno de ellos.

Para los griegos esto era algo completamente imposible. El que Dios pudiera.asumir un cuerpo era algo que a un griego no se le podía ocurrir ni soñar. Para los griegos, el cuerpo era un mal, una prisión en la que el alma estaba aherrojada, o una tumba en la que estaba confinado el espíritu. Plutarco, el antiguo sabio griego, ni siquiera podía creer que Dios pudiera controlar, directamente los acontecimientos de este mundo; más bien tenía que hacerlo por medio de diputados o intermediarios; porque -así lo veía Plutarco- sería sencillamente blasfemo el involucrar.a Dios.en los asuntos de este mundo. Filón no podría haberlo dicho nunca. Decía: -«La vida de Dios no ha descendido a nosotros; ni se ha. rebajado a sentir las necesidades de un cuerpo.» El gran emperador romano estoico Marco Aurelio despreciaba el cuerpo en comparación con el espíritu. «Desprecia por tanto la carne -decía-, la sangre y los huesos y el entramado revuelto de nervios y venas y arterias.» « La composición del cuerpo entero está sujeta a corrupción»

Y de pronto aparece una novedad totalmente sorprendente: que Dios pudiera y estuviera dispuesto a llegar a ser una persona humana y entrar en esta vida que nosotros vivimos, que la eternidad pudiera aparecer en el tiempo, que el Creador pudiera aparecer en la creación de tal manera que los *ojos* humanos de hecho Le pudieran ver.

Tan alucinantemente nueva era esta concepción de Dios en forma humana que no era sorprendente que hubiera algunos, aun en la Iglesia, que no lo pudieran creer. Lo que dice Juan es que la Palabra se hizo *sarx.* Ahora bien, *sarx* es la misma palabra que Pablo usa una y otra vez para describir lo que él

llamaba *la carne,* la naturaleza humana en toda su debilidad y propensión al pecado. La misma idea de tomar esta palabra y aplicársela a Dios era algo que alucinaba sus mentes, así es que surgió en la Iglesia un grupo de personas que se llamaron *los docetistas.*

Dokein es la palabra griega que quiere decir *parecer ser.* Esas personas mantenían que Jesús, de hecho, era solamente un fantasma; que Su cuerpo humano no era un cuerpo real; que Él no podía sentir de veras hambre o cansancio, tristeza o dolor; que lo que era en realidad era un espíritu desencarnado que se presentaba en una forma que parecía humana. Juan se opuso a estas personas mucho más directamente en su *Primera Epístola:* «En esto se conoce el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido *en la carne* es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios. Este es el espíritu del anticristo» (1 *Juan 4:2s).* Es verdad que esta herejía surgió de una especie de reverencia equivocada, que se resistía a reconocer que Jesús era total y real y verdaderamente humano. Para Juan eso contradecía a todo el Evangelio.

Bien puede pasar que a veces estemos tan preocupados por conservar la verdad de que Jesús era plenamente divino que tendamos a olvidar el hecho de que era absolutamente humano. *La Palabra se hizo carne* -aquí, mejor que en ningún otro pasaje del Nuevo Testamento, se proclama gloriosamente la plena humanidad de Jesús. En Jesús vemos el poder creador de Dios, la Razón ordenadora de Dios, asumiendo la plena humanidad. En Jesús vemos a Dios viviendo la vida humana de una persona cualquiera. Suponiendo que no dijéramos nada más de Jesús, todavía podríamos decir que nos mostró como viviría Dios esta vida que vivimos nosotros.

Aunque no pudiéramos decir nada más que Le debemos a Jesús, esto sí podemos decir: que nos mostró cómo viviría Dios esta vida que vivimos nosotros y, por tanto, que Jesús nos ha mostrado cómo quiere Dios que vivamos.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 (continuación)

> *Y la Palabra de Dios se hizo una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria, gloria como la que recibe de su padre un hijo único.*

Bien se podría decir que este es el versículo más importante de todo el Nuevo Testamento. Debemos por tanto pasar un tiempo considerable estudiándolo para penetrar más de lleno en sus riquezas.

Ya hemos visto que hay algunas grandes palabras que le bullen a Juan en la mente y dominan su pensamiento y son los temas con los que se elabora todo su mensaje. Aquí tenemos otras tres de esas palabras.

(i) La primera es *gracia.* Esta palabra contiene siempre dos ideas básicas.

(a) Siempre incluye la idea de algo que es totalmente inmerecido, que no podríamos nunca ganarnos o conseguir por nosotros mismos. El hecho de que Dios viniera a la Tierra a vivir y a morir por nosotros no fue nada que la humanidad hubiera merecido, sino un acto de puro amor por parte de Dios. La palabra *gracia* subraya al mismo tiempo la pobreza desesperada de la humanidad y la ilimitada generosidad de Dios.

(b) Siempre incluye la idea de belleza. En griego .moderno quiere decir *encanto.* En Jesús vemos el atractivo irresistible de Dios. Se había pensado en Él -en términos de fuerza, de majestad y de juicio; como un poder capaz de aplastar toda oposición y derrotar toda rebelión; pero en Jesús nos encontramos con la sencilla amabilidad de Dios.

(ii) La segunda es *verdad.* Esta palabra es una de las notas dominantes del Cuarto Evangelio. Nos la encontramos una y otra vez. Aquí no podemos más que reunir y resumir lo que Juan tiene que decir acerca de Jesús y la verdad.

(a) Jesús es la encarnación de la verdad. Él dijo: «Yo soy la verdad» (14:6). Para ver la verdad tenemos que mirar a Jesús. Aquí hay algo infinitamente precioso para todas las almas y mentes sencillas. Son los menos los que pueden captar las ideas abstractas; la mayor parte de nosotros tenemos que *ver* las cosas para entenderlas. Podríamos pasar mucho tiempo pensando y discutiendo, y no nos acercaríamos a una definición satisfactoria de lo que es la belleza; pero, si podemos señalar a una persona en la que brille esa cualidad y decir: « ¡Eso es belleza!», todos estaremos de acuerdo y lo veremos claro. Desde que la humanidad empezó a pensar en Dios se viene intentando definir Quién y Qué es... y sus mentes diminutas no consiguen llegar a una definición satisfactoria. Pero ahora podemos dejar de pensar por nosotros mismos, y mirara Jesucristo y decir: «¡Así es como es Dios!» Jesús no vino para *hablar* de Dios, sino para *mostrar* cómo es Dios, para que la persona más sencilla pudiera conocerle tan íntimamente como el más grande de los filósofos.

(b) Jesús es el comunicador de la verdad. Les dijo a Sus discípulos que, si seguían con Él, conocerían la verdad (8:31). Le dijo a Pilato que el objeto de Su venida a este mundo había sido dar testimonio de la verdad (18:37). La gente se agolpará para escuchar a un maestro o predicador que pueda ofrecerles alguna dirección en el

embarullado negocio de la vida y el pensamiento. Jesús es el único Que, en medio de las sombras; puede aclarar las cosas; el único Que, en las múltiples encrucijadas de la vida, nos puede indicar el verdadero camino; el único Que, en los confusos momentos de la decisión, nos permite escoger correctamente; el único Que, entre las muchas voces que reclaman nuestra atención y nuestra lealtad, nos dice lo que debemos creer.

(c) Aunque Jesús ya no está corporalmente en la Tierra, nos ha dejado Su Espíritu para que nos guíe a toda la verdad. Su Espíritu es el Espíritu de la verdad (14:17; 15:26; 16:13). No se limitó a dejarnos un libro de instrucciones y un cuerpo de doctrina. No tenemos que buscar en un libro de texto difícil

de entender para descubrir lo que tenemos que hacer. Todavía, hasta el día de hoy, podemos preguntarle a Jesús lo que tenemos que hacer, porque Su Espíritu está con nosotros en cada paso del camino.

(d) La verdad es lo que nos hace libres (8:32). Siempre hay un cierto poder libertador en la verdad. Los niños adquieren a menudo ideas fantásticas y erróneas acerca de las cosas cuando piensan por sí mismos; y a menudo les producen miedo. Cuando se les dice la verdad, se emancipan de sus temores. Puede- que una persona tenga miedo de estar enferma; si va al médico, aunque el diagnóstico sea malo, se librará por lo menos de los temores vagos que antes la asediaban. La verdad que Jesús nos trae nos libera de la alienación de Dios; nos libera de la frustración, de nuestros temores y debilidades y derrotas. Jesucristo es el mayor libertador del mundo.

(e) La verdad puede causar resentimiento. Hubo quienes trataron de matar a Jesús porque les había dicho la verdad (8:40). La verdad puede que condene a una persona; puede que le indique lo muy equivocada que estaba. «La verdad -decían los filósofos. cínicos- puede ser tan irritante como. la luz para los ojos doloridos.» Los cínicos declaraban que el maestro que no ha molestado nunca a nadie, nunca le ha hecho a nadie ningún bien. Puede que la gente cierre los oídos y las mentes a la verdad, que maten al que se la dice... pero la verdad permanece. Nadie ha destruido jamás la verdad por negarse a escuchar la voz que se la presentaba; y la verdad acabará por alcanzarle, más, tarde o más temprano.

(f) La verdad se puede rechazar (8:45). Hay dos razones principales para no creer: porque es demasiado buena para ser verdad, o porque se está demasiado ligado a medias verdades de las que no se puede soltar. En muchos casos una media verdad es el peor enemigo de -la verdad total.

(g) La verdad no es nada abstracto, sino algo que hay que hacer (3:21). Es algo que hay que conocer con la mente, aceptar con el corazón y poner por obra en la vida.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

Juan 1:14 (conclusión)

;s

> Y la Palabra de Dios se *hizo* una Persona, y tomó residencia en nuestro ser, lleno de gracia y realidad; y nosotros miramos con nuestros propios ojos Su gloria,°, gloria como la que recibe de su padre un *hijo único,'>*

Toda una vida de estudio y pensamiento no podría abarcar',,, toda la verdad de este versículo. Ya hemos considerado dos de: las grandes palabras temáticas que contiene; ahora estúdiare-mos la tercera, gloria. Una y otra vez Juan la usa en relación con Jesucristo. Primero veremos lo que dice Juan acerca de lá= gloria de Cristo, y después veremos si podemos entender un. poco de lo que quiso decir.

(i) La vida de Jesucristo fue una manifestación de gloria. Cuando realizó el milagro del agua hecha vino en Caná de Galilea, Juan dice que Jesús manifestó Su gloria (2:11). El ver a Jesús y experimentar Su poder y Su amor era entrar en una nueva gloria.

(ii) La gloria que Jesús manifiesta es la gloria de Dios. No es de la humanidad donde la ha recibido (5:41). Él no buscaba Su propia gloria, sino la del Que Le había enviado (7:18). Es Su Padre el Que Le glorifica (8:50, 54). Es la gloria de Dios la que verá Marta en la resurrección de Lázaro (11:4). La resurrección de Lázaro es para la gloria de Dios, para que el Hijo sea glorificado (11:4). La gloria que estaba en Jesús, rodeándole, que brillaba y actuaba en Él, es la gloria de Dios.

(iii) Y sin embargo, esa gloria Le era exclusiva. Al final Le pide a Dios que Le glorifique con la gloria que tenía antes que empezara el mundo (17:5). No irradia una luz prestada; Su gloria es Suya, y lo es por derecho propio.

(iv) La gloria que es Suya es la que ha transmitido a Sus discípulos; El les ha dado la gloria que el Padre Le había dado a Él (17:22). Es como si Jesús participara de la gloria de Dios,

y Sus discípulos participaran de la gloria de Cristo. La venida de Jesús es la venida de la gloria de Dios a la humanidad.

¿Qué quiere decir Juan con todo esto? Para contestar tenemos que volver al Antiguo Testamento. Entre los judíos era muy entrañable la idea de la Shejina. Shejina quiere decir lo que mora, y se usaba para la presencia visible de Dios en medio de Su pueblo. Repetidas veces nos encontramos en el Antiguo Testamento con la idea de que había ciertos momentos en los que la gloria de Dios se hacía visible. En el desierto, antes del maná, los israelitas «miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria del Señor apareció en la nube» (Éxodo 16:10). Antes de la promulgación de los Diez Mandamientos, «la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí» (Éxodo 24:16). Cuando el tabernáculo estuvo instalado y equipado, «la gloria del Señor llenó el tabernáculo»(Éxodo 40:34). Cuando se dedicó el templo de Salomón, los sacerdotes no podían entrar a minis-trar «porque la gloria el Señor había llenado la casa del Señor» (1 Reyes 8:11). Cuando Isaías tuvo la visión en el templo, oyó cantar al coro angélico que «toda la Tierra está llena de Su gloria» (Isaías 6:3). Ezequiel vio en éxtasis « la semejanza de la gloria del Señor» (Ezequiel 1:18). En el Antiguo Testamento la gloria del Señor aparecía a veces en situaciones cuando el Señor estaba muy cerca.

La gloria del Señor quiere decir sencillamente la presencia de Dios. Juan usa una ilustración hogareña: Un padre le da a su hijo único su propia autoridad y su propio honor. El príncipe heredero es investido con toda la gloria regia de su padre. Eso es lo que sucedió con Jesús: cuando vino a la Tierra, la humanidad vio en Él el esplendor de Dios, y en el corazón de ese esplendor estaba el amor. Cuando Jesús vino al mundo se vio en Él la maravilla de Dios, y esa maravilla era amor. Se vio que la gloria de Dios y el amor de Dios eran una y la misma cosa. La gloria de Dios no es la de un tirano despótico, sino el esplendor del amor ante el que caemos, no de terror, sino «perdidos de admiración, amor y alabanza» como dice un himno famoso.

LA PLENITUD INAGOTABLE

Juan 1:15-17

> *Juan fue Su testigo, y su proclamación todavía resuena: «Éste es el Que yo os decía que, aunque viene detrás de mí, en realidad me lleva la delantera, porque era anterior a mí.» De Su plenitud es de donde hemos extraído todos, y de Él hemos recibido una gracia tras otra; porque lo que nos dio Moisés fue la Ley, pero* la *gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo.*

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio se escribió en una situación en la que era necesario asegurarse de que no se le atribuyera a Juan el Bautista una importancia excesiva; así es que Juan empieza este pasaje con el testimonio de Juan el Bautista, en el que Le reconoce a Jesús el primer lugar.

Juan el Bautista dice de Jesús: < El que viene detrás de mí era antes que yo.» Puede que con estas palabras quiera decir más de una cosa. *(a)* Jesús era en realidad seis meses más joven que Juan, así es que Juan puede estar diciendo sencillamente: «El Que es más joven que yo me lleva en realidad la delantera.» *(b)* Juan puede que estuviera diciendo: «Yo estaba en el campo antes que Jesús; yo ocupaba el centro del escenario antes que Él; puse manos a la obra antes que Él; pero todo lo que yo estaba haciendo era prepararle el camino para que viniera; yo era sólo la avanzada de la Fuerza principal, y el heraldo del Rey.> (c) Puede que Juan esté pensando en términos mucho más profundos. Puede que esté pensando, no en términos del tiempo, sino de la eternidad. Puede que esté pensando en Jesús como el Que existía antes que empezara el mundo, en comparación con el Cual cualquier figura humana no tiene la menor importancia. Puede que las tres ideas estuvieran en la mente de Juan. No fue él el que exageró su propia importancia, sino algunos de sus seguidores. Para Juan, el puesto supremo Le correspondía a Jesús.

Este pasaje continúa diciéndonos tres grandes cosas acerca de Jesús.

(i) De Su plenitud es de donde hemos extraído todos. La palabra que usa Juan para *plenitud* es una gran palabra: *pléróma,* que quiere decir la suma total de todo lo que hay en Dios. Pablo la usa con cierta frecuencia. En *Colosenses 1:19* dice que todo *pléróma* habitaba en Cristo. En *Colosenses 2:9* dice que en Cristo habitaba el *pléróma* de la deidad en forma corporal. Quería decir que en Jesús moraba la totalidad de la sabiduría, el poder y el amor de Dios. Por eso Jesús es inagotable. Una persona puede acudir a Jesús con cualquier necesidad, y encontrarla suplida; o con cualquier ideal, y encontrarlo realizado. El que está enamorado de la belleza encontrará en Jesús la suprema belleza; y aquel para quien la vida consiste en la búsqueda del conocimiento, encontrará en Jesús la suprema revelación. El que necesita valor, encontrará en Jesús la quintaesencia y el secreto del valor; y el que se siente impotente ante la vida encontrará en Jesús al Señor de la vida y el poder para vivir. El que es consciente de su pecado encontrará en Jesús el perdón y la fuerza para ser bueno. En Jesús, *el pléróma,* la plenitud de Dios, todo lo que hay en Dios, lo que Westcott llamaba «la fuente de la vida divina» se encuentra en Jesús y está a disposición de la humanidad.

(ii) De Él hemos recibido una gracia tras otra. En el original griego dice literalmente *gracia en lugar de gracia.* ¿Qué quiere decir esa extraña frase?

(a) Puede que quiera decir que en Cristo encontramos una maravilla que conduce a otra. Uno de los antiguos misioneros de Escocia. llegó una vez a uno de los reyes pictos, que le preguntó qué podría esperar si se hacía cristiano. El misionero le contestó: «Encontrarás maravilla sobre maravilla, y todas ellas verdaderas.» Algunas veces, cuando vamos viajando por una carretera muy bonita, se abre ante nosotros una vista tras otra. A1 contemplar cada una pensamos que no puede haber nada más hermoso; y, al tomar una curva, se nos descubre algo aún más maravilloso. Cuando empezamos a estudiar un gran tema, como música, poesía o pintura, nunca llegamos al final. Siempre nos esperan nuevas experiencias de la belleza. Eso es lo que sucede con Cristo. Cuanto más sabemos de Él, más maravilloso nos resulta; cuanto más vivimos con Él, más encantos descubrimos; cuanto más pensamos en Él y con Él, más se nos ensancha el horizonte de la verdad. Esta frase puede que sea la manera que tiene Juan de expresar lo ilimitado que es Cristo. Puede que sea su forma de decir que a la persona que vive en compañía de Cristo le amanecerán nuevas maravillas en el alma que le iluminarán el entendimiento y le encantarán el corazón día tras día.

(b) Tal vez debamos entender esta expresión literalmente. En Cristo encontramos *gracia en vez de gracia.* Las diferentes edades y situaciones de la vida requieren una clase diferente de gracia. Necesitamos una gracia en los días de prosperidad, y otra en los días de adversidad. Necesitamos una gracia en los días primaverales de la juventud, y otra cuando se empiezan a dilatar las sombras de la edad. La Iglesia necesita una gracia en los días de persecución, y otra cuando llegan los días de tolerancia. Necesitamos una gracia cuando nos sentimos en control de la situación, y otra cuando estamos desanimados, deprimidos y casi desesperados. Necesitamos una gracia

para soportar nuestras propias cargas, y otra para sobrellevar los unos las cargas de los otros. Necesitamos una gracia cuando estamos seguros de las cosas, y otra cuando parece que ya no nos queda nada en el mundo. La gracia de Dios no es nunca una cosa estática, sino dinámica. Nunca falla ante una nueva situación. Cuando una necesidad invade la vida, una gracia la acompaña. Pasa esa necesidad y otra nos asalta, y con ella viene otra gracia. A lo largo de toda la vida estamos constantemente recibiendo gracia en lugar de gracia, porque la gracia de Cristo es adecuada para resolver triunfalmente cualquier situación.

(iii) Moisés nos dio la Ley, pero la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo. En la antigüedad, la vida estaba gobernada por la ley. Uno tenía que hacer lo que fuera, le gustara o no, supiera por qué o no. Pero, con la venida de Jesús, ya no tratamos de obedecer la ley. de Dios como esclavos, sino de responder al amor de Dios como hijos. Mediante Jesucristo, Dios el Legislador aparece como Dios nuestro Padre, el Dios Juez es el Dios que ama a todas las almas.

LA REVELACIÓN DE DIOS

Juan 1:18

> *Nadie ha visto nunca a Dios. Es el único, que es Dios, Que está en el seno del Padre, Quien nos lo ha dicho todo acerca de Dios.*

Cuando Juan escribió que nadie ha visto nunca a Dios, todos sus contemporáneos estarían totalmente de acuerdo con él. Estaban fascinados y deprimidos y frustrados por lo que consideraban la distancia infinita y la absoluta incognoscibilidad de Dios. En el Antiguo Testamento leemos que Dios le dijo a Moisés: «No podrás ver Mi rostro; porque no Me verá hombre, y vivirá» (Éxodo 33:20). Cuando Moisés le recuerda al pueblo la promulgación de la Ley, les dice: «Oísteis el sonido de palabras, pero no visteis ninguna forma; no había más que una voz» *(Deuteronomio* 4:12). En el Antiguo Testamento nadie creía que se pudiera ver a Dios. Los grandes pensadores griegos pensaban lo mismo. Jenófanes dijo: «Todo son suposiciones.» Platón dijo: «Nunca se podrán encontrar Dios y el hombre.» Celso se reía de la manera como los cristianos llamaban a Dios "Padre", porque «Dios está más allá de todo.» Como mucho, dijo Apuleyo, la humanidad puede percibir un vislumbre de Dios como cuando resplandece un relámpago en una noche oscura: una fracción de segundo, .y . otra vez la oscuridad. Como dijo Glover: «Fuera Dios lo que fuera, estaba muy fuera del alcance de la gente normal y corriente.» Tal vez hubiera rarísimos momentos de éxtasis en los que alguien captaba un atisbo del que llamaban «el Ser Absoluto»; pero las personas ordinarias eran prisioneras de la ignorancia y de la fantasía. No habría nadie que estuviera en desacuerdo con Juan cuando dijo que a Dios no Le ha visto nunca nadie, Pero Juan no se detiene ahí; pasa a hacer la sorprenden y tremenda afirmación de que Jesús nos ha revelado totalmente cómo es Dios. Lo que ha venido a la humanidad es lo que J. H. Bernard llama < la exhibición de Dios al mundo en Cristo.» Aquí vuelve a resonar la nota clave del evangelio de Juan: < Si queréis ver cómo es Dios, mirad a Jesús.>

¿Cómo es posible que Jesús pueda hacer lo que ningún otro ha podido? ¿De qué depende Su poder para revelar a Dios a la humanidad? Juan dice tres cosas acerca de Él.

(i) Jesús es *único.* La palabra griega es *monoguenés,* que la versión Reina-Valera traduce como *unigénito.* Es verdad que eso es lo que quiere decir *monoguenés* literalmente; pero hacía mucho tiempo que había perdido ese sentido puramente físico, y se había decantado hacia dos sentidos especiales: *único y¡ especialmente amado.* Es obvio que un hijo único tiene un lugar exclusivo y un amor exclusivo en el corazón de su padre;. así es que esta palabra llegó a expresar *la unicidad* más que: ninguna otra cosa. Es la convicción del Nuevo Testamento que, no hay nadie como Jesús. Sólo Él puede traer a Dios a la humanidad, y a la humanidad a Dios.

(ii) Jesús es Dios. Aquí tenemos la misma forma de expresión que encontramos en el versículo primero de este capítulo. No quiere decir que Jesús es idéntico a Dios, sino que es uno con Dios en mente y carácter y ser. En este caso tal vez sería mejor que pensáramos que significa que Jesús es *divino,* en el primer sentido de esta palabra, no en el de meramente *primoroso,* que es ahora tan corriente. Verle a Él es ver cómo es Dios.

(iii) Jesús está *en el seno del Padre.* Esta es una expresión hebrea que quiere decir en la más íntima relación que puede darse. Hace referencia al niño con su madre; también se usa entre marido y mujer; un hombre habla de su esposa como la mujer de su seno *(Números 11:12; Deuteronomio* 13:6); se usa de dos amigos que están en plena comunión mutua. Cuando Juan usa esta frase aquí quiere decir que entre Jesús y el Padre existe la más completa e ininterrumpida intimidad. Precisamente porque Jesús tiene y mantiene esa intimidad con Dios, que Le hace ser Uno con Dios, es por lo que puede revelar a Dios a la humanidad.

El Dios distante, incognoscible, invisible e inasequible ha venido al mundo en Jesucristo, y ya no puede ser un extraño para nosotros.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28

Este es el testimonio de Juan cuando los judíos mandaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle:

-¿Quién eres tú?

Él contestó aseverando con toda claridad:

-Yo no soy el Mesías.

-Entonces, ¿qué hemos de pensar? ¿Que eres Elías? -le siguieron preguntando.

No lo soy- contestó.

-¿Eres el Profeta prometido?

No- contestó. Y ellos le dijeron:

-¿Pues quién eres? Dínoslo claro para que podamos llevar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Quién pretendes ser?

No soy más que la voz de uno que clama en el desierto -dijo-: «¡Allanadle el camino al Señor!», como dijo el profeta Isaías.

Ahora bien, los que habían mandado los emisarios eran de los fariseos, y le siguieron preguntando:

-Si no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el Profeta prometido, ¿cómo es que bautizas?

-Yo bautizo con agua -contestó Juan-; pero hay Uno entre vosotros al Que no conocéis. Me refiero al Que viene detrás de mí, al Que no *merezco* ni *desatax las correas de las sandalias.*

Todo esto sucedió en Betania, al lado de allá del Jordán, que era donde Juan estaba bautizando.

F

Juan empieza la parte narrativa de su evangelio con este pasaje. Ya nos ha presentado en el prólogo lo- que se propone hacer: está escribiendo su evangelio para demostrar que Jesús es la Mente, la Razón, la Palabra de Dios Que ha venido a este mundo como una Persona humana. Una vez que ha expueso su idea central, ahora empieza la historia de la vida de Jesús.

Juan es el evangelista que más cuidado pone en los detalles del tiempo. Empezando en este pasaje y prosiguiendo hasta 2:11 nos cuenta paso a paso la historia de la primera semana clave de la vida pública de Jesús. Los sucesos del primer día se encuentran en 1:19-28; la historia del segundo día, en 1:2934; el tercer día se desarrolla en 1:35-39; los tres versículos 1:40-42 nos cuentan la historia del cuarto día; los acontecimientos del quinto día se relatan en 1:43-51; el sexto día queda en blanco, y los acontecimientos del último día de la semana se encuentran en 2:1-11.

En esta misma sección de 1:19 a 2:11, el Cuarto Evangelio nos da tres clases diferentes de testimonio de la grandeza y unicidad de Jesús. (i) Está el testimonio de Juan el Bautista (1:19-34). (ii) Está el testimonio de los que aceptaron a Jesús como Maestro y se enrolaron como Sus discípulos (1:41-51): (iii) Está el testimonio de los poderes maravillosos de Jesús (2:1-11). Juan nos está presentando a Jesús en tres contextos diferentes, y en cada uno de ellos nos muestra la suprema maravilla de Su Persona.

Ya hemos visto que el Cuarto Evangelio tenía que hacerse cargo de una situación en la que se le atribuía a Juan el Bautista una posición muy por encima de la que él mismo pretendía. Tan posteriormente como en el año 250 d.C., las *Recognitiones clementinae* nos refieren que < había algunos de los discípulos de Juan que predicaban sobre él como si su maestro fuera el Mesías.> En este pasaje vemos que esa era una opinión que el mismo Juan el Bautista había repudiado.

Volvamos ahora. al mismo pasaje. En el mismo principio nos encontramos con una de las características del Cuarto Evangelio. Son emisarios de los *judíos* los que vienen a interrogar a Juan. La palabra *judíos (iudaioi)* aparece en este evangelio no menos de setenta veces, y los judíos están siempre en la oposición. Son los que se habían organizado contra Jesús. La mención de los judíos presenta a la oposición en la escena desde el principio. El Cuarto Evangelio representa dos cosas: la primera, como hemos visto, es la exhibición de Dios en Jesucristo; pero la segunda es la historia del rechazamiento de Jesucristo por los judíos, la historia del ofrecimiento de Dios y del rechazamiento del hombre, del amor de Dios y del pecado humano, de la invitación de Jesucristo y el rechazo del hombre. El Cuarto Evangelio es el evangelio en el que el amor y la advertencia se combinan viva y dramáticamente.

La diputación que vino a entrevistar a Juan estaba formada por dos clases de personas. (a) Primeramente, había sacerdotes y levitas; su interés era muy natural, porque Juan era hijo de Zacarías, que era sacerdote *(Lucas 1:5).* En el judaísmo, la única cualificación necesaria para ser sacerdote era la ascendencia. Si uno no era descendiente de Aarón, no tenía posibilidad de ser sacerdote; pero, si lo era, nada se lo podía impedir, salvo ciertos defectos físicos que la Ley especificaba. Por tanto, para las autoridades Juan el Bautista era de hecho sacerdote, y era muy natural que los sacerdotes quisieran descubrir por qué se estaba

comportando de una manera tan extraña. *(b)* En segundo lugar, había emisarios de los fariseos. Es muy posible que detrás de todo esto estuviera el Sanedrín. Juan era un predicador que atraía a las multitudes. Una de las funciones del Sanedrín era encargarse de cualquiera que fuera sospechoso de ser un falso profeta.. El Sanedrín puede que se considerara obligado a comprobar si ese era el caso de Juan.

Todo revela lo suspicaz que era la ortodoxia de cualquier cosa fuera de lo corriente. Juan no se ajustaba a la idea generalmente aceptada de un sacerdote. Ni tampoco de la de un predicador. Por tanto, las autoridades eclesiásticas del día k: miraban con sospecha. La Iglesia siempre corre peligro de condenar cualquier cosa nueva simplemente por serlo. En cierto sentido, puede que no haya otra institución en el mundo que se dé por ofendida con los cambios tanto como la Iglesia:, A menudo rechaza a grandes predicadores y se niega a emprender muchas grandes aventuras sencillamente porque sospecha de todo lo nuevo.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTISTA

Juan 1:19-28 (conclusión)

Los emisarios de la ortodoxia, podían pensar en tres cosas que Juan tal vez pretendiera ser. .

(i) Le preguntaron si era el Mesías. Los judíos estaban' esperando, y todavía siguen esperando los que no son cristianos, al Mesías. No había una sola idea del Mesías. Algunos esperaban al que había de traer la, paz a toda la Tierra. Otros esperaban al que había de traer el reinado de la justicia. La mayor parte esperaba un gran héroe nacional que guiara a los ejércitos judíos a la conquista de todo el mundo. Algunos esperaban una figura sobrenatural directamente de Dios. Todavía más esperaban un príncipe de la dinastía de David. Era frecuente que surgieran supuestos Mesías que provocaban rebeliones. El tiempo de Jesús era especialmente inflamable. Era natural que le preguntaran a Juan si pretendía ser el Mesías. Juan rechazó de plano la sugerencia; pero la rechazó con un cierto matiz. En el original griego la palabra yo está subrayada por la posición que ocupa en la frase. Es como si Juan dijera: «.Yo no lo soy; pero, si supierais, el Mesías ya está aquí.»

(ii) Le preguntaron si era Elías. Los judíos creían que, antes que viniera el Mesías, volvería a la Tierra Elías para ser Su heraldo y preparar al mundo para recibirle. Especialmente, vendría para resolver todas las disputas. Decidiría quiénes eran judíos y quiénes no lo eran; reuniría las familias que estaban enemistadas. Los judíos creían estas cosas hasta tal punto que la ley tradicional decía que el dinero y las propiedades que estaban en litigio, o las cosas que se hubieran encontrado y no se supiera de quién eran, debían esperar «hasta que viniera Elías.» La creencia en la venida de Elías antes que el Mesías se remonta a *Malaquías 4:5*. Hasta se creía que Elías ungiría al Mesías como rey a la manera tradicional, y que resucitaría a los muertos para que participaran del Reinado Mesiánico; pero Juan dijo que esos honores no le correspondían a él.

(iii) Le preguntaron si era el Profeta prometido y esperado. Algunas veces _se. creía que Isaías, o más bien Jeremías, volvería cuando. viniera el Mesías. :Esta creencia se remontaba- a la seguridad que Moisés le dio al pueblo en *Deuteronomio 18:15:* «Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo; te levantará el Señor tu Dios; a él oiréis.» Era una promesa qué no olvidaba ningún judío. Esperaban y anhelaban que surgiera el Profeta que sería el más grande de todos, el Profeta par *excellence.* Pero Juan rechazó también la idea de que -le correspondiera ese honor.

Así que le preguntaron quién era, y su respuesta fue que no era nada más que una -voz que llamaba al pueblo a preparar el camino para la venida del Rey.. La cita es de *Isaías 40:3*. Los cuatro evangelios la citan *(Marcas 1:3; Mateo 3: 3; y Lucas* 3:4). La idea que encierra es la siguiente: Las carreteras del Oriente en aquellos tiempos no estaban pavimentadas; eran meros caminos. Cuando un rey tenía intención de visitar una provincia, o un conquistador quería recorrer sus dominios, las carreteras se allanaban y enderezaban y acondicionaban. Lo que Juan estaba diciendo era: « No importa quién sea yo, que no soy nadie; soy sólo una, voz que os dice que os preparéis para recibir al Rey, que viene de camino.»

Juan era lo que debiera ser todo verdadero predicador y maestro: sólo una voz, un indicador que señala al Rey. Lo que menos le interesaba era que le miraran a él; quería que le olvidaran y que no vieran nada más que al Rey.

Pero los fariseos estaban alucinados con una idea: ¿Qué derecho tenía Juan para bautizar? Si hubiera sido el Mesías, o Elías o el Profeta, habría sido normal. Isaías había escrito: «Empero Él rociará a muchas gentes» (Isaías 52:15 R-V 1909). Ezequiel había dicho: «Esparciré sobre vosotros agua limpia; y seréis limpiados» (Ezequiel 36:25). Zacarías había dicho: «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia» (Zacarías 13:1). Pero, ¿por qué había de bautizar Juan?

Lo que hacía el gesto aún más extraño era que el bautismo que se practicaba entonces no era para los israelitas, sino para los prosélitos, los que procedían de otros pueblos y religiones y se convertían a la fe de Israel. A un israelita no se le bautizaba nunca; ya pertenecía al pueblo de Dios por ser descendiente de Abraham y haber sido circuncidado. Pero los gentiles tenían. que ser lavados en el bautismo. Juan estaba haciendo con los israelitas lo que sólo había necesidad de hacer con los gentiles: Estaba sugiriendo que el pueblo escogido tenía que ser limpiado. Eso era de hecho lo que Juan creía; pero no contestó directamente.

Dijo: «Yo no bautizo más que con agua; pero hay Uno entre vosotros, aunque no Le reconocéis, del Que no merezco ni desatar la correa de los zapatos.» Juan no podía haber mencionado nada más servil: el desatar la correa de las sandalias era

obligación de los esclavos. Había un dicho rabínico en el que se decía que un discípulo debería estar dispuesto a hacer todo lo que fuera por su maestro excepto únicamente desatarle las sandalias. Eso era un servicio demasiado humillante aun para que se lo hiciera un discípulo a su maestro. Pero Juan dijo: «Viene Uno del que no merezco ser esclavo siquiera.» Hemos de suponer que para entonces ya había, tenido lugar el bautismo de Jesús, cuando Juan Le reconoció. Así es que Juan está diciendo otra vez: «Viene el Rey. Para recibirle como es debido tenéis que limpiaros lo mismo que los gentiles. Preparaos para la entrada del Rey en la Historia.»

La misión de Juan era solamente preparar el camino. La grandeza que le correspondiera procedía de la suprema grandeza de Aquel Cuya venida anunciaba. Es el gran ejemplo de todos los que están dispuestos a obliterarse para que se vea a Jesucristo. Juan no era más que un dedo señalando a Cristo. Que Dios nos dé gracia para olvidarnos de nosotros mismos y acordarnos sólo de Cristo.

EL CORDERO DE DIOS

Juan 1:29-31

> *Al otro día vio Juan a Jesús que se le acercaba, y dijo: =¡Ahí tenéis al Cordero de Dios que carga con el pecado del mundo! Este es el Que yo os decía que había un Hombre que venía detrás de mí pero que me llevaba la delantera porque es de antes que yo. Ni siquiera yo Le conocía; pero de todas maneras,* la *razón por la que vine bautizando con agua era que Él pudiera manifestarse a Israel.*

Con esto llegamos al segundo día de aquella semana clave de la vida de Jesús. Ya entonces habrían tenido lugar el bautismo y las tentaciones de Jesús, Que estaría a punto de iniciar la labor para la que había venido al mundo. De nuevo nos introduce el Cuarto Evangelio a Juan presentando espontáneamente a Jesús al pueblo con el máximo respeto. Le da ese título sublime que se ha entretejido indeleblemente en- el lenguaje de la devoción: *El Cordero de Dios.* ¿Qué tenía Juan en mente cuando pronunció ese título? Hay por lo menos cuatro figuras que han contribuido por lo menos en parte.

(i) Es probable que Juan estuviera pensando en el cordero pascual. La fiesta de la Pascua estaba bastante próxima *(Juan* 2:13). La antigua historia de la Pascua decía que fue la sangre de un cordero inmolado la que protegió las casas de los israelitas la noche que salieron huyendo de Egipto (Éxodo 12: I 1-13). Aquella noche, cuando el ángel de la muerte iba a pasar matando a los hijos mayores de los egipcios, los israelitas tuvieron que untar los lados de sus puertas con la sangre de un cordero inmolado para que, cuando la viera el ángel, pasara de largo. La sangre del cordero pascual los libró de la destrucción. Se ha sugerido que, cuando Juan el Bautista estaba viendo acercársele a Jesús, pasaban por allí camino a Jerusalén de las zonas rurales rebaños de corderos que iban a ser sacrificados en la fiesta de la Pascua. La sangre del cordero pascual libró de la muerte a los primogénitos israelitas en Egipto, y puede que Juan estuviera pensando: «Ahí tenéis al único Sacrificio que os puede librar de la muerte eterna.» Pablo igualmente se refirió a Jesús como el Cordero Pascual *(1 Corintios* 5: 7). Hay una liberación que sólo Jesucristo puede ganar para nosotros.

(ii) Juan era hijo de sacerdote, y conocería todo el ritual del templo y de los sacrificios. Todas las mañanas y todas las tardes se sacrificaba en el templo un cordero por los pecados del pueblo (Éxodo 29:38-42). Mientras el templo estuvo en pie se hicieron estos sacrificios. Aun cuando la gente se moría de hambre en la guerra y el asedio, nunca se omitieron esos sacrificios hasta que el templo fue destruido totalmente el año 70 d.C. Puede que Juan quisiera decir: « En el templo se ofrece un cordero todas las tardes y las mañanas por los pecados del pueblo; pero en este Jesús está el único Sacrificio que puede librar al mundo del pecado.»

(iii) Hay dos grandes figuras del cordero en los profetas. Jeremías escribió: « Yo era como un cordero inocente que se lleva a degollar» *(Jeremías* 11:19). E Isaías nos presenta la gran escena profética de Uno «que fue llevado al matadero como un cordero» *(Isaías* 53:7). Ambos grandes profetas contemplaron proféticamente al Que, con Sus sufrimientos y Sacrificio soportados humilde y amorosamente, redimiría a Su pueblo. Tal vez Juan estaba pensando: «Nuestros profetas hablaron de Uno que había de amar y sufrir y morir por el pueblo; Ése es el Que ha venido.» Es indiscutiblemente cierto que, en tiempos posteriores, la profecía de *Isaías* 53 llegó a ser para la Iglesia uno de los más preciosos anuncios de Jesús en todo el Antiguo Testamento. Es probable que Juan fuera el primero que hiciera la identificación.

(iv) Hay una cuarta escena que debía de ser muy familiar a los judíos, aunque a nosotros nos resulta muy extraña. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento transcurrieron los días de las luchas heroicas de los Macabeos. En aquellos días el cordero, y más especialmente el carnero con cuernos, era el símbolo de un gran conquistador. Así se describe simbólicamente a Judas Macabeo, como sucedió con Samuel, David y Salomón. El cordero, aunque nos parezca extraño, representaba al campeón conquistador de Dios. Esta no era una imagen de debilidad .e inocencia gentil, sino más bien de majestad y poder conquistador. Jesús era el Campeón de Dios que luchó con el pecado y lo venció en combate singular.

Hay tesoros maravillosos en esta frase *El Cordero de Dios.* Vuelve a aparecer casi obsesivamente en el *Apocalipsis,* veintinueve veces. Se ha convertido en uno de los títulos más preciosos de Cristo. En una palabra resume el amor, el sacrificio, el sufrimiento y el triunfo de Cristo.

Juan dice que no conocía a Jesús. Eran parientes *(Lucas* 1:36), y es probable que se trataran en un tiempo. Lo que quiere decir Juan no es que no supiera *quién* era Jesús, sino que no sabía *qué* era Jesús. Se le había revelado de pronto que Jesús era en realidad el Hijo de Dios.

De nuevo Juan deja bien claro cuál era su única misión: señalar a Cristo. Juan no era nada, y Cristo lo era todo. Juan no pretendía ninguna grandeza ni ningún reconocimiento para él; era sólo el hombre que, como si dijéramos, descornó el telón y dejó a Jesús ocupar en solitario el centro de la escena.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU

Juan 1:32-34

> *Entonces también dio Juan su testimonio:*
> *-Con mis propios ojos -dijo- vi al Espíritu Que descendía del Cielo como si hubiera sido una paloma, y el Espíritu permaneció sobre Él. Yo no Le conocía; pero fue el Que me envió a bautizar con agua el Que me lo dijo: «Cuando veas a Uno sobre el que desciende el Espíritu y que permanece sobre Él, Ese es el Que bautiza con el Espíritu Santo.» Eso fue lo que yo vi que pasó; y mi testimonio es que Éste es el Hijo de Dios.*

Algo había sucedido en el bautismo de Jesús que le había convencido a Juan sin dejarle la menor duda de que Jesús era el Hijo de Dios. Como lo comprendieron los padres de la Iglesia hace muchos siglos, fue algo que sólo podía verse con los ojos del alma y de la mente. Pero Juan lo vio, y estaba convencido.

En Palestina, la paloma era un ave sagrada. No se cazaba ni comía. Filón se sorprendió del número de palomas que había en Ascalón, porque no se permitía cogerlas ni matarlas, y eran domésticas. En *Génesis 1:2* leemos que el Espíritu creador de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Los rabinos solían explicarlo diciendo que el Espíritu se movía y revoloteaba como una paloma sobre el antiguo caos, alentando en él orden y belleza. La figura de la paloma era una de las que los judíos usaban y amaban más.

Fue en Su bautismo cuando el Espíritu descendió sobre Jesús con poder. Debemos recordar que todavía no se había revelado la doctrina *cristiana* del Espíritu Santo. Tendremos que esperar hasta los últimos capítulos del evangelio de Juan y hasta Pentecostés para verla surgir. Cuando Juan el Bautista habla del Espíritu Santo lo hace desde la perspectiva del Antiguo Testamento. ¿Qué idea tenían entonces los judíos del Espíritu?

La palabra hebrea para *Espíritu es riiaj,* que quiere decir también *viento.* Los judíos asociaban siempre la idea del Espíritu con tres ideas básicas: el Espíritu era *poder,* como el poder de la tempestad; el Espíritu era *vida,* la misma dinámica de la existencia humana; el Espíritu era *Dios;* el poder y la vida del Espíritu estaban más allá de los logros y las capacidades humanas; la venida del Espíritu a la vida de una persona era la venida de Dios. Sobre todo, era el Espíritu el que controlaba e inspiraba a los profetas. «Yo estoy lleno de poder, del Espíritu del Señor, y de justicia y fuerza para denunciar á Jacob su rebelión y a Israel su pecado» *(Miqueas 3:8).* Dios le dijo a Isaías: « El Espíritu mío que está sobre ti, y Mis palabras que puse en tu boca...» *(Isaías 59:21).* «El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido; me ha enviado a predicar buenas nuevas...» *(Isaías 61:1). « Un* nuevo corazón os daré, y un espíritu nuevo pondré en vuestro interior... pondré Mi Espíritu dentro de vosotros» *(Ezequiel 36:26-27). Po*dríamos decir que el Espíritu de Dios hacía tres cosas por la persona a la que viniera: Primera, traía a las personas la verdad de Dios; segunda, les daba la capacidad de reconocer esa verdad cuando la veían; tercera, les daba la habilidad y el valor de proclamar aquella verdad. Para los judíos, el Espíritu de Dios venía a la vida de las personas.

En Su bautismo, el Espíritu de Dios vino sobre Jesús de una manera diferente de la que había venido sobre otras personas. Muchos profetas tenían lo que podríamos llamar experiencias aisladas del Espíritu. Algunos tenían momentos deslumbrantes, de poder extraordinario, de valor sobrehumano; pero esos momentos aparecían y desaparecían. Dos veces (versículos 32 y 33) Juan anota específicamente que el Espíritu *permaneció* sobre Jesús. No se trataba de una inspiración momentánea, sino que el Espíritu residió en Jesús con carácter permanente. Esa es también otra forma de decir que la Mente y el poder de Dios estaban en Jesús de manera exclusiva y única.

Aquí podemos aprender mucho de lo que quiere decir la palabra *bautismo.* El verbo griego *baptizein* quiere decir *hundir o sumergir.* Se puede decir de la ropa que se *mete* en tinte; o de un barco que se *hunde* bajo las olas; o de un borracho que está *empapado* de bebida. Cuando Juan dice que Jesús bautizará con el Espíritu Santo quiere decir que Jesús puede traer el Espíritu de Dios a nuestra vida de tal . manera que todo nuestro ser quede inundado por el Espíritu.

Ahora bien, ¿qué quería decir este bautismo para Juan el Bautista? Su propio bautismo quería decir dos cosas: (i) Quería decir *limpieza.* Quería decir que una persona era lavada de las impurezas que se le hubieran adherido. (ii) Quería decir *dedi-*

cación. Quería decir que entraba en una vida nueva, diferente y mejor. Pero el bautismo de Jesús era *el bautismo del Espíritu.* Si recordamos la concepción judía del Espíritu podemos decir que cuando el Espíritu toma posesión de una persona suceden ciertas cosas.

(i) Su vida *se ilumina.* Viene a ella el conocimiento de Dios y de Su voluntad. Sabe cuál es el propósito de Dios, lo que quiere decir la vida y cuál es su deber. Algo de la sabiduría y de la luz de Dios ha venido a su vida.

(ii) Su vida *se fortalece.* El conocimiento sin poder es algo desazonador y frustrante. Pero el Espíritu nos da, no sólo el conocimiento de lo que es la voluntad de Dios, sino también la fuerza y el poder para obedecerla. El Espíritu nos da una triunfante idoneidad para enfrentarnos con la vida.

(iii) Su vida *se purifica.* El bautismo de Jesús con el Espíritu había de ser un bautismo *de fuego (Mateo 3:11; Lucas 3:16).* La escoria de cosas malas, la aleación de cosas inferiores, la mezcla de impurezas se purifican en el crisol del bautismo del Espíritu Santo dejando a la persona limpia y pura.

A menudo nuestras oraciones sobre el Espíritu son una especie de formalidades litúrgicas y teológicas; pero cuando sabemos lo que estamos pidiendo esas oraciones se convierten en un clamor desesperado del corazón.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

Juan 1:35-39

Al otro día estaba otra vez Juan con dos de sus discípulos, y vio que andaba por allí Jesús.
-¡Mirad! -les dijo- ¡El Cordero de Dios!
Dos de sus discípulos, al oírle, se pusieron a seguir a Jesús. Jesús se volvió y los vio seguirle.
-¿Qué buscáis? -les preguntó. Y le contestaron:
-Rabí -que quiere decir maestro-, *¿dónde te alojas?*
-Venid y ved -les contestó Jesús; y ellos fueron a ver dónde se alojaba, y ya se quedaron con Él todo aquel día, porque eran como las cuatro de la tarde.

Es posible que no haya otro pasaje de la Escritura más lleno que este de pequeños detalles reveladores.

Una vez más vemos a Juan el Bautista señalando más allá de sí mismo. Tiene que haberse dado perfecta cuenta de que al hablar así a sus discípulos acerca de Jesús los estaba invitando a dejarle a él y transferir su lealtad a este nuevo y más excelente Maestro; y sin embargo lo hizo. No cabían los celos en su noble corazón. Había venido a poner al pueblo en contacto, no consigo mismo, sino con Cristo. No hay nada más difícil que ocupar el segundo puesto cuando se ha gozado del primero; pero tan pronto como surgió Jesús en la escena, Juan no tenía otro pensamiento que el de mandarle a Él a la gente.

Así es que los dos discípulos de Juan siguieron a Jesús. Puede que fueran demasiado tímidos para acercarse a Él directamente; el caso es que Le iban siguiendo a una distancia respetuosa. Entonces Jesús hizo algo muy característico: se volvió y les dirigió la palabra. Es decir: se encontró con ellos a mitad de camino. Les puso las cosas más fáciles. Les abrió la puerta para que pudieran entrar.

Aquí tenemos un símbolo de la iniciativa divina. Siempre es Dios el Que da el primer paso. Cuando la mente humana empieza a buscar, y el corazón humano empieza a anhelar, Dios, nos sale al encuentro mucho más que hasta la mitad del camino. Dios no nos deja buscar y buscar hasta que Le encontremos, sino que nos sale al encuentro. Como dijo Ajustín, no podríamos ni haber empezado a buscar a Dios si El no nos hubiera encontrado ya. Cuando acudimos a Dios, no descubrimos que Se ha estado escondiendo para mantener la distancia; acudimos a Uno que Se detiene a esperarnos, y que hasta toma la iniciativa de salir a buscarnos al camino.

Jesús empezó por hacerles a aquellos dos la pregunta más fundamental de la vida: < ¿Qué buscáis?» Era muy pertinente hacer esa pregunta en Palestina en el tiempo de Jesús. ¿Serían legalistas que no buscaban más que conversaciones sutiles y rebuscadas sobre los detalles más diminutos de la Ley como los escribas y fariseos? ¿O serían ambiciosos oportunistas buscando la ocasión propicia o el poder como los saduceos? ¿O nacionalistas en busca de un político demagogo o un jefe militar que los guiara a sacudirse el yugo de los romanos como hacían los celotas? ¿O tal vez humildes hombres de oración buscando a Dios y Su voluntad como < los reposados de la tierra»? ¿O serían simplemente pecadores desorientados y confusos, buscando una luz en el camino de la vida y el perdón de Dios?

Sería bueno a veces que nos preguntáramos: < ¿Qué estoy yo buscando? ¿Cuáles son mi propósito y mi meta? ¿Qué es lo que quiero encontrar en la vida?>

Hay algunos que lo que buscan es *seguridad.* Les gustaría tener una posición segura, con suficiente dinero para cubrir las necesidades de la vida y reservar algo para los imprevistos que puedan surgir; es decir, una seguridad material que elimine las preocupaciones esenciales sobre las cosas materiales. No hay nada de malo en este deseo, pero no es muy elevado, ni tampoco adecuado para inspirar toda la vida; además, en último análisis, tampoco se puede estar a salvo de los azares y avatares de la vida.

Hay algunos que buscan lo que llamarían *hacer carrera,* algo que les proporcione poder, prominencia, prestigio, oportunidades para aplicar las habilidades y los talentos que creen poseer y realizar el trabajo para el que se consideran capacitados. Si lo que inspira esta actitud son motivos de ambición personal, puede ser mala; pero si es el deseo de servir a los semejantes y a la sociedad puede considerarse incluso elevada. Pero no es suficiente, porque sus horizontes están limitados a este tiempo y a este mundo.

Hay algunos que lo que buscan es alguna clase de *paz,* algo que les permita vivir en paz consigo mismos, con sus semejantes y con Dios. En realidad lo que buscan esa Dios, y este objetivo sólo Jesucristo lo puede satisfacer.

Los discípulos de Juan le respondieron a Jesús que querían saber dónde paraba. Le llamaron *Rabí,* -palabra hebrea que quiere decir literalmente *Mi grande.* Era el título de respeto que daban los estudiantes y los buscadores del conocimiento a sus maestros y a los sabios. Juan, el evangelista, estaba escribiendo para los griegos. Suponía que no conocerían la palabra, y se la tradujo por el término griego *didáskalos, maestro. No* era sólo por curiosidad por lo que aquellos dos hicieron aquella pregunta. Lo que querían decir era que querían hablar con Él, no sólo en el camino y de pasada, como meros conocidos ocasionales que pudieran cruzarse algunas palabras; querían detenerse con El lo suficiente para hablar de sus problemas y preocupaciones: La persona que quiera ser discípula de Jesús no se dará, por satisfecha con una palabra de pasada, sino querrá tener un encuentro personal con El, no como conocida sino como amiga, en Su propia casa.

Jesús les contestó: < ¡Venid y ved!» Los rabinos judíos tenían la costumbre de usar esa expresión en su enseñanza. Decían a veces: «¿Quieres saber la respuesta a esa pregunta? ¿Quieres saber la solución a ese problema? Ven y ve, y lo razonaremos juntos.» Cuando Jesús les. dijo « ¡Venid y ved!» los estaba invitando, no sólo a ir con Él para hablar, sino a ir a encontrar lo que sólo Él les podía descubrir.

El autor de este evangelio termina el párrafo diciendo que «eran como las cuatro de la tarde.» Es muy probable que lo diga porque él era uno de aquellos dos, y podía hasta decid exactamente la hora del día y hasta la piedra que había al borde del camino donde encontró a Jesús. A las cuatro de la tarde de un día de primavera en Galilea, la vida se le ofreció comer algo completamente nuevo.

COMPARTA LA GLORIA

Juan 1:40-42

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan hablar de Jesús y Le habían seguido. Al día siguiente de madrugada fue al encuentre, de su hermano Simón.

-¡Hemos encontrado al Mesías! -le dijo. (La palabra Mesías *quiere decir lo mismo que* Cristo). Y *se Ler trajo a Jesús. Jesús se le quedó mirando fijamente, y le dijo: .*

-Tú eres Simón hijo de Jonás. Desde ahora te llamarás Kefa -que quiere decir lo mismo que Pedro, unan roca.

La versión Reina-Valera dice que Andrés «halló primero a su hermano Simón.» En los manuscritos griegos hay dos variantes. Algunos tienen la palabra *próton,* que quiere decir. *primero,* y es lo que ha traducido la Reina-Valera; pero otros manuscritos ponen *próí,* que quiere decir *por la mañana temprano, de madrugada.* En nuestra traducción hemos seguido esta variante porque va mejor con la historia de la primera semana clave de la vida de Jesús al colocar este suceso al día siguiente.

De nuevo Juan explica una palabra hebrea a sus lectores griegos. *Mesías,* en hebreo, y J*ristós,* en griego, quieren decir lo mismo: *Ungido.* En el mundo .antiguo, como modernamente en algunos países, se-ungía a los reyes en su coronación. *Mesías y Jristós* quieren decir El *Rey Ungido por Dios.*

No disponemos de mucha información sobre Andrés, pero lo poco que sabemos nos pinta claramente su carácter. Es uno de los personajes más simpáticos de la compañía de los apóstoles. Tiene dos cualidades sobresalientes.

(i) Andrés se caracteriza por estar dispuesto a ocupar un segundo lugar. Una y otra vez se le identifica como *el hermano de Simón Pedro.* Está claro que vivió a la sombra de su hermano. Muchos es posible que no supieran quién era Andrés, pero todo el mundo sabía quién era Pedro; así es que, cuando hablaban de Andrés, le identificaban como el hermano de Pedro. Andrés no formaba parte del círculo íntimo de los discípulos. Cuando Jesús devolvió la vida a la hija de Jairo, cuando ascendió al Monte de la Transfiguración, cuando arrostró la lucha suprema en Getsemaní, fueron Pedro, Santiago y Juan los que llevó consigo. Habría sido fácil que Andrés se diera por ofendido. ¿No había sido él uno de los dos primeros que siguieron a Jesús? ¿Es que el mismo Pedro no le debía a él el que le hubiera presentado a Jesús? ¿No habría sido natural que se le concediera a él, Andrés, un puesto especial entre los apóstoles? Pero todo eso ni siquiera se le ocurrió nunca a Andrés. Estaba contento de seguir en la penumbra mientras Pedro ocupaba el centro de la atención; se daba por contento de representar un papel secundario en la compañía de los Doce. Para Andrés los asuntos jerárquicos y los puestos de honor no tenían ninguna importancia. Lo único que importaba era estar con Jesús y servirle lo mejor posible. Andrés es «el santo patrón» de todos los que aceptan ser segundones con humildad y lealtad y sin resentimiento.

(ii) Andrés se caracteriza por estar al loro para presentarle a otros a Jesús. Son sólo tres veces las que aparece Andrés en escena en la historia evangélica: la primera es aquí, cuando Le trae a Pedro a Jesús; la segunda, en *Juan 6: 8-9,* cuando Le trae a Jesús al muchacho de los cinco panecillos y los dos pescaditos; y la tercera,:el incidente de ***Juan 12:22,*** cuando trae a los buscadores griegos a la presencia de Jesús. Andrés disfrutaba enormemente trayendo a otros a Jesús. Sobresale como el cristiano cuyo deseo supremo es el compartir la gloria: Tenía corazón de misionero. Desde que encontró la amistad de Jesús, pasó el resto de la vida introduciendo a otros a esa amistad Andrés es nuestro gran ejemplo del que no puede guardarse a Jesús sólo para sí.

Cuando Andrés Le trajo a Pedro a Jesús, Jesús se quedó mirando fijamente a Pedro. La palabra que se usa de esa miráda es *emblepein.* Describe una mirada concentrada, intensa, a fondo, que no se conforma con ver las cosas que aparecen en la superficie sino que lee lo que hay en el corazón. Cuándo Jesús vio a Simón, como se le llamaba, entonces, le dijo: «Te llamas Simón, pero te llamarás Kefa, es decir, *una roca.»*

En el mundo antiguo, casi- todos tenían dos nombres. El griego era la lengua internacional, y casi todos tenían un primer nombre, en su lengua materna, que era por el que los conocían sus familiares y amigos, y otro nombre griego, que era el que usaban en los negocios y en las cosas oficiales. Algunas veces un nombre era la traducción del otro: *Petros* era el equivalente griego de *Kefa,* el nombre arameo para *roca; Tomás* en arameo *y Didimo* en griego quieren decir *mellizo; Tabita* en arameo *y Dorcas* en griego quieren decir *gacela.* Algunas veces se escogía un nombre griego que sonara parecido al arameo. Un judío que se llamara *Eliakim o Abel* en su lengua podía escoger *Alcimus o Apeles* como nombres griegos equivalentes. Así es que *Petros y Kefa o Cefas* no son nombres distintos, sino el mismo en lenguas diferentes.

En el Antiguo Testamento, el cambio de nombre indicaba a veces una nueva relación con Dios. Por ejemplo: *Jacob* pasó a llamarse *Israel (Génesis 32:28), y Abram* se cambió por *Abraham (Génesis 17:5)* cuando entraron en una nueva relación con Dios. Era como si la vida empezara de nuevo y se fuera una persona diferente, y necesitara un nuevo nombre.

Pero lo realmente importante de esta historia es que nos dice ***cómo mira Jesús a las personas.*** No ve solamente lo que *es* en el momento, sino también lo ***que puede llegar a ser.*** Ve no sólo lo que es ***en la actualidad,*** sino lo que es ***en potencia.***

Jesús miró a Pedro y vio en él no sólo al pescador galileo sino también al que tenía la posibilidad de convertirse en la roca sobre la que se edificaría la Iglesia. Jesús nos ve no sólo como somos, sino como podemos ser; y Él nos dice: < Dame tu vida, y te haré lo que llevas dentro que puedes llegar a ser.» Una vez alguien vio a Miguel Angel reduciendo una roca enorme y deforme con el cincel, y le preguntó qué estaba haciendo. < Estoy liberando al ángel que está prisionero en el mármol» -le contestó el escultor. Jesús es el único que ve y que puede liberar al héroe que hay oculto en las -personas.

LA RENDICIÓN DE NATANAEL

Juan 1:43-51

El día siguiente Jesús decidió marcharse a Galilea, y allí encontró a Felipe. Jesús le dijo:

-¡Sígueme!

Ahora bien, Felipe era de Betsaida, el pueblo de Andrés y Pedro. Felipe fue a encontrar a Natanael y le dijo:

-¡Hemos encontrado al Que anunciaba Moisés en la Ley y también los Profetas! ¡Es Jesús hijo de José, de Nazaret!

-¿Es que puede salir algo bueno de Nazaret? -le contestó Natanael.

-¡Ven y ve! ***-le dijo Felipe.***

Cuando Jesús vio venir hacia Él a Natanael dijo:

-¡Fijaos, ese sí que es un verdadero israelita sin doblez!

-¿De qué me conoces Tú? -le preguntó Natanael. Y Jesús le contestó:

Antes que te llamara Felipe, te vi cuando estabas debajo de la higuera.

-¡Rabí, Tú eres el Hijo de Dios y el Rey de Israel! -exclamó Natanael. Y Jesús le dijo:

-¿Me crees porque te he dicho que te he visto debajo de la higuera? ¡Pues cosas más maravillosas verás!

Y añadió-: Es la pura verdad esto que os digo: Desde ahora en adelante vais a ver que se abre el Cielo, y que los ángeles de Dios ascienden y descienden por el Hijo del .Hombre.

En este punto de la historia Jesús dejó el Sur .y Se marchó a Galilea, al Norte de. Palestina. Allí, , tal vez en Caná, se. encontró a Felipe, y le llamó. Felipe, como Andrés, no podía guardarse la Buena Noticia para él solo. Como dijo Godet: «Una antorcha encendida sirve para encender otras.» Así es que Felipe fue a buscar a su amigo Natanael, y le dijo que creía que había descubierto al largo tiempo esperado Mesías .en Jesús, el Hombre de Nazaret.

Natanael reaccionó despectivamente. No había nada en el Antiguo Testamento que anunciara que el Escogido de Dios hubiera de proceder de Nazaret. Nazaret era un lugar corriente. Natanael mismo era de Caná, otro pueblo de Galilea, y es

corriente que haya cierta rivalidad y celos entre los pueblos de la misma región. Natanael reaccionó diciendo que Nazaret no era la clase de pueblo del que se podía esperar nada bueno. Felipe fue prudente. No discutió, sino dijo sencillamente: «¡Ven y ve!»

No serán muchos los que han sido conducidos a Cristo a base de discusiones. A menudo las discusiones hacen más daño que bien. La única manera de convencer a otro de la supremacía de Cristo es ponerle en contacto con Él. En general, es cierto lo que se dice de que no es la predicación razonada ni filosófica la que gana almas para Cristo, sino la presentación de la Persona de Cristo y de la Cruz.

Hay un relato que nos cuenta que, a finales del siglo XIX, el gran agnóstico Huxley asistía a una tertulia que se reunía en una iraca campestre. Llegó el domingo, y la mayor parte de los miembros se prepararon para ir a la iglesia; pero, naturalmente, Huxley no tenía intención de ir. Se dirigió a uno que se sabía que tenía una fe cristiana sencilla y radiante, y le dijo simplemente: «Supongamos que usted no va hoy a la iglesia. Supongamos que se queda usted en casa y me dice sencillamente lo que significa para usted la fe cristiana y por qué es usted cristiano>> «Pero -contestó el hombre-, usted podría deshacer mis razones en un momento. Yo no soy bastante listo para discutir con usted.» Huxley contestó cortésmente: « No quiero discutir con usted; sólo quiero que, me diga lo que quiere decir para usted la fe cristiana:» El hombre se quedó en casa y le expuso su fe a Huxley con toda sencillez. Cuando terminó, había lágrimas en los ojos del gran agnóstica. «Daría con gusto la mano derecha -dijo- por tener una fe como la suya.»

No fue un razonamiento inteligente lo que conmovió al gran agnóstico. Él podría haber destrozado de manera devastadora cualquier argumento que pudiera proponer, el creyente sencillo; pero la simple presentación de Cristo le dejó sin argumentos. La mejor presentación del Evangelio es decir: «Ven y ve.» No cabe duda que tenemos que conocer a Cristo personalmente antes de invitar a otros a venir a Él. El verdadero evangelista tiene que haber tenido un encuentro personal con Cristo en primer lugar para poder presentarle a otras personas.

Así que Natanael vino, y Jesús pudo ver lo que había en su corazón. «Aquí -dijo Jesús- llega un verdadero israelita en el que no cabe la falsedad.» Ese era un tributo que apreciaría cualquier israelita. «Bienaventurado el hombre -había escrito el salmista- al que el Señor no culpa de iniquidad, y en cuyo corazón no hay engaño» *(Salmo 32:2).* «Nunca hizo maldad -había dicho el profeta del Siervo del Señor- ni hubo engaño en su boca» *(Isaías 53:9).*

Natanael se sorprendió de que se pudiera dar tal veredicto a primera vista, y Le preguntó a Jesús que de qué le conocía.
Jesús le dijo que ya le había visto cuando estaba debajo de la higuera. ¿Qué puede querer decir eso? Para los judíos la higuera era el símbolo de la paz. Su idea de la paz era cuando uno podía estar tranquilo a la sombra de su parra o de su higuera *(cp. 1 Reyes* 4:25; *Miqueas* 4:4). Además, como la higuera es un árbol frondoso, era costumbre sentarse a meditar a la sombra de sus ramas. Parece ser que eso era lo que Natanael había estado haciendo, y probablemente había estado pidiéndole a Dios que viniera pronto el Mesías: Habría estado pensando en las promesas de Dios; y ahora se daba cuenta de que Jesús, no sólo le había visto cuando estaba debajo de la higuera, sino también había visto lo que había en lo más íntimo de su corazón.

No fue tanto el que Jesús le hubiera visto cuando estaba debajo de la higuera lo que sorprendió a Natanael, sino el que Jesús hubiera leído los pensamientos de su corazón. Natanael se dijo: «¡Aquí hay Alguien que comprende mis sueños, un Hombre que conoce mis oraciones! ¡Aquí hay Uno que ha contemplado los anhelos más íntimos y secretos que yo no sé ni expresar con palabras! ¡Aquí hay un Hombre que puede traducir los suspiros inarticulados del alma! ¡Este Hombre no puede ser más que el Ungido de Dios que Se nos había prometido y estábamos esperando!» Natanael capituló incondicionalmente ante el Hombre que le había leído y comprendido y apaciguado y llenado el corazón.

Puede que Jesús sonriera. Hizo referencia a la antigua historia de Jacob en Betel, que vio una escala dorada que conducía al Cielo *(Génesis* 28:12-13). Era tanto como decir: < Natanael, Yo puedo hacer mucho más que leer tu corazón. Puedo ser para ti y para todos el verdadero Camino, la escala que conduce al Cielo.» Es por Jesús, y sólo por Él, como las almas pueden escalar el camino que conduce al Cielo.

Este pasaje nos presenta un cierto problema. ¿Quién era Natanael? Según el Cuarto Evangelio fue uno de los componentes del primer grupo de discípulos, pero en los otros tres evangelios ni siquiera se le nombra. Se han sugerido unas cuantas explicaciones.

(i) Se ha sugerido que Natanael no es una persona real sino imaginaria, y representativa de todos los verdaderos israelitas que rompieron las ligaduras y los moldes del orgullo y los prejuicios nacionales y se entregaron a Jesucristo.

(ii)-Sobre la misma base se ha hecho la sugerencia de que Natanael representa, o a Pablo, o al Discípulo Amado. Pablo fue el gran ejemplo de un israelita que aceptó a Cristo, y el Discípulo Amado es un discípulo ideal: Según esto, Natanael es una figura imaginaria. Si no se le mencionara nada más que aquí, podría convencer; pero aparece otra vez en *Juan 21:2,* donde no hay duda que se trata de una persona real.

(iii) Se le ha identificado con Mateo, porque ambos nombres, *Mateo y Natanael,* quieren decir lo mismo, *Don de Dios.* Ya hemos visto que en aquel tiempo se tenían dos nombres; pero, en tal caso, uno de ellos sería griego y el otro judío. Y en este caso los, dos nombres son judíos.

(iv) Hay una explicación más sencilla: A *Natanael* le trajo a Jesús *Felipe.* El nombre de *Natanael* no aparece nunca en los otros tres evangelios; y en el Cuarto Evangelio no se menciona nunca a *Bartolomé.* Ahora bien: en la lista de discípulos de *Mateo* 10:3 y de *Marcos* 3:18, *Felipe y Bartolomé* aparecen juntos, como si fuera natural e inevitable relacionarlos. Además,

Bartolomé es realmente *un apellido,* porque quiere decir *hijo de Tolmai o Tolomeo. Bartolomé* debe de haber tenido otro nombre < de pila»; y por lo menos es posible que *Bartolomé y Natanael* sean la misma persona. Esto encaja perfectamente en los hechos del caso.

En cualquier caso, es verdad que Natanael representa al israelita cuyo corazón ha sido limpiado de orgullo y prejuicios y que ha visto en Jesús al Que satisface los anhelos del corazón buscador y expectante.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11

Dos días después había una boda en Caná de Galilea; la madre de Jesús estaba allí, y estaban invitados Jesús y Sus discípulos.

Cuando se les acabó el vino, la madre de Jesús Le dijo:

-Se han quedado sin vino.

-Señora, déjame resolverlo a Mi manera. Todavía no ha llegado mi momento le contestó Jesús. Seguidamente, Su madre les dijo a los criados:

-Haced lo que os diga Jesús.

Había allí colocadas seis tinajas de piedra (que se necesitaban para los ritos de purificación de los judíos), en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús les dijo a los criados:

-Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta el borde. Luego les dijo:

Ahora sacad algo y llevádselo al maestro de ceremonias.. Y así lo hicieron.

Cuando el maestro de ceremonias probó el agua que se había vuelto vino, (cosa que él no sabía, pero sí los que habían sacado el agua), llamó al novio y le dijo:

Lo que se hace siempre es ofrecerles a los invitados el buen vino primero; y, cuando ya han bebido bastante, se les sirve un vino inferior. ¡Pero tú has reservado el buen vino hasta ahora!

Jesús hizo la primera de Su señales en Caná de Galilea, y manifestó Su gloria; y Sus discípulos creyeron en Él.

La misma riqueza de detalles del Cuarto Evangelio les presenta un problema a los que lo quieren estudiar o explicar. Siempre hay dos cosas: la historia clara y sencilla que cualquiera puede entender y contar, y una riqueza de sentido profundo para el que quiera investigar y desentrañar y entender más. Hay tanto en un pasaje como éste que vamos a tomarnos tres días para estudiarlo. Primero lo miraremos sencillamente para situarlo en su entorno y darle vida. Luego miraremos algunas de las cosas que nos dice de Jesús y Su obra. Y por último, consideraremos la verdad permanente que Juan está tratando de decirnos.

Caná de Galilea se llamaba así para distinguirla de otra Caná que había en Celesiria. Era una aldea que estaba cerca de Nazaret. Jerónimo, que estuvo en Palestina, dice que se la veía desde Nazaret. En Caná había una fiesta de boda en la que se encontraba María, que parece que tenía alguna responsabilidad. Tal vez tenía algo que ver con los preparativos, porque se preocupó cuando se dio cuenta de que faltaba el vino; y tenía suficiente autoridad para decirles a los criados que hicieran lo que les dijera Jesús. Algunos de los evangelios posteriores que no se incluyeron en el Nuevo Testamento añaden ciertos detalles a esta historia. Uno de los evangelios coptos nos dice que María era la hermana de la madre del novio. Hay un antiguo compendio de introducciones a los libros del Nuevo Testamento que se llama *Los prefacios monárquicos,* que nos cuenta que el novio era nada menos que el mismo Juan, y su madre Salomé, la hermana de María. No sabemos si estos detalles extra serán ciertos o no, pero la historia se nos cuenta tan gráficamente que no podemos dudar que procede de un testigo presencial.

No se menciona a José, como tampoco en los otros evangelios después de las historias de la Navidad. La explicación más probable es que para entonces ya habría muerto. Parece que murió bastante pronto, y que la razón por la que Jesús pasó dieciocho largos años en Nazaret fue que tenía que hacerse cargo de mantener a su madre y familia. Sólo cuando Sus hermanos y hermanas más jóvenes se pudieron valer por sí mismos, Jesús salió del hogar familiar.

La escena nos presenta una fiesta de boda en una aldea. En Palestina, una boda era una ocasión especialísima. La ley judía especificaba que la boda de una virgen se debía celebrar en miércoles. Este es un detalle interesante, porque nos da una fecha desde la que podemos contar hacia atrás; si esta boda tuvo lugar el miércoles, tiene que haber sido sábado cuando Jesús se encontró por primera vez con Andrés y Juan, que se quedaron con Él todo el día. La fiesta de bodas duraba mucho más de un día. La ceremonia en sí tenía lugar por la tarde, después de una fiesta. Después de la ceremonia se acompañaba a la pareja a su nuevo hogar. Para entonces ya había oscurecido, y la comitiva iba por las calles de la aldea a la luz de antorchas llameantes y con un dosel bajo el que iba la pareja. Los llevaban por un camino intencionadamente más largo para que hubiera más personas que tuvieran oportunidad de felicitarlos. Pero la nueva pareja no se iba para la luna de miel; se quedaban en casa, y recibían visitas toda la semana. Llevaban coronas y se vestían con su ropa de bodas. Los trataban como a un rey y a una reina, hasta

dándoles ese tratamiento, y su palabra era ley. En un tiempo en que en la vida había mucha pobreza y un trabajo muy duro, esa semana de fiestas y alegría era algo especialísimo.

Jesús participaba encantado de una ocasión alegre como esa. Pero algo estuvo a punto de estropearla, se les acabó el vino. Se ha sugerido que a lo mejor una de las causas fue la venida de Jesús; porque no vino solo, sino con cuatro discípulos, y tal vez se incorporaron cuando ya se habían hecho todos los preparativos sin contar con ellos. Cinco personas más en la fiesta de una familia humilde pueden causar problemas.

En una fiesta judía el vino era esencial. «Sin vino -decían los rabinos- no puede haber alegría.» No es que la gente se emborrachara; la borrachera se miraba muy mal, y no era frecuente, porque se mezclaban dos partes de vino con tres de agua. En cualquier tiempo habría sido un problema que faltaran las provisiones, porque la hospitalidad es un sagrado deber en Oriente; pero era una desgracia mayor, y hasta una humillación terrible para los novios, el que faltara el vino en su boda.

Eso explica el que María acudiera a Jesús para decirle lo que pasaba. La traducción de la respuesta de Jesús en la versión Reina-Valera hace que suene muy descortés -«¿Qué tengo yo contigo, mujer?»(1909). «¿Qué tienes conmigo, mujer?> (1960). Esa es una traducción literal de *las palabras;* pero no nos permite adivinar *el tono.*

La frase: « ¿Qué tengo yo que ver contigo?» era muy corriente en un tono conversacional. Si se decía brusca y airadamente indicaba desacuerdo o reproche; pero cuando se decía amablemente quería decir que no se había entendido bien. Aquí quiere decir: «No te preocupes; tú no entiendes muy bien lo que pasa; déjamelo a Mí, que lo resolveré a Mi manera.» Jesús le estaba diciendo a María sencillamente que lo dejara en Sus manos, que Él ya sabía lo que tenía que hacer.

La palabra *Mujer (guynai)* también puede despistarnos. Nos parece muy ruda y abrupta. Pero es la misma palabra que usó Jesús en la Cruz dirigiéndose a María al confiársela a Su Discípulo amado *(Juan 19:26).* Homero la usa como el tratamiento que le da Ulises a su muy amada esposa Penélope. El emperador Augusto la usaba como un título al dirigirse a Cleopatra, la famosa reina egipcia. Lejos de ser una manera ruda y descortés de dirigirse a una mujer, era un título de respeto. No tenemos en castellano una expresión que corresponda exactamente; la palabra *señora* expresa por lo menos la cortesía que se supone en el tono.

Lo dijera como fuera, María no lo tomó como « ¡Déjame en paz!», sino todo lo contrario; así es que fue a los criados y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. A la entrada había seis grandes tinajas para el agua. La palabra que la versión Reina-Valera traduce por *cántaros (metrétés)* equivale a unos cuarenta litros, y se nos dice que en cada tinaja cabrían dos o tres cántaros, es decir, alrededor de cien litros.

Juan está escribiendo su evangelio para los griegos, así es que les explica que estas tinajas se tenían para guardar el agua que se usaba en los ritos de purificación de los judíos. El agua se necesitaba para dos cosas. La primera, para lavarse los pies al entrar en la casa. Las carreteras y las calles no estaban pavimentadas en la mayor parte de los casos. El calzado más corriente eran las sandalias, que no eran más que unas suelas que se sujetaban a los pies con unas correas. En un día seco se traerían los pies llenos de polvo, y en uno húmedo, de barro; así es que se necesitaba agua para limpiarlos. En segundo lugar, se necesitaba para lavarse las manos. Los judíos estrictos se las lavaban antes de la comida y entre platos. Primero se ponía la mano con los dedos hacia arriba, y se echaba el agua de forma que resbalara hasta la muñeca; y luego se ponían los dedos hacia abajo para que el agua resbalara desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Esto se hacía con cada mano por separado, y luego se limpiaba la palma restregándolas con el otro puño. La ley ceremonial judía insistía en que esto había que hacerlo no sólo al principio de la comida sino también entre platos. Si no se hacía, se tenían las manos técnicamente *inmundas.* Era para esos lavatorios de manos y de pies para lo que se tenían las tinajas a la entrada de la casa.

Jesús dijo que llenaran las tinajas hasta el borde. Juan da ese detalle para que se sepa que allí no se metió más que agua. Y luego les dijo que sacaran algo y se lo llevaran al *arjitriklinos,* al maestro de ceremonias. En los banquetes romanos había un personaje al que llamaban *arbiter bibendi,* el encargado de la bebida. A veces era uno de los invitados el que actuaba de maestro de ceremonias en una boda judía, pero nuestro equivalente del *arjitriklinos* sería *el padrino.* Entonces estaba a cargo de la colocación de los invitados y de la organización de la fiesta en general. Cuando probó el agua que se había vuelto vino se quedó alucinado. Llamó al novio -lo corriente era que fueran los padres del novio los que corrieran con los gastos- y le dijo en un tono de broma que Juan nos transmite con gracia: «¡Oye, tú! Lo corriente es que se sirva primero el buen vino, y después, cuando la gente ya ha bebido bastante y no está en condiciones de distinguir de calidades, se le sirve algo inferior; ¡pero tú te tenías guardado el mejor hasta ahora!»

Así es que fue en la boda de unos pueblerinos de Galilea donde Jesús manifestó Su gloria; y fue en aquella ocasión cuando Sus discípulos captaron otro detalle que les hizo darse cuenta de quién era su Maestro.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-I1 (continuación)

Tomamos nota de tres cosas en esta señal maravillosa que realizó Jesús.

(i) Tomamos nota de *cuándo* sucedió: en una fiesta de bodas. Jesús estaba en su ambiente. No era ningún austero *aguafiestas*. ¡Todo lo contrario, como vemos aquí! Le encantaba participar de la alegría y el regocijo de una boda, y ayudar en los problemas que se presentaran.

Hay algunas personas «religiosas» que difunden una atmósfera lúgubre por donde van. Miran con suspicacia todo lo que sea alegría y felicidad. Para ellos la religión es cosa de sotanas, de salmodias y de caras largas. Dijo de Alice Freeman Palmer uno de sus estudiantes: «¡Me hacía sentirme como si estuviera dándome un baño de sol!» (Y eso en Escocia...). Así era Jesús. C. H. Spurgeon tiene algunos consejos sabios, aunque cáusticos, en su libro *Charlas a mis estudiantes:* « El tono sepulcral puede que le vaya bien al de la funeraria; pero a los lazaros no los hacen salir de la tumba los gemidos espectrales.» «Conozco a hermanos que desde la coronilla hasta la planta de los pies son tan *ministeriales* en facha, tono, modales, cuello y botas que no les queda ni una partícula de humanidad visible... A algunos parece que les han enroscado una corbata blanca alrededor del alma, como un pingajo almidonado que les estrangula toda su hombría.» «Un individuo drenado totalmente de simpatía sería mejor que se dedicara a los oficios funerarios de enterrar a los muertos, porque jamás conseguirá hacerles mella a los vivos.» «Recomiendo jovialidad a todos los que quieran ganar almas; no frivolidad ni espuma, sino un espíritu sociable y feliz. Se cogen más moscas con miel que con vinagre, y conduce más almas al Cielo el que lleva el Cielo en la cara que el que lleva el Tártaro en sus gestos y aspecto.»

Jesús nunca consideraba que fuera un crimen ser feliz. ¿Por qué lo han de considerar sus seguidores?

(ii) Tomamos nota de *dónde* sucedió: en un humilde hogar de una aldea de Galilea. Este milagro no se realizó en el escenario de una gran ocasión ni en presencia de grandes multitudes, sino en un hogar. A. H. N. Green Armytage, en su libro *Retrato de san Lucas,* dice que a Lucas le encantaba presentar a Jesús en ambientes sencillos, hogareños y de gente humilde. En una frase gráfica dice que el evangelio de Lucas < domestica a Dios», es decir, Le introduce en el círculo del hogar y en las cosas más corrientes de la vida. Su intervención en Caná de Galilea nos muestra lo que Jesús pensaba del hogar. Como dice la versión Reina-Valera, < manifestó Su gloria» -es decir, se presentó tal corno era-, y esa manifestación tuvo lugar en un sencillo hogar de pueblo.

Hay una extraña paradoja en la actitud de mucha gente hacia el lugar que llaman hogar. Admitirían sin reservas que «no hay sitio bajo el Cielo más dulce que el hogar;» y, sin embargo, al mismo tiempo tendrían que reconocer que es allí donde reclaman el derecho a portarse peor, con menos cortesía, con mal genio y más egoísmo; mucho peor que en cualquier otro sitio o entre extraños. Muchos de nosotros tratamos a nuestros seres queridos de una forma que no osaríamos emplear con meros conocidos o compañeros ocasionales. A menudo son los extraños los que nos ven en nuestra mejor actitud, y los nuestros en nuestra peor. Deberíamos recordar siempre que fue en un hogar humilde donde Jesús manifestó Su gloria. Para Él el hogar era el sitio en el que había que portarse de la mejor manera posible.

(iii) Tomamos nota de por qué sucedió. Ya hemos visto que la hospitalidad era siempre un deber sagrado en Oriente. Habría hecho que a aquella familia se le cayera la cara de vergüenza el que faltara el vino en la boda. Fue para salvar a una humilde familia galilea para lo que Jesús desplegó Su poder. Lo hizo movido por la simpatía, la amabilidad y la comprensión hacia la gente sencilla.

Casi todos estamos dispuestos a echar el resto en una gran ocasión; pero sólo Jesús es capaz de hacer una cosa tan bonita en una ocasión tan sencilla e íntima como aquella. Hay una especie de malicia humana natural que más bien se alegra de las desgracias de los demás y que se complace en contarlas después mientras se toman unas cañas. Pero Jesús, el Señor de toda la vida, el Rey de la gloria, empleó su poder para salvar de la humillación a una sencilla pareja de novios de una aldea de Galilea. Es precisamente con gestos sencillos de comprensión y amabilidad como este como podemos demostrar que pertenecemos a Jesucristo y somos Sus seguidores.

Además, esta historia nos revela dos cosas hermosas sobre la fe que María tenía en Jesús.

(i) Instintivamente María acudía a Jesús cuando surgían problemas. Conocía a su Hijo. Él estuvo en el hogar familiar hasta los treinta años, y todo ese tiempo Jesús y María compartieron la vida. Hay una antigua leyenda que nos cuenta algo de cuando Jesús era un niño pequeño en el hogar de Nazaret. Nos dice que en aquellos días, cuando la gente estaba cansada o preocupada o disgustada, decía: «Vamos a ver al niño de María.» E iban, y veían a Jesús, y se les disipaban los problemas. Todavía sigue siendo verdad que los que conocen íntimamente a Jesús acuden a Él cuando se encuentran en algún apuro... y Él nunca les falla.

(ii) Aun cuando María no sabía lo que Jesús iba a hacer, aun cuando parecía que no le había hecho caso, todavía María creía tanto en Él que se dirigió a los servidores y les dijo que hicieran lo que Jesús les dijera. María tenía la fe que puede confiar aun cuando no entiende. No sabía lo que iba a hacer Jesús, pero estaba segura de que lo que hiciera sería lo mejor. En todas nuestras vidas hay momentos en los que no sabemos por dónde tirar. En todas nuestras vidas suceden cosas que no comprendemos y a las que no vemos ningún sentido. ¡Felices y las personas que, en tales casos, siguen confiando, aunque no puedan entender!

Además, esta historia nos dice algo de Jesús. Respondiendo a María dijo: «Todavía no ha llegado mi momento.». En el evangelio aparece varias veces esta referencia a Su hora. Ene *Juan 7:6 y 8,* se refiere a Su manifestación como Mesías. *Juan 12:23 y 17:1;* en *Mateo 26:18 y 45, y en Marcos 14:41,,i* es la hora de Su crucifixión y muerte. A lo largo de toda su vida Jesús sabía que había venido al mundo para una tarea y con un propósito determinados. Veía Su vida, no en función

de Sus deseos, sino en relación con la voluntad de Dios. No veía Su vida en el marco del incesante fluir del tiempo, sino en el de la permanente y definitiva eternidad. La vida de Jesús iba transcurriendo segura hacia el momento para el que Él sabía que había venido al mundo.

Aunque en casi nada nos podemos comparar con Jesús, en esto sí, no fue Él el único que vino a este mundo para cumplir el propósito de Dios. Como decía Unamuno: «Todos somos un sueño y una idea de Dios.» Cada uno de nosotros debemos pensar, no en términos de nuestros propios deseos y gustos sino en la misión para la que estamos en el mundo.

LA NUEVA EUFORIA

Juan 2:1-11 (conclusión)

Ahora hemos de pensar en la verdad profunda y permanente que Juan está tratando de enseñarnos con esta historia.

Recordemos que Juan estaba escribiendo desde un doble trasfondo. Era judío, y estaba escribiendo también para los judíos; pero su gran objetivo era escribir la historia de Jesús de tal manera que pudiera llegar también a los griegos.

Vamos a considerarla antes de nada desde el punto de vista judío. Debemos recordar siempre que detrás de las sencillas historias de Juan hay un significado profundo que sólo pueden descubrir los que tienen ojos para ver. En todo su evangelio Juan no escribió nunca ningún detalle superfluo o innecesario. Todo tiene un significado y todo señala más allá.

Había seis tinajas de piedra y a la orden de Jesús, el agua que contenían se volvió vino. Para los judíos, *el siete* es el número completo y perfecto, y el *seis* es incompleto e imperfecto. Las seis tinajas de piedra representan a la Ley judía, incompleta e imperfecta. Jesús vino a acabar con las imperfecciones de la Ley y a poner en su lugar el vino nuevo del Evangelio de Su gracia. Jesús cambió la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.

Hay otra cosa que debemos notar en conexión con esta. Había seis tinajas de agua en cada una de las cuales cabían unos cien litros. Jesús convirtió el agua en vino. Eso haría que hubiera unos seiscientos litros de vino, más que suficiente para acabar felizmente las bodas y las demas bodas. Aunque sabemos lo que son estas fiestas en los pueblos del Mediterráneo, nos damos cuenta de que Juan no pretendía que nos quedáramos en el sentido literal exclusivamente. Lo que sí quería decirnos es que, cuando la gracia de Jesús viene a nuestra vida, hay bastante y de sobra para todo. No hay necesidad en el mundo que pueda agotar la gracia de Cristo; hay una gloriosa superabundancia de gracia para todas las necesidades humanas de todos los tiempos.

Juan nos está diciendo que las imperfecciones se han convertido en perfección en Jesús, y que la gracia se ha vuelto ilimitada, suficiente y más que suficiente para todas las necesidades.

Vamos a considerar esta historia ahora desde el punto de vista griego. Resulta que los griegos tenían historias exteriormente parecidas. Dionysos era el dios del vino de los griegos. Pausanias fue un griego que escribió una historia de su país y de sus antiguas ceremonias. En su descripción de Elis describe una vieja ceremonia y creencia: «Entre el mercado y el Menius hay un teatro antiguo y un santuario de Dionysos; la imagen la hizo Praxiteles. No hay dios que sea más reverenciado por los eleanos que Dionysos, y dicen que asiste a todo festival de la Thyia. El lugar en el que se celebra el festival llamado la Thyia está como a una milla de la ciudad. Se lleva al edificio tres cacharros vacíos, y los sacerdotes los depositan,, allí en presencia de los ciudadanos y de los forasteros que estén a la sazón en el país. En las puertas de los edificios, todos los que quieran hacerlo ponen sus sellos. Al día siguiente tienen libertad para mirar los sellos y, al entrar en el edificio, se encuentran los cacharros llenos de vino. Yo no he estado nunca en el tiempo del festival, pero la gente más respetable de Elis, y los forasteros, juran que los hechos se produjeron como he dicho.»

Así que los griegos también tenían sus historias de milagros; y es como si Juan les dijera: <«Vosotros tenéis vuestras historias y leyendas de vuestros dioses. No son más que mitos, y sabéis muy bien que no son verdad. Pero Jesús ha venido a hacer lo que vosotros estabais soñando que vuestros dioses podían hacer. Jesús ha venido a hacer realidad todos nuestros anhelos y sueños.»

A los judíos, Juan les decía: «Jesús ha venido a cambiar la imperfección de la Ley por la perfección de la gracia.» Y a los griegos: «Jesús ha venido real y verdaderamente para hacer lo que vosotros sólo podíais soñar que vuestros dioses hicieran.»

Ahora podemos ver lo que Juan está tratando de enseñarnos. Todos los pasajes del Cuarto Evangelio nos cuentan, no simplemente algo que Jesús hizo una vez y nunca más, sino algo que hace todavía y hoy. Y lo que Juan quiere que veamos aquí no es que Jesús cambió el agua de unas tinajas en vino una vez; lo que quiere es que veamos que siempre que Jesús viene a la vida de una persona trae una nueva calidad de vida que es como cambiar el agua en vino. Sin Jesús la vida es un fracaso y una desilusión, y con Jesús es interesante, emocionante y satisfactoria.

Cuando sir Wilfred Grenfell estaba pidiendo voluntarios para ir a su trabajo en Labrador dijo que no podía prometerles mucho dinero, pero sí que se lo pasarían estupendamente. Eso es lo que Jesús nos promete. Recordad que Juan estaba escribiendo setenta años después de la Cruz. Se había pasado setenta años pensando, recordando y meditando, hasta que comprendió el sentido y el significado que no había percibido antes. Cuando Juan contó esta historia se estaba acordando de

cómo es la vida con Jesús y dijo: «Dondequiera que iba Jesús y siempre que venía a la vida era como si el agua se cambiara en vino». Esta historia de Juan nos dice *a nosotros: « Si* quieres el nuevo optimismo, hazte seguidor de Jesucristo y vendrá un cambio a tu vida como cuando el agua se vuelve vino.»

LA INDIGNACIÚN DE JESÚS

Juan 2:12-16

> *Después de eso bajó Jesús a Capernaúm con su madre, hermanos y discípulos, y se quedaron allí un poco de tiempo.*
> *Era cerca de la fiesta judía de la Pascua, y Jesús subió a Jerusalén. En el templo encontró a los que estaban vendiendo becerros y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados a sus mesas. Y Jesús hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con ovejas y becerros y todo, y tiró las monedas de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que estaban vendiendo palomas:*
> *- ¡Quitad de aquí todo esto, y dejad de hacer* un *mercado de la casa de mi Padre!*

Después de la fiesta de boda de Caná de Galilea, Jesús y sus familiares y amigos hicieron una corta visita a Capernaúm, que estaba como a unos treinta kilómetros, en la orilla septentrional del Mar de Galilea.

Poco después, Jesús se puso en camino para celebrar la fiesta de la Pascua en Jerusalén. La Pascua era el 15 de Nisán. Según la ley, todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir.

Aquí nos encontramos con un detalle muy interesante. A primera vista parece que la cronología de la vida de Jesús en el Cuarto Evangelio no coincide con la de los otros tres, en los que no se nos dice que Jesús fuera a Jerusalén más que una vez. La fiesta de la Pascua cuando tuvo lugar Su crucifixión es la única que mencionan, y Su única visita a Jerusalén a excepción de la que hizo cuando fue al templo de muchacho. Pero Juan nos cuenta no menos de tres pascuas la de este pasaje, la de *Juan 6:4 y la* de *Juan 11:55.* Además, según la narración de Juan, Jesús estaba en Jerusalén en una fiesta innominada en 5:1, era la fiesta de los Tabernáculos en 7:2, 10, y en la fiesta de la Dedicación en 10:22. De hecho, en los otros tres evangelios el ministerio principal de Jesús tiene lugar en Galilea; en el Cuarto, Jesús pasa sólo períodos breves en Galilea (2:1-12; 4:43 - 5:1; 6:1 - 7:14); y su actividad principal es en Jerusalén.

Lo cierto es que no hay aquí ninguna contradicción. Lo que pasa es que nos cuentan la historia desde diferentes puntos de vista. No se contradicen, sino se complementan. Mateo, Marcos y Lucas se concentran en el ministerio en Galilea, y Juan, en Jerusalén: Aunque los otros tres nos hablan sólo de una visita a Jerusalén y de una Pascua allí, implican que tiene que haber habido muchas otras. En la última visita nos presentan a Jesús llorando por Jerusalén: < ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos como una gallina que junta a sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!» *(Mateo 23:37).* Jesús no habría podido decir eso si no hubiera dirigido repetidas llamadas a Jerusalén, y si aquella visita fuera la primera. No debemos hablar de contradicciones entre el Cuarto Evangelio y los otros tres, sino usarlos a los cuatro para tener una información lo más completa posible de la vida de Jesús.

Pero sí hay una dificultad que no debemos soslayar. Este pasaje nos refiere el incidente conocido como La Purificación del Templo: Juan lo coloca al principio del ministerio de Jesús, mientras que los otros tres evangelistas lo ponen al final (Mateo 21:12s; Marcos 11:15-17; Lucas 19:-45s). Esta diferencia requiere una explicación, y se han propuesto varias.

(i) Se ha sugerido que Jesús purificó el templo dos veces, una al principio y otra al final de Su ministerio. No resulta muy convincente porque, si hubiera hecho algo tan sorprendente una vez, no es probable que hubiera tenido la posibilidad de hacerlo otra vez. Su reaparición en el templo habría sido la señal para que se tomaran tales precauciones que la repetición habría resultado imposible.

(ii) Se ha sugerido que Juan es el que tiene razón. Pero el suceso encaja mucho mejor al final del ministerio de Jesús. Es una secuela natural del ardiente coraje de Jesús en la Entrada Triunfal, y un preludio previsible de la Crucifixión. Si tenemos que escoger entre la cronología de Juan y la de los otros tres evangelistas, debemos escoger la de estos.

(iii) Se ha sugerido que, cuando murió Juan, su evangelio no estaba terminado del todo; que dejó varios relatos en hojas sueltas de papiro, sin encuadernar. Y se ha sugerido que la que contenía este relato se traspapeló y se insertó posteriormente en un lugar que no era el que le correspondía. Esto es posible, pero no probable, porque supone que el que ordenó el manuscrito no conocía el orden correcto ni los otros evangelios.

(iv) Debemos tener presente siempre que Juan, como ha dicho alguien, tiene más interés en la verdad que en los detalles. No era su propósito escribir una biografía cronológica de Jesús; sino sobre todo, mostrar que Jesús es. el Hijo de Dios y el Mesías. Es probable que Juan estuviera recordando las profecías acerca de la venida del Mesías. «...Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor a Quien vosotros buscáis, y el Ángel del Pacto a Quien deseáis vosotros. ¡He aquí viene, dice el Señor de los Ejércitos! ¿Y quién podrá soportar el tiempo de Su venida? ¿O quién podrá quedar en pie cuando Él se manifieste? Porque Él es como fuego purificador, y como detergente de lavadores... para purificar a los hijos de Leví... hasta que Le,,, ofrezcan al Señor las ofrendas correctas. Entonces Le será grata al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados y los tiempos

antiguos» *(Malaquías 3:1-4).* En la mente de Juan resonaban estas tremendas profecías. Su interés principal no era contar cuándo limpió Jesús el templo, sino que de hecho lo hizo como estaba profetizado del Mesías prometido. Lo más verosímil es que Juan colocara este incidente emblemático aquí, en el frontispicio de su historia, para presentar a Jesús como el Mesías de Dios, Que había venido para purificar el culto y abrir la puerta de acceso a Dios. No es la fecha el interés principal de Juan, eso era lo de menos. Su interés supremo era demostrar que las acciones de Jesús nos le presentan como el Prometido de Dios. Justamente al principio nos muestra a Jesús actuando como el Mesías de Dios.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 (continuación)

Fijémonos ahora en por qué actuó Jesús de esa manera. Su indignación es una cosa aterradora, la figura de Jesús con el azote de cuerdas inspira el máximo temor. Debemos ver qué fue lo que le movió a aquella manifestación de indignación al rojo vivo en los atrios del templo.

La Pascua era la más importante de todas las fiestas judías. Como ya hemos visto, la ley establecía que todos los varones judíos adultos que vivieran a no más de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a .asistir. Pero no eran sólo los judíos de Palestina los que venían para la Pascua; en aquel tiempo los judíos estaban diseminados por todo el mundo, y. no olvidaban su fe ancestral y su madre patria, y era el sueño y el propósito de todos ellos, estuvieran donde estuvieran, el celebrar la Pascua en Jerusalén por id menos una vez en la vida.

Aunque nos suene a exageración, es probable que tantos como dos millones y cuarto de judíos se reunieran a veces en la Ciudad Santa para celebrar la Pascua.

Había un impuesto que tenían que pagar todos los judíos de diecinueve años para arriba. Era el tributo del templo. De que todos cumplieran dependía el que el ritual y los sacrificios del templo se pudieran llevar a cabo día tras día. El impuesto era de medio siclo. Debemos recordar cuando hablemos de dinero que en aquel tiempo, el salarió de un obrero era el equivalente de menos .de diez pesetas al día. El medio siclo eran unas quince, así es que era el sueldo de día y medio. Para todos los efectos prácticos, en Palestina se usaban muchos tipos de moneda: las de plata de Roma; Grecia, Egipto, Tiro y Sidón y de la mismas Palestina, todas estaban en circulación y eran válidas. Pero el tributo del templo se tenía que pagar en siclos galileos o en los del santuario, que eran las únicas monedas judías; las demás eran paganas y, por tanto, inmundas. Valían para pagar las otras deudas, pero no la que se tenía con Dios.

Los peregrinos llegaban de todas las partes del mundo con toda clase de monedas; así es que, en los atrios del templo se colocaban los cambistas. Si hubieran sido honrados, habrían estado cumpliendo una finalidad justa y necesaria; pero lo que hacían era cobrar una moneda más por cada medio siclo, es decir, una sexta parte más, y otra moneda más por cada medio siclo que tuvieran que devolver al cambiar monedas mayores. Si, por ejemplo, venía alguien con una moneda que equivaliera a dos siclos, tenía que pagar una moneda para que se la cambiaran, y otras tres para que le devolvieran el cambio de tres medios siclos. En otras palabras: que los cambistas le sacaban el sueldo de un día por la operación.

El tributo del templo y el sistema de cambio de moneda se elevaban a cantidades fantásticas. La renta anual del templo se ha calculado en 20,000,000 de pesetas, y las ganancias de los cambistas 2,000,000 pero téngase presente que el sueldo de un obrero serían unas 10 pesetas diarias. Cuando Crasso capturó Jerusalén y saqueó la tesorería del templo en el año 54 a.C. se llevó 500,000,000 de pesetas sin llegar a agotarlo. El que los cambistas cobraran comisión cuando cambiaban las monedas de los peregrinos no se veía mal. El *Talmud* establecía: «Es menester que cada uno tenga medio siclo para pagar su cuota. Por tanto, cuando trae un siclo para cambiarlo por dos medios siclos está obligado a dejar que el cambista saque algún beneficio.» La palabra para comisión era *kollybas,* y a los cambistas se los llamaba *kollybistai.* Esta palabra *kollybos* dio origen al personaje de comedia que se llamar Kollybos en griego y Collybus en latín, equivalentes al famoso usurero shakesperiano Shylock. Lo que exasperaba a Jesús era que los cambistas abusaran de los modestos peregrinos de la Pascua con comisiones exorbitantes. Era una injusticia social flagrante y desvergonzada y, lo que es peor, se perpetraba en nombre de la verdadera religión.

Además de los cambistas estaban los que vendían becerros, corderos y palomas. Era corriente que una visita al templo fuera acompañada de un sacrificio. Muchos peregrinos querrían hacer una ofrenda de acción de gracias por haber hecho un buen viaje a la Santa Ciudad; además, la mayor parte de los acontecimientos de la vida y de la familia de los judíos tenían su sacrificio apropiado.

Parecería por tanto que se ofrecía una ayuda natural para que se pudieran comprar las víctimas para los sacrificios en los atrios del templo. Podría haber sido así; pero la ley imponía el que los animales que se ofrecieran fueran perfectos y sin defecto. Las autoridades del templo, tenían inspectores *(mumjeh)* que examinaban las víctimas antes del sacrificio. La inspección ya costaba una *ma'ah. Si* el fiel compraba el animal fuera del templo se lo podían rechazar en la inspección; ya se podía estar seguro de que le encontrarían algún defecto que les permitiera declararlo no apto.

Se podría pensar que aquello no habría importado mucho; pero es que un par de palomas podía costar sólo el equivalente de diez pesetas aunque, recordemos: ese era el sueldo de un día, mientras que en el templo costarían no menos de ciento cincuenta pesetas. Aquí había otro abuso descarado a costa de los pobres y humildes peregrinos, a los que se obligaba a pasar por el aro de comprar sus víctimas en el templo si querían hacer un sacrificio... Y de nuevo lo peor del caso era que aquella injusticia se agravaba por el hecho de que se perpetraba en nombre de la más pura religión.

Estas eran las cosas que despertaban la indignación de Jesús. Se nos dice que hizo un azote de cuerdas. Jerónimo pensaba que la actitud de Jesús ya haría que no hiciera falta usarlo. «Una ardiente luz estelar fulguraban Sus ojos, y la majestad de la divinidad resplandecía en Su rostro.» Precisamente porque amaba a Dios, Jesús amaba a los hijos de Dios, y le era imposible permanecer impasible contemplando cómo se abusaba de aquella manera de los adoradores de Jerusalén.

LA INDIGNACIÓN DE JESÚS

Juan 2:12-16 (conclusión)

Hemos visto que fue la explotación de los peregrinos por parte de gente sin conciencia lo que movió a Jesús a aquella manifestación de indignación; pero la historia de la purificación del templo responde a razones todavía más profundas por las que Jesús dio aquel paso tan drástico.

No hay dos evangelistas que coincidan exactamente al darnos las palabras de Jesús. Cada uno de ellos nos conserva su versión personal. Y es al reunir todos los relatos como obtenemos una idea clara de lo que dijo Jesús. Así es que vamos a empezar por recordar las diferentes formas en que nos han transmitido los evangelistas las palabras de Jesús, en la versión Reina-Valera. Mateo nos las transmite de la siguiente manera: «Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecha cueva de ladrones» (Mateo 21:13). Marcos pone: «MI casa será llamada casa de oración para todas las naciones, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Marcos 11:1:7):; Lucas dice: «Mi casa es casa de oración; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» *(Lucas* 19:46). Y aquí Juan: «Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado» .*(Juan* 2:16).

Jesús tenía por lo menos tres razones para hacer lo que hizo.

(i) Actuó así porque se estaba profanando la casa de Dios.

En el templo se daba a Dios un culto sin reverencia. La reverencia es una cosa instintiva. El artista Edward Seago nos cuenta que llevó a dos niños gitanos a visitar una catedral de Inglaterra. Eran unos chiquillos muy traviesos en circunstancias normales; pero, desde el momento en que entraron en la catedral, estuvieron sorprendentemente tranquilos y callados; y luego, todo el camino hasta llegar a la casa. Hasta la tarde no volvieron a sus habituales travesuras. En sus corazones naturalmente indisciplinados había una reverencia instintiva.

El culto sin reverencia puede ser una cosa terrible. Puede que sea un «culto» que se hace rutinaria o formalmente, las oraciones más solemnes se pueden leer como las listas de las subastas. Puede que sea un «culto» que no tiene en cuenta la santidad de Dios y que suena como si según la frase de H. H. Farmer- « el adorador se llevara muy bien con la Divinidad.» Puede que sea un culto para el que no están preparados ni el que lo dirige ni la congregación. Puede que sea el uso de la casa de Dios para fines y con medios en los que se olvida la reverencia y la verdadera función de la casa de Dios. En aquel atrio de la casa de Dios de Jerusalén se regatearían los precios, se discutirían las monedas viejas o desgastadas... En fin, que habría ruidos y gestos y discusiones más propios de un mercado. Puede que esa forma de irreverencia no sea corriente ahora; pero hay otras formas de ofrecerle a Dios un culto irreverente.

(ii) Jesús hizo lo que hizo para mostrar que toda esa parafernalia de sacrificios animales era totalmente impertinente. Hacía siglos que venían diciéndolo los profetas. «¿Para qué me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? ¡Estoy harto de holocaustos de carneros y de sebo de animales cebados; no Me gusta la sangre de los toros, de las ovejas o de los chivos... No Me traigáis más ofrendas vanas» *(Isaías* 1:11-17). «Porque cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les dije nada ni les di mandamientos acerca de holocaustos y sacrificios» *(Jeremías* 7:22). «Con sus ovejas y con sus vacas andarán buscando al Señor, pero no Le encontrarán» *(Oseas* 5: 6). «Les encantan los sacrificios; sacrifican carne y la comen, pero el Señor no Se complace en ellos» *(Oseas* 8:13). «Porque Tú no te complaces en sacrificios; si yo hubiera de ofrecer holocaustos, a Ti no Te agradaría» *(Salmo* 51:16). Un coro de voces proféticas denunciaba la impertinencia de los holocaustos que humeaban constantemente en los altares de Jerusalén. Jesús actuó así para demostrar que ningún sacrificio animal podrá nunca realizar la reconciliación de la humanidad con Dios.

No estamos totalmente libres de esa tendencia hoy en día. Es cierto que no Le ofrecemos a Dios sacrificios de animales; pero podemos identificar Su culto con la instalación de vidrieras de colores o de un órgano más sonoro, o con piedra o madera tallada, cuando el verdadero culto brilla por su ausencia. No es que estas cosas sean condenables, ¡lejos de eso! A menudo,

¡gracias a Dios!, son ofrendas de corazones fieles y agradecidos. Cuando ayudan a la verdadera devoción; cuentan con la bendición de Dios; pero cuando son su sustituto, hastían el corazón de Dios.

(iii) Había todavía otra razón para que Jesús actuara de aquella manera. Marcos añade un curioso detalle que no se encuentra en los otros evangelios: « Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones» *(Marcos* 11:17), siguiendo con la cita de *Isaías* 56:7. El templo constaba de una serie de atrios que conducían al templo propiamente dicho y al Lugar Santísimo. La primera parte era el Atrio de los Gentiles; luego venía el Atrio de las Mujeres; después, el de los Israelitas; por último, el de los Sacerdotes. Toda esa compraventa se hacía en el Atrio de los Gentiles que era el único al que podían acceder los que no fueran israelitas. A partir de aquel lugar les estaba prohibida la entrada. Así que si había algún gentil cuyo corazón Dios hubiera tocado, podía llegar al Atrio de los Gentiles para meditar y orar y buscar a Dios. El Atrio de los Gentiles era el único lugar, de oración que conocía.

Las autoridades del templo y los comerciantes judíos estaban convirtiendo el Atrio de los Gentiles en un lugar de confusión y jaleo en el que era prácticamente imposible orar. Los mugidos de los becerros, los balidos de las ovejas, el zureo y el revoloteo de las palomas, los gritos de los vendedores, el tintineo de las monedas, los pregones y los regateos... todo eso combinado convertía el Atrio de los Gentiles en un lugar donde no se podía dar culto a Dios. El jaleo del atrio exterior del templo les cerraba el acceso a la presencia de Dios a los gentiles que Le buscaran. Tal vez era eso lo que más angustiaba a Jesús, y puede que por eso Marcos nos conservara la frase que nos lo indica. A Jesús se Le conmovían las entrañas porque en la Casa de Oración se le cerraba el acceso a la presencia de Su Padre a los que Le buscaban sinceramente.

¿Hay algo en la vida de nuestra iglesia: esnobismo, exclusividad, frialdad, falta de hospitalidad, tendencia a hacer de la congregación un club cerrado, arrogancia, tiquismiquis que excluye al sincero buscador? Recordemos la indignación de Jesús contra los que les hacían difícil, o imposible, a los buscadores extranjeros el establecer contacto con Dios.

EL NUEVO TEMPLO

Juan 2:17-22

> *Sus discípulos se acordaron de que hay una Escritura que dice: < Porque el celo por Tu Casa me ha consumido. »*
> *Entonces los judíos le interrogaron:*
> *-¿Qué señal nos das para justificar tal actuación?*
> *Destruid este Templo -les contestó Jesús---, y lo levantaré en tres días.*
> *-Hace ahora cuarenta y seis años que se está construyendo el templo -Le objetaron-, ¿y Tú lo vas a levantar en tres días?*
> *Pero Él se refería al Templo de Su Cuerpo. Así que cuando resucitó; Sus discípulos se acordaron de que Jesús había dicho esto, y creyeron la Escritura y lo que Jesús les había dicho.*

Era inevitable que una intervención como la de la purificación del templo provocara una reacción inmediata en los que la presenciaron. No era la clase de cosa que uno puede contemplar con total indiferencia. Era demasiado sorprendente y revolucionario.

Aquí tenemos dos reacciones. La primera es la de los discípulos, que se acordaron de las palabras del Salmo 69:9. La cosa es que ese salmo se suponía que se refería al Mesías; que, cuando viniera, se consumiría de celo por la casa de Dios. El que este versículo les viniera a la memoria era señal de que se estaban dando cuenta cada vez más de que Jesús era el Mesías. Ese gesto no le correspondía a nadie más que al Mesías, y ellos ya habían llegado a la convicción de que Jesús era de hecho el Ungido de Dios.

La segunda reacción fue la de los judíos, una reacción muy natural. Le preguntaron a Jesús qué derecho tenía para actuar de esa manera, y le exigieron que presentara inmediatamente Sus credenciales por medio de algún milagro. La cosa era que reconocían que la acción de Jesús indicaba que Él se presentaba como el Mesías. Siempre se había esperado que, cuando viniera el Mesías, demostraría que era Él haciendo algunos milagros. Los falsos mesías que surgían a veces prometían separar las aguas del Jordán y derribar los muros de la ciudad con su palabra. La idea popular del Mesías era que vendría haciendo milagros; así es que los judíos dijeron a Jesús: «Con esta acción Te has proclamado públicamente como Mesías. Demuéstranos que lo eres haciendo algún milagro.»

La contestación de Jesús presenta el mayor problema de este pasaje. ¿Qué fue lo que dijo exactamente? ¿Y qué quería decir? Debemos tener presente que los versículos 21 y 22 contienen la interpretación que escribió Juan mucho después. No podía por menos de leer entre líneas en este pasaje ideas que eran realmente el resultado de setenta años de meditación y de experiencia con el Cristo Resucitado. Como dijo Ireneo hace mucho: «Ninguna profecía se entiende del todo hasta después de su cumplimiento.» Entonces, ¿qué fue lo que dijo Jesús realmente, y lo que quiso decir?

No cabe la menor duda que Jesús dijo algo que se parecía mucho a esto, palabras que podrían tergiversarse maliciosamente con una finalidad destructiva. En el juicio de Jesús se presentaron unos testigos falsos que dijeron en Su contra: «Este tipo dijo:

« Yo soy capaz de destruir el templo de Dios, y edificarlo otra vez en tres días» *(Matea 26:61).* La acusación que se fraguó contra Esteban era: «Le hemos oído decir que ese tal Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos transmitió Moisés» *(Hechos 6:14).*

Hay dos cosas que debemos recordar y relacionar. La primera, que es seguro que Jesús no dijo nunca que destruiría el templo material y luego lo reconstruiría. Sí es verdad que Jesús preveía el final del templo. A la Samaritana le dijo que llegaría el día en que no se adoraría a Dios ni en el Monte Guerizim ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad *(Juan 4:21). Y* la segunda, que la Purificación del templo, como ya hemos visto, fue una manera dramática de enseñar que todo el culto

del templo, con su ritual y sacrificios, era impertinente -y no servía para guiar a las personas hacia Dios. Está claro que Jesús esperaba que desapareciera el templo; que Él había venido para hacer innecesario y obsoleto su culto, y que, por tanto, Él no iba á sugerir que lo reedificaría.

Ahora debemos volver a Marcos. Como otras muchas veces, encontramos aquí la frasecilla extra sugestiva e iluminadora. Marcos transcribe la acusación contra Jesús de la siguiente manera: «Yo destruiré este templo que está hecho con las manos, y en tres días edificaré otro *no hecho con manos» (Marcos 14:58). Lo* que Jesús quería decir realmente era que Su venida había puesto fin a todo ese sistema organizado y hecho por los hombres de dar culto a Dios, y había puesto en su lugar un culto espiritual; que Él había puesto fin a todo ese asunto de los sacrificios animales y del ritual sacerdotal, y había puesto en su lugar un acceso directo al Espíritu de Dios que no necesitaba un templo elaborado y hecho a mano ni un ritual de incienso y sacrificios ofrecidos por manos humanas. La advertencia de Jesús era: «El culto de vuestro templo, vuestro complicado ritual, vuestros pródigos sacrificios animales han llegado a su fin, porque Yo he venido.» Y Su promesa era: « Yo os daré un camino para llegar a Dios sin toda esta elaboración y ritual humanos. Yo he venido para destruir este templo de Jerusalén y hacer que toda la Tierra sea un templo en el que la humanidad pueda experimentar la presencia del Dios viviente.»

Los judíos lo vieron. Fue el año 19 a.C. cuando Herodes empezó a edificar su maravilloso templo, y no fue hasta el año 64 d.C. cuando se concluyó la edificación. Hacía cuarenta y cuatro años que se había empezado, y aún faltaban otros veinte para que se terminara. Jesús escandalizó a todos los judíos al decirles que toda aquella grandeza y esplendor, y todo el dinero y la habilidad que se habían derrochado en él, eran completamente irrelevantes; que Él había venido para indicar a la humanidad el camino que conduce a Dios sin necesidad de ninguna clase de templo.

Algo así debe de -haber sido lo que dijo Jesús; pero en años sucesivos Juan vio mucho más que eso en las palabras de Jesús. Vio nada menos que una profecía de la Resurrección; y Juan. *tenía razón.* La tenía por una razón básica: porque toda la redondez de la Tierra no podría llegar a ser el Templo del Dios viviente hasta que Jesús fuera liberado del cuerpo y estuviera presente el todas partes; y hasta que estuviera con los Suyos en todo lugar y tiempo hasta el fin del mundo.

Es la presencia del Cristo resucitado y viviente lo que hace que todo el mundo sea el Templo de Dios. Así es que Juan dice que, cuando los discípulos de Jesús se acordaron de Sus palabras, vieron en ellas una promesa de la Resurrección. No lo habían visto antes; ni podían; fue solamente su propia experiencia del Cristo viviente lo que les -mostró al cabo del tiempo toda la hondura de lo que había dicho Jesús.

Por último Juan dice que < creyeron la Escritura.» ¿Qué Escritura? Juan se refiere a aquella Escritura que se cernía sobre la Iglesia Primitiva: «No permitirás que Tu Santo experimente la corrupción» *(Salmo 16:10).* Pedro la citó el día de Pentecostés *(Hechos 2:31);* Pablo la citó en Antioquía *(Hechos 13:35).* Expresaba la confianza de la iglesia en el poder de Dios y en la Resurrección de Jesucristo.

Tenemos aquí la verdad imponente de que nuestro contacto con Dios, nuestro acceso a Su presencia, no depende de nada que podamos hacer con nuestras manos o diseñar con nuestras mentes. En las calles, en el hogar, en el trabajo, en las montañas, en las carreteras, en la iglesia, tenemos nuestro templo íntimo: la presencia del Cristo Resucitado que está siempre con nosotros por todo el mundo.

EL QUE VE EL CORAZÓN

Juan 2:23-25

> *Cuando Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Su nombre, porque veían las señales que hacía; pero Jesús mismo no Se les confiaba, porque los conocía a todos y no tenía necesidad de que nadie Le atestiguara cómo era una persona; porque Él sabía muy bien lo que hay en la naturaleza humana:*

Juan no nos relata ninguna de las maravillas que realizó Jesús en Jerusalén aquella Pascua; pero Jesús hizo muchos milagros allí y entonces, y hubo muchos que, al contemplar Sus obras, creyeron en Él. La pregunta que Juan está contestando aquí es: Si hubo muchos que creyeron en Jerusalén desde el mismo principio, ¿por qué no desplegó Jesús Su bandera allí y entonces y declaró abiertamente Quién era?

La respuesta es: Jesús conocía demasiado bien la naturaleza humana; sabía que había muchos para los que Él no era más que una maravilla de nueve días; sabía que había muchos que se sentían atraídos por las cosas sensacionales que hacía; sabía que no había nadie que entendiera el camino que había escogido; sabía que había muchos que Le habrían seguido mientras siguiera haciendo milagros y maravillas y señales, pero que, si empezara a hablarles de servicio y de autonegación, de rendirse a la voluntad de Dios, o de una cruz y la necesidad de asumirla, se Le habrían quedado mirando con una mirada ausente ')C Le habrían dejado solo.

Una de las'grandes características de Jesús era que no quería seguidores que no supieran y aceptaran clara y definitivamente lo que implicaba el seguirle a Él. Se negó a aprovecharse de la popularidad del momento. Si Se hubiera confiado a la gente de Jerusalén, Le habrían proclamado Mesías allí y entonces, y habrían esperado la clase de acción material que esperaban que tomara el Mesías. Pero Jesús era un Líder que se negaba a invitar a la gente a que Le aceptara hasta que hubieran comprendido lo que aquello implicaba. Insistía en que las personas supieran lo que estaban haciendo.

Jesús conocía la naturaleza humana. Conocía la fragilidad e inestabilidad del corazón. Sabía que una persona se podía sentir arrebatada en un momento de emoción, y volverse atrás cuando descubriera lo que realmente suponía la decisión. Sabía el hambre de sensaciones que hay, en la naturaleza: humana. No quería una multitud vitoreando sin saber por qué, sino una compañía reducida de supiera lo que hacía -y estuviera dispuesta a seguirle hasta el final.

Hay algo que debemos notar en este pasaje, porque tendremos ocasión de encontrarlo una y otra vez. Cuando Juan habla de los milagros de Jesús los llama *señales. El* Nuevo Testamento usa tres palabras diferentes para las obras maravillosas de Dios y de Jesús, cada una de las cuales nos dice algo de lo que es realmente un milagro.

(i) Usa la palabra *teras. Teras* quiere decir sencillamente algo maravilloso. Es una palabra que no tiene absolutamente ninguna significación moral. Un truco de prestidigitador podría ser un *teras. Un teras* era simplemente algo inexplicable que le dejaba a uno boquiabierto. El Nuevo Testamento no usa nunca esta palabra sola refiriéndose a las obras de Dios o de Jesús.

(ii) Usa la palabra *dynamis. Dynamis* quiere decir literalmente *poder;* de ella deriva la palabra *dinamita.* Se puede referir a cualquier clase de poder extraordinario: del poder de crecimiento, de los poderes de la naturaleza, del poder de una medicina ,y del del genio de un hombre. Siempre tiene el sentido de un poder efectivo que produce resultados y que puede reconocer cualquier persona.

(iii) Usa la palabra *sémeion. Sémeion,* de la que se derivan *semáforo, semántica y otras* muchas, quiere decir *señal.* Es la palabra favorita de Juan. Para él un milagro no era simplemente un hecho sorprendente, ni el resultado de un poder extraordinario, sino una señal. Es decir: le decía algo a la gente de la Persona Que lo había hecho; revelaba algo de Su carácter; descubría algo de Su naturaleza; era una acción que permitía comprender mejor y más plenamente cómo era el Que lo hacía. Lo más importante para Juan en los milagros era que decían algo acerca de la naturaleza y el carácter de Dios. Jesús usaba Su poder para sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos, consolar a los afligidos; y el hecho de que Jesús usara Su poder de esa manera era una *señal* de que Dios Se preocupa de los dolores y las necesidades de la humanidad. Para Juan, los milagros eran señales del amor de Dios.

En cualquier milagro hay tres cosas: *la maravilla* que deja a las personas alucinadas, sorprendidas y atemorizadas; *el poder* efectivo que puede remediar un cuerpo quebrantado, una mente desquiciada, un corazón herido, y la *señal* que nos habla del amor que hay en el corazón del Dios Que hace esas cosas.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1-6

Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, que era un líder de los judíos. Este vino a Jesús de noche y Le dijo:

-Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de Dios; porque nadie podría hacer las señales que Tú haces si Dios no estuviera con él.

Lo que te digo es la pura verdad -le contestó Jesús-: a menos que se renazca de arriba no se puede ver el Reino de Dios.

-¿Cómo puede uno renacer cuando ya es mayor? -le preguntó entonces Nicodemo-. ¡No va a meterse en el vientre de su madre para nacer otra vez!

-Lo que te digo es la pura verdad -le dijo Jesús a menos que se nazca de agua y del Espíritu no se puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu.

La mayor parte de las veces vemos a Jesús rodeado de personas corrientes; pero aquí le vemos en contacto con uno de la aristocracia de Jerusalén. Hay algunas cosas que sabemos de Nicodemo.

(i) Nicodemo tiene que haber sido rico. Cuando Jesús murió, Nicodemo trajo para preparar Su cuerpo para la sepultura «una mezcla de mirra y áloes que pesaba unas cien libras» *(Juan 19:39),* que sólo podría comprar uno que fuera rico.

(ii) Nicodemo era fariseo. En muchos sentidos los fariseos eran las mejores personas de todo el país. Nunca fueron más de seis mil; formaban lo que se llamaba *una jaburá* o hermandad. Se ingresaba en esa hermandad comprometiéndose delante de tres testigos a consagrar su vida al cumplimiento de todos los detalles de la ley tradicional.

¿Qué quería decir eso? Para los judíos, la Ley era la cosa más sagrada del mundo. La Ley eran los cinco primeros libros del Antiguo Testamento. Creían que era la perfecta Palabra de Dios. El añadirle o sustraerle una sola palabra era pecado mortal. Ahora bien: si la Ley era la Palabra completa y perfecta de Dios, eso quería decir que contenía todo lo que una persona necesitaba saber para vivir una vida buena, si no explícitamente, por lo menos implícitamente. Si no todo sé encontraba en ella con todas las letras, tenía que ser posible deducirlo. La Ley tal como se encontraba consistía en un conjunto de grandes principios, amplios y nobles, que cada uno tenía que aplicar a su vida. Pero para los judíos posteriores eso no era suficiente. Decían: « La Ley es completa; contiene todo lo necesario para vivir una vida buena; por tanto, en la Ley tiene que haber una regla que gobierne cualquier incidente posible de cualquier momento posible para cualquier persona posible.» Así es que se dedicaron a extraer de cada principio de la Ley un número incalculable de reglas y. normas para gobernar cualquier situación imaginable de la vida. En otras palabras: cambiaron la Ley de los grandes principios en un legalismo de reglas adicionales interminables.

El mejor ejemplo de lo que hacían se ve en la ley del sábado.
En la Biblia se nos dice sencillamente que hemos de acordarnos del sábado para mantenerlo corno un día santo y no hacer en él ningún trabajo, ni uno mismo ni sus criados y animales. No contentos con eso, los judíos de tiempos posteriores se dedicaron hora tras hora y generación tras generación a definir lo que es un trabajo y a hacer la lista de todas las cosas que se pueden o no se pueden hacer en sábado. *La Misná* es la codificación de la ley tradicional. Los escribas se pasaban la vida deduciendo estas reglas y normas. En la Misná, la sección acerca del sábado ocupa no menos de veinticuatro capítulos. *El Talmud* es el comentario de la Misná, y en el Talmud de Jerusalén la sección dedicada a las leyes del sábado ocupa sesenta y cuatro columnas y media; y en el Talmud de Babilonia, ciento cincuenta y seis páginas de doble folio. Y se nos dice que un rabino pasó dos años y medio estudiando, uno de los veinticuatro capítulos de la Misná sobre el sábado:

La clase de cosa que hacían era algo así: Atar un nudo en sábado era hacer un trabajo; pero había que definir qué era un nudo. «Los siguientes son los nudos que es pecado hacer: el nudo de los conductores de camellos y el de los marineros; y tan pecado es si se atan como si se desatan.» Por otra parte, los nudos que se pueden atar y desatar con una sola mano estaban permitidos. Además, «una mujer puede atarse la abertura de la enagua y las cintas de la cofia o de la faja, las correas de los zapatos o. sandalias y de los pellejos del vino o del aceite.» Ahora veamos lo que sucedía: Supongamos que un hombre quería bajar, al pozo el cubo para sacar agua el sábado; no podía atarle la. cuerda, porque era ilegal hacer un nudo en una cuerda el sábado; pero lo podía atar al cinturón de su mujer para bajarlo, porque el nudo del cinturón sí era legal. Esas eran cosas de vida o muerte para los escribas y fariseos; eso era la religión, la manera de servir y agradar a Dios.

Tomemos el ejemplo de viajar en sábado. Éxodo *16:29* dice: «Estese, pues, cada uno en su lugar, y nadie salga de él en el séptimo día.» Así que lo que se podía viajar el sábado se limitaba a dos mil codos, es decir, algo menos de un kilómetro.
Pero, si se ataba una cuerda de lado a lado al final de una calle, toda la calle se consideraba la casa de uno, y se podía recorrer el kilómetro a partir de la cuerda. O, si se depositaban alimentos suficientes para una comida el viernes antes de la puesta del sol, que era cuando empezaba el sábado, en algún lugar, ése se convertía técnicamente en la casa de esa persona, que podía contar desde allí la distancia que podía recorrer en sábado. Las reglas y reglamentos y las exenciones se amontonaban hasta el infinito.

Tomemos el ejemplo de llevar una carga. Jeremías 17:2124 decía: «Guardaos por vuestra vida de llevar carga en el día de reposo.» Entonces había que definir lo que era una carga; y se decía que era «comida comparable a un higo seco, el vino necesario para mezclarlo en una copa, un sorbo de leche, la miel que se pondría en una herida, el aceite necesario para ungir un miembro pequeño, el agua necesaria para disolver un colirio,» etc., etc. Así que se tenía que decidir si una mujer Podía llevar un broche en sábado o no, si se podía llevar una pierna o una dentadura postiza, o si eso sería llevar una carga. ¿Se podía levantar una silla, o llevar en brazos a un niño? Y así se prolongaban indefinidamente las discusiones y las disposiciones.

Los escribas eran los que deducían todas estas reglas, y los *fariseos,* los que dedicaban la vida a cumplirlas. Está claro que, por muy equivoco que estuviera un hombre, tenía que tomarlo muy en serio para proponerse obedecer cada una de todos esos millares de reglas: Yeso era precisamente lo que hacían los fariseos. El nombre de *fariseos* quería decir *separado, un hombre aparte; y los* fariseos eran los que se separaban de la vida ordinaria para observar todos los detalles de la ley de los escribas.

Nicodemo era fariseo, y es sorprendente que quisiera hablar con Jesús un hombre: que tenía esa idea de la bondad y que estaba entregado a esa clase de vida porque estaba convencido de que era la manera de agradar a Dios.

(iii) Nicodemo era uno de los gobernadores de los judíos.
La palabra es arjón. Esto quiere decir que eran un miembro el sanedrín, que era el tribunal supremo de los judíos que estaba formado por setenta miembros. Por supuesto que, bajo el dominio romano; sus poderes estaban muy limitados;

pero seguían siendo considerables. En particular, el sanedrín tenía jurisdicción religiosa sobre todos los judíos del mundo, y uno de sus deberes era examinar y dictaminar en el caso de que surgiera un falso profeta. Así que resulta todavía más sorprendente el que Nicodemo quisiera hablar con Jesús.

(iv) Es posible que Nicodemo perteneciera a una familia judía distinguida. Allá por el año 63 a.C., cuando los romanos y los judíos habían estado en guerra, el líder judío Aristóbulo envió a un cierto Nicodemo como embajador al emperador romano Pompeyo. Mucho más tarde, en los terribles últimos días de Jerusalén, el que negoció la rendición de la guarnición fue un cierto Gorión, hijo de Nicomedes o Nicodemo. Puede que estos dos personajes históricos pertenecieran a la misma familia de nuestro Nicodemo, y que la suya fuera una de las familias más distinguidas de Jerusalén. -Si era así, es verdaderamente maravilloso que este aristócrata - judío viniera a hablarle de su alma a este profeta ambulante que no había sido más que un carpintero en Nazaret.

Fue por la noche cuando vino Nicodemo a Jesús, lo que puede haber sido por una de dos razones.

«),Puede que fuera por precaución: Puede que Nicodemo no estuviera dispuesto a comprometerse viniendo a Jesús de día. No le podemos condenar por eso. Bastante sorprendente es ya que un hombre de su categoría viniera a Jesús, como y cuando fuera. Era infinitamente mejor venir de noche que no venir. Fue un milagro de la gracia de Dios el que Nicodemo venciera sus prejuicios y principios y sentido de la vida lo suficiente como para venir a Jesús.

(ii) Pero puede que fuera por otra razón. Los rabinos decían que la mejor hora para estudiar la Ley era por la noche, cuando no se presentaban distracciones. Durante el día Jesús estaba siempre rodeado de gente. Puede ser que Nicodemo viniera a Jesús por la noche porque quería hablar a solas y sin interrupciones con Él.

Nicodemo era un hombre con inquietudes, con muchos honores pero con un gran vacío en su vida. Vino a hablar con Jesús a ver si encontraba la luz en las tinieblas de la noche.

EL QUE VINO A JESÚS DE NOCHE

Juan 3:1•6 (continuación)

Cuando Juan nos relata las conversaciones que tuvo Jesús con algunas personas, sigue un cierto esquema. Aquí lo vemos muy claro. El interlocutor dice algo (versículo 2). Jesús contesta de una forma que resulta difícil de entender (versículo 3). El interlocutor lo toma en otro sentido (versículo 4). Jesús se lo dice de otra manera que es todavía más difícil de entender (versículo 5). Y sigue a continuación una exposición e interpretación. Juan usa este método para que veamos cómo llegaban las personas a comprender por sí mismas, y para que nosotros hagamos lo mismo.

Cuando Nicodemo se encontró a solas con Jesús Le dijo que nadie podía por menos de sentirse impresionado con las señales y milagros que realizaba Jesús. Jesús le contestó que lo realmente importante no eran las señales y los milagros, sino el cambio radical en la vida de una persona, que sólo se podría describir como un nuevo nacimiento.

Cuando Jesús dijo que es necesario *nacer de nuevo* Nicodemo no Le entendió, y su confusión procedía del hecho de que la palabra que la versión *Reina-Valera* traduce por *de nuevo,* en griego *anóthen,* tiene tres sentidos diferentes. (i) Puede querer decir *desde el principio, totalmente, de arriba a abajo. (ii)* Puede querer decir *de nuevo, otra vez,* en el sentido de *por segunda vez. (iii)* Puede querer decir *de arriba, y,* por tanto, *de Dios.* No nos es posible indicar todos esos sentidos en una sola palabra española; pero los tres están incluidos en la frase ***nacer de nuevo***. Nacer de nuevo es experimentar un cambio tan radical que es como un nuevo nacimiento; es que le pase a uno en el alma algo que sólo se puede describir como nacer totalmente de nuevas otra vez; y ese proceso no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la gracia y el poder de Dios.

Cuando leemos este pasaje nos parece que Nicodemo entendió la palabra *de nuevo* solamente en el segundo sentido, es decir, en el más literal. ¿Cómo puede uno que ya es mayor, dijo, meterse otra vez en el seno materno y nacer por segunda vez? Pero la reacción de Nicodemo no era tan simple. Había una gran ansia insatisfecha en su corazón; y es como si dijera, con un anhelo sincero y profundo: < Tú hablas de nacer de nuevo, de ese cambio radical y fundamental que necesitamos. Yo sé que es *necesario;* pero, en mi experiencia, es *imposible.* No hay nada que yo desee más que eso; pero es como si me dijeras a mí, un hombre hecho y derecho, que me meta en el vientre de mi madre y nazca otra vez.> No ponía en duda el que tal cambio fuera *deseable,* eso lo sabía y reconocía Nicodemo demasiado bien, sino que fuera *posible.* Nicodemo se enfrentaba con el eterno problema del que quiere cambiar, pero no puede cambiarse a sí mismo.

Esta frase *nacer de nuevo o renacer* recorre todo el Nuevo Testamento. Pedro habla de renacer por la gran misericordia de Dios (1 *Pedro 1:3); y también* de renacer, no de simiente corruptible, sino incorruptible (1 *Pedro 1:23).* Santiago nos dice que Dios nos hizo renacer por la Palabra de verdad *(Santiago 1:18).* En la *Carta a Tito* se nos habla del lavamiento de la regeneración *(3: S).* Algunas veces se expresa esta misma idea como una muerte seguida de una resurrección o recreación. Pablo dice que los cristianos hemos muerto con Cristo y resucitado a una nueva vida *(Romanos 6:1-11). Y* habla de los que se han convertido hace poco como *bebés en Cristo (1 Corintios 3:1-2). El* que una persona esté en Cristo, es decir, sea cristiana es como si hubiera sido *creada* totalmente de nuevo (2 *Corintios 5:17).* Una nueva creación tiene lugar en Cristo (Gálatas 6:15).

Nuevas personas son creadas según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 2:24). El que está dando los primeros pasos en Cristo es un niño (Hebreos 5:12-14). Esta idea del nuevo nacimiento o de la nuevas creación aparece en todo el Nuevo Testamento. Ahora bien, esta idea no les sonaría extraña en absoluto a los primeros lectores del Nuevo Testamento. Los judíos la usaban al hablar de los que procedían del paganismo y aceptaban el judaísmo mediante la oración, el sacrificio, el bautismo y la circuncisión: eran nacidos de nuevo. « El prosélito que abraza el judaísmo -decían los rabinos- es como un niño, recién nacido.» Tan radical era el cambio que todos los pecados que hubiera cometido antes se le habían perdonado, por que ahora era una persona diferente. En teoría se afirmaban aunque es de esperar que no se llevara nunca a cabo, que tal hombre se podía casar con su madre o con su hermana, porque todos sus lazos familiares anteriores quedaban anulados. Los judíos hablaban del nuevo nacimiento.

Los griegos también conocían muy bien esa idea. Las religiones más reales de los griegos de entonces eran los misterios. Esas religiones se basaban en el mito de algún dios que sufría, moría y resucitaba. Se hacían representaciones de su pasión. Los iniciados pasaban por un largo período de preparación, instrucción, ascetismo y ayuno. Entonces se representaba el drama con una música y un ritual impresionantes, incienso y todo lo que pudiera influir en las emociones. En la representación, el que tomaba parte en aquella forma de culto se identificaba con el dios de tal manera que pasaba por los mismos sufrimientos y compartía el triunfo y la vida divina del dios. Las religiones místéricas ofrecían una unión mística con algún dios. Cuando se experimentaba aquella unión, el iniciado era, en el lenguaje de los misterios, *un nacido* de nuevo. Los misterios herméticos tenían como parte de sus creencias básicas que « No puede haber salvación sin regeneración.» Apuleyo, que se sometió a la iniciación, dijo que había pasado por «una muerte voluntaria,» y que mediante ella había alcanzado < su nuevo nacimiento espiritual,» y era «como nacido de nuevo.» Muchos de los ritos de iniciación de los misterios tenían lugar a medianoche, cuando muero y renace el día. En los misterios frigios, al iniciado, después de su iniciación, le daban leche, como si fuera un niño recién nacido.

El mundo antiguo conocía muy bien la idea del renacimiento y la regeneración. Lo anhelaba y buscaba por todas partes. La más famosa de todas las ceremonias misteriosas era el taurobolium. El candidato se metía en un pozo, que se cubría con una rejilla. Sobre esta se degollaba un toro, cuya sangre bañaba al iniciado; y cuando salía del pozo era renatus in aeternum, renacido para la eternidad. El Cristianismo trajo precisamente lo que todo el mundo estaba buscando.

¿Qué quiere decir para nosotros el nuevo nacimiento? En el Nuevo Testamento, y especialmente en el Cuarto Evangelio, hay cuatro ideas íntimamente relacionadas: el nuevo nacimiento; el Reino del Cielo, en el que nadie puede entrar a menos que nazca de nuevo; llegar a ser hijos de Dios, y la vida eterna. La idea del nuevo nacimiento no es exclusiva del pensamiento del Cuarto Evangelio. En Mateo encontramos la misma gran verdad expresada aún más sencilla y gráficamente: «Si no os volvéis y os hacéis como niños no entraréis en el Reino del Cielo» (18:3). Estas ideas encierran la misma verdad.

NACER DE NUEVO

Juan 3:1-6 (conclusión)

Vamos a empezar por El Reino del Cielo. ¿Qué quiere decir? Su mejor definición la encontramos en la Oración Dominical, que contiene dos peticiones paralelas:

> Venga Tu Reino, Hágase Tu voluntad, como en el Cielo, así también en la Tierra.

Es característico del estilo hebreo el decir las cosas de dos maneras algo diferentes, la segunda de las cuales explica y amplía la primera. En los *Salmos* encontramos innumerables ejemplos de esta forma poética que se conoce técnicamente *como paralelismo:*

Dios es nuestro amparo y fortaleza,
Nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.

Por tanto, no temeremos aunque la tierra sea removida,
Y se traspasen los montes al corazón del mar;

Aunque bramen y borboteen sus aguas,
Y tiemblen los montes a causa de su ímpetu.

Jehová de las ejércitos está con nosotros;
Nuestro refugio es el Dios de Jacob (Salmo 46:1-3, 7).

Lávame más y más de mi maldad,
Y límpiame de mi pecado (Salmo 51:2).

En lugares de delicados pastos me hará descansar;
Junto a aguas de reposo me pastoreará (Salmo 23:2).

Apliquemos ese principio a las dos peticiones de la Oración Dominical: la segunda completa y explica la primera, y así llegamos a la definición del *Reino del Cielo como una sociedad en la que la voluntad de Dios se hace en la Tierra tan perfectamente como en el Cielo.* Estar en el Reino del Cielo es, por tanto, llevar una vida en la que lo sometemos todo voluntariamente a la voluntad de Dios; es haber llegado a una situación en la que aceptamos la voluntad de Dios de una manera perfecta y completa.

Ahora vamos a fijarnos en *la condición de hijos.* En un sentido, es un *privilegio* tremendo. A los que creen se les concede el derecho de llegar a ser hijos de Dios *(Juan 1:12).*
Pero es de la misma esencia de la condición de hijos *la obediencia. «Si* Me amáis, *guardad mis mandamientos.» «El que* tiene Mis mandamientos, y los *guarda,* ése es el que me ama...> *(Juan 14:15 y 21ss).* La esencia de la condición de hijos es el amor, y la esencia del amor es la obediencia. No podemos ser sinceros si decimos que amamos a una .persona y hacemos cosas que hieren y entristecen su corazón. Ser hijos es un privilegio del que se participa solamente cuando se rinde una obediencia .perfecta. Así pues, ser hijos de Dios y estar en el Reino de Dios son la misma cosa.. Los hijos de Dios y los ciudadanos de Su Reino son las personas que han aceptado completa y libremente la voluntad de Dios.

Ahora fijémonos en la *vida eterna.* Es mejor llamarla *eterna* que *perdurable.* Lo principal de la vida eterna no es simplemente una cuestión de duración. Está claro que una vida que se prolongara indefinidamente podría ser un infierno lo mismo que un cielo. La idea que subyace en la vida eterna es la de una cierta calidad de vida. ¿Cuál? Hay sólo Uno al Que se le puede aplicar este adjetivo *eterno (aiónios),* y es Dios. La vida eterna es la clase de vida que vive Dios, la vida de Dios. El entrar en la vida eterna es llegar a participar de la clase de vida que es la vida de Dios. Es estar por encima de todo lo meramente humano y pasajero, y entrar en el gozo y la paz que pertenecen solamente a Dios. Está claro que no se puede entrar en esa íntima comunión con Dios a menos que Le ofrezcamos el amor, la devoción y la obediencia que Le son debidos y que nos introducen en ella.

Aquí tenemos, pues, tres grandes concepciones gemelas: entrar en el Reino del Cielo, llegar a ser hijos de Dios y participar de la vida eterna; y las tres dependen y son productos de la obediencia perfecta a la voluntad de Dios. Aquí es donde se introduce la idea del *nuevo nacimiento:* es lo que enlaza y armoniza estas tres concepciones. Está claro que, tal como somos y dependiendo de nuestras fuerzas somos absolutamente incapaces de rendir a Dios esa perfecta obediencia; sólo cuando la gracia de Dios llega a tomar posesión de nosotros y nos cambia podemos darle a Dios la reverencia y la devoción que Le debemos. Nacemos de nuevo por medio de Jesucristo; es cuando Le entregamos nuestros corazones y vidas cuando se produce el cambio:

Cuando eso sucede, nacemos *de agua y del Espíritu. **Aquí*** hay dos ideas. El agua es el símbolo de la limpieza. Cuando Jesús toma posesión de nuestras vidas, cuando Le amamos con todo nuestro corazón, nuestros pecados pasados son perdonados y olvidados. El *Espíritu* es el símbolo del *poder.* Cuando Jesús toma posesión de nuestras vidas, no es sólo que nuestros pecados pasados son perdonados y olvidados; si eso fuera todo, podríamos volver otra vez a arruinar la vida, pero entra en ella un nuevo poder que nos permite ser lo que por nosotros mismos no podríamos ser, y hacer lo que por nosotros mismos no podríamos hacer. El agua y el Espíritu representan la limpieza y la fortaleza del poder de Cristo que borra el pasado y da la victoria en el futuro.

Por último, en este pasaje Juan establece una gran ley. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu. La persona humana no es nada más que carne, y sus posibilidades se limitan a las de la carne. Por sí misma no puede salir de la frustración y del fracaso; eso lo sabemos muy bien, es el hecho universal de la experiencia humana. Pero la esencia misma del Espíritu es un poder y una vida que están por encima de la vida y el poder humanos, y cuando el Espíritu toma posesión de nosotros, la vida derrotada de nuestra naturaleza humana se transforma en la vida victoriosa de Dios.

Nacer de nuevo es experimentar un cambio tan total que sólo se puede describir como re-nacimiento o re-creación. Este cambio se produce cuando amamos a Jesús y Le dejamos entrar en nuestro corazón. Entonces se nos perdona el pasado y el Espíritu nos capacita para el futuro; entonces podemos aceptar la voluntad de Dios de veras. Y entonces llegamos a ser ciudadanos del Reino del Cielo, e hijos de Dios, y a entrar en la vida eterna, que es la vida misma de Dios.

LA OBLIGACIÓN DE SABER

Y EL DERECHO DE .HABLAR

Juan 3:7-13

No te sorprendas porque te he .dicho «Tenéis que renacer de arriba..» El viento sopla por doquier, y oyes su silbido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu.

-¿Cómo pueden suceder esas cosas? -Le preguntó Nicodemo. Y Jesús le contestó:

-¿Y. tú eres el que todos consideran el maestro de Israel y no lo entiendes? Lo que te digo es la pura verdad: Hablamos de lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto... y no recibís nuestro testimonio. Si os digo cosas terrenales y no me creéis, ¿cómo me ibais a creer si os dijera las celestiales?

Nadie ha subido al Cielo más que el Que bajó del Cielo el Hijo del Hombre, que está en el Cielo.

El no comprender puede ser por varias razones. Puede ser porque no se ha llegado al nivel de experiencia y de conocimientos necesarios para poder captar la verdad. «El que no sabe es como el que no ve», decimos. Si alguien se encuentra en esa situación, nuestro deber es hacer todo lo posible para explicarle las cosas, para que pueda captar el conocimiento que se le ofrece. Pero hay veces que no se entiende porque no se quiere entender: « No hay peor ciego que el que se niega a ver.» Una persona puede cerrar la mente aposta a una verdad que no quiere reconocer o aceptar.

¿Era así Nicodemo? La enseñanza acerca del nuevo nacimiento que procede de Dios no debería haberle parecido extraña. Ezequiel, por ejemplo, había hablado repetidas veces del corazón nuevo que ha de ser creado en los seres humanos: «Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo.
¿Por qué moriréis; casa de Israel?» *(Ezequiel 18:31). «Os* daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros» *(Ezequiel 36:26).* Nicodemo era un experto en la Sagrada Escritura, y los profetas habían escrito mucho acerca de la experiencia de la que estaba hablándole Jesús. Si una persona no quiere renacer, le resultará incomprensible lo que quiere decir el nuevo nacimiento. Si uno no quiere cambiar, le cerrará voluntariamente los ojos y la mente y el corazón al poder que le puede cambiar. En última instancia, lo que pasa con tantos de nosotros es sencillamente que, cuando viene Jesús a ofrecerse a cambiarnos y recrearnos, Le decimos más o menos: « No, gracias; estoy perfectamente así, y no quiero cambiar.»

Nicodemo tuvo que replegarse otra vez a la defensiva. Lo que dijo era algo así como: «Ese renacimiento del que estás hablando puede que no sea imposible, pero no puedo entender cómo funciona.» La punta de la contestación de Jesús está en que la palabra griega para *espíritu, pneuma,* también quiere decir *viento:* Lo mismo sucede con la palabra hebrea *rúaj,* que también quiere decir *espíritu y viento.* Así es que Jesús le dijo a Nicodemo: « Tú puedes oír y sentir *el viento (pneuma);* pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Puede que no entiendas cómo y por qué sopla el viento, pero puedes sentirlo. Puede que no entiendas de dónde viene la tempestad ni adónde va, pero puedes observar sus efectos en las nubes y los árboles. Hay muchas cosas del viento que no puedes entender, pero sus efectos están a la vista.» Y prosiguió: «El *Espíritu (Pneuma)* es exactamente lo mismo. Puede que no sepas cómo obra; pero puedes ver Sus efectos en las vidas humanas.»

Jesús decía: «Esto no es nada teórico. Hablamos de lo que hemos visto de hecho. Podemos señalar a muchas personas que han nacido de nuevo por el poder del Espíritu.» El doctor John Hutton solía citar el caso de un obrero que había sido un borracho empedernido y se había convertido. Sus compañeros hicieron todo lo posible por ridiculizarle. « No nos dirás que puedes creer en los milagros y en cosas por el estilo -le decían-. Por ejemplo, que Jesús convirtió el agua en vino».
«No sé si convirtió el agua en vino cuando estaba en Palestina -contesto--; pero sé que en mi casa ha convertido el alcohol en muebles y ropa y comida sana.»

Hay un montón de cosas en este mundo que usamos todos los días sin saber cómo funcionan. Son los menos entre nosotros los que saben cómo funcionan la electricidad, la radio, la televisión y hasta el coche, entre otras muchas cosas; pero no por eso decimos que no existen. Muchos de nosotros usamos un coche aunque no tenemos más que una ligerísima idea de lo que pasa debajo del capó; aunque no entendemos del todo cómo funciona, eso no nos impide usarlo y disfrutar de todas sus ventajas. Puede que no entendamos cómo obra el Espíritu, pero Su efecto en las vidas de las personas está a la vista de todo el .mundo. El argumento incontestable a favor del Evangelio son las vidas cambiadas de los que lo han aceptado. Nadie debiera descartar una fe que es capaz de hacer que los malos se hagan buenos.

Jesús dijo a Nicodemo: « He tratado de ponértelo fácil. He usado ejemplos humanos sencillos tomados de la vida diaria, y no has entendido. ¿Cómo esperas entender las cosas profundas si hasta las más sencillas te resultan incomprensibles?»

Hay aquí una seria advertencia para todos nosotros. Es fácil tomar parte en grupos de discusión, ponerse a estudiar y a leer libros, a discutir intelectualmente el Cristianismo; pero lo esencial es experimentar el poder del Evangelio. Es verdad que es importante tener una comprensión intelectual del orbe de la verdad cristiana; pero es mucho más importante tener una experiencia vital del poder de Jesucristo. Cuando un paciente está bajo tratamiento médico, o tiene que ser operado, o se le recetan ciertas medicinas, no tiene necesidad de conocer todo el orbe de la anatomía, ni cómo actúan la anestesia o los fármacos en su cuerpo para recuperar la salud. El noventa y nueve por ciento de los pacientes experimentan la curación sin ser capaces de

decir cómo se realizó. En un sentido, el Evangelio actúa así. Encierra un misterio, pero no porque desafía a la comprensión intelectual; es el misterio de la redención.

Al leer el Cuarto Evangelio resulta difícil saber cuándo terminan las palabras de Jesús y empiezan las del evangelista. Juan ha pasado tanto tiempo pensando en las palabras de Jesús que pasa imperceptiblemente de ellas a sus propios pensamientos acerca de ellas. Es casi seguro que las últimas palabras de este pasaje son de Juan. Es como. si alguien preguntara: «¿Qué derecho tiene Jesús a decir esto? ¿Cómo podemos estar seguros de que es cierto?» .La respuesta de Juan es sencilla y terminante: «Jesús -dice- descendió del Cielo para comunicamos la verdad de Dios. Y, después. de compartir la. vida de la humanidad y morir por ella; volvió a ‚Su gloria.» Juan aseguraba que Jesús tenía derecho a hablar así porque conocía personalmente a Dios, porque había venido directamente del Cielo a la Tierra y porque lo que Él decía no era sino la verdad de Dios, porque .Jesús era y es la encarnación de la Mente de Dios.

EL CRISTO ELEVADO

Juan 3:14-15

> *Y de la misma manera que .Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, así es menester que levanten al Hijo del Hombre; para que todos los que crean en Él puedan tener la vida eterna.*

Juan recuerda una historia extraña del Antiguo Testamento que se encuentra, en *Números 21:4-9.* En su viaje por el desierto, los israelitas murmuraron y se quejaron y se lamentaron de haber salido de Egipto. Para castigarlos, Dios envió una plaga mortal de serpientes venenosas; el pueblo se arrepintió y pidió misericordia. Dios le dijo a Moisés que hiciera la imagen de una serpiente y la pusiera en alto en medio del campamento, y los que miraran a la serpiente se curarían.

Aquella historia impresionó vivamente a los israelitas. En

tiempos posteriores aquella imagen de la serpiente se convirtió en un ídolo, y tuvieron que destruirla en tiempo del rey Ezequías, porque la gente había empezado a darle culto *(2 Reyes 18:4).* A los mismos judíos les alucinaba este incidente, porque tenían absolutamente prohibido el hacer imágenes. Los rabinos lo explicaban diciendo: «No era la serpiente de bronce lo que daba la vida. Cuando Moisés la puso en alto, los moribundos pusieron su confianza en el Que le había mandado a Moisés que lo hiciera. Era Dios mismo el Que los sanaba.» El poder sanador no estaba en la serpiente; esta, no era más que un objeto que les hacía volver el pensamiento a Dios; y, cuando lo hacían, se ponían buenos.

Juan tomó aquella vieja historia y la usó como una parábola profética de lo que había de suceder con Jesús. Dijo: «Pusieron en alto la serpiente; los moribundos la miraban; su pensamiento volvía a Dios, y por el poder de aquel Dios en Quien ponían su confianza se curaban. Así es como era necesario que Jesús fuera levantado: para que, cuando los que estamos heridos por el pecado volvamos a El nuestro pensamiento y creamos en El, encontremos la vida eterna.»

Hay aquí un detalle maravillosamente sugestivo. El verbo *levantar es hypsún. Lo* curioso es que se usa de Jesús en un doble sentido: en el de *ser levantado en la Cruz,* y en el de *ser elevado a la gloria* cuando ascendió al Cielo. Se usa de la Cruz en *Juan 8:28; 12:32; y se* usa de la Ascensión de Jesús al Cielo en *Hechos 2:33; 5:31; Filipenses 2:9.* Hubo una doble elevación de Jesús cuando acabó Su vida en la Tierra: fue levantado en la Cruz, y fue elevado a la gloria; y las. dos están insepar4blemente relacionadas: ninguna podría haber sucedido sin la otra. Para Jesús la Cruz era el camino a la gloria. Si la hubiera evadido o evitado, como podría haber hecho fácilmente, no habría sido glorificado. Y lo mismo nos sucede a nosotros. Podemos, si queremos, escoger el camino fácil; podemos, si queremos, evitar la cruz que nos corresponde a todos los cristianos; pero si lo hacemos, perdemos la gloria. Es una inquebrantable ley de vida que sin cruz no hay corona.

En este pasaje hay dos expresiones con cuyo sentido nos tenemos que enfrentar. No nos será posible extraerlo en su totalidad, porque es más del que nunca podremos descubrir; pero debemos tratar de captar lo más posible.

(i) Está la frase que se refiere a *creer en Jesús.* Quiere decir por lo menos tres cosas.

(a) Quiere decir creer con todo nuestro corazón que Dios es como Jesús nos ha revelado que es. Quiere decir que Dios nos ama, se preocupa de nosotros y que lo que quiere hacer con nuestros pecados es perdonárnoslos. No era fácil para los judíos el creer eso. Veían a Dios como Alguien que les imponía Sus leyes y que los castigaba si las quebrantaban. Veían a Dios como el Juez, y a las personas como reos de muerte. Veían a Dios como Uno que exige sacrificios y ofrendas; para llegar a Su presencia había que pagar un precio inasequible. Era difícil pensar en Dios, no como un Juez dispuesto a imponer el castigo, ni como el capataz que exige una tarea irrealizable, sino como -el Padre que nada anhela más que el que Sus hijos rebeldes vuelvan a casa: Costó la vida y la muerte de Jesús el decírnoslo. No podemos empezar a ser cristianos hasta que nuestro -corazón crea esta-Buena Noticia. .

(b). ¿Cómo podemos estar seguros de que Jesús sabía lo que estaba diciendo? ¿Qué garantía se nos ofrece de que es cierta una Noticia tan maravillosa? Aquí llegamos al segundo artículo de nuestra fe. Tenemos que creer que Jesús es el Hijo de Dios, que, en Él está la Mente de Dios, que Él conocía a Dios tan bien y estaba tan cerca de Él y era una sola cosa con Él, que nos puede revelar plenamente la verdad acercó de Dios.

(c) Pero el creer tiene un tercer elemento. .Creernos que Dios es un Padre amante porque creemos que Jesús es el. Hijo de Dios y que por tanto lo que nos dice acerca de Dios es verdad. Entonces aparece e1 tercer elemento: Tenemos que jugarnos el todo por el todo a que lo que Jesús nos dice es la verdad. Tenemos que hacer todo lo que Él nos dice; tenemos que obedecer todo lo que Él nos manda. Cuando Él nos dice que tenemos que rendirnos incondicionalmente a la miseriordia de Dios, lo tenemos que hacer. Tenemos que tomarle la palabra a Jesús. Hasta la cosa más insignificante de la vida se ha de hacer en obediencia incondicional a Él.

Así es que creer en Jesús tiene tres elementos: Creer que Dios es nuestro Padre amante; creer que Jesús es el Hijo .de Dios y por tanto nos dice la verdad acerca de Dios y de la vida, y obedecer incondicionalmente a Jesús.

(ii) La segunda gran expresión es *la vida eterna.* Ya hemos visto que la vida eterna es la misma vida de Dios mismo. Pero preguntémonos lo siguiente: Si tenemos la vida eterna, ¿qué es lo que tenemos? ¿Qué es eso de entrar en la vida eterna? Tener la vida eterna es algo que envuelve en paz todas las relaciones de la vida.

(a) Nos da la paz con Dios. Ya no estamos arrastrándonos servilmente ante un tirano, o tratando de escondernos de un juez implacable: estamos en casa con nuestro Padre:

(b) Nos da la paz con nuestros semejantes. Si hemos,sido perdonados tenemos que ser perdonadores. Esto nos permite ver a las personas como Dios las ve. Nos hace miembros de una gran familia unida en amor: .

(c) Nos da la paz con la vida. Si Dios es Padre, Dios dirige todas las cosas para bien. Lessing solía decir que si se le permitiera hacerle una pregunta a la esfinge que lo sabía todo sería: < ¿Es este un universo amigable?» Cuando creemos en Dios como Padre también creemos que Su mano paternal no causará jamás a Sus hijos lágrimas innecesarias. Puede que no entendamos del todo la vida, pero no viviremos sumidos en el resentimiento nunca más.

(d) Nos da la paz con nosotros mismos: En último análisis nos tenemos más miedo a nosotros mismos que a nada más. Conocemos nuestros puntos flacos; conocemos la fuerza de las tentaciones; conocemos nuestras. obligaciones y las exigencias de nuestra propia vida. Pero ahora sabemos que nos enfrentamos con todo con Dios. No vivimos solos, sino Cristo vive en nosotros. Hay una paz que tiene su cimiento en una fuerza suficiente para vivir: la de Cristo.

(e) Nos da la seguridad de que la paz más profunda de esta vida no es más que una sombra de la paz por venir. Nos da una esperanza y una meta hacia la que nos dirigimos. Nos da una vida gloriosamente maravillosa ya aquí y, sin embargo, al mismo tiempo, una vida en la que lo mejor está por venir.

EL AMOR DE DIOS

Juan 3:16

> *Porque Dios amó al mundo hasta tal punto que dio a Su Hijo único para que todos los que crean en Él no se pierdan, sino tengan la vida eterna.*

Todos los grandes hombres han tenido un versículo preferido; pero éste se ha llamado «el versículo de todo el rriundo». Para todo corazón humilde, aquí está la quintaesencia del Evangelio. Este versículo contiene varias grandes verdades.

(i) Nos dice que la iniciativa de la Salvación pertenece a Dios. Algunas veces se presenta el Evangelio como si se hubiera tenido que pacificar a Dios y persuadirle para que perdonara. A veces se presenta a Dios como inflexible y justiciero, y a Jesús manso, amoroso y perdonador. A veces se predica el Evangelio como si Jesús hubiera hecho algo para que se alterara la actitud de Dios hacia la humanidad, para que Se viera obligado a cambiar la sentencia condenatoria por la del perdón. Pero este versículo nos dice que todo empezó en Dios. Fue Dios el Que envió a Su Hijo porque amaba hasta tal punto a la humanidad entera. No habría Evangelio ni Salvación si no fuera por el Amor de Dios.

(ii) Nos dice que el manantial de la vida de Dios es el Amor. Se podría predicar una religión en la que Dios contemplara a la humanidad sumida en la ignorancia, la indigencia y la maldad, y dijera: « ¡Voy a domarlos: los disciplinaré y castigaré a ver si aprenden!» O se podría pensar que Dios está buscando la sumisión de la humanidad para satisfacer Su deseo de poder y para tener un universo completamente sometido. Pero lo tremendo de este versículo es que nos presenta a Dios actuando, no en provecho propio, sino nuestro; no para satisfacer Su deseo de poder ni para avasallar al- universo, sino movido por Su amor. Dios no es un monarca absolutista que tratara a las personas solamente como súbditos obligados a la más absoluta obediencia, sino un Padre que no puede ser feliz hasta que Sus hijos desagradecidos y rebeldes vuelvan al hogar. Dios no azota a la humanidad para que se Le someta, sino la anhela y soporta para ganar su amor.

(iii) Nos habla de la amplitud del amor de Dios. Dios amó y ama. al *mundo.* No sólo a una nación, ni a los buenos, ni a los que Le aman a Él, sino al mundo entero: Los *inamables,* los que no tienen nadie que los ame, los que aman a Dios y los que ni

se acuerdan de El, los que descansan en el amor de Dios y los que lo desprecian... Todos están incluidos en el amor universal de -Dios. Como dijo Agustín de Hipona, «Dios nos ama a cada uno de nosotros como si no hubiera más que uno a quien amar. Y así, a todos.»

EL AMOR Y EL JUICIO

Juan 3:17-21

> *Porque Dios no envió a Su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que fuera el medio de su salvación. El que cree en el Hijo no se condena, pero el que no cree sigue en la condenación. La razón de esta condenación es que la Luz ha venido al mundo, y la gente prefirió la oscuridad ala Luz porque sus obras eran malas. Todos los que hacen cosas condenables aborrecen la Luz, y no vienen a ella porque sus obras están sentenciadas. Pero los que ponen la verdad en acción vienen a la Luz para que todos puedan ver sus obras, porque las hacen de acuerdo con Dios.*

Aquí nos enfrentamos con una de las aparentes paradojas del Cuarto Evangelio, la del amor y el juicio: Acabamos de meditar sobre el Amor de Dios, y ahora, de pronto, nos encontramos frente a la idea del juicio y la condenación. Juan acaba de decir que fue porque Dios amaba al mundo de tal manera por lo que mandó a Su Hijo al mundo. Más adelante nos presentará a Jesús diciendo: «Para juicio he venido Yo a este mundo» (Juan 9:39). ¿Cómo es posible que sean verdad las dos cosas?

Es totalmente posible ofrecerle a una persona una experiencia nada más que por amor, y que esa experiencia provoque su juicio. Es totalmente posible ofrecerle a una persona una experiencia que no se pretende que produzca nada más que alegría y bendición, y sin embargo se convierta en un juicio. Supongamos que amamos la buena música y nos sentimos más cerca de Dios en medio de la marea estruendosa de una gran sinfonía que en ninguna otra situación. Y supongamos que tenemos un amigo que no sabe nada de tal música y queremos introducirle en esta gran experiencia, compartirla con él, y ponerle en contacto con la belleza invisible de la que nosotros disfrutamos tanto. No tenemos otra intención que la de darle a nuestro amigo la felicidad de una gran experiencia. Le llevamos a un concierto; y a poco de empezar le vemos inquieto, paseando la mirada por toda la sala, obviamente aburrido. Ese amigo se ha dictado su propia sentencia de no tener cabida en el alma para la buena música. La experiencia diseñada para producirle una nueva felicidad se ha convertido en algo que no es sino un juicio.

Esto nos sucede siempre cuando nos vemos confrontados por la grandeza. Puede que se trate de contemplar una gran obra de arte pictórico, o de escuchar a un gran orador, o de leer un gran libro. Nuestra reacción es nuestro juicio. Si no apreciamos la auténtica belleza ni sentimos emoción estética es que somos insensibles a esa forma de arte.

Cierto turista estaba visitando un gran museo en el que abundaban las obras maestras de un valor incalculable, de

belleza intemporal y de indiscutible genio. Al final del recorrido, dijo al guía: «¿Sabe lo que le digo? Que no me parecen gran cosa sus viejas pinturas.» A lo que contestó reposadamente el guía: «Caballero, le recuerdo que estas obras no están en tela de juicio; pero los que las contemplan, sí.»

Todo lo que había mostrado la reacción de aquella persona era su propia lamentable ceguera. Su juicio despectivo se había vuelto contra sí misma.

Y eso es lo que nos pasa en relación con Jesús. Si ante Su presencia el alma responde a Su maravilla y belleza, se está en el camino de la salvación. Si ante Su figura no vemos nada amable, estamos condenados. Nuestra reacción nos ha salvado o nos ha condenado. Dios envió a Jesús por amor. Le envió para nuestra salvación, pero lo que se hizo por amor ha resultado para condenación. No es Dios el Que condena; Dios solamente ama; es cada uno el que se condena a sí mismo.

El que reacciona hostilmente ante Jesús es que prefiere la oscuridad a la Luz. Lo terrible de las personas que son buenas de veras es que siempre producen un cierto elemento inconsciente de condenación. Esto sucede porque, cuando nos comparamos con ellas, nos vemos tal como somos en realidad. Alcibíades era un genio malogrado, un compañero de Sócrates, al que decía a veces: « ¡Sócrates, te odio porque siempre que te encuentro me haces verme como soy en realidad!» El que está metido en negocios turbios no quiere que se le dirija el reflector; pero el que lleva las cosas claras no le tiene ningún miedo a la Luz.

Una vez le vino un arquitecto a Platón a ofrecérsele para hacerle una casa cuyas habitaciones no se pudieran ver desde ningún sitio. Platón le dijo: « Te daré el doble si me haces una casa cuyas habitaciones se puedan ver desde todas partes.»

Es sólo el malhechor el que no se quiere ver a sí mismo ni que nadie le vea. Una persona así es inevitable que aborrezca a Jesucristo, Que le hará verse tal como es, que es lo último que quiere ver. Prefiere sentirse arropado por la oscuridad antes que descubierto por la Luz.

Por su reacción ante Jesucristo, una persona se revela y su alma queda al descubierto. Si Le recibe con amor y con anhelo de mejorar, hay esperanza; pero si no ve nada atractivo en Jesús, se condena a sí misma. El Que le fue enviado por amor Se le ha convertido en un juicio.

UN HOMBRE SIN ENVIDIA

Juan 3:22-30

Después de estas cosas se fueron Jesús y sus discípulos a la región de Judea---Jesús pasó allí algún tiempo con ellos, y bautizando. Juan también estaba bautizando en Enón, cerca de Salem, porque allí había mucha agua; y la gente seguía viniendo adonde él estaba, porque esto era antes de que metieran a Juan en la cárcel.

Y se produjo una discusión entre algunos de los discípulos de Juan y un judío acerca del rito de la purificación; así es que se dirigieron a Juan y le dijeron:

-Rabí, fijate: El Que estaba contigo al otro lado del Jordán, del Que diste testimonio, está bautizando, y todos se van con Él.

Nadie puede recibir más de lo que el Cielo le conceda. Vosotros me sois testigos de que os dije: «Yo no soy el Ungido de Dios, > sino «He sido enviado por delante de Él. » El Novio es el que tiene la novia; pero el amigo del Novio que está presente y escucha al Novio se alegra de oír su voz: Eso es lo que me pasa a mí, y por eso estoy completamente feliz. Él tiene que crecer, y yo que menguar.

Ya hemos visto que uno de los propósitos del autor del Cuarto Evangelio era asegurar que Juan el Bautista ocupaba el lugar que le correspondía como precursor de Jesús, pero no

más. Todavía había algunos que estaban dispuestos a llamar a Juan maestro y señor; el autor del Cuarto Evangelio **quiere mostrar que Juan ocupaba un lugar importante, pero que** el más importante Le correspondía exclusivamente a Jesús; y quiere mostrar que el mismo Juan nunca tuvo la menor duda de que Jesús era supremo. Con ese fin hace referencia al tiempo en que coincidieron los ministerios de Juan y de Jesús. Los evangelios sinópticos no lo hacen: *Marcos 1:14* nos dice que fue *después* de que encarcelaran a Juan cuando Jesús empezó Su ministerio. No vale la pena discutir cuál de los dos relatos es el más correcto históricamente; pero el Cuarto Evangelio, al presentar la coincidencia de los dos ministerios, muestra la superioridad de Jesús más claramente en el contraste.

Una cosa es segura: que este pasaje nos presenta el encanto de la humildad de Juan el Bautista. Estaba claro que la gente estaba dejando a Juan para irse con Jesús. Los discípulos de Juan estaban preocupados. No les gustaba que su maestro quedara en un segundo lugar, ni verle abandonado por las multitudes que se agolpaban para escuchar al nuevo Maestro.

En respuesta a sus quejas habría sido comprensible que Juan se hubiera dado por ofendido, abandonado e injustamente olvidado. Algunas veces la compasión de un amigo es lo que peor nos cae. Puede hacer que nos sintamos víctimas y que nos han tratado injustamente. Pero Juan estaba por encima de esas actitudes. Les dijo tres cosas a sus discípulos.

(i) Les dijo que nunca había esperado otra cosa. Les recordó que ya les había advertido que no era a él al que le correspondía el puesto más importante, sino que él no era más que un heraldo, el precursor que viene a anunciar y preparar las cosas para la llegada de Otro más importante. Haría más fácil la vida el que hubiera más personas dispuestas a representar papeles secundarios. Muchos quieren ser los protagonistas; pero Juan no era uno de ellos. Sabía muy bien que Dios le había asignado una misión subordinada. Nos ahorraríamos un montón de resentimiento y de frustración si nos diéramos cuenta que hay ciertas cosas que no nos corresponden, y aceptáramos de corazón e hiciéramos lo mejor posible la labor que Dios nos ha asignado. El hacer algo secundario *para el Señor* lo convierte en una gran tarea. Como decía la señora Browning: «Todo servicio cuenta igual para Dios.» Cualquier cosa que se hace para Dios es grande por naturaleza.

(ii) Les dijo que nadie -puede recibir más de lo que Dios le dé. Si el nuevo Maestro estaba ganando más seguidores no era porque se los estaba robando a él, a Juan, sino porque Dios Se los estaba dando.

Hubo un cierto pastor americano que se llamaba el doctor Spence. En un tiempo había sido muy popular, y había tenido llena la iglesia; pero con el paso del tiempo la asistencia fue bajando. Había venido a la iglesia de enfrente un pastor nuevo que gustaba más.

Una tarde, el doctor Spence miró a su pequeño rebaño y preguntó:

-¿Dónde se ha metido toda la gente?

Se produjo un silencio .tenso, que por fin rompió uno de los miembros del consejo de la iglesia:

-Creo que se han ido a la iglesia de enfrente a escuchar al nuevo pastor.

El doctor Spence se quedó callado un momento, y luego dijo, sonriendo complacido:

-Pues, bien; creo que deberíamos seguir su ejemplo todos.

Y se bajó del púlpito y se dirigió a la iglesia de enfrente al frente de sus fieles.

¡Cuántos celos, frustraciones y resentimientos nos ahorraríamos si tuviéramos presente que el éxito de los demás se lo da Dios, y estuviéramos dispuestos a aceptar el veredicto de Dios y Su elección!

(iii) Por último, Juan puso un ejemplo que cualquiera podría entender, y más los judíos, porque era parte de su herencia cultural. Llamó a Jesús « el Novio», y dijo que él, Juan, era « el amigo del Novio». Una de las grandes figuras del Antiguo Testamento es la de los desposorios de Israel, que es la novia,

con Dios, Que es el. Novio. La unión que hubo entre Dios e Israel era tan íntima que podría compararse con un matrimonio. Cuando Israel se apartaba tras dioses extraños era como si fuera infiel al vínculo matrimonial *(Éxodo 34:15, cp. Deuteronomio 31:16; Salmo 73:27; Isaías 54:5).*

El Nuevo Testamento hereda esta alegoría y habla de la Iglesia como la Esposa de Cristo *(2 Corintios 11:2; Efesios 5:22-32).*. Esta era la figura que Juan tenía en mente: Jesús había venido de Dios; era el Hijo de Dios; Israel era Su prometida, y Él era el Novio. Juan sólo se reservaba el papel del amigo del Novio.

El,amigo del novio, en hebreo *shoshben,* tenía un papel exclusivo en una. boda judía. Era el que arreglaba la boda; repartía las invitaciones, y presidía la fiesta. Era el que traía la novia al novio. También tenía que cuidarse de la cámara nupcial y de que no se introdujeran intrusos. Sólo cuando oía y reconocía la voz del esposo en la oscuridad, le abría la cámara nupcial. para que entrara, y se retiraba gozoso cuando había cumplido su cometido y los esposos estaban juntos. No lo hacía de mala gana, sino considerando un honor el introducir la novia al novio; y, cuando había cumplido su misión, se retiraba contento del centro de la escena:

La misión de Juan había sido traerle Israel a Jesús, el Mesías enviado de Dios, y arreglar Sus bodas. Una vez cumplido su cometido estaba contento de desaparecer en la oscuridad. No dijo con envidia que Jesús tenía que crecer y él menguar, sino con júbilo. Nos vendría bien a veces recordar que no es a nosotros a los que tenemos que atraer a la gente, sino a Jesucristo. No es para nosotros para quienes reclamamos la lealtad de la Iglesia, sino para el Novio, el Hijo de Dios.

EL QUE HA VENIDO DEL CIELO

Juan 3:31-36

> *EL Que viene de Arriba está por encima de todos. El que procede de la Tierra es de la Tierra y habla de la Tierra. El Que procede del Cielo está por encima de todos: lo que atestigua es lo que ha visto y oído, y no reciben Su testimonio; pero los que reciben Su testimonio autentican que Dios es veraz. El Que Dios ha enviado habla la Palabra de Dios, porque Dios no Le asigna el Espíritu con una medida escasa. El Padre ama al Hijo, y lo ha dejado todo en Sus manos. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.*

Como ya hemos visto, una de las dificultades del Cuarto Evangelio es saber cuándo hablan los personajes y cuándo es Juan el que añade el comentario. Estos versículos puede que contengan las palabras de Juan el Bautista; pero parece más bien que son el testimonio y comentario del evangelista.

Juan empieza por afirmar la supremacía de Jesús. Si queremos información, tenemos que acudir a la persona que la tiene. Si queremos información acerca de una familia, la obtendremos de primera mano solamente de uno de los miembros de esa familia. Si queremos información sobre una ciudad, la recibiremos de primera mano sólo de alguien que viva o haya estado allí. De la misma manera, si queremos información acerca de Dios, sólo la podremos obtener del Hijo de Dios; y si la queremos acerca del Cielo y de la vida que se vive allí, sólo la podremos recibir del Que vino de allí. Cuando Jesús habla de Dios y de las cosas celestiales, dice Juan, no habla de segunda mano, sino nos cuenta lo que ha oído y visto por Sí mismo. Para decirlo simplemente, como Jesús es el único que conoce a Dios, es el único que puede comunicarnos los hechos acerca de Dios, y eso es lo que es el Evangelio.

Lo que le da pena a Juan es que sean tan pocos los que acepten el Mensaje que nos ha traído Jesús; pero, cuando uno lo recibe, atestigua el hecho de que en su fe la Palabra de Dios es verdad. En el mundo antiguo, si una persona quería autenticar un documento como, por ejemplo, un testamento o un tratado, le ponía su sello al pie. Ese sello era la señal de que él estaba de acuerdo con el contenido del documento y lo consideraba fidedigno y efectivo. De la misma manera, cuando alguien acepta el Evangelio, afirma y pone su sello atestiguando que cree que lo que Dios dice es cierto.

Y Juan prosigue: podemos creer lo que nos dice Jesús porque Dios derramó en Él Su Espíritu en plenitud, sin reservarse nada. Hasta los mismos judíos decían que los profetas recibían de Dios *una cierta medida del Espíritu.* La totalidad del Espíritu estaba reservada para el Escogido de Dios. Ahora bien: según la manera de pensar de los judíos, el Espíritu de Dios tenía dos misiones: la primera era revelar a la humanidad la verdad de Dios; y la segunda, capacitar a los seres humanos para reconocer y entender esa verdad cuando venía a ellos. El decir que el Espíritu estaba en Jesús de la manera más completa es decir que Jesús conocía y entendía perfectamente la verdad de Dios. Para decirlo de otra manera: escuchar a Jesús es escuchar la misma voz de Dios.

Por último, Juan nos presenta otra vez la alternativa eterna, la vida o la muerte. A lo largo de todo su historia, Dios le había presentado al pueblo de Israel esta gran elección. *Deuteronomio* conserva las palabras de Moisés: < Mira: yo te he puesto delante hoy la vida y el bien, la muerte y el mal... A los cielos y a la Tierra invoco por testigos contra vosotros hoy de que os he

puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; por tanto, escoge la vida, para que viváis tú y tu descendencia» *(Deuteronomio 30:15-20). Y* Josué reiteró el desafío: < Escogeos hoy a quién sirváis» *(Josué 24:15).* Se ha dicho que toda la vida se concentra en las encrucijadas. Una vez más, Juan vuelve a su tema favorito: lo que importa es nuestra reacción a Cristo. Si esa reacción es amor y anhelo, esa persona conocerá la vida. Si es indiferencia u hostilidad, esa persona no cosechará más que la muerte. No es que Dios descargue Su ira sobre ella; es que ella se la atrae sobre sí misma.

DERRIBANDO BARRERAS

Juan 4:1-9

Así que, cuando Jesús supo que los fariseos se habían enterado de que estaba haciendo y bautizando más discípulos que Juan (aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino Sus discípulos), se marchó de Judea y volvió otra vez a Galilea. Y tenía que pasar por Samaria.

Llegó a una población de Samaria que se llamaba Sicar, que está cerca de la parcela que dio Jacob a su hijo José, donde estaba el pozo de Jacob. Y Jesús, cansado como estaba del camino, estaba sentado junto al pozo. Era como el mediodía.

Entonces vino una samaritana a sacar agua, y Jesús le dijo:

-Dame de beber.

Y es que Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar provisiones. Entonces Le dijo la samaritana:

-¿Cómo es que Tú, que eres hombre y judío, me pides de beber a mí, que soy mujer y samaritana? -Porque los judíos y los samaritanos no tienen ningún trató.

En primer lugar vamos a reconstruir la escena de este incidente. Palestina no tiene más que 200 kilómetros de Norte a Sur, pero en los tiempos de Jesús el país estaba dividido claramente en tres partes. A1 Norte estaba Galilea; al Sur, Judea, y en medio, Samaria.

Jesús no quería en esta etapa de Su ministerio involucrarse en discusiones acerca del bautismo, así es que decidió marcharse de Judea por un tiempo y pasar a Galilea. El camino más corto de Judea a Galilea era a través de Samaria, que se podía hacer en tres días; pero había una enemistad secular entre los judíos y los samaritanos, y esto hacía que fuera más corriente seguir la ruta alternativa, aunque era doble de larga, pues suponía cruzar el Jordán, subir hacia el Norte por la parte oriental y volver a cruzar el Jordán otra vez a la altura de Galilea. Jesús eligió la ruta más corta a través de Samaria para ir a Galilea, posiblemente no sólo para ganar tiempo sino también para cumplir una parte de Su misión.

El camino pasaba por el pueblo de Sicar. A corta distancia de allí se bifurca la carretera de Samaria: una rama va hacia el Nordeste a Escitópolis, y la otra hacia el Oeste a Nablus y luego al Norte a Enganim. En la bifurcación se encuentra todavía el pozo de Jacob.

Esta era una zona llena de recuerdos históricos. Allí estaba la parcela que había comprado Jacob *(Génesis 33:1 &).* Jacob, ya en el lecho de muerte, le había legado ese terreno a José *(Génesis 48:22). Y,* cuando José murió en Egipto, llevaron su cuerpo a enterrar allí *(Josué 24:32).* Así es que había muchos recuerdos del pasado en aquel lugar.

El pozo mismo tenía más de 30 metros de profundidad. No es un manantial, sino que el agua llega allí filtrándose por las tierras de alrededor y se forma un depósito. Pero está claro que era ya entonces un pozo bien hondo, del que no se podía sacar agua a menos que se tuviera con qué.

Cuando Jesús y su pequeña compañía llegaron a la bifurcación de la carretera, Jesús se sentó a descansar. El día era para los judíos desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde; así es que lo que llama la versión Reina-Valera la hora sexta era el mediodía, cuando más calor hacía, y Jesús estaba cansado y sediento del viaje. Los discípulos se habían adelantado al pueblo a comprar provisiones. Ya habían empezado a cambiar sin darse cuenta; porque, lo más probable es que antes de conocer a Jesús ni siquiera habrían pensado en comprar nada de los samaritanos. Poco a poco, tal vez sin darse cuenta, las barreras se iban cayendo.

Mientras Jesús estaba sentado esperándolos, una samaritana vino al pozo. Por qué había de ir allí es un poco sorprendente; porque aquel lugar estaba a más de un kilómetro de Sicar, donde viviría y donde había agua.

¿Sería porque las mujeres del pueblo la tenían marginada por razones sexuales y no le dejaban sacar agua del pozo del pueblo?. El caso es que llegó allí dispuesta a sacar agua, y Jesús le pidió que le diera una poca. Ella se dio la vuelta sorprendidísima, y le dijo:

-Yo soy una mujer; y además samaritana, y tú eres un hombre, y además judío. ¿Cómo es eso de que me pides que Te dé de beber?

Y aquí Juan les explica a sus lectores griegos que no había absolutamente ningún trato entre los judíos y los samaritanos.

Ahora bien, es probable que lo que aquí tenemos no es más que, un resumen muy breve de una conversación más larga. Podemos suponer que pasó más de lo que se nos cuenta aquí. Usando una analogía, esto es como el acta de una reunión de negocios, en la que se reflejan solamente los puntos principales. Yo supongo que la samaritana le descargaría la angustia de su alma a aquel forastero que había adivinado tan certeramente sus enredos domésticos. Tal vez fue la única vez que ella se encontró con uno con amabilidad y limpieza en los ojos en lugar de crítica y condenatoria superioridad, y eso hizo que le descubriera su corazón.

Pocas historias evangélicas nos revelan tan claramente el carácter y la actitud de Jesús.

(i) Nos presenta la realidad de su humanidad: Jesús estaba cansado del viaje, y se sentó agotado y sediento al lado del pozo. Es muy significativo que Juan, que subraya más que los otros evangelistas la divinidad de Jesucristo, también subraya intensamente su humanidad. Juan no nos presenta una figura celestial, libre del cansancio y de la lucha diaria, sino uno para quien la vida era un esfuerzo como lo es para cada uno de nosotros, nos presenta a uno que sabía lo que era estar agotado y tener que seguir adelante.

(ii) Nos presenta el calor de su simpatía. De cualquiera de los líderes religiosos ordinarios, de cualquiera de los representantes de la ortodoxia del momento, la Samaritana habría salido corriendo a toda prisa. Habría evitado a los tales. Si por una casualidad imprevisible uno le hubiera hablado, ella habría reaccionado con un silencio impenetrable y hasta hostil. Pero contestar a Jesús y entablar una conversación con Él parecía la cosa más natural del mundo. ¡Por fin había encontrado a uno que no la condenaba, o desnudaba con la mirada, sino que le ofrecía una amistad limpia y comprensiva!

(iii) Nos presenta a Jesús como el que elimina las barreras discriminatorias. La enemiga entre los judíos y los samaritanos era una historia que se perdía en la noche de los tiempos. Allá por el año 720 a.C., los asirios invadieron el reino del Norte de Israel -cuya capital era Samaria, de la que tomaba el nombre todo el país- y lo conquistaron y subyugaron. Le aplicaron la fórmula de la deportación masiva que parece haber sido una invención asiria; transportaron casi toda la población a Media (2 *Reyes* 17:6), y trajeron a Samaria a otra gente -de Babilonia, Cuta, Ava, Hamat y Sefarvayim (2 *Reyes* 17:24). Pero no se puede deportar a toda una nación. Dejaron a algunos de los habitantes del reino del Norte de Israel que, inevitablemente, empezaron a mezclarse con los venidos de otras tierras; y así cometieron lo que era para los judíos un pecado imperdonable: perdieron su pureza racial. En una familia judía estricta, hasta nuestros días, si un hijo o una hija se casan con gentiles, se representa su funeral y se los da por muertos a los ojos del judaísmo ortodoxo.

Así que los habitantes de Samaria deportados a Media, por lo que sabemos, fueron asimilados en los lugares adonde fueron llevados. Son lo que se llama < las diez tribus perdidas». Los que quedaron en Samaria se mezclaron con los que habían venido de fuera y perdieron su identidad racial, por lo menos ante los judíos, los habitantes del reino de Judá. De ahí que desde entonces la Historia de Israel se identifique con la Historia de los Judíos.

Con el correr del tiempo, una invasión y derrota semejantes sobrevinieron al reino de Judá en el Sur, cuya capital era Jerusalén. Sus habitantes también fueron deportados, esta vez a Babilonia; pero no perdieron su identidad, sino se mantuvieron firme e inalterablemente judíos. A su tiempo llegaron los días de Esdras y Nehemías, y los exiliados volvieron a Jerusalén por la gracia del rey de Persia. Su tarea inmediata fue la reparación y reconstrucción de su maltrecho templo. Los samaritanos vinieron a ofrecer su ayuda en la sagrada tarea; pero los judíos les dijeron despectivamente que no les hacía ninguna falta. Habían perdido su herencia judía y no tenían derecho a participar en la reconstrucción de la casa de Dios. Creciéndose ante la humillación, se enemistaron con los judíos de Jerusalén. Fue hacia el año 450 a.C. cuando el enfrentamiento tuvo lugar, y seguía tan vivo como siempre en los días de Jesús.

El conflicto se agudizó aún más cuando el sacerdote judío renegado Manasés se casó con la hija del samaritano Sambalat *(Nehemías 13:28), y se* propuso fundar un templo rival en el monte Guerizim, que estaba en el centro del territorio samaritano. Y .aún más tarde, en tiempos de los Macabeos, 129 a.C., el general judío Juan Hircano atacó Samaria y saqueó y destruyó el templo del monte Guerizim. Así fue creciendo el odio entre judíos y samaritanos. Los judíos llamaban despectivamente a los samaritanos *juthitas o cutheos,* del nombre de uno de los pueblos que habían llevado allí los asirios. Los rabinos judíos decían: «Que no coma. nadie pan de los juthitas, porque el que come su pan es como si comiera carne de cerdo.» *Eclesiástico* presenta a Dios diciendo: «Con dos naciones está mi alma molesta, y la tercera no es ni siquiera nación: los que se asientan en el monte de Samaria, y los filisteos, y esa gente estúpida que mora en Siquem» *(Eclesiástico 50:25s).* Siquem o Shejem era una de las ciudades samaritanas más famosas. Los samaritanos devolvían el odio con interés.

Se dice que rabí Yojanán iba pasando una vez por Samaria de camino a Jerusalén para orar; pasó por el monte Guerizim. Un samaritano le vio, y le preguntó: < ¿Adónde vas?» < Voy a Jerusalén», le contestó, «a orar.» El samaritano le contestó: «¿No sería mejor que oraras en este monte (Guerizim) que en esa casa maldita?» Los peregrinos que iban de Galilea a Jerusalén pasando por Samaria apretaban el paso lo más posible, y a los samaritanos les encantaba ponerles dificultades.

La contienda judeo-samaritana tenía más de 400 años en los días de Jesús, pero quedaba un rescoldo tan vivo y activo como siempre. De ahí que la Samaritana se sorprendiera de que Jesús, un judío, le dirigiera la palabra.

(iv) Pero había todavía otra barrera más que Jesús elimina en esta ocasión. La Samaritana era una mujer. Los rabinos estrictos tenían prohibido hablar con una mujer fuera de casa. Un rabino no podía hablar en público ni siquiera con su mujer, o con su hermana o hija. Había fariseos a los que llamaban graciosamente «los acardenalados y sangrantes» porque cerraban los ojos cuando iban por la calle para no ver a las mujeres y se chocaban con las paredes y las esquinas. Para un rabino, el que le vieran hablando con una mujer en público era el fin de su buena reputación. Pero Jesús no respetó esa barrera, ni por tratarse de una mujer, ni porque fuera samaritana, ni porque hubiera nada vergonzoso en su vida. Ningún hombre decente, y mucho menos un rabino, se habría arriesgado a que le vieran en tal compañía, y menos en conversación con ella. Pero Jesús sí.

Para un judío esta sería una historia alucinante. Aquí estaba el Hijo de Dios, cansado, débil y sediento. Aquí estaba el más santo de los hombres, escuchando con simpatía y comprensión una triste historia. Aquí estaba Jesús pasando las barreras de la raza y de las costumbres ortodoxas judías. Aquí tenemos el principio de la universalidad del Evangelio; aquí está Dios, no en teoría, sino en acción.

EL AGUA VIVA

Juan 4:10-15

Jesús le contestó a la mujer: .

-Si supieras el don gratuito que Dios te ofrece, y si supieras quién es el que te está hablando, y el que te dijo «Dame de beber serías tú la que le pidieras, y Él el que te daría el agua viva.

-Señor Le dijo la mujer-, no tienes cubo para sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde te sacas esa agua viva? ¿Es que eres Tú más que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo, del que bebieron él y sus hijos y sus ganados?

-Todos los que beben esta agua vuelven a tener sed -le dijo Jesús-; pero los que beban del agua que Yo voy a darles, ya no tendrán nunca sed, sino que el agua que Yo les daré se convertirá en un manantial de agua en su interior saltando para darles la vida eterna.

-Señor -Le dijo la mujer-, dame esa agua para que ya no tenga más sed ni tenga que venir aquí a sacarla.

Notaremos que esta conversación de Jesús con la Samaritana sigue el mismo esquema que la que tuvo con Nicodemo. Jesús hace una afirmación. Ella Se lo toma en otro sentido. Jesús repite Su afirmación de una manera aún más gráfica. Tampoco esta vez se Le entiende; y entonces Jesús obliga a Su interlocutora a descubrir y asumir la verdad acerca de sí misma. Esa era la manera de enseñar de Jesús; y era bien eficaz, porque, como ha dicho alguien, «Hay ciertas verdades que una persona no puede *aceptar;* tiene que *descubrirlas* por sí misma.»

Como pasó con Nicodemo, la Samaritana toma las palabras de Jesús literalmente, aunque Jesús esperaba que las entendiera espiritualmente. Jesús estaba hablando de agua *viva.* En la lengua comente de los judíos; agua *viva* quería decir agua *corriente.* Era el agua de manantial en oposición al agua estancada de una cisterna o estanque. Aquel pozo no era un manantial, sino un depósito al que llegaba el agua que se filtraba por el subsuelo. Para los judíos, el agua *corriente, viva,* siempre era mejor. Así que la mujer decía: «Tú me ofreces agua pura de manantial. ¿De dónde te la vas a sacar?>

Y ella pasa a hablar de «nuestro padre Jacob». Por supuesto que los judíos habrían negado que los samaritanos fueran hijos de Jacob; pero era una de las pretensiones de los samaritanos que eran descendientes de José; el hijo de Jacob, a través de Efraín y Manasés. La Samaritana le estaba diciendo realmente a Jesús: «Lo que estás diciendo es una blasfemia. Nuestro antepasado Jacob, cuando estaba por aquí, cavó este pozo para sacar agua para él mismo, para su familia y sus ganados. ¿Es que vas a pretender Tú ser más sabio y más poderoso que Jacob? Eso es algo que nadie se puede permitir.»

Era corriente que los que iban de viaje llevaran un recipiente de cuero para sacar agua de los pozos que encontraran en el camino. Es lo más seguro que el grupo de Jesús tendría uno de ellos, y que se lo habrían llevado al pueblo. La mujer vio que Jesús no tenía nada por el estilo, así es que Le dijo: « No puedes ni sacar agua del pozo para dármela. Ya veo que no tienes con qué sacarla.» H. B. Tristram empieza su libro titulado *Las costumbres orientales en las tierras de la Biblia* con el relato de una experiencia personal. «Una vez estaba sentado junto a un pozo en Palestina cerca de la posada a la que se hace referencia en la parábola del Buen Samaritano, cuando vino de aquellos cerros una mujer árabe a sacar agua. Desplegó y abrió un pellejo de piel de cabra, y luego desmadejó una cuerda y se la ató a un cubito también de cuero, que era con el que subía el agua hasta que llenó el recipiente mayor, le ató la boca, se lo colocó al hombro y, con el cubito en la mano, se puso a escalar la colina. Yo me acordé de la Samaritana del pozo de Jacob cuando un viandante árabe que ascendía cansado y sudoroso por el sendero que sube de Jericó se dirigió al pozo, se arrodilló y miró hacia el fondo con nostalgia; pero «no tenía con qué sacar el agua, y el pozo era hondo.» Pegó unos lametones a la humedad que quedaba del agua que se le había resbalado a la mujer que le había precedido y, desilusionado, prosiguió su camino.» Era precisamente eso lo que estaba pensando la Samaritana cuando Le dijo a Jesús que no tenía con qué sacar el agua del hondón del pozo.

Pero los judíos le daban otro sentido a la palabra agua. Hablaban a menudo de la sed de Dios que tiene el alma humana, y del agua viva que puede mitigar esa sed. Jesús no estaba usando términos que condujeran de necesidad a la confusión, sino que cualquiera que tuviera percepción espiritual debería entender. Una de las promesas del Apocalipsis es: « Al que tuviere sed, Yo

le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida» (Apocalipsis 21:6). El Cordero que está en medio del trono los guiará a fuentes de aguas de vida (Apocalipsis 7:17). La promesa era que el Pueblo Escogido sacaría agua con gozo de las fuentes de la salvación (Isaías 12:3). El salmista decía que tenía el alma sedienta del Dios vivo (Salmo 42:1). La promesa de Dios era: < Yo derramaré aguas sobre el secadal» (Isaías 44:3): La invitación iba dirigida a todos los sedientos para que vinieran a las aguas y bebieran gratuitamente (Isaías 55:1). La queja desgarrada de Jeremías era que el pueblo había olvidado a Dios, que era la fuente de agua viva, y se había cavado cisternas agrietadas que no podían contener el agua (Jeremías 2:13). Ezequiel había tenido una visión del río de la vida (Ezequiel 47:1-12). En el mundo nuevo brotaría una fuente de agua para la purificación (Zacarías 13:1). Las aguas fluirían desde Jerusalén (Zacarías 14:8).

Algunas veces los rabinos identificaban esta agua viva con la sabiduría de la Ley; otras, con nada menos que el Espíritu Santo de Dios. Todo el lenguaje pictórico de la religión judía estaba impregnado de esta idea de la sed del alma que sólo podía apagar el agua viva que era un don de Dios. Pero la mujer entendió lo que le decía Jesús con un literalismo casi crudo. ¿Estaba ciega porque no quería ver?

Jesús pasó a hacer una afirmación todavía más alucinante, que Él podía darle el agua viva que le quitaría la sed de una vez para siempre. Lo curioso es que la mujer volvió a entenderlo literalmente; pero de hecho no era sino Su presentación como Mesías. En la visión profética de la era por venir, la era de Dios, la promesa era: « No tendrán hambre ni sed» (Isaías 49:10). Era en Dios, y sólo en Él, donde se encontraba la fuente de agua viva que satisface toda sed. «Contigo está el manantial de la vida,» exclamaba el salmista (Salmo 36:9). Es del mismo trono de Dios de donde mana el río de la vida (Apocalipsis 22:1). Es el Señor el Que es la fuente de agua viva (Jeremías 17:13). Sería en la era mesiánica cuando el sequedal se volvería manaderos de aguas (Isaías 35:7). Cuando Jesús hablaba de traer a la humanidad la única agua que puede apagar definitivamente la sed, no hacía sino afirmar que Él era el Ungido de Dios que había venido a inaugurar la nueva era.

Tampoco entonces comprendió la mujer, y no nos extraña que no comprendiera lo que le iría pareciendo un acertijo complicado, porque nosotros ya tenemos la clave y la respuesta. Nos da la impresión de que lo que dijo a continuación era una manera de seguirle la corriente a uno Que le parecía chiflado. «Dame esa agua --dijo-, para que ya no tenga nunca sed y no tenga que darme la caminata al pozo todos los días.» Estaba bromeando sobre cosas eternas.

En el fondo de todo esto está la verdad fundamental de que en el corazón humano hay una sed de algo que sólo Jesucristo puede satisfacer. En uno de sus libros, Sinclair Lewis traza el retrato de un hombrecillo de negocios respetable que sacó los pies del plato. Estaba hablando con su amada, y ella le dijo: «Por fuera parecemos muy diferentes; pero en el fondo somos iguales. Los dos nos sentimos desesperadamente desgraciados por algo... ¡que no sabemos qué es!» En todo ser humano hay ese anhelo insatisfecho e innominado; ese vago descontento, ese algo que falta, esa frustración.

En *Sorrell e Hijo,* Warwick Deeping nos cuenta una conversación entre los dos. El chico está hablando de la vida. Dice, que es como andar a tientas en una niebla encantada. La niebla se disipa un instante; uno ve la luna en la cara de una chica; no sabe si quiere la luna o la cara; luego baja la niebla otra vez, y le deja a uno buscando algo, pero no sabe qué.

Antonio Machado también ha expresado hermosa y sentidamente este anhelo del alma:

> *Anoche cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión!, que una fontana fluía dentro de mi corazón. Di, ¿por qué acequia escondida, agua, vienes hasta mí, manantial de nueva vida de donde nunca bebí?*
> *Anoche. cuando dormía soñé, ¡bendita ilusión!, que era Dios lo que tenía dentro de mi corazón.*

Nada borra el anhelo de eternidad que Dios ha puesto en el alma. Sólo Jesucristo puede saciar esa sed. «Tenemos el corazón inquieto hasta que encontramos el reposo en Ti» (Agustín).

ENFRENTÁNDOSE CON LA VERDAD

Juan 4:15-21

La mujer Le dijo a Jesús:
-Señor, dame de esa agua para que ya no tenga más sed, y para que no tenga que venir aquí a sacar agua.
Y El le contestó:
-Ve a llamar a tu marido, y luego vuelve aquí.
-No tengo marido -le dijo ella; y Jesús añadió:
Ahora sí has dicho la verdad al decir que no tienes marido; porque has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido. Lo que has dicho es la verdad.
-Señor, ya veo que eres profeta dijo la mujer-. Nuestros antepasados daban culto a Dios en este monte, y los judíos decís que donde tenemos que adorar a Dios es en Jerusalén.
-Créeme, mujer -le contestó Jesús---, que está llegando la hora en que no se dará culto a Dios ni en este monte ni en Jerusalén.

Ya hemos visto que la mujer Le pidió a Jesús en tono de broma que le diera el agua viva para no tener más sed y poderse ahorrar el fatigoso paseo diario al pozo. Instantánea e impactantemente Jesús la hizo volver a la realidad. Se había terminado el tiempo para los juegos de palabras y las bromas. «Vete a por tu marido, y vuelve con él» -le dijo Jesús. La mujer se puso rígida, como si le hubiera dado un dolor repentino; dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe; se puso pálida, como si de pronto hubiera visto un fantasma... y eso era precisamente lo que le había pasado: *se había visto repentinamente a sí misma.*

De pronto, no tuvo más remedio que enfrentarse consigo misma, y con su vida andrajosa e inmoral e inadecuada. Hay dos revelaciones en el Evangelio: la de Dios y la de nosotros mismos. Nadie se ha visto como es en realidad a menos que se haya visto en la presencia de Cristo; y lo que se ve entonces no es nada halagüeño. Para decirlo de otra manera: la conversión empieza con un sentimiento de pecado. Uno se da cuenta de pronto de que la vida que vive no vale. Despertamos a nosotros mismos y a nuestra necesidad de Dios.

Algunos intérpretes han mantenido, por lo de los cinco maridos, que esta historia no representa un hecho real, sino una verdad alegórica. Ya hemos visto que, cuando los habitantes originales de Samaria fueron deportados a Media, los asirios trajeron a otros de cinco naciones diferentes. Cada grupo trajo sus dioses *(2 Reyes 17:29); y se* ha sugerido que la mujer representa a Samaria, y sus cinco maridos a los dioses que trajeron aquellos pueblos, con los que, por así decirlo, se casaron los samaritanos. El sexto marido representa al Dios verdadero, al Que adoraban, no en verdad, sino en ignorancia; y por tanto no estaban casados de veras. Puede que haya en esta historia un recuerdo de la infidelidad de los samaritanos; pero es demasiado pictórica para ser una alegoría manufacturada. Rezuma realismo por todas partes.

Alguien ha dicho que la profecía es una crítica basada en la esperanza. Un profeta le señala a una persona o nación que va por mal camino; pero no para sumirlas en la desesperación, sino para indicarles el camino de la sanidad, de la enmienda y de la rectificación. Así Jesús, empezó por revelarle a esta mujer la condición en que se encontraba; pero luego pasó a revelarle en qué consiste el verdadero culto en el que nuestras almas pueden tener un encuentro con Dios.

La pregunta de la mujer nos suena extraña. Dijo, y para ella era una cuestión angustiosa: «Nuestros líderes dicen que es aquí, en el monte Guerizim, donde debemos dar culto a Dios; y vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén. ¿Qué es lo que tengo que hacer?»

Los samaritanos ajustaban la historia a sus conveniencias. Enseñaban que había sido en el monte Guerizim donde Abraham había estado dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac; donde Melquisedec le había salido al encuentro a Abraham; donde Moisés había instalado el primer altar y ofrecido los primeros sacrificios cuando el pueblo de Israel entró en la Tierra Prometida -aunque eso fue en el monte Ebal, donde se han encontrado recientemente restos arqueológicos que lo confirman *(Deuteronomio 27:4).* Tergiversaban los textos bíblicos y la historia para glorificar el monte Guerizim. A la mujer le habían enseñado a reverenciar el monte Guerizim como el lugar más santo de la Tierra, y a despreciar a Jerusalén. Lo que estaba en su mente, y lo que se estaba diciendo a sí misma, era: < Yo soy una pecadora, y tengo que ofrecerle a Dios un sacrificio por mis pecados; tengo que llevar una ofrenda a la casa de Dios y ponerme a buenas con Él. ¿Adónde tengo que ir?» Para ella, lo único que podía saldar el pecado era el sacrificio. Su problema fundamental era ¿Dónde había que presentar ese sacrificio? A estas alturas ella ya no está discutiendo los respectivos méritos del templo del monte Guerizim y los del monte de Sión; lo que quiere saber es: < ¿Dónde puedo yo encontrar a Dios?

Jesús le contestó que el día de las viejas rivalidades humanas estaba llegando a su final; y que estaba próximo el tiempo cuando la humanidad encontraría a Dios en todas partes. Sofonías había tenido la visión de que las personas adorarían a Dios < cada una en su lugar» *(Sofonías 2:11). Y* Malaquías había soñado que en todas partes se ofrecería incienso como ofrenda pura al nombre de Dios *(Malaquías 1:11).* La respuesta que Jesús le dio a la Samaritana fue que no tenía necesidad de ir a ningún sitio determinado para encontrar a Dios, no tenía necesidad de ofrecer sacrificio en ningún lugar especial: el verdadero culto encuentra a Dios en cualquier lugar.

EL VERDADERO CULTO

Juan 4:22-26

> *Los samaritanos no conocéis al Que dais culto -siguió diciéndole Jesús a la Samaritana-. Los judíos sí Le conocemos, y por eso la Salvación del mundo tiene su origen entre los judíos. Pero está llegando la hora, y es ahora aquí, cuando los verdaderos adoradores darán culto a Dios en espíritu y en verdad; porque esos son los adoradores que está buscando el Padre. Dios es Espíritu; y los que Le dan culto deben dárselo en espíritu y en verdad.*
>
> *-Sé que el Mesías -que en griego se dice* el Cristo- *está al llegar -Le dijo la mujer a Jesús-. Cuando venga, nos aclarará todas las cosas.*

-Soy Yo mismo, el que estoy hablando contigo -le dijo Jesús ala mujer.

Jesús le había dicho a la Samaritana que las viejas rivalidades estaban a punto de desaparecer, y que estaba próximo el día en que la controversia acerca de los respectivos méritos del monte Guerizim y del monte de Sión sería irrelevante, porque el que buscara a Dios sinceramente Le encontraría en cualquier parte. A pesar de todo, Jesús aún hace hincapié en el hecho de que la nación judía ocupaba un lugar exclusivo en el plan y en la revelación de Dios.

Los samaritanos adoraban en ignorancia, dijo Jesús. En más de un sentido, aquello era indudablemente cierto. Los samaritanos no tenían más sagrada escritura que el Pentateuco, es decir, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, porque habían rechazado todo el resto. Se habían privado, por tanto, de todos los grandes mensajes de los Profetas y de toda la sincera piedad de los Salmos. Tenían una religión truncada, porque tenían una Biblia truncada. Habían rechazado el conocimiento que estaba a su alcance y que hubieran podido tener.

Además, los rabinos judíos siempre habían acusado a los samaritanos de ofrecerle al Dios verdadero un culto meramente supersticioso. Siempre decían que el culto de los samaritanos no se basaba en el amor y el conocimiento, sino en la ignorancia y el miedo. Como ya hemos visto, los extranjeros que los asirios llevaron . a vivir en Samaria trajeron sus propios dioses (2 *Reyes* 17:29). Leemos que un sacerdote de Belén fue a decirles que temieran al. Señor (2 *Reyes* 17:28); pero -lo más probable es que añadieran el Dios de Israel. a la lista de sus dioses, porque. tendrían un temor supersticioso a excluirle. Después de todo, era el Dios de aquella tierra en la que entonces vivían, y podría ser peligroso no incluirle siquiera en su lista de cultos.

En los cultos falsos podemos detectar tres faltas.

(i) Un culto falso es selectivo: se queda con lo que quiere saber de Dios, y omite el resto. Los samaritanos tomaban lo que querían de las Escrituras, y omitían el resto: La religión unilateral es una de las cosas más peligrosas del mundo. Le es muy fácil a cualquiera el aceptar y retener las partes de la verdad de Dios que le interesan y pasar por alto el resto. Hemos visto, por ejemplo, que ciertos pensadores y eclesiásticos y políticos justificaban el *apartheid y la* segregación racial apelando a ciertos pasajes de la Escritura, mientras olvidaban muchos más que los condenan.

El pastor de una gran ciudad organizó una petición a le clemencia por uno que había cometido un cierto crimen. Le parecía que aquella era una causa en la que la piedad cristiana tenía obligación de intervenir. Sonó su teléfono y, cuando lo descolgó, escuchó una voz femenina que le decía:

-Estoy muy sorprendida de que usted, un pastor evangélico, ponga todo su peso en esta petición de clemencia.

-¿Y qué es lo que le sorprende? -preguntó él.

-Supongo que usted conoce la Biblia.

-Así lo espero.

-Entonces dijo la voz-, ¿no se da usted cuenta de que la Biblia dice «Ojo por ojo y diente por diente»?

Al parecer aquella mujer tomaba la parte de la Biblia que le convenía para su razonamiento, y olvidaba la gran enseñanza de Jesús sobre la misericordia en el Sermón del Monte.

Haríamos bien en recordar que, aunque sabemos que no llegaremos nunca a abarcar todo el orbe de la verdad, debemos proponernos como objetivo la verdad total, sin conformarnos con los fragmentos que nos convengan en nuestra posición.

(ii) Un culto falso es ignorante. El culto debe ser el acceso a Dios de la persona total. Tenemos una inteligencia, y la obligación de ejercitarla. La religión puede que empiece por una respuesta emocional; pero pronto le llega el momento en que hay que razonarla. E. F. Scot decía que la religión es mucho más que meramente un ejercicio intelectual intensivo; pero que, no obstante, una gran parte del fracaso en materia de religión se debe a la pereza intelectual más que a ninguna otra causa. El dejar de pensar a fondo las cosas importantes es ya en sí un pecado. En último análisis, una experiencia religiosa no está a salvo hasta que se puede decir, no sólo lo que se cree, sino por qué se cree. La religión es también esperanza; pero una esperanza que tiene una razón de ser y que no defrauda *(1 Pedro 3:15).*

(iii) Un culto falso es supersticioso. Es un culto que se da, no por un verdadero sentimiento de necesidad o por un deseo auténtico de hacerlo, sino solamente porque la persona cree que sería peligroso no darlo. Mucha gente se niega a pasar por debajo de una escalera, o a llevar el número 13 en una competición o en un concurso, o a emprender cualquier cosa en martes y trece; y se pondrá nerviosa cuando se le derrama la sal, o se le cruza un gato negro, etcétera, etcétera. No es que crean en esas supersticiones; pero tienen la sospecha de que puede que haya en ellas algo de verdad, y por eso es mejor mantenerse a salvo. Hay muchas personas cuya religión se funda en una especie de temor impreciso de lo que les podría suceder si no tuvieran en cuenta a Dios. Pero la verdadera religión se basa, no en el miedo, sino en el amor de Dios y en la gratitud por lo que Dios ha hecho. Demasiada religión no

es más que una especie de superstición ritual para esquivar la posible ira. de dioses impredictibles.

Jesús define el verdadero culto. Dios, dijo, es Espíritu: En cuanto uno se da cuenta de eso, un nuevo haz de luz le envuelve. Si Dios es espíritu, no está limitado a cosas; y, por tanto, el dar culto a una imagen es, no sólo un absurdo, sino también un

insulto a la verdadera naturaleza de Dios. Si Dios es espíritu, no está limitado a *lugares; y,* por tanto, limitar el culto de Dios a Jerusalén o a ningún otro sitio, es poner un límite a Alguien Que, por naturaleza, sobrepasa todos los límites. Si Dios es espíritu, lo que Le ofrezcamos tienen que ser dones del espíritu. Los sacrificios animales y todas las cosas que hacemos los humanos son inadecuados. Las ofrendas que corresponden a la naturaleza de Dios son los dones del espíritu: amor, fidelidad, obediencia, dedicación.

El espíritu es la parte más elevada de la persona humana. Es la porción que permanece cuando la parte física se desvanece. Es la parte que sueña los sueños y ve las . visiones que, a causa de la debilidad y las deficiencias del cuerpo, puede que nunca se hagan realidad. Es el espíritu humano el que es la fuente de sus pensamientos e ideales y deseos más elevados. El verdadero culto es cuando una persona, mediante su espíritu, alcanza la amistad y la intimidad con Dios. El culto genuino no consiste en ir a un cierto lugar, ni en llevar a cabo un cierto ritual o una cierta liturgia, ni en ofrecer ciertos dones. El verdadero culto es cuando el espíritu, la porción invisible e inmortal de la persona, se encuentra con Dios y habla con el Que es invisible e inmortal.

Este pasaje termina con una gran declaración. Se había desplegado ante la Samaritana un panorama tal que la sorprendía y alucinaba. Contenía elementos por encima de su comprensión, maravillosos. Todo lo que pudo decir fue: «Cuando venga el Mesías, el Cristo, el Ungido de Dios, entonces lo entenderemos todo.» Y Jesús le dijo: «Yo, el que estoy hablando contigo, soy el Mesías.» Es como si Jesús dijera que todo eso no es un sueño de la verdad, sino la verdad misma.

COMPARTIENDO LA MARAVILLA .

,á Juan 4:27-30

En eso llegaron Sus discípulos, y se quedaron alucinados al ver que Jesús estaba hablando con una mujer,, aunque nadie se atrevió a decirle: «¿Qué pretendes?» o «¿Por qué estás hablando con ella?» El caso es que la mujer se dejó allí el cubo; y se fue al pueblo, y empez-ó a decirle a la gente: .

-¡Venid a ver a un Hombre Que me ha adivinado todo ló que he hecho! ¿No será Éste el Ungido de Dios?

Y la gente .empezó a salir del pueblo y á venir a Jesús:

No es extraño que los discípulos se quedaran alucinados cuando volvieron de sus recados en el pueblo de Sicar y se encontraron a Jesús hablando con una samaritana. Ya hemos visto la idea que tenían los judíos de las mujeres. El precepto rabínico rezaba: «Que nadie hable con una mujer en la calle; no, ni aunque sea su esposa.» Los rabinos despreciaban tanto a las mujeres, y las creían tan incapaces de recibir ninguna enseñanza real, que decían: «Mejor es quemar las palabras de la Ley que confiárselas a las mujeres.» Tenían un dicho: «Cada vez que uno se enrolla con una mujer, atrae mal sobre sí mismo, se aparta de la Ley y por último hereda la gehena.» Según las normas rabínicas Jesús apenas podría haber hecho nada más repulsivamente inconvencional que el hablar con aquella mujer. Es verdad que estaba derribando barreras.

Sigue un detalle curiosamente revelador. Es algo que difícilmente podría proceder sino de alguien que hubiera participado en la escena. Por muy sorprendidos que estuvieran los discípulos, no se les ocurrió preguntarle a la mujer qué buscaba, o a Jesús por qué estaba hablando con ella. Empezaban a conocerle; y ya habían llegado a la conclusión de que, por muy sorprendentes que fueran Sus acciones, no se podían poner en tela de juicio. Uno ha dado un paso decisivo en el camino

del verdadero discipulado cuando ha aprendido a decir: «No es cosa mía el cuestionar las acciones y las demandas de Jesús. Ante ellas han de rendirse mis prejuicios y mis convencionalismos.»

Para entonces la mujer ya estaba de camino de vuelta al pueblo sin su cacharro de agua. El hecho de que lo dejara revelaba dos cosas: que tenía prisa en compartir su experiencia extraordinaria, y que ella daba por sentado que volvería a aquel lugar. Toda su reacción nos dice mucho de la experiencia cristiana verdadera.

(i) Su experiencia empezó cuando se vio obligada a enfrentarse consigo misma y a verse tal como era. Es lo mismo que le sucedió a Pedro. Después de la pesca milagrosa, cuando Pedro descubrió de pronto algo de la majestad de Jesús, todo lo que pudo decir fue: « ¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» *(Lucas 5:8).* Nuestra experiencia cristiana empezará a menudo con una ola humillante de desprecio propio. Suele suceder que lo último que ve una persona es a sí misma. Y pasa a menudo que lo primero que Cristo hace por una persona es empujarla a hacer lo que se ha pasado la vida resistiéndose a hacer: mirarse a sí misma.

(ii) La Samaritana estaba alucinada con la habilidad que Cristo tenía para ver su interior. Le admiraba Su profundo conocimiento del corazón humano, y del suyo en particular. Al salmista también le había infundido una gran reverencia: «Has entendido desde lejos mis pensamientos... Hasta antes de que brote la palabra de mi lengua, ¡oh Señor!, Tú ya sabes lo que quiero decir» *(Salmo 139:1-4).* Se cuenta que una vez una chiquilla estaba oyendo un sermón de C. H. Spurgeon, y le susurró a su madre: «Mamá, ¿cómo sabe él lo que pasa en casa?» No hay tapujos ni disfraces que oculten de la mirada de Cristo. Él puede ver hasta lo profundo del corazón humano. Y no sólo ve lo malo, sino también al héroe que hay dormido en el alma de todas las personas. Es como el cirujano que ve la parte enferma, y lo sana que quedará cuando se quite el mal.

(iii) El primer impulso de la Samaritana fue compartir su

descubrimiento. Cuando encontró a aquella Persona tan mara.4 villosa, se sintió impulsada a decírselo a otros. La vida cristiana se basa en dos pilares: el descubrimiento y la comunicación!: El descubrimiento no es completo hasta que nos llena el corazón del deseo de comunicarlo; y no podemos comunicar a Cristo a otras personas a menos que Le hayamos descubierto por nosotros mismos. Lo primero de todo es encontrar, luego contar; son los dos grandes pasos de la vida cristiana.

(iv) El deseo de contarles a otros su descubrimiento acabó con su sentimiento de vergüenza. No cabe duda de que era una marginada: El mismo hecho de que tuviera que ir a sacar agua de aquel pozo tan lejano del pueblo demuestra que sus vecino la evitaban, y ella tenía que hacer lo mismo con ellos. Pero entonces fue corriendo a contarles su descubrimiento. Una persona puede tener algún problema que le da corte mencionar y que trata de mantener secreto; pero una vez que lo ha superado, está a menudo tan llena de alegría y de agradecimiento que tiene libertad para contárselo a todo el mundo. Uno puede que haya estado siempre tratando de esconder su pecado; pero una vez que descubre a Jesucristo como su Salvador, su primer impulso es decirles a los demás: «¡Mira cómo era antes, y mira cómo soy ahora!. ¡Y todo se lo debo a Cristo!»

EL ALIMENTO MÁS NUTRITIVO

Juan 4:31-34

Mientras, Sus discípulos Le estaban diciendo a Jesús: -¡Rabí, come algo!
-Yo tengo una comida -les contestó Jesús- que vosotros no sabéis.
-¿No será que Le habrá traído alguien de comer? -se dijeron entre sí los discípulos.
Mi comida -les dijo Jesús- es hacer la voluntad del Que Me ha enviado, y acabar Su Obra.

Este pasaje sigue el esquema normal de las conversaciones del Cuarto Evangelio: Jesús dice algo que no se Le entiende, porque tiene un sentido espiritual. En un principio se toma con un literalismo que no hace sentido; y luego, poco a poco, Jesús va desvelando el significado hasta que se entiende y asume. Es exactamente lo mismo que hizo Jesús hablando con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento, y con la Samaritana acerca del agua que apaga definitivamente la sed.

Para entonces, los discípulos habían vuelto con provisiones, y Le dijeron a Jesús que comiera algo: Le habían dejado tan cansado y exhausto que se preocuparon al verle con tan poco interés en probar lo que habían traído. Es sorprendente cómo una gran tarea puede elevar a una persona por encima y más allá de las necesidades corporales. El gran luchador por la libertad de los esclavos, Wilberforce, fue toda la vida un tipo pequeño, insignificante y enfermizo. En la Cámara de los Comunes, sus señorías casi siempre sonreían al descubrir apenas cuando se ponía en pie para hablar; pero cuando empezaban a salir raudales de fuego y de poder de aquella figurilla, el lugar estaba abarrotado y en suspense. Como decían, «el alevín se volvía una ballena.» Su mensaje, su misión, la llama de la verdad y la dinámica del poder conquistaban su debilidad física. Hay un cuadro de John Knox predicando en su ancianidad. Era un hombre acabado físicamente; tan débil, que tenían que subirle casi en vilo por los peldaños del púlpito, y dejarle apoyándose en el atril. Pero, poco después de empezar a predicar, su voz ya había recuperado su antigua potencia de trompeta, y parecía que iba a reducir el púlpito a astillas de los puñltazos que le daba, y salirse de un salto de él. El mensaje infundía en el hombre una especie de fuerza sobrenatural.

Jesús les dijo a Sus discípulos que Él tenía una convida que ellos no sabían. En su simplicidad, se preguntaban si sería que alguien Le habría traído comida. Entonces les dijo: « Mi comida es hacer la voluntad del Que Me envió.»

La gran clave de la vida de Jesús era la sumisión a la voluntad de Dios. Es único porque es la única Persona Que

ha habido o habrá jamás perfectamente obediente a la voluntad de Dios. Bien se puede decir que Jesús es la única Persona en todo el mundo que no hizo nunca lo que quería, sino siempre lo que Dios quería.

Era el Enviado de Dios. Una y otra vez, ése es el título que se Le da en el Cuarto Evangelio. Hay dos palabras griegas que se usan en este evangelio que significan *enviar: apostellein,* que aparece *17* veces, y pempein, *27.* Es decir, que no menos de *44* veces se nos dice, o se nos presenta a Jesús diciendo, que Dios Le había enviado. Jesús estaba bajo órdenes. Era el Hombre de Dios.

Así que, cuando vino Jesús al mundo, una y otra vez habló de la misión que se Le había confiado. En *Juan* 5:36, habla de las obras que el Padre Le había dado para hacer. En *17:4,* dice que Su único mérito es que ha acabado la obra que el Padre Le había dado para hacer. Cuando habla de poner y de volver a tomar su vida, es decir, de morir y de resucitar, dice: < Este es el mandamiento que he recibido de Mi Padre» *(10:18).* Habla constantemente, como aquí, de *la voluntad de Dios.* < He bajado del Cielo -dice-, no para hacer mi propia voluntad, sino la del Que Me envió» *(6:38).* < *Yo* hago siempre -dicelo que a Él le parece bien» *(8:29).* En *14:23* establece, por Su propia experiencia personal y de acuerdo con Su ejemplo, que la única prueba de amor está en cumplir los mandamientos del Que uno pretende amar.

La obediencia de Jesús no era, como tan a menudo la nuestra, intermitente. Era la misma esencia y el ser, el manantial y el corazón, la dinámica y el motor de Su vida.

Es Su gran deseo que seamos como Él fue y es.

(i) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce a la paz. No puede haber paz cuando se está en desacuerdo con el Soberano del Universo.

(ii) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce a la felicidad. No puede haber felicidad cuando la ignorancia humana se enfrenta con la sabiduría de Dios.

(iii) Hacer la voluntad de Dios es lo único que conduce al poder. Cuando seguimos el camino que hemos elegido nosotros, no podemos contar más que con nuestro propio poder, y por tanto nos colapsamos inevitablemente. Cuando seguimos el camino que Dios tiene para nosotros, contamos con Su poder, y por tanto la victoria es segura.

EL SEMBRADOR, LA COSECHA Y LOS SEGADORES

Juan 4:35-38

> *-¿No es verdad que tenéis costumbre de decir: «Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega» ? -les siguió diciendo Jesús a sus discípulos-. ¡Fijaos! Yo os digo que alcéis la mirada para contemplar los campos, porque ya están blancos para la siega. El cosechador recibe la recompensa de su trabajo, y almacena un producto que vale para la vida eterna, para que se alegren juntos el que siembra y el que siega. Aquí se confirma el dicho: «A uno le toca sembrar, y a otro segar. > Yo os he mandado a segar una cosecha en la que no habéis labrado. Son otros los que la han labrado, y vosotros os habéis incorporado a sus labores.*

Todo lo que estaba sucediendo en Samaria Le había dado a Jesús la visión de un mundo listo para ser cosechado para Dios. Cuando dijo: «Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega» no tenemos que pensar que estaba refiriéndose a la época del año que era entonces en Samaria. Si hubiera sido así, habría sido hacia el mes de enero. No habría hecho aquel calor agotador; y no habría habido escasez de agua; no se habría necesitado un pozo para encontrarla, porque habría sido la estación lluviosa, y habría habido abundancia de agua.

Lo que Jesús está haciendo es citar un refrán. Los judíos dividían el año agrícola en seis partes, cada una de las cuales duraba dos meses: siembra, invierno, primavera, cosecha, verano y calor extremo. Jesús está diciendo: < Tenéis un proverbio: después de sembrar tenéis que esperar por lo menos cuatro meses hasta que llega la siega.» Y entonces Jesús eleva la mirada. Sicar está en medio de una región que sigue siendo famosa por sus cereales. La buena tierra para la agricultura no abundaba en la pedregosa y rocosa Palestina; casi en ninguna otra parte del país podía uno levantar la mirada y ver los campos ondulantes de cereales. Jesús recorrió aquellos campos con la mirada, señalándolos con la mano. «¡Fijaos! -les dijo a Sus discípulos-. Los campos ya están blancos y listos para la siega. Lo normal es que la cosecha tarde cuatro meses en crecer y madurar; pero en Samaria ya podéis ver que está lista para la siega.»

En este caso Jesús está pensando en el contraste que hay entre la naturaleza y la gracia. En la cosecha natural, había que sembrar y esperar; pero en Samaria todo había sucedido con tal divina celeridad que se había sembrado la Palabra y al momento ya estaba lista la cosecha. H. V. Morton, el famoso autor de libros de viajes por las tierras bíblicas, hace una sugerencia especialmente interesante en relación con los campos blancos para la siega. Él mismo se había sentado en este lugar en que se encuentra el pozo de Jacob; y, mientras estaba allí descansando, vio salir a la gente de un pueblo y empezar a subir la colina. Venían en grupos pequeños, y todos llevaban chilabas blancas que la brisa mecía. Es posible que eso fuera lo que sucedió en esta historia, y que Jesús viera a los samaritanos que venían a conocerle corriendo por los campos y sujetándose las túnicas con los brazos extendidos para correr mejor, en respuesta al testimonio de la Samaritana. Y entonces Jesús dijo: « ¡Mirad los campos! ¡Fijaos cómo están ahora! ¡Están blancos para la siega!» La multitud que venía con sus ropas blancas era la cosecha que Jesús estaba deseando recoger para Dios.

Jesús siguió diciéndoles que lo increíble había tenido lugar: el sembrador y el segador se podían alegrar al mismo tiempo. Era algo que nadie podía esperar. Para los judíos la siembra era triste y laboriosa; era la siega la que era alegre. «¡Que los que siembran con lágrimas sieguen con gritos de alegría! El que sale llorando, llevando la preciosa simiente, volverá a casa dando gritos de alegría, trayendo sus gavillas» (Salmo 136:5s).

Aquí hay algo escondido bajo la superficie. Los judíos soñaban con la edad de oro, la era por venir, la edad de Dios, cuando el mundo sería todo de Dios, cuando habrían desaparecido el pecado y el dolor, y Dios reinaría supremo. Amós pintaba el cuadro de la siguiente manera: « He aquí vienen días, dice el Señor, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente» (Amós 9:13). «Vuestra trilla alcanzará a la vendimia, y la vendimia alcanzará a la sementera» *(Levítico* 26:5). Era parte del sueño de la edad dorada el que la siembra y la siega, la sementera y la recolección estarían tan próximas que se pisarían los talones. Habría tal fertilidad que los viejos largos días de espera se habrían terminado. Podemos advertir lo que Jesús está apuntando gentilmente. Sus palabras no son ni más ni menos que la proclamación de que, con Él, la edad dorada ha amanecido; el esperado tiempo de Dios está presente: el tiempo en que se anuncia la Palabra y se siembra la semilla y la cosecha está lista para la recolección.

Había otra enseñanza en aquella situación, y Jesús la conocía bien: «Hay otro proverbio -les dijo- que es igualmente cierto: «Uno siembra y otro siega.»» Y de allí procedió a hacer dos aplicaciones prácticas.

(a) Les dijo a Sus discípulos que recogerían una cosecha que se habría producido sin su colaboración. Quería decir que El estaba sembrando la semilla; que en Su Cruz, por encima de todo, se sembraría la semilla del amor y del poder de Dios, y que llegaría el día cuando Sus discípulos salieran por el mundo a recoger la cosecha que Su vida y muerte habrían sembrado.

(b) Les dijo a Sus discípulos que llegaría el día cuando *ellos* sembrarían y otros recogerían. Llegaría el día en que la Iglesia Cristiana enviaría evangelistas; ellos no verían la cosecha; algunos morirían mártires; pero la sangre de los mártires sería la semilla de la Iglesia. Es como si dijera: «Algún día labraréis, y no veréis el resultado. Algún día sembraréis y desapareceréis de la escena antes que haya granado la cosecha. ¡No tengáis miedo! ¡No os desaniméis! La siembra no será en vano, ni se perderá la semilla. Otros verán la cosecha que no se os concedió ver a vosotros.»

Así que en este pasaje hay dos cosas.

(i) Se hace notar *una oportunidad.* La cosecha está esperando que la recojan para Dios. Hay momentos de la Historia en los que la gente está extraña y curiosamente sensible a Dios; o, como decía Ortega, en que «Dios está a la vista». ¡Qué tragedia sería que la Iglesia de Cristo dejara de recoger Su cosecha en ese tiempo!

(ii) Se hace notar *un desafío.* A muchos se les concede sembrar, pero no segar. Muchos ministerios tienen éxito, no porque tengan fuerza ni mérito, sino por alguna persona santa que vivió y predicó y murió y dejó una influencia que se hizo mayor en su ausencia que en su presencia. Muchos tienen que trabajar sin ver el resultado de sus labores. Una vez me enseñaron una finca que era famosa por sus adelfas. El dueño las amaba y conocía cada planta por su nombre. Me enseñó algunas semillas que tardarían veinticinco años en florecer. Él tenía cerca de setenta y cinco años, y no vería su belleza, *pero otras personas sí.* Ningún trabajo ni ninguna empresa que se emprenden para Cristo será un fracaso. Si nosotros no vemos el resultado de nuestros esfuerzos, otros lo verán. No cabe el desánimo en la vida cristiana.

EL SALVADOR DEL MUNDO

Juan 4:39-42

Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesús por lo que les había dicho la mujer, que daba testimonio diciendo:

- ¡Me dijo todo lo que había en mi vida!

Así que, cuando los samaritanos vinieron a conocer a Jesús, Le pidieron que se quedara entre ellos, y se quedó allí dos días. Y creyeron en Él muchos más cuando Le oyeron; y le dijeron a la mujer:

- Ya no creemos por lo que tú nos has dicho, sino porque Le hemos escuchado por nosotros mismos, y no nos cabe la menor duda de que Él es de veras el Salvador del mundo.

En los acontecimientos que tuvieron lugar en Samaria tenemos el esquema de cómo se extiende muchas veces el Evangelio. En la historia de la implantación de la fe entre los samaritanos tenemos tres etapas.

(i) Hubo una presentación. Fue la Samaritana la que les presentó a Cristo a los samaritanos. Aquí vemos plenamente desarrollada la necesidad que Dios tiene de nosotros. Pablo dijo: « ¿Cómo van a creer si no hay quién les predique?» *(Romanos 10:14)*. La Palabra de Dios tiene que irse transmitiendo de persona a persona. Dios no puede hacerles llegar Su Mensaje a los que nunca lo han oído a menos que tenga alguien que se lo lleve.

Él no tiene más manos que las nuestras para hacer hoy Su Obra; No tiene más pies que los nuestros para guiar a la gente en Su camino;

Él no tiene más voz que la nuestra para decirle al mundo cómo murió; Él no tiene más ayuda que la nuestra para guiarlos hasta Él.

Es al mismo tiempo nuestro gozoso privilegio y nuestra irrenunciable responsabilidad el llevarle a Cristo a las personas. No puede haber presentación a menos que haya alguien que presente a Cristo. Además, la presentación hay que hacerla sobre la base del testimonio personal. La mujer iba gritando: « ¡Fijaos en lo que ha hecho por mí y en mí!> No era de una teoría de lo que hablaba, sino de un poder dinámico y transformador. La Iglesia se podrá extender hasta que los reinos del mundo lleguen a ser el Reino del Señor sólo cuando hombres y mujeres experimenten por sí mismos el poder de Cristo, y luego les transmitan esa experiencia a otros.

(ii) Había un contacto personal cada vez más íntimo y un conocimiento que iba en aumento. Una vez que Se les presentó a Cristo a los samaritanos, ellos mismos Le buscaron; buscaron Su presencia y Su compañía. Le pidieron que se quedara con ellos hasta que aprendieran de Él y llegaran a conocerle mejor. Es verdad que hay que empezar por presentar a Cristo; pero no lo es menos que, cuando Se le ha presentado a una persona, ella tiene que seguir viviendo en la presencia de Cristo por sí misma. Nadie puede pasar esa experiencia por otro. Puede que sean otros los que nos guíen a la amistad con Cristo, pero debemos buscar y disfrutar de esa amistad por nosotros mismos.

(iii) Hubo descubrimiento y entrega. Los samaritanos descubrieron en Jesús al Salvador del mundo. Es posible que no lo dijeran con esas mismas palabras. Juan estaba escribiendo después de muchos años, y estaba expresando el descubrimiento de los samaritanos con sus propias palabras, que rezumaban el aroma de toda una vida de comunión con Cristo y de meditación acerca de Él bajo la dirección del Espíritu Santo. Juan es el único que usa este glorioso título de Jesús. Lo encontramos aquí y en 1 *Juan 4:14*. Para Juan era el título de Jesús por antonomasia.

Este título no lo inventó Juan. En el Antiguo Testamento a Dios se Le llama Salvador, Dios de Salvación. Este título se aplicaba también a muchos dioses griegos. Cuando Juan estaba escribiendo, al emperador romano se le otorgó el título de

Salvador del Mundo. Es como si Juan dijera: «Todo lo que veníais soñando se ha hecho realidad en Jesús.>

Haremos bien en no olvidar este título. Jesús no era simplemente *un profeta* que transmitiera con palabras un mensaje de Dios. Tampoco era simplemente *un psicólogo experto* que tuviera una habilidad extraordinaria para descubrir lo que hay en la mente humana. Es cierto que dio muestras de poseer esa cualidad en el caso de la Samaritana; pero hizo mucho más. Él no era simplemente *un ejemplo.* No vino sólo a presentarle a la humanidad cómo había que vivir la vida. Un gran ejemplo puede ser descorazonador y frustrante cuando nos deja impotentes para seguirlo.

Jesús era y es El *Salvador.* Él es el único que puede rescatar a las personas de la situación terrible y desesperada en que se encuentran; el único que puede romper las cadenas que tienen aherrojadas a las personas a su pasado, y darles poder para enfrentarse con el futuro. La Samaritana es en realidad un buen ejemplo de cómo actúa el poder salvador de Jesús. La población donde vivía ya la tendría probablemente por una persona irreformable;. y seguramente ella misma estaría de acuerdo en que jamás sería capaz de llevar una vida respetable. Pero llegó Jesús, y la rescató por partida doble: la capacitó para que se desligara de su pasado, y la introdujo a una nueva vida desde allí en adelante. No hay título que Le corresponda a Jesús mejor que El Salvador del Mundo.

EL ARGUMENTO IRREFUTABLE

Juan 4:43-45

> *Dos días después, Jesús se marchó de allí y se fue a Galilea. Jesús mismo confesaba que a ningún profeta se le reconoce en* su *propio país. Sin embargo, cuando llegó a Galilea, los galileos Le dieron la bienvenida; porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, porque ellos también habían ido a la fiesta.*

Los tres evangelios sinópticos contienen el dicho de Jesús de que a un profeta no se le reconoce en su propia tierra *(Marcos 6:4; Mateo 13:57; Lucas 4:24)*. Era un antiguo y conocido refrán, pero Juan lo introduce en un contexto diferente. En los otros evangelios está en pasajes en los que se cuenta que Jesús fue rechazado por Sus propios paisanos galileos, mientras que Juan lo pone aquí en una ocasión en que Le aceptaron.

Ya hemos visto que Jesús había salido de Judea y se había dirigido a Galilea para evitar la controversia que estaba provocando Su creciente popularidad. La hora del conflicto no había llegado *(Juan 4:1-4)*. Puede ser que Jesús se marchara a Galilea esperando poder retirarse a descansar. Y puede ser que en Galilea pasara exactamente lo mismo que había sucedido en Samaria y que hubiera una respuesta positiva a Su enseñanza. Puede ser que nos encontremos aquí con una de las diferencias del Cuarto Evangelio con respecto a los otros tres. Ya hemos visto que Juan nos relata el ministerio de Jesús en Judea, mientras que los sinópticos se limitan exclusivamente a Su ministerio en Galilea. Jesús era judío, de la tribu de Judá y nacido en la ciudad de David, Belén, aunque este hecho no lo sabían los judíos *(7.42),* que daban por supuesto que Jesús era galileo porque venía de Nazaret, donde había vivido casi toda Su vida; y de ahí que Le llamaran Jesús Nazareno. Así que es posible que Jesús citara el refrán del profeta que no es reconocido en su tierra refiriéndose a Su experiencia en Judea. En los otros evangelios también se presenta Su éxito inicial en Galilea, lo que se suele llamar *La primavera galilea.*

Sea como fuere, este pasaje y el precedente nos presentan el argumento irrefutable a favor de Cristo. Los samaritanos creyeron en Jesús, no por lo que les dijo otra persona, sino porque ellos mismos Le oyeron hablar de cosas nunca jamás oídas. Los galileos creyeron en Jesús, no por lo que les dijera otra persona acerca de El, sino porque Le vieron hacer en Jerusalén cosas que no se habían visto en la vida. Lo que Jesús decía y hacía eran credenciales a las que no se podía oponer nada.

Aquí tenemos una de las grandes verdades de la vida cristiana. *La única prueba convincente del Evangelio es la experiencia cristiana.* Puede que a veces tengamos que discutir con la gente hasta que las barreras intelectuales que han levantado se les vengan abajo y se rinda la ciudadela de su mente. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, lo único realmente convincente es decir: «Yo sé cómo es Jesús, y lo que puede hacer. Todo lo que te puedo decir es que, si Le ofreces una oportunidad en tu vida, ya verás lo que te sucede.» El evangelismo realmente eficaz empieza cuando podemos decir: «Yo sé lo que Cristo ha hecho por mí. -Y añadimos-: Ofrécele una oportunidad, y verás lo que puede hacer por ti.»

Aquí nos encontramos otra vez con la tremenda responsabilidad que- nos corresponde. Nadie es probable que quiera hacer la prueba a menos que vean su eficacia en nuestra vida. No servirá de mucho el decirle a los demás que Cristo puede traer a su vida gozo y paz y poder, cuando nuestra vida es lúgubre, angustiada y derrotada. Los demás se convencerán de que vale la pena entregarse a Cristo solamente cuando vean que para nosotros ha conducido a una experiencia que da envidia.

LA FE DE UN DIPLOMÁTICO

Juan 4:46-54

Así es que Jesús llegó otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.

Y había allí en Cafarnaún un cierto diplomático cuyo hijo estaba enfermo. Cuando este hombre supo que había venido Jesús de Judea a Galilea, se dirigió a Él para pedirle que fuera a su casa a curar a su hijo que estaba muriéndose.

Jesús le dijo:

-¿Es que no vais a creer más que si veis señales y milagros?

-Señor, ven antes que se ***muera mi mozo -le dijo***

el funcionario; a lo que Jesús le contestó:-

-¡Vete con Dios, hombre, que tu hijo ya está bueo.

Él creyó lo que le dijo Jesús, y se volvió a su casa.

Antes de que llegara, sus esclavos le salieron al encuentro y le dijeron:

-¡Tu hijo está vivo y bien!

Él entonces les preguntó a qué hora se había puesto mejor, y le dijeron:

Ayer, a la una de la tarde, se le fue la fiebre.

EL padre se dio cuenta de que a esa hora había sido cuando Jesús le había dicho: «¡Tu hijo está vivo!», y creyeron en Jesús él y toda su familia.

Esta fue la segunda señal, y Jesús la hizo después de volver de Judea a Galilea.

Casi todos los comentaristas creen que ésta es otra versión de la historia de la curación del siervo del centurión que se encuentra en *Mateo 8:5-13* y en *Lucas 7.-1-10;* pero hay diferencias notables entre las dos que nos justifican el tratarla como una historia independiente. Algunos detalles de la conducta del funcionario son un ejemplo para todos.

(i) Aquí tenemos a un diplomático que acudió a un carpintero. La palabra griega es *basilikós,* que podría significar que era un reyezuelo; pero se usa para funcionarios del rey, y lo más probable es que se tratara de un hombre de posición elevada en la corte de Herodes. Jesús, por el contrario, no era más que un carpintero del pueblo de Nazaret. Además, Jesús estaba en Caná, y este hombre vivía en Cafamaún, que estaba a 35 kilómetros. Por eso le llevó tanto tiempo el volver a su casa.

No se puede imaginar una historia más peregrina que la de un alto funcionario que recorre treinta y cinco kilómetros a toda prisa para pedirle un favor a un carpintero de pueblo. Lo primero y principal es que este aristócrata se tragó su orgullo. Tenía una necesidad angustiosa, y ni los convencionalismos ni el protocolo le impidieron acudir a Jesús con su necesidad. Su gesto causaría sensación, pero a él no le importaba el qué dirán con tal de obtener la ayuda que tanto necesitaba. Si queremos de veras la ayuda que Jesús nos puede dar, tenemos que ser lo suficientemente humildes para tragarnos nuestro orgullo y no tener en cuenta lo que diga la gente.

(ii) Aquí tenemos a un diplomático que se negaba a darse por vencido. Jesús le recibió con lo que a primera vista parecería un jarro de agua fría, diciéndole que hay gente que no cree a menos que se la provea de señales y milagros. Puede que Jesús dirigiera esas palabras más a la multitud que se habría reunido a ver en qué paraba todo aquello que al diplomático mismo. Es probable que hubiera muchos curiosos.

Pero Jesús tenía una manera de asegurarse de que una persona iba en serio. Así actuó con la sirofenicia *(Mateo 15: 2128). Si* aquel hombre se hubiera dado la vuelta presumido y airado, si hubiera sido demasiado orgulloso para escuchar la advertencia, si hubiera cedido al desaliento a la primera, Jesús se habría dado cuenta de que su fe no era auténtica. Uno tiene que tomar su situación sinceramente en serio para poder recibir la ayuda de Cristo.

(iii) Aquí tenemos a un diplomático que tenía fe. No era fácil emprender el camino de vuelta a casa sin llevarse más que la palabra de Jesús de que su chaval se iba a poner bueno. Ahora se empieza a tomar en serio el poder del pensamiento y de la telepatía, y nadie negaría este milagro simplemente porque se realizó a distancia; pero tiene que haberle sido difícil al diplomático. Pero tenía la fe suficiente para recorrer otra vez los treinta y cinco kilómetros no llevando nada más que la palabra de Jesús para confortarle el corazón.

Es de esencia de la fe el creer que lo que Jesús dice es verdad. A menudo se tiene una especie de anhelo vago de que fueran verdad las promesas de Jesús; pero la única manera de entrar de veras en ellas es creerlas como el náufrago que se aferra a lo que sea que le pueda salvar. Si Jesús dice algo, no es que *a lo mejor* es verdad; ¡es que *tiene que ser* verdad!

(iv) Aquí tenemos a un diplomático que se entregó. No fue un hombre que Le sacó a Cristo lo que quería, y luego se fue y se olvidó. El y todos los suyos creyeron. No le sería fácil a él, porque el que Jesús fuera el Mesías iría a contrapelo con todas sus ideas preconcebidas. Ni le sería fácil confesar su fe en Jesús en la corte de Herodes. Tendría que soportar que se rieran y burlaran de él; y hasta que le tomaran por chalado.

Pero este diplomático se enfrentaba con los hechos y los aceptaba. Había experimentado lo que Jesús podía hacer, y no le quedaba más que rendirse a los hechos. Había empezado por un sentimiento de necesidad desesperada, que Jesús le había solucionado; y su sentimiento de necesidad había dejado paso a otro de agradecimiento y amor desbordante. Esa debe ser la historia de cualquier vida cristiana.

Casi todos los investigadores del Nuevo Testamento creen que en este punto se han colocado equivocadamente los capítulos del Cuarto Evangelio. Mantienen que el capítulo 6 debería venir *antes* que el 5. La razón es que el capítulo 4 termina con Jesús en Galilea *(Juan 4:54);* el capítulo 5 empieza con Jesús en Jerusalén; el capítulo 6 nos presenta a Jesús otra vez en Galilea, y el 7 empieza dándonos a entender que Jesús acababa de venir a Galilea a causa de la oposición que había tenido que arrastrar en Jerusalén. Los cambios de Jerusalén a Galilea resultan difíciles de seguir. Por otra parte, el capítulo 4 termina: < Esta fue la segunda señal, y Jesús la hizo después de volver de Judea a Galilea» (4:54). El capítulo 6 empieza: «Después de esto, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea», que sería una secuencia natural. El capítulo 5 nos presenta entonces a Jesús dirigiéndose a Jerusalén para una fiesta, y encontrándose con problemas muy senos con las autoridades judías. Se nos dice de hecho que desde aquel momento empezaron a perseguirle (5:10). Luego, el capítulo 7 empieza diciendo que Jesús se movía por Galilea, y «no quería ir a Judea porque los judíos querían matarle» (7:1).

Aquí no hemos alterado el orden; pero debemos notar que el tomar el capítulo 6 antes del 5 presenta un orden de acontecimientos más natural y fácil de seguir.

LA IMPOTENCIA HUMANA Y EL PODER DE CRISTO

Juan 5:1-9

Más adelante se celebraba una de las fiestas de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas, una piscina con cinco pórticos que se llama en hebreo Betesda. En esos pórticos yacía una verdadera multitud de enfermos de todas clases, ciegos, tullidos y paralíticos (que estaban esperando ansiosamente que se agitara el agua; porque de tiempo en tiempo descendía a la piscina un ángel del Señor

que removía el agua, y el primero que se metiera cuando se movía el agua se curaba de cualquier dolencia que le aquejara).

Y había allí un pobre hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Y cuando Jesús le vio tirado allí, sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dijo:

-¿Quieres ponerte bueno?

-Señor -Le contestó el enfermo-, no tengo a nadie que me meta deprisa en la piscina cuando se agita el agua; cuando intento llegar, ya se ha metido otro antes.

-¡Levántate, recoge tu camastro y ponte a andar! -le dijo Jesús. Y el hombre se puso bueno, recogió su camilla y echó a andar.

Había tres fiestas de guardar: La Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Todos los varones judíos adultos que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén tenían obligación de asistir. Si consideramos que el capítulo 6 debe estar antes que el 5, deduciremos que la fiesta era Pentecostés, porque lo que se relata en el capítulo 6 sucedió cerca de la Pascua *(Juan 6:4)*. La Pascua era en el primer plenilunio después del equinoccio de primavera, cuando es ahora la Semana Santa, y Pentecostés siete semanas después. Juan nos presenta a Jesús asistiendo a las fiestas judías, porque tenía el debido respeto a las obligaciones de la religión de Israel; y sus fiestas no Le parecían una molesta obligación sino una deliciosa oportunidad para participar en el culto de su pueblo.

Cuando Jesús llegó a Jerusalén estaba, al parecer, solo. Por lo menos no se menciona a Sus discípulos. Se dirigió a la famosa piscina, que se llamaba *Bethesdá,* que quiere decir Casa de Misericordia, o más probablemente *Bethzathá,* que quiere decir Casa del Olivo, o almazara. Los mejores manuscritos tienen el segundo nombre, y sabemos por Josefo que había un barrio de Jerusalén que se llamaba así. La palabra para piscina es *kolymbéthra,* del verbo *kolymban, tirarse de cabeza.* Era lo bastante honda para que se pudiera nadar.

El trozo que hemos puesto entre paréntesis no está en ninguno de los mejores manuscritos, y es posible que fuera una interpolación posterior para explicar la presencia de tantos enfermos. Por debajo de la piscina había una corriente subterránea que a veces borbollaba y se agitaba. Se creía que aquello lo producía un ángel, y que el primero que se metiera en el agua después del borbolleo se curaba de cualquier enfermedad que le aquejara.

Esto parece mera superstición; pero era la clase de creencia que se había extendido por todo el mundo antiguo y que todavía existe en algunos lugares. Se creía en toda clase de espíritus y demonios. El aire estaba lleno de ellos. Tenían su morada en ciertos lugares: árboles, ríos, colinas y estanques tenían sus residentes espirituales.

Además, a los pueblos antiguos les impresionaba especialmente la santidad de las aguas, y especialmente la de los ríos y las fuentes. El agua era tan valiosa, y los ríos, por otra parte, podían ser tan poderosos, que no nos sorprende que impresionaran tanto. En el Oeste puede que no sepamos más que el agua sale de los grifos;. pero en el mundo antiguo, y en muchos lugares hoy en día, el agua es el elemento más valioso y potencialmente el más peligroso.

Sir J. G. Frazer, en su obra *El folclor en el Antiguo Testamento* (en inglés, ii, 412-423), cita muchos ejemplos de esta reverencia que inspira el agua. El gran poeta griego Hesíodo decía que, cuando una persona está a punto de vadear un río, debe rezar y lavarse las manos; porque, cuando se vadea un río con las manos sucias se incurre en la ira de los dioses. Cuando el rey persa Jerjes llegó al Estrimón, en Tracia, sus magos sacrificaron caballos blancos e hicieron otras ceremonias antes de aventurarse a cruzar. El general romano Lucilo sacrificó un toro al río Éufrates antes de cruzarlo. Hasta el día de hoy en el Sudeste de Africa algunas de las tribus bantu creen que los ríos. están habitados por espíritus malignos que es necesario propiciar echando al río un manojo de cereal o alguna otra ofrenda antes de cruzarlo. Cuando se ahogaba alguien en un río se decía que «le habían llamado los espíritus.» Los baganda de Africa central no harán nada para rescatar a una persona que es arrastrada por el río porque piensan que son los espíritus los que la han arrebatado. Los que estaban esperando la movida del agua en la piscina de Jerusalén eran hijos de su tiempo y tendrían las ideas de su tiempo.

Puede que, mientras Jesús iba pasando por allí, Le indicaran al enfermo de la historia como caso especialmente lastimoso porque su condición hacía muy difícil, y aun imposible, el que llegara al agua el primero después del borbolleo. No tenía a nadie que le ayudara, y Jesús fue siempre el amigo y el ayudador de los desamparados. No se molestó en echarle un sermón sobre la inutilidad de aquella superstición y de esperar la movida del agua. Su único deseo era ayudar, así es que sanó al que llevaba tanto tiempo enfermo.

En este historia vemos claramente las condiciones en que operaba el poder de Jesús: daba la orden a la gente y, en la medida en que Le obedecían, el poder actuaba en ellos.

(i) Jesús empezó por preguntarle al hombre si quería ponerse bien. No era una pregunta tan absurda como parece. Aquel hombre había estado esperando treinta y ocho años, y bien podía ser que hubiera perdido toda esperanza y se encontrara sumido en una desesperación lúgubre y pasiva. En lo íntimo de su corazón, el hombre podía haberse resignado a seguir inválido; porque, si se curaba, tendría que arrostrar todas los azares y responsabilidades de la vida laboral. Hay enfermos para quienes la invalidez no es desagradable, porque viven a expensas de otros que trabajan y se preocupan. Pero la respuesta de este hombre fue inmediata: quería estar bueno, aunque no sabía cómo, porque no tenía a nadie que le pudiera ayudar.

La primera condición para recibir el poder de Jesús es desearlo intensa y sinceramente. Jesús dice: «¿Estás seguro de que quieres cambiar?» Si en lo más íntimo estamos contentos de seguir como somos, no se producirá el cambio.

(ii) Jesús se dirigió al hombre para decirle que se levantara. Fue como si le dijera: « ¡Hombre: Aplícale tu voluntad, y tú y Yo lo conseguiremos entre los dos!» El poder de Dios nunca exime al hombre del esfuerzo. Es cierto que debemos darnos cuenta de nuestra indefensión; pero en un sentido muy real también es cierto que los milagros suceden cuando nuestra voluntad coopera con el poder de Dios para hacerlos posibles.

(iii) En realidad lo que Jesús le estaba diciendo a aquel hombre era que intentara lo imposible. < ¡Levántate!» -le dijo. Su camastro no sería probablemente más que una esterilla (la palabra griega es *krábbatos,* un término coloquial para *camilla), y Jesús* le dijo que la recogiera o enrollara y se la llevara. El hombre podría haberle dicho a Jesús, con resentimiento ofendido, que hacía treinta y ocho años que era el camastro el que cargaba con él, y que no tenía mucho sentido decirle ahora que fuera él el que cargara con el camastro. Pero hizo el esfuerzo con Jesús, ¡y lo imposible sucedió!

(iv) Este es el camino del éxito. ¡Hay tantas cosas en el mundo que nos derrotan! Cuando deseamos algo intensamente y aplicamos la voluntad al esfuerzo, aunque parezca desesperado, el poder de Cristo acepta la oportunidad, y con Él podemos dominar lo que nos ha tenido dominados mucho tiempo.

Algunos comentaristas toman este pasaje por una alegoría. *El hombre* representa al pueblo de Israel. *Los cinco pórticos* son los cinco libros de la Ley. La gente yace enferma en esos pórticos. La Ley puede diagnosticar el pecado, pero no curarlo; puede revelarle al hombre su debilidad, pero no remediarla. La Ley, como los pórticos, acoge a las almas enfermas, pero no puede darles la salud. *Los treinta y ocho años* representan los treinta y ocho años que los israelitas peregrinaron por el desierto antes de entrar en la Tierra Prometida; o el número de siglos que la humanidad había pasado esperando al Mesías. *El movimiento del agua* representa el bautismo. De hecho, en el arte cristiano primitivo se representa a veces a un hombre saliendo de las aguas del bautismo con una camilla a las espaldas.

Puede que nos sea posible ahora también leer todos esos sentidos entre líneas en esta historia; pero es muy poco probable que Juan la escribiera como una alegoría. Tiene el sello gráfico del hecho real. Pero haremos bien en recordar que cualquier historia bíblica nos enseña mucho más que un hecho histórico. Hay siempre verdades más profundas bajo la superficie, y hasta los relatos más sencillos nos colocan cara a cara con verdades eternas.

LA SANIDAD Y EL ODIO

Juan 5:10-18

Aquel día era sábado; así es que los judíos le dijeron al enfermo al que había sanado Jesús:

-¡Es sábado, y no se te permite cargar con esa cama!

-El Que me puso bueno -les contestó él-fue el Que me dijo: «¡Carga con tu camilla, y echa a andar!»

-¿Quién es el Que te dijo: «Cárgate la cama y anda»? -le preguntaron entonces; y el que había sido curado no sabía Quién era el Que le había curado, porque Jesús se le había perdido de vista entre la multitud considerable que había en el lugar.

Más tarde, Jesús le encontró en el templo, y le dijo: -¡Ten cuidado! Se te ha devuelto la salud; pero no peques más, no sea que te ocurra algo peor todavía.

El hombre se dirigió a los judíos, y les dijo que había sido Jesús el Que le había puesto bueno. Y por eso era por lo que los judíos estaban empeñados en perseguir a Jesús: porque había hecho aquello en sábado. Pero Jesús les replicaba:

Mi Padre sigue Su obra todavía, así es que Yo sigo con la Mía.

Por esto los judíos trataban aún más de encontrar la manera de matarle; porque no sólo tenía por costumbre quebrantar el mandamiento de descansar los sábados, sino que también solía decir que Dios era Su propio Padre, lo que equivalía a hacerse a Sí mismo igual a Dios.

Un pobre hombre había sido sanado de una enfermedad que, humanamente hablando, era incurable. Podríamos suponer que aquello habría causado una alegría y gratitud general; pero algunos lo miraron como algo malo e impío. El que había sido sanado iba por las calles cargando con su camastro; los guardianes de la ortodoxia judía le pararon y le recordaron que el llevar una carga el día de reposo era quebrantar la Ley.

Ya hemos visto lo que hacían los judíos con la Ley de Dios. Era la Ley una serie de grandes principios generales que se dejaba a cada persona el aplicar y cumplir; pero a través de los años los judíos la habían convertido en miles de reglas y prohibiciones. La Ley decía simplemente que había que considerar el sábado como un día especial, y que en él no tenían que hacer ningún trabajo las personas libres, ni sus esclavos, ni sus animales. Los judíos entonces establecieron que había treinta y nueve clases de trabajos, a los que llamaban «trabajos padres», uno de los cuales era llevar cargas.

Se basaban especialmente en dos pasajes. Jeremías había dicho: «Así ha dicho el Señor: Guardaos por vuestra vida de llevar cargas en sábado, o de meterlas por las puertas de Jerusalén. No saquéis cargas de vuestras casas en sábado ni hagáis ningún trabajo; sino santificad el sábado como mandé a vuestros antepasados» *(Jeremías 17:19-27).* Nehemías también se había disgustado porque se trabajaba y se vendían mercancías los sábados, y había colocado guardas en las puertas de Jerusalén para que vieran que no se metían ni sacaban cargas los sábados *(Nehemías 13:15-19).*

Nehemías 13:15 deja perfectamente claro que lo que estaba en cuestión era trabajar el sábado como si fuera un día ordinario. Pero los rabinos de tiempos de Jesús discutían solemnemente que un sastre quebrantaba el sábado si llevaba ese día una aguja, su herramienta de trabajo, prendida en la solapa. Hasta discutían si era lícito llevar dentadura o piernas postizas u otras prótesis en sábado, o estaba prohibido por ser «cargas». Estaban seguros de que no se debía llevar ninguna clase de adornos superfluos los sábados, por la misma razón. Para ellos todas estas minucias eran cuestiones de vida o muerte, así que no les cabía la menor duda de que el hombre de este pasaje estaba quebrantando la ley rabínica al llevar la cama a cuestas en sábado:

Se defendió diciendo que el Que le había sanado le había dicho que lo hiciera, y él ni siquiera sabía que había sido Jesús. Algo más adelante Jesús se le encontró en el templo; y el hombre se dio toda la prisa que pudo para decirles a las autoridades que la Persona en cuestión había sido Jesús. No quería buscarle líos a Jesús; pero la ley rabínica decía literalmente: « Si uno transporta cualquier cosa de un lugar público a una casa privada intencionadamente en sábado, será muerto a pedradas.» Aquel hombre estaba tratando de explicar que no era culpa suya lo que estaba haciendo.

Así es que las autoridades dirigieron sus acusaciones contra Jesús. Los verbos del versículo 18 están en el *tiempo imper*fecto, que describe acciones repetidas en el pasado, como en castellano. Está claro que esta historia nos presenta un ejemplo de algo que Jesús *hacía habitualmente.*

La defensa de Jesús era alucinante. Dios no dejaba de obrar porque fuera sábado, y Él, Jesús, tampoco. Cualquier judío instruido tendría que reconocer la fuerza del argumento. Filón había dicho: < Dios nunca deja de obrar; porque, como le es propio al fuego producir calor y a la nieve frío, así Le es propio a Dios el obrar.» Y otro autor había dicho: < El Sol brilla; los ríos fluyen; los procesos de nacimiento y muerte suceden los sábados lo mismo que los otros días: así es la obra de Dios.» Es verdad que según el relato de la Creación Dios descansó el séptimo día; pero descansó *de la Creación; Sus* obras de juicio y misericordia y compasión y amor prosiguen.

Jesús dijo: «Aunque sea sábado, el amor y la misericordia y la compasión de Dios actúan; y Yo *también.»* Fue esta última afirmación la que escandalizó a los judíos, porque no podía querer decir nada más que la obra de Dios y la de Jesús eran la misma cosa. Parecía que Jesús se estaba colocando en igualdad con Dios. Lo que Jesús estaba diciendo en realidad lo vamos a ver en la sección siguiente; pero por el momento debemos tomar nota de que Jesús enseñaba que siempre hay que ayudar a los necesitados; que no hay tarea más importante que aliviar el dolor o la angustia de alguien, y que la compasión cristiana debe ser como la de Dios: incesante. Otras obras se pueden aplazar, pero no la de la compasión.

Hay otra creencia judía que aparece en este pasaje. Cuando Jesús se encontró con el hombre en el templo le dijo que no pecara más, no fuera que le viniera algo todavía peor. Para un judío, el pecado y el sufrimiento estaban tan unidos como la causa y el efecto. Si uno sufría, sería porque había pecado; y no podría curarse a menos que se le perdonara el pecado. Los rabinos decían: « El enfermo no sale de la enfermedad hasta que se le perdonen sus pecados.» Este hombre podía discutir que había pecado, y se le había perdonado y, por así decirlo, había salido bien parado; y podía seguir diciendo que, como había encontrado a Uno que podía librarle de las consecuencias del pecado, podía muy bien seguir pecando. Había en la Iglesia Primitiva algunos herejes que decían que la libertad cristiana era una licencia para la naturaleza pecadora *(Gálatas 5:13).* Había algunos que seguían pecando con la seguridad de que la gracia no se acababa nunca *(Romanos* 6:1-18). Siempre ha habido personas que han abusado del amor y del perdón y de la gracia de Dios como excusa para pecar. Pero no tenemos más que pensar en lo que costó el perdón de Dios mirando a la Cruz del Calvario para saber que debemos odiar siempre el pecado; pues cualquier pecado quebranta el corazón de Dios.

CREDENCIALES INSOSLAYABLES

Juan 5:19-29

Jesús continuó diciéndoles:

-Os digo la pura verdad: El Hijo no puede hacer nada que proceda de Él mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre. El Hijo actúa de la misma manera que actúa el Padre; porque el Padre ama al Hijo y Le enseña todo lo que Él mismo hace. Y aún Le mostrará obras mayores que éstas, de tal manera que os quedaréis alucinados. Porque, como el Padre resucita a los muertos y los hace vivir otra vez, así también el Hijo hace vivir a los que quiere. Tampoco juzga el Padre a nadie, sino que ha dejado todo el proceso del juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo tampoco honra al Padre Que Le envió.

< Os digo la pura verdad: El que escucha Mi palabra y cree en el Que Me ha enviado tiene la vida eterna, y no está abocado al juicio, sino que ha cruzado de la muerte a la vida.< Os digo la pura verdad: Está para sonar la hora, y ya ha llegado, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y, cuando la oigan, vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, también Le ha dado al Hijo que tenga vida en Sí mismo; y también Le ha dado autoridad para ejercer el proceso del juicio, porque para eso es el Hijo del Hombre. No os sorprendáis de esto; porque está para sonar la hora cuando todos los que estén en las tumbas oirán Su voz, y saldrán; los que hayan obrado el bien saldrán a una resurrección que les dará la vida, mientras que los que hayan obrado indebidamente saldrán a una resurrección que desembocará en el juicio.

Aquí llegamos al primero de los largos discursos del Cuarto Evangelio. Cuando leamos pasajes así debemos recordar que Juan no se propone tanto darnos las mismísimas palabras que dijo Jesús como lo que Jesús quería decir. Juan estaba escribiendo allá por el año 100 d.C. Había pasado setenta años pensando en Jesús y en las cosas maravillosas que había dicho. Muchas de esas cosas no las había entendido del todo cuando se las oyó decir a Jesús; pero; más de medio siglo de meditar bajo la dirección del Espíritu Santo le había enseñado un sentido cada vez más profundo de las palabras de Jesús. Así es que nos presenta, no sólo lo que Jesús dijo, sino también lo que quería decir.

Este pasaje es tan importante que tenemos que estudiarlo primero en conjunto, y luego por secciones.

En primer lugar, pues, vamos a considerarlo en conjunto. Debemos tratar de pensar, no sólo en cómo nos suena a nosotros; sino también en cómo les sonaría a los judíos que lo oyeron por primera vez. Tenían un trasfondo de ideas y pensamientos, de teología y creencias, de literatura y religión, que está muy lejano del nuestro; y, para entender un pasaje como éste, debemos intentar introducirnos en la mentalidad de los judíos que lo oyeron por primera vez. .

Este es un pasaje maravilloso, porque está entretejido con pensamientos y expresiones que son las credenciales de Jesús como el Mesías prometido. Muchas de estas credenciales no las vemos ahora tan claramente, pero estarían tan claras como el agua para los judíos, y los dejarían estupefactos.

(i) La credencial más clara se encuentra en el título de Jesús como Hijo del Hombre. Sabemos que ese extraño título es muy corriente en los evangelios. Tiene una larga historia. Nació en *Daniel 7:1-14*. La versión Reina-Valera traduce correctamente, no El *Hijo del Hombre,* sino un hijo de hombre *(Daniel 7:13)*.

El detalle importante del pasaje estriba en el hecho de que *Daniel* se escribió en días de terror y de persecución, y contiene una visión de la gloria que sucedería algún día al sufrimiento que estaba pasando el pueblo de Dios. En *Daniel 7:1-7,* el vidente describe bajo el simbolismo de bestias a los grandes imperios paganos que han ejercido dominio en el mundo. El león con alas de águila (7:4) representa al imperio de Babilonia; el oso con tres costillas en la boca, como si estuviera devorando un cadáver (7:5), al imperio de Media; el leopardo con cuatro alas y cuatro cabezas (7:6) representa al imperio de Persia; y la bestia grande y terrible de dientes de hierro y diez cuernos (7:7), al imperio de Macedonia. Todos estos poderes terribles pasarán, y la autoridad y el dominio se le darán a uno *semejante a hijo de hombre.* El sentido es que los imperios que han ejercido la soberanía han sido tan salvajes que sólo se los podía describir en términos de bestias feroces; pero va a venir al mundo un poder tan benigno y amable que será humano y no bestial. En *Daniel,* la frase describe la clase de poder que va a gobernar el mundo.

Alguien tendrá que introducir y ejercer ese poder; y los judíos tomaron ese título y se lo aplicaron al Escogido de Dios que algún día traería la nueva era de compasión y amor y paz; y así llegaron a llamar al Mesías esperado El *Hijo del Hombre.* Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgió toda una literatura que trataba de la era dorada por venir.

Una obra que ejerció una influencia especial fue el *Libro de Enoc,* en el que aparece una y otra vez una gran figura que se llama *Aquel Hijo del Hombre,* que está esperando en el Cielo hasta que Dios le envíe a la Tierra para introducir Su Reino y asumir el mando. Así que, cuando Jesús se llamaba a Sí *mismo El Hijo del Hombre,* no estaba haciendo otra cosa que llamarse a Sí mismo el Mesías. Aquí presentaba unas credenciales tan claras que no dejaban lugar a dudas.

(ii) Pero no es que Jesús presente Sus credenciales come el Mesías de Dios sólo en estas palabras, sino que está implícito en frase tras frase. El mismo milagro que había realizado en el paralítico era una señal de que Jesús era el Mesías. La descripción que nos hace Isaías de la nueva edad de Dios incluía que «el cojo saltaría como un ciervo» *(Isaías 35:6). Y* en la visión de Jeremías, cojos y ciegos se reunirían *(Jeremías 31:8s)*.

(iii) Tenemos la declaración que hace Jesús en repetidas ocasiones de que Él resucitará a los muertos y será su juez. En el Antiguo Testamento, Dios era el único que podía resucitar a los muertos y que tenía el derecho de juzgarlos: « Yo, soy Yo, y no hay más dioses a Mi lado: Yo hago morir, y Yo hago vivir» *(Deuteronomio 32:39)*. « El Señor mata y Él da la vida» (1 *Samuel 2:6)*. Cuando el general sirio Naamán acudió a que le curaran de la lepra, el rey de Israel dijo alucinado de desesperación: «¿Soy yo Dios, que mate y dé vida?» *(2 Reyes 5:7).* El poder para hacer morir y vivir pertenecía inalienablemente a Dios; y lo mismo sucedía con el juicio. «El juicio es de Dios» *(Deuteronomio 1:17).*

En el pensamiento de épocas sucesivas, esta función de resucitar y, posteriormente, juzgar a los muertos se le reconoció como una de sus atribuciones al Mesías cuando viniera a inaugurar la nueva era de Dios. *Enoc* dice del Hijo del Hombre: «La

totalidad del juicio se le confió» *(Enoc 69:26s).* Jesús, en nuestro pasaje, dice que los que hayan obrado el bien resucitarán para la vida, y los que hayan obrado el mal resucitarán para la muerte. *El Apocalipsis de Baruc* establece que cuando llegue la era de Dios: «El aspecto de los que ahora obran maliciosamente se pondrá peor de lo que es ahora, porque habrán de sufrir tormento,» mientras que los que han confiado en la Ley y obrado de acuerdo con ella estarán cubiertos de belleza y esplendor» *(Baruc 51:1-4).* Enoc dice que ese día: «La Tierra se rasgará, y todo lo que viva en ella perecerá, y tendrá lugar el juicio de toda la humanidad» *(Enoc 1:5-7). El testamento de Benjamín* dice: «Toda la humanidad resucitará: algunos serán exaltados, y algunos humillados y avergonzados.»

Para Jesús, el hablar así era un acto de un valor sin igual y extraordinario. Tiene que haber sabido que el presentar esas credenciales les sonaría sin duda a blasfemia a los líderes judíos más ortodoxos, y sería atraerse la muerte. Los que oyeran tales afirmaciones no podrían hacer más que una de dos cosas: aceptar a Jesús como el Hijo de Dios, o rechazarle y odiarle como blasfemo.

Ahora vamos a estudiar este pasaje por secciones.

EL PADRE Y EL HIJO

Juan 5:19-20

> *Jesús continuó diciéndoles:*
> *-Os digo la pura verdad: El Hijo no puede hacer nada que proceda de Él mismo, sino sólo lo que ve hacer al Padre. El Hijo actúa de la misma manera que actúa el Padre; porque el Padre ama al Hijo y Le enseña todo lo que ÉL mismo hace. Y aún Le mostrará obras mayores que éstas, de tal manera que os quedaréis alucinados.*

Así empieza la respuesta de Jesús a la acusación que le habían hecho los judíos de que se hacía igual a Dios. Establece tres cosas acerca de Su relación con Dios.

(i) Establece Su *identidad* con Dios. La verdad sobresaliente acerca de Jesús es que en Él vemos a Dios. Si queremos conocer los sentimientos que Dios tiene para con la humanidad, si queremos saber como reacciona ante el pecado, si queremos ver cómo considera la condición humana, no tenemos más que mirar a Jesús. La mente de Jesús es la Mente de Dios; las palabras de Jesús son las palabras de Dios; las acciones de Jesús son las acciones de Dios.

(ii) Esta identidad no se basa tanto en la igualdad como la obediencia total. Jesús no hacía nunca lo que a Él le parecí mejor, sino siempre lo que Dios quería que hiciera. Precisamente porque Su voluntad estaba totalmente sometida a la de Dios es por lo que podemos ver a Dios en Él. Jesús es para con el, lo que nosotros debemos ser para con Jesús.

(iii) Esta obediencia no consiste en sumisión a un poder, sino en *amor.* La unidad entre Jesús y Dios es la unidad del amor: A veces conocemos dos mentes que tienen una misma manera de pensar, o dos corazones que laten al unísono. En términos humanos esa es la descripción perfecta de la relación entre Jesús y Dios. Hay una identidad tan completa de mente y voluntad y corazón que el Padre y el Hijo son Uno.

Pero este pasaje tiene todavía más que decirnos sobre Jesús.

(i) Nos habla de Su completa *confianza.* Está completamente seguro de que lo que la humanidad estaba viendo entonces no era más que el principio. En términos puramente humanos, lo único que podía esperar razonablemente Jesús era la muerte. Las fuerzas de la ortodoxia judía se estaban uniendo en contra suya, y el fin era ya seguro. Pero a Jesús no Le cabía la menor duda de que el futuro estaba en las manos de Dios, y que nadie podía impedirle que hiciera lo que Dios Le había enviado a hacer.

(ii) Nos habla de Su completa *intrepidez.* Era seguro que no Le entenderían. Que Sus palabras inflamarían las mentes de Sus oyentes y pondrían en peligro Su vida estaba fuera de toda cuestión. No habría situación humana en la que Jesús estaría dispuesto a reducir Sus pretensiones o a adulterar la verdad. Presentaría Sus credenciales y diría la verdad sin dejarse intimidar por lo que amenazaran con hacerle. Para Él lo único importante era ser fiel para con Dios, y no el evitar los peligros a que Se pudiera exponer.

VIDA, JUICIO Y HONOR

Juan 5:21-23

> *Porque, como el Padre resucita a los muertos y los hace vivir otra vez, así también el Hijo hace vivir a los que quiere. Tampoco juzga el Padre a nadie, sino que ha dejado todo el proceso del juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre Que Le envió.*

Aquí vemos tres grandes funciones que pertenecen a Jesucristo como Hijo de Dios.

(i) Es *el dador de la vida.* Juan lo dice en un doble sentido. Quiere decir *en el tiempo.* Nadie está plenamente vivo hasta que Jesucristo entra en su vida y él entra en Jesucristo. Cuando hacemos el descubrimiento del reino de la música o de la literatura o del arte o de los viajes, algunas veces decimos que se nos ha abierto un nuevo mundo. Aquella persona en cuya vida ha entrado Jesucristo encuentra que la vida es totalmente nueva. Ha cambiado la persona, sus relaciones personales, su idea del trabajo y del deber y del placer, y su relación con Dios. Y quiere decir *en la eternidad.* Después que haya acabado esta vida, se abre una vida incalculablemente más plena y maravillosa para la persona que ha aceptado a Jesucristo, mientras que para la que Le ha rechazado sólo le espera la separación de Dios que es la muerte eterna. Jesucristo es el dador de la vida tanto en este mundo como en el por venir.

(ii) Es el que trae el juicio. Juan dice que Dios ha confiado todo el proceso del juicio a Jesucristo. Lo que quiere decir es que el juicio de una persona depende de su reacción a Jesús. Si encuentra en Él la única Persona digna de ser amada e imitada, está en el camino de la vida; y si ve en Jesús a un enemigo, se ha condenado a sí misma. Jesús es la piedra de toque en la que todos somos probados; nuestra reacción ante Él es la prueba que divide a la humanidad.

(iii) Es *el que recibe el honor.* Lo más alentador del Nuevo Testamento es su esperanza inextinguible y su certeza indestructible. Nos cuenta la historia de un Cristo crucificado; y, sin embargo, nunca alberga la menor duda de que, al %n, el Crucificado atraerá a Sí a toda la humanidad, y que todos Le conocerán y reconocerán y amarán. En medio de persecuciones y desprecios, a pesar de lo reducido de su número y de la escasez de su influencia, ante el fracaso y la deslealtad, el Nuevo Testamento y la Iglesia Primitiva nunca pusieron en duda el triunfo final de Cristo. Cuando sintamos el ataque de la desesperación haremos bien en recordar que la salvación de la humanidades el plan de Dios, y que nada, a fin de cuentas, podrá hacer fracasar Su voluntad. La mala voluntad humana podrá retrasar, pero no derrotar el propósito de Dios.

ACEPTACIÓN QUIERE DECIR VIDA

Juan 5:24

> *«Os digo la pura verdad: El que escucha Mi palabra y cree en el Que Me ha enviado tiene la vida eterna, y no está abocado al juicio, sino que ha cruzado de la muerte a la vida.*

Jesús dice sencillamente que el aceptarle es la vida, y el rechazarle es la muerte. ¿Qué quiere decir escuchar las palabras de Jesús y creer en el Padre Que Le envió? Para decirlo lo más brevemente posible, quiere decir tres cosas. (i) Quiere decir que Dios es como Jesús nos dice ,que es: que es amor; y es entrar en una nueva relación con El en la que el miedo ha sido desterrado. (ii) Quiere decir aceptar la clase de vida que Jesús nos ofrece, aunque sea difícil y conlleve sacrificios, en la seguridad de que aceptarla es entrar en el camino definitivo que conduce a la paz y a la felicidad, y rechazarla es tomar el camino que conduce infaliblemente a la muerte y al juicio. (iii) Quiere decir aceptar la ayuda del Cristo Resucitado y la dirección del Espíritu Santo, y encontrar así la fuerza para todo lo que implica el camino de Cristo.

Cuando lo hacemos, entramos en tres nuevas relaciones. (i) Entramos en una nueva relación con Dios. El Juez llega a ser el Padre; lo distante llega a estar cerca; la enemistad se convierte en confianza, y el temor en amor. (ii) Entramos en una nueva relación con nuestros semejantes. El odio se convierte en amor; el egoísmo deja paso al servicio, y el rencor al perdón. (iii) Entramos en una nueva relación con nosotros mismos. La debilidad pasa a ser fuerza; el fracaso, éxito, y la tensión, paz.

El aceptar el ofrecimiento de Cristo es encontrar la vida. Todos estamos vivos en cierto sentido; pero hay pocos que se puede decir que conocen la vida en el sentido más real de la palabra. Cuando Grenfell estaba escribiendo a una enfermera jefa que había decidido ir a Labrador para ayudar en el trabajo allí, le dijo que no le podría ofrecer mucho dinero, pero sí que si iba descubriría que al servir a Cristo y a la gente de ese país se lo pasaría mejor que en ningún otro sitio. Brovvning describe el encuentro de dos personas a cuyo corazón había llegado el amor. Ella le miraba a él, y él a ella; < y, de pronto, despertó la vida.» Un novelista moderno pone en boca de uno de sus personajes: «Nunca había sabido lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.»

La persona que acepta a Cristo ha pasado de muerte a vida. Ya en este mundo la vida se convierte en algo nuevo y emocionante; en el mundo por venir la vida eterna con Dios se convierte en una seguridad.

LA MUERTE Y LA VIDA

Juan 5:25-29

> *«Os digo la pura verdad: Está para sonar la hora; y ya ha llegado, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y, cuando la oigan, vivirán. Porque, como el Padre tiene vida en Sí mismo, también Le ha dado al Hijo que tenga vida en Sí mismo; y también Le ha dado autoridad para ejercer el proceso del juicio, porque para eso es el Hijo del Hombre. No os sorprendáis de, esto; porque está para sonar la hora cuando todos los que están en las tumbas oirán Su*

voz, y saldrán; los que hayan obrado el bien saldrán a una resurrección que les dará la vida, mientras que los que hayan obrado indebidamente saldrán a una resurrección que desembocará en el juicio. »

Aquí resaltan las credenciales mesiánicas de Jesús con toda claridad. Él es el Hijo del Hombre; el Que trae la vida y el Que da la vida; el que resucitará a los muertos a la vida y, cuando hayan resucitado, será su Juez.

En este pasaje Juan parece usar la palabra *muertos* en dos sentidos.

(i) La usa refiriéndose a los que están muertos espiritualmente; a ellos les trae Jesús una vida nueva. ¿Qué quiere decir?

(a) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de intentar.* Es haber llegado a considerar que todas las faltas son inevitables, y todas las virtudes irrealizables. Pero la vida cristiana no puede detenerse; si no va hacia adelante irá hacia atrás, y dejar de intentar es deslizarse hacia la muerte.

(b) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de sentir.* Hay muchas personas que, en un tiempo, sentían intensamente el pecado, la miseria y el sufrimiento del mundo; pero, poco a poco, se volvieron insensibles. Pueden contemplar el mal sin sentir indignación; la miseria y el sufrimiento, sin sentir la espada del dolor y de la piedad que les atraviesa el corazón. Si ha desaparecido la compasión es que el corazón está muerto.

(c) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de pensar.* J. Alexander Findlay cita la expresión de un amigo suyo: «Cuando llegas a una conclusión es que estás muerto.» Quería decir que, cuando una persona llega a estar tan cerrada que no puede aceptar ninguna nueva verdad, está mental y espiritualmente muerta. El día que nos abandona el deseo de aprender, el día en que una nueva verdad, nuevos métodos, nuevas ideas se convierten sencillamente en cosas que no nos importan, es que ha llegado el día de nuestra muerte espiritual.

(á) Estar muerto espiritualmente es *haber dejado de arrepentirse. El* día cuando uno puede pecar en paz es el día de su muerte espiritual; y es fácil deslizarse hacia esa actitud. La primera vez. que hacemos algo indebido, sentimos vergüenza y remordimiento. Si lo hacemos por segunda vez, es más fácil. Si lo hacemos la tercera, más fácil todavía. Y si lo seguimos haciendo, llegamos a un punto en que ni nos damos cuenta. Para evitar la muerte espiritual debemos mantenernos sensibles al pecado manteniéndonos sensibles a la presencia de Jesucristo.

(ii) Juan usa también la palabra *muertos* en sentido literal. Jesús enseña que habrá una resurrección, y que lo que le suceda a cada uno en el más allá estará inseparablemente unido a lo que haya hecho en esta vida. La tremenda importancia de esta vida es que determina nuestro destino eterno. A lo largo de toda nuestra vida nos estamos capacitando o incapacitando para la vida por venir, capacitándonos o incapacitándonos para vivir en la presencia de Dios. Escogemos, o el camino que conduce a la vida, o el camino que conduce a la muerte.

EL ÚNICO JUICIO VERDADERO

Juan 5:30

Yo no puedo hacer nada partiendo de Mí mismo. Conforme a lo que oigo, así juzgo. Pero el juicio que Yo ejercito es justo; porque no trato de hacer lo que quiero, sino lo que quiere el Que me envió.

En el pasaje anterior, Jesús ha reclamado el derecho de juzgar. No era extraño que la gente se preguntara con qué derecho se ponía a juzgar a los demás. Su respuesta era que Su juicio era verdadero y definitivo, porque Él no tenía ningún deseo de hacer nada aparte de la voluntad de Dios. Su derecho se basaba en que Su juicio era el juicio de Dios.

Le es muy difícil a cualquier persona el juzgar a otra con justicia. Si nos examinamos honradamente a nosotros mismos descubriremos muchos motivos que afectarían nuestro juicio. Podría hacerlo injusto *nuestro orgullo ofendido;* podría ser ciego por nuestros *prejuicios;* o amargado, por *los celos; po*dría hacerlo arrogante *el desprecio;* o inflexible, *la intolerancia;* o podría hacerlo condenatorio *la santurronería;* podría afectarlo nuestro *sentimiento de superioridad;* o envilecido por *la envidia;* o viciado por la falta de sensibilidad o por *ignorancia deliberada.* Sólo una persona cuyo corazón y cuyos motivos fueran absolutamente limpios podría .juzgar a otra persona con justicia ....- Y no existe tal persona aparte de Jesús.

Pero, por otra parte, el juicio de Dios es perfecto.

Sólo Dios es *santo, y por* tanto Él es el único que conoce los motivos por los que deben ser juzgadas todas las personas. Sólo Dios *ama* de una manera perfecta, y pronuncia Su juicio con la caridad que deben hacerse todos los juicios. Sólo Dios tiene *conocimiento* perfecto y, por tanto, Su juicio es perfecto porque tiene en cuenta *todas* las circunstancias. El derecho de Jesús a juzgar está basado en el hecho de que en Él está la perfecta Mente de Dios. Él no juzga con la inevitable mezcla de motivos humanos, sino con la perfecta santidad, el perfecto amor y la perfecta misericordia de Dios.

TESTIGOS DE CRISTO

Juan 5:31-36

Si Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio no tiene por qué ser aceptado como verdadero; pero es Otro el que da testimonio de Mí, y Yo sé que el testimonio que Él da acerca de Mí es verdadero. Vosotros le mandasteis emisarios a Juan, y él dio testimonio de la verdad; pero el testimonio que Yo recibo no procede de ningún ser humano; solamente lo digo para que seáis salvos. Él, Juan, era una antorcha que ardía e iluminaba. Por un tiempo tuvisteis a bien complaceros en su luz. Pero Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan: las obras que el Padre Me concedió para que las cumpliera, las mismas obras que Yo hago, son la evidencia definitiva de que ha sido el Padre el Que Me ha enviado.

De nuevo vemos a Jesús contestando las acusaciones de Sus oponentes, que Le habían demandado: «¿Qué evidencia puedes aducir en prueba de que Tus pretensiones son ciertas?> Jesús les contesta de una forma que los rabinos no podrían por menos de entender, porque usa sus propios métodos.

(i) Empieza por admitir el principio universal de que la evidencia exclusiva de una persona acerca de sí misma no se puede aceptar como prueba. Tiene que haber por lo menos dos testigos. «Por dicho de dos testigos, o de tres testigos, morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo» *(Deuteronomio 17:* 6). « No valdrá un testigo contra ninguno en cualquier delito, o en cualquier pecado que se cometiere; en el dicho de dos testigos, o en el dicho de tres testigos consistirá el negocio» *(Deuteronomio 19:15).* Cuando Pablo amenaza a los corintios con ir allí a reprender y a disciplinar a los culpables, les dice que todas las acusaciones se confirmarán por dos o tres testigos (2 *Corintios 13: I*). Jesús dice que, cuando un cristiano tiene alguna queja legítima contra otro hermano, debe llevar consigo a otros para confirmar su acusación *(Mateo 18:16).* En la Iglesia Primitiva la regla era que no se admitían acusaciones contra un anciano a menos que fueran respaldadas por dos o tres testigos (1 *Timoteo 5:19).* Jesús empezó por admitir plenamente la norma legal de los judíos acerca de la evidencia.

Además, se mantenía universalmente que no se podía aceptar la evidencia de una persona acerca de sí misma. *La Misná* decía: < Nadie es digno de crédito cuando habla de sí mismo.» El gran orador griego Demóstenes estableció como principio de justicia que < Las leyes no permiten que una persona dé evidencia en su propio favor.» La ley antigua sabía muy bien que el interés propio producía un efecto en lo que dijera una persona acerca de sí misma. Así que Jesús está de acuerdo en que Su testimonio exclusivo acerca de Sí mismo no tiene por qué aceptarse como válido.

(ii) Pero tiene otros testigos. Dice que su testigo es .«Otro», queriendo decir Dios. Volverá a ese punto; pero antes cita a Juan el Bautista, que había dado testimonio de Jesús en repetidas ocasiones *(Juan 1:19, 20, 26, 29, 35 y 36).* Entonces Jesús hace el elogio de Juan, y desautoriza a las autoridades judías.

Dice que Juan era una lámpara que ardía e iluminaba. Eso era un elogio perfecto que le hacía. *(a)* Una lámpara da una luz prestada, que no le es propia: se enciende. (b) Juan tenía un ardor, porque su mensaje no era el mensaje frío del intelecto, sino el mensaje ardiente de un corazón inflamado. (c) Juan tenía luz. La función de la luz es guiar, y Juan guiaba a la gente al arrepentimiento y hacia Dios. (d) Según la naturaleza de las cosas, una lámpara se agota; al dar luz se consume a sí misma. Juan iba disminuyendo mientras Jesús iba aumentando. El verdadero testigo se consume por Dios.

A1 hacer el elogio de Juan, Jesús acusa a los judíos. Estuvieron dispuestos a complacerse con Juan por cierto tiempo, pero nunca le tomaron realmente en serio. Eran, como ha dicho alguien, «como mosquitos bailando en la luz,» o como chiquillos jugando al sol. Juan les producía una sensación agradable, y estaban dispuestos a escucharle mientras dijera lo que ellos esperaban, para abandonarle después tan pronto como dijera algo que no les convenía. Mucha gente escucha así la verdad de Dios; disfrutan de un sermón como de una representación. Un famoso predicador cuenta que una vez, después de predicar un serio sermón acerca del juicio, le saludaban diciéndole: < ¡Qué majo ha sido hoy su sermón!» La verdad de Dios no es una cosa meramente divertida, sino algo que se ha de recibir en saco y ceniza de humildad y arrepentimiento.

Pero Jesús no apeló a la evidencia de Juan. Dijo que no era la evidencia de hombres falibles la que iba a aportar en defensa de Sus credenciales.

(iii) Entonces aporta el testimonio de Sus obras. Eso había hecho también cuando el mismo Juan Le mandó a algunos de sus discípulos a preguntarle si era Él el Mesías. Entonces les dijo a los emisarios de Juan que volvieran a decirle lo que habían oído y visto *(Mateo 11:4, y Lucas 7:22).* Pero Jesús cita ahora Sus obras, no para atraer la atención de nadie hacia Sí mismo, sino para señalar al poder de Dios que obraba en Él y por medio de Él. Dios era Su supremo Testigo.

EL TESTIMONIO DE DIOS

Juan 5:37-43

Y el Padre, Que es Quien Me envió, ha dado testimonio de Mí. Vosotros no habéis oído nunca Su voz, ni habéis visto Su aspecto. No tenéis Su Palabra morando en vuestro corazón porque no creéis en el Que Él ha enviado. Escudriñáis las Escrituras porque creéis que es en ellas donde está la vida eterna. Son ellas las que dan testimonio de Mí; pero vosotros

os negáis a venir a Mí para tener la vida. Yo no recibo ninguna gloria *humana; pero os conozco, y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios. Yo he venido en nombre de Mi Padre, y sin embargo no Me recibís. Al que viene en su propio nombre, a ése sí le recibís.*

La primera parte de esta sección puede tomarse de dos formas:, (i) Puede que se refiera al testimonio invisible de Dios ezt$ el corazón humano. En su primera carta escribe Juan: < El que; cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio (de Dios) en sí mismo» (1 *Juan* 5:9-10). Los judíos habrían insistido en que. ninguna persona puede ver a Dios. Aun en°la promulgación de los Diez Mandamientos, «oísteis la voz de Sus palabras, mas., a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis» *(Deutero*nomio 4:12). Así es que aquí puede querer decir: « Es verdad que Dios es invisible; y también lo es Su testimonio, porque es la respuesta que surge en el corazón humano cuando la persona se ve confrontada conmigo.» Cuando nos vemos confrontados por Cristo, vemos en El al Que es supremamente amable y supremamente sabio; esa convicción es el testimonio de Dios en nuestro corazón. Los estoicos mantenían que la forma suprema de conocimiento no viene por el pensamiento, sino por lo que ellos llamaban «impresiones irresistibles;» una convicción que se apodera de la persona como si alguien le hubiera puesto la mano en el hombro para arrestarla. Puede que aquí Jesús quisiera decir que la convicción de Su soberanía en nuestro corazón es el testimonio interior de Dios.

(ii) Puede ser que lo que Juan quería decir es que el testimonio que Dios da de Jesucristo se encuentra en las Escrituras. Para los judíos, las Escrituras eran el sumo bien. « El que ha adquirido las palabras de la Ley, ha adquirido la vida eterna.» « Al que tiene la Ley, le rodea un cinto de gracia en este mundo y en el mundo venidero.» «El que diga que Moisés escribió por su propia cuenta aunque sólo fuera un versículo de la Ley, es un despreciador de Dios.» «Este es el libro de los mandamientos de Dios y de la Ley, que dura para siempre. Todos los que se adhieren a él están destinados para la vida eterna; pero los que lo abandonan, morirán» (1 *Baruc* 4:1-2). « Si la comida, que te da la vida sólo para una hora, requiere una acción de gracias antes y después de tomarla, ¡cuánto más merece una acción de gracias la Ley, de la que depende el mundo por venir!» Los judíos escudriñaban la Ley y, sin embargo, no

reconocieron a Cristo cuando vino. ¿Qué les pasó? ¿Cómo fue posible que los mejores estudiantes de la Biblia del mundo, que leían las Escrituras continua y meticulosamente, rechazaran a Jesús? ¿Cómo pudo suceder eso?

Está claro que no leían las Escrituras como es debido.

(a) Las leían con la mente cerrada. No para buscar a Dios, sino para encontrar argumentos que apoyaran sus puntos de vista. No amaban a Dios de veras; amaban sus propias ideas acerca de Dios. Era tan probable que el agua penetrara en una roca, como que la Palabra de Dios penetrara en sus mentes. No aprendían teología humildemente en la Sagrada Escritura, sino que usaban la Escritura para defender una teología que habían compuesto ellos mismos. Todavía existe el peligro de someter la Biblia a nuestras creencias en lugar de viceversa.

(b) Cometían una equivocación todavía más grave: creían que Dios les había dado una revelación escrita. La revelación de Dios está en la Historia. No se trata de que Dios haya hablado, y nada más; Dios actúa. La Biblia misma no es Su revelación, sino *el relato* de Su revelación. Pero ellos adoraban las palabras de la Biblia.

No hay más que una manera adecuada de leer la Biblia: como testimonio de Jesucristo. Entonces, muchas de las cosas que nos dejan perplejos, o que nos inquietan a veces, se ven claramente como etapas del camino, señalando anticipadamente a Jesucristo, *Que es* la suprema revelación, y a Cuya luz hay que poner a prueba toda otra revelación. Los judíos adoraban a un Dios que escribía, más que a un Dios que actuaba; y, por tanto, cuando vino Cristo, no Le reconocieron. La misión de la Escritura no es dar la vida, sino señalar al Que la da.

Aquí hay dos cosas supremamente reveladoras.

(i) En el versículo 34, Jesús había dicho que el propósito de Sus palabras era que ellos se salvaran. Aquí dice: «No busco la gloria que me puedan dar los hombres.» Es decir: « No estoy discutiendo porque quiero que se me dé la razón. No estoy hablando así porque quiero apabullaros y ganar vuestro aplauso, sino porque os amo y quiero salvaros.»

Aquí hay algo tremendo. Cuando se arma una controversia; ¿cuál es nuestra actitud fundamental? ¿Nos damos por ofendidos? ¿Nos picamos? ¿Nos sentimos heridos en la negra honrilla? ¿Queremos hacerles tragar a los demás nuestras opiniones porque los tenemos por tontos? Jesús hablaba como hablaba solamente porque amaba a las personas. Su tono podía ser serio; pero en esa seriedad dominaba el acento del amor anhelante; Le centelleaban los ojos, pero la llama era la del amor.

(ii) Jesús dice: « A1 que viene en su propio nombre, a ése sí le recibís.» Había habido una sucesión de impostores que pretendían ser el Mesías, y todos habían tenido seguidores (cp*Marcos 13:6, 22; Mateo 24:5, 24).* ¿Por qué sigue la gente a los impostores? Porque son «personas cuyos programas están de acuerdo con los deseos de los demás.» Los mesías impostores venían prometiendo imperios y victoria y prosperidad material; Jesús vino prometiendo una Cruz. La característica del impostor es que ofrece el camino fácil; Jesús ofrece a la humanidad un camino duro para ir a Dios. Los impostores perecieron; pero Cristo vive.

LA CONDENACIÓN DEFINITIVA

Juan 5:44-47

¿Cómo vais a creer, si no buscáis más que la gloria que os viene de los demás en lugar de buscar la gloria que viene del único Dios? No creáis que voy a ser Yo el que ós.acuse ante el Padre. Ya tenéis un acusador; y me refiero a Moisés, en quien tanto confiáis. Si hubierais creído a Moisés, habríais creído en Mí, porque él escribió acerca de Mí. Pero, si no creéis lo que él os escribió, ¿cómo vais a creer lo que Yo os digo?

Los escribas y fariseos anhelaban las alabanzas de la gente. Se vestían de forma que todos los pudieran reconocer. Rezaban de manera que los pudieran oír. Les encantaban los primeros asientos de la sinagoga. Procuraban que los saludaran respetuosamente en las calles. Y precisamente por todo eso no podían escuchar la voz de Dios. ¿Por qué? Mientras uno no se compare nada más que con los demás, encontrará motivos para darse por satisfecho. Pero lo importante no es: «¿Soy mejor que mis vecinos?», sino: « ¿Soy tan bueno como el Señor?> «¿Qué opinión tiene de mí el Señor?> Mientras nos comparemos con nuestros semejantes, siempre podremos encontrar algunos a los que consideremos inferiores; y eso hace imposible la fe, que nace de un sentimiento de necesidad, como explicó tan claramente Jesús en la parábola del Fariseo y el Publicano *(Lucas 18:9-14).* Pero cuando nos comparamos con Jesucristo nos vemos reducidos a nuestra estatura real, y entonces nace la fe, porque no podemos hacer otra cosa que confiar en la misericordia de Dios.

Jesús acaba con una acusación que no podría por menos de impactar. Los judíos creían que los libros.que creían que les había dejado Moisés eran' la mismísima Palabra de Dios. Jesús les dijo: « Si hubierais leído esos libros como es debido, os habríais dado cuenta de que todos Me señalan a Mí.» Y prosiguió: «Vosotros creéis que, porque tenéis a Moisés como mediador, estáis a salvo; pero Moisés es el que os condenará. Podría ser que no tuvierais por qué creerme a Mí; pero estáis obligados a creer lo que os dijo Moisés, al que vosotros consideráis insuperable. Pues bien: él escribió acerca de Mí.»

Aquí tenemos una verdad grande y aterradora. Lo que había sido el mayor privilegio de los judíos se convirtió en su mayor condenación. No se puede condenar a una persona que no haya tenido oportunidad; pero a los judíos se les había concedido un conocimiento superior, que -ellos habían descuidado, y que se había convertido en su condenación. La responsabilidad es siempre la otra cara del privilegio.

LOS PANES Y LOS PECES

Juan 6:1-13

Después de estas cosas, Jesús se fue al otro lado del mar de Galilea, es decir, el mar de Tiberíades. Le seguía un gentío impresionante, porque veían las señales que realizaba en los que estaban enfermos.

Jesús se subió a la colina, y se sentó allí con Sus discípulos. Era cerca de la fiesta judía de la Pascua.

Cuando Jesús levantó la mirada y vio todo aquel gentío que venía hacia Él, le dijo a Felipe:

-¿Dónde vamos a comprar comida para todos estos?

Eso lo decía para ver por dónde salía Felipe; porque Jesús sabía muy bien lo que iba a hacer. Felipe Le contestó:

Doscientos denarios de pan no serían suficientes para que cada uno tomara un poquito.

Otro discípulo, Andrés, el hermano de Simón Pedro, Le dijo:

Aquí hay un chaval que tiene cinco panecillos de cebada y dos pescaditos; pero, ¿qué es eso entre tantos?

Decidle a la gente que se recueste -les dijo Jesús.

Había mucha hierba en aquel lugar; así es que la gente se recostó, como unas cinco mil personas.

Jesús tomó en Sus manos los panecillos y dio gracias a Dios; luego los partió en trozos para repartirlos entre los qué estaban recostados. Luego hizo lo mismo con los pescados, todo lo que quisieron.

Cuando todos estaban satisfechos, Jesús les dijo a Sus discípulos:
-Recoged los pedazos que hayan quedado, para que no se desperdicie nada.
Los discípulos lo hicieron, y llenaron doce cestas con lo que les había sobrado a los que habían comido.

Había veces que Jesús quería retirarse de la gente. Estaba sometido a un estrés continuo, y necesitaba descansar. Además, necesitaba estar a solas con Sus discípulos para irlos guiando a una comprensión más profunda de Sí mismo. Y también necesitaba tiempo para la oración. En esta ocasión particular era prudente retirarse para no tener una colisión frontal con las autoridades, porque todavía no había llegado la hora del conflicto final.

De Cafarnaún al otro lado del mar de Galilea había una distancia de unos siete kilómetros, que recorrieron en la barca. La gente había estado observando con admiración las obras de Jesús. Era fácil adivinar la dirección que llevaba la barca, así es que se dieron prisa para dar la vuelta a la parte superior del mar por tierra. El río Jordán entra por el extremo Norte del mar de Galilea. Dos millas río arriba estaba los vados del Jordán. Cerca de los vados había un pueblo que se llamaba Betsaida Julias, para distinguirla de la otra Betsaida de Galilea; y era hacia ese lugar hacia el que se dirigía Jesús *(Lucas 9:10)*. Cerca de Betsaida Julias, casi a la orilla del lago, había una llanurita en la que solía haber buena hierba. Iba a ser el escenario de un acontecimiento extraordinario.

En un principio Jesús había subido a la colina que hay detrás de la llanura y se había sentado allí con Sus discípulos. Luego, el gentío empezó a presentarse en tropel. Habían recorrido a toda prisa 15 km rodeando el lago y vadeando el río. Se nos dice que era cerca de la fiesta de la Pascua, lo que haría que hubiera aún más gente en las carreteras. Posiblemente muchos iban de camino por allí a Jerusalén. Muchos peregrinos galileos viajaban por el Norte, cruzaban el vado, pasaban a Perea y luego volvían a cruzar el Jordán por Jericó. El camino era más largo, pero les permitía evitar el paso por la odiada y peligrosa Samaria. Es probable que los grupos de peregrinos que iban a Jerusalén para la fiesta de la Pascua engrosaran el gentío.

A Jesús se le avivó la compasión a la vista de la multitud. Llegaban hambrientos y agotados. Era natural acudir en primer lugar a Felipe, que era de Betsaida *(Juan l: 44) y conocería* bien los recursos de la región. Jesús le preguntó dónde se podían obtener alimentos. La respuesta de Felipe era descorazonadora,,:. Dijo que, aun en el caso de que se pudiera conseguir, costaría más de 200 *denarios* dar a cada uno de los presentes aunque nos, fuera más que un bocado. Recordemos que un *denarios* serían, unas diez pesetas; pero era el salario diario de un obrero, así; que tendríamos que calcular a lo que equivaldría hoy en día en cada país. En España sería algo así como medio millón de pesetas. El sueldo de siete meses. Comprendemos la perplejidad de Felipe.

Pero entonces aparece Andrés en la escena. Había descubierto a un chaval que llevaba cinco panecillos de cebada y dos pescaditos. Probablemente aquello era su merendilla. A lo mejor había salido a pasar el día en el campo, y se había unido al gentío. Andrés, como tenía por costumbre, le trajo a Cristo.

El chico no llevaba gran cosa. El pan de cebada era el más barato, y se tenía en poco. En la Misná se estipula la ofrenda que debe ofrecer una mujer que haya sido sorprendida en adulterio. Debe, desde luego, hacer la ofrenda de la expiación. Con todas las ofrendas se incluía comida, que consistía en harina, vino y aceite mezclados. Por lo general se usaba harina de trigo; pero se establecía que, en el caso de la ofrenda por adulterio, la harina podía ser de cebada, que es comida de animales, porque el pecado de la mujer había sido propio de los tales. El pan de cebada era el de los más pobres.

Los pescaditos no serían más grandes que sardinas. El pescado en escabeche que se preparaba en Galilea en aquel tiempo se conocía en todo el imperio romano. Entonces el pescado fresco era un lujo inasequible para la mayoría, porque no había medios para transportarlo y conservarlo en buenas condiciones. Pececillos parecidos a las sardinas que abundaban en el mar de Galilea eran los que se conservaban en escabeche, y esos serían los que llevara el muchacho para hacer más apetitoso el pan de cebada.

Jesús les dijo a Sus discípulos que hicieran que la gente se sentara. Tomó en Sus manos los panecillos y los pescaditos y dio gracias a Dios por ellos. Al hacerlo estaba actuando como el padre de aquella familia. La acción de gracias sería la que se decía entonces en las casas: < Bendito seas, oh Señor nuestro Dios, Que haces que el pan salga de la tierra.» La gente comió hasta quedar satisfecha. Hasta la palabra que se usa para satisfecha, *llena (jortázesthai),* es muy sugestiva. Antiguamente, en griego clásico, era una palabra que se usaba de cebar los animales. Cuando se usaba de las personas quería decir < darse un hartazgo» o < una jartá».

Cuando la gente se quedó satisfecha, Jesús mandó a Sus discípulos que recogieran los restos. ¿Por qué? En las fiestas judías se tenía la costumbre de dejar algo para los servidores. Lo que se dejaba se llamaba *la pea;* y no hay duda que eso es lo que harían muchos en esta ocasión.

Se recogieron doce cestas llenas de pedazos sobrantes. Sin duda cada uno de los apóstoles tendría su cesta *(kófinos,* como en español *cofín)*. Solía tener una forma como de botella, y ningún judío viajaba sin ella. Dos veces menciona Juvenal (3:14; 6:542) < al judío con su cestita y su manojo de heno.» (El heno era para usarlo de cama, porque parece que había muchos judíos errantes).

El judío con su cestita inseparable era un tipo notorio. La llevaba, en parte, porque guardaba lo que encontrara de interés; y también para llevar su propia comida si quería cumplir todas las reglas alimentarias judías.

Con los restos de aquella comida, cada discípulo llenó su cestita. Así se alimentó la hambrienta multitud, y más.

EL SENTIDO DE UN MILAGRO

Juan 6:1-13 (conclusión)

Tal vez nunca sepamos exactamente lo que sucedió en aquella llanurita herbosa cerca de Betsaida Julias. Vamos a considerarlo de tres maneras.

(a) Podemos considerarlo sencillamente como un milagro en el que Jesús multiplicó panes y pescados. Algunos lo encontrarán difícil de imaginar; y algunos lo encontrarán difícil de conciliar con el hecho de que eso es lo que Jesús se negaba a hacer en Sus tentaciones *(Mateo 4:3s).* Si podemos creer en el sencillo carácter milagroso de este milagro, no tenemos por qué cambiar de opinión. Pero si estamos perplejos, consideremos otras dos explicaciones.

(b) Puede que se tratara en realidad de una comida sacramental. En el resto el capítulo, el lenguaje de Jesús es el que usó en la última Cena acerca de comer Su carne y beber Su sangre. Podría ser que en esta comida no les dio más que un bocadito, como el sacramento, que cada persona recibía; y la emoción y la maravilla de la presencia de Jesús y la realidad de Dios convirtió aquella miguita sacramental en algo que realmente alimentó sus corazones y almas, como sigue sucediendo en la Mesa de Comunión hasta nuestros días.

(c) Puede que haya otra explicación muy entrañable. Cuesta creer que aquella multitud se había puesto en camino para una expedición de quince kilómetros sin hacer los más mínimos preparativos. Si había peregrinos entre ellos, es de suponer que llevarían provisiones para el camino. Pero puede ser que ninguno sacara lo que llevaba porque, por un egoísmo muy humano, se lo quería guardar para él mismo. Puede ser que Jesús, con aquella cautivadora sonrisa Suya, sacara las escasas reservas que tenían É1 y Sus discípulos; con una fe radiante diera gracias a Dios, y empezara a compartirlo; y que, movidos por Su ejemplo, todos los que tuvieran algo hicieran lo mismo, y a1 final hubiera suficiente, y más que suficiente, para todos.

Puede que este sea un milagro en el que la presencia de Jesús convirtiera una multitud de hombres y mujeres egoístas en una comunidad de personas dispuestas a compartir. Puede que esta historia represente el milagro más grande de todos, no el de un cambio que se realizó en unos panes y unos peces, sino en unos hombres y unas mujeres. ¿No es éste el milagro que tiene que asumirse en la humanidad, y que estamos seguros de que se repetiría si, siguiendo el ejemplo de Cristo, aprendiéramos todos a compartir?

Fuera como fuera, allí había ciertas personas sin las cuales el milagro no habría sido posible.

(i) Estaba Andrés. Hay un contraste entre Andrés y Felipe. Felipe fue el que dijo: < Estamos en una situación desesperada. No se puede hacer nada.» y Andrés fue el que dijo: < ¡A ver lo que puedo hacer yo! Seguro que Jesús hará todo lo demás.»

Fue Andrés el que trajo a aquel muchacho a Jesús, lo que fue el primer paso para que se realizara el milagro. No podemos saber nunca lo que puede suceder cuando le traemos a alguien a Jesús. Si un padre entrena a su hijo en el conocimiento y el amor y el temor de Dios, no hay nadie que pueda decir lo que Dios puede llegar a hacer algún día con ese niño. Si un maestro de escuela dominical le lleva un niño a Jesús, nadie puede saber lo que algún día Jesús hará con él.

Se cuenta que un anciano maestro de escuela alemán, cuando entraba en el aula por la mañana, se quitaba el sombrero para saludarlos respetuosamente. Una vez alguien le preguntó por qué lo hacía, y él contestó: < Uno no sabe lo que uno de estos chicos puede llegar a ser el día de mañana.» Y tenía razón: uno de aquellos niños era Martín Lutero.

Andrés no sabía lo que pasaría con aquel chico y su merendilla cuando le trajo a Jesús aquel día, pero estaba aportando una pieza clave para que sucediera un milagro. No podemos calcular las posibilidades cuando le traemos a alguien a Jesús.

(ii) Estaba el muchacho. No podía ofrecer mucho; pero con aquello tuvo Jesús el material necesario para obrar un milagro. Habría habido un acontecimiento maravilloso menos en la humanidad si aquel chico se hubiera guardado sus panes y sus peces para sí, y nadie se lo habría podido reprochar.

Jesús necesita lo que le podamos ofrecer. Puede que no sea mucho, pero Él lo necesita. Puede que el mundo se vea privado de milagro tras milagro y triunfo tras triunfo porque no le traemos a Jesús lo que tenemos y lo que somos. Si nos colocáramos en el altar de su servicio, no se puede decir lo que Él haría con nosotros y por medio de nosotros. Puede que sintamos no tener más y nos dé vergüenza traer tan poco; pero eso no es razón para dejar de aportar lo que tenemos y somos: Poco es a menudo *mucho* en las manos de Cristo.

LA REACCIÓN DEL GENTÍO

Juan 6:14-15

Cuando toda aquella gente se dio cuenta de lo que había hecho Jesús, dijeron:
- ¡No cabe duda que Éste es el Profeta Que tenía que venir al mundo!
Pero Jesús, consciente de que iban a venir a apoderarse de Él para hacerle rey, se retiró a la montaña .a solas.

Aquí tenemos la reacción de la multitud. Los judíos esperaban al Profeta que creían que les había prometido Moisés. «Profeta de en medio de ti, de entre tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor tu Dios. A él atenderéis» *(Deuteronomio* 18: J5). En aquel momento, en Betsaida Julias, estaban dispuestos a reconocer a Jesús como el esperado Profeta, y hacerle rey por aclamación popular. Pero aquello sucedía no mucho antes de que otro gentío gritara: « ¡Crucifícale, crucifícale!» ¿Por qué le aclamaron entonces en la primera de estas dos ocasiones?

Una de las razones fue que estaban ansiosos por respaldar a Jesús porque les había dado lo que ellos querían. Los había curado y los había alimentado; en consecuencia, estaban dispuestos a reconocerle como su jefe. Hay tal cosa como una lealtad interesada. Hay tal cosa como amor de despensa. El doctor Johnson, en uno de sus momentos más cínicos, definió el agradecimiento como < un sentimiento vivo de favores que se espera que continúen.»

La actitud del gentío nos desagrada. Pero, ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando queremos consuelo en la aflicción, fuerza en la dificultad, paz en el revuelo, ayuda en la depresión, esperanza ante la muerte, no hay nadie tan maravilloso como Jesús, y le hablamos y vamos a Él y le abrimos nuestro corazón; pero, cuando nos viene con alguna seria demanda de sacrificio, con algún desafío al esfuerzo, con el ofrecimiento de alguna cruz, no queremos saber nada de Él. Si nos examinamos el corazón, puede que descubramos que nosotros también queremos a Jesús por lo que le podamos sacar.

Además, la gente quería usar a Jesús para sus propios fines y moldearle de acuerdo con sus propios sueños. Estaban esperando al Mesías; pero se le figuraban a su manera. Buscaban a un Mesías que fuera un rey conquistador, que le pisara el cuello al águila romana y expulsara sus legiones de su tierra. Habían visto lo que Jesús podía hacer; y lo que se les pasaba por la mente era: < Este Hombre tiene poder, un poder maravilloso. Si le podemos uncir a Él con todo Su poder a nuestros sueños, empezarán a suceder cosas.» Si hubieran sido honrados, habrían reconocido que lo que querían era usarle para sus propios fines.

Veamos, otra vez: ¿somos nosotros tan diferentes? Cuando invocamos a Cristo, ¿es para que nos dé fuerzas para proseguir con nuestros proyectos e ideas, o para aceptar Sus planes y deseos humilde y obedientemente? ¿Es nuestra oración: «Señor, dame fuerzas para hacer lo que Tú quieres que haga, > o: «Señor, dame fuerzas para hacer lo que yo quiero hacer»?

Aquella multitud de judíos habría seguido a Jesús al momento porque les daba lo que ellos querían, y deseaban usarle para sus propios fines. Esa actitud todavía prevalece. Querríamos los dones de Cristo sin Su Cruz; querríamos usarle en vez de dejarle que nos usara Él.

DEFENSA EN TRANCE AGUDO

Juan 6:16-21

> *Al anochecer, los discípulos se fueron a la orilla, se embarcaron y se pusieron a cruzar el mar hacia Cafarnaún. Para entonces ya se había hecho de noche, y Jesús no había vuelto todavía con ellos. Y empezó a rugir una tempestad tremenda que encrespaba el mar.*
>
> *Cuando llevaban bogando entre tres y cuatro millas, vieron a Jesús Que se acercaba a la barca andando sobre el mar; y les dio mucho miedo. Pero Jesús les dijo:*
>
> *- ¡No tengáis miedo, que soy Yo!*
>
> *Ellos querían tenerle a bordo en la barca; e inmediatamente la barca llegó a su destino.*

Esta es una de las historias más maravillosas del Cuarto Evangelio; y resulta tanto más maravillosa cuanto más investigamos el sentido del original y hallamos que no es un milagro extraordinario lo que se nos describe, sino un sencillo incidente en el que Juan descubrió, de una manera que ya no olvidaría nunca, cómo es Jesús.

Vamos a reconstruir la historia. Después de dar de comer a los cinco mil que luego quisieron hacerle rey, Jesús se retiró a solas al monte. El día se extinguió. Llegó la hora que los judíos describían como «la segunda tarde», el tiempo entre el crepúsculo y la noche. Jesús todavía no había vuelto. No debemos pensar que los discípulos eran tan olvidadizos o descorteses como para dejarse atrás a Jesús; porque, según nos cuenta la historia Marcos, Jesús les había dicho que se le adelantaran *(Marcos 6:45),* mientras Él trataba de convencer a la gente para que se fuera a casa. Sin duda tenía intención de rodear a pie la cabecera del lago mientras ellos la cruzaban a remo, y reunirse con ellos en Cafarnaún.

Los discípulos se embarcaron. Como sucede a veces en aquel lago rodeado de montañas, se levantó un fuerte viento que batía las aguas y las convertía en espuma amenazadora. Era cerca de la Pascua, es decir, cerca de la primera luna llena de primavera *(Juan 6:4).* En la colina, Jesús había estado orando en comunión con Dios; cuando se puso en camino, la luna iluminaba la escena como si fuera de día; y allá abajo podía ver la barca y a los remeros, bogando a más no poder. Entonces Jesús bajó de la colina.

Debemos recordar dos hechos. Por la parte Norte el lago no tenía más que cuatro millas de ancho, y Juan nos dice que los discípulos habían remado entre tres y cuatro millas; es decir, que estaban ya cerca de su destino. Es natural suponer que en la tormenta procurarían llegar a la orilla lo más pronto posible para buscar cualquier refugio que pudieran encontrar. Este es el primer hecho, y ahora pasamos al segundo. Vieron a Jesús, dice la versión Reina-Valera, *que andaba sobre el mar.* En griego

dice *epi tés thalassés,* la misma frase que se usa en *Juan 21:1,* donde se traduce, y nunca se ha tenido la menor duda, por *junto al mar de Tiberíades,* es decir, a la orilla. Eso es lo que quiere decir la frase también en este pasaje.

Jesús iba andando *epi tés thalassés,* por la orilla. Los agotados discípulos levantaron la vista y, de pronto, le vieron. Era tan inesperado, y llevaban tanto tiempo remando desesperadamente, que se alarmaron como si estuvieran viendo un fantasma. Pero sobre las aguas turbulentas les llegó aquella voz bien amada: «¡No tengáis miedo, que soy Yo!» Ellos querían que viniera a bordo. En griego el sentido más natural es que su deseo no se cumplió. ¿Por qué? Recordad que el ancho del lago por ahí es de cuatro millas, y ya casi habían remado esa distancia. La razón sencilla es que, antes de que Jesús subiera a la barca, ésta encalló en la orilla, y se encontraron en tierra.

Aquí tenemos precisamente la clase de historia que un pescador como Juan atesoraría con cariño en su memoria. Siempre que la recordara la reviviría: el gris plateado de la luz de la Luna, la aspereza de los remos en las manos cansadas, el rugido de la tempestad, las sacudidas de la vela, el sordo murmullo del agua, la sorprendentemente inesperada aparición de Jesús en la orilla, el sonido de Sus palabras a través de las olas enfurecidas y el golpe de la barca al tocar tierra.

A1 recordarlo, Juan descubrió maravillas que quiso compartir con nosotros.

(i) Vio que Jesús *vigila.* En lo alto de la colina había estado vigilándolos. No estaba demasiado ocupado con Dios para acordarse de ellos. Juan se dio cuenta de que todo el tiempo que habían estado bregando con los remos y la vela, la mirada amorosa de Jesús había estado sobre ellos.

Cuando nos encontramos en situaciones difíciles, Jesús vigila. No nos baja el listón. Nos deja pelear nuestras batallas. Como un padre que ve a su hijo echar el resto en una contienda deportiva, está orgulloso de nosotros; o, como un padre que ve a su hijo fracasar, está triste. Vivimos la vida bajo la mirada cariñosa de Jesús.

(ii) Vio que Jesús *viene.* Bajó de la colina para animar a sus discípulos a hacer el esfuerzo final que los pondría a salvo.

No nos observa con distante indiferencia; cuando faltan las fuerzas viene a darnos nuevas fuerzas para el esfuerzo final que ha de lograr la victoria.

(iii) Vio que Jesús *ayuda.* Observa, acude y ayuda. Una de las maravillas de la vida cristiana es que no nos encontramos nunca solos. Margaret Avery relata que había una maestra en la escuela de un pueblecito que les había contado esta historia a los niños, y se la habría contado muy bien. Pocos días después hubo una tempestad de viento y nieve. Cuando salieron de la escuela, la maestra estaba ayudando a los niños a llegar a sus casas. A veces tenía casi que llevarlos en vilo por las comentes de aire. Cuando casi todos estaban agotados con la lucha, oyó a un chiquillo decir para sí: < Nos vendría bien tener a ese Jesús aquí ahora.» Lo maravilloso es que no tenemos que echarle de menos en ninguna situación, porque Jesús siempre está con nosotros.

(iv) Vio que Jesús *nos lleva al puerto. A* Juan le parecía al recordarlo que, tan pronto como llegó Jesús, la quilla de la barca tocó tierra, y habían llegado a salvo. Como decía el salmista: < Luego se alegran, porque se apaciguaron; y así los guía al puerto que deseaban» *(Salmo 107.30).* Aunque no sepamos cómo, con Jesús se hace más corto el viaje más largo, y la batalla más dura se hace más fácil.

Una de las cosas maravillosas del Cuarto Evangelio es que Juan, el viejo pescador reciclado a evangelista, encontró toda la riqueza de Cristo en el recuerdo de la historia de una travesía azarosa.

LA BÚSQUEDA INFRUCTUOSA

Juan 6:22-27

> *Al día siguiente, la gente que seguía todavía al otro lado del lago se dio cuenta de que allí no había habido nada más que una barca, y que Jesús no se había embarcado en ella con Sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. Pero algunos barcos de Tiberíades amarraron cerca del lugar en que la multitud habían compartido la comida después que el Señor dio gracias. Así que, cuando comprobaron que Jesús ya no estaba allí, ni Sus discípulos tampoco, se embarcaron en los barcos y llegaron a Cafarnaún buscando a Jesús. Cuando Le encontraron al otro lado del lago, Le dijeron:*
>
> *-Rabí, ¿cuando has llegado?*
>
> *-Os diré la verdad -les contestó Jesús-: No Me estáis buscando porque habéis comprendido las señales, sino porque comisteis el pan hasta llenaros el estómago. No os afanéis por el alimento perecedero, sino por el permanente y que da la vida eterna, que es el que el Hijo del Hombre os dará; porque el Padre Dios ha puesto Su sello sobre Él.*

La multitud se había quedado al otro lado el lago: En tiempos de Jesús la gente no tenía que observar, el horario de oficina, tenían tiempo para esperar que Jesús volviera otra vez. Esperaron porque se habían dado cuenta de que no había más que una barca, y que los discípulos se habían ido en ella sin Jesús; así es que dedujeron que Él tendría que estar por allí cerca. Después de esperar algún tiempo; empezaron a darse cuenta de que Jesús no volvía. Habían llegado a la bahía algunos barcos de Tiberíades, tal vez para refugiarse de la tormenta de la noche anterior. Los que estaban esperando se embarcaron y volvieron así a Cafamaún.

A1 descubrir; para su sorpresa; que Jesús ya estaba allí, Le preguntaron que cuándo había llegado. Jesús, sencillamente, no contestó a la pregunta; la cosa no tenía el menor interés. La vida es demasiado corta para perderla charlando sobre viajes; así es que entró en materia de inmediato. «Habéis visto -les dijo- cosas maravillosas. Habéis visto cómo ha permitido la gracia de Dios que se alimentara una multitud. Vuestro pensamiento se tendría que haber concentrado en el Dios que lo había hecho; en cambio, en lo único que estáis pensando es en la comida.» Es como si les dijera: «Estáis tan ocupados pensando en vuestro estómago que no os acordáis de vuestra alma.»

« La gente -decía Crisóstomo- está enganchada a las cosas de esta vida.» Ahí estaban. unas personas cuyos ojos nunca se habían remontado de los terraplenes de este mundo a las eternidades del más allá. Una vez estaban hablando de las cosas de la vida Napoleón y un amigo suyo. Estaba oscuro. Fueron hacia la ventana y miraron hacia fuera. Allá en el cielo había estrellas distantes, como poco más que puntas de alfileres de luz. Napoleón, que tenía una vista muy aguda mientras que su amigo era miope; señaló hacia el cielo. «¿Ves esas estrellas?» -le preguntó-. «No -le contestó su amigo-, yo no veo nada.» Y entonces le dijo Napoleón: «Esa es la diferencia entre nosotros dos.» El que está atado a la tierra no vive más que media vida, si acaso. El que está vivo de veras es el que tiene visión, el que mira al horizonte y ve las estrellas.

Jesús comprimió su mandamiento en una frase: «No os afanéis por el alimento perecedero, sino por el permanente .y que da la vida eterna.» Mucho tiempo atrás, un profeta había preguntado: «¿Por qué os gastáis el dinero en lo que no es pan, y el producto de vuestro trabajo en lo que no satisface?» (Isaías 55:2). Hay dos clases de hambre: el hambre física, que puede satisfacer la comida física; y el hambre espiritual, que aquel alimento no puede saciar. Una persona puede ser tan rica como Creso, y seguir con insatisfacción en su vida.

En los años posteriores al 60 d.C. el lujo de la sociedad romana era sin igual. Era cuando servían banquetes de sesos de pavo real y de lenguas de ruiseñor; cuando cultivaban el extraño hábito de tomar eméticos entre platos para que el siguiente les supiera aún mejor; cuando las comidas multimillonarias eran cosa de todos los días. Fue por aquel tiempo cuando cuenta Plinio que una señora romana llevó puesta en su boda una túnica tan llena de joyas y de oro que costó lo que equivaldría ahora a cien millones de pesetas. Todo eso era por algo: por la profunda insatisfacción que les producía aquella vida, un hambre que nada podía satisfacer. Estaban dispuestos a pagar cualquier precio para obtener una nueva sensación, porque eran inmensamente ricos pero estaban inmensamente insatisfechos.

Lo que Jesús quería decir era que aquellos judíos no estaban interesados nada más que en cosas materiales. Habían recibido una comida inesperadamente gratuita y abundante, y querían más. Pero hay otras hambres que sólo Jesús puede saciar. Está el hambre de verdad: sólo en Jesús se encuentra la verdad de Dios. Está el hambre de vida: sólo en Jesús encontramos vida en abundancia. Está el hambre de amor: sólo en Jesús se encuentra el amor que sobrepuja al pecado y a la muerte. Sólo Jesús puede satisfacer el hambre del corazón y del alma.

¿Por qué? Hay una mina de sentido en la frase: «Dios ha puesto su sello sobre Él.» H. B. Tristram, en su libro *Costumbres orientales en* las *tierras de la Biblia,* tiene una sección interesantísima sobre los sellos en el mundo antiguo. No era *la firma,* sino *el sello* lo que autenticaba. En documentos comerciales y políticos era el sello, impreso con un anillo, lo que hacía que un documento fuera válido, lo que autenticaba un testamento o lo que garantizaba el contenido de un saco o embalaje. Tristram nos dice que, en sus viajes- por el oriente, cuando hacía un trato con los muleteros o arrieros, éstos ponían su sello sobre el documento de su acuerdo para mostrar que era en firme. Los sellos se hacían de arcilla, de metal o de joyas. En el Museo Británico hay sellos de casi todos los reyes asirios. El sello se imprimía en arcilla o cera que quedaba pegada al documento.

Los rabinos tenían un dicho: «El sello de Dios es la verdad.»

« Un día -dice el Talmud- la gran sinagoga (la asamblea de los expertos en la ley) estaba llorando, orando y ayunando todos sus miembros, cuando les cayó del firmamento un pequeño rollo de escritura. Lo abrieron, y vieron que sólo contenía una palabra: *Emet,* que quiere decir *verdad.* «Ese -dijo un rabino- es el sello de Dios.»» *Emet* se escribe con tres letras hebreas: *álef,* la primera del alfabeto; min, la de en medio, *y tau,* la última. La verdad de Dios es el principio, el -centro y el final de la vida.

Por eso Jesús puede satisfacer el hambre de eternidad: Él es el sello de Dios, la verdad encarnada de Dios; y Dios es el único que puede satisfacer plenamente el hambre del alma que Él mismo ha creado.

LA UNICA OBRA VERDADERA

Juan 6:28-29

> *-¿Qué tenemos que hacer para llevar a cabo la obra de Dios? -le preguntaron a Jesús; y Él respondió:*
> *-Esto es lo que Dios quiere que hagáis: que creáis en el Que Él ha enviado.*

Cuando Jesús hablaba de las obras de Dios, los judíos pensaban en términos de «buenas obras». Estaban convencidos de que se podía ganar el favor de Dios haciendo buenas obras. Para ellos, la humanidad se dividía en tres clases: los buenos, los malos y los de en medio; éstos últimos, si hacían una buena obra, pasaban a la categoría de buenos, y si mala, a la de malos. Así que, cuando los judíos Le preguntaron a Jesús sobre las obras de Dios, esperaban que estableciera una lista de cosas. Pero no es eso lo que dice Jesús.

La respuesta de Jesús es sumamente breve y compendiada, y tenemos que desarrollarla para entender lo que contiene. Dijo que lo que Dios espera de nosotros es que creamos en el Que Él ha enviado. Pablo habría dicho que la única obra que Dios espera del hombre es *la fe.* ¿Qué quiere decir la fe? Quiere decir estar en una relación con Dios tal que somos Sus amigos. Ya no nos inspira terror, sino que Le conocemos como a nuestro Padre y Amigo, y Le damos la confianza, la sumisión y la obediencia que surgen naturalmente de esta nueva relación de amor.

¿Qué relación tiene con esto el creer en Jesús? La vieja distancia y enemistad desaparecen y la. nueva relación con Dios es posible sólo gracias a Jesús. Él es Quien vino a decirnos que Dios es nuestro Padre y nos ama y quiere perdonarnos por encima de todo.

Pero esa nueva relación con Dios desemboca en una cierta clase de vida. Ahora que sabemos cómo es Dios, nuestra vida tiene que reflejar ese conocimiento. Ese reflejo se proyectará en tres direcciones, cada-una de las cuales corresponde a lo que Jesús nos ha dicho de Dios.

(i) Dios es amor. Por tanto, en nuestras vidas debe haber el amor y servicio a los demás que correspondan al amor y servicio de Dios, y debemos perdonar a otros como Dios nos ha perdonado en Cristo.

(ii) Dios es santidad. Por tanto, en nuestras vidas debe haber una pureza que corresponda a la santidad de Dios.(iii) Dios es sabiduría. Por tanto, en -nuestras vidas debe haber la completa sumisión y confianza que corresponden a ln sabiduría de Dios.

La esencia de la vida cristiana es una nueva relación con Dios, una relación que Él nos ofrece, y que hace posible la revelación que Jesús nos ha traído de Dios; una relación que conduce al servicio, pureza y confianza que son un reflejo de Dios en nuestras vidas. Esta es la obra que Dios quiere que hagamos, y para la cual nos capacita.

LA DEMANDA DE SEÑAL

Juan 6:30-34

Los judíos Le dijeron a Jesús:

-¿Qué señal vas a realizar que nosotros podamos ver para creer en Ti? ¿Cuál es Tu obra? Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, como está escrito: «Les dio á comer pan del Cielo.>

Jesús les respondió:

-Esto que os digo es la pura verdad: No fue Moisés el que os dio el pan del Cielo, sino Mi Padre; Él sí que os da el verdadero pan del Cielo. El pan de Dios es el Que procede del Cielo y da la vida al mundo.

-¡Señor, danos siempre ese pan! -Le dijeron ellos.

La conversación es aquí típicamente judía en terminología, trasfondo y alusiones. Jesús acababa de presentar una gran credencial: creer en Él era la verdadera obra de Dios. «Muy bien -Le dijeron los judíos-, ¿luego Tú pretendes ser el Mesías? ¡Demuéstralo!»

Todavía seguían pensando en la alimentación de la multitud, e inevitablemente se retrotrajeron con el pensamiento al maná en el desierto. No podían por menos de conectar las dos cosas. Era tradicional referirse al maná como « el pan de *Dios> (Salmo 78:24; Éxodo 16:1 S); y los* rabinos creían firmemente que, cuando viniera el Mesías, repetiría el milagro del maná. La provisión del maná se consideraba la obra cumbre de la vida de Moisés, y el Mesías no podría por menos de superarla. «Como fue el primer redentor, así será el Redentor final; como el primer redentor hizo que cayera maná del Cielo, así el postrer Redentor hará descender maná del Cielo.» «No encontraréis el maná en esta era, pero lo encontraréis en la era por venir.» «¿Para quiénes está preparado el maná? Para los justos de la era por venir. Todos los que crean serán dignos de comerlo.» Una vasija que contenía maná se había conservado en el arca del primer templo; y se creía que, cuando éste fue destruido, Jeremías lo había escondido, y lo sacaría a la luz otra vez cuando viniera el Mesías. En otras palabras: los judíos estaban desafiando a Jesús a que produjera el pan de Dios para justificar Sus pretensiones. No consideraban que el pan que habían comido los cinco mil era el pan de Dios en el sentido que ellos esperaban; procedía de panes terrenales y se había multiplicado como pan terrenal. El maná, creían, había sido otra cosa diferente, y sería la prueba definitiva.

La respuesta de Jesús era doble. En primer lugar, les recordó que no había sido *Moisés* el que les había dado el maná, sino Dios. Y en segundo lugar, les dijo que el maná no había sido el verdadero pan de Dios, sino sólo un símbolo. El pan de Dios era el Que había descendido del Cielo para dar a la Humanidad, no la simple satisfacción del hambre física, sino la vida. Jesús presentaba Sus credenciales de que la única verdadera satisfacción se encuentra en Él.

EL PAN DE LA VIDA

Juan 6:35-40

> *Jesús les dijo:*
> *-Yo soy el pan de la vida. El que acude a Mí, nunca tendrá hambre; y el que cree en Mí, ya no tendrá más sed. Pero os aseguro que, aunque Me habéis visto, n& creéis en Mí. Todos los que Me dé el Padre acudirán -a Mí; porque Yo he descendido del Cielo, no para hacer Mi voluntad, sino la del Que Me envió. Y esta es la: voluntad del Que Me envió: Que no pierda ninguno de los que Él Me ha dado, sino que los resucite a todos el último día. Esta es la voluntad de Mi Padre: Que cualquiera que crea en el Hijo cuando Le vea, tenga la vida eterna. Y Yo le resucitaré el último día.*

Este es uno de los grandes pasajes del Cuarto Evangelio,y de todo el Nuevo Testamento. En él encontramos dos grandes líneas de pensamiento que debemos tratar de analizar.

En primer lugar, ¿qué quería decir Jesús con: < Yo soy el pan de la vida»? No basta con tomarlo sencillamente como una frase bonita y poética. Vamos a analizarla paso a paso. (i) El pan sostiene la vida. Es algo sin lo cual la vida no puede proseguir. (ii) Pero, ¿qué es la vida? No cabe duda de que es mucho más que la mera existencia física. ¿Cuál es el sentido espiritual de la vida? (iii) La vida verdadera es la nueva relación con Dios, esa relación de confianza y obediencia y amor que ya hemos considerado. (iv) Esa relación sólo es posible por medio de Jesucristo. sin El no podemos entrar en ella. (v) Es decir: sin Jesús puede que haya existencia, pero no vida. (vi) Por tanto, si Jesús es esencial a la vida, se Le puede describir como el pan de la vida. El hambre de la situación humana termina cuando conocemos a Cristo y, por medio de Él, a Dios. En Él el alma inquieta encuentra reposo; el corazón hambriento encuentra satisfacción.

En segundo lugar, este pasaje nos despliega las etapas de la vida cristiana. (i) Vemos a Jesús. Le vemos en las páginas del Nuevo Testamento, en la enseñanza de la Iglesia, a veces hasta cara a cara. (ii) Habiéndole visto, acudimos a Él. Le miramos, no como un héroe o dechado distante, no como el protagonista de un libro, sino como Alguien accesible. (iii) Creemos en Él. Es decir, Le aceptamos como la suprema autoridad acerca de Dios, de nosotros mismos y de la vida. Eso quiere decir que no acudimos a Él por mero interés, ni en igualdad de términos; sino, esencialmente, para someternos. (iv) Este proceso nos da la vida. Es decir, nos pone en una nueva relación de amor con Dios, en la que Le conocemos como Amigo íntimo; ahora podemos sentirnos a gusto con el Que antes temíamos y no conocíamos. (v) Esta posibilidad es gratuita y universal. La invitación es para todos los seres humanos. No tenemos más que aceptarlo, y ya es nuestro el pan de la vida. (vi) El único acceso a esta nueva relación con Dios es por medio de Jesús; sin Él nunca habría sido posible, y aparte de Él sigue siendo imposible. No hay investigación de la mente ni anhelo del corazón que pueda encontrar a Dios aparte de Jesús. (vi¡) Detrás de todo este proceso está Dios. Los que acuden a Jesús son los que Dios Le ha dado. Dios no se limita a proveer la meta; también mueve el corazón para que Le desee; también obra en el corazón para desarraigar la rebeldía y el orgullo que podrían obstaculizar la entrega total. No podríamos ni siquiera empezar a buscarle si no fuera porque Él ya nos ha encontrado. (vi¡¡) Queda ese algo tozudo en el corazón humano que nos hace seguir rehusando la invitación de Dios. En último análisis, lo único que puede frustrar el propósito de Dios es la oposición del corazón humano. La vida está ahí para que la tomemos... o para que la rechacemos.

Cuando la tomamos, suceden dos cosas. La primera es que entra en la vida una nueva satisfacción. El corazón humano encuentra lo que estaba buscando, y la vida deja de ser un mero vegetar para ser algo lleno a la vez de emoción y de paz.Y la segunda es que tenemos seguridad hasta más allá de la muerte. Aun el último día, cuando todo termine, estaremos a salvo. Como dijo un gran comentarista: < Cristo nos lleva al puerto en el que se acaban todos los peligros.» Esas son la grandeza y la gloria de las que nos privamos cuando rehusamos Su invitación.

EL FRACASO DE LOS JUDÍOS

Juan 6:41-51

> *Los judíos siguieron murmurando de Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan que ha descendido del Cielo»; y siguieron diciendo:*

-¡Como si no supiéramos que Éste es Jesús hijo de José, a Cuyos padres conocemos! ¿Cómo es que nos viene ahora diciendo: «Yo he descendido del Cielo?»

-Dejad ya de murmurar entre vosotros -les dijo Jesús-. No hay nadie que pueda acudir a Mí a menos que le traiga el Padre que Me envió; y Yo le resucitaré el último día. Está escrito en los Profetas: «Y serán todos enseñados por Dios.» Todos los que han escuchado a Mi Padre y aprendido de Él, vienen a Mí. No es que nadie haya visto jamás al Padre, excepto el Que procede de Dios; Él sí ha visto al Padre. Lo que os digo es la pura verdad: El que cree, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron maná en el desierto, y murieron. Este es el pan de la vida del que se puede comer para no morir. Yo soy el pan de la vida Que he descendido del Cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre.

Este pasaje da las razones por las que los judíos rechazaron a Jesús y, al rechazarle a Él, rechazaron la vida eterna.

(i) Juzgaban las cosas con una escala de valores humana y

por motivos externos. Su reacción ante las credenciales de Jesús era recordar el hecho de que Él era el hijo del carpintero y que Le habían visto crecer en Nazaret. Eran incapaces de aceptar que Uno Que era un artesano y Que procedía de una familia humilde pudiera ser un Mensajero especial de Dios.

T. E. Lawrence era amigo íntimo del poeta Thomas Hardy. En los días en que Lawrence estaba sirviendo en las fuerzas aéreas británicas solía visitar a Hardy y su esposa vestido de uniforme. En una ocasión, su visita coincidió con la de la alcaldesa de Dorchester, que se dio por muy ofendida de que se la hubiera sometido a compartir su tiempo con un vulgar aviador, porque no tenía idea de quién era. Le dijo a la señora Hardy en francés que nunca en toda su vida se había sentado a tomar el té con un soldado. Nadie dijo nada. Entonces Lawrence dijo en perfecto francés: «Suplico su perdón, señora; pero, ¿puedo serle útil como intérprete? La señora Hardy no entiende el francés.» Una mujer esnob y descortés había cometido un craso error al juzgar por las apariencias. Eso fue lo que hicieron los judíos con Jesús.

Debemos tener cuidado con rechazar un mensaje de Dios al despreciar o infravalorar a Su mensajero. Nadie desecharía un cheque de 1,000,000 porque resulta que está metido en un sobre vulgar y corriente. Dios tiene muchos mensajeros. Su Mensaje supremo nos lo trajo un Carpintero galileo, y por eso fue por lo que los judíos lo rechazaron.

(ii) Los judíos se pusieron a discutir *entre ellos.* Estaban tan pagados de sus razonamientos personales que no se les ocurrió dejar a Dios que decidiera la cuestión. Lo que más les interesaba era hacerles saber a los demás cuál era su opinión; y lo que menos, lo que Dios pudiera pensar. Sucede a veces en tribunales y comités, cuando cada cual está tratando de hacerle tragar a los demás su parecer, que sería mejor callarse y preguntarle a Dios lo que El piensa y quiere que se haga. Después de todo, no importa tanto lo que pensemos nosotros; pero lo que piense Dios sí tiene una importancia suprema -aunque rara vez nos interesa lo bastante como para preguntárselo.

(iii) Los judíos oyeron, *pero no aprendieron.* Hay diferentes maneras de escuchar. Está la manera de la crítica; la del resentimiento; la de la superioridad; la de la indiferencia, y la del que escucha sólo porque en ese momento no tiene oportunidad de hablar. La única manera de escuchar que vale la pena es la de oír y aprender; y es la única manera de escuchar a Dios.

(iv) Los judíos resistieron *la atracción de Dios.* Solamente aceptan a Jesús los que Dios atrae a Él. La palabra que usa Juan para *atraer* es *helkyein.* Es la palabra que se usa en la traducción griega del hebreo en el pasaje en que Jeremías oye decir a Dios: «Con fidelidad conyugal te he atraído a Mí» *(Jeremías 31:3; R.V. « te* soporté con misericordia»). Lo interesante. de la palabra es que casi implica una cierta resistencia. Se usa para *tirar* de una red cargadísima hacia la orilla *(Juan 21:6, 11).* Se usa de cuando *arrastraron* a Pablo y Silas a los magistrados en Filipos *(Hechos 16:19).* Es la palabra que se usa para desenvainar o *tirar de* espada *(Juan 18:10).* Siempre implica algo de resistencia. Dios puede atraer a las personas; pero la resistencia de éstas a veces puede más que el tirón de Dios.

Jesús es el pan de la vida, lo que quiere decir que es esencial para la vida; por tanto, el rechazar la invitación y orden de Jesús es perder la .vida, y morir. Los rabinos tenían un dicho: « La generación del desierto no tiene parte en la vida por venir.» En la antigua historia de *Números,* los que rehusaron insistentemente arrostrar los peligros de la tierra prometida después del informe de los exploradores fueron condenados a vagar por el desierto hasta morir. Porque se negaron a aceptar la dirección de Dios, fueron excluidos para siempre de la tierra prometida. Los rabinos creían que los antepasados que murieron en el desierto, no sólo se perdieron la tierra prometida, sino también la vida por venir. El rehusar el ofrecimiento de Cristo es perderse la vida en este mundo y en el venidero, mientras que el aceptarla es hallar la verdadera vida en este mundo y la gloria en el venidero.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Juan 6:51-59

-El pan que Yo daré es Mi carne, dada para que el mundo obtenga la vida -dijo Jesús.

Los judíos se pusieron a discutir entre sí otra vez:

-¿Cómo puede este Hombre darnos a comer su carne?

-Esto que os digo es la pura verdad -les dijo Jesús-: A menos que comáis la carne del Hijo del Hombre y bebáis Su sangre, no podéis poseer la vida eterna dentro de vosotros. El que come Mi carne y bebe Mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré el último día.- Mi carne es la comida verdadera, y Mi sangre la verdadera bebida. El que come Mi carne y bebe Mi sangre permanece en Mí y Yo en él. Como el Padre viviente Me ha enviado, así Yo vivo por medio de Él, y el que Me coma vivirá por medio de Mí. Este es el pan Que ha descendido del Cielo. No se trata de comer como vuestros padres comieron y murieron. Es el que coma este pan el que vivirá para siempre.

Estas cosas las dijo cuando estaba enseñando en la sinagoga de Cafarnaún.

Para la mayoría de nosotros éste es un pasaje sumamente difícil. Usa un lenguaje y se mueve en un mundo de ideas que nos resultan totalmente extrañas, y que podrían parecer hasta fantásticos y grotescos. Pero, para los que los oyeron por primera vez, era moverse entre ideas familiares que se remontaban hasta la misma infancia de su raza.

Estas ideas serían perfectamente normales para los que conocían los sacrificios en el mundo antiguo. La víctima rara vez se quemaba del todo. Por lo general sólo una pequeña porción, aunque todo el animal se ofrecía en sacrificio. Parte de la carne correspondía a los sacerdotes por derecho de su oficio; y otra parte se devolvía a los adoradores, que la usaban para hacer una fiesta con sus amigos en el recinto del templo pagano. En esa fiesta se consideraba que el dios del lugar era el huésped de honor. Además, una vez que la carne se había ofrecido al dios, se creía que éste había entrado en ella y, por tanto, cuando el adorador la comía, estaba recibiendo igualmente al dios en su cuerpo. Cuando las personas que habían participado de la fiesta se volvían a sus casas, creían que iban literalmente llenas de ese dios. Es posible que nosotros lo consideremos un culto idolátrico, o un tremendo engaño; pero no cabe duda de que aquella gente salía completamente segura de que estaba en ellos la vitalidad dinámica de su dios. Para los que vivían en aquel mundo de ideas este pasaje no presentaba ninguna dificultad.

Además, en aquel mundo antiguo la única forma de religión que merecía ese nombre era la de los misterios. Lo que ofrecían las religiones misteriosas era la comunión y aun la identificación con algún dios. La manera como se lograba era la siguiente. Todos los misterios eran esencialmente representaciones de la pasión de un dios que había sufrido terriblemente, y que había muerto y resucitado. La historia se presentaba en un auto de pasión sumamente conmovedor. Antes que el iniciado pudiera presenciarlo, tenía que someterse a un largo catecumenado sobre el sentido del misterio. Tenía que hacer toda clase de purificaciones ceremoniales, y un largo período de ayuno y de abstención de relaciones sexuales.

En la representación propiamente dicha del auto de la pasión, todo estaba diseñado para producir una atmósfera altamente emocional. Se calculaba cuidadosamente la iluminación, el incienso, la música y una liturgia maravillosa; todo estaba programado cuidadosamente para conducir al iniciado a un estado de emoción y de expectación como nunca antes lo había experimentado. Se puede considerar alucinación, o una combinación de hipnotismo y autosugestión; pero algo sucedía, que se suponía la identificación con aquel dios. A1 contemplar todo aquello el iniciado, cuidadosamente preparado, llegaba a ser uno con el dios: compartía sus sufrimientos y dolores, su muerte y su resurrección. El dios y él llegaban a confundirse, y él estaba a salvo en la vida y en la muerte.

Algunos de los dichos y las oraciones de los misterios tienen una belleza indiscutible. En los misterios de Mitra, el iniciado rezaba: < Mora en mi alma; no me dejes, para que sea iniciado y el espíritu santo more dentro de mí.> En los misterios herméticos, el iniciado decía: «Yo te conozco, Hermes, y tú me conoces a mí; *yo soy tú,* y tú *eres yo. » En* los mismos misterios había una oración que decía: «Ven a mí, señor Hermes, como vienen los bebés al seno materno.» En los misterios de Isis decía el adorador: «Tan cierto como que vive Osiris, vivirán sus seguidores. Tan cierto como que Osiris no está muerto, sus seguidores ya no morirán.»

Debemos recordar que aquellas personas de la antigüedad sabían lo que era el esfuerzo, el anhelo, el sueño de identificación con su dios y de la bendición de recibirle en su interior. No entenderían frases como comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre con un literalismo crudo. Sabrían algo de la experiencia inefable de unión, más íntima que ninguna unión material, de la que hablan estos versículos. Este era un mensaje que podía entender el mundo antiguo, y nosotros también.

Será bueno que recordemos que Juan está haciendo aquí lo que hace a menudo. No está reproduciendo, ni intentando reproducir, las mismísimas palabras de Jesús. Ha pasado setenta años pensando en lo que dijo Jesús; y ahora, guiado por el Espíritu Santo, nos transmite *el significado espiritual* de Sus palabras. No son las palabras lo que Juan reproduce -eso no habría sido más que la aportación de un buen reportero-;sino el sentido espiritual de las palabras: esa es la dirección del Espíritu Santo.

SU CUERPO Y SU SANGRE

Juan 6:51-59 (conclusión)

Veamos ahora si podemos descubrir algo de lo que quiso decir Jesús y de lo que entendió Juan de palabras como éstas. Podemos tomar este pasaje de dos maneras.

(i) Podemos tomarlo en sentido general. Jesús habló de comer Su carne y beber Su sangre.

Ahora bien: la carne de Jesús era Su completa humanidad. Juan, en su primera carta, establece casi apasionadamente: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios.» De hecho, el espíritu que niega que Jesús ha venido en la carne es del anticristo (1 *Juan 4:* 2-3). Juan insistía en que debemos aferrarnos y no soltarnos nunca de la plena humanidad de Jesús, Que fue carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso. ¿Qué quiere decir esto? Jesús, como hemos visto una y otra vez, era la Mente de Dios Que se había presentado como una Persona. Esto quiere decir que, en Jesús, Dios ha asumido la vida humana, enfrentándose con nuestras situaciones, luchando con nuestros problemas, resistiendo nuestras tentaciones, sufriendo nuestros dolores y desarrollando nuestras relaciones humanas.

Por tanto, es como si Jesús dijera: «Alimentad vuestro corazón, vuestra mente y vuestra alma con Mi humanidad. Cuando estéis desanimados o desesperados, mordiendo el polvo y asqueados de la vida... ¡acordaos de que Yo tomé esa vida vuestra y esas luchas vuestras sobre Mí!» Y veremos que, de pronto, la vida y la carne se revisten de gloria, porque Dios ha dejado en ellas Su huella. Ha sido y es la gran convicción de la cristología griega ortodoxa que Jesús deificó nuestra carne al asumirla. El comer el cuerpo de Cristo es alimentarnos con el pensamiento de Su humanidad hasta que nuestra propia humanidad se fortalezca y limpie e impregne de la Suya.

Jesús dijo que hemos de beber Su sangre. En el pensamiento judío, *la sangre representa la vida.* Es fácil comprender por qué: cuando uno se desangra por una herida, se le va la vida. Además, para los judíos *la sangre pertenece a Dios.* Por eso, hasta el día de hoy, ningún judío fiel comerá carne que no haya sido completamente drenada de la sangre. «Pero carne con su vida, es decir, su sangre, no comeréis» *(Génesis 9:4). « Sola*mente que no comas su sangre: sobre la tierra la derramarás como agua» *(Deuteronomio* 15:23). Ahora volvamos a lo que dice Jesús: «Tenéis que beber Mi sangre; es decir, poner Mi vida en el mismo centro de vuestro ser; y esa vida Mía es una vida que pertenece a Dios.» Cuando Jesús dijo que tenemos que beber Su sangre, quería decir que tenemos que recibir Su vida en lo más íntimo de la nuestra.

¿Qué quiere decir eso? Pensadlo así: figuraos que hay en un estante un libro que una persona no ha leído nunca. Puede que sea el Quijote, la más grande novela de la literatura universal; pero, mientras siga sin leerla, estará fuera de esa persona. Un buen día la toma en sus manos y la lee. La emociona, encanta y conmueve. Argumento y personajes quedan en su memoria; y, a partir de entonces, siempre que quiera, puede recuperar esa maravilla que tiene en su interior, y recordarla y meditarla y saborearla, y alimentar su mente y su corazón con ella. Hubo un tiempo en que aquel libro estaba fuera de la persona. Ahora está dentro de ella, y se puede alimentar de él.

Así sucede con todas las grandes experiencias de la vida: están fuera de nosotros hasta que las asumimos.

Eso es lo que sucede con Jesús. Mientras no sea para nosotros más que el personaje de un libro, está fuera de nosotros; pero cuando entra en nuestro corazón, podemos alimentarnos de la vida y la fuerza y la vitalidad que Él nos da. Jesús dijo que hemos de beber Su sangre. Está diciéndonos: «Tenéis que dejar de pensar en Mí como el tema de una discusión teológica; tenéis que recibirme en vuestro interior y entrar en Mi interior, y entonces tendréis la vida verdadera.» Eso era lo que quería decir Jesús cuando hablaba de morar en Él y Él en nosotros.

Cuando nos mandó comer Su carne y beber Su sangre nos estaba diciendo que alimentáramos nuestros corazones, almas y mentes con Su humanidad, y que revitalizáramos nuestras vidas con Su vida hasta llenarnos de la vida de Dios.

(ii) Pero Juan quería decir mucho más que eso, y estaba pensando también en la Mesa del Señor. Estaba diciendo: «Si queréis vida, tenéis que venir y sentaros a esa mesa en la que coméis el pan partido y bebéis el vino que se sirve que, de alguna manera, por la gracia de Dios, os ponen en contacto con el amor y la vida de Jesucristo.» Pero -aquí está la maravilla de este punto de vista-Juan no nos relata la última *Cena. Nos* aporta su enseñanza acerca de ella, no en el relato del Aposento Alto, sino en el de una comida campestre, en una ladera cerca de Betsaida Julias, junto a las aguas azules del mar de Galilea.

No cabe duda: Juan está diciendo que, para un cristiano, toda comida *se convierte en un sacramento. Puede* que hubiera algunos que, si se me permite la frase, estaban exagerando la importancia del sacramento dentro de la iglesia, convirtiéndolo en algo mágico, implicando que es la única manera de entrar a la presencia del Cristo Resucitado. Es verdad que el sacramento es una cita especial que tenemos con Dios; pero Juan mantenía con todo su corazón que cualquier comida en el hogar más humilde o en el más lujoso palacio, o bajo la bóveda del cielo con sólo la hierba como alfombra, era un sacramento. Decía: «En cualquier comida podéis encontrar otra vez ese pan que nos habla de la humanidad del Maestro, y ese vino que nos habla de Su sangre, que es la vida.»

En el pensamiento de Juan, la mesa de la comunión y la del comedor de casa, la comida campestre en la playa o en la montaña se parecen en que en todas gustamos y tocamos el pan y el vino que nos traen a Cristo. El Cristianismo sería muy pobre si Cristo estuviera limitado a las iglesias. Juan está convencido de que Le podemos encontrar en cualquier sitio, porque el mundo está lleno de Él. No es que reduzca el sacramento, sino que lo expande de tal manera que podemos encontrar a Cristo a Su mesa en la iglesia, y luego salir a encontrarle dondequiera que haya personas que se reúnan para disfrutar de los dones de Dios.

EL ESPÍRITU IMPRESCINDIBLE

Juan 6:59-65

Estas cosas las dijo Jesús cuando estaba enseñando en la sinagoga de Cafarnaún. Cuando Le oyeron esta exposición, muchos *de Sus discípulos dijeron:*

-¡Qué difícil es este mensaje! ¿Cómo lo podemos escuchar?

Jesús conocía muy bien en Su interior lo que. estaban murmurando Sus discípulos, así es que les dijo:

-¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué os pasaría si vierais al Hijo del Hombre ascender adonde estaba antes? El poder vivificador es el Espíritu; la carne no puede hacer nada. Lo que os he dicho es espíritu y vida. Pero hay algunos que no creen.

Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién iba a ser el que Le traicionara. Por eso era por lo que decía a menudo: «No hay nadie que acuda a Mí a menos que le sea concedido por Mi Padre.

No nos sorprende que los discípulos de Jesús encontraran difícil de entender Su predicación en la sinagoga de Cafamaún. Pero la palabra griega que se usa aquí es *skléros, duro,* que quiere decir, no *difícil de entender, sino difícil de aceptar.* Los discípulos sabían muy bien que Jesús había estado presentándose como la misma vida de Dios que había descendido del Cielo, y que nadie podía vivir esta vida ni enfrentarse con la eternidad sin someterse a Él.

Aquí nos encontramos con una verdad que vuelve a aparecer en cada época. Una y otra vez no es la dificultad intelectual lo que impide que muchos se hagan cristianos, sino la altura de la demanda moral de Cristo. En el corazón de toda religión tiene que haber misterio, por la sencilla razón de que allí está Dios. Es natural que las personas no podamos comprender plenamente a Dios. Cualquier sincero pensador aceptará que tiene que haber misterios.

La dificultad real del Cristianismo es doble. Demanda un acto de rendición a Cristo, aceptarle a Él como la autoridad final; y demanda un estándar moral de la más alta calidad. Los discípulos se daban cuenta de que Jesús Se había presentado como la misma vida y Mente de Dios venida a la Tierra; la dificultad de la gente era aceptar aquello como verdad, con todas sus consecuencias. Hasta el día de hoy hay muchos que rechazan a Cristo, no porque se lo pone difícil al intelecto, sino porque desafía a la vida.

Jesús continúa, no probando Sus credenciales, sino afirmando que algún día los hechos demostrarían que tenía razón. Lo que decía era en realidad: «Os resulta difícil creer que Yo soy el pan, eso esencial para la vida, *descendido del Cielo.* Pues bien, no tendréis dificultad en aceptarlo cuando un día Me veáis *ascendiendo de vuelta* al Cielo.» Es un anuncio de la Ascensión. Quiere decir que la Resurrección es la garantía de las credenciales de Jesús. Él no fue simplemente alguien que vivió noblemente y murió heroicamente por una causa perdida; es el único Cuyas credenciales han sido confirmadas por el hecho de Su resurrección.

Jesús sigue. diciendo que lo único absolutamente imprescindible es el poder vivificador del Espíritu; la carne no puede hacer nada. Podemos expresarlo muy sencillamente de una manera que nos dará por lo menos algo de su significado: La cosa más importante es el espíritu en el que se realiza una acción. Alguien lo ha dicho de otra manera: «Todas las cosas humanas son triviales si no existen por algo que está más allá de ellas.» El verdadero valor de una cosa depende de su finalidad. Si comemos nada más que por comer, somos unos glotones, y nos hará más daño que bien; pero si comemos para mantener la vida, para cumplir mejor con nuestro trabajo, para estar sanos, tiene sentido comer. Si uno pasa un montón de tiempo haciendo deporte sin más, está, en el mejor de los casos, perdiendo el tiempo. Pero si dedica un tiempo al deporte para

mantener su cuerpo en forma y así poder hacer mejor su trabajo para Dios y sus semejantes, el deporte deja de ser algo trivial y pasa a ser importante. Las cosas de la carne adquieren su verdadero valor del espíritu con que se hacen.

Jesús añade: < Mis palabras son espíritu y vida.» Él es el único que nos puede decir lo que es la vida, poner en nosotros el espíritu en que debe vivirse y darnos la fuerza para vivirla. La vida adquiere su valor de su propósito y de su invalidad. Cristo es el único que puede darnos un verdadero propósito en la vida, y el poder para desarrollar ese propósito frente a la constante oposición que nos viene de dentro y de fuera.

Jesús se daba perfecta cuenta de que algunos, no sólo rechazarían Su ofrecimiento, sino que lo rechazarían hostilmente. Nadie puede aceptar a Jesús a menos que le mueva el Espíritu de Dios; pero uno puede seguir resistiendo a ese Espíritu hasta llegar al punto en que ya no podrá cambiar de actitud. El que Le resiste es excluido, no por Dios, sino por su misma actitud.

ACTITUDES ANTE CRISTO

Juan 6:66-71

Después de esto, muchos de los discípulos de Jesús se volvieron atrás y ya no quisieron seguir con Él. Jesús les dijo a los Doce:

¿Estáis seguros de que no queréis marcharos vosotros también?

A lo que Le respondió Pedro:

-Señor, ¿y a quién vamos a ir? Tú eres el Que tienes las palabras de la vida eterna, y nosotros hemos creído y hemos llegado a saber que Tú eres el Santo de Dios.

Jesús les contestó:

-¿No os escogí Yo a los Doce, y uno de vosotros es un diablo?

Se refería a Judas hijo de Simón, el Iscariote, porque ése le iba a entregar y era uno de los Doce.

Aquí tenemos un pasaje henchido de tragedia, porque es el principio del fin. Había habido un tiempo cuando la gente venía a Jesús en grandes multitudes. Cuando estuvo en Jerusalén para la Pascua, muchos vieron Sus milagros y creyeron en Su nombre (2:23). Tantos vinieron a que los bautizaran los discípulos de Jesús que su número creaba problemas (4:1, 39, 45). En Galilea, la muchedumbre había salido en Su seguimiento el día antes (6:2). Pero ahora el cariz había cambiado; desde ahora en adelante habría un odio creciente que culminaría en la Cruz. Juan nos introduce en el último acto de la tragedia. Son circunstancias así las que revelan los corazones de las personas y las muestran tal como son en realidad. En estas circunstancias había tres actitudes ante Jesús.

(i) Hubo *defección.* Algunos se volvieron atrás y dejaron de andar con Jesús. Se fueron separando por varias razones.

Algunos vieron claramente hacia dónde se dirigía Jesús. Uno no se podía desafiar a las autoridades como Él lo estaba haciendo y salirse con la suya. Estaba abocado a un desastre, y ellos querían desmarcarse a tiempo. Eran seguidores de conveniencia. Se ha dicho que el temple de un ejército se ve en cómo pelea cuando está cansado. Los que se marcharon habrían permanecido con Jesús siempre que Su carrera hubiera estado en ascendente; pero a la primera sombra de la Cruz Le dejaron.

Algunos esquivaron el desafío de Jesús. Su punto de vista era que habían venido a Jesús para sacar algo; cuando se barruntaba el sufrir por Él y darle *a* Él, se salieron. Nadie puede dar tanto como Jesús; pero, si acudimos a Él solamente para recibir y nunca para dar, seguro que acabaremos por volverle la espalda. La persona que quiera seguir a Jesús debe tener presente que en Su seguimiento hay siempre una cruz.

(ii) Hubo *deterioro.* Esto lo vemos especialmente en Judas. Jesús debe de haber visto en él un hombre que Él podía usar en Su obra. Pero Judas, que podría haber llegado a ser un héroe, resultó un villano; podría. haber sido un santo y dejó su nombre a la ignominia.

Hay una terrible historia de un artista que estaba pintando la última Cena. Era un gran cuadro, y le llevó muchos años. Como modelo para el rostro de Cristo usó a un joven de rostro transparente en su nobleza y pureza. Poco a poco fue completando el cuadro con los rostros de cada uno de los discípulos, hasta que le llegó el día en que necesitaba un modelo para Judas, al que había dejado para el final. Salió a buscar su tipo en los barrios más bajos de la ciudad y en las guaridas del vicio. Por fin encontró a uno cuya cara era tan depravada y viciosa que cumplía los requisitos. Cuando estaba para terminar el tiempo que tenía que posar, aquel hombre le dijo al artista: < Tú me habías pintado ya antes.» < ¡Que va!> -exclamó el artista-. < ¡Claro que sí! Yo fui el modelo para tu Cristo.» Los años habían obrado un terrible deterioro.

Los años pueden ser crueles. Pueden arrebatarnos los ideales, entusiasmos, sueños y lealtades. Pueden dejarnos con una vida empequeñecida y empobrecida. Pueden dejarnos con un corazón marchito en vez de henchido del amor de Cristo. Puede perderse el encanto de la vida. ¡Que Dios nos libre de ello!

(iii) Hubo *resolución.* Esta es la versión que Juan nos da de la gran confesión de Pedro en Cesarea de Filipo *(Marcos* 8:27; *Mateo 16:13; Lucas* 9:18). Fue precisamente una situación así la que produjo la lealtad del corazón de Pedro. Para él, el hecho era que no había absolutamente nadie al que ir después de haber estado con Jesús. Por decirlo de alguna manera, Jesús era el único que tenía palabras de vida eterna.

La lealtad de Pedro tenía sus raíces en su relación personal con Jesucristo. Habría muchas cosas que Pedro no entendía; estaría a veces tan confuso y despistado como cualquier otro. Pero había algo en Jesús por lo que habría estado dispuesto a morir. En último análisis, el Cristianismo no es una filosofía que podemos aceptar, ni una teoría a la que nos adherimos. Es una respuesta personal a Jesucristo. Es la lealtad y el amor que da una persona porque el corazón no le deja hacer otra cosa.

EL TIEMPO DEL HOMBRE Y EL DE DIOS

Juan 7:1-9

Después de estas cosas, Jesús estuvo yendo de un sitio para otro en Galilea. No quería andar por Judea porque los judíos se habían propuesto matarle.

Era cerca de la fiesta judía de los Tabernáculos, y Sus hermanos Le dijeron:

Márchate de aquí y vete a Judea para que Tus discípulos tengan oportunidad de ver las obras que realizas; porque nadie que quiera llamar la atención de la gente se limita a hacerlo todo en secreto. Puesto que puedes hacer estas cosas, manifiéstate al mundo.

Y es que ni Sus hermanos creían en Él. Y Jesús les dijo:

-El momento de oportunidad que estoy buscando no ha llegado todavía; pero vuestro tiempo siempre está a punto. El mundo no tiene por qué aborreceros a vosotros; pero a mí sí, porque Yo doy testimonio en contra suya de que sus obras son malas. Subid vosotros ahora a la fiesta. Yo no voy todavía porque no me ha llegado el momento.

Y, después de decirles eso, se quedó en Galilea.

La fiesta de los Tabernáculos caía a finales de septiembre o principios de, octubre. Era una de las fiestas de guardar, y todos los varones israelitas que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén estaban obligados a asistir. Pero los judíos practicantes de más lejos también procuraban ir. Duraba ocho días en total. Más adelante tendremos ocasión de tratar de la fiesta más extensamente.

Cuando Jesús llegó a Su casa, Sus hermanos Le empujaron para que fuera a Jerusalén; pero Jesús no hizo caso de sus razonamientos, y fue en Su momento.

Hay una cosa exclusiva de este pasaje que debemos advertir. Según la versión Reina-Valera (versículo 6), Jesús dice: «Mi tiempo aún no ha llegado.» Jesús hablaba a menudo acerca de Su *tiempo o Su hora.* Pero aquí hay una palabra diferente, que no usa nada más que aquí. En los otros pasajes *(Juan 2:4; 7:30; 8:20; 12:27),* la palabra que usa Jesús, o Juan, es *hóra,* que quiere decir *la hora señalada por* Dios. Ese tiempo u hora era inalterable e inevitable. Tenía que aceptarse sin discusión ni posibilidad de cambio porque era la hora en que algo tenía que suceder para que se cumpliera el plan de Dios. Pero en este pasaje la palabra es kairos, que propiamente quiere decir *estación propicia, oportunidad;* es decir, el mejor momento para hacer algo, cuando las circunstancias son favorables, *el momento psicológico.* Jesús no está diciendo aquí que no ha llegado la hora señalada por Dios, sino algo mucho más sencillo. Está diciendo que ése no era el momento que podía ofrecerle la oportunidad que estaba esperando.

Esto explica por qué Jesús más tarde sí fue a Jerusalén. Mucha gente se sorprende de que Jesús dijera primero a Sus hermanos que no iría, y luego fue. Schopenhauer, el filósofo alemán, llegó a decir: «Jesucristo dijo una mentira a propósito.» Otros han tratado de explicar que lo que Jesús quería decir era que no iría a la fiesta *públicamente,* pero eso no excluía el ir *privadamente.* Pero lo que Jesús dijo fue sencillamente: «Si voy ahora con vosotros no tendré la oportunidad que estoy buscando. El momento no es oportuno.» Así es que retrasó Su marcha hasta en medio de la fiesta; porque el llegar cuando toda la gente ya estuviera reunida y expectante le daría una oportunidad mucho mejor que si hubiera ido al principio. Jesús eligió el momento con cuidadosa previsión para poder obtener los resultados más efectivos.

En este pasaje aprendemos dos cosas.

(i) Es imposible manipular a Jesús. Sus hermanos hicieron lo posible para obligarle a ir a Jerusalén. Le desafiaron. Tenían razón desde un punto de vista humano. Jesús había realizado Sus mayores milagros en Galilea -el convertir el agua en vino *(Juan 2: I ss);* la curación del hijo del noble *(Juan 4:46);* la multiplicación de los panes y los peces *(Juan 6:1 ss).* El único milagro que se nos relata que hiciera en Jerusalén -aunque se nos dice que «muchos creyeron en Él viendo las señales que hacía» (2:23; 3:2)- fue la curación del inválido de la piscina *(Juan S: l ss).* Era natural que le dijeran a Jesús que fuera a Jerusalén para que sus partidarios vieran lo que podía hacer. La historia deja bien claro que la curación del inválido se había considerado mucho más como un acto de quebrantamiento del sábado que como un milagro. Además, si Jesús hubiera de conseguir alguna vez ganar adeptos, no podía esperarlo mientras estuviera escondido en un rincón; tenía que actuar de manera que todos pudieran ver lo que era capaz de hacer. Y además, Jerusalén era la clave. Los galileos tenían fama de tener la sangre caliente y la cabeza también. Al que quisiera tener seguidores no le sería difícil conseguirlos en la tensa atmósfera de Galilea; pero Jerusalén era otra cosa. Y era la piedra de toque.

Los hermanos de Jesús tenían toda la razón del mundo para insistir; pero a Jesús no se le puede manipular. Él hace las cosas, no en el tiempo de los hombres, sino en el de Dios. La impaciencia humana tiene que aprender a esperar en la sabiduría de Dios.

(ii) Es imposible tratar a Jesús con indiferencia. No importaba cuándo fueran a Jerusalén los hermanos de Jesús, porque no iba a pasar nada porque fueran, ni se iba a notar su presencia. Pero el que fuera Jesús era algo muy diferente. ¿Por qué? Porque sus hermanos estaban a tono con el mundo y no lo inquietaban; pero la venida de Jesús es una condenación de la manera de vivir del mundo, y un desafío al egoísmo y al letargo. Jesús tenía que escoger su momento porque, cuando Él llega, suceden cosas.

REACCIONES A JESÚS

Juan 7:10-13

Cuando Sus hermanos ya se habían ido a la fiesta, entonces fue también Jesús, no abiertamente sino, como si dijéramos, de incógnito.

Así que los judíos le estaban buscando entre los asistentes, y no hacían más que decir:

-¿Dónde se habrá metido?

Y había muchas discusiones acaloradas entre la gente acerca de Él. Algunos decían:

-¡Es una buena persona!

-¡De eso nada! -replicaban otros-. ¡Está llevando a la gente por mal camino!

Pero nadie hablaba de Él abiertamente, porque tenían miedo de los judíos.

Jesús eligió su momento, y fue a Jerusalén. Aquí se nos presentan las reacciones de la gente. Uno de los puntos supremamente interesantes de este capítulo son las diferentes reacciones que nos cuenta que se produjeron entre la gente. Vamos a recogerlas aquí ahora.

(i) Tenemos la reacción de sus hermanos (versículos 1-5).

Reaccionaron realmente burlándose y tomándole el pelo despectivamente. No creían en Él; estaban provocándole como si se tratara de un chiquillo travieso. Sigue siendo frecuente esa actitud de desprecio tolerante a Jesús.

George Bernanos, en su *Diario de un cura rural,* nos cuenta que a veces invitaban al cura en la casona aristocrática de la parroquia. El amo le animaba a hablar y a discutir con los otros invitados, pero siempre lo hacía para divertirse un poco y con un desprecio tolerante, como si estuviera animando a un niño o a un perrillo a desplegar sus gracias. Aún hay quienes no parece que se han dado cuenta de que la fe cristiana es una cuestión de vida o muerte.

(ii) Tenemos el odio declarado de los fariseos y de los principales sacerdotes (versículos 7 y 19). No le odiaban por la misma razón; porque, de hecho, se odiaban entre sí. Los fariseos odiaban a Jesús porque pasaba de sus mezquinas reglas y normas. Si Él tenía razón, ellos no la podían tener; y amaban su propio sistema más de lo que amaban a Dios. Los saduceos eran un partido político. No observaban las reglas y normas de los fariseos. Casi todos los sacerdotes eran saduceos. Colaboraban con los dominadores romanos, y gozaban de una situación muy cómoda y hasta lujosa. No querían un Mesías; porque cuando viniera se desintegraría su posición política y se les acabaría el chollo. Odiaban a Jesús porque interfería en sus intereses creados, que eran para ellos algo mucho más importante que las cosas de Dios.

Todavía sigue sucediendo el que una persona ame más su propio pequeño sistema que a Dios, y que coloque sus intereses creados por encima del desafío de una vida aventurera y sacrificial.

(iii) Ambas reacciones confluían en un deseo ardiente de eliminar a Jesús (versículos 30 y 32). Cuando los ideales de una persona están en conflicto con los de Cristo, o bien se somete o tratará de buscar la manera de eliminarle a Él. Hitler no quería tener cristianos cerca, porque reconocen una lealtad superior a la que los ata al estado. Una persona se enfrenta con una sencilla alternativa si deja que Cristo entre en su órbita. Tiene que escoger entre lo que ella misma quiere, o lo que Cristo quiere; y, si quiere seguir haciendo su propia voluntad, tiene que tratar de eliminar de su vida a Cristo.

(iv) Tenemos el desprecio arrogante (versículos 15, 47-49). ¿Qué derecho tenía este Hombre para venir a establecer su ley? Jesús no tenía títulos académicos; no había estudiado en las escuelas rabínicas. ¿Qué persona inteligente iría a escucharle? Aquí tenemos la reacción de los intelectuales presumidos.

Muchos grandes poetas y escritores y predicadores no tenían títulos. Esto no es decir, ni mucho menos, que el estudio no sirva para nada; pero debemos tener cuidado con rechazar a nadie e incluirle entre los que no tienen ninguna importancia simplemente porque carece del equipo técnico de las escuelas.

(v) Tenemos la reacción de la multitud. Tenía dos caras; la primera era una reacción de *interés* (versículo 11). La única actitud que es imposible cuando Cristo realmente invade la vida es la indiferencia. Aparte de todo lo demás, Jesús es la figura más interesante de la Historia. Y la segunda fue la reacción de la *discusión* (versículos 12 y 43). Se hablaba de Jesús; se presentaban puntos de vista acerca de Él; se debatía su persona. Aquí hay tanto de valor como de peligro. El valor es que nada ayuda a aclarar nuestra opinión tanto como contraponerla a las de los demás. La mente se aguza con la mente como el hierro con el hierro. El peligro es que la religión se puede convertir muy fácilmente en una cuestión de discusión y de debate que se prolonga toda la vida sin llegar a nada. Hay una gran diferencia entre ser un teólogo amateur que no pasa de la discusión, y ser una persona realmente creyente, que ha pasado de hablar de Cristo a conocerle personalmente de veras.

VEREDICTOS SOBRE JESÚS

Juan 7:10-13 (conclusión)

En este capítulo hay una serie de veredictos sobre Jesús.

(i) Hay un veredicto de que era una buena persona (versículo 12). Ese veredicto es verdad, pero no es toda la verdad. Napoleón hizo una famosa observación: «Yo conozco a los hombres, y Jesucristo es más que un hombre.» Jesús es, desde luego, un hombre verdadero; pero es, además, el verdadero Hombre, y en Él está la Mente de Dios. Cuando habla, no es sólo un

hombre hablando a los hombres; si fuera sólo eso podríamos discutir Sus mandamientos. Cuando Él habla, es Dios hablando a la humanidad; el Cristianismo no consiste en discutir Sus mandamientos, sino en cumplirlos.

(ii) Hay un veredicto de que era un *profeta* (Versículo 40).
También eso es verdad. El profeta es uno que anuncia la voluntad de Dios, uno que ha vivido tan cerca de Dios que conoce Su pensamiento y propósito. Eso es verdad de Jesús; pero hay una gran diferencia entre un profeta y Jesús. El profeta dice: < Así dice el Señor.» Tiene una autoridad prestada y delegada. Su mensaje no tiene su origen en él mismo. Pero Jesús dice: < Yo os digo.» Tiene derecho a hablar, y su autoridad no es delegada, sino que le es propia.

(iii) Hay un veredicto de que era *un loco que vivía fuera de la realidad* (versículo 20). La disyuntiva es: o Jesús es la única Persona totalmente sana que ha habido en el mundo, o es un loco. Escogió la Cruz cuando hubiera podido tener el poder. Fue el Siervo doliente cuando hubiera podido ser un rey conquistador. Lavó los pies de sus discípulos cuando hubiera podido tener a toda la humanidad a sus pies. Vino para servir cuando hubiera podido someter al mundo entero a su servicio. No es sentido común lo que nos imparten las palabras de Jesús, sino un sentido que le es exclusivo. Él puso la escala de valores del mundo patas arriba porque trajo a un mundo loco la suprema sensatez de Dios.

(iv) Hay un veredicto de que era *un hereje.* Las autoridades judías vieron en Él a uno que estaba desviando a la gente de la verdadera religión. Le acusaron de todos los crímenes contra la religión que había en lista: de quebrantar el sábado, de ser un borrachín y un glotón, de tener los amigos menos recomendables, de ir en contra de la religión ortodoxa. Está bien. claro que, si preferimos nuestra idea de la .religión a la suya, nos parecerá un hereje; y una de las cosas más difíciles del mundo es el reconocer que se está en un error. . .

(v) Hay un veredicto de que era un valiente (versículo 26). Nadie podrá jamás dudar de su coraje. Tenía valor moral para desafiar los convencionalismos y ser diferente. Tenía el valor físico para soportar los más terribles sufrimientos. Tuvo el valor de seguir adelante cuando su familia le abandonó, sus amigos le desampararon y uno de su propio círculo le traicionó. Le vemos aquí entrando valientemente en Jerusalén sabiendo que era para Él como la cueva de los leones. < Temía a Dios tanto que no le tenía miedo a ningún hombre», se dijo del reformador escocés John Knox. ¡Con mucha más razón podría decirse de Jesús!

(vi) Hay un veredicto de que *tenía la personalidad más dinámica* (versículo 46): El veredicto de los alguaciles que mandaron a prenderle en el templo y volvieron con las manos vacías fue que nunca había hablado nadie como Él. Julian Duguid nos cuenta que una vez iba haciendo un viaje en el mismo trasatlántico que Wilfred Grenfell; y dice que se podía saber cuando Grenfell entraba en una habitación aunque se estuviera de espaldas por la ola de autoridad que emanaba. Cuando pensamos en cómo el carpintero galileo se enfrentaba con los más poderosos del país y los dominaba hasta el punto de que eran ellos los que estaban sometidos a juicio y no Él, estamos obligados a reconocer que Él era, por lo menos, una de las personalidades supremas de la Historia. El cromo de un Jesús blanducho y anémico no le va. Del verdadero Jesús fluía un poder que hizo volver alucinados y con las manos vacías a los que habían sido enviados a detenerle.

(vil) Hay un veredicto de que era *el Cristo,* el Ungido de Dios. Es un hecho innegable que Jesús no encaja en ninguna de las categorías humanas que hay disponibles; sólo la categoría de lo divino le pertenece por derecho propio.

Hay otras tres reacciones a Jesús que debemos considerar.

(i) Está la reacción de *temor* de la multitud (versículo 13). Hablaban de Él, pero tenían miedo de hacerlo en voz demasiado alta. La palabra que usa Juan es onomatopéyica -es decir, que imita el sonido de lo que describe. Es la palabra *gonguysmós.* La palabra de la Reina-Valera es *murmullo, mormollo* en la Biblia del Oso; *cuchicheando* en la Nueva Biblia Española. Indica una especie de gruñido de queja en voz baja. Es la palabra que se usa de la murmuración de los israelitas contra Moisés en el desierto; era algo que hacían en voz baja porque tenían miedo de decirlo en alto. El miedo puede impedir que se proclamen las convicciones; pero el cristiano no debe tener miedo de decirle al mundo que cree en Jesucristo.

(ii) La reacción de algunos de la multitud fue *la fe* (versículo 31). Eran hombres y mujeres que no podían negar lo que les resultaba evidente. Oían lo que decía Jesús; veían lo que hacía; recibían el impulso de su dinamismo, y creían en Él. Cuando una persona se desembaraza de sus prejuicios y temores no tiene más remedio que acabar creyendo. .

(iii) La reacción de Nicodemo fue *defender* a Jesús (versículo 50). En aquel concilio de las autoridades judías, la suya fue la única voz que se levantó en su defensa. Ahí está el deber de todos nosotros. Ian Maclaren solía decirles a sus alumnos cuando predicaban: «¡Decid algo bueno de Jesús!» Hoy vivimos en un mundo hostil al Evangelio de muchas maneras y en muchos sitios; pero lo sorprendente es que la gente no ha estado nunca tan dispuesta a hablar de Cristo y a discutir de religión. Vivimos en una generación en la que es fácil ganarse el título de los reyes de «Defensor de la fe.» Dios nos ha dado el privilegio de poder ser abogados y defensores de Cristo frente a las críticas, y hasta las burlas, de los que no le conocen, pero le necesitan desesperadamente.

LA AUTORIDAD SUPREMA

Juan 7:13-18

Los judíos estaban alucinados; y se decían:

-¿Cómo *es que sabe leer Este sin haber estudiado?*

-Lo que yo enseño -decía Jesús- no son cosas mías, sino que pertenecen al Que Me envió. EL que quiera hacer Su voluntad percibirá si Mi enseñanza procede de Dios o si lo que estoy diciendo no tiene su fuente más allá de Mí mismo. El que habla por cuenta propia está buscando su propia gloria; el que busca la gloria del que le envió es veraz y no tiene ninguna malicia.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que es probable que algunos pasajes del evangelio de Juan no estén colocados en su debido sitio. Puede que el mismo Juan no tuviera tiempo para ponerlos en orden; o que las diversas hojas en que estaba escrito se reunieran equivocadamente. Esta sección y la siguiente son dos de los ejemplos más claros de colocación que se supone errónea. Tal como aparecen aquí resultan difíciles de entender porque no parecen guardar ninguna relación con el contexto.

Es casi seguro que deberían aparecer después de 5:47. El capítulo 5 nos relata la curación del inválido de la piscina. Jesús realizó ese milagro en sábado, y las autoridades judías lo consideraron un quebrantamiento de aquel día santo. En Su defensa Jesús cita los escritos de Moisés, y dice que, si los judíos de veras supieran lo que esos escritos querían decir y los creyeran, también creerían en Él. El capítulo termina: «Si hubierais creído a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribía acerca de mí. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer mis palabras?» *(Juan 5:47).*

Si pasamos directamente de ahí a 7:15-24 obtenemos muy buen sentido. Jesús acaba de referirse a los escritos de Moisés, y los líderes judíos expresan su sorpresa diciendo: « ¿Cómo es que sabe leer este sin haber estudiado?» Entenderemos mucho mejor el sentido y lo pertinente de *Juan 7:15-24* si suponemos que seguía originalmente a *Juan 5:47;* tengámoslo presente al estudiar ahora ese pasaje en cuestión.

La objeción que le hacían a Jesús era que era un iletrado. Es exactamente la misma acusación que hicieron contra Pedro y Juan cuando comparecieron ante el sanedrín *(Hechos 4:13).* Jesús no había estudiado en las escuelas rabínicas. La costumbre era que no se permitía explicar las Sagradas Escrituras y hablar de la Ley nada más que a los discípulos de maestros reconocidos. Ningún rabino se atrevería jamás a hacer ninguna afirmación sobre la base de su propia autoridad. Siempre empezaba: «Hay una enseñanza de que...», y proseguía citando las autoridades que sustentaban lo que él quería decir. Y aquí estaba ese Carpintero galileo, Que no tenía estudios de ninguna clase, y que se atrevía a citar y a explicar nada menos que lo que había dicho Moisés.

Aquí Jesús habría podido caer en una trampa. Podría haber dicho: < Yo no necesito ningún maestro. Soy autodidacto; no he recibido la enseñanza ni la sabiduría de ningún otro.» Pero, en vez, dijo: « ¿Preguntáis quién ha sido mi maestro? ¿Queréis saber qué autoridad aduzco para mi exposición de la Escritura? *Mi autoridad es Dios.»* Jesús se presentaba como discípulo de Dios. De hecho, esta es una afirmación que hizo repetidas veces. «No he hablado de mi propia capacidad. El Padre que me envió me ha mandado lo que tengo que decir y hablar» *(Juan 12: 49).* «Las cosas que Yo os digo no las hablo por mi propia cuenta» *(Juan 14:10).*

Frank Salisbury cuenta que recibió una carta después de pintar su gran cuadro El *entierro del guerrero desconocido* en la abadía de Westminster. Un compañero artista le decía: «Quiero felicitarte por el gran cuadro que has pintado -o más bien, el cuadro que Dios te ha ayudado a pintar.» Todas las grandes .producciones de la mente o del espíritu humano son dones de Dios. Si nos gloriamos de ser autodidactos, si pretendemos que cualquier descubrimiento que hayamos hecho es nuestra exclusiva obra, estamos, a fin de cuentas, glorificando solamente nuestra reputación y nuestro ego. Los hombres más grandes no piensan en el poder de su propia mente o mano, sino siempre en el Dios que les dice lo que saben y les enseña lo que pueden hacer.

Además, Jesús establece a continuación una verdad. Sólo los que hacen la voluntad de Dios pueden comprender de veras su enseñanza. Ésa no es una verdad teológica, sino universal. *Aprendemos haciendo.* Un médico puede aprender la técnica de la cirugía de los libros. Puede que llegue a saber la teoría de todas las operaciones posibles. Pero eso no le hará cirujano; tiene que aprender haciendo. Uno puede estudiar el funcionamiento de un motor de coche; en teoría puede que sea capaz de planificar cualquier arreglo o ajuste; pero eso no le hará un buen mecánico. Tiene que aprender haciendo.

Así sucede con la vida cristiana. Si esperamos hasta comprenderlo todo para ponerlo por obra, nunca empezaremos. Pero, si empezamos a hacer la voluntad de Dios hasta donde la conocemos, la verdad de Dios se nos hará más y más clara. Si alguien dice: «Yo no puedo ser cristiano, porque hay mucho de la doctrina cristiana que no entiendo, y tengo que esperar hasta entenderlo todo,» la respuesta correcta sería: «Nunca lo entenderás todo por completo; pero, si empiezas por tratar de vivir la vida cristiana hasta donde ya la entiendes, la entenderás más y más cada día.» En el Cristianismo, como en todo lo demás, la manera de aprender es ponerlo por obra.

Recordemos que es muy probable que este pasaje debería venir realmente detrás de la historia de la curación del inválido de Betesda. Han acusado a Jesús de impiedad porque devolvió la salud a uno en sábado, y Él pasa a demostrar que estaba buscando solamente la gloria de Dios, y que no había ninguna mala intención en su obra.

UN RAZONAMIENTO SABIO

Juan 7:19-24

-¿No os dio Moisés la Ley, y no hay ni uno de vosotros que de veras la guarde? ¿Por qué queréis matarme?

-¡Estás loco! -dijo la gente- ¿Quién es el que está pensando matarte?

Jesús les contestó:

-Yo no he hecho más que una obra, y todos os maravillasteis. Moisés os dio el rito de la circuncisión (aunque no fue Moisés el que la originó, sino que se remonta a vuestros antepasados), y circuncidáis los varones aunque sea sábado. Si es lícito circuncidar a un hombre en sábado sin que eso suponga quebrantar la Ley de Moisés, ¿os enfurecéis conmigo por curar todo el cuerpo de un hombre en sábado? Dejad ya de juzgar por las apariencias y haced que vuestros juicios sean justos.

Antes de empezar a considerar este pasaje en detalle; debemos aclarar una cuestión. Tenemos que darnos cuenta de que, en esta escena, tiene lugar un debate entre Jesús y los líderes de los judíos en medio de una multitud de espectadores. Jesús está justificando su acción de sanar a un enfermo en sábado, que era técnicamente un quebrantamiento de la ley tradicional concerniente a ese día.

Jesús empieza diciendo que Moisés les dio la Ley, pero que no hay ni uno entre ellos que la cumpla perfectamente. (Veremos dentro de poco lo que quería decir con eso). Entonces, si Él quebrantó la ley para sanar a un enfermo, ¿por qué ellos, que quebrantan la ley, están tratando de matarle?

En este punto, *la gente* interrumpe el debate con la exclamación: «¡Estás loco! ¿Quién es el que está pensando matarte?» La gente todavía no se ha dado cuenta del odio que sus líderes le tienen a Jesús, ni de su malvado designio de eliminarle. Creen que Jesús padece una manía persecutoria que le tiene desequilibrado; y creen eso porque no conocen los hechos. Jesús no les contesta a esta pregunta, que no es realmente una pregunta sino una interjección de la audiencia.

Jesús continúa con su razonamiento, que es el siguiente. La ley establecía que había que circuncidar a los niños al octavo día de su nacimiento: < Y al octavo día se circuncidará al niño» *(Levítico 12:3)*. Estaba claro que ese día caería frecuentemente en sábado; y la ley concretaba que < todo lo necesario para la circuncisión se podía hacer en sábado.» Así pues, el razonamiento de Jesús seguía estos pasos:

(a) «Vosotros decís que cumplís a rajatabla toda la ley que os ha venido por medio de Moisés que prohíbe que se haga ningún trabajo en sábado, y catalogáis como trabajo toda clase de atención médica que no sea absolutamente necesaria para salvar una vida. No obstante, permitís que se lleve a cabo la circuncisión en sábado.»

(b) Ahora bien: la circuncisión incluye dos cosas. Es una atención médica a una parte del cuerpo humano; y el cuerpo tiene, de hecho, doscientas cuarenta y ocho partes (según el cómputo de los judíos de entonces). Pero también es una especie de mutilación, porque consiste en eliminar algo que formaba parte del cuerpo. < ¿Cómo podéis, razonablemente, culparme por darle a un hombre la salud completa de todo su cuerpo cuando vosotros os permitís mutilar cuerpos el sábado?» Ese era una razonamiento sumamente inteligente y que se basaba en los mismos principios de la ley de Dios.

(c) Jesús acaba diciéndoles que traten de ver lo que hay debajo de la superficie de las cosas y de juzgar justamente. Si lo hicieran, ya no podrían acusarle de quebrantar la Ley. Un pasaje como este puede que nos resulte remoto; pero, cuando lo leemos, podemos admirar la clara, profunda y lógica mente de Jesús en operación, y podemos observarle saliendo al paso a los más sabios y agudos hombres de su tiempo con sus propias armas y en sus propios términos; y ver cómo los derrotaba.

LAS CREDENCIALES DE JESÚS

Juan 7:14, 25-30

Cuando el festival iba ya por la mitad Jesús subió al recinto del templo y se puso a enseñar. Algunos de los de Jerusalén decían:

-¿No es este el que estaban buscando para matarle? ¡Y fijaos! ¡Está hablando en público, y no le dicen nada! ¿Será que las autoridades han descubierto sin lugar a dudas que este es el Ungido de Dios? Pero no podría ser así; porque Éste sabemos de dónde es, y cuando venga el Ungido de Dios nadie sabrá de dónde ha venido.

A eso Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó:

-¡Conque me conocéis, y sabéis de dónde soy! Pero no he venido por mi propia cuenta, sino que el que me envió es real. Vosotros no le conocéis, pero yo sí, porque he venido de Él, y Él es quien me ha enviado.

A todo esto, les habría gustado encontrar la manera de arrestarle; pero nadie le puso la mano encima, porque su hora no había llegado todavía.

Ya hemos visto que es probable que los versículos 15-24 deban colocarse detrás de 5:47; así que, para restablecer la conexión, pasamos del versículo 14 al 25.

La gente se sorprendió de encontrar a Jesús predicando en el recinto el templo. A lo largo de los lados del atrio de los Gentiles se extendían dos grandes pórticos con columnas: el pórtico Real y el de Salomón. Eran lugares en los que se reunía la

gente, y donde a veces enseñaban los rabinos, y sería allí donde se encontraba Jesús entonces. Por lo menos parte de la gente, los que eran de Jerusalén, conocían muy bien la hostilidad de las autoridades hacia Jesús; y se sorprendieron de ver el valor con que desafiaba a las autoridades, y más aún de que le permitieran enseñar públicamente. De pronto se les ocurrió una posibilidad sorprendente: «¿Podría ser que este fuera el Mesías, el Ungido de Dios, y que las autoridades lo hubieran reconocido?>

Pero tan pronto como se les ocurrió aquella idea, la rechazaron. Y la razón era que ellos sabían. que Jesús era de Nazaret, y quiénes eran sus padres, hermanos y hermanas. Su identidad no tenía ningún misterio, lo cual le descartaba como posible Mesías, ya que la creencia popular era que el Mesías *aparecería* misteriosamente. Creían que estaría oculto esperando, y algún día eclosionaría repentinamente en el mundo sin que nadie supiera de dónde había salido. Creían que el Mesías nacería en Belén, el pueblo de David; pero también creían que eso sería todo lo que se sabría de él. En el evangelio de Juan no se hace referencia al nacimiento de Jesús en Belén que relata Lucas.

Había un dicho rabínico: «Tres cosas se presentan inesperadamente: el Mesías, las oportunidades y los alacranes.» El Mesías *aparecería* tan por sorpresa como las oportunidades que Dios envía o los alacranes que están escondidos entre las piedras. En años posteriores, cuando Justino Mártir estaba hablando y discutiendo con un judío sobre sus creencias, el judío dijo acerca del Mesías: < Aunque el Mesías hubiera nacido ya y estuviera en algún sitio, no sabría ni él mismo que era el Mesías, ni tendría ningún poder hasta que viniera Elías a ungirle y darle a conocer.» La creencia popular era que el Mesías aparecería en el mundo de improviso y misteriosamente. Esas condiciones no se daban en Jesús; para los judíos, su origen no tenía ningún misterio.

Esta creencia era característica de una cierta actitud mental que prevalecía entre los judíos y que no ha desaparecido ni mucho menos: la que busca a Dios en lo extraordinario. La enseñanza del Evangelio es precisamente la inversa. Si Dios sólo está en lo sobrenatural, está muy poco en el mundo; mientras que, si está en las cosas normales, está siempre presente y en todo. El Cristianismo no considera este mundo como un lugar que Dios visita raras veces, sino como un mundo del que Dios no está nunca ausente.

En respuesta a estas objeciones, Jesús hizo dos afirmaciones, ambas escandalizadoras para la gente y para las autoridades. Dijo que era verdad que sabían quién y de dónde era Él; pero era igualmente verdad que, en último término, Él había venido directamente de Dios. Y en segundo lugar, dijo que ellos no conocían a Dios, pero Él sí. Era todo un insulto el decirle al pueblo de Dios que no conocían a Dios, y una pretensión increíble la de decir que Él, Jesús, era el único que le conocía, que estaba en una relación única y exclusiva con Dios de la que no participaba nadie más.

Aquí tenemos uno de los grandes virajes de la vida de Jesús. Hasta aquí, las autoridades le habían tenido por un revolucionario que quebrantaba el sábado, lo cual era ya para ellos un crimen considerable; pero desde ahora ya no sería culpable sólo de quebrantar el sábado, sino del pecado supremo de *blasfemia.* Tal como ellos lo veían, Jesús hablaba de Israel y de Dios de una manera que ningún ser humano tenía derecho a emplear.

Este es el dilema que sigue presentándonos: O lo que Jesús decía de Sí mismo era falso, en cuyo caso sería culpable de una blasfemia que nadie se ha atrevido a pronunciar jamás; o lo que decía de sí mismo era la verdad, en cuyo caso Él es el que pretende ser y no puede describirse en otros términos que como el Hijo de Dios. Cada persona tiene que decidirse a favor o en contra de Jesucristo.

TIEMPO DE BUSCAR

Juan 7:31--36

Muchos de la multitud creyeron en Él, y decían:

-Cuando venga el Ungido de Dios, seguro que no podrá hacer señales más grandes que las que ha hecho este Hombre.

Los fariseos oyeron a la gente discutir acerca de Jesús; y los principales sacerdotes y los fariseos mandaron alguaciles a arrestarle. Así que Jesús les dijo:

-Estaré con vosotros un poco más de tiempo, y luego volveré al Que Me envió. Me buscaréis, pero no Me encontraréis. No podéis venir adonde Yo voy.

A eso los judíos empezaron a decirse:

-¿Adónde va a irse Este, que no Le podamos encontrar? ¿Pensará irse con los judíos que están dispersos entre los griegos para enseñar a los griegos? ¿Qué querrá decir con eso de «Me buscaréis, pero no me encontraréis» y <No podréis venir adonde Yo voy»?

Algunos de la multitud creyeron que Jesús era el Ungido de Dios, porque nadie podría hacer obras más importantes que las que estaba haciendo Jesús. Esa había sido la prueba que había usado el mismo Jesús cuando Juan el Bautista estaba en duda sobre si era Él el Que había de venir o si tenían que esperar a otro. Cuando Juan Le mandó sus mensajeros, la respuesta de Jesús fue: « Id a decirle a Juan lo que habéis oído y visto» *(Mateo* 11:1-6). El mismo hecho de que hubiera algunos que estaban vacilando en la misma línea de la aceptación movió a las autoridades a la acción. Enviaron alguaciles, probablemente la policía

del templo, a arrestar a Jesús. Jesús dijo que estaría con ellos poco tiempo más, pero que llegaría un día cuando Le buscaran, no para detenerle, sino para obtener lo que sólo Él podría darles, pero sería demasiado tarde.

Jesús quería decir que volvería al Padre, de Quien ellos se habían desligado por su desobediencia. Pero Sus oyentes no Le entendieron.. Hacía siglos que los judíos estaban desperdigados por todo el mundo. En alguna ocasión los habían exiliado a la fuerza; en otras épocas de desgracia nacional habían tenido que emigrar al extranjero. Había un término que incluía a todos los judíos que vivían fuera de Palestina, que era *diáspora,* la dispersión, que todavía se sigue usando para describir a los judíos que viven fuera de la Tierra de Israel. Es la palabra que usa aquí la gente: < ¿Será que Jesús se va a ir a la *Diáspora?* O, todavía más extraño: ¿será capaz de irse a predicar a los griegos y así perderse entre las masas del mundo gentil? ¿Se irá tan lejos que no Le podamos recuperar?> Es sorprendente el que lo que se presentaba como una absurda sugerencia llegara a ser una profecía. Los judíos lo decían como algo inaceptable e increíble; pero, con el paso de los años, llegó a ser una bendita realidad: el Cristo Resucitado se lanzó a la conquista de todo el mundo gentil.

Este pasaje nos pone cara a cara con *la promesa y la advertencia de Jesús.* Había dicho: < ¡Buscad y hallaréis!» *(Mateo* 7:7). Ahora dice: «Me buscaréis, pero no Me encontraréis» (versículo 34). Mucho tiempo atrás, el antiguo profeta había unido las dos frases en un dicho maravilloso: «Buscad al Señor *mientras puede ser hallado» (Isaías* SS: 6). Una de las características de esta vida es que el tiempo es limitado. La fortaleza física decae, y hay cosas que uno puede hacer a los treinta años que ya no puede hacer a los sesenta. El vigor mental se debilita, y hay tareas intelectuales que se pueden acometer en la juventud pero que están vedadas en la madurez. La fibra moral pierde flexibilidad lo mismo que la muscular; y, si una persona se deja dominar por algún hábito, puede que llegue el día en que ya no se pueda librar de él, aunque al principio lo hubiera podido desterrar de su vida fácilmente.

Así sucede entre nosotros y Jesucristo. Lo que Él le estaba diciendo a Sus oyentes entonces era: «Podéis despertar a un sentimiento de vuestra necesidad demasiado tarde.» Una persona puede estar rechazando a Cristo tanto- tiempo que, al final, ya ni siquiera siente Su atractivo; el mal llega a ser su bien, y el arrepentimiento; imposible. Mientras el pecado todavía nos duele, y la bondad inasequible todavía nos atrae, la oportunidad de buscar y hallarse nos sigue ofreciendo. Pero tenemos que tener cuidado, no sea que nos acostumbremos al pecado de tal manera que ya no nos demos cuenta de que estamos pecando, y descuidemos a Dios tanto que ya nos olvidemos hasta de que existe. Para entonces ya ha muerto el sentimiento de necesidad; y si esto nos falta, ya no podemos hacer nada, porque si no podemos buscar, no podremos encontrar. La única cosa que no nos podemos permitir perder nunca es el sentimiento de pecado.

LA FUENTE DE AGUA VIVA

Juan 7:37-44

El último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y llamó en alta voz:

-¡El que tenga sed, que venga a Mí a beber! Como dice la Escritura: «El que crea en Mí, ríos de agua viva correrán por sus entrañas. »

Aquello lo dijo refiriéndose al Espíritu Que habían de recibir los que creyeran en Él; porque aún no había Espíritu, porque Jesús todavía no había sido glorificado.

Cuando Le oyeron decir aquello, algunos de la multitud dijeron:

-¡Éste es, sin duda, el Profeta prometido!

-¡Éste es el Ungido de Dios! -decían otros.

-¿Es que puede venir de Galilea el Ungido de Dios? -objetaban otros-. ¿Es que no dice la Escritura que el Ungido de Dios es descendiente de David, y que será de Belén, el pueblo de donde era David?

Así es que había división de opiniones entre la multitud acerca de Jesús. Algunos habrían querido arrestarle, pero nadie Le puso la mano encima.

Todos los acontecimientos de este capítulo tuvieron lugar durante la fiesta de los Tabernáculos; y, para entenderlos adecuadamente debemos conocer el significado y un poco del ritual de aquella fiesta.

La fiesta de los Tabernáculos -o de las cabañuelas, DRAE- era la tercera de las tres grandes fiestas judías de guardar a las que estaban obligados a asistir todos los varones que vivieran a menos de veinticinco kilómetros de Jerusalén: la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Caía corrientemente a finales de septiembre, el 15 del séptimo mes hebreo. Como todas las grandes fiestas judías, tenía un doble significado.

En primer lugar, tenía un significado *histórico.* Recibió su nombre del hecho de que, mientras duraba, las familias salían de sus casas y vivían en chozas. Durante la fiesta, surgían chozas por todas partes: en las azoteas de las casas, en las calles, en las plazas públicas, en los jardines y en los parques y hasta en los mismos atrios el templo. La ley establecía que las chozas no

podían tener una estructura permanente, sino ser hechas sólo para la ocasión. Las paredes eran de ramas o frondas, capaces de proteger del tiempo pero dejando pasar el sol. La cubierta era de paja o cañas, pero trenzadas de tal manera que se pudieran ver las estrellas desde dentro. El significado histórico de todo esto era recordarle al pueblo de una manera inolvidable que en su pasado habían sido peregrinos por el desierto sin techo sobre sus cabezas *(Levítico 23:40-43)*. El propósito era «que vuestras generaciones sepan que Yo hice habitar en chozas al pueblo de Israel cuando lo saqué de la

tierra de Egipto.» En su origen duraba siete días, pero en tiempos de Jesús ya se le había añadido el octavo.

En segundo lugar, tenía una significación *agrícola.* Era sobre. todo una fiesta de acción de gracias por la cosecha. Algunas veces se la llamaba *la fiesta de la cosecha (Éxodo* 23:16; 34:22); y era la más popular de todas. Por esa razón, a veces se la llamaba simplemente *la fiesta (1 Reyes* 8:2), y a veces *la fiesta del Señor (Levítico* 23:39). Las sobrepasaba a todas. La gente y la liturgia hebrea la llamaban «la fiesta de nuestra alegría», porque marcaba el final de todas las cosechas, ya que para esa fecha ya se habían segado la cebada y el trigo y vendimiado las uvas. Como establecía la ley, tenía que celebrarse «cuando hayas recogido los frutos de tus labores del campo» *(Éxodo* 23:16); había que guardarla «cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar» *(Deuteronomio* 16:13,16): No se daban las gracias sólo por una cosecha, sino por todas las cosas buenas de la naturaleza que hacían la vida posible y feliz. En el sueño del nuevo mundo de Zacarías sería ésta la fiesta que se celebraría en todas partes *(Zacarías* 14:16-18). Josefo la llamaba «la fiesta más santa y grande entre los judíos» *(Antigüedades de los judíos,* 3:10:4). No era una fiesta sólo para los ricos, sino que se establecía que el siervo, el extranjero, la viuda y el pobre habían de participar de la alegría general.

Había una ceremonia que se incluía especialmente en esta fiesta. Se les decía a los fieles que tomaran «ramas con fruto de árbol hermoso, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos y de sauces de los arroyos» *(Levítico* 23:40). Los saduceos decían que esta era una descripción de los materiales de los que había que hacer las chozas; y los fariseos, que los participantes en- la fiesta tenían que traer estas cosas cuando venían al templo. Naturalmente, el pueblo seguía la interpretación de los fariseos, porque les daba oportunidad de participar personalmente en la fiesta de la alegría.

Una ceremonia especial está íntimamente relacionada con este pasaje y con las palabras de Jesús. Seguramente la tendría en mente cuando habló, y es posible que hasta sirvió de escenario natural a Sus palabras. Todos los días de la fiesta venía al templo la gente con sus ramas de palmera y de sauce, y formaba con ellas una especie de pasillo que daba la vuelta al altar mayor. A1 mismo tiempo, un sacerdote llevaba una vasija de oro de tres *logs* de capacidad (litro y medio) al estanque de Siloé y la llenaba de agua. Luego volvía y entraba por la puerta del Agua mientras la gente recitaba *Isaías* 12:3: « ¡Sacad con gozo aguas de las fuentes de la salvación!» El agua se subía al altar del templo y se derramaba como una libación al Señor. Mientras tanto, el coro de los levitas con acompañamiento de flautas cantaba el *hallel,* es decir, los salmos 113-118: Cuando llegaban a las palabras «Alabad al Señor porque Él es bueno» *(Salmo* 118:1), y también a las palabras « Oh Señor, sálvanos ahora» *(Salmo* 118:25), y por último a las palabras finales «Alabad al Señor porque El es bueno» *(Salmo* 118:29), los que participaban en el culto gritaban y mecían las ramas hacia el altar. Toda aquella ceremonia dramática era una acción de gracias por el don de Dios del agua, y una oración por la lluvia, y un recuerdo de cuando salió agua de la roca cuando el pueblo estaba en el desierto. El último día de la fiesta, esta ceremonia era especialmente impresionante, porque daban siete vueltas al altar en memoria de la marcha de siete vueltas alrededor de las murallas de Jericó, que cayeron e Israel conquistó la ciudad.

En ese contexto, y tal vez en ese mismo momento, resonó la voz de Jesús: «¡El que tenga sed; que venga a Mí a beber!» Es como si Jesús dijera: «Estáis dando gracias y gloria a Dios por el agua que calma la sed de vuestro cuerpo. Venid a Mí, y satisfaré la sed de vuestra alma.» Estaba usando aquel momento dramático para trasladar el pensamiento de la gente a la sed de Dios y de las cosas eternas.

LA FUENTE DE AGUA VIVA

Juan 7:37-44 (conclusión)

Después de haber reconstruido el trasfondo vivo de este pasaje, debemos ahora considerarlo más en detalle.

La promesa de Jesús nos presenta un poco de problema. Dijo: < El que crea en Mí, ríos dé agua viva correrán por sus entrañas.» E introduce esta proclama diciendo: «Como dice la Escritura.» No se ha conseguido identificar esta cita de manera satisfactoria; y la cuestión es: ¿Qué quiere decir? Hay dos posibilidades diferentes.

(i) Puede que se refiera a la persona que viene a Jesús y Le acepta: tentará en su interior un río de agua refrescante. Sería otra manera de decir lo que le dijo Jesús a la Samaritana: « El agua que Yo les daré se convertirá en un manantial de agua en su interior saltando a borbollones para darles la vida eterna» (Juan 4:14). Sería otra manera de expresar el hermoso dicho de Isaías: «El Señor te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas cuyas aguas nunca faltan» (Isaías 58:11). El sentido sería que Jesús podía dar a las personas el caudal vivificador del Espíritu Santo.

Los judíos localizaban los pensamientos y las emociones en diferentes partes del cuerpo. El corazón era la sede de la inteligencia; los riñones y el vientre, de las emociones íntimas. Como dice. el autor de Proverbios: «El espíritu humano es la lámpara del Señor, la cual escudriña todas sus entrañas» (Proverbios 20:27). E§to querría decir que Jesús prometía la corriente purificadora, refrescante y vivificadora del Espíritu Santo, que limpia y revitaliza nuestros pensamientos y sentimientos. Es como si Jesús dijera: «Venid a Mí y aceptadme; y pondré en vosotros, por Mi Espíritu, una nueva vida que os dará pureza y satisfacción, la clase de vida que habéis deseado siempre y que nunca habéis tenido.» Sea cual sea la interpretación que tomemos, es absolutamente seguro que lo que representa ésta es verdad.

(ii) La otra interpretación es que < los ríos de agua viva correrán por sus entrañas» se refiere al mismo Jesús (y a Su Cuerpo, que es la Iglesia). Puede que sea una descripción del Mesías que Jesús cita de alguna escritura que no podemos localizar. Los cristianos siempre han identificado a Jesús con la roca que dio agua a los israelitas en el desierto (Éxodo 17:6). Pablo también aplicó esa figura a Cristo (1 Corintios 10:4). Juan nos dice que, cuando un soldado abrió el costado de Jesús en la Cruz con su lanza, salió agua con sangre (Juan 19:34). El agua representa la purificación que recibimos en el Bautismo, y la sangre el sacrificio expiatorio de la Cruz representado en la Santa Cena. Este símbolo del agua vivificadora que viene de Dios se encuentra a menudo en.el Antiguo Testamento (Salmo 105:41; Ezequiel47:1,12). Joel nos presenta un cuadro maravilloso: «Y saldrá una fuente de la casa del Señor» (Joel 3:18). Bien puede ser que Juan esté pensando en Jesús como la fuente de la que fluye la corriente purificadora. El agua es aquello sin lo cual no puede existir la vida; y Cristo es el único sin el Cual la humanidad no puede vivir ni enfrentarse con la muerte. De nuevo, sea cual sea la interpretación que tomemos, esto también es verdad.

Ya sea que tomemos esta figura como refiriéndose a Cristo o a los cristianos, quiere decir que de Cristo fluye la fuerza y el poder y la purificación que nos dan la vida en el sentido más auténtico de la palabra.

En este pasaje hay algo sorprendente. La versión Reina Valera y casi todas las demás lo suavizan, pero el mejor texto original dice sorprendentemente en el versículo 39: «Porque aún no había Espíritu.» ¿Qué quiere decir eso? Vamos a considerarlo de la siguiente manera: un gran poder puede existir mucho antes de que se descubra, como ha sucedido con la electricidad o la fuerza atómica; no somos los seres humanos los que lo hemos inventado, sino sólo descubierto. El Espíritu Santo ha existido siempre; pero no llegó a ser una realidad en la Iglesia hasta el día de Pentecostés. Como se ha dicho acertadamente: «No podía haber Pentecostés sin Calvario.» Es necesario conocer a Jesús antes de experimentar el Espíritu. Antes, el Espíritu había sido un Poder; pero ahora. es una Persona, porque ha llegado a ser para nosotros nada menos que la presencia del Señor Resucitado, siempre con nosotros. En esta frase aparentemente alucinante, Juan no quiere decir que el Espíritu no *existiera,* sino que fue necesaria la vida y la muerte de Jesucristo para abrir las compuertas del Espíritu para que llegara a ser real y vivificador para todo el mundo.

Debemos fijarnos en cómo termina este pasaje. Algunos tomaron a Jesús por el Profeta que había prometido Moisés *(Deuteronomio 18:15).* Otros creyeron que era el Ungido de Dios. Y se produjo una discusión sobre si el Mesías tenía que venir de Belén o no. Esa es la tragedia: la gran experiencia espiritual acabó en la aridez de una discusión teológica.

Eso es lo que tenemos que evitar a toda costa. Jesús no es un tema que hay que discutir, sino Alguien a Quien hay que conocer y amar. Si tenemos una opinión acerca de Él y otro tiene otra, eso no importa con tal de que ambos Le conozcamos como nuestro Salvador y Le aceptemos como nuestro Señor. Aunque expliquemos nuestra experiencia espiritual de diferente manera, eso no debe dividirnos; porque lo importante es la experiencia, y no la explicación que le demos.

ADMIRACIÓN INVOLUNTARIA Y TÍMIDA DEFENSA

Juan 7:45-52

A eso volvieron los alguaciles a los principales sacerdotes y los fariseos, y éstos les dijeron:

-¿Por qué no os Le habéis traído para acá?

Los alguaciles contestaron:

-¡Jamás ha hablado nadie como este Hombre!

-¡No os habréis descarriado vosotros también! -les replicaron los fariseos-. ¿Acaso ha creído en Él alguien de las autoridades? ¿O de los fariseos? ¡Claro que no! Pero esa chusma que no conoce la Ley, maldita sea, esos son los que sí creen en Él.

Nicodemo, que era uno de ellos (el que había venido a Jesús antes), les dijo:

-¿Es que nuestra Ley condena a nadie sin haberle permitido antes exponer su caso y sin haber obtenido información de primera mano sobre lo que está haciendo?

-¡No serás tú otro galileo como Él! -replicaron-. ¡Investiga y convéncete de que no hay profeta que salga de Galilea!

Aquí tenemos algunas reacciones espontáneas a Jesús.

(i) La reacción de los alguaciles fue de sorprendida admiración. Habían acudido con la intención de arrestar a Jesús, y habían vuelto sin Él porque en la vida habían oído a nadie hablar como Él. Realmente, el escuchar a Jesús es una experiencia sin igual para cualquier persona.

(ii) La reacción de los principales sacerdotes y los fariseos fue de desprecio. Los fariseos usaban una frase para describir a la gente normal y corriente que no observaba los millares de reglitas de la ley ceremonial. Los llamaban *`am ha-áretz,* la gente de la tierra, y los despreciaban olímpicamente. El casar a una hija con uno de ellos era como exponerla atada a una fiera salvaje.

«Las masas que no conocen la Ley son malditas.» La ley rabínica decía: «Se establecen seis cosas con respecto a la gente de la tierra: no des testimonio a su favor; no aceptes su testimonio; no les confíes ningún secreto; no los nombres tutores de ningún menor; no los pongas a cargo de fondos de caridad, y no los aceptes como compañeros en ningún viaje.» A los fariseos les estaba prohibido invitar o aceptar una invitación de ninguno de la gente de la tierra. Estaba establecido que, hasta donde fuera posible, ni se les comprara ni se les vendiera nada. En su orgullo aristocrático, esnobismo intelectual y soberbia espiritual, los fariseos miraban por encima del hombro a las personas sencillas. Su razonamiento era: « Ninguno de los intelectuales y piadosos ha creído en Jesús. Sólo Le aceptan los ignorantes.» Es terrible el que una persona se crea demasiado culta o demasiado buena para necesitar a Jesucristo. Y es algo que sigue pasando.

(iii) La reacción de Nicodemo. Fue una reacción tímida, porque no defendió abiertamente a Jesús. Sólo se atrevió a citar algunas máximas legales que eran pertinentes. La Ley establecía que todos tenían derecho a que se les hiciera justicia *(Éxodo 23:1; Deuteronomio* 1:16); y parte de la justicia era y es que se le permita a uno exponer su caso, y no condenarle por información de segunda mano. Los fariseos pretendían saltarse la Ley; pero está claro que Nicodemo no llevó su protesta más adelante. El corazón le decía que debía defender a Jesús, pero la cabeza le decía que no se buscara líos. Los fariseos le lanzaron unos tópicos de los suyos, y le dijeron que no podía salir ningún profeta de Galilea, y hasta se burlaron de él preguntándole si es que tenía algo que ver con «esa gentuza». Y, al parecer, él no dijo nada más.

Es frecuente el que uno se encuentre en una situación en la que le gustaría defender a Jesús y confesar su fe. A menudo se hace una defensa tibia, y después hay que callarse. En la defensa de Jesús es mejor dejarse llevar por un corazón arriesgado que por una cabeza calculadora. El estar por Cristo firmes puede que nos traiga burlas y nos haga impopulares; hasta puede que nos reporte perjuicios, rechazamiento y sacrificio. Pero sigue en pie el hecho de que Jesús dijo que del que diga que es de Jesús delante de la gente, Él también dirá que es Suyo delante de Su Padre; y del que diga que no es de Jesús, El también dirá que no es Suyo ante Su Padre. La lealtad a Cristo puede suponer una cruz en la Tierra, pero seguro que reportará una corona en la eternidad.

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 6-

Evangelio según san Juan (II)

MISERIA Y MISERICORDIA

Juan 7:53 - 8:11

Todos se marcharon a sus casas; pero Jesús se fue al Monte de los Olivos. Por la mañana temprano estaba otra vez en el recinto del templo, y toda la gente se le acercaba. Él Se sentó y Se puso a enseñarles.

Los escribas y fariseos *trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La pusieron en medio y Le dijeron a Jesús:*

Maestro: Esta mujer ha sido detenida por adulterio, sorprendida en el acto. En la Ley, Moisés nos manda apedrear a tales mujeres. ¿Qué dices Tú a ello?

En realidad Le estaban probando al decir aquello, para tener algo de que acusarle.

Jesús se inclinó y se puso a escribir en el suelo con el dedo. Como ellos seguían preguntándole, se enderezó y les dijo:

-Que el que de vosotros esté libre de pecado sea el primero que le arroje una piedra.

Y volvió a inclinarse y a escribir en el suelo con el dedo. Uno tras otro, los que le habían oído se salieron, empezando por los de más edad y acabando por los más jóvenes, hasta que no quedó allí nadie más que Jesús y, todavía en medio, la mujer.

Jesús se irguió y le dijo a la mujer:

-Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?

-No, señor -contestó ella.

-Yo tampoco te voy a sancionar ahora -le dijo Él-; así que vete, y de ahora en adelante no peques más.

(Este incidente no figura en los manuscritos antiguos. Véase sobre él la nota de la página 328-30).

Los escribas y fariseos se habían lanzado a buscar alguna acusación para desacreditar a Jesús; y aquí creían que le podrían colocar entre la espada y la pared de manera que no tuviera salida. Cuando surgía una cuestión legal difícil, la costumbre era presentársela a un rabino para que decidiera; así es que los escribas y fariseos le trajeron a Jesús a una mujer que había sido sorprendida en adulterio.

Desde el punto de vista de la ley judía, el adulterio era un grave delito. Los rabinos decían: «Un judío tiene que morir antes de cometer idolatría, asesinato o adulterio.» El adulterio era, pues, uno de los tres pecados más graves, y se castigaba con la pena de muerte, aunque había algunas diferencias en cuanto a la manera de ejecutarla. *Levítico 20:10* establece: «Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos.» Allí no se especifica la forma de la ejecución. *Deuteronomio 22: 2324* establece el castigo en el caso de una mujer que ya está comprometida. En ese caso, ella y el que la sedujo se traerán fuera de las puertas de la ciudad, «y los apedrearéis, y morirán.» *La Misná,* es decir, la ley judía codificada, establece que la pena por adulterio es la estrangulación, y hasta el método de la estrangulación de detalla: «El hombre se meterá en estiércol hasta las rodillas, con una toalla suave enrollada al cuello (para que no le quede ninguna marca, ya que el castigo es castigo de Dios). Entonces un hombre tirará en un sentido y otro en otro hasta que el reo muera.» La Misná reitera que, en ese caso, hay que lapidar a la mujer. Desde el punto de vista puramente legal, los escribas y fariseos eran perfectamente correctos. Aquella mujer debía morir apedreada.

El dilema en que pensaban meter a Jesús era el siguiente. Si decía que la mujer tenía que ser apedreada, había dos consecuencias. La primera, que Jesús perdería su reputación de piadoso, y ya nunca se le llamaría < amigo de los pecadores». La segunda, que entraría en conflicto con la ley romana, que prohibía a los judíos dictar y ejecutar sentencia de muerte. Si decía que había que perdonar a la mujer, dirían inmediatamente que Jesús enseñaba a quebrantar la ley de Moisés, y que estaba condonando y hasta fomentando el adulterio. Los escribas y fariseos creían que Jesús no se les podría escapar de la trampa; pero Él le dio la vuelta al juicio de tal manera que hizo recaer la acusación contra los acusadores.

Al principio, Jesús estaba inclinado y escribiendo en el suelo con el dedo. ¿Por qué? Hay cuatro posibles razones.

(i) Puede que quisiera sencillamente ganar tiempo y no dar una respuesta precipitada. En ese breve momento puede que estuviera pensándose la cuestión, y presentándosela a Dios.

(ii) Algunos manuscritos añaden: «Como si no los hubiera oído.» Puede que Jesús obligara deliberadamente a los escribas y fariseos a repetir la acusación, para que se dieran cuenta del sadismo que encerraba.

(iii) Seeley, en *Ecce Homo,* hace una sugerencia interesante. «Jesús se sentía oprimido por un intolerable sentimiento de vergüenza ajena. No podía enfrentarse con la mirada de la multitud, ni con la de los acusadores, ni mucho menos con la de la mujer... En su ardiente perplejidad y confusión se dobló hacia la tierra para ocultar su rostro, y empezó a escribir en el suelo con el dedo.» Puede que el gesto impúdico y lujurioso en los rostros de los escribas y fariseos, y la frígida crueldad de sus ojos, la curiosidad salaz de la multitud, la vergüenza de la mujer, todo se combinó para estrujarle el corazón a Jesús de agonía y piedad, y tuvo que esconder la mirada.

(iv) Con mucho la sugerencia más interesante surge de ciertos manuscritos tardíos. En la traducción Armenia leemos: « Él mismo, inclinando la cabeza, estaba escribiendo con el dedo en la tierra para declarar los pecados de ellos; y ellos estaban viendo sus diversos pecados en las piedras.» Lo que se sugiere es que Jesús estaba escribiendo en la tierra los pecados de los mismísimos hombres que habían acusado a la mujer. Puede que fuera eso. La palabra griega normal para escribir es *grafein;* pero aquí se usa *katagrafein,* que puede querer decir *redactar un informe contra alguien.* (Uno de los sentidos de *kata* es *contra).* En *Job 13:26,* Job dice: «¿Por qué escribes *(katagrafein)* contra mí amarguras?» Puede ser que Jesús estuviera confrontando a aquellos sádicos autosuficientes con el informe de sus propios pecados.

Fuera como fuera, los escribas y fariseos seguían reclamando una respuesta, y la recibieron. Jesús les dijo: «¡Está bien! ¡Apedreadla! ¡Pero que el que de vosotros esté sin pecado sea el que tire la primera piedra!» Bien puede ser que la palabra para *sin pecado (anamartétos)* quiera decir, no *sin pecado,* sino *sin deseo pecaminoso.* Jesús estaba diciendo: «Sí, la podéis apedrear; pero sólo si nunca habéis deseado cometer vosotros el mismo pecado.» Se hizo el silencio y, lentamente, los acusadores fueron desapareciendo.

Y quedaron solos Jesús y la mujer. Como expresó Agustín: «Quedaron solos una gran *miseria y una* gran *misericordia. »* (Las palabras en cursiva, que son las que usa Agustín en el original, son iguales en latín y en español). Jesús dijo a la mujer: «¿Note ha condenado nadie?» «Nadie, Señor» -contestó ella. Y Jesús le dijo-: «Entonces, Yo tampoco te voy a sentenciar ahora. Ve, y empieza tu vida de nuevo, y no peques más.»

MISERIA Y MISERICORDIA

Juan 7:53 - 8:11 (continuación)

Este pasaje nos presenta dos cosas en relación con la actitud de los escribas y fariseos.

(i) Nos presenta su *concepción de la autoridad.* Los escribas y fariseos eran los expertos legales de su tiempo. Para ellos, los problemas se resolvían con una decisión. Está claro que, para ellos, la autoridad era característicamente crítica, censora y condenatoria. El que la autoridad se basara en la compasión, el que su objetivo pudiera ser restaurar al criminal y al pecador, eran cosas que no les cabían en la cabeza. Concebían que su función les daba el derecho de estar por encima de todos los demás como severos guardianes, para detectar cualquier desliz o desviación de la ley, y lanzarse sobre los culpables con un castigo salvaje e implacable; nunca se les ocurría pensar que su autoridad supusiera la obligación de rehabilitar al ofensor.

Todavía hay quienes consideran una posición de autoridad como un derecho a condenar y un deber de castigar. Creen que una autoridad como la que ellos tienen les da el derecho de ser los perros guardianes morales y de despedazar al pecador. Pero toda autoridad se cimenta en la compasión. Cuando George Whitefield vio a un criminal que iba camino de la horca, pronunció su famosa frase: «Ese sería yo, si no fuera por la gracia de Dios.»

El primer deber de la autoridad es hacer lo posible por comprender la fuerza de las tentaciones que indujeron al pecador a pecar, y la seducción de las circunstancias que le presentaron el pecado tan atractivo. Ninguna persona puede juzgar a otra a menos que por lo menos trate de comprender lo que la otra ha pasado. El segundo deber de la autoridad es tratar de rehabilitar al culpable. Una autoridad que no se propone nada más que castigar la infracción de la ley está en un error; cualquier autoridad que, en el ejercicio de sus funciones, conduce al culpable o a la desesperación o al resentimiento, ha fracasado. La misión de la autoridad no es desterrar al pecador de toda sociedad decente, y menos borrarle por completo, sino hacer que sea una buena persona. El que está en autoridad debe ser como un buen médico: su único deseo debe ser sanar.

(ii) Este incidente nos presenta gráfica y cruelmente *la actitud de los escribas* y fariseos *hacia la gente.* No miraban a esta mujer como la persona que era, sino como un objeto, como un instrumento del que se podían valer para formular una acusación contra Jesús. La estaban usando como se podría usar una herramienta para cualquier trabajo. Para ellos, no tenía nombre, ni personalidad, ni sentimientos; era como un peón en el tablero de ajedrez, que se podía sacrificar para ganar posición; en estas circunstancias, para destruir a Jesús.

Siempre está mal el considerar a las personas como cosas; el hacerlo es manifiestamente contrario al Espíritu de Cristo. Se decía de la famosa economista Beatrice Webb, luego lady Passfield, «que veía a las personas como números que andaban.» El doctor Paul Tournier, en su *Libro de casos de un* médico, habla de lo que él llama « el personalismo de la Biblia.» Señala cuánto le gustan a la Biblia los nombres. Dios le dice a Ciro: « Yo soy el Señor, el Dios de Israel, Que te pongo nombre» *(Isaías 45:3).* Hay páginas enteras de nombres en la Biblia. El Dr. Tournier insiste en que esta es una prueba de que la Biblia piensa en la gente, primero y principalmente, no como casos o números de estadística, sino como personas. < El nombre propio es el símbolo de la persona. Si olvido los nombres de mis pacientes, si me digo: «¡Ah, sí! Ese es el tipo de la vesícula, o el tuberculoso que vi el otro día,» estoy más interesado en sus vejigas o pulmones que en ellos como personas.» Insiste en que un paciente debe ser siempre una persona, y nunca un caso.

Es sumamente improbable el que aquellos escribas y fariseos supieran ni el nombre de aquella mujer. Para ellos no era más que un caso de desvergonzado adulterio que podía entonces ser usado como instrumento para conseguir su propósito. En el instante en que las personas se convierten en cosas, ha muerto el espíritu del Evangelio.

Dios usa su autoridad para hacer que las personas se hagan buenas a base de amarlas; para Dios, una persona no se convierte nunca en una cosa. Debemos usar la autoridad de que disponemos siempre para comprender y siempre para por lo menos intentar rehabilitar a la persona que ha cometido un error; y nunca empezaremos siquiera a hacerlo así a menos que recordemos que todos los hombres y las mujeres son personas, y no cosas.

MISERIA Y MISERICORDIA

Juan 7:53 - 8:11 (conclusión)

Además, este incidente nos dice mucho de Jesús y de su actitud hacia los pecadores.

(i) Era uno de los primeros principios de Jesús que sólo la persona que fuera sin falta podría emitir un juicio sobre las faltas de otros. « No juzguéis -dijo Jesús-, y no os expondréis al juicio» *(Mateo 7:1).* También dijo que el que se aventurara a juzgar a su hermano sería como el que tuviera una viga metida en el *ojo* y tratara de limpiar una motita que tuviera en el *ojo* otra persona *(Mateo 7:3-5).* Una de las faltas más corrientes de la vida es la de tantos de nosotros que exigimos niveles a otros que nosotros ni siquiera tratamos de alcanzar; y tantos de nosotros condenamos faltas en otros que están bien a la vista en nuestra propia vida. La cualificación para juzgar no es el conocimiento, que está al alcance de cualquiera, sino la bondad a que se haya llegado, y ahí ninguno somos perfectos. Los mismos hechos de la condición humana proclaman que Dios es el único que tiene derecho a juzgar, por la sencilla razón de que ningún hombre es suficientemente bueno para juzgar a un semejante.

(ii) Era también uno de los primeros principios de Jesús que nuestra primera reacción hacia alguien que ha cometido un error debe ser la compasión. Se ha dicho que el primer deber del médico es « a veces, curar; a menudo, aliviar, y siempre, ofrecer consuelo.» Cuando una persona que está sufriendo de alguna incapacidad acude al médico, éste no la mira con asco, aunque esté sufriendo una enfermedad repulsiva. De hecho, la repugnancia normal que es a veces inevitable es absorbida en el deseo superior de ayudar y de curar. Cuando nos encontramos frente a alguien que ha cometido un error, nuestro primer sentimiento debería ser, no: «No voy a tener nada que ver con una persona que sea capaz de tal acción,» sino: « ¿Qué puedo hacer para ayudar? ¿Cómo puedo yo anular las consecuencias de ese error? Sencillamente, debemos aplicar a los demás la misma misericordia compasiva que querríamos que se nos mostrara si nos viéramos en una situación semejante.

(iii) Es muy importante que comprendamos exactamente cómo trató Jesús a aquella mujer. Es fácil sacar una impresión totalmente errónea, y llegar a la conclusión de que Jesús perdonó con ligereza y facilidad, como si el pecado no tuviera importancia. Lo que Él dijo fue: « Yo no te voy a condenar ahora mismo; *vete, y no peques más.* > *De* hecho, lo que estaba haciendo no era suspender el juicio y decir: « No te preocupes; todo está bien.» Lo que hizo fue algo así como *aplazar la sentencia.* Dijo: « No voy a dictar una sentencia definitiva *ahora;* ve, y demuestra que puedes mejorar. Has pecado; vete, y no peques ya más, y Yo te ayudaré todo el tiempo. Cuando llegue el final, veremos cómo has vivido.» La actitud de Jesús hacia el pecador implicaba cierto número de cosas.

(a) Implicaba *una segunda oportunidad.* Es como si Jesús le dijera a la mujer: « Sé que has estropeado las cosas; pero la vida no se te ha terminado; Yo te doy otra oportunidad, la de redimirte a ti misma.» Alguien ha escrito: «¡Como me molaría que hubiera algún lugar encantado, que se llamara la Tierra de Empezar Otra Vez, en la que nos despojáramos a la entrada de todos nuestros errores y estreses e inútiles angustias egoístas, como el que se quita el abrigo viejo y pesado y frío de la lluvia, para no ponérnoslo ya nunca jamás!»

En Jesús tenemos el Evangelio de la segunda oportunidad. Él está siempre intensamente interesado, no sólo en lo que una persona ha sido, sino en lo que puede llegar a ser. Él no dice que lo que hemos hecho no importa; las leyes y los corazones quebrantados siempre importan; pero Él está seguro de que todos tenemos un futuro tanto como un pasado.

(b) Implicaba *compasión.* La diferencia fundamental que había entre Jesús y los escribas y fariseos era que ellos querían condenar; y Él, perdonar. Si leemos entre líneas, está tan claro como el agua que ellos querían apedrear a la mujer, y que les encantaría hacerlo. Disfrutaban de la emoción de ejercer su poder condenando, y Jesús disfrutaba ejerciendo su poder per-

donando. Jesús miraba a los pecadores con una compasión nacida del amor; los escribas y fariseos los miraban con una repugnancia nacida de un sentimiento de propia justicia.

(c) Implicaba *desafío.* Jesús enfrentó a esta mujer con el desafío de una vida sin pecado. No le dijo: «Está bien; no te preocupes; sigue viviendo como hasta ahora.» Dijo: «Está mal; salte de donde estás y emprende la lucha para mejorar; cambia de vida de arriba abajo; vete, y no peques más.» No era un perdón fácil, sino un desafío que le indicaba a la mujer pecadora unas cimas de bondad con las que no había soñado jamás. Jesús opone a una vida mala el desafío de una vida buena.

(d) Implicaba *creer en da naturaleza humana. Si* lo pensamos, nos daremos cuenta de que es realmente alucinante el que Jesús le dijera a una mujer que había arruinado su reputación: «Vete, y no peques más.» Lo maravilloso y altamente alentador era la fe que tenía Jesús en las personas. Cuando se encontraba con alguien que se había descarriado, no le decía: «Eres una criatura miserable y sin remedio;» sino que le decía: «Vete, y no peques más.» Creía que, con su ayuda, el pecador podía llegar a ser un santo. Su método no consistía en apabullar a las personas con el conocimiento, que ya tendrían, de su propia miseria; sino inspirarlas con el descubrimiento insospechado de que eran santos en potencia.

(e) Implicaba *advertencia,* no tanto expresada como insinuada. Aquí nos encontramos cara a cara con la elección eterna. Jesús le dio a aquella mujer la posibilidad de escoger aquel día entre, o volver al camino peligroso por el que había llegado hasta allí, o iniciar una nueva andadura con Jesús. La historia está inconclusa, como lo están todas las vidas hasta que se presenten al juicio de Dios.

(Como ya se ha advertido, esta historia no aparece en los manuscritos más antiguos. Se encontrará una exposición de este problema textual al final del libro, páginas 328-30).

LA LUZ QUE NO RECONOCIERON

Juan 8:12-20

Entonces Jesús siguió diciéndoles:

-Yo soy la luz del mundo. El que me siga, no andará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.

Los fariseos le contestaron:

-Tu das testimonio acerca de ti mismo. Tu testimonio no es válido.

Aunque es verdad que doy testimonio de mí mismo -les contestó Jesús-, Mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y adónde voy. Vosotros sois los que no lo sabéis, y basáis vuestro juicio en criterios puramente humanos. Yo no juzgo a nadie. Pero, si emitiera un juicio, mi juicio sería verdadero, porque no estoy solo, sino que estamos unidos en el juicio Yo y el Padre que me envió; y está escrito en vuestra ley que el testimonio de dos personas es válido. Yo doy testimonio acerca de mí mismo, y el Padre que me envió también da testimonio acerca de mí.

-¿Dónde está tu Padre? -le preguntaron.

-No nos conocéis, ni a mí, ni a mi Padre -respondió Jesús-. Si me hubierais reconocido a mí habría sido señal de que también conocíais a mi Padre.

Estas cosas las dijo en el lugar de las ofrendas, cuando estaba enseñando en el recinto del templo; y nadie le puso las manos encima con violencia, porque aún no había llegado su hora.

El escenario de esta discusión con las autoridades judías fue el lugar en que se hacían las ofrendas del templo, que estaba en el atrio de las mujeres. El atrio más exterior era el de los Gentiles; el segundo, éste, el de las mujeres, que se llamaba así porque las mujeres no podían entrar más adentro, excepto cuando iban a ofrecer sacrificio en el altar que estaba en el atrio de los sacerdotes. Alrededor del atrio de las mujeres había un pórtico con columnas en el que había, colocados en el muro, trece cofres en los que los fieles echaban sus ofrendas. Los llamaban *las trompetas,* porque tenían esa forma, más estrecha por la parte de arriba y ensanchándose hacia abajo.

Cada uno de los trece cofres estaba destinado para una ofrenda determinada. En los dos primeros se echaban los medios siclos que tenían que pagar todos los judíos para el mantenimiento del templo. En el tercero y el cuarto se ponían las cantidades de la compra de dos pichones que tenían que ofrecer las mujeres para purificarse después de tener un hijo *(Levítico* 12:8). En el quinto se ponían las aportaciones para los gastos de la leña que se necesitaba para mantener el fuego del altar. En el sexto se echaban las contribuciones al gasto del incienso que se usaba en los cultos del templo. A1 séptimo se echaban las contribuciones a los gastos de mantenimiento de los instrumentos y recipientes de oro que se usaban en los oficios. Algunas veces una familia apartaba una cantidad como ofrenda de acción de gracias o por algún pecado; en las otras seis trompetas los fieles echaban el dinero que les sobraba después de hacer las ofrendas prescritas, y cualquier extra que quisieran añadir.

En el lugar de las ofrendas siempre habría un constante fluir de gente entrando y saliendo. Sería el lugar ideal para conseguir una audiencia de gente piadosa para impartir enseñanza.

En este pasaje, Jesús se presenta diciendo: «Yo soy la luz del mundo.» Es probable que el trasfondo de esta escena hiciera sus palabras aún más actuales e impactantes. La fiesta en la que Juan coloca estas palabras de Jesús era la de los Tabernáculos

(Juan 7:2). Ya hemos visto *(Juan* 7:37) que sus ceremonias ofrecían un perfecto escenario a la invitación de Jesús a los que tuvieran sed espiritual.

Pero había otra ceremonia conectada con esta fiesta. El primer día por la tarde había la ceremonia que se llamaba la Iluminación del Templo. Tenía lugar en el atrio de las mujeres, que estaba rodeado de unas galerías anchas, aptas para albergar gran número de espectadores. En el centro se colocaban cuatro candelabros inmensos. Cuando caía la tarde, los encendían, y se decía que lanzaban tal resplandor que iluminaba los patios de toda Jerusalén. Desde entonces hasta el canto del gallo la mañana siguiente, los más grandes y más sabios y más santos de Israel danzaban delante del Señor y cantaban salmos de gozo y de alabanza mientras la multitud los miraba. Jesús está diciendo: < Habéis visto que el resplandor de la iluminación del templo rasga las tinieblas de la noche. Yo soy *la luz del mundo* y, para todos los que me sigan, habrá luz, no sólo una noche maravillosa, sino a lo largo de todo el camino de la vida. La luz del templo es muy brillante, pero al final parpadea y muere. Yo soy la Luz que dura para siempre.»

LA LUZ QUE NO RECONOCIERON

Juan 8:12-20 (continuación)

Jesús dijo: < El que me siga, no andará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.» *La luz de la vida* quiere decir dos cosas. En griego puede querer decir, o la luz que irradia la fuente de la vida, o la luz que da la vida. En este pasaje quiere decir las dos cosas. Jesús es la misma Luz de Dios que ha venido al mundo; y es también la Luz que da la vida al mundo. Como no puede florecer una planta que no vea la luz del Sol, tampoco pueden florecer nuestras vidas con la gracia y la belleza que deben desplegar hasta que las irradia la Luz de la presencia de Jesús.

En este pasaje, Jesús habla de *seguirle a Él.* Es una expresión que usamos a menudo, y animamos a otros a seguir a Jesús. ¿Qué queremos decir? La palabra griega para *seguir* es *akoluthein; y sus* significados se combinan para lanzar un raudal de luz sobre lo que quiere decir *seguir a Jesús. Akoluthein* tiene cinco sentidos diferentes pero íntimamente relacionados.

(i) Se usa a menudo del soldado que sigue a su capitán. En las largas marchas, a las batallas o en las campañas en tierras extrañas, el soldado sigue a su capitán adonde le dirija. El cristiano es un soldado cuyo General es Jesús.

(ii) Se usa a menudo de un esclavo que acompaña a su amo. Dondequiera que vaya el amo, el eslavo está a su servicio, siempre dispuesto a salir al paso de cualquier necesidad o a cumplir cualquier tarea que le encomiende. Está totalmente a disposición de su amo. El cristiano es un esclavo cuya felicidad consiste en estar siempre al servicio de Cristo.

(iii) Se usa a menudo de aceptar el parecer de un sabio consejero. Cuando estamos indecisos, acudimos a un experto en la materia y, si somos sensatos, seguiremos el consejo que nos da. El cristiano encamina su vida y su conducta de acuerdo con el consejo de Cristo.

(iv) Se usa a menudo de prestar obediencia a las leyes del municipio o del estado. Si hemos de ser miembros útiles de una sociedad o ciudadanos de un estado, tendremos que estar de acuerdo con cumplir sus leyes. El cristiano, como ciudadano del Reino del Cielo, acepta la ley del Reino y de Cristo como la que gobierna su vida.

(v) Se usa a menudo de seguir el razonamiento de un maestro, o el argumento de una obra literaria o de lo que está diciendo alguien. Preguntamos a veces a los que nos están escuchando: < ¿Me sigues?» El cristiano atiende a las enseñanzas de Jesús, y las escucha con atención para no perderse nada. Recibe su mensaje en su mente, y lo entiende; recibe sus palabras en la memoria, y las guarda, y las conserva en el corazón y las vive.

Ser seguidores de Cristo es entregarnos en cuerpo, alma y espíritu a la obediencia del Maestro; y entrar en su seguimiento es empezar a caminar en la luz. Cuando caminamos solos, estamos expuestos a andar a tientas y a tropezar, porque muchos de los problemas de la vida están por encima de nuestra capacidad. Cuando caminamos solos corremos peligro de seguir una senda equivocada, porque no tenemos un mapa infalible de la vida. Necesitamos la sabiduría celestial para recorrer el camino terrenal. El que tiene un buen guía y un mapa exacto es el que puede llegar a salvo al final de su viaje. Jesucristo es ese guía, y es el único que posee el mapa de la vida. Seguirle es andar en la luz, a salvo a lo largo de la vida y seguros de entrar después en la gloria.

LA LUZ QUE NO RECONOCIERON

Juan 8:12-20 (conclusión)

Cuando Jesús se presentó como la luz del mundo, los escribas y fariseos reaccionaron con hostilidad. Aquel título les sonaría aún más sorprendente a ellos que a nosotros. A ellos les parecería, y lo era en realidad, que Jesús se presentaba como el Mesías; más aún: como el que iba a hacer lo que sólo Dios podía hacer. La palabra luz estaba especialmente asociada con Dios en el pensamiento y lenguaje judío. « El Señor es mi *luz» (Salmo 27:1).* «El Señor te será por luz perpetua» *(Isaías 60:19).* «A Cuya luz yo caminaba en la oscuridad» *(Job 29:3).* «Aunque more en tinieblas, el Señor será mi *luz> (Miqueas 7:8).* Los rabinos

afirmaban que uno de los nombres del esperado Mesías era Luz. Cuando Jesús se presentó como la luz del mundo estaba diciendo de sí mismo lo más elevado que se podía decir.

El argumento de este pasaje es complicado y difícil, pero sigue tres líneas principales.

(i) Primero, los judíos insistieron en que una afirmación como la que había hecho Jesús no se podía aceptar como válida porque carecía de los testigos necesarios. Estaba respaldada, según su punto de vista, exclusivamente por su propia palabra; y según la ley judía, cualquier afirmación tenía que apoyarse en el testimonio de dos o tres testigos por lo menos para ser conforme a ley. « No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» *(Deuteronomio 19:15).*

«Por dicho de dos o de tres testigos morirá el que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo» *(Deuteronomio 17:6). « Un* solo testigo no hará fe contra una persona para que muera» *(Números 35:30).* La respuesta de Jesús era doble.

Primero, contestó que su propio testimonio era suficiente. Era tan consciente de su autoridad que no le hacía falta otro testigo. Esto no era orgullo ni autosuficiencia, sino simplemente el ejemplo supremo de la clase de cosa que sucede todos los días. Un gran cirujano confía en su propio diagnóstico, y no necesita a nadie que se lo confirme; su testimonio es su propia carrera. Un gran abogado o juez está seguro de su propia interpretación y aplicación de la ley. No es que estén orgullosos de sus conocimientos, sino simplemente que saben lo que saben. Jesús estaba tan seguro de su identificación con Dios que no necesitaba de ninguna autoridad que la respaldara.

Segundo, Jesús dijo que de hecho sí tenía un segundo testigo, *y ese segundo Testigo era Dios.* ¿Cómo da Dios testimonio de la suprema autoridad de Jesús? *(a)* El testimonio de Dios está en *las palabras de Jesús.* Nadie podría hablar con tal sabiduría a menos que Dios le hubiera dado conocimiento. *(b)* El testimonio de Dios está en *las obras de Jesús.* Nadie podría hacer tales cosas a menos que Dios estuviera obrando en Él. (c) El testimonio de Dios es *el efecto que Jesús causa en las personas.* Obra cambios en ellas que es indudable que están más allá de las posibilidades humanas. El mismo hecho de que Jesús puede hacer que las personas malas se vuelvan buenas es la prueba de un poder que no es simplemente humano, sino divino. *(d)* El testimonio de Dios está en *la reacción de la gente a Jesús.* Siempre y dondequiera que Jesús Se ha presentado plenamente, siempre y dondequiera que se ha predicado la Cruz en toda su grandeza y esplendor, ha habido una respuesta inmediata y arrolladora en los corazones. Esa respuesta es el Espíritu Santo de Dios obrando y testificando en los corazones de las personas. Es Dios en nuestros corazones Quien nos permite ver a Dios en Jesús.

Jesús contestó así a las objeciones de los escribas y fariseos de que Sus palabras no se podían aceptar por falta de testimonio. De hecho, tenían el respaldo de un doble testimonio: Su propia consciencia de autoridad, y la de Dios.

(ii) Segundo, Jesús confirma Su derecho a juzgar. Su venida al mundo no fue primariamente para juzgar, sino por amor. Al mismo tiempo, la reacción de cada persona a Jesús es en sí su juicio: si no ve nada extraordinario en Él, se condena a sí misma. Aquí traza Jesús un contraste entre dos clases de juicio.

(a) Hay un juicio que se basa en el conocimiento humano o en niveles humanos, y que nunca ve más allá de las apariencias. Ese era el de los escribas y fariseos; y, en último análisis, así son los juicios humanos, porque no podemos ver debajo de la superficie de las cosas.

(b) Hay un juicio que se basa en un conocimiento *total* de los hechos y de las circunstancias, y ése pertenece sólo a Dios. Jesús afirmaba que los juicios que El hacía no eran meramente humanos, sino divinos, porque El era Uno con Dios. Ahí radican tanto un consuelo como una advertencia. Sólo Jesús conoce todos los hechos. Eso Le hace más misericordioso que nadie; pero también Le permite ver los pecados que están ocultos a los ojos humanos. El juicio de Jesús es perfecto porque lo hace con un conocimiento que sólo tiene Dios.

(iii) Por último, Jesús les dijo abiertamente a los escribas y fariseos que no tenían verdadero conocimiento de Dios. El hecho de que no reconocieran lo que y Quién era Él era la prueba de que no conocían a Dios. La tragedia era que toda la Historia de Israel había sido diseñada para que los judíos reconocieran al Hijo de Dios cuando viniera; pero los escribas y fariseos estaban tan enredados en sus propias ideas, tan involucrados en sus propios proyectos, tan seguros de que su concepción de la religión era la única correcta, que se habían vuelto ciegos para Dios.

FATAL INCOMPRENSIÓN

Juan 8:21-30

Entonces les dijo Jesús otra vez:
- Yo me voy, y Me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. Adonde Yo voy vosotros no podéis venir.
A eso decían los judíos:
- ¡No irá a cometer suicidio, y por eso dice: < Adon
de Yo voy vosotros no podéis venir»!

-Vosotros sois de abajo -les dijo Jesús-, pero Yo soy de arriba. Vosotros pertenecéis a este mundo, pero Yo no. Os he dicho que moriréis en vuestros pecados porque, si no queréis creer que Yo soy el Que soy, moriréis en vuestros pecados.

-¿Y quién eres Tú? -Le preguntaron; y ÉL respondió:

-Lo que os estoy diciendo no es más que el principio. Todavía tengo muchas cosas que decir de vosotros, y muchos juicios que hacer de vosotros; pero el Que Me envió es verdadero, y Yo digo en el mundo lo que he oído de Él.

Ellos no se enteraban de que les estaba hablando del Padre. Así que Jesús les dijo:

-Cuando levantéis al Hijo del Hombre, entonces sabréis que Yo soy el Que soy, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo estas cosas como el Padre Me ha enseñado. El Que Me envió está conmigo. No Me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que a Él Le parece bien.

Cuando decía estas cosas, muchos creyeron en Él.

Este es uno de los pasajes de discusión y debate que son característicos del Cuarto Evangelio y tan difíciles de dilucidar. Aquí hay varias tramas de razonamiento que se entrelazan.

Jesús empieza diciéndoles a Sus oponentes que Él se marcha; y que, cuando se haya ido, se darán cuenta de lo que se han perdido, y Le buscarán, pero será en vano. Esta es una nota verdaderamente profética. Nos recuerda tres cosas. (i) Hay ciertas oportunidades que se presentan una sola vez, y que no se repiten. A todas las personas se les presenta la oportunidad de aceptar a Jesucristo como Salvador y Señor; pero es posible que la rechacen y la pierdan, y no vuelva a presentárseles. (ii) Está implícita en este razonamiento la verdad de que la vida y el tiempo son limitados. Tenemos un espacio de tiempo en el que tenemos que hacer nuestra decisión por Cristo. El tiempo de que disponemos es limitado, y ninguno sabemos cuál es nuestro límite. Por tanto, todas las razones están a favor de que hagamos la decisión ahora. (iii) Precisamente porque hay oportunidad en la vida, hay también juicio. Cuanto mayor sea la oportunidad, y más claramente se nos presente, mayor será el juicio por rechazarla o perderla. Este pasaje nos pone cara a cara con la gloria de la oportunidad, y el tiempo limitado de que disponemos para aprovecharla.

Cuando Jesús habló de marcharse, estaba hablando de Su vuelta a Su Padre y a Su gloria. Allí era precisamente adonde Sus oponentes no Le podrían seguir; porque, por su continua desobediencia y por rehusar aceptarle, se habían excluido a sí mismos de Dios. Sus oponentes recibieron Sus palabras con un gesto burlón de humor negro. Jesús dijo que no Le podrían seguir adonde Él iba, y ellos sugirieron que a lo mejor era porque iba a cometer suicidio. La punta de su observación era que, según el pensamiento judío, lo más profundo del infierno estaba reservado para los que se quitaban la vida. Con una cierta blasfemia macabra, decían: «Puede que vaya a quitarse la vida; puede que Se vaya a lo más profundo del infierno; está claro que no podremos ni querremos seguirle allí.»

Jesús dijo que, si seguían rechazándole, *morirían en sus pecados.* Esa es una frase profética (Cp. *Ezequiel 3:18; 18:18).* Esto implica dos cosas. (i) La palabra para pecado es *hamartía,* que etimológicamente pertenecía al lenguaje de la caza y quería

decir literalmente *errar el tiro, no dar en el blanco.* La persona que se niega a aceptar a Jesús como Salvador y Señor ha errado el blanco en la vida, muere con una vida frustrada y, por tanto, muere incapacitada para entrar en una vida superior con Dios. (ii) La esencia del pecado es que nos separa de Dios. Cuando Adán, en la vieja historia, cometió el primer pecado, su primer impulso fue esconderse de Dios *(Génesis 3:8-10).* La persona que muere en pecado muere en enemistad con Dios; la que acepta a Cristo empieza a andar con Dios, y la muerte simplemente le abre la puerta para un caminar más cerca de Dios. Rechazar a Cristo es ser un extraño para Dios; aceptarle es llegar a ser amigo de Dios; y en esa amistad se destierra para siempre el miedo a la muerte.

FATAL INCOMPRENSIÓN

Juan 8:21-30 (continuación)

Jesús va a trazar una serie de contrastes. Sus oponentes pertenecen a la Tierra, y Él, al Cielo; ellos son del mundo, y El no es del mundo.

Juan menciona a menudo el mundo. La palabra en griego es *kosmos.* Juan la usa de una manera que le es peculiar.

(i) El *kosmos* es lo contrario del Cielo. Jesús vino del Cielo al mundo *(Juan 1:9).* Fue enviado por Dios al mundo *(Juan 3:17).* Él no es del mundo; Sus oponentes sí lo son *(Juan 8:23).* El *kosmos* es la vida cambiante y pasajera que vivimos ahora; es todo lo que es humano, en oposición a lo divino.

(ii) Sin embargo, el *kosmos* no está separado de Dios. Lo primero y principal es que es creación de Dios *(Juan 1:10).* Fue por la Palabra de Dios por Quien fue hecho el mundo. Aunque son distintos, no hay una sima infranqueable entre el Cielo y el mundo.

(iii) Más que eso: el *kosmos* es el objeto del amor de Dios. De tal manera ha amado Dios al mundo que ha enviado a Su Hijo *(Juan* 3:16). Por muy diferente que sea de todo lo que es divino, Dios no lo ha abandonado nunca; es el objeto de Su amor y el destinatario de Su más precioso regalo.

(iv) Pero, al mismo tiempo, hay algo que no es como es debido en el *kosmos.* Padece *ceguera:* cuando vino el Creador al mundo, el mundo no Le reconoció *(Juan 1:10).* El mundo no puede recibir al Espíritu de la verdad *(Juan 14:17).* El mundo no conoce a Dios *(Juan 17:25).* Hay, además, una hostilidad hacia Dios y Su pueblo en el *kosmos.* El mundo odia a Cristo y a Sus seguidores *(Juan 15:18-19).* De su hostilidad, los seguidores de Cristo no pueden esperar más que problemas y tribulaciones *(Juan* 16:33).

(v) Aquí tenemos una extraña sucesión de hechos: el mundo está apartado de Dios; sin embargo, no hay entre él y Dios una sima que no se pueda salvar; Dios ha creado el mundo; Dios lo ama; Dios le ha enviado a Su Hijo; y, sin embargo, aún hay ceguera y hostilidad en el mundo hacia Dios.

Sólo puede haber una conclusión posible. G. K. Chesterton dijo una vez que no hay más que una cosa segura acerca de la humanidad: que no es lo que estaba previsto que fuera. Sólo hay una cosa clara acerca del mundo, y es que no es como estaba previsto. Algo se ha estropeado, y es el pecado. Eso es lo que separa de Dios a la humanidad, y lo que la ciega a Dios; es el pecado lo que es fundamentalmente hostil a Dios.

A este mundo que se ha descarriado ha venido Cristo a ofrecerle el remedio. Trae perdón, limpieza y fuerza y gracia para vivir como es debido y para hacer el mundo como debe ser. Pero una persona puede rechazar una cura. El médico puede que le diga al paciente que hay un tratamiento que le puede devolver la salud; puede que le diga que, de hecho, si no acepta el tratamiento, la muerte es inevitable. Eso es precisamente lo que está diciendo Jesús: « Si no queréis creer que Yo soy el Que soy, moriréis en vuestros pecados.»

El mundo se encuentra en una situación que no es como es debido. Está a la vista. La única manera de curar al alma individual y al mundo es reconocer a Jesucristo como el Hijo

de Dios, obedecer Su perfecta sabiduría y aceptarle como Salvador y Señor personal.

Sabemos perfectamente cuál es la enfermedad que aqueja y destruye al mundo, y la cura eficaz que se nos ofrece. Nosotros seremos los únicos responsables si nos negamos a aceptarla.

TRÁGICA INCOMPRENSIÓN

Juan 8:21-30 (conclusión)

El versículo más difícil de traducir de todo el Nuevo Testamento es *Juan 8:25.* No se puede estar seguro del todo de lo que quiere decir el original. Puede ser: «Lo que os he dicho desde el principio» *(Reina-Valera y otras;* la *Biblia del Oso* pone en una nota marginal: «Desde el principio de Su predicación declaró ser el Cristo, Vida, Luz, etc.»). Otras traducciones sugieren: «Primariamente, esencialmente, soy lo que os estoy diciendo.» «El Principio, el mismo que os hablo» (Scío). « ¿Cómo es que os estoy hablando de ninguna manera?» *(Moffatt).* «Pues ni más ni menos, eso mismo que os vengo diciendo» *(Bover-Cantera,* véase su nota). «Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo» *(Nueva Biblia Española).* En nuestra traducción se sugiere que puede querer decir: «Todo lo que os estoy diciendo ahora no es más que el principio.» Si lo tomamos así, el pasaje sigue diciendo que la humanidad comprenderá el verdadero significado de Cristo de tres maneras.

(i) Lo verá en la Cruz. Es cuando Cristo es levantado cuando realmente vemos lo Que es. Es ahí donde vemos de veras el amor que no abandona nunca y que ama hasta el %n.

(ii) Lo verá en el Juicio. De momento podría parecer el Carpintero de Nazaret, un fuera de la ley; pero llegará el día cuando el mundo Le verá como Juez, y sabrá Quién es.

(iii) Cuando eso suceda verán en Él la encarnación de la voluntad de Dios. «Yo hago *siempre* lo que a Él Le parece bien,» dijo Jesús. Otras personas, por muy buenas que sean, son intermitentes en su obediencia. La obediencia de Jesús es constante, perfecta y completa. Llegará el día cuando la humanidad verá en Él la misma Mente de Dios.

EL VERDADERO DISCIPULADO

Juan 8:31-32

> *Entonces Jesús les dijo a los judíos que habían llegado a creer en Él:*
> *-Si os mantenéis fieles a Mi palabra, seréis de veras Mis discípulos: conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*

Pocos pasajes del Nuevo Testamento contienen una descripción tan completa del discipulado.

(i) El discipulado empieza por creer. Su comienzo es el momento en que una persona acepta como verdadero lo que Jesús dice; todo lo que nos dice acerca del amor de Dios, todo lo que nos dice acerca del horror del pecado, todo lo que nos dice acerca del verdadero sentido de la vida.

(ii) El discipulado quiere decir mantenerse constantemente en la palabra de Jesús, y eso implica cuatro cosas.

(a) Implica *escuchar* constantemente la palabra de Jesús. Se decía de John Brown de Haddington -el antepasado escocés de la querida familia evangélica española Fliedner Brownque, cuando estaba predicando, se detenía de cuando en cuando como para escuchar una voz. El cristiano es una persona que está escuchando la voz de Jesús toda la vida, y que no hará ninguna decisión hasta haber oído lo que tiene que decir. Como decía el poeta Antonio Machado:

A distinguir me paro las voces de los ecos, y escucho solamente, entre las voces, una.

(b) Implica *aprender* constantemente de Jesús. El discípulo *(mathétés)* es literalmente *un aprendiz,* que es lo que quiere decir la palabra en el original. El cristiano tiene que estar aprendiendo de Jesús más y más toda la vida. La mente cerrada acaba con el discipulado.

(c) Implica *penetrar* constantemente en la verdad que se encuentra en las palabras de Jesús. Nadie puede decir que entiende todo el significado de las palabras de Jesús con haberlas oído o leído sólo una vez. La diferencia entre un gran libro y otro efímero consiste en que éste nos basta con leerlo una vez, mientras que aquél lo leemos muchas veces y no lo agotamos nunca. Para permanecer fieles a la palabra de Jesús tenemos que estudiarla constantemente y pensar en lo que Él dijo hasta apropiarnos del todo su significado.

(d) Implica *obedecer* constantemente la palabra de Jesús. No la estudiamos simplemente por interés académico o para degustarla intelectualmente, sino para descubrir lo que Dios espera de nosotros. El discípulo es el aprendiz que aprende para poner por obra. La verdad que nos ha traído Jesús está diseñada para la acción.

(iii) El discipulado conduce al conocimiento de la verdad.

El aprender de Jesús es aprender la verdad. «Conoceréis la verdad,» dijo Jesús. ¿Qué es esa verdad? Hay muchas posibles respuestas a esta pregunta, pero la que más abarca podría ser que la verdad que nos trae Jesús nos muestra los verdaderos valores de la vida. La pregunta fundamental a la que todos tenemos que dar respuesta consciente o inconscientemente es: « ¿A qué voy a dedicar mi vida? ¿A atesorar posesiones materiales? ¿Al placer? ¿Al servicio de Dios?» En la verdad de Jesús vemos las cosas que son importantes y las que no lo son.

(iv) El discipulado conduce a la libertad. « La verdad os hará libres.» « En Su servicio está la verdadera libertad.» El discipulado nos trae cuatro libertades.

(a) Nos trae la libertad del *miedo.* El que es discípulo de Cristo ya no va solo por la vida, sino siempre en compañía de Jesús, y eso destierra el temor.

(b) Nos trae la libertad del *ego*. Muchas personas se dan cuenta de que su mayor problema son ellas mismas, y eso las lleva muchas veces a clamar desesperadas: «¡No puedo cambiar! Lo he intentado, pero es imposible.» Pero el poder y la presencia de Jesús pueden re-crear a una persona hasta el punto de hacerla completamente nueva.

(c) Nos trae la libertad de *otras personas*. Muchos viven dominados por el miedo a lo que puedan pensar o decir los demás. H. G. Wells dijo una vez que la voz de nuestros prójimos llega con más fuerza a nuestros oídos que la voz de Dios. El discípulo ha dejado de preocuparse por lo que pueda decir la gente; porque lo único que le importa de veras es lo que diga Dios.

(d) Nos trae la libertad del *pecado.* Muchas personas han llegado al punto de pecar, no porque quieren, sino porque no lo pueden evitar. Sus pecados los dominan de tal forma que, por mucho que lo intenten, no se pueden desligar de ellos. El discipulado rompe las cadenas que nos atan al pecado y nos permite ser las personas que sabemos que debemos ser.

¡Oh, que surgiera en mí otra persona, y que la que ahora soy no fuera más!

Esta aspiración de un poeta encuentra su respuesta en el discipulado cristiano.

LIBERTAD Y ESCLAVITUD

Juan 8:33-36

Los judíos Le contestaron a Jesús:

-Somos descendientes de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo es que Tú dices: «Seréis libres» ?

Jesús les contestó:

-Lo que os digo es la pura verdad: El que comete pecado es eslavo del pecado. Un esclavo no vive en la casa con carácter permanente, pero un hijo sí. Así que, si el Hijo os hace libres, entonces lo seréis de veras.

Lo que dijo Jesús de la libertad molestó a los judíos. Pretendían que no habían sino nunca esclavos de nadie. En un sentido, está claro que aquello no era verdad. Habían vivido como esclavos en Egipto, habían estado sometidos a varios imperios, habían estado exiliados en Babilonia, y entonces estaban bajo el dominio de Roma. Pero los judíos tenían en alta estima la libertad, que consideraban un derecho de nacimiento de todo judío. En la Ley se establecía que ningún judío, por muy pobre que fuera, podía degradarse hasta el punto de convertirse en un esclavo. «Y cuando tu hermano se empobreciere, estando contigo, y se vendiere a ti, no le harás servir como esclavo: Porque son Mis siervos, los cuales saqué Yo de la tierra de Egipto; no serán vendidos a manera de esclavos» *(Levítico 25: 39-42)*. Una y otra vez se levantaban rebeliones porque algún líder enardecido insistía en que los judíos no podían obedecer a ningún poder terrenal, porque Dios era su único Rey.

Josefo cuenta la historia de los seguidores de Judas el Galileo, que dirigió una famosa revuelta contra los romanos: «Tienen una fe inalterable en la libertad, y dicen que su único Rey y Gobernante es Dios» (Josefo, *Antigüedades de los judíos* 18:1, 6). Cuando los judíos decían que no habían sido esclavos de nadie estaban confesando un artículo fundamental de su credo nacional. Y aunque era verdad que había habido épocas en las que habían estado sometidos a otras naciones, y también era verdad que entonces lo estaban a Roma, también era verdad que hasta en esos casos mantenían una independencia de espíritu que hacía que se sintieran libres aunque materialmente fueran esclavos. Cirilo de Jerusalén escribió de José: «José fue vendido para ser esclavo, pero él era libre, todo radiante de nobleza de alma.» Hasta el sugerirle a un judío que podía ser considerado como un esclavo era un insulto que no perdonaría.

Pero Jesús estaba hablando de otra esclavitud. «El que comete pecado -les dijo-, es esclavo del pecado.» Jesús estaba reiterando un principio que los sabios griegos habían expuesto una y otra vez. Los estoicos decían: «Sólo el sabio es libre; el ignorante es un esclavo.» Sócrates había demandado: « ¿Cómo puedes decir que un hombre es libre cuando está dominado por sus pasiones?» Pablo daba gracias a Dios porque el cristiano era libre de la esclavitud del pecado *(Romanos 6:17-20)*.

Aquí hay algo muy interesante y muy sugestivo. A veces, cuando se le dice a uno que está haciendo algo malo, o se le advierte para que no lo haga, su respuesta es: «¿Es que no puedo hacer lo que me dé la gana con mi propia vida?» Pero la verdad es que el pecador *no* está haciendo su voluntad, sino la del pecado. Una persona puede dejar que un hábito la tenga en un puño de tal manera que no pueda soltarse. Puede dejar que el placer la domine tan totalmente que ya no se pueda pasar sin él. Puede dejar que alguna autolicencia se adueñe de tal manera de ella que le resulte imposible desligarse. Puede llegar a tal estado que, al final, como decía Séneca, odia y ama su pecado al mismo tiempo. Lejos de hacer lo que quiere, el pecador ha perdido la capacidad de hacer su voluntad. Es esclavo de sus hábitos, autolicencias, seudoplaceres que le tienen dominado. Esto es lo que Jesús quería decir. Ninguna persona que peca se puede decir que es libre.

Entonces Jesús hace una advertencia velada, pero que sus oyentes judíos comprenderían muy bien. La palabra *esclavo* le recuerda que, en cualquier casa, hay una enorme diferencia entre un esclavo y un hijo. El hijo es un residente permanente de la casa, mientras que al esclavo se le puede echar en cualquier momento. En efecto, Jesús les está diciendo a los judíos: «Vosotros creéis que sois hijos en la casa de Dios y que nada, por tanto, os puede arrojar de vuestra posición privilegiada. Tened cuidado; por vuestra conducta os estáis poniendo en el nivel del esclavo, y a éste se le puede arrojar de la presencia del amo en cualquier momento.» Aquí hay una amenaza. Es sumamente peligroso comerciar con la misericordia de Dios, y eso era lo que los judíos estaban haciendo. Aquí hay una seria advertencia para nosotros también.

LA AUTÉNTICA FILIACIÓN

Juan 8:37-41

> *Jesús continuó diciéndoles:*
>
> *-Sé que sois descendientes de Abraham; pero estáis tratando de encontrar la manera de matarme porque Mi palabra no tiene cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto en la presencia del Padre. Así deberíais vosotros hacer lo que habéis oído del Padre.*
>
> *-¡Nuestro padre es Abraham! -exclamaron; y Jesús les siguió diciendo:*
>
> *-Si sois hijos de Abraham, obrad como obraría él. Pero ahora estáis tratando de encontrar la manera de matarme, aunque Yo no soy más que Uno que os ha dicho la verdad tal como la he escuchado de Dios. Eso no es lo que hizo Abraham. Lo que hacéis vosotros son las obras de vuestro padre.*

En este ,pasaje, Jesús asesta un golpe de muerte a una pretensión que era de suprema importancia para los judíos. Abraham era para ellos la más grande figura de la historia de la religión; se consideraban seguros y a salvo en el favor de Dios simplemente por ser descendientes de Abraham. El salmista podía dirigirse al pueblo como «¡Oh vosotros, descendencia de Abraham Su siervo, hijos de Jacob, Sus escogidos!» *(Salmo* 105:6). Isaías decía al pueblo: «Pero tú, Israel, siervo Mío eres; tú, Jacob, a quien Yo escogí, descendencia de Abraham Mi amigo» *(Isaías* 41:8). La admiración que sentían los judíos por Abraham era perfectamente legítima, porque fue un gigante en la historia religiosa de la humanidad; pero las consecuencias que sacaban de su grandeza estaban completamente equivocadas. Creían que Abraham había ganado tal mérito con su bondad, que

era suficiente, no sólo para él, sino también para todos sus descendientes. Justino Mártir tuvo una discusión con el judío Trifón sobre la religión judía, y la conclusión de éste era que « el Reino eterno se otorgará a los que son la simiente de Abraham según la carne, aunque sean pecadores e incrédulos y desobedientes a Dios» (Justino Mártir, *Diálogo con Trifón 140).* Los judíos se creían literalmente a salvo simplemente por ser descendientes de Abraham.

La actitud de los judíos no carece de paralelo en la actualidad

(a) Todavía hay personas que tratan de vivir a costa de *un pedigrí y un apellido.* En algún momento de la historia de su familia, hubo uno que realizó algún servicio realmente sobresaliente a la iglesia o al estado, y desde entonces y por ello reclaman unos honores especiales. Pero un gran apellido no debe ser excusa para una inactividad cómoda, sino un acicate para nuevas empresas de mérito.

(b) Algunos tratan de vivir a costa de *una historia y una tradición.* Muchas iglesias tienen un sentido injustificado de su propia importancia porque hubo un tiempo en que tuvieron un ministerio famoso. Hay muchas congregaciones que viven del capital espiritual del pasado; pero si no se hace más que sacar y nunca meter, es impepinable que acaba por agotarse.

No hay persona, iglesia o nación, que pueda vivir de las rentas del pasado. Y eso era lo que pretendían los judíos. Jesús es contundente con una actitud así. Declara en efecto que el verdadero hijo de Abraham es el que actúa de la manera que actuaba Abraham. Esto es exactamente lo que había dicho antes Juan el Bautista: le había dicho a la gente sencillamente que el Día del Juicio estaba a las puertas, y que no bastaba con aducir la descendencia de Abraham, porque Dios podía suscitar descendientes de Abraham hasta de las piedras, si quería *(Mateo* 3:9; *Lucas* 3:8). Era también el razonamiento que habría de usar Pablo una y otra vez. No son la carne y la sangre las que hacen que uno sea verdadero descendiente de Abraham, sino la calidad moral y la fidelidad espiritual.

Este tema particular Jesús lo relaciona especialmente con una cosa. Están buscando la manera de matarle. Eso es justo lo contrario de lo que hizo Abraham. Cuando recibió la visita de un mensajero de Dios, con su acogida y hospitalidad hizo que se sintiera bienvenido *(Génesis* 18:1-8). Abraham había recibido al mensajero de Dios; los judíos de entonces estaban tratando de matar del Mensajero de Dios. ¿Cómo se atrevían a llamarse hijos de Abraham cuando su conducta era diametralmente opuesta?

Al traer a la memoria la historia del *Génesis,* Jesús se presenta implícitamente como el Mensajero de Dios. Presenta Sus credenciales aún más explícitamente: « Yo hablo lo que he visto en la presencia del Padre.» Lo fundamental acerca de Jesús es que Él trajo a la humanidad, no Sus propias opiniones, sino el Mensaje de Dios. Él no era simplemente un hombre que les decía a los demás lo que pensaba de las cosas, sino el Hijo de Dios Que comunicaba a la humanidad el pensamiento de Dios. Jesús nos presenta la realidad tal como Dios la ve.

A1 final de este pasaje llega una afirmación sobrecogedora. «Lo que hacéis vosotros -dice Jesús- son las obras de vuestro padre.» Acaba de decir que Abraham *no* es su padre. Entonces, ¿quién es su padre? Hay un momento de suspense. Se aclara en el versículo 44: su padre es el diablo. Los que habían presumido de ser hijos de Abraham tienen que enfrentarse con la devastadora acusación de que son hijos del diablo. Sus obras han revelado su verdadera filiación; porque la única manera de probar que se es hijo de Dios es en la conducta.

HIJOS DEL DIABLO

Juan 8:41-45

> *Los judíos Le dijeron a Jesús:*
> *-Nosotros no somos hijos adulterinos. Tenemos un Padre, Que es Dios.*
> *-Si Dios fuera vuestro Padre, Me amaríais; porque es de Dios de Quien Yo procedo y he venido aquí. El que haya venido no ha sido cosa Mía, sino que ha sido Él Quien Me ha enviado. ¿Por qué no entendéis lo que os estoy diciendo? La razón es que sois incapaces de oír Mi palabra. Vosotros pertenecéis a vuestro padre, el diablo, y lo que queréis cumplir son los deseos maléficos de vuestro padre. Él ha sido asesino desde el principio, y nunca se ha puesto de parte de la verdad, porque no tiene cabida en él. Cuando habla, la falsedad es su manera característica de hablar, porque es mentiroso y el padre de la mentira. Por eso, como Yo os digo la verdad, no Me creéis.*

Jesús acababa de decirles a los judíos que, por su vida y su conducta y su reacción a Él, habían dejado bien claro que no eran hijos de Abraham. Entonces ellos presentaron una pretensión todavía mayor: que eran hijos de Dios. Encontramos en todo el Antiguo Testamento la afirmación de que Dios era de una manera especial el Padre de Su pueblo Israel. Dios mandó a Moisés que le dijera al Faraón: «Así ha dicho el Señor: Israel es Mi hijo primogénito» *(Éxodo 4:22).* Cuando Moisés estaba reprendiendo al pueblo por su desobediencia, su apelación era: «¿Así pagas al Señor, pueblo loco e ignorante? ¿No es El tu Padre Que te creó?» *(Deuteronomio 32:6).* Isaías expresa su confianza en Dios diciendo: «Tú eres nuestro Padre, si bien Abraham nos ignora e Israel no nos reconoce; Tú, oh Señor, eres nuestro Padre; nuestro Redentor perpetuo es Tu nombre» *(Isaías 63:16).* «Ahora pues, Señor, Tú eres nuestro

Padre» *(Isaías 64:8). Y* Malaquías preguntaba: «¿Es que no tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?» *(Malaquías 2:10).* Así que los judíos pretendían que Dios era su Padre.

«Nosotros decían con orgullo- no somos hijos adulterinos.» Puede que haya aquí dos cosas. En el Antiguo Testamento, una de las más preciosas descripciones de la nación de Israel era como la Esposa de Dios. Por eso, cuando Israel se apartaba de Dios para ir tras dioses extraños, los profetas llamaban a su infidelidad adulterio espiritual. Cuando la nación era infiel, el pueblo apóstata se decía que eran «hijos de prostitución» *(Oseas 2:4).* Así que, cuando los judíos Le dijeron a Jesús que ellos no eran hijos adulterinos, lo que querían decir era que no formaban parte de una nación de idólatras, sino que siempre habían adorado al Dios verdadero. Presumían de no haberse apartado nunca de Dios, una presunción en la que sólo un pueblo inmerso en un sentimiento de propia justicia podría caer.

Pero también es posible que, cuando los judíos se expresaron así, se referían a algo mucho más personal. No cabe duda de que, desde tiempos muy antiguos, los judíos difundieron una horrible calumnia contra Jesús. Los cristianos afirmaban que Jesús había nacido milagrosamente de la bienaventurada Virgen María; y los judíos inventaron que María había sido infiel a José, que su amante había sido un legionario romano llamado Pantera, y que Jesús había sido el hijo de aquella unión adulterina. El nombre que atribuían al romano era una clara mistificación de *Parthenos, Virgen.* Es posible que esta calumnia subyaga en esta controversia; como si los judíos estuvieran echándole en cara a Jesús que con qué derecho les hablaba, precisamente Él, en esos términos.

La respuesta de Jesús a la pretensión de los judíos fue que era falsa; y la prueba era que, si Dios hubiera sido realmente su Padre, Le habrían amado y recibidoa Él. Aquí tenemos otra vez el pensamiento clave del Cuarto Evangelio: la prueba de una persona es su reacción a Jesús. Encontrarse cara a cara con Jesús es enfrentarse a un juicio, porque Él es la piedra de toque de Dios para saber cómo es cada cual.

La bien trabada acusación de Jesús prosigue. Él pregunta: < ¿Por qué no entendéis lo que os estoy diciendo?» Y la respuesta es terrible: no porque fueran intelectualmente torpes, sino porque eran espiritualmente ciegos. Se negaban a oír y se negaban a entender. Cualquiera puede hacerse el sordo a una advertencia; y, si se acostumbra a hacerlo, acabará siendo espiritualmente sordo. En último análisis, uno no oye más que lo que quiere oír; y si sólo sintoniza sus oídos a sus propios gustos y a las voces halagüeñas, al final será incapaz de captar la longitud de onda de Dios, como les pasaba a los judíos.

Entonces llega la acusación escarificadora: el verdadero padre de los judíos es el diablo. Jesús escoge dos de sus características.

(i) El diablo es típicamente un asesino. Jesús pudo tener dos ideas. Puede que estuviera pensando en la antigua historia de Caín y Abel. Caín fue el primer asesino de la Historia humana, y fue el diablo el que le inspiró. O que estuviera pensando en algo todavía más grave: fue el diablo el que tentó al hombre en la antigua historia del *Génesis.* El diablo consiguió que entrara el pecado en el mundo, y con él la muerte *(Romanos 5:13).* Si no hubiera habido tentación, no habría habido pecado; y si no hubiera habido pecado, no habría habido muerte. Por tanto, en cierto sentido, el diablo es el asesino de toda la raza humana.

Pero, hasta aparte de las viejas historias, el hecho es que Cristo conduce a la vida, y el diablo a la muerte. El diablo asesina la bondad, la castidad, el honor, la honradez, la belleza y todo lo que hace maravillosa la vida; asesina la paz mental y la felicidad y hasta el amor. Le es propio al mal el destruir; y Le es propio a Cristo el traer la vida, y vida en abundancia. En aquel preciso momento, los judíos estaban conspirando para matar a Jesús; estaban siguiendo el camino del diablo.

(ii) Al diablo le es propio el amar la falsedad. Todas las mentiras son inspiradas por el diablo y le hacen el juego al diablo. La falsedad odia siempre. la verdad y trata de destruirla.

Cuando se encontraron Jesús y los judíos, lo falso se encontró con lo verdadero, y era inevitable que lo falso tratara de destruir lo verdadero.

Jesús acusó a los judíos de ser hijos del diablo porque sus pensamientos se proyectaban a la destrucción de lo bueno y al mantenimiento de lo falso. La persona que trata de destruir la verdad está haciendo la obra del diablo.

TERRIBLE ACUSACIÓN Y FE RESPLANDECIENTE

Juan 8:46-50

> *-¿Hay alguno de vosotros que Me pueda acusar de pecado? -les preguntó Jesús a los judíos-. Pues, si digo la verdad, ¿por qué no Me creéis? El que es de Dios atiende a las palabras de Dios. Por eso es por lo que vosotros no Me oís: porque no sois de Dios.*
>
> *-¿No tenemos razón cuando decimos que eres un samaritano y que estás poseso? -dijeron ellos; pero Jesús les contestó:*
>
> *-Yo no soy ningún poseso. Lo que pasa es que honro a Mi Padre, y vosotros me deshonráis a Mí. Yo no busco Mi propia gloria. Hay Uno que busca y juzga.*

Tenemos que tratar de figurarnos esta escena como si la estuviéramos viendo. Aquí hay un drama; y no sólo en las palabras, sino en las pausas intermedias. Jesús empieza con un gran desafío: < ¿Hay alguien aquí demanda- que puede apuntar con el dedo a algo malo que haya en Mi vida?» A eso debió de seguir un silencio durante el cual Jesús recorrió la multitud con la mirada, esperando que alguien aceptara el desafío extraordinario que acababa de lanzar. El silencio se prolongó. Por mucho, que indagaran, ninguno podía formular una acusación contra El. Después de darles tiempo, Jesús habló otra vez: < ¿Admitís -les dijo- que no me podéis acusar de nada? Entonces, ¿por qué no aceptáis lo que os digo?» Y de nuevo se produjo un silencio incómodo. Luego Jesús contesta a Su propia pregunta: < No aceptáis Mis palabras -les dijo porque no sois de Dios.»

¿Qué quería decir Jesús? Tomadlo en este sentido: No hay nada que pueda penetrar en la mente o el corazón de nadie a menos que haya ya algo allí que responda positivamente. Y si uno carece de ese algo esencial, nada le hará aceptar aquella nueva experiencia. Una persona que carece de oído para la música no puede experimentar la emoción de este arte. Una persona daltoniana no puede apreciar todos los matices de un cuadro. Una persona que no tiene sentido del ritmo no puede disfrutar gran cosa del ballet o de la danza.

Los judíos tenían una manera maravillosa de pensar en el Espíritu de Dios. Creían que tenía dos funciones: la de revelar la verdad de Dios, y la de capacitar a las personas para reconocer y captar aquella verdad. Eso quiere decir bien claramente que, a menos que el Espíritu de Dios esté en el corazón de una persona, ésta *no puede* reconocer la verdad de Dios aunque la tenga delante de los ojos. Y también quiere decir que una persona puede cerrarle la puerta de su corazón al Espíritu de Dios hasta tal punto que, aunque se le despliegue esa verdad de la manera más evidente, es totalmente incapaz de verla, reconocerla, captarla y hacerla suya.

Jesús les estaba diciendo a los judíos: «Habéis seguido vuestro propio camino y vuestras propias ideas; el Espíritu de Dios no ha conseguido obtener entrada en vuestro corazón; esa es la razón por la que no podéis reconocerme ni aceptar Mis palabras.» Los judíos se creían un pueblo muy religioso; pero, como se habían aferrado a su propia idea de la religión en vez de a la de Dios, se habían descarriado hasta tal punto que habían perdido a Dios. Se encontraban en la terrible situación de pretender servir a un Dios al Que no conocían.

El que se les dijera que eran unos extraños para Dios los hería en lo más vivo. Entonces lanzaron sus invectivas contra

Jesús. Según nuestra traducción, acusaron a Jesús de samaritano y de poseso. ¿Qué querían decir con eso? Al llamarle samaritano le acusaban de ser enemigo de Israel, porque había una enemistad a muerte entre los judíos y los samaritanos; Le acusaban de no respetar y quebrantar la Ley; y, sobre todo, de ser un hereje, porque eso había llegado a significar para ellos la palabra samaritano. Es alucinante el que se llegara a acusar de hereje al Hijo de Dios -y no cabe duda que eso es lo que Le pasaría si volviera otra vez a este mundo y sus iglesias.

Pero también es posible que la palabra samaritano tenga otro sentido. Para empezar, notaremos que Jesús contestó a la acusación de estar poseído por el demonio, pero no a la de ser un samaritano. Eso nos hace pensar que tal vez no se haya transcrito la acusación correctamente. La palabra original aramea para samaritano sería *shomeroní. Shomerón,* Samaria, era también un título del príncipe de los demonios, también llamado Ashmedai, Shammael y Satán. De hecho, en el Corán, la biblia de los musulmanes, se dice que Shomerón, el príncipe de los demonios, fue el que sedujo a los judíos para hacerlos idólatras. Según esto, la palabra *shomeroní.* también podría querer decir *hijo del diablo. Y* es muy posible que dieran ese sentido a la palabra samaritano, ya que odiaban a los tales; y con ese sentido Le lanzaron el insulto a Jesús: < ¡Tú eres un hijo del diablo; un engendro de Satanás, que participas de la maldad y la locura del Maligno!»

La respuesta de Jesús fue que, lejos de ser un servidor del diablo, Su único propósito era honrar a Dios, mientras que la conducta de los judíos era un constante deshonrar a Dios. Dice en efecto: « No soy Yo el que tiene un demonio, sino vosotros. »

Y entonces aparece el resplandor de la auténtica fe de Jesús.

Él dice: «Yo no estoy buscando los honores que Me pueda dar este mundo: sé muy bien que seré rechazado, insultado, deshonrado y crucificado. Pero hay Uno que pondrá en Su día las cosas en su sitio y asignará a cada persona el honor que le corresponda; y es El el Que Me dará el único honor que es auténtico, porque es el Suyo.»

De una cosa estaba seguro Jesús: a fin de cuentas, es Dios el Que protege el honor de los Suyos. En el tiempo, Jesús no experimentó más que dolor y deshonor y rechazamiento; en la eternidad, recibió la gloria que recibirán en su día todos los que obedecen a Dios. Jesús tenía el optimismo inconquistable que nace de la fe suprema, el optimismo que tiene sus raíces en la fidelidad y la justicia de Dios.

LA VIDA Y LA GLORIA

Juan 8:51-55

Jesús continuó diciéndoles:
Lo que os digo es la pura verdad: el que cumpla Mi Palabra nunca verá la muerte.

Ahora estamos seguros de que estás loco -Le contestaron los judíos-. Abraham murió, y los profetas también; ¿y Tú dices: «El que cumpla Mi Palabra no probará la muerte jamás» ? ¡No te creerás más importante que nuestro padre Abraham, que murió! ¡Y los profetas también murieron! ¿Quién te has creído que eres?

-Si fuera Yo el que Me glorificara a Mí mismo, Mi gloria no tendría ningún valor-les respondió Jesús-. Es Mi Padre el Que Me glorifica; el Que vosotros pretendéis que es vuestro Dios, aunque no sabéis nada de Él. Pero Yo sí Le conozco; si dijera que no Le conocía, sería tan mentiroso como vosotros. Pero Le conozco y cumplo Su Palabra.

Este capítulo pasa de un relámpago a otro de sorpresas. Jesús presenta Sus credenciales una tras otra, cada vez más tremendas. Aquí presenta Su prerrogativa de que el que guarde Su Palabra nunca conocerá la muerte. Esto escandaliza a los judíos. Zacarías había dicho: «Vuestros padres, ¿dónde están?;

y los profetas, ¿han de vivir para siempre?» *(Zacarías 1:5).* Abraham murió, y los profetas lo mismo; ¿y no habían guardado en su tiempo y generación la Palabra de Dios? ¿Quién es este Jesús para colocarse por encima de los grandes de la fe? Fue el literalismo de los judíos lo que les bloqueó el entendimiento. Jesús no estaba pensando en la vida y en la muerte físicas. Quería decir que, para la persona que Le acepte plenamente, la muerte habrá perdido su finalidad; porque habrá entrado en una relación con Dios que ni el tiempo ni la eternidad podrán interrumpir. Irá, no de la vida a la muerte, sino de la vida temporal a la vida eterna; la muerte es sólo la entrada a una comunión más plena con Dios.

De ahí pasa Jesús a hacer una gran afirmación: *Todo verdadero honor debe venir de Dios. No* es difícil honrarse a uno mismo; de hecho, es fatalmente fácil regodearse en la propia estimación. Tampoco es tan difícil recibir honores de los demás, porque el mundo honra a los que tienen alguna clase de éxito. Pero el verdadero honor es el que sólo la eternidad puede revelar, y los veredictos de la eternidad no son como los del tiempo.

A continuación, Jesús hace dos afirmaciones que son el mismo fundamento de Su vida.

(i) Se atribuye *un conocimiento exclusivo de Dios.* Afirma conocerle como nadie más Le ha conocido ni Le conocerá jamás. Y no reducirá esa prerrogativa, porque el hacerlo sería faltar a la verdad. La única manera de llegar a un conocimiento pleno de la mente y el corazón de Dios es por medio de Jesucristo. Con nuestra mente podemos espigar fragmentos de conocimiento acerca de Dios; pero sólo en Jesucristo se encuentra el orbe completo de la verdad, porque sólo en Él vemos a Dios como es en realidad.

(ii) Se atribuye *una obediencia única a Dios.* Mirar a Jesús es poder decir: «Así es como Dios quiere que yo viva.» Contemplar Su vida es decir: «Esto es servir a Dios.»

Sólo en Jesús vemos lo que Dios quiere que sepamos, y lo que Dios quiere que seamos.

LA PRERROGATIVA SUPREMA

Juan 8:56-59

-Vuestro padre Abraham se deleitó al ver Mi día: lo vio y se sintió feliz -les dijo Jesús.

-¿No tienes ni cincuenta años, y has visto a Abraham? -le contestaron los judíos; y Jesús a ellos:
-Lo que os digo es la pura verdad: Yo soy de antes que Abraham.

A eso cogieron piedras para apedrearle; pero Jesús se apartó de su vista, y Se marchó del recinto del templo.

Todos los relámpagos anteriores palidecen ante el resplandor de este pasaje. Cuando Jesús les dijo a los judíos que Abraham se había deleitado al ver Su día, estaba hablando de una manera que ellos podían entender. Los judíos tenían muchas creencias acerca de Abraham que les permitirían ver a lo que se refería Jesús. Tenían en total cinco maneras diferentes en que podían interpretar este pasaje.

(a) Abraham estaba viviendo en el Paraíso, y podía ver lo que estaba sucediendo en la Tierra. Jesús usó esta manera de hablar en la parábola del Rico y Lázaro *(Lucas 16:22-31).* Esta sería la manera más sencilla de interpretar este dicho.

(b) Pero esa no es la interpretación correcta. Jesús dijo que «Abraham *se deleitó* al ver Mi día,» en el pasado. Los judíos interpretaban muchos pasajes de la Escritura de una manera que explica esto. Tomaban la gran promesa que Dios le hizo a Abraham en *Génesis 12:3:* «Serán benditas en ti todas las familias de la Tierra;» y decían que, cuando se le hizo aquella promesa, Abraham sabía que quería decir que el Mesías de Dios iba a venir de su descendencia, y se regocijó de la magnificencia de la promesa.

(c) Algunos de los rabinos mantenían que en *Génesis 15:821* Abraham tuvo una visión de todo el futuro de la nación de

Israel, y por tanto vio anticipadamente el tiempo de la venida del Mesías a la Tierra.

(d) Algunos de los rabinos tomaban la risa de Abraham cuando se enteró de que iba a tener un hijo *(Génesis 17:17),* no como expresión de incredulidad, sino de gozo irreprimible de que el Mesías hubiera de venir de su descendencia.

(e) Algunos de los rabinos tenían una interpretación fantástica de *Génesis 24:1.* Se nos dice que < Abraham era bien avanzado en años» (R-V), y el original hebreo quiere decir al pie de la letra que < era venido en los días». Algunos rabinos interpretaban que, en una visión que Dios le concedió, Abraham *había entrado en los días que estaban por venir, y* había visto toda la historia del pueblo de Israel, incluyendo la venida del Mesías prometido.

En todo esto podemos ver claramente que los judíos creían que Abraham había visto, de alguna manera y durante su vida, la historia de Israel y la venida del Mesías. Así que, cuando Jesús dijo que Abraham había visto Su día, estaba presentándose claramente como el Mesías. Estaba diciendo realmente: «Yo soy el Mesías que Abraham contempló en una visión.»

Inmediatamente, Jesús sigue diciendo de Abraham: «Lo vio (Mi día) y se sintió feliz.» Algunos de los primeros cristianos le daban a estas palabras una interpretación algo fantástica. En *1 Pedro 3:18-22 y 4:6* se encuentra la base bíblica de la doctrina que figura en el Credo de los Apóstoles: «Descendió a los infiernos.» Hay que advertir que la palabra *infiernos* nos da una pista falsa; debería decir *Hades.* La idea no es que Jesús fuera al lugar de los condenados, como sugiere aquella palabra, sino al lugar donde estaban todos los muertos, buenos y malos, que era lo que creían los judíos a juzgar por algunos pasajes del Antiguo Testamento como *Job 3: I1-19.* Una obra apócrifa llamada El *Evangelio de Nicodemo o Los Hechos de Pilato* contiene un pasaje que dice lo siguiente: « Oh Señor Jesucristo, la resurrección y la vida del mundo, danos la gracia de poder hablar de Tu resurrección y de las obras maravillosas que Tú hiciste en el Hades. Nosotros, entonces, estábamos en el Hades con todos los que habían caído en el sueño de la muerte desde el principio del mundo; y a medianoche surgió en aquellos lugares tenebrosos como si fuera la luz del Sol, y brilló, y todos fuimos iluminados y nos vimos unos a otros. E inmediatamente nuestro padre Abraham, con todos los patriarcas y profetas, se llenaron de gozo y se dijeron: «Esta luz viene del gran relámpago.» Los muertos vieron a Jesús, y se les dio la oportunidad de creer y arrepentirse; y Abraham se regocijó de todo aquello.»

A nosotros nos parecen muy extrañas estas ideas, pero eran normales para los judíos que creían que Abraham había visto anticipadamente el día en que había de venir el Mesías.

Los judíos, aunque debieran haber mantenido el debate a un nivel más alto, tomaron las palabras de Jesús literalmente. Ya hemos visto que esta es la manera en que Juan nos presenta las conversaciones de Jesús hasta llegar a la verdad final. « ¿Cómo es que Tú -Le preguntaron a Jesús- puedes haber visto a Abraham si no tienes ni cincuenta años?» ¿Por qué cincuenta? Esa era la edad a la que se retiraban los levitas de su servicio *(Números 4:3).* Los judíos estaban diciéndole a Jesús: « Tú eres un hombre joven, todavía en la plenitud de la vida, ni siquiera de edad como para retirarte del servicio activo. ¿Cómo puedes Tú haber visto a Abraham? ¡Estás hablando como un loco!» Ya se comprende que Le estaban haciendo burla; porque habría sido igualmente absurdo el suponer que hubiera conocido a Abraham aunque hubiera tenido la edad de Matusalén.

Y fue entonces cuando Jesús hizo la afirmación más alucinante: « Yo soy de antes que Abraham.» Lo que Jesús quería decir es,que Él es de antes del tiempo. No hubo un momento en que El empezara a existir; y nunca llegará un momento en que deje de existir.

¿Qué quería decir? Está claro que no era que Él, la persona humana de Jesús, había existido siempre. Sabemos que Jesús nació en Belén. Aquí se refiere a otra cosa. Tomémoslo de otra manera. No hay más que Uno en todo el universo que sea

eterno, *y ese Uno es Dios.* Lo que Jesús está diciendo aquí es nada menos que que Su vida es la vida de Dios; está diciendo, como lo expresó más sencillamente el autor de la *Carta a los Hebreos,* que Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. En Jesús vemos, no simplemente a un hombre que nació, vivió y murió; vemos al eterno Dios, el Dios de Abraham y de Isaac y de Jacob, Que era ya antes que empezara el tiempo y Que será cuando el tiempo ya no sea más: Que siempre *es.* En Jesucristo se ha presentado a la humanidad el Dios eterno.

LUZ PARA LOS OJOS CIEGOS

Juan 9:1-5

> *Cuando Jesús iba pasando por ahí, vio a uno que era ciego de nacimiento; y Sus discípulos Le preguntaron:*
> *-Rabí, ¿quién fue el que pecó para que naciera ciego, él mismo o sus padres?*
> *No es porque pecaran ni éste ni sus padres -les contestó Jesús-; sino que sucedió para que hubiera en él una demostración de lo que Dios puede hacer. Tenemos que hacer las obras del Que Me envió mientras dure el día; se acerca la noche cuando nadie podrá hacer nada. Mientras esté en el mundo, Yo soy la luz del mundo.*

Este es el único de los milagros que se nos narran en los evangelios en el que se dice que se trataba de una dolencia de nacimiento. En *Hechos* tenemos dos casos de personas que habían estado impedidas desde que nacieron: el cojo de la puerta Hermosa del templo en *Hechos 3:2,* y el paralítico de Listra en *Hechos 14:8.* Pero este ciego es la única persona de la historia

evangélica que se encontraba en ese caso. Debe de haber sido un personaje conocido, porque los discípulos de Jesús ya sabían de él.

Cuando le vieron, aprovecharon la oportunidad para presentarle a Jesús un problema que los judíos llevaban mucho tiempo discutiendo, y que sigue siendo enigmático. Los judíos consideraban que el sufrimiento seguía al pecado como el efecto a la causa hasta tal punto que suponían que tenía que haber habido algún pecado donde había sufrimiento. Así es que Le dirigieron a Jesús la pregunta que consideraban clave: «Este hombre -Le dijeron- está ciego. ¿Es su ceguera debida a su propio pecado, o al de sus padres?»

¿Cómo podría ser debida a su propio pecado, si era ciego *de nacimiento?* Los teólogos judíos proponían una de dos posibles respuestas a esa pregunta.

(i) Algunos de ellos sustentaban la extraña idea del pecado prenatal. De hecho, creían que una persona podía empezar a pecar cuando estaba en el vientre de su madre. En las conversaciones imaginarias entre Antonino y el rabino Judá el Patriarca acerca del origen del pecado en la vida personal, Antonino le preguntó a su interlocutor: «¿Desde qué momento ejerce su influencia la mala tendencia sobre una persona, desde que se forma el embrión en el seno materno o desde el nacimiento?» Y el rabino contestó al principio: «Desde que se forma el embrión.» Antonino no estaba de acuerdo, y convenció a Judá de su postura; porque Judá tuvo que admitir que, si la mala tendencia empezara con la formación del embrión, entonces el bebé rompería el vientre a patadas y saldría. Judá encontró un texto que respaldaba esta postura, *Génesis 4: 7:* « El pecado está a la puerta,» que él interpretó como que el pecado está acechando a la puerta del seno materno tan pronto como nace el niño. El razonamiento nos parecerá ridículo, pero es una prueba de que la idea del pecado prenatal era, por lo menos, tema frecuente de discusión entre los judíos.

(ii) En tiempos de Jesús, los judíos creían en la preexistencia del alma. Realmente, esta idea la había tomado de los griegos; entre otros, de Platón. Creían que todas las almas existían antes de la creación de la raza humana en el huerto

del Edén, o que estaban en el séptimo cielo o en una cierta cámara, esperando la oportunidad para entrar en un cuerpo. Los griegos habían creído que esas almas eran buenas, y que era la entrada en el cuerpo lo que las contaminaba; pero había algunos judíos que creían que las almas eran ya buenas o malas antes del nacimiento. El autor del *Libro de la Sabiduría* dice: «Ahora bien, yo era un niño bueno por naturaleza, y me tocó en suerte un alma buena» *(Sabiduría 8:19).*

En tiempos de Jesús, algunos judíos creían que la aflicción de una persona, aunque fuera de nacimiento, podía venirle de un pecado que hubiera cometido antes de nacer. Es una idea extraña, y que nos parecerá hasta fantástica; pero a su base se encuentra la idea de un universo infectado de pecado.

La alternativa era que los males que se padecían desde el nacin-fiento los causaba el pecado de los padres. La idea de que los niños heredan las consecuencias del pecado de sus padres está entretejida en todo el Antiguo Testamento. « Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Éxodo *20:5; cp. Éxodo 34:7; Números 14:18).* El salmista dice del malvado: «Venga en memoria ante el Señor la maldad de sus padres, y el pecado de su madre no sea borrado» *(Salmo 109:14).* Isaías habla de las iniquidades de ellos y de «las iniquidades de sus padres,» y llega a decir: « Yo les mediré en el seno el pago de sus obras antiguas» *(Isaías 65:6-7).* Una de las ideas características del Antiguo Testamento es que Dios siempre visita, es decir, castiga, los pecados de los padres en los hijos. No debemos olvidar que nadie vive ni muere para sí mismo solamente. Cuando pecamos, ponemos en movimiento una cadena de consecuencias sin fin.

LUZ PARA LOS OJOS CIEGOS

Juan 9:1-5 *(conclusión)*

En este pasaje encontramos dos grandes principios eternos. (i) Jesús no contesta directamente a la pregunta, ni trata de desarrollar o explicar la relación que existe entre el pecado y el sufrimiento. Dice que la aflicción de aquel hombre le vino para que hubiera una oportunidad de demostrar lo que Dios puede hacer. Esto es cierto en dos sentidos.

(a) Para Juan, los milagros son siempre una señal de la gloria y el poder de Dios. Los autores de los otros evangelios parece que tenían otro punto de vista, y los veían como una demostración de la misericordia de Jesús. Cuando Jesús vio la multitud hambrienta, tuvo *compasión* de ellos, porque Le parecían como ovejas sin pastor *(Marcos 6:34).* Cuando llegó el leproso con su angustioso ruego de limpieza, Jesús fue *movido a misericordia (Marcos 1:41).* Se suele insistir en que el Cuarto Evangelio es diferente en esto; pero no tenemos por qué verlo como una contradicción. Son sencillamente dos maneras distintas de ver la misma cosa. En el fondo está la suprema verdad de que la gloria de Dios se muestra en Su compasión, y que Él no revela nunca Su gloria más plenamente que cuando revela Su piedad.

(b) Hay otro sentido en que el sufrimiento humano es prueba de lo que Dios puede hacer. La aflicción, el dolor, la desilusión, la pérdida de seres queridos, son siempre oportunidades para que se despliegue la gracia de Dios. Primero, permite al paciente mostrar a Dios en acción. Cuando llega el desastre o la aflicción a una persona que no conoce a Dios, esa persona puede que se desmorone; pero cuando llegan a una persona que camina con Dios, sacan la fuerza y la belleza y la paciencia y la

nobleza que hay en un corazón en el que está Dios. Se cuenta que, cuando estaba muriendo un santo de la antigüedad en una agonía de dolor, mandó a buscar a su familia diciendo: «Que vengan a ver cómo muere un cristiano.» Es cuando la

vida nos asesta uno de sus golpes más terribles cuando podemos demostrarle al mundo cómo le es posible vivir y morir a un cristiano. Veamos un ejemplo:

> *Mientras más se prolonga el sufrimiento más veo en él Tu cariñosa mano, más cerca estoy de Ti, más puro siento el amor que me aparta de lo vano y a Ti me lleva en amoroso aliento.*
>
> *Tú me has dado esta copa de amargura con designio de amor; de otra manera Tu mano paternal no me la diera, porque no haces sufrir a Tu criatura sin un plan que después haga patente un designio de amor beneficente.*
>
> *La recibo, Señor, con bendiciones; pero hazme más humilde y resignado, más grato a la riqueza de Tus dones, en Tus promesas aún más confiado y siempre alegre en lo que Tú dispones.*
>
> *Y si, apurada la postrera gota, permites que prolongue mi misión, anunciaré Tu amor, que no se agota, predicando en Jesús la Salvación.*
>
> *Y si quisieres dar por concluida esta misión, que realicé tan mal, ¡oh Roca de los Siglos, de guarida sírveme ante el divino tribunal!*

(Carlos Araujo Carretero, última Rima, escrita un mes antes de su muerte).

Cualquier clase de sufrimiento es una oportunidad para que se muestre la gloria de Dios en nuestras vidas. (b) Segundo, ayudando a los que pasan por dificultades o dolores, les podemos demostrar a otros la gloria de Dios. Frank Laubach nos hace partícipes del gran pensamiento de que, cuando Cristo, Que es el Camino, llega a nuestra vida, «nos convertimos en parte del Camino. El Camino Real de Dios pasa por nosotros.» Cuando nos gastamos como una vela ayudando a los que pasan por dificultades, distrés, dolor o aflicción, Dios nos está usando como camino por el que Él envía Su ayuda a las vidas de los que sufren. El ayudar a un semejante necesitado es manifestar la gloria de Dios, que quiere decir mostrar cómo es Dios.

Jesús pasa a decir que Él y Sus seguidores deben hacer la obra de Dios mientras haya tiempo para hacerla. Dios ha dado a la humanidad el día para trabajar y la noche para descansar; cuando se acaba el día, también se acaba el tiempo de trabajar. Para Jesús era verdad que tenía que darse prisa con el trabajo que Dios Le había confiado porque faltaba poco para la noche de la Cruz. Pero es verdad que todas las personas disponemos de un tiempo limitado. Nuestra tarea la tenemos que cumplir en ese tiempo.

Hay en Glasgow un reloj de sol con esta leyenda en escocés: « Tak' tent of time ere time be tint.» «Aprovecha el tiempo antes que se te acabe.» No debemos dejar las cosas para otro día, pues puede que ese día no llegue nunca. El deber del cristiano es usar el tiempo de que dispone -y nadie sabe cuánto será- en el servicio de Dios y de sus semejantes. No hay pesar más intenso que el trágico descubrimiento de que se nos ha hecho demasiado tarde para hacer lo que teníamos que hacer.

Pero hay otra oportunidad que podemos desaprovechar. Jesús dijo: «Mientras esté en el mundo, Yo soy la luz del mundo.» Cuando Jesús dijo eso no quería decir que el tiempo de Su vida y obra eran limitados, sino que nuestra oportunidad de recibirle sí es limitada. A toda persona le llega la oportunidad de aceptar a Cristo como su Salvador, su Maestro y su Señor; y, si no se aprovecha, puede que no vuelva a presentarse. E. D. Starbuck, en su *Psicología de la religión,* tiene algunas estadísticas interesantes y aleccionadoras sobre la edad en que suele producirse la conversión. Puede suceder tan pronto como a los siete u ocho años; aumenta el porcentaje gradualmente

hasta la edad de diez u once años; aumenta rápidamente hasta los dieciséis; declina abruptamente hasta los veinte, y después de los treinta es rara. Dios nos dice: *«Ahora* es el tiempo.» No es que el poder de Jesús disminuya, o que Su luz se haga más difusa, sino que, si aplazamos esa gran decisión, vamos perdiendo capacidad para hacerla con el paso de los años. Hay que hacer un trabajo, hay que tomar unas decisiones, mientras es de día, antes que se nos eche encima la noche.

EL MÉTODO DE UN MILAGRO

Juan 9:6-12

> *Después de decir aquello, Jesús escupió en el suelo, hizo barro con la saliva y se la untó en los ojos al ciego al tiempo que le decía:*
>
> *-Vé a lavarte al estanque de Siloé.*
>
> *La palabra «Siloé» quiere decir «Enviado». El ciego fue, y se lavó, y volvió viendo.*
>
> *Los vecinos y todos los que le conocían de vista de antes y le reconocían como el mendigo ciego, decían:*
>
> *-¿Pero no es éste el que se sentaba a pedir limosna?*

-¡Es el mismo! -decían unos.

-¡No puede ser el mismo, pero se le parece mucho! -decían otros. Y Él decía:

-¡Soy el mismo!

-¿Cómo es que se te han abierto los ojos? -le dijeron.

-Ese hombre que llaman Jesús hizo barro -dijo él-, me lo untó en los ojos y me dijo: «Vete a lavarte al estanque de Siloé.» Así es que fui, y me lavé y recibí la vista.

-¿Dónde está ese Hombre Que dices? -le preguntaron.

-No lo sé -contestó él.

Este es uno de los dos milagros en los que se nos dice que Jesús usó Su saliva para efectuar una cura. El otro es el del sordo y tartamudo (Marcos 7: 33). Esto nos parece extraño, desagradable y antihigiénico; pero en el mundo antiguo era muy corriente. La saliva, especialmente la de alguna persona distinguida, se creía que tenía propiedades curativas. Tácito nos cuenta que, cuando Vespasiano visitó Alejandría, se le acercaron dos hombres, uno con una enfermedad de los ojos y otro con una mano enferma, y le dijeron que su dios les había aconsejado que vinieran a él. El hombre de los ojos enfermos quería que Vespasiano < le mojara la córnea con saliva;» y el que tenía la mano mala, «que le pisara la mano con la planta del pie.» Vespasiano no quería hacerlo; pero finalmente le persuadieron. « La mano enferma recuperó inmediatamente su poder, y el ciego volvió a ver. Ambos hechos están atestiguados hasta el día de hoy, cuando la falsedad ya no puede reportar ninguna recompensa, por los que estuvieron presentes en aquella ocasión» (Tácito, Historias 4:81).

Plinio, el famoso coleccionista romano de lo que se llamaba entonces información científica, dedica todo un capítulo al uso de la saliva. Dice que es un desinfectante estupendo contra el veneno de las serpientes; una protección contra la epilepsia; que los líquenes y las manchas de lepra se pueden curar con la saliva de antes del desayuno; que la oftalmia se puede curar ungiendo los ojos todos los días con la saliva de la mañana; que también cura el carcinoma y la tortícolis. La saliva se suponía que era muy eficaz para evitar el mal de ojo. Persio nos cuenta que la tía o la abuela piadosas y expertas en evitar el mal de ojo sacan al bebé de la cuna y « le aplican con el dedo corazón la lustrosa saliva en la frente y en los labios húmedos.» El uso de la saliva era muy corriente en el mundo antiguo. Hasta ahora, cuando nos quemamos un dedo, nos lo chupamos instintivamente; y hay muchos que creen que las verrugas y otros muchos males se curan con la saliva.

El hecho es que Jesús usó los métodos y las costumbres de Su tiempo. Era un médico inteligente que tenía que ganarse la

confianza de Sus pacientes. No es que Él creyera esas cosas, sino que despertaba la expectación haciendo lo que el paciente esperaría que hiciera un médico. Después de todo, hasta el presente, la eficacia de una medicina o un tratamiento depende tanto de la fe del paciente como del medicamento en sí.

Después de untar los ojos del ciego con Su saliva, Jesús le mandó a lavarse al estanque de Siloé. Era éste uno de los lugares más conocidos de Jerusalén. Fue el resultado de una de las mayores hazañas de ingeniería del mundo antiguo. La provisión de agua en Jerusalén siempre había sido precaria en caso de asedio. Procedía principalmente de la fuente de la Virgen o de Guijón, que estaba situada en el valle de Cedrón. Una escalera de treinta y tres peldaños esculpidos en la roca conducía a él; y allí, de un pilón de piedra, la gente sacaba agua. Pero la fuente estaba totalmente expuesta y, en caso de asedio, podía cortarse, con consecuencias desastrosas.

Cuando Ezequías se dio cuenta de que Senaquerib estaba a punto de invadir Palestina, decidió abrir un túnel o conducto en la roca sólida desde la fuente hasta la ciudad (2 Crónicas 32:2-8, 30; Isaías 22:9-11; 2 *Reyes* 20:20). Si se hubiera trazado en línea recta habría tenido unos 350 metros de largo; pero, como lo hicieron en zigzag, ya fuera siguiendo las grietas de la roca o para evitar lugares sagrados, el conducto tiene de hecho unos 580 metros. En algunos lugares no tiene más que 60 centímetros de alto, pero como térn-fino medio alcanza los dos metros. Los ingenieros empezaron a cortar por los dos extremos, y se encontraron en medio, una verdadera hazaña con los medios de que disponían.

En 1880 se descubrió una lápida que conmemoraba la terminación del túnel. Lo descubrieron accidentalmente dos muchachos que estaban vadeando el estanque. Lo cuenta así: « La perforación se ha completado. Esta es la historia completa. Mientras los obreros seguían trabajando con el pico, cada uno en dirección a su compañero, y cuando no faltaban más que tres codos para encontrarse, cada uno oyó la voz de su compañero llamándole, porque había una grieta en la roca al lado derecho. Y el día que se terminó la perforación, los picapedreros cortaron cada uno para llegar al encuentro del otro, pico contra pico; y fluyeron las aguas al estanque mil doscientos codos, y la altura de la roca sobre las cabezas de los obreros era de cien codos.»

El estanque o piscina de Siloé era el lugar de la ciudad al que confluía el túnel que traía el agua desde la fuente de la Virgen. Era un depósito de siete por diez metros. Así fue como obtuvo su nombre: lo llamaron Siloé (que, como se ha dicho, quería decir *enviado)* porque el agua *se enviaba* por aquel conducto a la ciudad. Jesús envió al hombre a lavarse en el estanque; y éste se lavó y recibió la vista. Después de curarse tuvo algunas dificultades para convencer a la gente de la realidad de su curación; pero mantuvo con toda firmeza su testimonio de que Jesús había sido el Que había realizado el milagro.

Jesús sigue haciendo cosas que les parecen a los incrédulos demasiado maravillosas para ser verdad.

PREJUICIO Y CONVICCIÓN

Juan 9:13-16

Llevaron al que había estado ciego a presencia de los fariseos. El día en que Jesús había hecho el barro y le había abierto los ojos había sido un sábado, así es que los fariseos le interrogaron acerca de cómo había recuperado la vista. Y él les contestó:

-ÉL me puso barro en los ojos, y me lavé, y ahora ya puedo ver.

-Ese no puede ser de Dios -dijeron algunos de los fariseos-, porque no observa el sábado.

-Pero -decían otros-, ¿cómo es posible que un hombre pecador haga tales señales?

Y hubo una división de opiniones entre ellos. Luego le dijeron al que había estado ciego:

-¿Tú qué opinas de Él, puesto que te abrió los ojos?

-Pues que es un profeta -contestó él.

Aquí surge el inevitable problema. Era un sábado el día en que Jesús hizo el barro y curó al ciego. No cabía duda de que Jesús había quebrantado la ley del sábado que los escribas tenían tan sistematizada, y de tres maneras diferentes.

(i) A1 hacer el barro había sido culpable de trabajar en sábado, porque la cosa más sencilla constituía un trabajo ese día. Veamos algunas de las cosas que estaba prohibido hacer en sábado: «No se puede llenar un cacharro de aceite y ponerlo al lado de una lámpara y meter la mecha en él.» « Si se apaga una lámpara el sábado para ahorrar lámpara o aceite o mecha, se comete pecado.» «Uno no puede salir el sábado con sandalias reforzadas con clavos.» (El peso de los clavos constituiría una carga, y el llevar cargas era quebrantar el sábado). Uno no podía cortarse las uñas, ni el pelo de la cabeza o de la barba. Estaba claro que a los ojos de una ley así, hacer barro era quebrantar el sábado.

(ii) Estaba prohibido curar en sábado. Se podía prestar atención médica solamente si la vida estaba en peligro; pero, aun entonces, tenía que limitarse a mantener vivo al paciente o evitar que se empeorara, sin hacer nada para mejorarle. Por ejemplo: uno que tuviera dolor de muelas no podía sorber vinagre entre los dientes. Estaba prohibido entablillar un miembro roto. « Si uno se disloca la mano o el pie, no le puede echar agua fría.» No cabía duda de que el que había nacido ciego no estaba en peligro de muerte, así es que Jesús quebrantó el sábado al curarle.

(iii) Estaba establecido específicamente: «En cuanto a la saliva de la mañana, no se permite ni ponerla en los párpados.»

Los fariseos eran el ejemplo típico de esas personas que, en cualquier generación, condenan a todos los que tienen una idea de la religión distinta de la suya. Pensaban que la suya era la única manera de servir a Dios. Pero había algunos entre ellos que pensaban de otro modo, y declaraban que nadie que hiciera las cosas que hacía Jesús podía ser un pecador.

Llevaron al que había estado ciego toda la vida, y le interrogaron. Cuando le preguntaron qué opinión tenía de Jesús, contestó sin la menor vacilación: para él, Jesús era un profeta. En el Antiguo Testamento, a un profeta se le sometía a prueba exigiéndole que realizara algún milagro. Moisés dio prueba al Faraón de que era un mensajero de Dios con las señales y maravillas que realizó *(Éxodo 4:1-17).* Elías demostró que era profeta del Dios verdadero haciendo cosas que los profetas de Baal no pudieron hacer *(1 Reyes* 18). No hay duda que el pensamiento de aquel hombre iba por este camino cuando dijo que no tenía la menor duda de que Jesús era un profeta.

Entre otras cosas, este hombre era un valiente. Sabía muy bien lo que los fariseos pensaban de Jesús. Sabía muy bien que, si se ponía de Su parte, le excomulgarían. Pero dio su testimonio y adoptó su postura. Era como si dijera: < Yo no tengo más remedio que creer en Él y que estar de Su parte, después de lo que ha hecho por mí.» En esto es un auténtico ejemplo para nosotros.

EL DESAFÍO A LOS FARISEOS

Juan 9:17-34

Ahora bien: *los judíos se negaban a creer que aquel hombre había estado ciego y había llegado a poder ver, hasta que llamaron a sus padres y los interrogaron:*

-¿Es éste vuestro hijo? ¿Y decís que nació ciego? Entonces, ¿cómo es que puede ver ahora?

-Estamos seguros de que éste es nuestro hijo, y sabemos que nació ciego; pero no sabemos cómo ha llegado a poder ver, ni Quién ha sido el Que le ha abierto los ojos. Preguntádselo a él, que ya es mayor de edad y puede responder por sí mismo.

Sus padres dijeron eso porque les tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya se habían puesto de acuerdo

en excomulgar de la sinagoga al que reconociera a Jesús como el Ungido de Dios. Por eso fue por lo que sus padres dijeron: < Ya es mayor de edad. Preguntádselo a él. »

Llamaron por segunda vez al que había estado ciego, y le dijeron:

-¡Da gloria a Dios! ¡Sabemos que ese Hombre es un pecador!

-Si es o no pecador, yo no lo sé -contestó el hombre-; yo lo único que sé es que antes estaba ciego, y ahora veo.

-¿Qué te hizo?-le preguntaron-. ¿Cómo te abrió los ojos?

-Ya os lo he dicho -les contestó-, y no habéis querido escucharme. ¿Por qué queréis que os lo vuelva a contar? ¿Es que queréis haceros Sus discípulos vosotros también?

Los judíos le lanzaron toda clase de insultos, y le dijeron:

-¡Su discípulo lo serás tú! ¡Nosotros no somos discípulos más que de Moisés! A Moisés sabemos que le habló Dios; pero Ése, no sabemos de dónde ha salido.

-¡Lo que es alucinante es que vosotros no tengáis ni idea de dónde ha salido, y a mí me abrió los ojos! Todo el mundo sabe que Dios no les hace caso a los pecadores; pero que, si una persona es piadosa y hace Su voluntad, a esa sí la escucha. Desde que el mundo es mundo no se había oído de nadie que le abriera los ojos a uno que hubiera nacido ciego. Si este Hombre no fuera de Dios, no podría haber hecho lo que ha hecho.

-¿Tú, que has nacido lleno de pecado de pies a cabeza, nos vas a enseñar a nosotros? -le replicaron. Y le mandaron que se fuera de allí.

No hay galería de retratos más gráfica que ésta en ninguna literatura. Con diestras y reveladoras pinceladas, Juan da vida ante nosotros a los distintos personajes.

(i) Está el ciego mismo. Empezó molestándose por la insistencia de los fariseos. «Vosotros diréis lo que queráis de este Hombre -les dijo-; yo lo único que sé es que me dio la vista.» Es el sencillo hecho de la experiencia cristiana que muchos creyentes puede que no sepan expresar en lenguaje teológico correcto lo que creen de Jesús, pero pueden testificar de lo que Jesús ha hecho por sus almas. Hasta cuando uno no puede entender con la inteligencia, sin embargo puede sentir con el corazón. Es mejor amar a Jesús que amar las teorías que se han formulado acerca de Su Persona.

(ii) Están los padres del ciego. Está claro que no querían colaborar, pero era porque tenían miedo. Las autoridades de la sinagoga disponían de un arma terrible, que era la excomunión, por la que se excluía de la sociedad del pueblo de Dios a una persona. Allá por los tiempos de Esdras, leemos un decreto que se promulgó diciendo que al que no obedeciera las órdenes de las autoridades, « se le confiscara toda la hacienda, y él mismo quedara excluido de la congregación» *(Esdras* 10:8). Jesús advirtió a Sus discípulos que sus nombres serían obliterados como cosa mala *(Lucas* 6:22). Les dijo que los expulsarían de las sinagogas *(Juan* 16:2). Muchos de los funcionarios de Jerusalén creían realmente en Jesús, «pero a causa de los fariseos no Le confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga» *(Juan* 12:42).

Había dos clases de excomunión. Una era la proscripción, el *jérem,* que suponía la expulsión de la sinagoga de por vida. En tal caso se le anatematizaba públicamente, maldiciéndole en presencia del pueblo y excluyéndole de Dios y de la sociedad. Había otra sentencia de excomunión que podía durar un mes u otro período establecido. Lo terrible de tal situación era que se apartaba a la persona, no sólo de la sinagoga, sino hasta de Dios. Por eso los padres de este hombre respondieron que su hijo ya era suficientemente mayor para dar testimonio ante la ley y cuenta de sí mismo. Los fariseos estaban tan envenenados de odio contra Jesús que estaban dispuestos a llegar a lo peor que han llegado las autoridades eclesiásticas algunas veces; es decir, a usar el procedimiento eclesiástico para hacer prevalecer sus propósitos.

(üi) Están los fariseos. En un principio no se habían creído que el hombre había estado ciego; es decir: que habían sospechado que aquello había sido un «milagro» amañado entre Jesús y él. Además, estaban al tanto de que la misma Ley reconocía que un falso profeta podría realizar falsos milagros para confirmar sus propios falsos fines *(Deuteronomio 13:1*5 advierte contra el peligro del falso profeta que realiza falsos milagros para apartar al pueblo tras dioses extraños). Así es que los fariseos empezaron por tener sospechas. De ahí pasaron a intimidar al hombre: «¡Da gloria a Dios! -le dijeron-. ¡Sabemos que ese Hombre es un pecador!» « ¡Da gloria a Dios!» era la frase que se usaba en los interrogatorios con el sentido de: «¡Di la verdad, en la presencia y en el nombre de Dios!» Cuando Josué interrogó a Acán acerca del pecado que había traído la derrota a Israel, le dijo: « ¡Hijo mío, da gloria al Señor Dios de Israel, y dale alabanza; y declárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras» *(Josué* 7:19).

Se pusieron furiosos porque no podían oponer nada al razonamiento del hombre, que estaba de acuerdo con la Escritura: «Jesús ha hecho una obra maravillosa; esto demuestra que Dios Le oye; Dios no oye nunca las oraciones de los malos; por tanto, Jesús no puede ser malo.» El hecho de que Dios no oye la oración de una mala persona es una de las ideas fundamentales del Antiguo Testamento. Hablando del hipócrita, dice Job: « ¿Oirá Dios su clamor cuando la tribulación viniere sobre él?» *(Job* 27:9). El salmista dice: «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» *(Salmo* 66:18). Isaías oye a Dios decirle al pueblo pecador: «Cuando extendáis vuestras manos -los judíos oraban con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba-, Yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo, cuando multipliquéis la oración, Yo no oiré; porque vuestras manos están llenas de sangre» (Isaías 1:15). Ezequiel dice del pueblo desobediente: «Aunque Me griten en los oídos, no los oiré» *(Ezequiel 8:18).* Por el contrario, creían que Dios oye siempre la oración de los que son buenos. «Los ojos del Señor están sobre los justos, y atentos Sus oídos al clamor de ellos» *(Salmo 34:15).* «Cumple el deseo de los que Le temen; oye asimismo el clamor de ellos y los salva» *(Salmo 145:19).* «El Señor está lejos de los impíos; pero Él oye la

oración de los justos» *(Proverbios 15:29).* El que había estado ciego hizo un razonamiento que los fariseos no podían contradecir.

Ante aquellas razones, fijaos lo que hicieron. Primero, le lanzaron toda clase de *improperios.* Luego pasaron a *insultarle,* acusándole de haber nacido en pecado, lo que equivalía a acusarle de pecado prenatal. Y en tercer lugar, recurrieron a las *amenazas*. Le dieron orden de que se marchara de su presencia; es decir que, como no le podían rebatir, le echaron.

A menudo tenemos diferencias con los demás, y es natural y hasta bueno que sea así. Pero cuando se llega a las ofensas, los insultos y las amenazas, la cosa deja de ser una discusión y se convierte en una contienda envenenada. Si nos enfadamos y recurrimos a las palabras ofensivas y a las amenazas violentas, demostramos que nuestras razones son extremadamente débiles e indefendibles.

REVELACIÓN Y CONDENACIÓN

Juan 9:35-41

Jesús se enteró de que habían expulsado al que había estado ciego; y cuando le halló le dijo:
-¿Crees en el Hijo del Hombre?
-Pero, ¿Quién es, Señor -Le preguntó el hombre, para que crea en ÉL?
-Ya Le has visto -le contestó Jesús-, y es el Que te está hablando ahora.

-¡Sí, Señor, creo! -Le contestó; y se arrodilló ante Él.
-Ha sido para juicio para lo que he venido a este mundo -dijo Jesús-, para que los que no ven puedan ver, y para que los que ven se queden ciegos.
Algunos de los fariseos que estaban con Jesús Le oyeron decir esto, y dijeron:
-¡No seremos nosotros *de esos ciegos!*
-Si fuerais ciegos -les contestó Jesús-, no tendríais culpa; pero, como presumís de ver muy bien, eso hace que sigáis siendo culpables.

Esta sección empieza con dos grandes verdades espirituales. (i) Jesús buscó al hombre. Como dijo Crisóstomo: «Los judíos le echaron del templo; pero, el Señor del Templo, le encontró.» Si el testimonio de cualquier cristiano le separa de sus semejantes, le acerca más a Jesucristo. Jesús es siempre leal con el que Le es leal.

(ii) Jesús mismo le reveló a este hombre Su verdadera identidad como Mesías. La lealtad nos conduce a la revelación; es a la persona que Le es leal a la que Jesús se revela más plenamente. El castigo del mundo por esa lealtad bien puede ser la persecución o el ostracismo; pero la recompensa de Dios es un caminar más íntimo con Cristo y un conocimiento más íntimo de Su maravillosa Persona.

Juan termina con dos de sus pensamientos característicos.

(i) Jesús vino a este mundo para juicio. Siempre que una persona se encuentra cara a cara con Jesús, obtiene un veredicto sobre sí misma. Si no ve en Jesús nada que desear,. nada que admirar, nada que amar, entonces se ha condenado a sí misma. Si ve en Jesús a Alguien admirable, Alguien a Quien responder, Alguien a Quien aspirar, entonces está en el camino hacia Dios. La persona que es consciente de su propia ceguera, que anhela ver mejor y conocer mejor, es la que puede recibir la vista y penetrar en mayores profundidades de la verdad. El que piensa que ya lo sabe todo, que no se da cuenta de que no puede ver, es el que es ciego de verdad, sin esperanza y sin posibilidad de ayuda. Sólo el que se da cuenta de su propia ceguera puede aprender a ver. Sólo el que se da cuenta de su propio pecado puede recibir el perdón.

(ii) Cuanto más conocimiento tenga una persona, más digna de condenación es cuando ve la bondad y no la reconoce. Si los fariseos se hubieran criado en la ignorancia, no se los habría podido condenar. Su condenación fue la consecuencia del hecho de que sabían tanto y presumían de ver tan bien, y sin embargo dejaron de reconocer al Hijo de Dios cuando vino a este mundo. La ley de que la responsabilidad es la otra cara del privilegio está escrita en la vida.

MÁS Y MÁS GRANDE

Juan 9

Antes de dar por terminado nuestro estudio de este capítulo maravilloso, haremos bien en leerlo otra vez, ésta de un tirón. Si lo leemos con cuidado y atención, veremos el más precioso progreso en el conocimiento de aquel hombre que había estado ciego hasta que se encontró con Jesús. Pasó por tres etapas, cada una más elevada que la anterior.

(i) Empezó llamando a Jesús *un hombre.* «Ese hombre que llaman Jesús me abrió los ojos» (versículo 11). Empezó por creer que Jesús era un hombre maravilloso. Jamás había conocido a nadie que pudiera hacer la clase de cosas que Jesús hacía e hizo con él; empezó por creer en Jesús como el más grande de los hombres.

Haremos bien en pensar de cuando en cuando en la grandeza única de la personalidad humana de Jesús. En la galería de los mayores héroes de la Historia, a Él corresponde el puesto supremo. En cualquier antología de las vidas más dignas de admiración, gratitud e imitación, la Suya debe ser la primera. En cualquier antología de la literatura y del pensamiento

universales, Sus parábolas y enseñanzas deben figurar en primer lugar. Shakespeare pone en boca de Marco Antonio dirigiéndose a Bruto:

> *Su vida fue gentil; sus cualidades en armonía tal en su persona, que la Naturaleza, a todo el mundo, bien puede proclamar: «¡Este fue un hombre!»*

No hay ni habrá jamás la menor duda de que de Quien esto se puede decir con innegable justicia es de Jesús.

(ii) De ahí pasó a llamar a Jesús *profeta.* Cuando le preguntaron su opinión en vista del hecho de que le había dado la vista, la respuesta del que había estado ciego fue: < Pues que es un profeta» (versículo 17). Un profeta es alguien que trae a las gentes el mensaje de Dios. < No cabe duda que el Señor Dios no hará nada sin revelarles Su plan secreto a Sus siervos los profetas» *(Amós 3:7).* Profeta es la persona que vive en comunión con Dios y ha penetrado en Sus consejos. Cuando leemos la sabiduría que hay en las palabras de Jesús, no podemos por menos de decir: < ¡Este es un Profeta! » Aunque otras cosas se puedan poner en duda, ésta es innegable: Si la humanidad siguiera las enseñanzas de Jesús, se resolverían todos los problemas personales, sociales, nacionales e internacionales. Si ha habido alguna vez un hombre que merezca ser llamado profeta, ese Hombre es Jesús.

(iii) Por último, el que había estado ciego llegó a confesar que Jesús era el *Hijo del Hombre,* es decir, el Mesías esperado. Llegó a la convicción de que las categorías humanas no eran suficientes para identificar a Jesús, y por eso Le rindió honores divinos. Napoleón estaba en una ocasión en una compañía en la que se encontraban algunos escépticos eminentes, y estaban hablando de Jesús. Algunos Le consideraban un gran hombre, y nada más. «Caballeros dijo Napoleón-, yo conozco a los hombres; y Jesucristo es más que un hombre.»

Una de las cosas maravillosas que pasan con Jesús es que, a medida que Le vamos conociendo más, nos parece más grande. El problema con muchas relaciones humanas es que a menudo, cuanto más conocemos a una persona, más fallos y debilidades le descubrimos. Pero con Jesús nos ocurre exactamente lo contrario: cuanto más Le conocemos, más maravilloso nos parece; y eso será cierto, no sólo en el tiempo, sino en la eternidad.

EL PASTOR Y SUS OVEJAS

Juan 10:1-6

> *Jesús dijo:*
> *-Esto que os digo es la pura verdad: El que no entra en el corral de las ovejas por la puerta, sino encaramándose por algún otro sitio, es un ladrón y un bandido. Pero el que entra por la puerta, ese sí es el pastor de las ovejas. A ese le abre el portero, y las ovejas le oyen hablar, y él llama a las que son suyas por sus nombres y las saca. Cuando ya ha sacado afuera todas las que son suyas, él va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque le conocen por la voz. Pero no seguirán a un extraño, sino más bien huirán de él; porque no reconocen la voz de los extraños.*
> *Cuando Jesús les contó esta parábola, ellos no sabían lo que les quería decir.*

No cabe duda de que la descripción de Jesús como el Buen Pastor es la más apreciada y conmovedora de la piedad cristiana. La figura del pastor está entretejida en el lenguaje y la imaginería de la Biblia. No podía ser de otra manera. La parte principal de Judea es la meseta central, que se extiende unos 50 kilómetros de Betel a Hebrón, con una anchura variable entre los 20 y los 25 kilómetros. El terreno es, en su mayoría, áspero y pedregoso. Judea era uri país mucho más pastoril que

agricultor; y era inevitable, por tanto, que la figura más frecuente y representativa de las tierras altas de Judea fuera la del pastor.

Su vida era muy dura. Nunca se vería un rebaño pastando sin pastor, y este no se podía distraer ni un momento. Como había poca hierba, las ovejas siempre iban deambulando; y, como no había vallas de protección, había que estar vigilando constantemente las ovejas. A los dos lados de la estrecha meseta, el terreno se precipitaba bruscamente hacia abajo, hacia los inhóspitos desiertos escarpados por los que las ovejas corrían constantemente peligro de perderse. La misión del pastor era, no sólo constante, sino peligrosa; porque, además, tenía que proteger el rebaño de los ataques de las fieras, especialmente los lobos,

y de las incursiones de ladrones y bandidos. Sir George Adam Smith, el geógrafo enamorado de Palestina, escribe: < Cuando te le encuentras -en algún cerro en el que aúllan por la noche las hienas, insomne, con la mirada acostumbrada a las lejanías, curtido a la intemperie, apoyado en el cayado y siguiendo con la mirada sus ovejas dispersas, con cada una de ellas en el corazón-,entiendes por qué el pastor de Judea se remontó hasta la cabeza en la historia de su pueblo; por qué dio su nombre a los reyes y se convirtió en un símbolo de la providencia; por qué Cristo le tomó como prototipo del sacrificio.» Constante vigilancia, intrépido valor, paciente amor a su rebaño, eran las cualidades características del pastor en el pueblo de Israel.

En el Antiguo Testamento, Dios se representa a menudo como pastor, y el pueblo como Su rebaño. < El Señor es mi Pastor; nada me faltará» *(Salmo 23:1).* «Condujiste a Tu pueblo como ovejas por mano de Moisés y Aarón» *(Salmo 77:20). « Y* nosotros, pueblo Tuyo y ovejas de Tu prado, Te alabaremos para siempre» *(Salmo 79:13). « Oh* Pastor de Israel, escucha; Tú que pastoreas como a ovejas a José» *(Salmo* 80:1). «Porque Él es nuestro Dios; nosotros, el pueblo de Su prado y ovejas de Su mano» *(Salmo 95:7).* «Pueblo Suyo somos, y ovejas de Su prado» *(Salmo 100:3).* El Mesías, el Ungido de Dios, también se representa como el Pastor de las ovejas. «Como pastor apacentará Su rebaño; en Sus brazos reunirá los corderos, y en Su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas» *Isaías 40:11).* «Pastoreará el rebaño del Señor fiel y justamente, y no dejará que ninguno de los Suyos tropiece en los pastos. Los guiará a todos correctamente» *(Odas de Salomón 17:45).* Los líderes y gobernadores del pueblo recibían el nombre de pastores. «¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de Mi rebaño!» *(Jeremías 23:1-4).* Ezequiel hace una tremenda denuncia de los falsos líderes que buscan su propio provecho en lugar del bienestar del rebaño. «¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos!» *(Ezequiel 34).*

Esta representación pasa al Nuevo Testamento. Jesús es el Buen Pastor. El es el Pastor que arriesga la vida para buscar y salvar la oveja perdida *(Mateo 18:12; Lucas 15:4).* Tiene compasión de la multitud porque Le parecen como ovejas sin pastor *(Mateo 9:36; Marcos 6:34).* Sus discípulos son Su rebañito *(Lucas 12:32).* Cuando Él, el Pastor, sea herido, las ovejas serán dispersadas *(Marcos 14:27, Mateo 26:31).* Él es el Pastor de las almas (1 *Pedro 2:25),* y el gran Pastor de las ovejas *(Hebreos 13:20).*

Lo mismo que en el Antiguo Testamento, los líderes de la Iglesia son los pastores, y los creyentes son el rebaño. El deber del líder es alimentar al rebaño del Señor, aceptar la responsabilidad de la supervisión de buena gana y no por obligación, cumplirla con interés y no por interés, no haciendo uso de su posición para avasallar al rebaño, sino siendo dechados de la grey (1 *Pedro 5:2-3).* Pablo exhorta a los ancianos de Éfeso a que se cuiden de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo los ha puesto de supervisores *(Hechos 20:28).* La última orden de Jesús a Pedro fue que alimentara a Sus ovejas y corderos *(Juan 21:15-19).* Así se consagró la palabra *pastor* como título y descripción de los servidores de la Iglesia.

Los judíos tenían una leyenda preciosa para explicar por qué Dios había escogido a Moisés como líder de Su pueblo.

«Cuando Moisés estaba apacentando las ovejas de su suegro en el desierto, un cabrito se escapó. Moisés lo siguió hasta que llegó a un arroyo donde lo encontró bebiendo. Entonces Moisés dijo: « ¿Conque te escapaste porque tenías sed? Ahora debes de estar cansado.» Y, en lugar de castigarlo, se lo puso sobre los hombros, y lo llevó así de vuelta al redil. Y entonces Dios dijo: «Porque has tenido compasión de un animal que pertenecía a otro hombre, tú guiarás a Mi pueblo Israel.»

La palabra *pastor* debe traernos a la mente la imagen de la vigilancia, paciencia y amor de Dios; y debe recordarnos nuestro deber para con nuestros semejantes, especialmente si tenemos alguna responsabilidad en la Iglesia de Cristo.

EL PASTOR Y SUS OVEJAS

Juan 10:1-6 (conclusión)

El pastor de Palestina tenía costumbres y maneras de hacer las cosas bastante parecidas a las de España y los países hispánicos, que vamos a detallar para obtener el sentido completo de esta alegoría.

Su equipo era bien sencillo. Tenía su *zurrón* -«bolsa grande de pellejo, que regularmente usan los pastores para guardar y llevar su comida u otras cosas», D.R.A.E.-. En él no llevaría corrientemente más que pan, higos secos, aceitunas y queso. Tenía su *onda,* que usaría con la destreza de los antiguos zurdos de Benjamín, que «tiraban una piedra con la onda a un cabello, y no erraban» *(Jueces 20:16).* El pastor usaba la onda como arma defensiva y ofensiva; pero también la empleaba para algo muy curioso. En Palestina no solían tener perros pastores; así que, cuando el pastor quería llamar a una oveja que se estaba extraviando, le lanzaba con la onda una piedra precisamente delante de las narices para advertirla de que tenía que darse la vuelta. El pastor tenía su *garrote* (R-V *vara),* palo recio y fuerte, con una protuberancia de madera en un extremo, a veces reforzada con clavos, y una hendidura en el asa por la que se pasaba una correa para colgárselo el pastor al cinturón. Era el arma con la que se defendía él y defendía su rebaño de las fieras y de los ladrones. Tenía su *cayado,* con el que podía prender y retener las reses que se le estuvieran desmandando. A la caída de la tarde, cuando las ovejas iban entrando en el redil, el pastor sostenía el garrote a la entrada, bien cerca del suelo, y todas las ovejas tenían que pasar por debajo *(Ezequiel 20:37; Levítico 27:32); y,* al pasar cada una, el pastor le hacía un repaso rápido para ver si tenía alguna herida o se había hecho daño en algún sitio.

La relación entre el pastor y las ovejas era muy íntima. En otros países, las ovejas se crían para carne; pero en Palestina era sobre todo para lana, lo que hacía que las mismas ovejas pasaran años con el mismo pastor, que las conocía a todas por sus nombres. A menudo los nombres eran descriptivos, como < Patanegra», «Rabolargo». El pastor iba delante, y las ovejas le seguían. El pastor tenía que pasar el primero para comprobar que el camino era seguro; y, a veces, había que animar a las ovejas para que le siguieran. Un viajero nos cuenta que vio a un pastor que llegó al vado de un torrente guiando a su rebaño. Las ovejas se resistían a seguirle, y él resolvió el problema llevando en brazos uno de los corderos. Cuando la oveja vio al cordero al otro lado, ella también cruzó, y pronto todo el resto del rebaño la había seguido.

Es totalmente cierto que las ovejas conocen y entienden la voz de un pastor oriental, y que no obedecen la voz de un extraño. H. V. Morton, el famoso autor de libros de viaje, hace una descripción maravillosa de la manera de hablar que tiene un pastor oriental con sus ovejas. «A veces les habla en una especie de sonsonete alto, usando un lenguaje extraño y distinto de nada que yo hubiera oído en la vida. La primera vez que oí ese lenguaje de ovejas y cabras me encontraba en las colinas detrás de Jericó. Un rebaño de cabras había bajado al valle y estaba empezando a escalar la colina del otro lado cuando el pastor se volvió y vio que se habían quedado atrás en una rica

maleza. Elevando la voz, se dirigió a sus cabras en un lenguaje que Pan usaría en las montañas de Grecia. Era fantástico, porque no tenía nada de humano. Las palabras eran sonidos animales dispuestos en un cierto orden. Inmediatamente se elevó un balido de respuesta por todo el rebaño, y una o dos de las cabras volvieron la cabeza hacia él, pero no obedecieron. El cabrero entonces les dirigió una sola palabra más e hizo una especie de relincho de risa. Inmediatamente, una cabra que llevaba un cencerro dejó de comer y, abandonando el rebaño, bajó la colina al trote, cruzó el valle e inició la ascensión por la otra ladera. El hombre, acompañado de aquel animal, echó a andar y desapareció detrás de una roca. Muy pronto se produjo una reacción de pánico en la manada. Se olvidaron de comer. Miraron hacia arriba en busca del pastor. Ya no estaba a la vista. Se dieron cuenta de que el líder del cencerro ya no estaba. De la distancia les llegó la extraña risita de llamada del cabrero, en respuesta a la cual todo el rebaño cruzó de estampía el fondo del valle y saltó a la colina tras él.» (H. V. Morton, *Tras las huellas del Maestro). W.* M. Thomson, en *La tierra y el libro,* cuenta la misma historia. « El pastor daba un chillido de vez en cuando para recordarles su presencia. Conocían su voz, y le seguían; pero, si era un extraño el que chillaba, se paraban en seco, levantaban la cabeza en señal de alarma y, si se repetía la llamaba, salían huyendo, porque no reconocían aquella voz. Hice la prueba varias veces.» Exactamente lo que nos dice Juan.

H. V. Morton cuenta una escena que presenció en una cueva cerca de Belén. Dos pastores habían refugiado sus rebaños allí durante la noche. ¿Cómo iban a separar ahora los rebaños?

Uno de los pastores se puso a cierta distancia, e hizo su llamada peculiar, que sólo sus ovejas conocían, y al poco tiempo tenía todo su rebaño reunido alrededor de sí, porque conocían su voz. No habrían ido a ningún otro, pero conocían la voz de su pastor. Un viajero del siglo XVIII nos cuenta que hasta se podía hacer bailar a las ovejas de Palestina de diferentes maneras al son del silbato o de la flauta que les tocaba su propio pastor.

Todos los detalles de la vida pastoril iluminan la alegoría del Buen Pastor, Cuyas ovejas oyen Su voz y Cuyo rebaño está constantemente a Su cuidado.

LA PUERTA DE LA VIDA

Juan 10:7-10

> *Entonces Jesús les dijo otra vez:*
> *-Lo que os digo es la pura verdad: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes no eran más que ladrones y bandidos; pero las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta. El que entre pasando por mí estará a salvo, y podrá entrar y salir y siempre encontrará pastos. El ladrón no viene más que para matar, y robar, y destruir; Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia.*

Los judíos no comprendieron el sentido de la historia del Buen Pastor, así es que Jesús, sencilla y claramente, se la aplicó a Sí mismo.

Empezó diciendo: « Yo soy la puerta.» En esta alegoría, Jesús habla de dos clases de refugios de ovejas. En los pueblos había corrales comunales donde se metían todos los rebaños de los vecinos cuando volvían a casa por la noche. Estaban protegidos por una puerta recia de la que solamente el portero tenía la llave. Era a esa clase de aprisco a la que se refería Jesús en los versículos 2 y 3. Pero, cuando el tiempo lo permitía y las ovejas no volvían por la noche al pueblo, se recogían en rediles al aire libre, que eran y son «apriscos cercados con un vallado de estacas y redes» (D.R.A.E.), con una abertura por la que entran y salen las ovejas; es decir, sin puerta propiamente

dicha. Lo que sucedía era que, por la noche, el mismo pastor se tumbaba o acurrucaba en la abertura de forma que ninguna oveja podía salir sin pasar por encima de su cuerpo. Literalmente: el pastor era la puerta.

Eso era lo que Jesús tenía en mente cuando dijo: «Yo soy la puerta.» A través de Él, y sólo a través de Él, podemos tener acceso a la presencia de Dios. «A través de Él -decía Pablotenemos entrada al Padre» *(Efesios 2:18). « Él* -escribe el autor de *Hebreos*- es el camino nuevo y vivo» *(Hebreos 10:20).* Jesús abre el camino hacia Dios. Hasta que vino Jesús, se podía pensar en Dios sólo -en el mejor de los casos- como un extraño, o -en el peor de los casos- como un enemigo. Pero Jesús vino para enseñarnos cómo es Dios, y para abrirnos el camino hacia El. No hay otra puerta por la que podamos tener entrada a la presencia de Dios.

Para describir algo de lo que quiere decir esa entrada a Dios, Jesús usa una frase hebrea bien conocida. Dice que, por Él, *podemos entrar y salir.* El poder ir y venir sin impedimento era la manera judía de describir una vida totalmente segura y a salvo. Cuando uno puede entrar y salir sin miedo en su casa o en su país, eso quiere decir que hay paz, que las fuerzas de la ley y del orden funcionan y que se goza de completa seguridad. El líder de la nación debe ser « el que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca» *(Números 27:17).* De la persona que es obediente a Dios se dice que será bendito en su entrar y bendito en su salir *(Deuteronomio 28:6).* Un menor de edad no sabe todavía entrar y salir (1 *Reyes 3:7).* El salmista está seguro de que Dios siempre guardará su salida y su entrada *(Salmo 121:8).* Una vez que descubrimos, por medio de Jesucristo, cómo es Dios, adquirimos un nuevo sentido de libertad y de seguridad. Si sabemos que nuestra vida está en las manos de un Dios así, las preocupaciones y los temores desaparecen.

Jesús dijo que los que habían venido antes eran ladrones y bandidos. Por supuesto que no se estaba refiriendo a la gran sucesión de los profetas y héroes, sino a los aventureros que surgían cada dos por tres en Palestina prometiéndoles a los que los siguieran una edad de oro. Todos esos pretendientes no eran en realidad más que terroristas. Creían que el pueblo tendría que vadear un río de sangre para entrar en la supuesta edad de oro. Por este tiempo, Josefo nos dice que hubo diez mil desórdenes en Judea, tumultos causados por hombres de guerra. Habla de hombres como los celotas a los que no les importaba morir ni matar a sus seres queridos si se podían hacer realidad sus esperanzas de conquista. Jesús está diciendo: «Ha habido hombres que pretendían ser líderes enviados de Dios. Su credo eran la guerra y el asesinato. Guiaban al pueblo cada vez más lejos de Dios. Mi camino es el de la paz, el amor y la vida; y, si lo queréis seguir, lleva cada vez más cerca de Dios.» Siempre ha habido, y habrá siempre, los que creen que hay que introducir la edad de oro por la violencia, la lucha de clases, la amargura y la destrucción. El mensaje de Jesús es que el único camino que conduce a Dios en el Cielo y a la edad de oro en la Tierra es el del amor.

Jesús Se presenta como el Que ha venido para que tengamos vida, y para que la tengamos en más abundancia. La frase griega para *tenerla en más abundancia* quiere decir *una superabundancia de algo.* Ser seguidor de Jesús, saber Quién es y lo que representa, es tener superabundancia de vida. Un soldado romano vino a Julio César para pedirle permiso para cometer suicidio. Era un pobre desgraciado y desanimado sin vitalidad. César le miró, y le dijo: «Pero hombre, ¿has estado vivo de veras alguna vez?» Cuando intentamos vivir nuestra propia vida, se nos hace aburrida y vacía. Cuando caminamos con Jesús, recibimos una nueva vitalidad, una superabundancia de vida. Es sólo cuando vivimos con Cristo cuando la vida vale la pena de veras y empezamos a vivir de verdad.

EL PASTOR AUTÉNTICO, Y EL FALSO

Juan 10:11-15

> *-Yo soy el Buen Pastor; un buen pastor da la vida por sus ovejas. El asalariado, que no es el pastor verdadero ni las oveja son realmente suyas, ve venir al lobo y abandona las ovejas y huye; y el lobo se apodera de ellas y las dispersa. El asalariado abandona las ovejas porque no es más que un asalariado, y las ovejas no le importan lo más mínimo. Yo soy el Buen Pastor, y conozco mis ovejas, y mis ovejas Me conocen a Mí, como el Padre Me conoce a Mí y Yo a Él. Y doy Mi vida por las ovejas.*

Este pasaje traza el contraste entre un buen pastor y un mal pastor, entre un pastor fiel y uno infiel. El pastor era en Palestina totalmente responsable de las ovejas. Si algo le sucedía a una, él tenía que demostrar que no había sido por su culpa. Amós habla del pastor que rescata dos patas o, aunque sólo fuera, la punta de una oreja, de la boca del león *(Amos 3:12).* La ley establecía: «Si le hubiere sido arrebatado por una fiera, se traerá testimonio» *(Éxodo 22:13).* El pastor tenía que traer una prueba de que la oveja había muerto, y de que él no había podido evitarlo. David le dijo a Saúl que, cuando estaba cuidando de las ovejas de su padre, tenía que pelear con leones y con osos *(1 Samuel 17:34-36).* Isaías habla de la cuadrilla de pastores que se reúne para enfrentarse con un león *(Isaías 31:4).* Para el pastor era la cosa más natural del mundo el tener que exponer su vida para defender su rebaño. Algunas veces tenía que hacer más que exponerla: la daba, tal vez frente a los ladrones y bandidos que atacaban el rebaño. El doctor W. M. Thomson, en *La tierra y el libro,* escribe: « He escuchado emocionado descripciones gráficas de verdaderas y sangrientas peleas con las fieras. Y cuando venían los ladrones o los bandidos, y es verdad que venían,

el pastor fiel tenía que jugarse la vida para defender su rebaño. He sabido de más de un caso en que el pastor tuvo que dar la vida literalmente en la pelea. Un pobre chico fiel la primavera pasada, entre Tiberíades y Tabor, en vez de huir, luchó contra tres ladrones beduinos hasta que le hirieron todo el cuerpo con sus *janyares y murió* entre las ovejas que estaba defendiendo.» El pastor auténtico no vacilaba nunca en arriesgar y aun dar su vida para salvar a sus ovejas de cualquier peligro que las amenazara.

Pero, por otra parte, había pastores no fiables. La diferencia era esta: el que era pastor de veras lo era de nacimiento. Salía con el rebaño tan pronto como podía cumplir con su deber. Las ovejas eran sus compañeras y amigas, y era para él como una segunda naturaleza el pensar en ellas antes que en sí mismo. Pero el pastor improvisado hacía el trabajo, no por vocación, sino como una manera de ganar dinero, y para sacar lo más posible. Puede que se echara al campo porque en el pueblo no tenía otro trabajo. No sentía ningún aprecio por la responsabilidad de su tarea. No era más que un asalariado.

Los lobos han sido siempre, y siguen siendo en muchos sitios, una amenaza terrible para el ganado. Jesús dijo de Sus discípulos que los enviaba como ovejas en medio de lobos *(Mateo 10:16);* Pablo advirtió a los ancianos de Éfeso que se introducirían lobos rapaces que no **tendrían compasión del rebaño** *(Hechos 20:29). Si* atacaban los lobos, el pastor asalariado no pensaba más que en salvar su propia vida, y huía. Zacarías señala como característica del falso pastor que no intenta reunir las ovejas dispersas *(Zacarías 11:16).* El padre de Carlyle usó una vez esta alegoría cáusticamente en cierta ocasión. En Ecclefechan tenían problemas con el pastor evangélico; y problemas de la peor especie, de los de dinero. El padre de Carlyle se levantó y dijo mordazmente: «¡Dadle su salario al asalariado, y que se vaya!»

Lo que Jesús quería decir era que el que trabaja sólo por lo que pueda sacar, no piensa más que en el dinero; pero el que trabaja por amor, piensa en aquellos a los que está tratando de servir. Jesús, el Buen Pastor que amaba tanto a Sus ovejas, daría un día Su vida para salvarlas.

Fijémonos en un par de puntos antes de dar por concluido el estudio de este pasaje. Jesús se describe a Sí mismo como el *Buen* Pastor. Ahora bien: en griego hay dos palabras que se traducen por *bueno.* Está la palabra *agathós,* que simplemente describe la cualidad moral de una persona o cosa que es buena; y está la palabra *kalós,* que añade a la bondad una cualidad encantadora que hace a la persona que la posee atractiva y simpática. Algunas veces decimos de alguien que es así que es *una bellísima persona;* no refiriéndonos, desde luego, a su aspecto físico y exterior, sino a esas otras cualidades -como la amabilidad, la voluntad de ayudar, la paciencia con las debilidades y aun con las ofensas que tiene que sufrir- que hacen que todo el mundo quiera ser amigo de esa persona. En este pasaje, cuando Jesús se describe como el *Buen* Pastor, la palabra que usa es *kalós.* En Él hay más que eficacia y fiabilidad: hay un encanto que cautiva el alma. En la figura de Jesús como el Buen Pastor se reflejan Su gracia y simpatía al mismo tiempo que Su fuerza y eficacia.

El segundo punto es el siguiente. En la parábola, el rebaño es la Iglesia de Cristo; y la amenaza un doble peligro. Siempre es probable que el enemigo aceche desde fuera: los lobos, los ladrones y los merodeadores; pero es igualmente probable que los problemas se produzcan en el interior, por los falsos pastores. La Iglesia corre un doble peligro. Siempre está bajo fuego enemigo desde fuera; pero a menudo sufre la tragedia de una mala dirección, del desastre de pastores que ven su vocación como una carrera y no como un camino de servicio. El segundo peligro es, con mucho, el peor de los dos; porque, si el pastor es fiel y bueno, se tiene una defensa fuerte frente a los ataques del exterior; pero, si el pastor es infiel y un asalariado, los enemigos del exterior se pueden introducir y hacerle mucho daño al rebaño. La primera necesidad esencial que tiene la Iglesia en todos los tiempos es una dirección pastoral que siga el ejemplo de Jesucristo.

LA UNIDAD DEFINITIVA

Juan 10:16

> *Pero también tengo otras ovejas que no son de este redil. A esas también debo traer para que oigan Mi voz; y todas llegarán a ser un solo rebaño, y habrá un solo Pastor.*

Una de las cosas más difíciles de desaprender es el exclusivismo. Una vez que a un pueblo, o a un grupo, se le mete en la cabeza que gozan de un privilegio especial, les es sumamente difícil reconocer que ese privilegio es en realidad patrimonio común de toda la humanidad. Eso es algo que los judíos no aprendieron nunca. Creían que eran el pueblo escogido de Dios, y que a Dios no Le importaban los demás pueblos. Creían que, en el mejor de los casos, los otros pueblos estaban destinados a ser sus esclavos; y, en el peor de los casos, a ser eliminados del programa general. Pero Jesús dice que llegará el día en que toda la humanidad Le conocerá como su Pastor. Aun en el Antiguo Testamento no faltan indicios de ese día. Isaías tuvo precisamente ese sueño. Estaba convencido de que Dios había hecho que Israel fuera *la luz de las naciones (Isaías* 42:6; 49:6; 51:4), y siempre hubo voces solitarias que insistieron en que Dios no era la propiedad exclusiva de Israel, sino que el destino de Su pueblo era darle a conocer a toda la humanidad. A primera vista parecería que el Nuevo Testamento contiene dos actitudes diferentes a este respecto; y algunos pasajes del Nuevo Testamento puede que nos sorprendan y turben un tanto. Según nos cuenta la historia Mateo, cuando Jesús envió a Sus discípulos les dijo: «No os dirijáis a los gentiles, ni entréis en ningún pueblo de los samaritanos, sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» *(Mateo* 10:5-6). Cuando la mujer sirofenicia

solicitó la ayuda de Jesús, Su primera respuesta fue que Él no había sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel *(Mateo* 15:24). Pero hay mucho que decir en el otro sentido. Jesús mismo se quedó algún tiempo y enseñó en Samaria *(Juan* 4:40); y declaró que ser descendiente de Abraham no era garantía de entrar en el Reino *(Juan* 8:39). Fue de un centurión romano de quien dijo que no había visto una fe semejante en Israel *(Mateo* 8:10); fue un leproso samaritano el único que volvió a darle las gracias *(Lucas* 17:15-19); fue el viajero samaritano el que dio muestras de una piedad que todos debemos tomar como ejem*plo (Lucas* 10:37); muchos vendrán a sentarse a la mesa en el Reino de Dios, del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, mientras que los que se creen < hijos del Reino» serán excluidos *(Mateo* 8:11-12; *Lucas* 13:28-30); la gran comisión fue al final salir a predicar el Evangelio a todas las naciones *(Marcos* 16:15; *Mateo* 28:19); Jesús no era sólo la luz de los judíos, sino la luz del mundo *(Juan* 8:12).

¿Cómo se explican los dichos que parecen limitar la obra de Jesús a los judíos? Es muy sencillo. El propósito *final* de Jesús era que todo el mundo fuera para Dios. Pero, cualquier general sabe que debe, en primera instancia, limitar sus objetivos. Si trata de atacar en todo un frente demasiado extenso, no hará más que desparramar sus fuerzas sin obtener ningún buen resultado. Para llegar a la victoria definitiva tiene que empezar por concentrar sus fuerzas en ciertos objetivos limitados. Eso fue lo que hizo Jesús. Si hubiera ido acá, allá y acullá, si hubiera mandado a Sus discípulos sin limitaciones en cuanto a la esfera de su trabajo, nada se habría logrado. De momento se concentró deliberadamente a la nación judía; pero su propósito definitivo era abarcar a todo el mundo con Su amor.

Hay tres grandes verdades en este versículo.

(i) Sólo en Jesucristo puede el mundo llegar a la unidad. Egerton Young fue el primer misionero que fue a los amerindios de más al Norte. En Saskatchewan fue a hablarles del amor de Dios. Para los indios era una nueva revelación. Cuando el misionero acabó su mensaje, el viejo jefe le dijo:

-Cuando estabas hablando del gran Espíritu, ¿es cierto que te oí decir «Nuestro Padre»?

-Sí, has oído bien -le contestó Egerton Young.

-Eso es muy nuevo y dulce para mí -dijo el jefe-. Nosotros no habíamos pensado nunca en el gran Espíritu como Padre. Le oíamos en el trueno; Le veíamos en los relámpagos y rayos, en la tormenta y en el huracán, y Le teníamos miedo. Así que, cuando nos dices que el gran Espíritu es *nuestro Padre,* nos resulta algo muy hermoso.

El anciano hizo una pausa y luego prosiguió, como si un destello de gloria hubiera brillado de pronto sobre él:

-Misionero, ¿dijiste que el gran Espíritu es *tu* Padre?

-Sí -respondió el misionero.

-Y -siguió el jefe-, ¿dijiste que es el Padre de los *indios?*

-Eso es lo que dije.

-Entonces -exclamó el viejo jefe, como si le hubiera amanecido una aurora de gozo indecible- *¡tú y yo somos hermanos!*

La única unidad posible para la humanidad se funda en el hecho de nuestra común filiación divina. En el mundo hay división entre nación y nación; dentro de la misma nación, entre clase y clase. No puede haber una sola nación; y no puede haber una sola clase. Lo único que puede derribar las barreras y borrar las diferencias es el Evangelio de Jesucristo, que nos incluye a todos bajo el manto de la paternidad universal de Dios.

(ii) En la Vulgata, la traducción latina de san Jerónimo, hay un error que ha pasado a algunas traducciones antiguas. Dice: «Habrá un aprisco y un pastor.» En eso ha basado la Iglesia Católica Romana su enseñanza de que fuera de ella no hay salvación. Pero la traducción verdadera que aparece en casi todas las traducciones modernas es: «Habrá un solo rebaño, un solo Pastor;» o aún mejor: «Llegarán a formar un solo rebaño y tendrán un solo Pastor.» En *«un* rebaño, y un Pastor», como aparece en Reina-Valera, *un* se podría tomar como artículo indeterminado, lo que permitiría suponer que puede haber otros pastores y rebaños. Por eso ponemos, como otras traducciones, *un* solo, ya que en griego la palabra que se usa es el numeral.

La unidad viene del hecho, no de que se obligue a todas las ovejas a entrar en el redil, sino de que todas oyen, responden y obedecen a un solo Pastor. No es una unidad eclesiástica; sino la unidad que viene de la común lealtad a Jesucristo. El hecho de que haya un solo rebaño no quiere decir que no pueda haber más que una sola iglesia, una sola manera de dar culto a Dios, un solo sistema de administración eclesiástica; pero sí quiere decir que las distintas iglesias están unidas en su común lealtad a Jesucristo.

(iii) Pero este dicho de Jesús es una llamada muy personal, porque es un sueño que cada uno de nosotros podemos ayudar a hacer realidad. Las personas no podrán oír si no hay un mensajero; las otras ovejas no podrán incorporarse a menos que vaya alguien a traerlas. Aquí se nos presenta la tremenda tarea misionera de la Iglesia. Y no debemos considerarla sólo en términos de lo que solíamos llamar las misiones *extranjeras.* Si sabemos de alguien aquí y ahora que está fuera del amor de Cristo, Se le podemos encontrar. El sueño de Cristo depende de nosotros; somos nosotros los que podemos ayudarle a hacer del mundo un solo rebaño, con El como único Pastor.

LA ELECCIÓN DEL AMOR

Juan 10:17-18

Por lo que Me ama el Padre es porque Yo entrego Mi vida para volverla a tomar. No es que nadie Me la quite; soy Yo el Que la entrego. Tengo pleno derecho a entregarla, y tengo pleno derecho a recuperarla. Estas son las instrucciones que he recibido de Mi Padre.

Hay pocos pasajes en el Nuevo Testamento que nos digan tanto como este acerca de Jesús en tan poco espacio.

(i) Nos dice que veía toda Su vida como un acto de obediencia a Dios. Dios Le había dado una tarea que cumplir, y Él estaba dispuesto a llevarla a cabo, aunque sabía que Le costaría la vida. Tenía una relación única y exclusiva con Dios que sólo podemos describir diciendo que era el Hijo de Dios. Pero esa relación no Le daba el derecho a hacer lo que Él quisiera; dependía de que hiciera siempre, costara lo que costara, lo que Dios quería. La filiación divina sólo podía basarse para El, como para nosotros, en la obediencia.

(ii) Nos dice que Jesús veía siempre la Cruz y la gloria como inseparables. Él no dudó nunca de que tenía que morir, e igualmente tampoco dudó nunca de que había de resucitar. La razón no era otra que Su confianza en Dios: estaba seguro de que Dios jamás Le abandonaría. La vida se basa en el hecho de que todas las cosas que valen la pena tienen un precio. Siempre se ha de pagar un precio para conseguirlas. La erudición se consigue solamente al precio del estudio; la habilidad en el arte o la técnica sólo se puede adquirir al precio de la práctica; la eminencia en cualquier deporte sólo se logra mediante el entrenamiento y la disciplina. El mundo está lleno de personas que han perdido su destino porque no quisieron pagar el precio. Nadie puede entrar en la gloria y la grandeza escogiendo siempre el camino más fácil; nadie puede dejar de encontrarlas si está dispuesto a seguir el camino difícil.

Se dice que en la Primera Guerra Mundial había un joven soldado francés que estaba herido de gravedad. Tenía un brazo tan destrozado que hubo que amputárselo. Era un ejemplar tan magnífico de humanidad joven que el cirujano se sentía apesadumbrado de que tuviera que quedarse manco para el resto de la vida. Esperó al lado de la cama del soldado para darle la mala noticia cuando despertara de la anestesia. Cuando el joven abrió los ojos, el cirujano le dijo:

-Siento mucho decirte que has perdido el brazo.

-No lo he perdido -le contestó el soldado-. ¡Lo he dado por Francia!

Jesús no se encontró irremisiblemente enredado en un cúmulo de circunstancias de las que no se podía librar. Aparte de la ayuda sobrenatural que habría podido solicitar, está claro que hasta el final habría podido volverse atrás y salvar la vida. No la perdió, sino la entregó. No se Le impuso la Cruz: la aceptó voluntariamente... por nosotros.

0 LOCO, 0 HIJO DE DIOS

Juan 10:19-21

De nuevo se produjo una división de opiniones entre los judíos por causa de las últimas palabras de Jesús. Muchos de ellos decían:

-¡Es un poseso y un loco! ¿Por qué le hacéis caso?

-Las cosas que dice no son de poseso -decían otros-. ¿Cómo va a poder abrir los ojos de los ciegos uno que esté dominado por un espíritu malo?

Los que escucharon a Jesús en aquella ocasión se enfrentaron con el dilema que sigue presentándosenos a todos desde entonces. O Jesús era un loco megalómano, o era el Hijo de Dios. No hay escapatoria: si uno habla de Dios y de sí mismo de la manera que habló Jesús, o está totalmente engañado o está totalmente en lo cierto. Las afirmaciones que hizo Jesús sólo podrían querer decir locura o divinidad. ¿Cómo podemos llegar a la seguridad de que estaban justificadas y no eran la fantasía más grande del mundo y de la Historia?

(i) Las palabras de Jesús no son las de un loco. Podríamos citar a innumerables testigos que nos confirmarían que las enseñanzas de Jesús son la suprema salud mental y total. Pensadores y pensadoras de todas las generaciones han considerado la enseñanza de Jesús la única esperanza de cordura para un mundo desquiciado. La Suya es la única voz que habla con verdadero sentido en medio de la barahúnda de todos los engaños humanos.

(ii) Las obras de Jesús no son las de un loco. Sanó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, consoló a los tristes. La locura de la megalomanía es esencialmente egoísta. No busca nada más que su propia gloria y prestigio. Pero Jesús Se pasó la vida haciendo cosas, y viviendo -y muriendo- por los demás. Como dijeron algunos de los mismos judíos, un loco no puede abrir los ojos de los ciegos.

(iii) El efecto que causa Jesús no es el que produce un loco. El hecho indiscutible es que el poder de Jesús ha transformado millones y millones de vidas. Los débiles se han vuelto fuertes, los egoístas se han vuelto generosos, los derrotados se han

vuelto triunfadores, los angustiados se han vuelto serenos, los malos se han vuelto buenos. No es la locura lo que produce tales cambios, sino la prudencia y la sabiduría.

La elección sigue abierta: Jesús, o loco o divino. Ninguna persona sincera puede estudiar la evidencia y llegar a ninguna otra conclusión sino la de que Jesús trajo al mundo, no una loca fantasía, sino la perfecta cordura de Dios.

LA PRESENTACIÓN Y LA PROMESA

Juan 10:22-28

> *En Jerusalén se estaba celebrando la fiesta de la Dedicación. Hacía un tiempo invernal, y Jesús estaba paseando por el recinto del templo, en el pórtico de Salomón. A eso los judíos Le rodearon, y Le preguntaron:*
>
> *-¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si eres de veras el Ungido de Dios, dínoslo claro de una vez.*
>
> *-Ya os lo he dicho -contestó Jesús-, y no me habéis creído. Las obras que Yo hago en nombre de Mi*
>
> *Padre son Mis evidencias. Pero vosotros no creéis porque no sois del número de Mis ovejas. Mis ovejas oyen Mi voz, y Yo las conozco, y ellas Me siguen. Y Yo les doy la vida eterna, y nunca jamás perecerán, ni Me las podrá arrebatar nadie de la mano.*

Juan empieza por darnos la fecha y el lugar de esta discusión. La fecha fue la fiesta de la Dedicación, la última que se fundó de las grandes fiestas judías. Algunas veces se la llamaba la fiesta de las Luces. Su nombre hebreo es *Januká.* Se celebra el 25 del mes judío de kislev, que corresponde a nuestro diciembre. Caía, pues, esta fiesta hacia la Navidad cristiana, y los judíos la siguen celebrando universalmente.

El origen de la fiesta de la Dedicación se remonta a uno de los períodos de mayor tribulación y heroísmo de la historia judía. Hubo un rey de Siria llamado Antíoco Epífanes, que reinó de 175 a 164 a.C. Estaba enamorado de todo lo griego. Decidió eliminar la religión judía de una vez para siempre e introducir en Palestina la vida, el pensamiento, la religión y los dioses griegos. A1 principio trató de hacerlo pacíficamente. Algunos judíos aceptaron las ideas y formas nuevas, pero la mayoría se mostró resueltamente fiel a la fe ancestral.

En 170 a.C. se produjo la terrible crisis. Ese año, Antíoco atacó a Jerusalén. Se dijo que perecieron 80,000 judíos, y otros tantos fueron vendidos como esclavos. Se robaron 1,800 talentos -un talento eran 21,600 gramos de plata- del tesoro del templo. El tener un ejemplar de la Torá -el Pentateucoo el circuncidar a un niño se castigaba con la muerte; a las madres que circuncidaban a sus hijos las crucificaban con sus niños colgándoles del cuello. Los atrios del templo fueron profanados; se convirtieron sus cámaras en prostíbulos; y, para colmo, Antíoco llegó hasta a dedicar el gran altar de los holocaustos a Zeus Olímpico, y a ofrecer sobre 61 sacrificios de puercos a los dioses griegos.

Fue entonces cuando Judas Macabeo y sus hermanos emprendieron su épica lucha por la libertad. En 164 a.C. se ganó la guerra definitivamente; y ese mismo año se limpió y purificó el templo. Se reconstruyó el altar y se repusieron las túnicas y los objetos del culto después de tres años de contaminación. Para conmemorar la purificación del templo se instituyó la fiesta de la Dedicación. Judas Macabeo decidió que «los días de la dedicación del altar se habían de celebrar en su tiempo de año en año, por espacio de ocho días, desde el día 25 del mes de kislev, con gozo y alegría» *(1 Macabeos* 4:59). Por esa razón esta fiesta se llamaba a veces de la *Dedicación del Altar, y otras Memorial de la Purificación del Templo.*

Pero, como ya hemos visto, aún tenía otro nombre: el de la fiesta de las Luces. Se instalaban grandes iluminaciones en el templo, y también en todos los hogares. En la ventana de todas las casas judías se ponían luces. Según Shammai, se ponían ocho luces en las ventanas, y cada día se quitaba una hasta dejar sólo una el último día. Según Hillel, el primer día se encendía una sola, y cada día se añadía una más hasta tener ocho el último día. Todavía podemos ver estas luces en los hogares de los judíos practicantes hasta el día de hoy.

Estas luces tenían dos significados. El primero era como recordatorio de que la luz de la libertad había vuelto a brillar en Israel. El segundo se remontaba a una leyenda muy antigua. Se decía que, cuando se purificó el templo y se volvió a encender el candelabro de los siete brazos, sólo se pudo encontrar una vasijita de aceite sin contaminar. Esta vasija se había mantenido intacta y con el sello del anillo del sumo sacerdote. Por su capacidad material, no contenía aceite nada más que para mantener las lámparas encendidas un día; pero, milagrosamente, hubo suficiente para los ocho, hasta que se acabó de preparar otro aceite según la fórmula correcta y se consagró para su uso santo. Por eso brillaban las luces en el templo y en los hogares ocho días en memoria de la vasija que Dios hizo que durara ocho días en vez de uno solo.

No carece de significado el hecho de que debe de haber sido cerca de esas fechas cuando Jesús dijo: « Yo soy la Luz del mundo.» Cuando se encendían todas aquellas luces para conmemorar la libertad recuperada para dar culto a Dios conforme a la conciencia y tradición de Israel, Jesús dijo: «Yo soy la Luz del mundo; sólo Yo puedo iluminar el camino que conduce al conocimiento y a la presencia de Dios.»

Juan también nos menciona el lugar en que se produjo esta discusión: el pórtico de Salomón. El primer atrio del templo era el de los Gentiles. A sus dos lados había una columnata magnífica que se llamaban el pórtico de Salomón y el pórtico Real. Eran hileras de columnas impresionantes, de 12 metros de altura, con un techo encima. La gente acudía allí para orar o meditar; y los rabinos solían pasear por allí, hablando con sus alumnos y explicando las doctrinas de la fe. Jesús también iba andando por allí porque, como nos detalla Juan con un toque pictórico, «hacía un tiempo invernal.»

LA PRESENTACIÓN Y LA PROMESA

Juan 10:22-28 (conclusión)

Cuando Jesús estaba paseando por el pórtico de Salomón, se le acercaron los judíos. «¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? -Le dijeron-. Dínoslo claro de una vez: ¿eres o no eres el Ungido prometido de Dios?»

Detrás de esa pregunta había dos actitudes mentales. Había algunos que genuinamente querían saberlo, y esperaban anhelantes la respuesta. Pero había otros que, sin duda, usaban aquella pregunta como una trampa. Querían inducir engañosamente a Jesús a que hiciera una declaración que se pudiera tergiversar, ya fuera para convertirla en un delito de blasfemia aceptable para sus tribunales, o en una acusación de insurrección de la que se encargaría el gobernador romano.

La respuesta de Jesús fue que ya les había dicho Quién era. Es verdad que no lo había dicho con todas sus letras; porque, según nos cuenta la historia Juan, Jesús había presentado Sus credenciales en privado. A la Samaritana Se le había revelado como el Mesías *(Juan 4:26), y al* que había nacido ciego, como el Hijo del Hombre *(Juan 9:37).* Pero hay algunas declaraciones que no hay por qué hacer de palabra, especialmente a una audiencia cualificada para percibirlas. Había dos cosas acerca de Jesús que Le colocaban más allá de toda duda, las expresara con palabras o no. La primera eran Sus *obras.* Había sido la visión de la edad de oro que había tenido Isaías: «Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se destaparán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará de gozo la lengua del mudo» *(Isaías 35:5-6).* Cada uno de los milagros de Jesús era una prueba de que había venido el esperado Mesías. La segunda eran Sus *palabras.* Moisés había anunciado que Dios levantaría a un Profeta al Que el pueblo tendría que oír *(Deuteronomio 18:15).* El mismo acento de autoridad con que hablaba Jesús, la manera regia en que abrogó la antigua ley y puso en su lugar Sus enseñanzas, eran una prueba fehaciente de que Dios hablaba por medio de Él. Las palabras y las obras de Jesús eran una demostración de que El era el Ungido de Dios.

Pero la inmensa mayoría de los judíos no habían aceptado esas pruebas. Como hemos visto, las ovejas de Palestina conocían la llamada especial de su propio pastor, y la obedecían; esos no eran del rebaño de Jesús. En el Cuarto Evangelio subyace la doctrina de la predestinación. Las cosas suceden siempre como Dios las había programado. Juan está diciendo realmente que aquellos judíos estaban predestinados para no seguir a Jesús. De una manera o de otra todo el Nuevo Testamento mantiene en equilibrio dos ideas aparentemente opuestas: el hecho de que todo sucede conforme al propósito de Dios y, al mismo tiempo, que la libertad humana es responsable. Esos judíos se habían hecho a sí mismos tales que estaban predestinados para no aceptar a Jesús; y sin embargo, según Juan, eso no los hace en nada menos condenables.

Pero, aunque la mayoría no aceptaron a Jesús, algunos sí; y a ellos Jesús les prometió tres cosas.

(i) Les prometió *la vida eterna.* Les prometió que, si Le aceptaban como Maestro y Señor, si llegaban a ser de Su rebaño, toda la pequeñez de la vida terrenal se pasaría, y conocerían la gloria y la magnificencia de la vida de Dios.

(ii) Les prometió *una vida que no tendría fin.* La muerte no sería el fin, sino un nuevo principio; conocerían la gloria de una vida indestructible.

(iii) Les prometió *una vida segura.* Nada los podría arrebatar de Su mano. Eso no quería decir que no experimentarían la aflicción, el sufrimiento y la muerte; sino que, en los más dolorosos momentos y en las horas más oscuras se darían cuenta de que los brazos eternos estarían sosteniéndolos y rodeándolos. Aun en un mundo que se precipita al desastre experimentarían la serenidad de Dios.

CONFIANZA INALTERABLE
Y SEGURIDAD INCONMOVIBLE

Juan 10:29-30

> *-Mi Padre, Que es Quien Me las ha dado, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano del Padre. El Padre y Yo somos una sola cosa.*

Este pasaje presenta a la misma vez la confianza inalterable y la seguridad inconmovible de Jesús.

Su confianza veía el origen de todas las cosas en Dios. Jesús acababa de hablar de Sus ovejas y de Su rebaño; acababa de decir que nada ni nadie Le podría arrebatar de la mano Lo que era Suyo, que Él es el Buen Pastor que mantendrá siempre a salvo a sus ovejas. A primera vista, y si Jesús no hubiera dicho nada más que esto, habría parecido que ponía Su confianza en Su propio poder para defender lo Suyo. Pero ahora vemos el otro lado de la moneda: es Su Padre el Que Le ha dado esas ovejas, y tanto Él como Sus ovejas están en la mano de Su Padre. Jesús tenía aquella seguridad inconmovible porque tenía una confianza inalterable en Su Padre. Su actitud ante la vida no dependía de Su confianza en Sí mismo, sino de Su confianza en Dios. Estaba seguro, no de Su propio poder, sino del de Su Padre. Estaba tan convencido de Su seguridad y de Su victoria definitiva, no porque Se atribuyera a Sí mismo todo el poder, sino porque Se lo atribuía a Dios.

Y ahora llegamos a la suprema afirmación: « Yo y el Padre somos una sola cosa,» dijo Jesús. ¿Qué quería decir? ¿Es un misterio absoluto, o podemos entender por lo menos un poquito de ello? ¿Estamos abocados a interpretarlo en términos de esencia e hipóstasis y todas las demás ideas metafísicas y filosóficas con las que se debatieron los autores de los credos? ¿Tiene uno que ser un teólogo o un filósofo para captar aunque sólo sea un fragmento del sentido de esta tremenda afirmación?

Si vamos a la misma Biblia en busca de interpretación, encontramos que es, de hecho, tan sencillo que la mente más sencilla lo puede comprender. Vayamos al capítulo 17 del evangelio de Juan, que nos transcribe la oración de Jesús por Sus seguidores antes de ir a Su muerte: «Padre santo, manténlos en Tu nombre a los que Me has dado, *para que sean una sola cosa, como lo somos Nosotros» (Juan 17.11)*. Jesús concebía la unidad de los cristianos unos con otros como la misma que había entre Él y Dios. En el mismo pasaje añade: « No oro solamente por estos, sino también por los que crean en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean una sola cosa; como Tú, Padre, lo eres en Mí, y Yo en Ti, que también ellos lo sean en Nosotros, para que el mundo crea que Tú Me has enviado. La gloria que Me has dado les he dado, para que sean una sola cosa como Nosotros somos una sola cosa» *(Juan* 17: 20-22). Jesús está diciendo sencillamente y con una claridad que nadie puede dejar de comprender que la finalidad de la vida cristiana es que los cristianos sean una sola cosa como Él y el Padre son una sola cosa.

¿Cuál es la unidad que debe existir entre cristiano y cristiano? Su secreto es *el amor.* «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; que, como Yo os he amado, así os améis unos a otros» *(Juan* 13:34). Los cristianos son una sola cosa porque se aman; de la misma manera que Jesús es una sola cosa con Dios porque Le ama.

Pero podemos ir más adelante. ¿Cuál es la única prueba del amor? Vayamos otra vez a las palabras de Jesús. « Si cumplís Mis mandamientos, permaneceréis en Mi amor; precisamente como Yo he cumplido los mandamientos de Mi Padre, y permanezco en Su amor» *(Juan* 15:10). « La persona que Me ame, obedecerá Mi palabra» *(Juan* 14:23-24). «Si Me amáis, cumpliréis Mis mandamientos» *(Juan* 14:15). « El que tiene Mis mandamientos y los cumple, ese es el que Me ama» *(Juan* 14:21).

Aquí está la quintaesencia del asunto. El vínculo de la unidad es el amor, y la prueba del amor es la obediencia. Los cristianos son una sola cosa unos con otros cuando se mantienen unidos por el amor y obedecen las palabras de Cristo. Jesús era una sola cosa con Dios porque Le amaba y obedecía como ningún otro. Su unidad con Dios fue la unidad del perfecto amor manifestado en la obediencia perfecta.

Cuando Jesús dijo: « Yo y el Padre somos una sola cosa,» no se estaba moviendo en el mundo de la filosofía y de las abstracciones, sino en el de las *relaciones personales.* Nadie puede entender de veras lo que quiere decir una frase como «una unidad de esencia»; pero cualquiera puede entender lo que es la unidad de corazón. La unidad de Jesús con Dios venía del perfecto amor y la perfecta obediencia. Jesús era una sola cosa con Dios porque Le amaba y obedecía perfectamente; y vino a este mundo para hacernos lo que Él es.

PROPONIENDO LA PRUEBA DEL FUEGO

Juan 10:31–39

Los judíos volvieron a coger piedras para apedrearle. Pero Jesús les dijo:

-Os he mostrado muchas obras maravillosas, que procedían de Mi Padre. ¿Por cuál de ellas tenéis intención de apedrearme?

No es por ninguna obra maravillosa por lo que estamos decididos a apedrearte -Le contestaron-, sino por blasfemar contra Dios. Porque Tú, no siendo más que un hombre, Te haces Dios.

-¿No está escrito en vuestra Ley -les contestó Jesús- «Yo dije: Vosotros sois dioses»? Si Él llamó dioses a aquellos a los que había venido la Palabra de Dios (y la Escritura no se puede contradecir), ¿vais a decir de Mí, a Quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, que estoy blasfemando contra Dios porque dije: Soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de Mi Padre, no Me creáis; pero si las hago, aunque no Me creáis a Mí, creed alas obras, para que conozcáis y reconozcáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre.

Otra vez trataron de apoderarse de Él por la violencia, pero Él se les escapó de las manos.

Para los judíos, la afirmación de Jesús de que Él y el Padre eran una misma cosa era blasfemia. Era invadir una persona humana el lugar que sólo correspondía a Dios. La ley judía establecía la pena de lapidación por el pecado de blasfemia. « El que blasfemare el nombre del Señor, ha de ser muerto; toda la congregación le apedreará» *(Levítico 24:16).* Así es que empezaron a prepararse para apedrear a Jesús. El texto original quiere decir que se pusieron a recoger piedras para lanzárselas. Jesús arrostró su hostilidad con tres razones.

(i) Les dijo que había estado haciendo obras maravillosas todo el tiempo: sanando a los enfermos, alimentando a los hambrientos y consolando a los afligidos; obras tan llenas de benevolencia, poder y belleza que no podían venir sino de Dios. ¿Por cuál de todas ellas Le querían apedrear? Y ellos respondieron que no era por nada de lo que había hecho, sino por lo que pretendía ser.

(ii) Pretendía ser el Hijo de Dios. Para resistir su ataque, Jesús usó dos razonamientos. El primero era típicamente judío, por lo que nos cuesta entenderlo. Jesús citó el *Salmo 82:6,* que es una advertencia a los jueces injustos para que abandonen los malos procedimientos y defiendan a los pobres y a los inocentes. La exhortación acaba: «Yo digo: Sois dioses, hijos del Altísimo todos vosotros.» El juez es un delegado de Dios para ser un dios para el pueblo. Esta idea se descubre claramente en algunas de las disposiciones del *Éxodo. Éxodo 21:1-6* dice que el siervo hebreo es libre al séptimo año, a menos que quiera seguir como siervo el resto de su vida. La versión Reina-Valera pone en el versículo 6: «Entonces su amo le llevará ante los *jueces.»* Pero, en hebreo, la palabra que se traduce por *jueces* es realmente *elóhim,* que quiere decir Dios o *dioses.* La misma forma de expresión se usa en *Éxodo 22:9, 28.* Hasta la Escritura llamaba dioses a las personas especialmente comisionadas por Dios para ciertas tareas. Entonces Jesús dice: « Si la Sagrada Escritura puede hablar así acerca de ciertos hombres, ¿por qué no puedo hablar Yo así acerca de Mí?»

Jesús afirmaba dos cosas acerca de Sí mismo. *(a)* Que Dios *Le había consagrado* para una tarea especial. La palabra para *consagrar* es *haguiazein,* el verbo correspondiente al adjetivo *haguios,* que quiere decir *santo.* (Reina-Valera, *santificar).* Esta palabra contiene la idea de que la persona, lugar o cosa a los que se aplica, son diferentes de los demás, precisamente porque Dios los ha apartado para un uso o propósito distinto y, por tanto, Le pertenecen de una manera especial. Así, por ejemplo, el sábado es *santo (Éxodo 20:11),* el altar es *santo (Levítico 16:19),* los sacerdotes son *santos (2 Crónicas 26:18),* el profeta es *santo (Jeremías 1:5).* Cuando Jesús dijo que Dios *Le había consagrado,* Le había hecho *santo,* quería decir que Le había apartado de los demás seres humanos, porque Le había asignado una tarea especial, y Él lo sabía. (b) Que Dios *Le había comisionado* y enviado al mundo. La palabra que se usa es la que se usaría para enviar un mensajero o un embajador o un ejército. Jesús no pensaba simplemente que *había venido* al mundo, sino que *había sido enviado* al mundo. Su venida había sido una acción de Dios; y Él había venido para hacer la tarea que Dios Le había encargado.

Así es que Jesús quena decir: < En el pasado, la Escritura podía llamar dioses a los jueces, porque eran comisionados por Dios para traer Su verdad y justicia al mundo. Ahora, Yo he sido separado para una tarea especial, y he sido comisionado por Dios para venir al mundo. ¿Cómo podéis objetar a que Me llame Hijo de Dios? No digo nada más que lo que dice la Escritura.» Este es uno de esos razonamientos bíblicos cuya fuerza nos resulta difícil de captar, pero que sería absolutamente irrefutable para los rabinos judíos.

(iii) Jesús prosiguió proponiendo la prueba del fuego. < No os pido -les dijo realmente- que aceptéis Mi palabra. Os pido que aceptéis Mis obras.» Se pueden discutir las palabras, pero no las obras. Jesús es el Maestro perfecto porque no basa Su autoridad en lo que dice, sino en lo que hace. Lo que proponía a los judíos era que basaran su veredicto sobre Él, no en lo que decía, sino en lo que hacía; y esa es la prueba del fuego que Sus seguidores deben estar dispuestos a aceptar y proponer. La pena es que sean tan pocos los que la resistan, y aún menos los que la propongan.

LA PAZ QUE PRECEDE A LA TORMENTA

Juan 10:40-41

Jesús se marchó al otro lado del Jordán, al sitio donde Juan solía bautizar al principio, y Se quedó allí. Mucha gente vino adonde Él estaba, y decían:
-Juan no hizo ninguna señal; pero todo lo que dijo de este Hombre ha resultado verdad.
Y muchos creyeron en Él entonces.

A Jesús se Le iba acabando el tiempo; pero Él conocía Su hora. No desafiaba el peligro ni se jugaba la vida temerariamente; ni evitaba cobardemente el peligro para conservar la vida. Pero anhelaba la tranquilidad antes del combate definitivo. Siempre se preparaba para enfrentarse con los hombres encontrándose antes a solas con Dios. Para eso se retiró al otro lado del Jordán. No era una evasión. Estaba sólo preparándose para la contienda final.

El lugar al que se dirigió es sumamente significativo. Se fue al lugar en que Juan había bautizado a los que venían a él y recibían su mensaje, donde Jesús mismo había sido bautizado. Allí había sido donde había escuchado la voz de Dios, que Le

aseguraba que había hecho la debida decisión y escogido el camino correcto. Es absolutamente recomendable y loable el volver de cuando en cuando al punto en el que se han experimentado las realidades más significativas y se han hecho las decisiones más definitivas de la vida. Cuando Jacob parecía tenerlo todo en contra, volvió a Betel *(Génesis 35:1-5)*. Cuando sintió la necesidad de Dios, volvió al lugar en el que se había encontrado con Él de veras por primera vez. A menudo nos haría un bien tremendo al alma el volver en peregrinación espiritual al lugar en que nos encontramos con el Señor por primera vez.

Jesús, antes de llegar al final de Su misión terrenal, volvió al lugar que había sido Su punto de partida. Pero también allí, al otro lado del Jordán, los judíos vinieron a Él, y también ellos se acordaron de Juan. Recordaban que les había hablado con palabras de profeta, pero no había hecho ninguna obra maravillosa. Se dieron cuenta de que había una gran diferencia entre Juan y Jesús. A la proclama poderosa de Juan, Jesús había añadido la manifestación del poder de Dios. Juan había diagnosticado correctamente la situación, pero Jesús había aportado el poder para remediarla. Aquellos judíos habían reconocido que Juan era un profeta; ahora se daban cuenta de que todo lo que Juan había anunciado acerca de Jesús se había confirmado; y, en consecuencia, muchos de ellos creyeron.

Sucede a menudo que una persona a la que se le pronosticaba un futuro glorioso y que encarnaba las esperanzas de mucha gente, acaba desmintiendo aquellos pronósticos y frustrando aquellas esperanzas. Pero Jesús era aún mayor de lo que Juan había anunciado. Jesús es la única Persona que jamás defrauda a los que esperan en Él. En Él, todos los sueños se hacen realidad, pero El es más que todos los mejores sueños.

DE CAMINO A LA GLORIA

Juan 11:1-5

> *Hubo un tal Lázaro, que procedía de Betania, la aldea donde vivían María y su hermana Marta, que se puso enfermo. María fue la que ungió al Señor con un ungüento aromático y le secó los pies con sus cabellos; y el que se puso enfermo era su hermano Lázaro. Así es que las hermanas Le enviaron recado a Jesús en estos términos: «Señor, fíjate: el que amas está enfermo.»*
>
> *Cuando Jesús recibió el mensaje, dijo:*
>
> *-Esta enfermedad no va a resultar fatal; más bien ha sucedido por causa de la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por este medio.*
>
> *Jesús amaba a Marta, y a su hermana, y a Lázaro.*

Una de las cosas más preciosas del mundo es tener una casa y un hogar al que uno puede ir en cualquier momento, y encontrar descanso y comprensión y paz y amor. Eso era doblemente cierto en el caso de Jesús, porque Él no tenía un hogar suyo propio; no tenía donde reclinar la cabeza *(Lucas* 9:58). En el hogar de Betania encontró algo de todo eso. Había allí tres personas que Le amaban; y allí podía encontrar descanso de las tensiones de la vida.

El mayor regalo que nadie puede hacer es dar comprensión y paz. El tener alguien al que uno puede acudir en cualquier momento sabiendo que no se reirá de nuestros sueños ni malentenderá nuestras confidencias es lo más maravilloso del mundo. Es una posibilidad para todos nosotros el tener un hogar así. No hace falta mucho dinero, ni requiere una hospitalidad exquisita. Sólo se necesita un corazón comprensivo. Nadie puede tener nada mejor que ofrecer a sus semejantes que < el don del reposo para unos pies cansados,» como ha dicho alguien; y eso era lo que Jesús encontraba en la casa de Betania en la que vivían Marta y María y Lázaro.

El nombre *Lázaro* quiere decir Dios *es mi ayuda,* y es el mismo que *Eleazar.* Lázaro se puso enfermo, y sus hermanas Le enviaron recado a Jesús para notificárselo. Es encantador comprobar que el mensaje de las hermanas no incluía la petición de que Jesús fuera a Betania. Sabían que no era necesario; sabían que, con hacerle saber que tenían una necesidad, bastaría para hacerle ir. Agustín se fijó en este detalle, y dijo que era suficiente que Jesús lo supiera. Porque no es posible amar a una persona y desertarla en la necesidad. C. F. Andrews nos cuenta de dos amigos que sirvieron juntos en la Primera Guerra Mundial. Uno de ellos fue herido, y se quedó desamparado en tierra de nadie. El otro, con peligro de la vida, fue a rastras adonde estaba para ayudarle; y cuando le alcanzó, el herido levantó la mirada y dijo sencillamente: «Sabía que vendrías.» Es maravilloso saber que el simple hecho de nuestra necesidad atrae a nuestro lado a Jesús en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Jesús llegó a Samaria sabía que, le pasara lo que le pasara a Lázaro, El tenía poder para resolverlo. Pero, en un principio, se limitó a decir que aquella enfermedad se había presentado para la gloria de Dios y Suya. Ahora bien: eso era cierto en dos sentidos, y Jesús lo sabía. (i) La curación permitiría sin duda a la gente ver la gloria de Dios en acción. (ii) Pero había algo más. Una y otra vez en el Cuarto Evangelio, Jesús habla de Su gloria en relación con la Cruz. Juan nos dice en 7:39 que el Espíritu no había venido todavía porque Jesús todavía no *había sido glorificado,* es decir, porque aún no había muerto en la Cruz. Cuando acudieron a El los griegos, Jesús dijo: < Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado» *(Juan 12:23). Y* era de la Cruz de lo que estaba hablando, porque inmediatamente dijo que el grano de trigo tiene que caer en la tierra

y morir para llevar fruto. En *Juan 12:16,* Juan dice que los discípulos se acordaron de estas cosas después que Jesús *fue glorificado,* es decir, después de Su muerte y resurrección.

Está claro en el Cuarto Evangelio que Jesús veía la Cruz como Su suprema gloria y como Su camino a la gloria. Así que, cuando dijo que la curación de Lázaro Le glorificaría, estaba dando muestras de que sabía perfectamente bien que el ir a Betania y devolverle la salud, y la vida, a Lázaro, era dar un paso que Le conduciría a la Cruz. Y así fue.

Con los ojos abiertos Jesús aceptó la Cruz para ayudar a Su amigo. Sabía el precio, y estaba dispuesto a pagarlo.

Cuando nos viene alguna prueba o aflicción, especialmente si es en consecuencia de nuestra fidelidad a Cristo, lo veríamos en una luz totalmente diferente si nos diéramos cuenta de que la cruz que tenemos que asumir es nuestra gloria y el camino a una gloria aún más grande. Para Jesús, no había otro camino a la gloria que el que pasaba por la Cruz; y así debe ser siempre también para Sus seguidores.

BASTANTE TIEMPO, PERO NO DEMASIADO

Juan 11:6-10

> *Ahora bien: después de enterarse Jesús de que Lázaro estaba enfermo, se quedó donde estaba otros dos días, pasados los cuales les dijo a Sus discípulos:*
>
> *-Volvamos a Judea otra vez.*
>
> *-Pero, Rabí -Le contestaron ellos-, las cosas han llegado a un punto que los judíos estaban buscando la manera de apedrearte; ¿y sugieres que volvamos allá?*
>
> *-¿No tiene el día doce horas? -les contestó Jesús-. Si uno anda de día, no tropieza, porque tiene la luz de este mundo. Pero, si se anda de noche, se tropieza, porque no se tiene luz.*

Puede que encontremos extraño que Jesús se quedara otros dos días enteros donde estaba después de recibir la noticia de la enfermedad de Lázaro. Los comentaristas han sugerido diversas razones para explicar este retraso. (i) Se ha sugerido que Jesús esperó para que, cuando llegara a Betania, Lázaro ya estuviera muerto sin lugar a duda. (ii) Por tanto, se ha sugerido que Jesús esperó porque el retraso haría mucho más impresionante el milagro que se proponía realizar. La maravilla de resucitar a un hombre que llevaba cuatro días muerto sería mucho mayor. (iii) La verdadera razón por la que Juan nos cuenta la historia de esta manera es que él nos presenta siempre a Jesús tomando la iniciativa por Su cuenta, no por imposición de nadie ni de las circunstancias. Cuando convirtió el agua en vino en Caná de Galilea *(Juan 2:1-11),* Juan nos presenta a María acudiendo a Jesús y contándole el problema; y la primera respuesta de Jesús fue: < No te preocupes por eso. Déjame resolverlo a Mi manera.» Entra en acción, no porque Le convencen u obligan otros, sino siempre por propia iniciativa. Cuando Juan nos relata que los hermanos de Jesús trataron de desafiarle para que fuera a Jerusalén *(Juan 7:1-10),* nos presenta a Jesús, primero, rehusando ir a Jerusalén; y luego, yendo cuando Él lo decidió por Sí. Juan se propone siempre hacernos ver que Jesús hacía las cosas, no obligado por nada, sino porque lo decidía por Sí mismo y en Su momento. Eso es lo que vemos aquí también. Es una advertencia para nosotros. Muchas veces quisiéramos que Jesús interviniera de cierta manera y cuando nosotros decimos; hemos de aprender a dejarle intervenir como y cuando Él decida.

Por último, cuando Jesús anunció la vuelta a Judea, Sus discípulos se sorprendieron y espantaron. Se acordaban de que, la última vez que había estado allí, los judíos habían estado buscando la manera de matarle. El volver a Judea entonces les parecía, como se puede comprender, la manera más segura de cometer suicidio.

Entonces Jesús dijo algo que encierra una gran verdad de valor permanente: «¿No tiene el día doce horas?» Esta pregunta implica tres grandes verdades.

(i) Un día no puede terminar antes de tiempo. Tiene doce horas que transcurren no importa lo que suceda. La duración del día es fija, y nada lo acortará o alargará. En la economía de Dios del tiempo, cada persona tiene su día, corto o largo.

(ii) Si el día tiene doce horas, hay tiempo suficiente para lo que una persona tiene que hacer, sin andarse con prisas.

(iii) Pero, aunque haya doce horas en el día, hay *sólo* doce horas. No se pueden prolongar; y, por tanto, no hay que perder el tiempo. Hay bastante tiempo, pero no demasiado. Hay que «redimir el tiempo» *(Efesios 4:16; Colosenses 4:5).*

La leyenda del doctor Fausto ha cristalizado en muchas obras literarias y otras. En el drama de Marlowe, Fausto hace un pacto con el diablo: durante veinticuatro años, el diablo está a su servicio, y le concede todos sus deseos; pero al final de aquel tiempo, el diablo se quedará con su alma. Cuando han pasado los veinticuatro años y llega la última hora, Fausto se da cuenta del mal negocio que ha hecho. Querría que el tiempo se parara, «que esa hora fuera un año, un mes, una semana, un día completo, para darle una oportunidad de arrepentirse y salvar su alma; pero las estrellas siguen moviéndose, el tiempo corre, el reloj lo mide, el diablo vendrá y Fausto será condenado.» No hay nada en el mundo que pueda darle a Fausto más tiempo. Ese es uno de los más amenazadores hechos de la vida. El día tiene doce horas, y sólo doce. No hay que precipitarse, pero tampoco demorarse. Hay suficiente tiempo en la vida, pero no hay tiempo que perder.

EL DÍA Y LA NOCHE

Juan 11:6-10 (continuación)

Jesús pasa a desarrollar lo que acaba de decir del tiempo. Dice que si una persona anda a la luz del día, no tropieza; pero, si trata de andar de noche, va dando traspiés.

Juan dice una y otra vez cosas que tienen un doble sentido: uno que está en la superficie y es verdad, y otro más escondido que es más verdad todavía. Así hace aquí.

(i) Hay un sentido en la superficie que es perfectamente cierto y que debemos tener en cuenta. El día judío, como el romano, se dividía en doce horas iguales que iban desde la salida hasta la puesta del Sol. Eso quiere decir, desde luego, que la duración de la hora variaba en proporción con el día y la estación del año. En la superficie, Jesús estaba diciendo sencillamente que uno no tropieza a la luz del Sol; pero, cuando llega la oscuridad, no se puede ver el camino. Por supuesto que entonces no había iluminación en las calles, y menos en las zonas rurales. En la oscuridad y con los medios de entonces era muy peligroso viajar.

Jesús está diciendo que una persona tiene que terminar su jornada laboral durante el día, porque llega la noche y no se puede seguir trabajando. El deseo natural de todo el mundo es llegar al final del día con el trabajo diario terminado. El estrés y la prisa de la vida se deben sencillamente al hecho de que tratamos de recuperar lo que debíamos haber hecho antes.

Todos deberíamos usar el capital de tiempo del que disponemos sin disiparlo en inútiles extravagancias, por muy agradables que nos parezcan, para no quedar nunca en deuda de tiempo al final de cada día.

(ii) Pero por debajo de la superficie hay otro sentido. ¿Quién puede oír o leer la frase *la luz del mundo* sin pensar en Jesús? Una y otra vez Juan usa las palabras *la oscuridad y la noche* para describir la vida sin Cristo, dominada por el mal. En su dramático relato de la última cena, Juan nos dice que Judas salió para hacer los últimos preparativos de su traición. «Así que, después de recibir el bocado, salió inmediatamente; y era de noche» *(Juan 13:30).* La noche es el tiempo cuando una persona se aparta de Cristo para entregarse al mal.

El Evangelio se basa en el amor de Dios; pero, nos guste o no, también contiene una seria advertencia. Cada persona tiene sólo un cierto tiempo para hacer las paces con Dios mediante Jesucristo; y, si no lo hace, le espera el juicio. Por eso dice Jesús: «Acaba tu tarea principal; acaba la labor de restablecer la relación con Dios mientras tienes la luz del mundo; porque llega la hora en que, para ti también, se te echará encima la oscuridad, y será demasiado tarde.»

Ningún evangelio está tan seguro de que Dios ama al mundo como el de Juan; pero tampoco hay ningún otro tan seguro de que se puede rechazar ese amor. Tiene dos notas: la gloria de llegar *a tiempo, y la* tragedia de llegar *demasiado tarde.*

UNO QUE NO SE RETIRA

Juan 11:11-16

Después de decir aquello, prosiguió diciéndoles:

-Nuestro amigo Lázaro está durmiendo; pero voy a despertarle.

-Señor -Le dijeron los discípulos-, si puede dormir, se pondrá mejor.

Jesús se refería al sueño de la muerte, pero ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Así que Jesús les dijo claramente:

-Lázaro ha muerto; y, por causa de vosotros, Me alegro de no haber estado allí, porque todo está diseñado para que vosotros lleguéis a creer. Pero vayamos hacia él.

A eso Tomás (cuyo nombre significa «Mellizo»), dijo:

-¡Vamos nosotros también a morir con Él!

Juan usa aquí su forma habitual de contar las conversaciones de Jesús. En el Cuarto Evangelio, las conversaciones de Jesús siempre siguen el mismo esquema: Jesús dice algo que parece muy sencillo; se le malentiende, y Él explica más claro lo que quería decir. Ya lo vimos en Su conversación con Nicodemo acerca del nuevo nacimiento *(Juan 3: 3-8); y con* la Samaritana, sobre el agua de la vida *(Juan 4:10-15).*

Aquí Jesús empezó diciendo que Lázaro estaba durmiendo. A los discípulos aquello les pareció una buena noticia, porque no hay mejor medicina que el sueño. Pero la palabra *dormir* tenía a menudo un sentido más profundo y serio. Jesús dijo también de la hija de Jairo que estaba dormida *(Mateo 9:24);* al final del relato del martirio de Esteban se nos dice que se quedó dormido *(Hechos 7:60).* Pablo habla de los hermanos que ya habían muerto como «los que durmieron en Jesús» (1 *Tesalonicenses 4:13);* y de los testigos de la Resurrección que ya se habían quedado dormidos *(1 Corintios 15:6).* Así es que Jesús tuvo que decirles claramente que Lázaro se había muerto; y entonces siguió diciéndoles que, por el bien de ellos, era una buena cosa, porque daría lugar a un acontecimiento que los fortalecería más en la fe.

La prueba definitiva del Evangelio consiste en ver lo que Jesucristo puede hacer. Las palabras puede que no consigan convencer; pero no hay razonamientos que se le puedan oponer a la intervención de Dios. Es un hecho indiscutible que el poder de Cristo convierte al cobarde en un héroe, al vacilante en una persona segura, al egoísta en un servidor de los demás. Sobre todo, es un hecho histórico innegable que el poder de Cristo convierte a los malos en buenos.

Eso es lo que supone una responsabilidad tan tremenda para el cristiano individual. El propósito de Dios es que cada uno de nosotros sea una prueba viviente de Su poder. Nuestra tarea no consiste en recomendar a Cristo de palabra -porque contra eso siempre habrá argumentos, y siempre se podrá poner detrás de una prueba verbal cristiana *Q.E.D., quod erat demonstrandum, eso habría que demostrarlo-,* sino el demostrar con nuestras vidas lo que Cristo ha hecho por nosotros. Sir John Reith dijo una vez: « No me gustan las crisis; pero sí las oportunidades que aportan.» La muerte de Lázaro supuso una crisis en la vida de Jesús, y Él se alegraba, porque Le daba una oportunidad de demostrar, de la manera más sorprendente, lo que Dios puede hacer. Todas las crisis deberían ser para nosotros algo así.

En aquella situación, los discípulos habrían podido negarse a seguir a Jesús; pero una voz solitaria se dejó oír. Todos creían que el volver a Jerusalén era jugarse la vida, y no daban el paso al frente. Pero entonces se oyó la voz de Tomás: « ¡Vamos nosotros también a morir con Él!»

Todos los judíos de entonces tenían dos nombres: el hebreo, para la familia y el círculo más íntimo, y el griego, para todo lo demás. *Tomás* es el nombre hebreo *y Dídimo* (R-V) el griego, y los dos quieren decir lo mismo, *Mellizo.* En los evangelios apócrifos se urdieron algunas leyendas en torno a Tomás, y hasta se llegó a decir que era el mellizo de Jesús.

En esta ocasión, Tomás desplegó la mejor clase de valor. En su corazón, como dice R. H. Strachan, « no había una fe expectante, sino una desesperación leal.» Pero a una cosa estaba decidido: Viniera lo que viniera, él no se retiraba.

Gilbert Frankau cuenta que un oficial amigo suyo en la guerra de 1914-1918 tenía que elevarse en un globo para indicar a la artillería si sus proyectiles caían demasiado cerca o lejos del blanco. Era una de las misiones más peligrosas que se podían encomendar. Como el globo estaba atado, era un blanco fijo para los cañones y aviones enemigos. Gilbert Frankau dice que su amigo, «cada vez que se subía al globo aquel estaba con los nervios de punta; pero no se rajó.»

Esta es la más elevada clase de valor. No es que no se tenga miedo. Cuando no se tiene miedo es lo más fácil del mundo hacer lo que sea. El verdadero valor es darse cuenta perfectamente del peligro, tener miedo y, sin embargo, hacer lo *que se debe.* Así era Tomás aquel día. No debemos nunca avergonzarnos de tener miedo; pero sí de dejar que el miedo nos impida hacer lo que sabemos en lo más íntimo que debemos hacer.

UNA FAMILIA EN DUELO

Juan 11:17-19

> *Así que, cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro ya llevaba cuatro días en la tumba. Betania está cerca de Jerusalén, a menos de tres kilómetros. Muchos de los judíos habían ido a casa de Marta y María a darles el pésame por la muerte de su hermano.*

Para visualizar esta escena tenemos que ver primero cómo era un duelo judío. Por lo general en Palestina, debido al clima, se enterraban los muertos lo antes posible. Hubo un tiempo cuando un entierro era sumamente caro: se usaban para ungir el cuerpo los mejores perfumes y especias; el cadáver se vestía con ropas de lujo, y se le enterraba con toda clase de objetos de valor. A mediados del siglo I, todo esto se había convertido en un gasto insoportable. Naturalmente, en esos casos nadie quería ser menos que los vecinos; y eso hacía que los envoltorios y ropas y tesoros que se dejaban en la tumba costaran cada vez más. El asunto llegó a convertirse en una carga que nadie quería alterar, hasta que el famoso rabino Gamaliel le dejó dispuesto que le enterraran envuelto en un sudario de la tela más ,sencilla, y así contribuyó a poner fin al despilfarro de los funerales. Hasta hoy en día se bebe una copa en los entierros judi a la memoria de rabí Gamaliel II, que rescató a los judíos

aquellas ostentaciones funerarias. Desde su tiempo, el cadáver se envolvía en una mortaja de hilo, que a veces recibía el bonito nombre de «traje de viaje».

Todos los que podían asistían al funeral. Los más posibles se suponía que, por cortesía o por respeto, se sumaban a la comitiva hasta el cementerio. Una curiosa costumbre era que las mujeres iban delante; se decía que, como había sido una mujer la que con su primer pecado había traído la muerte al mundo, debían ser ellas las que dirigieran el cortejo fúnebre hasta la tumba. A1 pie de la tumba se hacían a veces discursos en memoria de la persona difunta. Se esperaba de todos que expresaran su profunda condolencia y, al retirarse de la tumba, se formaban dos filas largas por entre las que pasaban los familiares más próximos. Pero había esta norma tan prudente: no había que fastidiar a los que estaban de duelo con conversaciones vanas e intempestivas. Se los dejaba en paz, en su trance, con su dolor.

En la casa de duelo se observaban ciertas costumbres. Mientras estaba el cadáver allí, estaba prohibido comer carne o beber vino, ponerse las filacterias o dedicarse a ninguna clase de estudio. No se preparaba comida en la casa; y no se podía comer

nada en presencia del cadáver. Tan pronto como este se sacaba, se ponían al revés todos los muebles, y los que estaban de duelo se sentaban en el suelo o en taburetes.

A1 volver de la tumba se servía una comida que habían preparado los amigos de la familia. Consistía en pan, lentejas y huevos duros, que, por su forma, simbolizaban la vida que va rodando hacia la muerte.

El duelo duraba siete días, de los que los tres primeros se pasaban llorando. Durante los siete días estaba prohibido ungirse, ponerse zapatos, dedicarse a ninguna clase de estudio o de negocios y ni siquiera lavarse. A la semana de duelo seguían treinta días de luto riguroso.

Así es que, cuando Jesús se sumó a los que había en la casa de Betania, encontró lo que se esperaría en una casa en duelo. Era un deber sagrado ir a expresar condolencia a los familiares y amigos del difunto. *El Talmud* dice que el que visite a los enfermos librará su alma de la gehena; y Maimónides, el gran polígrafo judeoespañol de la Edad Media, declaró que visitar a los enfermos es la más importante de todas las buenas obras. Las visitas de simpatía a los enfermos y a los que estaban de duelo eran una parte esencial de la religión judía. Cierto rabino, explicando el texto de *Deuteronomio 13:4:* « En pos del Señor vuestro Dios andaréis,» dijo que ese texto nos manda imitar las cosas que la Escritura dice que Dios hace. Dios vistió a los desnudos *(Génesis 3:21);* visitó a los enfermos *(Génesis 18:1);* consoló a los que estaban de duelo *(Génesis 25:11);* y enterró a los muertos *(Deuteronomio 34:6).* En todas estas acciones debemos imitar a Dios.

El respeto a los muertos y la condolencia con los que están de duelo eran algo esencial para los judíos. Al marcharse de la tumba, se volvían y decían: «¡Ve en paz!»; y nunca mencionaban el nombre del difunto sin decir: «Que en paz descanse.» Hay algo muy conmovedor en la manera que tenían los judíos de mostrar condolencia con los afligidos. Fue a una casa llena de gente así a la que llegó Jesús aquel día.

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Juan 11:20-27

Así que, cuando Marta se enteró de que Jesús venía de camino, Le salió al encuentro; pero María se quedó sentaba en la casa. Marta Le dijo a Jesús:

-¡Señor, si hubieras estado aquí no se habría muerto mi hermano! Aun como están las cosas, yo sé que lo que Le pidas a Dios, Te lo concederá.

-Tu hermano resucitará -le dijo Jesús.

-Sí, ya lo sé -Le contestó Marta- que resucitará en la resurrección, el último día.

-Yo soy la Resurrección y la Vida -le dijo Jesús-. El que crea en Mí, vivirá aunque haya muerto; y todos los que estén vivos y crean en Mí, no morirán nunca. ¿Lo crees tú?

-Sí, Señor -Le contestó Marta-; yo estoy convencida de que Tú eres el Ungido de Dios, el Hijo de Dios, el Que había de venir al mundo.

En esta historia, también, Marta es todo un personaje. Cuando Lucas nos habla de Marta y María *(Lucas 10:38-42),* nos presenta a Marta como la mujer de acción, y a María como la que más bien se sentaba tranquila. Así aparecen aquí. Tan pronto como les anunciaron que Jesús venía de camino, Marta salió a Su encuentro, porque no podía estarse quieta; pero María se quedó esperándole.

Cuando Marta llegó adonde estaba Jesús, el corazón se le salía por los labios. Aquí tenemos una de las expresiones más humanas de toda la Biblia; porque Marta habló, en parte con un reproche que no se podía guardar para sí, y en parte con una fe que nada podía hacer vacilar. « ¡Señor -Le dijo-, si hubieras estado aquí no se habría muerto mi hermano!» En sus mismas palabras podemos leer su pensamiento. Marta habría querido decir: «Cuando recibiste nuestro recado, ¿por qué no viniste en seguida? Lo has dejado para demasiado tarde.» Pero tan pronto como se le escaparon esas primeras palabras, las siguieron otras que eran las de la fe, una fe que desafiaba los hechos y la experiencia. «Aun a pesar de todo -dijo movida por una esperanza desesperada-, aun a pesar de todo, yo sé que Dios Te dará lo que Le pidas.» « Tu hermano resucitará» -le dijo Jesús. « Sí, ya lo sé -le contestó Marta- que resucitará en la resurrección general el Día del Juicio.»

Ahora bien: ésa era una cosa extraordinaria. Una de las cosas que más nos extrañan de la Escritura es el hecho de que los santos del Antiguo Testamento no tenían prácticamente ninguna fe en una vida real después de la muerte. En los primeros tiempos, los hebreos creían que el alma de una persona, buena o mala, iba al *Seol,* que a veces se traduce erróneamente por *infierno;* pero no era un lugar de tortura, sino la tierra de las sombras. Todos iban a parar allí, donde llevaban una especie de vida vaga, sombría, sin fuerza ni alegría. Esta es la creencia que se refleja en la mayor parte del Antiguo Testamento. «Porque en la muerte no hay memoria de Ti; en el Seol, ¿quién Te alabará?» *(Salmo 6:5). « ¿Qué* provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará Tu fidelidad?» *(Salmo 30:9). E1* salmista habla de «los asesinados que yacen en la tumba, como aquellos de los que ya ni Te acuerdas más, porque Te los arrebataron de las manos» *(Salmo 88:5). « ¿Será* contada en el sepulcro Tu misericordia -pregunta-, o Tu fidelidad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas Tus

maravillas, y Tu justicia en la tierra del olvido?» *(Salmo 88:10-12).* « No alabarán los muertos al Señor, ni cuantos descienden al silencio» *(Salmo 115:17).* El Predicador dice lúgubremente: «Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría» *(Eclesiastés 9:10).* La creencia pesimista de Ezequías es que « El Seol no Te exaltará, ni Te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán en Tu fidelidad» *(Isaías 38:18).* Después de la muerte estaba la tierra del silencio y del olvido, donde la sombras de los que vivieron están separadas tanto de la humanidad como de Dios. Como escribió J. E. McFadyen: «Hay pocas cosas más maravillosas que esta en la larga historia de la religión: que a lo largo de los siglos ha habido personas que han vivido vidas nobles, cumpliendo con sus obligaciones y soportando sus aflicciones, sin esperar ninguna recompensa futura.»

Muy de tarde en tarde en el Antiguo Testamento, alguien dio un arriesgado salto de fe. El salmista clama: « Mi cuerpo también mora seguro. Porque Tú no me entregas al Seol, ni dejas a tu piadoso ver el hoyo. Tú sí me muestras el sendero de la vida; en Tu presencia hay plenitud de gozo, a Tu diestra hay placeres para siempre» *(Salmo 16:9-11). «Yo* estoy constantemente contigo; Tú me sostienes firmemente la mano derecha. Tú me guías con Tu consejo, y después me recibirán en la gloria» *(Salmo 73:23-24).* El salmista estaba convencido de que ni siquiera la muerte podía deshacer una relación real con Dios. Pero en esa etapa era un desesperado salto de fe más que una convicción firme.

Finalmente, en el Antiguo Testamento encontramos en Job el Everest que pocos consiguieron escalar. En medio de todos sus desastres, Job exclama:

Y, como fiador, yo veré... ¡a Dios!;
a Quien mis ojos verán, y no los de un extraño.
(Job 14:7-12; siguiendo la traducción de J. E. McFadyen).

Aquí está la auténtica semilla de la fe en la inmortalidad. La historia de los judíos está llena de desastres, cautiverios, esclavitud y derrota. Sin embargo, el pueblo judío tenía la convicción inconmovible de ser el pueblo escogido de Dios. Esta Tierra no lo había presenciado nunca, ni lo presenciaría; inevitablemente, por tanto, invocaban al nuevo mundo para deshacer los entuertos del viejo. Llegaron a ver que, si se había de realizar plenamente el propósito de Dios, y de cumplir Su justicia, si Su amor habría de satisfacerse alguna vez, se necesitaban otro mundo y otra vida. Como dice Galloway, al que cita McFadyen: «Los enigmas de la vida se volverían un poco menos abrumadores si pudiéramos descansar en la convicción de que este no es el último acto del drama humano.» Fue precisamente ese sentimiento el que condujo a los hebreos a la convicción de que había otra vida por venir.

Es verdad que, en los días de Jesús, los saduceos todavía se negaban a creer en ninguna vida después de la muerte. Pero los fariseos y la gran mayoría de los judíos sí creían. Decían que, en el momento de la muerte, los dos mundos, el del tiempo y el de la eternidad, se encontraban y se besaban. Decían que los que morían veían a Dios, y se negaban a llamarlos los *muertos;* los llamaban los vivos. Cuando Marta contestó a la pregunta de Jesús, dio testimonio de la cima más elevada de la fe que había escalado su nación.

LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Juan 11:20-27 (conclusión)

Cuando Marta declaró su fe ortodoxa judía sobre la vida por venir, Jesús dijo de pronto algo que le daba a esa fe una nueva realidad y un nuevo significado. «Yo soy la Resurrección y la Vida -le dijo Jesús-. El que crea en Mí, vivirá aunque haya muerto; y todos los que estén vivos y crean en Mí, no morirán nunca.» ¿Qué quería decir exactamente? El pensamiento de toda una vida no bastaría para revelar todo su contenido; pero debemos intentar captar todo lo que podamos.

Una cosa está clara, y es que Jesús no estaba pensando en términos de la vida física; porque, hablando humanamente, no es verdad que los que creen en Jesús no se mueren nunca. Los cristianos experimentan la muerte física tanto como los que no lo son. Debemos buscar un significado más que físico.

(i) Jesús estaba pensando en la muerte del pecado. Estaba diciendo: «Aunque una persona esté muerta en el pecado; aunque, por sus pecados, haya perdido todo lo que hace que la vida merezca llamarse vida, Yo puedo hacer que vuelva a estar viva otra vez.» Es un hecho que eso es totalmente cierto. A. M. Chirgwin cita el ejemplo de Tokichi Ishii, que tenía un expediente criminal casi sin paralelo. Había matado a hombres, mujeres y niños con una crueldad bestial. Eliminaba sin piedad a todos los que se interpusieran en su camino. Por fin, se encontraba en la cárcel esperando la ejecución. Allí le visitaron dos señoras canadienses que trataron de hablarle a través de las rejas, pero él se limitaba a mirarlas con el ceño de una fiera

enjaulada. Por último tuvieron que abandonar; pero le dejaron una biblia. Él empezó a leerla; y, una vez que empezó, ya no pudo parar. Siguió leyendo hasta que llegó al relato de la Crucifixión, y a las palabras de Jesús: < ¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!»; y esa oración del Señor le quebrantó el empedernido corazón. «Me detuve -contó después- con el corazón atravesado peor que si hubiera sido con un clavo de cinco pulgadas. ¿Diré que fue por el amor de Cristo? ¿O por Su compasión? No sé como llamarlo; lo único que sé es que creí, y que desapareció la dureza de mi corazón.» Más tarde, cuando el condenado fue al patíbulo, ya no era el endurecido hosco animal que había sido antes, sino un hombre radiante y sonriente. El asesino había nacido de nuevo; Cristo le había dado una nueva vida.

No es imprescindible que suceda de una manera tan dramática. Una persona puede volverse tan egoísta que esté muerta para las necesidades de los demás. Uno puede llegar a ser tan insensible que esté muerto para los sentimientos de otros. Se puede llegar a estar tan involucrado en la falta de honradez y de dignidad que se está muerto para el honor. Hay quienes se sumen de tal manera en la inercia que están espiritualmente muertos. Pero Jesucristo puede resucitarlos. El testimonio de la Historia es que ha resucitado a millones y millones de personas así, y Su toque no ha perdido su antiguo poder.

(ii) Jesús estaba pensando también en la vida venidera. Él trajo la certeza de que la muerte no es el final. Las últimas palabras de Eduardo III el Confesor fueron: « No lloréis. Yo no me voy a morir. Al dejar la tierra de los que mueren, confío en ver las bendiciones del Señor en la tierra de los que viven.» Llamamos a este mundo da *tierra de los vivientes;* pero sería más correcto llamarlo la *tierra de los murientes.* Por Jesucristo sabemos que vamos de camino, no hacia el ocaso, sino hacia el amanecer; sabemos que la muerte es una puerta en el firmamento, como ha dicho Mary Webb. En el sentido más auténtico, no vamos de camino hacia la muerte, sino hacia la vida.

¿Cómo sucede esto? Sucede cuando creemos en Jesucristo. ¿Y qué quiere decir eso? Creer en Jesús quiere decir aceptar todo lo que ha dicho Jesús como la verdad absoluta; y jugarnos la vida con entera confianza en que es así. Cuando hacemos eso, entramos en dos nuevas relaciones.

(a) Entramos en una nueva relación con Dios. Cuando creemos que Dios es como nos ha dicho Jesús, llegamos a estar absolutamente seguros de Su amor, y de que es, por encima de todo, un Dios redentor. El miedo a la muerte se desvanece, porque morir es ir con el gran Amador de las almas humanas.

(b) Entramos en una nueva relación con la vida. Cuando aceptamos el camino de Jesús; cuando tomamos Sus mandamientos como nuestra ley, y cuando nos damos cuenta de que Él está siempre dispuesto a ayudarnos a vivir como Él nos manda, la vida se convierte en algo totalmente nuevo. Está revestida de un nuevo encanto, una nueva delicia, una nueva fuerza. Y cuando hacemos nuestro el camino de Jesús, la vida se convierte en una cosa tan preciosa que no podemos concebir que se acabe quedando incompleta.

Cuando creemos en Jesús, cuando aceptamos lo que Él nos dice acerca de Dios y acerca de la vida y nos jugamos el todo por el todo a que es verdad, resucitamos de veras, porque somos liberados del miedo que caracteriza a la vida sin Dios; somos liberados de la frustración que caracteriza a la vida sometida al pecado; somos liberados de la vacuidad de la vida sin Cristo. La vida se eleva de la muerte del pecado para llegar a ser algo tan auténtico que no puede morir, y que no encuentra en la muerte más que la transición a una vida superior.

LA EMOCIÓN DE JESÚS

Juan 11:28-33

Después de decir aquello, Marta se fue a llamar a su hermana María; y le dijo, sin dejar que las otras personas se enteraran:

-Ha llegado el Maestro, y quiere verte.

En cuanto lo oyó, María se levantó aprisa y se dirigió al lugar donde estaba Jesús. Él no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde le había encontrado Marta. Entonces los judíos que estaban en la casa haciendo duelo con María, cuando la vieron levantarse aprisa y salir, la siguieron, pensando que se iba a llorar a la tumba.

Cuando María llegó adonde estaba Jesús y Le vio, se arrodilló a Sus pies.

-¡Señor -Le dijo-, si hubieras estado aquí, mi hermano no se habría muerto!

Cuando Jesús la vio llorar, y a los judíos que habían venido con ella también llorando, Se conmovió profundamente en Su espíritu de tal manera que no pudo reprimir un gemido, y tembló movido por una profunda emoción.

Marta volvió a la casa, a decirle a María que había llegado Jesús. Quería darle la noticia en secreto, sin que los visitantes se enteraran, porque quería que María tuviera unos instantes a solas con Jesús antes de que el gentío los rodeara haciéndoles imposible una conversación privada. Pero, cuando los visitantes vieron a María levantarse de prisa y salir, supusieron inmediatamente que se dirigiría a la tumba de Lázaro. Era costumbre, sobre todo entre las mujeres, ir a llorar a la tumba siempre que les era posible. El saludo de María fue exactamente el mismo que el de Marta. Si Jesús hubiera llegado a tiempo, Lázaro estaría vivo todavía.

Jesús vio llorar a María y a todos los que estaban en el duelo

con ella. Debemos recordar que aquello no sería simplemente que se les saltaban las lágrimas, sino más bien lamentos y chillidos histéricos; porque la manera judía de considerar un duelo era que, cuanto más incontrolado el lloro, tanto mayor honor se confería al difunto.

Aquí nos encontramos con un problema de traducción. La palabra que muchas traducciones, entre ellas la Reina-Valera, traducen por *se estremeció* en espíritu, viene del verbo *embrimasthai, y se* encuentra otras tres veces en el Nuevo Testamento. Se usa en *Mateo* 9:30, donde Jesús *le encargó rigurosamente* (R-V) a los ciegos que no divulgaran el hecho de que les había devuelto la vista. Se usa en *Marcos* 1:43: «le encargó *rigurosamente»* al leproso que no publicara el que Jesús le había curado. Y se usa en *Marcos* 14: S, donde los espectadores *murmuraban* contra la mujer que había ungido la cabeza de Jesús con un ungüento costoso, porque pensaban que aquella acción de amor era un derroche injustificado. En cada uno de estos ejemplos, la palabra contiene una cierta severidad, casi ira. Quiere decir más bien reprender, dar una orden rigurosa. Los que quieran tomarlo así traducirían: «Jesús se conmovió de ira en Su espíritu.»

¿Por qué de ira? Se ha sugerido que aquel despliegue de lágrimas de los visitantes judíos no era más que hipocresía; que esa comedia de duelo despertaba la indignación de Jesús. Es posible que eso fuera verdad de los visitantes, aunque no se nos indica que fueran insinceros; pero sin duda no era verdad de María, y apenas puede considerarse correcto aquí el interpretar *embrimasthai* como implicando ira. La traducción de Reina-Valera (1909 y 1960) nos parece descolorida para esta palabra tan poco frecuente, y no hace justicia a toda la fuerza del original. Se podría decir: «Dio escape a tal angustia de espíritu que hacía que todo Su cuerpo Se le conmocionara de temblores.» Así llegaríamos más cerca del significado original. En griego clásico *embrimasthai* quiere decir *bufar* un animal. Aquí debe querer decir que se apoderó de Jesús una emoción tan incontrolable que le arrancó gemidos del corazón.

Aquí tenemos una de las cosas más preciosas del Evangelio. Tan profundamente entró Jesús en el dolor humano que la angustia Le oprimía y estrujaba el corazón. «En toda angustia de ellos Él fue angustiado» *(Isaías 63:9).*

Pero aún hay más. Para cualquier griego que leyera esto -y debemos recordar que fue escrito para los de cultura griega-, ésta sería una descripción sorprendente e increíble. Juan había escrito todo su evangelio sobre el tema de que en Jesús vemos la Mente de Dios. Para los griegos, la principal característica de Dios era lo que llamaban *apatheía,* que quiere decir *la absoluta incapacidad de sentir cualquier emoción.*

¿Cómo llegaron los griegos a atribuirle a Dios tal característica? Lo razonaban de la siguiente manera. Si podemos sentir pena o gozo, alegría o tristeza, eso quiere decir que algo fuera de nosotros nos puede afectar. Ahora bien: si una persona o cosa nos afecta, eso quiere decir que, a lo menos por un momento, tiene poder sobre nosotros. Nada ni nadie puede tener un efecto así sobre Dios; y eso quiere decir que Dios es esencialmente incapaz de sentir absolutamente ninguna emoción. Los griegos creían en un Dios aislado, desapasionado e impasible.

¡Qué imagen tan distinta nos da Jesús de Dios! Nos presenta a un Dios Cuyo corazón se estruja de angustia por la angustia de Su pueblo. Lo más grande que hizo Jesús fue traernos la noticia de un Dios Que no es insensible.

LA VOZ QUE DESPIERTA A LOS MUERTOS

Juan 11:34-44

-¿Dónde le pusisteis? -les preguntó Jesús.
-Ven a verlo -Le contestaron. Jesús se echó a llorar, y los judíos dijeron:
-¡Fijaos cómo le quería!
Algunos de ellos dijeron:

-¿No habría podido Éste, Que le abrió los ojos al ciego, haber hecho que no se muriera Lázaro?
Otra vez surgió un gemido de angustia de lo más íntimo de Jesús. Fue a la tumba. Era una cueva, y habían puesto una piedra para cerrarla. Jesús dijo:
-¡Quitad la piedra!
Marta, la hermana del difunto, Le dijo a Jesús:
-Señor, a estas alturas el hedor de la muerte le habrá invadido, porque lleva cuatro días en la tumba.
Pero Jesús le contestó:
-¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?
Así que quitaron la piedra. Jesús elevó la mirada y dijo:
-Padre, gracias por haberme oído. Yo ya sabía que Tú Me oyes siempre; pero lo he dicho por los que están aquí alrededor, porque quiero que sepan que Tú Me has enviado.
Inmediatamente después de decir aquello, gritó con todas Sus fuerzas:
-¡Lázaro, sal de ahí!
Y el que había estado muerto salió, con las piernas y los brazos sujetos con vendas, y con la cara tapada con un paño. Y Jesús les dijo:
-¡Desenvolvedle para que pueda moverse por sí mismo!

Aquí llegamos a la última escena del drama. Una vez más se nos muestra la figura de Jesús conmocionado de angustia al compartir la angustia del corazón humano. Para los lectores griegos, esa breve frase, «Jesús lloró», sería lo más alucinante de toda la alucinante historia. Que el Hijo de Dios pudiera llorar les parecería increíble.

Debemos conservar en la mente el cuadro de una tumba palestina corriente. Sería, o una cueva natural, o un hueco hecho en la roca. Tendría una entrada en la que se colocaba el féretro al principio. Más al fondo habría una cámara, de unos dos metros de largo, dos y medio de ancho y poco más de alto. Tendría unos ocho espacios cortados en la roca, tres a cada

lado y dos enfrente de la entrada, en los que se ponían los cadáveres. Los cuerpos se envolvían en una mortaja, pero los brazos y las piernas se cubrían aparte con una especie de vendas, y la cabeza también se cubría por separado. La tumba no tenía puerta; pero delante de la entrada había una ranura por la que se deslizaba una piedra grande para sellar la tumba.

Jesús pidió que quitaran la piedra. A Marta no se le ocurría nada más que una razón para abrir la tumba: que Jesús quería ver el rostro de su amigo por última vez. Marta no podía comprender aquel deseo, que no daría ningún consuelo. Advirtió que Lázaro ya llevaba cuatro días en la tumba. La razón era que los judíos creían que el espíritu de los muertos revoloteaba por la tumba cuatro días, buscando una ocasión para entrar en el cuerpo otra vez. Pero después de cuatro días, el espíritu ya se había ido; porque el rostro del difunto estaba tan descompuesto que ya no se podía ni reconocer.

Entonces Jesús dio la orden que hasta la muerte era impotente para resistir, y Lázaro salió. Es alucinante figurarse aquel cuerpo vendado pugnando por salir de la tumba. Jesús les dijo que le desenvolvieran de todos aquellos paños mortuorios, y le dejaran moverse con libertad.

Hay ciertas cosas que debemos notar.

(i) Jesús oró. El poder que fluía por Él no tenía su origen en Él, sino en Dios. «Los milagros -decía Godet- son simplemente oraciones contestadas.»

(ii) Jesús buscaba sólo la gloria de Dios. No hizo aquello para glorificarse a Sí mismo. Cuando Elías tuvo su épica contienda con los profetas de Baal, oró: «Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo reconozca que Tú eres el único Dios» (1 *Reyes 18:37).*

Todo lo que hacía Jesús era debido al poder de Dios y diseñado para la gloria de Dios. ¡Qué diferente de nosotros! Hacemos las cosas en nuestro propio poder, y para nuestro prestigio. Posiblemente habría más maravillas en nuestras vidas también si dejáramos de actuar por nosotros mismos y Le diéramos a Dios el lugar central que Le corresponde.

TRÁGICA IRONÍA

Juan 11:45-53

Entonces, muchos de los judíos que habían venido a hacerle compañía a María en el duelo y que vieron lo que había hecho Jesús, creyeron en Él. Pero otros fueron a informar a los fariseos de lo que había hecho Jesús.

En consecuencia, los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el sanedrín, y dijeron:

-¿Qué vamos a hacer? ¡Porque este Hombre hace muchas señales! Si Le dejamos seguir así, van a creer todos en Él, y van a venir los romanos y nos van a quitar nuestra posición y a destruir nuestra nación.

Uno de ellos, que se llamaba Caifás y que era el sumo sacerdote aquel año, les dijo:

-Vosotros no tenéis ni idea. No consideráis que nos conviene más que muera un Hombre por el pueblo, en vez de que toda la nación perezca.

Aquello que dijo, no es que se le había ocurrido a él; sino que, como era el sumo sacerdote aquel año, estaba en realidad profetizando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación judía, sino para reunir en una sola cosa a todos los hijos de Dios que estaban dispersos.

A partir de aquel día conspiraron para matarle.

Las autoridades judías se nos retratan aquí gráficamente. El maravilloso suceso de Betania los obligó a intervenir; era imposible seguir dejando actuar a Jesús, porque todo el pueblo acabaría por seguirle. Así es que se reunió el sanedrín para resolver aquella situación.

En el sanedrín estaban tanto los fariseos como los saduceos. Los fariseos no eran un partido político; su único interés era vivir de acuerdo con la ley en todos sus detalles, y no les

importaba quién los gobernaba, con tal de que les permitiera seguir su obediencia meticulosa a la ley. Por otra parte estaban los saduceos, que eran intensamente políticos. Eran el partido aristocrático y rico; y eran el partido colaboracionista: con tal que se les permitiera retener sus riquezas, comodidades y posición de autoridad, estaban dispuestos a colaborar con Roma. Todos los principales sacerdotes eran saduceos. Y está claro que eran ellos los que dominaban el sanedrín. Es decir: que fueron los saduceos los que lo dijeron todo.

Juan nos los retrata con unas pocas pinceladas magistrales. Primero, eran declaradamente descorteses. Josefo dice de ellos *(La guerra de los judíos 2:8,14)* que «el comportamiento de los saduceos entre sí era bastante rudo, y su relación con sus iguales era tan áspera como con los extranjeros.» «Vosotros no tenéis ni idea», dijo Caifás (versículo 49). «Sois estúpidos y tenéis la cabeza vacía.» Aquí tenemos la arrogancia innata y avasalladora de los saduceos en acción; este era exactamente su carácter. Su arrogancia despectiva está en contraste implícito con los acentos de amor de Jesús.

Segundo, la única cosa que interesaba realmente a los saduceos era retener su poder y prestigio político y social. Lo que temían era que Jesús consiguiera muchos seguidores y provocara un conflicto con el gobierno. Los romanos eran tolerantes en muchas cosas; pero, con un imperio tan extenso que gobernar, no podían permitir desórdenes civiles, que siempre sofocaban con mano firme y cruel. Si Jesús fuera el causante de un desorden civil, Roma se echaría encima con todo su poder, y no cabía la menor duda de que los saduceos perderían su posición de autoridad. Nunca se les ocurrió preguntarse si Jesús tendría o no razón. Su única pregunta era: «¿Qué efecto puede tener en nuestra posición y comodidad y autoridad?» Juzgaban las cosas, no a la luz de principios éticos, sino a la de sus propios intereses. Todavía sigue habiendo personas que anteponen su carrera a la voluntad de Dios.

Aquí encontramos un tremendo ejemplo de ironía dramática. Algunas veces, un personaje de teatro dice algo cuyo

significado no comprende, pero el público sí. Eso es lo que se llama ironía dramática. Así es que los saduceos insistían en que había que eliminar a Jesús, porque si no los romanos se les echarían encima y les quitarían sus privilegios. El año 70 d.C. los romanos, cansados de la testarudez judía, sitiaron Jerusalén, y la convirtieron en un montón de ruinas, llagando hasta a pasar simbólicamente el arado por el área del templo. ¡Qué diferentes podrían haber sido las cosas si los judíos hubieran aceptado a Jesús! Los mismos pasos que dieron para salvar a su nación la condujeron a la ruina. Esta destrucción tuvo lugar en el año 70 d.C.; el evangelio de Juan se escribió hacia el año 100 d.C.; y todos los que lo leyeran descubrirían la ironía dramática en las palabras de los saduceos.

Entonces el sumo sacerdote Caifás dijo aquellas palabras de doble filo: « Si tuvierais dos dedos de frente -les dijo-, llegaríais a la conclusión de que es mucho mejor que muera un Hombre por la nación antes que toda la nación perezca.» Los judíos creían que, cuando el sumo sacerdote buscaba el consejo de Dios para la nación, Dios hablaba por medio de él. En la antigua historia, Moisés escogió a Josué como su sucesor en la dirección de Israel. Josué habría de tener una parte en su honor; y, cuando necesitara el consejo de Dios, iría al sumo sacerdote Eleazar: «Y se pondrá delante del sacerdote Eleazar, y le consultará...; por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán» *(Números 27:18-21).* El sumo sacerdote había de ser el canal de la palabra de Dios al líder o a la nación. Eso era Caifás en aquel día.

Aquí tenemos otro ejemplo tremendo de ironía dramática. Lo que Caifás quería decir era que era mejor que muriera Jesús que que hubiera problemas con los romanos. Era verdad que Jesús había de morir para salvar a la nación -pero no en el sentido que decía Caifás. Era verdad de una manera mucho más maravillosa. Dios puede hablar por los medios menos imaginables. Algunas veces puede mandar Su mensaje por medio de alguien que ni siquiera sabe lo que está diciendo. Puede usar hasta las palabras de un hombre malo.

Jesús había de morir por la nación de Israel, y también por todo el pueblo de Dios esparcido por todo el mundo. La Iglesia Primitiva hizo un uso muy hermoso de estas palabras. El primer libro de liturgia de la Iglesia Cristiana se llamó *La Didajé, La Doctrina de los Doce Apóstoles, y se* escribió poco después del año 100 d.C. Cuando se partía el pan en la Santa Cena se debía decir: «Como este pan estuvo esparcido por las montañas, y llegó a ser uno, que Tu Iglesia sea reunida de los fines de la Tierra en Tu Reino» *(Didajé 9:4).* Algún día los miembros dispersos de la Iglesia estarán unidos en un solo Cuerpo. Eso es algo que debemos pensar cuando vemos el pan partido en la Mesa del Señor.

JESÚS, FUERA DE LA LEY

Juan 11:54-57

> *En vista de aquello, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se retiró de ellos a un lugar al borde del desierto, a un pueblo que se llamaba Efraín, y se quedó allí con Sus discípulos.*
>
> *Ahora bien, la fiesta judía de la Pascua iba a ser poco después; y muchos de las zonas rurales subían a Jerusalén antes de la fiesta de la Pascua para purificarse. Andaban buscando a Jesús; y cuando se encontraban en el templo, hablaban entre sí y se decían:*
>
> *-¿Qué pensáis? ¿Es tan seguro que es imposible que venga a la fiesta?*
>
> *A todo esto, los principales sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes que si alguien sabía dónde estaba Jesús, que se lo comunicara, para que Le echaran mano.*

Jesús no jugaba con el peligro innecesariamente. Estaba dispuesto a entregar Su vida, pero no a malgastarla temerariamente antes de terminar Su obra. Así es que se retiró a un pueblo que se llamaba Efraín, que estaba cerca de Belén, en el país montañoso al Norte de Jerusalén *(2 Crónicas 13:19).*

Para entonces ya empezaba Jerusalén a llenarse de gente. Antes de participar en ninguna fiesta, los judíos tenían que purificarse ritualmente; y la impureza se podía contraer al tocar un numero considerable de cosas y personas. Muchos de los judíos, por tanto, se adelantaban para llegar a la ciudad a tiempo para hacer las ofrendas necesarias y realizar las abluciones para estar seguros de que estaban ritualmente limpios. La ley decía: «Todos los varones tienen que purificarse antes de la fiesta.»

Estas purificaciones se llevaban a cabo en el templo. Requerían tiempo; y, mientras esperaban, los judíos se reunían en grupitos expectantes. Sabían lo que pasaba. Sabían de la contienda de voluntades entre Jesús y las autoridades; y la gente siempre está interesada en el Que se enfrenta valientemente con riesgos imprevisibles. Se preguntaban si aparecería en la fiesta; y concluyeron que no Le sería posible. Este Carpintero galileo no podía arrostrar todo el poder de la jerarquía eclesiástica y política judía.

Pero habían infravalorado a Jesús. Cuando llegara Su hora para aparecer, no habría poder en la Tierra que se lo impidiera. Martín Lutero fue uno de esos que no hacen caso de las advertencias de las almas timoratas que tratan de impedir que sean lo que consideran demasiado lanzados. Él seguía el camino que consideraba correcto «pese a todos los cardenales, papas, reyes y emperadores, con todos los demonios y el infierno.» Cuando le citaron para que se presentara a la dieta de Worms para retractarse de sus ataques a los abusos de la Iglesia Católica Romana, le advirtieron insistentemente del peligro. Su respuesta fue: «Iré aunque haya tantos demonios en Worms como tejas en sus tejados.» Cuando se le dijo que el duque Jorge le metería preso, contestó: « ¡Iré aunque lluevan duques Jorge!» No era que Lutero fuera un temerario -porque a menudo le temblaban la voz y las rodillas cuando hacía esas declaraciones-;pero tenía un valor que conquistaba el miedo. El cristiano no teme a las consecuencias de hacer lo que debe, sino a las de *no* hacerlo.

Por los últimos versículos del capítulo sacamos la impresión de que, para este tiempo, Jesús ya estaba catalogado como un fuera de la ley. Puede que las autoridades judías hubieran ofrecido una recompensa por la información que condujera a Su detención, y que eso fuera lo que buscaba, y obtuvo, Judas. A pesar de todo, Jesús fue a Jerusalén. Y no furtivamente, por las callejuelas escondidas; sino abiertamente, y de tal manera que atrajo la atención de todo el mundo. Se podrá decir lo que se quiera de Jesús; pero hay que inclinarse de admiración ante Su valor, que desafiaba a la muerte. En aquellos últimos días de Su vida se comportó como el más valeroso fuera-de-la-ley de todos los tiempos.

LA PRODIGALIDAD DEL AMOR

Juan 12:1-8

> *Cuando faltaban seis días para la Pascua, Jesús fue a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado. Y allí Le hicieron una cena; Marta se encargaba de servir, y Lázaro era uno de los que estaban ala mesa con Jesús.*

Entonces María trajo una libra de perfume de nardo puro muy costoso, y ungió los pies de Jesús, secándolos luego con sus cabellos. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Pero Judas Iscariote, uno de los discípulos de Jesús, el que más tarde le traicionaría, dijo:

-¿Por qué no se vendió ese perfume por trescientos denarios, para dárselos a los pobres?

Eso lo decía, no porque le importaran los pobres, sino porque era un ladrón, y estaba a cargo de la caja, y sisaba de lo que se metía en ella. Pero Jesús dijo:

-Dejadla que me rinda este honor anticipándose a mi funeral. A los pobres siempre los tendréis a vuestra disposición; pero a Mí, no.

Ya hemos visto en otras ocasiones que muchos intérpretes creen que ciertas partes del evangelio de Juan están fuera de su sitio. Algunos sospechan que eso es lo que ha pasado aquí. Moffatt, por ejemplo, lo imprimió en el siguiente orden: versículos 19-29; 1-18 y 30; 31-42. Aquí seguimos el orden de la versión Reina-Valera y de todas las otras españolas; pero si el lector quiere seguir el capítulo en el orden sugerido, verá la relación de los hechos y del pensamiento más claramente.

Jesús estaba llegando al final de su vida en la Tierra. El ir a Jerusalén para la Pascua fue una acción del más extraordinario valor, porque las autoridades ya le habían proclamado fuera de la ley *(Juan 11:57).* Tan considerable era el gentío que llegaba a Jerusalén para la Pascua que no podían todos conseguir alojamiento en la ciudad, y Betania era uno de los lugares fuera de los límites de la ciudad que la ley establecía como aptos para admitir el exceso de peregrinos.

Cuando Jesús llegó a Betania, sus amigos le organizaron una cena. Debe de haber sido en la casa de Marta y María y Lázaro; porque, ¿en qué otra casa iba a estar Marta sirviendo sino en la suya?

Fue entonces cuando a María se le desbordó el corazón de amor. Tenía una libra de perfume de nardo muy costoso. Tanto Juan como Marcos lo describen con el adjetivo *pistikós (Mar*cos 14:3). Lo curioso es que no se sabe exactamente lo que quiere decir esa palabra. Hay cuatro posibilidades. Puede que derive del adjetivo *pistós,* que quiere decir *fiel, de confianza;* así que *pistikós* podría querer decir *genuino.* También podría venir del verbo *pinein,* que quiere decir *beber; y podría* querer decir *líquido.* Puede que fuera una «marca registrada», en cuyo caso deberíamos traducirlo por *nardo pístico.* También puede que venga de una palabra que quiere decir pistacho y sería un perfume que se extraía de ese fruto seco o de su árbol. Lo que sí es seguro es que era una clase de perfume muy apreciada y cara. Con este perfume, María ungió los pies de Jesús. Judas, mezquinamente, interpretó su acción como un derroche innecesario. Jesús le atajó diciéndole que a los pobres siempre se les podía dar dinero, pero la amabilidad que se había tenido con El tenía que ser entonces, porque más adelante ya no habría oportunidad.

Aquí tenemos toda una serie de bocetos de personajes.

(i) Tenemos a Marta. Estaba sirviendo a la mesa. Amaba a Jesús; era una mujer práctica: su manera natural de mostrar amor era con la labor de sus manos. Marta daba siempre todo lo que podía. Muchísimos grandes hombres han llegado a ser lo que fueron gracias al cuidado cariñoso de alguna persona así que tenían en el hogar. Es tan posible servir a Jesús en la cocina como en el púlpito o en cualquier otro lugar.

(ii) Tenemos a María. Por encima de todo, amaba a Jesús; y aquí, en su gesto, vemos tres características del amor.

(a) Vemos el exceso del amor. María trajo lo más precioso que tenía, y se lo gastó todo en Jesús. El amor no es amor si calcula meticulosamente el precio. Da su todo, y lo único que lamenta es no tener todavía más que dar. O'Henry, el maestro de la narración corta, tiene una historia conmovedora que se llama El Don *de los* Magos. Una pareja americana joven, Della y Jim, eran muy pobres pero estaban muy enamorados. Cada uno tenía una sola cosa que era su posesión exclusiva. E1 cabello de Della era su gloria. Cuando se lo soltaba, casi le servía de túnica. Jim tenía un reloj de oro que había sido de su padre y era su orgullo. Era el día antes de Navidad, y Della no tenía más que un dólar y ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. Fue, y vendió su pelo por veinte dólares, con los que le compró a Jim una pulsera de platino para su precioso reloj. Cuando Jim llegó a casa por la noche y vio la cabecita trasquilada de Della, se quedó estupefacto. No era que no le gustara, ni que la amara menos por eso; porque estaba más preciosa que nunca. Despacito, él le entregó a ella su regalo: era un juego de peines de concha de tortuga muy caros, para su precioso pelo... y había vendido su reloj de oro para comprarlos. Cada uno le había dado al otro todo lo que tenía. El amor verdadero no tiene otra manera de dar.

(b) Vemos la humildad del amor. Era conferir un honor el ungir la cabeza de una persona. «Ungiste mi cabeza con aceite,» dice el salmista (Salmo 23: S). Pero María no se atrevía a llegar a la altura de la cabeza de Jesús, y le ungió los pies. Lo último en que podía pensar María era en conferirle un honor a Jesús; jamás se consideró con capacidad para eso.

(c) Vemos la naturalidad del amor. María le secó los pies a Jesús con sus propios cabellos. En Palestina, ninguna mujer respetable aparecería en público con el cabello suelto. El día de su boda, una chica se sujetaba el cabello y ya nunca se dejaba ver en público con el cabello suelto. Eso habría hecho que se la identificara con una mujer inmoral. Pero a María ni siquiera se le ocurrió pensarlo. Cuando dos personas se aman de veras, viven en su mundo. Van por una calle abarrotada de gente cogidos de la mano, sin importarles lo que puedan pensar los demás. A muchos les da corte presentarse como cristianos, porque les preocupa lo que otros piensen de ellos. María amaba a Jesús tanto que no le podía importar menos lo que pensaran o dijeran otros.

Pero hay algo más aquí acerca del amor. Juan lo expresa diciendo: « Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.» Ya hemos visto que la mayor parte de lo que nos cuenta Juan tiene un doble sentido: uno que está en la superficie, y otro más interior. Muchos padres de la Iglesia e intérpretes han visto aquí un doble sentido. Lo han tomado como diciendo que toda la Iglesia se llenó del recuerdo agradable de la buena acción de María. Una buena acción se convierte en la posesión de todo el mundo y añade a la belleza de la vida en general algo que el tiempo no puede destruir.

LA PRODIGALIDAD DEL AMOR

Juan 12:1-8 (conclusión)

(iii) Tenemos a Judas. Aquí se nos revelan tres cosas acerca del misterio de su persona.

(a) Vemos la confianza que tenía Jesús en él. Desde tan atrás como *Juan 6:70-71,* Juan nos presenta a Jesús plenamente consciente de que había un traidor en sus filas. Bien puede ser que tratara de ganarse el corazón de Judas poniéndole de tesorero de la compañía apostólica. O tal vez intentara apelar a su sentido del honor. O puede que estuviera diciéndole en efecto: «Judas, aquí hay algo que puedes hacer por mí. Aquí tienes la prueba de que te necesito y te quiero.» Esa apelación falló con Judas; pero sigue en pie el hecho de que, a menudo, la mejor manera de recuperar a alguien que va por mal camino es tratarle, no con suspicacia, sino con confianza; como si se esperara de esa persona, no lo peor, sino lo mejor.

(b) Vemos una de las leyes de la tentación. Jesús no habría puesto a Judas a cargo de la caja a menos que tuviera ciertas cualidades. Westcott, en su comentario, dice: « La tentación suele sobrevenirnos en aquello para lo que tenemos una cierta predisposición y capacidad natural.» Si uno tiene una cierta habilidad para manejar el dinero, su tentación puede venirle por considerar que el dinero es la cosa más importante del mundo. Si una persona está dotada para ocupar un lugar prominente, puede que le venga la tentación de poner su reputación por encima de todo. Si una persona tiene un don particular, puede que le asalte la tentación de la presunción. Judas tenía la habilidad de manejar dinero, y tanto se aficionó a ello que se volvió, primero, un ladrón, y luego un traidor. La versión Reina-Valera dice que *tenía* la bolsa. El verbo griego es *bastazein,* que no quiere decir *tener* ni *llevar,* sino *sisar.* Judas no sólo llevaba la bolsa, sino que sustraía de lo que había en ella. La tentación le asaltaba en lo que constituía su talento y su responsabilidad especial.

(c) Vemos cómo se pueden deformar las ideas de una persona. Judas acababa de presenciar una acción de insuperable encanto, y la consideró un despilfarro injustificado. Era un amargado, y lo veía todo con amargura. Lo que uno ve depende de lo que lleva dentro. Ve sólo lo que está preparado para ver. Si nos gusta una persona, no le vemos defectos; pero, si no nos gusta, todo lo que haga nos parecerá mal. Una mente deformada produce una visión deformada de las cosas; y, si descubrimos que nos estamos volviendo muy críticos con los demás, y que tendemos a imputarles motivos bastardos, debemos, por un momento, dejar de examinarlos y ponernos a examinarnos a nosotros mismos.

Por último, aquí encontramos una gran verdad acerca de la vida. Algunas cosas las podemos hacer cuando queramos; pero otras, no las haremos jamás si desperdiciamos la ocasión que se nos presenta. Sentimos el deseo de hacer algo bueno, hermoso, generoso y noble. Si lo aplazamos, o lo dejamos para mañana, aquel buen impulso se retira, y no lo hacemos nunca. La vida es siempre incierta. Pensamos decir unas palabras de gratitud, de aprecio o de amor, pero lo dejamos para más adelante; y a menudo ya no lo decimos.

Hay un ejemplo clásico de un hombre que se dio cuenta demasiado tarde de lo que no había dicho ni hecho nunca. Thomas Carlyle amaba a Jane Welsh Carlyle; pero era un hombre tan difícil e irascible que nunca le hizo la vida fácil a su esposa. Ella murió repentinamente. J. A. Froude nos habla de los sentimientos de Carlyle cuando la perdió. «Estaba revisando los papeles de su esposa, sus cuadernos y diarios; y viejas escenas luctuosas volvieron despiadadamente a su memoria. En largas noches de insomnio reconoció demasiado tarde lo que ella había sentido y sufrido por sus rabietas infantiles. Sus faltas se le representaron en un juicio sin piedad y, de la misma manera que antes le habían parecido fruslerías, ahora las exageraba en su impotente arrepentimiento...» "¡Oh -gritaba una y otra vez-, si la pudiera ver sólo una vez más, aunque sólo fueran cinco minutos, para hacerle saber que la he querido siempre a pesar de todo eso. Y ella nunca lo supo, nunca".» Hay un tiempo para hacer y para decir cosas; y, cuando se pasa, puede que ya no se digan ni hagan nunca.

La objeción malhumorada de Judas era que el dinero de ese perfume se podía haber dado a los pobres. Pero, como dice la Escritura, «No faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso Yo te mando diciendo : Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra» *(Deuteronomio 15:11).* El ayudar a los pobres era algo que se podía hacer en cualquier tiempo. Mostrar la devoción del corazón a Jesús tenía que hacerse antes que le recibiera la Cruz del Calvario en sus crueles brazos. Acordémonos de hacer las cosas ahora, porque la oportunidad rara vez se presenta otra vez; y el no haberlas hecho -especialmente el no haber expresado el amor- trae amargos remordimientos.

EL PLAN PARA DESTRUIR LA EVIDENCIA

Juan 12:9-I1

El gentío judío sabía que Jesús estaba allí; y vinieron, no sólo a ver a Jesús, sino también a Lázaro, al que Jesús había resucitado.

Los principales sacerdotes conspiraron para matar también a Lázaro; porque muchos de los judíos se les estaban apartando por causa de él, y llegaban a creer en Jesús.

A los líderes de los judíos se les estaban poniendo las cosas imposibles. Este era principalmente el caso de los saduceos, a cuyo partido pertenecían todos los sacerdotes, que eran los que tenían más que perder.

Primero, los amenazaba desde el punto de vista político. Los saduceos eran la aristocracia adinerada, y trabajaban en estrecha colaboración con el gobierno romano. No se proponían otra cosa que seguir disfrutando de su riqueza, comodidad y posición. Siempre que se les permitiera retener sus puestos directivos en el gobierno, estaban dispuestos a colaborar. Los romanos concedían a los reinos sometidos una medida considerable de libertad. Hablando en general, bajo un gobernador romano se les permitía gobernar a ellos; pero al más ligero desorden civil, les caía encima con todo su peso la mano de Roma; y, los que fueran responsables del gobierno y hubieran fracasado en su mantenimiento quedaban despedidos. Los saduceos veían en Jesús al líder en potencia de una rebelión. Se estaba apoderando de los corazones del pueblo. El ambiente estaba sobrecargado; y los saduceos estaban decididos a librarse de Él para que no hubiera un levantamiento que pusiera en peligro su comodidad y autoridad.

Segundo, lo consideraban teológicamente intolerable. Al contrario que los fariseos, los saduceos no creían en la resurrección de los muertos; y ahora se veían con un tal Lázaro, que había resucitado. A menos que hicieran algo, los cimientos de su poder, su influencia y su enseñanza se estaban resquebrajando bajo sus propios pies.

Así es que decidieron destruir la evidencia eliminando también a Lázaro. H. G. Wood cuenta la objeción de dos señoras viejecitas en los días en que Charles Darwin había hecho pública su hipótesis de la evolución, y se pensaba que aquello quería decir que la humanidad había surgido de las bestias y era semejante a ellas. Se les oyó decir: «Esperemos que no sea verdad; y, si lo es, corramos un tupido velo.» Cuando alguien tiene que sostener su posición destruyendo la evidencia que la amenaza, eso quiere decir que está usando métodos deshonestos para mantener una mentira y lo sabe.

Los saduceos estaban dispuestos a suprimir la verdad para defender sus intereses. Para muchas personas, el propio interés es el motivo más poderoso de la vida. Muchos descubrimientos que podrían producir mercancías más baratas nunca ven la luz del día porque compran las patentes y las mantienen inoperantes los fabricantes de otros productos que se ven amenazados. El propio interés dicta política y acción.

A fin de mantener su posición y su influencia, los sacerdotes y los saduceos estaban dispuestos a destruir la evidencia de la verdad. La persona que tiene miedo de la verdad y coloca su prestigio y provecho propio por encima de ella se encuentra sin duda en una situación lamentable.

LA BIENVENIDA AL REY

Juan 12:12-19

Al día siguiente, todo el gentío que estaba en Jerusalén para la fiesta se enteró de que Jesús iba de camino para allá. Entonces cortaron ramas de palmera, y salieron a recibirle. Y no dejaban de gritar:

-¡Hosanna! ¡Benito el que viene en el nombre del Señor, Que es el Rey de Israel!

Jesús se encontró un borriquillo, y se sentó sobre él, como dice la Escritura: «¡No tengas miedo, hija de Sión! ¡Mira: tu Rey está llegando, sentado sobre un pollino!» En aquel momento los discípulos no comprendieron lo que quería decir todo aquello; pero, después que Jesús fue glorificado, se acordaron de todo lo que le hicieron, y de que ya estaba escrito acerca de El.

La multitud que estaba con Él daba testimonio de cómo había llamado a Lázaro de la tumba y le había resucitado. Fue precisamente porque oyeron que había realizado aquella señal por lo que la multitud salió a recibirle. A eso los fariseos se dijeron unos a otros:

-¡Ya veis que las medidas que habéis tomado no han servido para nada! ¡Fijaos! ¡Todo el mundo se va tras ÉL!

La Pascua, Pentecostés y Tabernáculos eran las tres fiestas de guardar de los judíos. Para la Pascua venían a Jerusalén judíos de todo el mundo. Dondequiera que viviera un judío, su ambición era celebrar una Pascua en Jerusalén. Hasta el día de hoy y a lo largo de todas las edades, cuando los judíos celebran la Pascua en su lugar de residencia, dicen: < ¡Este año aquí; pero el que viene, en Jerusalén!»

Por entonces, Jerusalén y todos los pueblos de alrededor estaban abarrotados de peregrinos. En cierta ocasión se hizo un censo de los corderos que se mataron para la fiesta de la Pascua, y se alcanzó la cifra de 256.000. Tenían que ser un mínimo de diez personas por cordero; así que, si los números eran correctos, tiene que haber habido unas 2,700.000 personas en Jerusalén y

alrededores aquel año. De modo que, aunque la cifra fuera exagerada, sigue siendo verdad que la población de Jerusalén se multiplicaba en esas fechas.

Se habían divulgado noticias y rumores de que Jesús, el que había resucitado a Lázaro, estaba de camino hacia Jerusalén. Había dos multitudes: la que acompañaba a Jesús desde Betania, y la que salió a su encuentro de Jerusalén; y deben de haber fluido juntas como una doble marea de la mar. Jesús llegaba cabalgando en un borriquillo. Cuando la gente le encontraba, le recibía como a un conquistador. Y la vista de la tumultuosa bienvenida sumió a las autoridades en las profundidades de la desesperación; porque parecía que nada de lo que ellos hicieran podía detener la avalancha de los seguidores de Jesús. Este incidente evangélico es tan importante que debemos hacer todo lo posible para comprender qué fue exactamente lo que sucedió.

(i) Algunos de la multitud no eran más que espectadores. ¡Ahí iba uno que, según se decía, había resucitado a un muerto! Y muchos habían salido, sencillamente, a ver a una figura sensacional. Siempre es posible atraer gente *por un tiempo* con sensacionalismo y una publicidad astuta; pero no suele durar. Muchos de los que aquel día consideraban a Jesús sensacional, aquella misma semana pedirían su muerte.

(ii) Muchos de la multitud vitoreaban a Jesús como a un conquistador. En el fondo, esa era la atmósfera dominante de toda la escena. La saludaban con las palabras: «¡Hosanna! ¡Benito el que viene en el nombre del Señor, que es el Rey de Israel!» La palabra *Hosanna* quiere decir en hebreo *¡Salva ahora!;* y el grito de la gente era casi precisamente el equivalente de: «¡Dios salve al Rey!»

Las palabras con las que dieron la bienvenida a Jesús son iluminadoras. Son una cita del *Salmo 118:25-26.* Ese salmo tenía muchas referencias que no podían por menos de estar presentes en la mente de la mayoría. Era el último salmo del grupo conocido como *Hallel (113-118).* La palabra *hallel* quiere decir *¡Loado sea Dios!,* y estos son salmos de alabanza.

Formaban parte de las primeras cosas que se aprendían de memoria los chicos judíos. Se cantaban a menudo en los cultos de alabanza y acción de gracias del templo; y eran parte del ritual de la Pascua. Además, este salmo en particular estaba íntimamente relacionado con el ritual de la fiesta de los Tabernáculos, en el que los adoradores llevaban manojos de palmera, arrayán y sauce que se llamaban *lulab.* Iban todos los días al templo con ellos. Todos los días de la fiesta daban la vuelta al altar mayor de los holocaustos, una vuelta los seis primeros días y siete el último; y, conforme iban marchando, cantaban triunfalmente versículos de este salmo, y especialmente estos mismos. De hecho, es posible que este salmo se compusiera para cantarlo en la primera celebración de los Tabernáculos cuando Nehemías acabó de reconstruir los muros y la ciudad, y los judíos volvieron a su patria desde Babilonia y pudieron celebrar otra vez los cultos en el templo *(Nehemías 8:14-18).* Este era, sin duda, el salmo de las grandes ocasiones, y la gente lo sabía muy bien.

Además, éste era el salmo del conquistador por excelencia. Para dar un ejemplo: estos mismos versículos los cantó y gritó la población de Jerusalén al dar la bienvenida a Simón Macabeo cuando volvió de conquistar Acra, rescatándola de cien años de dominio sirio. Sin duda, cuando la multitud cantaba ese salmo, estaba dando la bienvenida a Jesús como el Libertador Ungido por Dios, el Mesías esperado. Y no hay duda de que le recibían como conquistador. Para ellos sería una cuestión de tiempo el que sonaran las trompetas llamando a las armas, y la nación de Israel se lanzaba a la tan esperada victoria sobre Roma y el mundo entero. Jesús se acercaba a Jerusalén en olor de multitud y entre sus gritos que le aclamaban como el conquistador que estaban esperando; lo que le dolería profundamente, porque le veían precisamente como lo que Él había rehusado ser.

LA BIENVENIDA AL REY

Juan 12:12-19 (conclusión)

(iii) En una situación semejante está claro que Jesús no se podía dirigir a la multitud. No habría podido alcanzar con su voz a una audiencia tan extensa y enfervorizada; así es que hizo algo que todo el mundo podía ver: entró en Jerusalén montado en un borriquillo.

Aquello tenía dos significados.

(a) Primero: era presentarse claramente como el Mesías. Fue una representación dramática de las palabras del profeta Zacarías. Juan no da la referencia porque citaría de memoria. Zacarías había dicho: « ¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! ¡Mira a tu Rey que viene a ti, triunfante y victorioso, humilde y cabalgando en un asno, en un borriquillo hijo de asna!» *(Zacarías 9:9).* A1 cumplir así la profecía, Jesús se presentaba como el Mesías sin dejar lugar a ninguna clase de dudas.

(b) Pero, segundo: se presentaba como un Mesías de una cierta clase. No debemos malentender esta escena. Entre nosotros, el asno es un animal pobre y despreciado, pero en el Este se le consideraba noble. El juez Jair tenía treinta hijos que cabalgaban en asnos *(Jueces 10:4).* Ajitófel, también usaba la misma montura *(2 Samuel 17:23).* Mefiboset, el príncipe heredero hijo de Saúl, vino a ver a David montado en un asno *(2 Samuel 19:26).* El sentido es que un rey se presentaba montado a caballo cuando iba en son de *guerra,* pero en un asno cuando iba en son de *paz.* La acción de Jesús era una señal de que Él no era la figura bélica que muchos soñaban, sino el Príncipe de Paz. Nadie lo comprendió así entonces, ni siquiera sus discípulos, que deberían haber tenido más discernimiento. Todos tenían la mente llena de una clase de histeria multitudinaria. Aquí estaba el

Que había de venir; pero ellos esperaban al Mesías de sus sueños de grandeza y de sus fantasías nacionalistas; no esperaban al Mesías que Dios les habían enviado. Jesús trazó un cuadro dramático de lo que Él pretendía ser; pero nadie entendió su simbolismo.

(iv) Entre bastidores estaban las autoridades judías. Se sentían fracasados y desesperados: nada de lo que pudieran hacer parecía bastar para detener el impacto de Jesús. «¡Todo el mundo se va tras El!» En este dicho de las autoridades tenemos otro ejemplo de la ironía dramática en la que Juan es un maestro. No hay otro autor en el Nuevo Testamento que pueda decir más con menos palabras. Fue porque Dios amó tanto *al mundo* por lo que Jesús vino *al mundo; y aquí,* sin darse cuenta del alcance de sus palabras, sus enemigos están diciendo que *el mundo* entero se va tras Él. En la sección siguiente, Juan nos va a contar cómo llegaron unos griegos a Jesús. Los primeros representantes de ese mundo más amplio, los primeros buscadores de fuera, están a punto de aparecer. Las autoridades judías estaban diciendo algo que era mucho más verdad de lo que ellos pensaban.

No podemos dar por terminado nuestro estudio de este pasaje sin hacer referencia al detalle más sencillo y más conmovedor de todos. Rara vez, si alguna, se ha producido en toda la Historia de la humanidad un despliegue tan magnífico de valentía consciente como la de Jesús en la Entrada Triunfal. Debemos tener presente que Jesús era ya un fuera de la ley, y que las autoridades estaban decididas a acabar con Él. La prudencia más elemental habría bastado para aconsejarle que se diera la vuelta y se refugiara en Galilea o en el desierto. Si tuviera que entrar en Jerusalén de todas formas, la precaución más elemental le habría exigido hacerlo de incógnito y buscándose escondites bien seguros. Pero Jesús entró en Jerusalén de tal manera que todas las miradas se enfocaron en su persona. Fue una acción del valor más superlativo, porque desafiaba a todo lo que la humanidad le pudiera hacer; y fue la acción del amor más superlativo, porque fue la última apelación del amor antes del final.

LOS BUSCADORES GRIEGOS

Juan 12:20-22

> *Había algunos griegos entre los que asistían a la fiesta. Se dirigieron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le pidieron por favor:*
>
> *-Querríamos ver a Jesús.*
>
> *Felipe fue a decírselo a Andrés, y los dos juntos fueron a decírselo a Jesús.*

Ninguno de los otros evangelios nos relata este incidente; pero es muy significativo que nos lo encontremos en el de Juan. El Cuarto Evangelio fue el que se escribió especialmente para presentar la verdad del Evangelio de manera que los griegos la pudieran entender y aceptar; así que es natural que sea en este evangelio en el que nos encontremos la historia de los primeros griegos que vinieron a Jesús.

No nos tiene por qué parecer extraño que hubiera griegos en Jerusalén en el tiempo de la Pascua. Puede que no fueran ni prosélitos ni «temerosos de Dios», que era como llamaban los judíos a los simpatizantes que asistían a los cultos de las sinagogas pero no habían llegado al punto de someterse a la circuncisión. Los griegos eran peregrinos inveterados, llevados de acá para allá por el deseo de descubrir cosas nuevas. « Vosotros los atenienses -dijo uno de los antiguos-, con todo lo que sabéis, ni sabéis vivir en paz ni dejar en paz a los demás.» < Vosotros los griegos -dijo otro- sois como niños, siempre jóvenes de espíritu.» Más de quinientos años antes de esto, Heródoto había viajado por todo el mundo, según decía, para descubrir cosas. A una gran distancia remontando el Nilo hay todavía una gran estatua egipcia en la que un turista griego escribió su nombre, como siguen haciendo los turistas en nuestro tiempo. Por supuesto que había griegos que viajaban con fines comerciales; pero probablemente fueron los primeros en viajar por viajar en el mundo antiguo. No hay necesidad de sorprenderse de encontrar un grupo de espectadores griegos ni siquiera en Jerusalén.

Pero los griegos eran más que eso. Eran buscadores de la verdad por encima de todo. No era raro encontrar a un griego que hubiera pasado de una escuela filosófica a otra, y de una religión a otra, y de un maestro a otro en busca de la verdad. Los griegos eran buscadores natos.

¿Cómo habrían llegado aquellos griegos a saber de Jesús y a tener interés en Él? J. H. Bernard lanza una sugerencia muy interesante. Fue probablemente en la última semana de su ministerio, como nos dicen los otros tres evangelios, cuando Jesús purificó el templo y barrió de allí a los cambistas y a los vendedores de animales. Ahora bien, aquellos traficantes ponían sus puestos en el Atrio de los Gentiles, que era el mayor y el primero de todos los atrios del templo, y del que no podían pasar los gentiles bajo pena de muerte. Estos griegos que habían ido a Jerusalén en el tiempo de la Pascua no podrían por menos de visitar el templo, y se encontrarían en el atrio de los Gentiles. Tal vez habían presenciado aquella escena terrible de la expulsión de los comerciantes de aquel mismo atrio; y tal vez querían saber más del hombre que era capaz de hacer tales cosas.

En cualquier caso y fuera donde fuera, este es uno de los grandes momentos de la historia evangélica, porque aquí se nos insinúa tímidamente por primera vez que el Evangelio había de llegar a todo el mundo.

Los griegos se dirigieron con su petición a Felipe en primer lugar. ¿Por qué a Felipe? No lo podemos decir con seguridad; pero es posible que fuera porque el nombre *Felipe* es griego, y tal vez pensaron que uno que se llamara así los trataría con

comprensión. Sin embargo, Felipe no sabía qué hacer, y fue a consultárselo a Andrés. Andrés no tenía la menor duda en esos casos, y los llevó a Jesús.

Andrés ya había descubierto por aquel entonces que no había nadie que pudiera ser una molestia para Jesús. Sabía que Jesús no le volvería la espalda a ningún sincero buscador.

LA SORPRENDENTE PARADOJA

Juan 12:23-26

> *Jesús se dirigió a ellos con las siguientes palabras: -Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado. Esto que os digo es la pura verdad: a menos que un grano de trigo caiga en la tierra y muera, no llega a ser nada más que uno solo; pero, si muere, se multiplica en mucho fruto. El que no ama nada más que su propia vida, es el que la pierde; pero el que aborrece su vida en este mundo, ese es el que la conserva para la eternidad. El que quiera servirme, que me siga; y donde yo esté, allí estará también mi servidor.*

Sería difícil encontrar otras palabras de Jesús en el Nuevo Testamento que les produjeran un desencanto tan grande como estas a los que las oyeran por primera vez. Empiezan de una forma que sería lo primero que cualquiera podría esperar; pero acaban diciendo precisamente lo contrario.

«Ha llegado la hora dijo Jesús en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado.» Estaba claro que las cosas habían ido conduciendo a una crisis, y que esa crisis había llegado a producirse. Pero la idea que tenía Jesús de lo que esa crisis implicaba era totalmente distinta de la que tenían los demás. Cuando Jesús hablaba del *Hijo del Hombre,* no quería decir lo que la gente se figuraba. Para comprender el carácter demoledor de este breve párrafo debemos tratar de saber lo que los judíos entendían por el *Hijo del Hombre.* Ese término procedía del libro de *Daniel.* En el capítulo 7, versículos 1-8, el autor ha descrito las potencias mundiales que han ejercido dominio: los asirios, los babilonios, los medos y los persas. Fueron tan crueles, salvajes y sádicos que no se podían describir más que como fieras -el león con alas de águila, el oso con tres costillas entre los dientes, el leopardo de cuatro alas y cuatro cabezas y la terrible fiera con dientes de hierro y diez cuernos. Esos eran los símbolos de las potencias que habían ejercido dominio hasta entonces. Pero, en la visión del profeta, iba a venir al mundo un nuevo poder que iba a ser benigno, humano y piadoso, por lo que se le representa, no con la figura de otra fiera, sino con la de un ser humano. Este pasaje quiere decir que el día del salvajismo iba a pasar, e iba a amanecer el día de la humanidad.

Ese era el sueño de los judíos: la edad de oro, cuando la vida sería suave y ellos serían los amos del mundo. Pero, ¿cómo vendría ese día? Cada vez veían más claro que su nación era tan pequeña y su poder tan reducido que la edad de oro no podía venir por medios y poder humanos, sino que tendría que venir por una directa intervención de Dios. El enviaría a Su Campeón para que lo instaurara. Así que se retrotrajeron a la figura del libro de *Daniel, y ¿Qué* más natural que llamar al Campeón el *Hijo del Hombre?* La frase que había sido simplemente un símbolo se tomó como la descripción de una persona. Entre el Antiguo y el Nuevo Testamento surgió toda una literatura acerca de la edad de oro y cómo se iba a producir. Entre sus problemas y sufrimientos, en sus opresiones y esclavitudes, los judíos nunca olvidaron ni descartaron su sueño. Uno de esos libros tuvo una influencia muy especial: el *Libro de Enoc,* en el que se habla repetidamente del *Hijo del Hombre.* El Hijo del Hombre es una figura extraordinaria que, como si dijéramos, Dios tiene sujeto en una traílla. Pero llegará el día en que Dios le suelte, y vendrá con poderes divinos que ninguna persona ni reino podrá resistir, y abrirá el camino para el imperio universal de los judíos.

Para los judíos, el Hijo del Hombre representaba al Conquistador mundial e invencible enviado por Dios. Así que Jesús dice: «Ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre ha de ser glorificado.» Sus oyentes entenderían: «¡Sí, ya es hora de que el Campeón de Israel se levante y se cubra de gloria! » Creerían que la trompeta de la eternidad había sonado, que el poder del Cielo estaba en marcha y que la campaña victoriosa ya había comenzado.

Pero Jesús no quería decir eso cuando hablaba de *ser glorificado.* Ellos entendían que los reinos de la Tierra serían sojuzgados y hollados bajo los pies del Conquistador; pero por *glorificado* Jesús entendía *crucificado.* Cuando se mencionó al Hijo del Hombre glorificado, ellos entendieron la conquista llevada a cabo por los ejércitos de Dios; pero Jesús se refería a la conquista de la Cruz.

La primera frase de Jesús inflamaría los corazones de los oyentes; a continuación siguió una serie de dichos que los dejarían confusos y perdidos, porque les resultarían incomprensibles o increíbles; porque hablaban, no en términos de conquista, sino de sacrificio y muerte. Nunca entenderemos a Jesús, ni la actitud de los judíos hacia Él, hasta que nos demos cuenta de que Jesús puso al revés todas las ideas que ellos tenían, cambiando un sueño de conquista en la visión de la Cruz. No nos sorprende que no le entendieran; la tragedia fue que se negaran a intentarlo.

LA SORPRENDENTE PARADOJA

Juan 12:23-26 (conclusión)

¿Cuál era la sorprendente paradoja que Jesús estaba enseñando? Estaba diciendo tres cosas, que son variantes de una verdad central de la fe y de la vida cristiana.

(i) Estaba diciendo que sólo por medio de la muerte viene la vida. El grano de trigo es ineficaz e improductivo mientras se conserve, como si dijéramos, seguro y a salvo. Es cuando se arroja a la tierra y se entierra como en una tumba cuando lleva fruto. Fue la muerte de los mártires lo que hizo que la Iglesia creciera. Es verdad la famosa frase: « La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.»

Todas las grandes empresas han vivido porque ha habido personas dispuestas a dar la vida por ellas. Pero aún hay algo más personal. A veces es sólo cuando sepultamos los intereses y las ambiciones personales cuando empezamos a serle útiles a Dios para algo. Cosmo Lang llegó a ser arzobispo de Canterbury. En un tiempo había tenido grandes ambiciones mundanas. La influencia de un amigo piadoso le guió a abandonarlas y entrar en la Iglesia de Inglaterra. Cuando estaba estudiando para el ministerio en Cuddesdon, orando en la capilla un día oyó inconfundiblemente una voz que le decía: «¡Se te necesita!» Fue después de enterrar sus ambiciones personales cuando empezó a serle útil a Dios.

Por la muerte viene la vida. Por una lealtad hasta la muerte han nacido y se han conservado las cosas más preciosas que posee la humanidad. Por la muerte al deseo y a la ambición personal se llega a estar disponible para Dios.

(ii) Estaba diciendo que la única manera de no perder la vida es darla. El que ama su propia vida está movido por dos motivos: el egoísmo y el deseo de seguridad. No una ni dos, sino muchas veces insistió Jesús en que el que atesora su vida acaba por perderla, y el que la entrega es el que al final la conserva. Hubo un famoso evangelista que se llamó Christmas Evans, que siempre estaba lanzado predicando a Cristo. Sus amigos le suplicaban que tomara las cosas con un poco de calma, pero él siempre contestaba: «Es mejor consumirse que enmohecerse.» Cuando Juana de Arco supo que sus enemigos eran muy fuertes y que le quedaba poco tiempo, Le dijo a Dios: « No voy a durar más que un año. Úsame todo lo que puedas.» Una y otra vez Jesús estableció esta ley (Marcos 8:35; Mateo 16:25; Lucas 9:24; Mateo 10:39; Lucas 17:33).

No tenemos más que pensar en lo que este mundo habría perdido si no hubiera habido personas dispuestas a olvidar su seguridad, bienestar, ganancia y promoción personal. El mundo se lo debe todo a los que se consumieron entregándose a sí mismos sin reservas a Dios y a sus semejantes. Probablemente existiremos algo más de tiempo si nos tomamos las cosas con calma, si nos evitamos las tensiones, si nos sentamos cómodamente y nos cuidamos de nosotros mismos. Puede que así existiéramos más tiempo pero no viviríamos.

(III) Estaba diciendo que la grandeza no se obtiene más que mediante el servicio. Las personas que el mundo recuerda con amor son las que han servido a los demás. Una cierta señora Berwick había sido muy activa en el trabajo del Ejército de Salvación en Liverpool. Cuando se jubiló, se mudó a Londres. Entonces vino la guerra, con sus bombardeos. A la gente se le ocurrían ideas extrañas, y una de ellas fue que, por lo que fuera, la pobre casa de la señora Berwick y su refugio eran especialmente seguros. Ella era ya muy anciana, y sus días de servicio en Liverpool eran ya un pasado bastante lejano; pero se dio cuenta de que todavía podía ser útil. Se hizo con una caja sencilla de primeros auxilios, y puso un anuncio en la ventana: « Si necesitas ayuda, llama aquí.» Esa es la actitud cristiana hacia nuestros semejantes.

Una vez le preguntaron a un chico en la escuela qué parte de la gramática eran las palabras mí y mío. Contestó -mejor de lo que pensaba- que eran pronombres agresivos. Desgraciadamente es muy cierto que la idea del servicio corre peligro de perderse en el mundo moderno. Hay muchos comerciantes, industriales y políticos que lo son sólo por lo que pueden sacar, sin pensar jamás en lo que pueden aportar a los demás, a la sociedad y a la patria. Puede que se hagan ricos; pero una cosa es verdad, y es que nunca se los amará, y el amor es la verdadera riqueza de la vida.

Jesús vino a los judíos y al mundo con una nueva visión de la vida. Ellos consideraban la gloria como conquista, adquisición y poder; como el derecho a mandar. Él la veía como una Cruz. El le enseñó a la humanidad que la vida sólo viene mediante la muerte; que sólo cuando la entregamos conservamos la vida; que la verdadera grandeza está en el servicio. Y lo más sorprendente es que, cuando nos ponemos a pensarlo un poco, la paradoja de Cristo no es, en el fondo, más que la verdad del sentido común.

DE LA TENSIÓN A LA CERTEZA

Juan 12:27-34

Jesús continuó diciendo:

Ahora tengo el alma en angustia. ¿Y qué voy a decirle al Padre? ¿Que Me libre de esta hora? ¡Pero si para esto he llegado a esta hora! ¡Padre: glorifica Tu nombre!

Entonces se oyó una voz en el cielo que decía:

-¡Ya lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez!

A eso la multitud que estaba por allí, y que oyeron aquello, dijeron que había sido un trueno.

-¡Ha sido un ángel que le ha hablado! dijeron otros.

-No ha sido por mi causa por lo que ha venido esa voz -les dijo Jesús-, sino por causa de vosotros. Ahora va a tener lugar el juicio de este mundo, y su príncipe va a ser expulsado. En cuanto a mí, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a mí a toda la humanidad.

Eso lo dijo dando a entender de qué muerte iba a morir. La multitud le objetó:

-Hemos oído que la ley dice que el Ungido de Dios permanece para siempre; y Tú dices que el Hijo del Hombre ha de ser levantado. ¿Quién es ese Hijo del Hombre?

Juan nos muestra en este pasaje la tensión de Jesús y su triunfo; y también nos descubre qué fue lo que cambió aquella tensión en el triunfo final.

(i) Juan no nos refiere la agonía de Getsemaní. Es aquí donde nos muestra a Jesús peleando la batalla con su anhelo humano de evitar la Cruz. Nadie quiere morir a los treinta y tres años, y nadie quiere morir en una cruz. No habría tenido ningún mérito la obediencia de Jesús a su Padre si le hubiera resultado fácil y no le hubiera costado nada. El verdadero valor no quiere decir que no se tenga miedo: puede querer decir que, aunque se tenga un miedo terrible, se hace lo que se debe hacer. Ese era el valor de Jesús. Como lo expresó Bengel: < Aquí se encontraron el horror de la muerte y el ardor de la obediencia.» La voluntad de Dios quería decir la Cruz, y Jesús tenía que vencerse a sí mismo para aceptarla.

(ii) Pero al final de la lucha ya no queda tensión, sino victoria y seguridad. Jesús estaba seguro de que, si seguía adelante, algo sucedería que acabaría con el poder del mal de una vez para siempre. Si era obediente hasta la Cruz, estaba seguro de que el golpe mortal le sería asestado al príncipe de este mundo, Satanás. Iba a ser la última batalla que quebrantaría para siempre el poder del mal. Además, estaba seguro de que, si iba a la Cruz, la visión de su figura elevada y crucificada atraería hacia Él a toda la humanidad. Jesús también anhelaba la victoria; Él también quería vencer al enemigo; Él también quería que todo se le sometiera; pero sabía que la única forma de conquistar los corazones humanos para siempre era mostrárseles en la Cruz. Empezó con tensión; acabó con triunfo.

(iii) ¿Qué hubo entre la tensión y el triunfo para obrar aquel cambio? La voz de Dios. Detrás de la llegada de la voz de Dios subyace algo grande y profundo.

Hubo un tiempo en que los judíos creían que Dios hablaba directamente a las personas. Fue así como Dios habló al niño Samuel (1 *Samuel 3:1-14).* Dios habló directamente a Elías cuando iba huyendo de la vengativa Jezabel (1 *Reyes 19:1-18).* Fue directamente como Elifaz Temanita pretendía haber oído la voz de Dios *(Job 4:16).* Pero en el tiempo de Jesús se había dejado de creer que Dios hablara directamente. Los grandes días habían pasado; Dios estaba ya demasiado lejos; la voz que había hablado a los profetas estaba callada. Entonces creían en lo que llamaban *bat qól,* expresión hebrea que quiere decir *hija de la voz* o *voz hija.* Cuando la *bat qól* hablaba, lo más frecuente era que citara la Escritura. No era realmente la voz directa de Dios, sino lo que llamaríamos un eco de su voz, un distante suave murmullo en vez de una comunicación viva y directa

Pero no fue el eco de una voz lo que Jesús oyó; fue la misma voz de Dios mismo. Lo que viene a la humanidad con Jesús no es el eco de algún susurro distante de los lugares celestiales, sino el acento inconfundible de la voz de Dios.

Hay que fijarse en que la voz de Dios le llegó a Jesús en todos los grandes momentos de su vida. Le llegó en su bautismo, cuando tomó la salida para hacer la obra que Dios le había encargado *(Marcos 1:11).* Le llegó en el monte de la Transfiguración, cuando Jesús hizo la decisión de seguir el camino que le llevaría a Jerusalén y a la Cruz *(Marcos 9:7).* Y le llegó en este momento, cuando su humanidad necesitaba la ayuda divina para el suplicio de la Cruz.

Lo que Dios hizo por Jesús lo hace por cualquier persona. Cuando nos pone en camino, no nos envía sin instrucciones ni dirección clara. Cuando nos asigna una tarea, no nos abandona para que la hagamos en la debilidad solitaria de nuestras propias fuerzas. Dios no es mudo; y una y otra vez, cuando la tensión de la vida es demasiado para nosotros, y el esfuerzo que requiere su camino está por encima de nuestros recursos humanos, si escuchamos le oiremos hablar, y su fuerza inundará nuestra persona. Nuestro problema no es que Dios no nos hable, sino que no le queremos escuchar.

DE LA TENSIÓN A LA CERTEZA

Juan 12:27-34 (conclusión)

Jesús anunció que, cuando fuera levantado de la tierra, atraería a sí a toda la humanidad. Algunos ven aquí una referencia a la Ascensión; y creen que quiere decir que, cuando Jesús fuera exaltado en el poder de la resurrección, atraería hacia Él a toda la humanidad. Pero eso está lejos de ser cierto. Jesús se refería a la Cruz -y sus oyentes lo entendieron así.

Y una vez más -inevitablemente- reaccionaron con sorpresa incrédula. ¿Cómo se podía relacionar al Hijo del Hombre con una cruz? ¿No era el Hijo del Hombre el General invencible de los ejércitos del Cielo? ¿No iba a durar su reino para siempre? < Su dominio es dominio eterno, que nunca pasará; y su Reino, uno que no será destruido» *(Daniel 7:14).* ¿No se decía del Príncipe de la edad de oro: < Mi siervo David será príncipe de ellos para siempre»? *(Ezequiel 37:25).* ¿No había dicho Isaías del Emperador del nuevo mundo: «Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límites... desde ahora y para siempre»? *(Isaías*

9:7). ¿No cantaron los salmistas su reino sin .fin? «Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones» *(Salmo 89:4).* Los judíos relacionaban al Hijo del Hombre con el Reino eterno; y aquí estaba Jesús, que pretendía ser el Hijo del Hombre, diciendo que sería levantado en una cruz. ¿Quién era ese Hijo del Hombre cuyo Reino iba a terminar antes de empezar?

La Historia nos demuestra que Jesús tenía razón. Fue en el imán de la Cruz donde concentró todas sus esperanzas. Y tenía razón, porque el amor vivirá para siempre después que se haya muerto el poder. Los imperios basados en la fuerza de sus ejércitos se han desvanecido y se desvanecerán, dejando una memoria que también se desvanece en un breve tiempo. Pero el Imperio de Cristo, basado en el amor que se manifestó en la Cruz, extiende más y más sus fronteras de día en día.

En el drama de George Bernard Shaw, cuando Juana de Arco sabe que la han traicionado los líderes de su propio pueblo, se vuelve hacia ellos y les dice: «Ahora saldré a la gente corriente, y dejaré que el amor en su mirada me haga olvidar el odio en la vuestra. Vosotros os alegraréis de que yo acabe en la hoguera; pero a través del fuego llegaré a sus corazones, y seguiré en ellos desde ahora y para siempre.» Esa es una parábola de lo que pasó con Jesús. El Mesías conquistador judío es el sueño nacionalista de un pueblo; pero el Príncipe del Amor en la Cruz es el Rey que llega a todos los corazones humanos para reinar en ellos para siempre. El único fundamento estable del Reino es el amor que se manifiesta en una obediencia hasta la muerte, y muerte de Cruz.

LOS HIJOS DE LA LUZ

Juan 12:35-36

> *-La luz estará ya entre vosotros muy poco más*
> *-siguió diciéndoles Jesús-. Mientras tenéis luz, andad, no sea que os sorprenda la oscuridad. El que anda en la oscuridad no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que lleguéis a ser hijos de la luz.*

Hay en este pasaje una promesa y una advertencia implícitas que no están nunca muy lejos del corazón de la fe cristiana.

(i) Está la promesa de la luz. La persona que camina con Jesús se libra de las sombras. Hay ciertas sombras que se proyectan más tarde o más temprano sobre todas las luces. Está la sombra del temor. A veces nos da miedo mirar hacia adelante. A veces, especialmente cuando vemos el daño que han hecho a otros, tenemos miedo de los azares y avatares de la vida. Están las sombras de la duda y de la inseguridad. A veces el camino que tenemos por delante está todo menos claro, y nos sentimos como los que andan a tientas entre las sombras, sin nada a que asirse. Están las sombras de la aflicción. Más tarde o más temprano se nos pone el sol al mediodía, y todo se oscurece. Pero la persona que camina con Jesús está libre del temor; está libre de la duda, y tiene un gozo que nada ni nadie le puede quitar.

(ii) Está la advertencia implícita. La decisión de confiarle la vida y todas las cosas a Jesús, de tomarle como Maestro y Guía y Salvador, hay que hacerla a tiempo. En la vida hay que hacer todas las cosas a tiempo, o no se harán. Hay trabajos que no podemos hacer más que cuando tenemos la fuerza física para hacerlos. Hay estudios que hay que acometer cuando se tiene la mente despierta y la memoria retentiva suficiente. Hay cosas que se han de decir o hacer a tiempo, o se nos pasará la oportunidad. Y así sucede con Jesús. En el preciso momento en que estaba diciendo esto, estaba invitando a los judíos a confiar en Él antes que llegara la Cruz y Él les fuera arrebatado. Pero esta es una verdad eterna. Es un hecho estadístico que el número de conversiones se va elevando hasta la edad de diecisiete años, y luego decrece. Cuando uno se deja atrapar por una forma de vida, cada vez le va costando más trabajo desarraigarse. En Cristo se nos ofrece la suprema oportunidad; en cierto sentido nunca es demasiado tarde para asirla; pero no es menos cierto que se ha de aceptar a tiempo.

CIEGA INCREDULIDAD

Juan 12:37-41

> *Después de decir estas cosas, Jesús se marchó y se ocultó de ellos. Porque, aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en Él. Lo que sucedió era el cumplimiento de lo que había dicho el profeta Isaías: «Señor, ¿quién ha creído lo que le hemos dicho? ¿Y quién se ha dado cuenta de lo que ha realizado el brazo del Señor?» Fue por eso por lo que no pudieron creer; porque Isaías había dicho también: «Él les cegó los ojos, y les endureció el corazón; para que sea como si no hubieran visto, y como si no se hubieran enterado; no sea que se conviertan para que Yo los sane.» Isaías dijo esas cosas porque le vio en su gloria y habló acerca de Él.*

Este pasaje ha causado mucha perplejidad a muchas personas. Juan cita dos pasajes de *Isaías.* El primero está tomado de *Isaías 53:1-2.* En él, el profeta pregunta si hay alguien que haya creído lo que él ha estado predicando, y si hay alguien que se haya dado cuenta del poder de Dios que se ha revelado. Pero es el segundo pasaje el que más nos inquieta. El original está en

Isaías 6:9-10, y dice: «Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega *sus ojos,* para que no vea con sus *ojos,* ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad» (R-V). Este pasaje recorre todo el Nuevo Testamento. Se cita o refleja en *Mateo 13:14-15; Marcos 4:12; Lucas 8:10; Romanos 11:8; 2 Corintios 3:14; Hechos 28:27.* Lo terrible e inquietante es que parece decir que la incredulidad humana se debe a la voluntad de Dios; que Dios ha ordenado que ciertas personas no crean ni puedan creer. De cualquier manera que expliquemos este pasaje, no podemos creer que el Dios que nos ha revelado Jesús hiciera imposible el que sus hijos creyeran.

Aquí hay que decir dos cosas.

(i) Debemos intentar introducirnos en la mente y el corazón de Isaías. Él había proclamado la palabra de Dios con todo lo que tenía y era; y el pueblo se había negado a escuchar. Por último se vio obligado a decir: «Para lo que ha servido, me podría haber ahorrado hablar. En vez de hacer mejor al pueblo, mi mensaje parece que lo ha hecho peor. Mejor sería que no lo hubieran oído, porque siguen sumidos en su letargo, desobediencia e incredulidad. Se diría que lo que Dios quería era que no creyeran.» Las palabras de Isaías brotan de un corazón herido. Son las palabras de un hombre destrozado por el hecho de que su mensaje parecía hacer más daño que bien, hacer al pueblo peor en vez de mejor. Entender estas palabras con un frío literalismo es no entenderlas en absoluto.

(ii) Pero hay otra cosa. Los judíos creían firmemente que Dios estaba detrás de *absolutamente todo.* Creían que *nada* podría suceder fuera de la voluntad de Dios. Llevado al extremo, eso hacía a Dios responsable de que el pueblo no aceptara su mensaje, y que su incredulidad estuviera en el plan de Dios. Para decirlo de manera más actual y conforme con nuestra manera de pensar, *no* diríamos que la incredulidad es el plan de Dios, pero sí que Dios, en su sabia Providencia, puede usar hasta la incredulidad humana para su propósito de amor. Así lo entendió Pablo: vio que Dios había usado la incredulidad de los judíos para que el Evangelio se predicara a los gentiles.

Debemos comprender que este pasaje no dice que Dios predestinó a ciertas personas a la incredulidad, sino que ni siquiera la incredulidad humana puede hacer fracasar el propósito eterno de Dios. Aquellos judíos no creyeron en Jesús; eso no fue culpa de Dios, sino de ellos; pero hasta eso tiene su lugar en el esquema divino. < El mal que Él bendice es nuestro bien,» ha dicho alguien. Dios es tan grande que no hay nada en el mundo, ni siquiera el pecado, que pueda hacer fallar su plan de Salvación.

LA FE DE LOS COBARDES

Juan 12:42-43

> *No obstante, muchos de los gobernantes creían en Él; pero no confesaban públicamente su fe no fuera que los excomulgaran; porque les importaba más estar a bien con la gente que con Dios.*

Jesús no se encontró sólo con oídos sordos; había algunos, incluso entre las autoridades, que creían en lo secreto de su corazón; pero tenían miedo de confesar su fe porque no querían arriesgarse a que los excomulgaran de la sinagoga. Esas personas estaban intentando lo imposible: ser discípulos secretos. El discipulado secreto es una contradicción en términos; porque, «o el secreto acaba con el discipulado, o el discipulado acaba con el secreto.»

Temían que, si se declaraban seguidores de Jesús, saldrían perdiendo. Es curioso hasta qué punto mucha gente tiene una escala de valores errónea. Una y otra vez han dejado de identificarse con una gran causa porque incidía en sus mezquinos intereses. Cuando Juana de Arco se dio cuenta de que la habían abandonado y dejado sola, dijo: « Sí, estoy sola en la Tierra; siempre he estado sola. Mi padre les dijo a mis hermanos que me ahogaran si no quería quedarme a cuidar de sus ovejas mientras Francia de desangraba hasta la muerte. Francia podía desaparecer con tal de que las ovejas estuvieran a salvo.» Para ese granjero francés era más importante que se salvaran sus ovejas que se salvara su país. Y estos gobernantes judíos eran un poco así también. Sabían que Jesús tenía razón; que sus compañeros de, gobierno estaban tratando de destruir a Jesús y todo lo que El quería hacer; pero no estaban dispuestos a correr riesgos decantándose públicamente por Él. Habría supuesto el final de su carrera, su posición, su prestigio. Habrían tenido que sufrir ostracismo, tanto social como religioso. Aquello les parecía un precio excesivo; así que vivieron una mentira por no ser capaces de vivir la verdad.

Con una frase gráfica Juan diagnostica la posición de aquella gente. «Les importaba más estar a bien con la gente que con Dios.» Se creerían, sin duda, sabios y prudentes; pero su sabiduría no llegaba tan lejos como para darse cuenta de que, mientras la opinión de la gente puede durar los pocos años que estemos en este mundo, el juicio de Dios cuenta para toda la eternidad. La verdadera sabiduría y prudencia consiste en valorar más el que Dios tenga una buena opinión de nosotros que el que la tenga la gente. Siempre será mejor estar a bien con la eternidad que por un poco de tiempo.

EL JUICIO INESCAPABLE

Juan 12:44-50

Jesús clamó diciendo:

-El que cree en Mí, no cree sólo en Mí, sino también en el Que Me envió. Y el que Me mira, no Me ve sólo a Mí, sino también al Que Me envió. Fue como la luz como Yo vine al mundo, para que el que crea en Mí no siga en la oscuridad. Y, si alguien oye Mis palabras pero no las pone por obra, no soy Yo Quien le juzgo. Yo no he venido a juzgar al mundo, sino a salvarlo. El que no Me tiene en cuenta en absoluto, y no recibe Mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado será la que le juzgue el último día. Y eso es así porque Yo no he hablado por Mi propia cuenta, sino que el Padre Que Me envió fue el Que Me dio el mandamiento acerca de lo que Yo debía hablar y lo que Yo debía decir; y Yo sé que Su mandamiento es la vida eterna. Lo que os hablo os lo digo como el Padre Me lo dijo a Mí.

Según Juan, estas son las últimas palabras de la enseñanza pública de Jesús. A partir de aquí enseñará a Sus discípulos; y más adelante Se encontrará ante Pilato. Pero éstas son las últimas palabras que dirigió al público en general.

Jesús presenta el hecho que es la base de toda Su vida: que en Él la humanidad se encuentra ante Dios. Escucharle a Él es escuchar a Dios; verle a Él es ver a Dios. En Jesús, Dios se encuentra con la humanidad, y la humanidad se encuentra con Dios. Esa confrontación tiene dos resultados, y en ambos subyace el elemento de juicio.

(i) Una vez más, Jesús vuelve al pensamiento que nunca se eclipsa en Cuarto Evangelio: Él no vino al mundo para condenarlo, sino para salvarlo. No fue la ira de Dios lo que envió a Jesús a la Tierra, sino Su amor. Sin embargo, la venida de Jesús conlleva inevitablemente el juicio. ¿Por qué? Porque, por su actitud ante Jesús, cada persona se revela como es en realidad; y, por tanto, recibe el veredicto. Si encuentra en Jesús una atracción y un magnetismo infinitos, aunque no consiga nunca hacer de su vida lo que sabe que debería ser, ha sentido en el corazón el tirón de Dios y, por tanto, está a salvo. Si, por otra parte, no ve en Jesús nada atractivo, y su corazón continúa totalmente insensible en Su presencia, eso quiere decir que es impermeable para Dios, y queda juzgado por su actitud. Esta paradoja esencial aparece con frecuencia en el Cuarto Evangelio: Jesús vino por amor, pero Su venida implica un juicio. Como ya hemos dicho antes, podemos ofrecerle a una persona, por puro amor, una gran experiencia que creemos que le hará mucha ilusión o bien, y descubrir que aquello no le dice nada; la experiencia que se ofreció por amor se ha convertido en un juicio. Jesús es la piedra de toque de Dios. Nos identificamos, y juzgamos, por nuestra actitud hacia Jesús.

(ii) Jesús dijo que, el último día, las palabras que habían oído aquellas personas serían sus jueces. Esta es una de las grandes verdades de la vida. A nadie se le puede echar la culpa por no saber. Pero, si sabe lo que es el bien y escoge el mal, su condena debe ser mucho más severa. Por tanto, todo lo sensato que hemos oído y todas las oportunidades que hemos tenido para conocer la verdad serán testigos en contra nuestra en el juicio final. .

Un antiguo teólogo del siglo XVIII escribió una especie de catecismo de la fe cristiana para la gente corriente. A1 final se encontraba la pregunta de qué le sucedería a uno si no tomara en serio el mensaje cristiano; y la respuesta era que sería condenado, «y mucho más por haber leído este libro.» Todo lo que hemos sabido y no hemos cumplido será un testigo en contra nuestra el último día.

LA REALEZA DEL SERVICIO

Juan 13:1-17

Antes de celebrar la Pascua, Jesús, plenamente consciente de que Le había llegado la hora en que debía salir de este mundo y volver al Padre, aunque siempre había amado a los Suyos que estaban en el mundo, decidió mostrarles Su amor de una manera que llegó al colmo.

La cena estaba en marcha; y el diablo ya le había metido en el corazón a Judas Iscariote hijo de Simón que traicionara a Jesús. Sabiendo Jesús que el Padre había dejado todas las cosas en Sus manos, y que había venido de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, se despojó de Su túnica exterior, tomó una toalla y se la ciñó alrededor de la cintura. Luego echó agua en una palangana, y se puso a lavarles los pies a Sus discípulos y -a secarlos con la toalla que se había ceñido.

Cuando llegó a Pedro, este Le dijo:

-¡Señor! ¿Pero es que me vas a lavar los pies?

-Tú no sabes ahora lo que estoy haciendo -le contestó Jesús-, pero ya lo entenderás más tarde.

-¡No me lavarás los pies jamás! -exclamó Pedro. Y Jesús le dijo:

-Si no te lavo, no vas a tener parte conmigo.

-¡Señor!, si es así Le contestó Pedro-, no me laves sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Y Jesús le dijo:

-El que está bañado no necesita más que le laven los pies. Con eso le basta para estar completamente limpio. Y vosotros ya estáis limpios... aunque no todos.

Jesús sabía quién era el que se había propuesto traicionarle, y por eso fue por lo que dijo: < No todos estáis limpios.» Así que, cuando acabó de lavarles los pies, y Se puso otra vez la túnica, volvió a ocupar Su lugar a la mesa, y les dijo:

-¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros Me llamáis «Maestro» y «Señor», y hacéis bien, porque eso es lo que soy. Pues si Yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros; porque os he dado ejemplo para que, lo que Yo os he hecho, os lo hagáis también vosotros unos a otros. Esto que os digo es la pura verdad: el siervo no es más que el señor, ni el mensajero más que el que le envía. Pues sabéis estas cosas, ¡benditos vosotros si las hacéis! ,

Tendremos que estudiar este pasaje en más de un aspecto; pero primero vamos a considerarlo en conjunto.

Pocos incidentes evangélicos nos revelan tan claramente como este el carácter de Jesús y la maravilla de Su amor.

Cuando pensamos en lo que Jesús podría haber llegado a ser y en lo que podría haber llegado a hacer, nos damos cuenta mejor de la maravilla de lo que fue y de lo que hizo.

(i) Jesús sabía que tenía todo en Sus manos. Sabía que estaba cerca la hora de Su humillación, pero también sabía que Su hora de exaltación estaba cerca. Tal conocimiento podría haberle llenado de orgullo; y, sin embargo, sabiendo que el poder y la gloria eran Suyos, lavó los pies de Sus discípulos. En el momento en que podía haber sentido un orgullo supremo, dio ejemplo de la suprema humildad. Así es siempre el amor. Cuando alguien se pone enfermo, la persona que le ama le prestará los servicios más humildes, y se deleitará haciéndolo, porque el amor es así. Algunas personas se creen demasiado importantes para hacer cosas humildes. Jesús no era así. Sabía que era el Señor de todo, y les lavó los pies a Sus discípulos.

(ii) Jesús sabía que había venido de Dios y que volvía a Dios. Podría haber sentido algo de desprecio hacia las personas y las cosas de este mundo. Podría haber pensado que ya había cumplido de sobra con el mundo, porque estaba de camino de vuelta a Dios. Fue precisamente entonces, cuando estaba más cerca de Dios, cuando Jesús llegó al límite de Su servicio a los Suyos. El lavar los pies de los huéspedes en una fiesta era el menester de los esclavos. Los discípulos de los rabinos se suponía que prestaban a sus maestros servicios personales; pero no habrían soñado en llegar a tal humillación. Lo maravilloso de Jesús es que, el estar más cerca de Dios, lejos de apartarle de los seres humanos, le acercaba aún más a ellos.

Siempre es verdad que no hay nadie que esté más cerca de las personas que el que está más cerca de Dios. T. R. Glover decía de algunos intelectuales presumidos: «Creían que eran muy religiosos, cuando en realidad no eran más que unos cursis.» Cuenta la leyenda de Francisco de Asís que, en su juventud, había sido muy rico; entonces, sólo lo mejor era bastante bueno para él. Pero estaba inquieto, y no tenía paz en su alma. Cierto día iba cabalgando solo fuera de la ciudad, cuando vio a un leproso que era una masa de llagas, un espectáculo horrible. Lo normal habría sido que Francisco se hubiera apartado lo más posible de aquella horrible piltrafa humana; pero algo se movió en su interior: desmontó del caballo y se fundió en un estrecho abrazo con el leproso. En aquel momento, el leproso se transformó en Jesús. Cuanto más cerca estemos de la humanidad doliente, más cerca estaremos de Dios.

(iii) Jesús también sabía esto. Era consciente de que pronto sería traicionado. Tal conocimiento le podría haber inspirado odio y amargura; pero hizo que el corazón le fluyera con más amor que nunca. Lo más maravilloso es que, cuanto más le hería la humanidad, más la amaba. Es tan fácil y tan natural tener resentimiento por las ofensas recibidas y amargarse por los insultos y las injurias; pero Jesús se enfrentó con la peor injuria y la más horrible deslealtad con la mayor humildad y con el amor más sublime.

LA REALEZA DEL SERVICIO

Juan 13:1-17 (continuación)

Hay aún más en el trasfondo de este pasaje de lo que nos cuenta el propio Juan. Si volvemos al relato que nos hace Lucas de la última Cena, nos encontramos el detalle trágico: «Entonces los discípulos se pusieron a discutir a cuál de ellos había que considerar como el más importante» *(Lucas 22:24).* Aun a la vista de la Cruz, los discípulos seguían discutiendo cuestiones de primacía y de prestigio.

Puede que aquella discusión produjera la situación que hizo que Jesús actuara de esta manera. Las carreteras de Palestina no estaban ni empedradas ni limpias. En tiempo seco se hundían los pies en el polvo, y cuando llovía, en el barro. El calzado más corriente eran las sandalias, que apenas eran suelas que se sujetaban a los pies con correas. Poco protegían del polvo y el barro de las carreteras. Por esa razón, siempre había grandes tinajas de agua a la puerta de las casas; y allí estaba un siervo con una palangana y una toalla, dispuesto a lavarles los pies a los huéspedes a medida de entraban. Pero en la pequeña compañía de los amigos de Jesús no había siervos. Los deberes que los esclavos llevarían a cabo en círculos más acomodados, los compartirían entre sí, o los harían por turnos. Pero es posible que la noche de la última Cena se habían enzarzado en tal estado de competitividad que ninguno de ellos estaba dispuesto a hacerse responsable de que hubiera palanganas y toallas para que se lavara los pies la compañía al llegar; y Jesús remedió la omisión de la manera más sencilla.

Hizo lo que ninguno de los de Su compañía estaba dispuesto a hacer. Y después, les dijo: « Ya veis lo que he hecho. Decís que soy vuestro Maestro y vuestro Señor; y tenéis razón, porque lo soy; y, sin embargo, estoy dispuesto a hacer esto por vosotros. Seguro que no creéis que un discípulo merece más honores que su maestro, ni un servidor más que su señor. Está claro que si Yo hago esto, vosotros deberíais estar dispuestos a hacerlo también. Os he dado ejemplo de cómo debéis comportaros entre vosotros.»

Esto debería hacernos pensar. Muy a menudo, hasta en las iglesias, hay problemas porque a alguno no se le respeta el puesto. Con cierta frecuencia, hasta los dignatarios eclesiásticos se dan por ofendidos porque no se les otorgan las primacías a las que su puesto les da derecho. Aquí tenemos la lección de que no hay más que una clase de grandeza: la del servicio. El mundo está lleno de personas que se plantan en su dignidad cuando deberían estar de rodillas a los pies de sus hermanos. En todas las esferas de la vida lo que estropea el esquema de las cosas es el deseo de eminencia y la indisposición a tomar un puesto subordinado. A un jugador se le excluye un día del equipo, y ya se niega a jugar nunca más. A un policía que aspira a más se le pasa en un puesto al que creía tener más derecho que nadie, y se niega a aceptar otro puesto inferior. Un miembro del coro al que no se le deja cantar un solo, ya no quiere seguir cantando. En cualquier sociedad puede suceder que se olvide a alguien involuntariamente y, o explota de rabia, o se reconcome de rencor. Cuando estemos tentados a pensar en nuestra dignidad, o prestigio, o derechos, recordemos al Hijo de Dios con una toalla y una palangana, arrodillándose a los pies de sus discípulos para lavárselos.

Para ser realmente grande uno tiene que tener esta humildad regia que le hace tanto rey como servidor de la humanidad. En *El querido capitán,* de Donald Hankey, hay un pasaje que describe cómo el querido capitán se preocupaba de sus hombres después de una marcha. «Todos sabíamos instintivamente que era superior a nosotros, de una madera más noble... Supongo que, por eso mismo, podía ser tan humilde sin perder la dignidad. Porque también era humilde, si es esa la palabra, creo que sí. Ningún problema nuestro era demasiado insignificante para que él se encargara. Cuando empezábamos las marchas, por ejemplo, y nos dolían los pies y se nos llenaban de ampollas, como nos solía pasar al principio, se habría pensado que se trataba de sus propios pies por el trabajo que se tomaba. Por supuesto que después de la marcha había inspección de pies. Eso era de rutina. Pero para él no era una mera cuestión de rutina. Entraba en nuestra habitación y, si alguno tenía un pie dolorido, se arrodillaba en el suelo y lo miraba tan cuidadosamente como si hubiera sido un médico. Luego recetaba, y los remedios siempre estaban a mano, porque nos los traía el sargento. Si había que pinchar las ampollas, corrientemente lo hacía él mismo en el momento, para asegurarse de que se hacía con una aguja bien limpia y que no se dejaba entrar ninguna suciedad. No lo hacía con afectación, ni para causar efecto; sino, sencillamente, porque consideraba que nuestros pies eran importantes y que nosotros éramos bastante descuidados. Por eso consideraba que era mejor encargarse personalmente de la cosa. Sin embargo, a nosotros nos parecía que había algo casi religioso en el cuidado que tenía de nuestros pies. Parecía tener un toque de Cristo, y nosotros le queríamos y honrábamos más por ello.» Lo curioso es que es al que se humilla así -como Cristo- al que la gente honra como a un rey, y cuyo recuerdo atesora.

LA LIMPIEZA ESENCIAL

Juan 13:1-17 (conclusión)

Ya hemos visto que, en Juan, tenemos siempre que esperar un doble sentido: el que aparece en la superficie, y el que hay debajo de la superficie. Este relato no cabe duda de que tiene un segundo sentido. A la vista está la lección dramática e inolvidable acerca de la humildad. Pero hay aquí más que eso.

Hay un detalle muy difícil de entender. A1 principio, Pedro se niega a dejar a Jesús que le lave los pies. Jesús le dice que, a menos que acepte este lavado, no podrá tener parte con El. Entonces Pedro suplica que, no sólo le lave los pies, sino también las manos y la cabeza; pero Jesús le dice que basta con lavarle los pies. La frase difícil, que es además la que tiene un significado profundo, es: «El que está bañado no necesita más que le laven los pies.»

No cabe duda de que aquí se hace referencia al Bautismo cristiano. « A menos que seas lavado, no puedes tener parte en Mí», es una manera de decir: « A menos que pases por la puerta del Bautismo, no *tienes* parte *en* la Iglesia.»

La lección es la siguiente. Era costumbre que, antes de ir a una fiesta, la gente se bañara. Cuando llegaban a la casa del convite, no tenían que bañarse otra vez; lo único que necesitaban era que les lavaran los pies. El lavado de los pies era la ceremonia que precedía a la entrada en la casa en la que iban a ser huéspedes. Era lo que podríamos llamar *el lavado de entrada en la casa.* Así que Jesús dijo a Pedro: «Lo que necesitas no es lavarte de cuerpo entero. Eso lo puedes hacer por ti mismo. Lo que necesitas es el lavado que marca la entrada en la familia de la fe.»

Esto explica otra cosa. Pedro, al principio, va a negarse a dejar que Jesús le lave los pies. Jesús le dice que, si se niega, no tendrá parte en Él. Es como si Jesús dijera: «Pedro, ¿vas a ser tan orgulloso como para no dejarme que te haga esto? Si lo eres, vas a perderlo todo.»

En la Iglesia Primitiva, como en la actual, la entrada era el bautismo; este era, como si dijéramos, el lavado de entrada. Esto no es decir que una persona no se puede salvar a menos que sea bautizada en agua. Pero sí quiere decir que, si puede ser bautizada y es demasiado orgullosa para entrar por esa puerta, su orgullo la excluye de la familia de la fe.

Las cosas son diferentes ahora, por lo menos en algunas iglesias. En los primeros tiempos eran hombres y mujeres adultos los que se presentaban al bautismo, porque venían directamente del paganismo al Evangelio. Ahora, en muchas iglesias, también, bautizamos a los niños. Pero, en este pasaje, Jesús traza el cuadro del lavado que equivale a la entrada en la Iglesia, y nos dice que no debemos ser tan orgullosos como para no someternos al bautismo.

LA VERGÜENZA DE LA DESLEALTAD Y LA GLORIA DE LA FIDELIDAD

Juan 13:18-20

> *-No lo digo por todos vosotros -continuó diciéndoles Jesús-, porque Yo sé la clase de hombres que he escogido. Todo está sucediendo para que se cumpla la Escritura: «El que come mi pan ha levantado contra Mí su calcañal.» Os lo digo ahora antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que Yo soy el Que soy. Esto que os digo es la pura verdad: EL que reciba al que Yo envíe, Me recibe a Mí; y el que Me reciba a Mí, recibe al Que Me envió.*

En este pasaje se hace hincapié en tres cosas.

(i) La crueldad brutal de la deslealtad de Judas se describe gráficamente de forma que resulta especialmente impactante para la mente oriental. Jesús hace una cita del Salmo 41:9. La referencia, en conjunto, dice lo siguientes: «Hasta el amigo entrañable en el que yo confiaba, que participaba de mi mesa, ha levantado el calcañar contra mí.» En Oriente, «comer pan con alguien» o «comer a la mesa de alguien» era una señal de amistad y de relación leal. 2 *Samuel 9: 7,* 13 dice que David le concedió a Mefiboset: «...y tú comerás siempre pan a mi mesa» (R-V.09), cuando habría podido eliminarle por ser descendiente de Saúl.1 *Reyes 18:19.* habla de los profetas de Baal que comían a la mesa de Jezabel. Para el que había comido pan a la mesa de otro el ponerse en contra de él, cuando por aquel acto le había comprometido su lealtad, era una repugnante traición. La deslealtad de sus amigos era para el salmista la ofensa más dolorosa. « No ha sido un enemigo el que me ha hecho objeto de sus mofas y sarcasmos -lo que me hubiera resultado más llevadero-; no es un adversario el que me ha tratado con la máxima insolencia-porque en tal caso le habría podido evitar-;sino que has sido tú, mi igual, mi compañero; mi amigo del alma. Juntos solíamos conversar en dulce armonía; íbamos juntos a la casa de Dios en estrecha camaradería» *(Salmo* 55:12-14).

Infiere el dolor más punzante del mundo el que un amigo sea culpable de tamaña deslealtad. La misma frase que se usa está llena de crueldad. «Levantó contra mí su calcañar.» La frase hebrea dice literalmente: «Hizo grande el calcañar,» y es una expresión que denota una violencia brutal. En este pasaje no hay la más leve insinuación de ira; sólo de dolor. Según *Marcos* 14:20, Jesús se refirió a Judas diciendo que mojaba con Él en el mismo plato; y Juan 13:26 nos conservará el gesto de supremo cariño y confianza de Jesús al darle a Judas un trozo de pan mojado. Jesús, en esta su última apelación, está descubriéndole a Judas la herida que Le ha abierto en lo más íntimo de Su corazón.

(ii) Este pasaje también subraya el hecho de que, de alguna manera, toda esta tragedia está en el plan de Dios, y de que Jesús la aceptó plenamente y sin la menor resistencia. Sucedió como estaba anunciado en las Escrituras. Nunca hubo la menor duda de que la redención del mundo costaría el corazón partido de Dios. Jesús sabía lo que estaba sucediendo. Conocía el precio, y estaba dispuesto a pagarlo. No quería que los discípulos pensaran que le había enredado una ciega malla de circunstancias de la que no podía escapar. No iban a matarle; era que Él escogía la muerte. En aquel momento no lo veían, ni podían verlo; pero Él quería asegurarse de que llegaría un día cuando mirarían atrás y recordarían y comprenderían.

(iii) Si en este pasaje se presenta la amargura de la deslealtad, también se subraya la gloria de la fidelidad. Llegaría el día en que estos mismos discípulos proclamarían al mundo el mensaje de Jesús. Entonces serían nada menos que los representantes de Dios mismo. Un embajador no actúa por su propia cuenta ni depende sólo de sus cualidades y calificaciones personales. Va revestido de toda la gloria y el honor de su rey. Escucharle a él es escuchar al que le envió, y honrarle es honrar al que representa. El gran honor y la gran responsabilidad de ser un cristiano comprometido consiste en que representamos en el mundo a Jesucristo: hablamos por Él, actuamos por Él. El honor del Eterno está en nuestras manos.

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Juan 13:21-30

> *Después de decir aquello, Jesús se angustió en espíritu y declaró solemnemente:*
> *-Os digo la pura verdad: uno de vosotros Me va a traicionar.*
> *A eso los discípulos se pusieron a mirarse unos a otros; porque no tenían ni idea acerca de quién estaba hablando. Uno de Sus discípulos al que Jesús amaba estaba reclinado con la cabeza en Su pecho. Entonces Pedro le hizo una seña*

para que Le preguntara a Jesús de quién se trataba. El discípulo que estaba reclinado con la cabeza en el pecho de Jesús Le preguntó:

-Señor, ¿quién es?

-Es al que le voy a mojar un trozo de pan en el plato y dárselo.

A eso cogió un pedazo de pan, lo mojó en la salsa y se lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón. Y, después de tomar aquel bocado, Satanás entró en él. Jesús le dijo:

-Date prisa con lo que vas a hacer.

Ninguno de los otros comensales comprendió por qué se lo decía. Algunos creyeron que, como Judas llevaba la caja, Jesús le había dicho que comprara lo que necesitaban para la fiesta; o que le había dicho que diera algo para los pobres.

Así es que aquel hombre tomó el bocado y salió en seguida y era de noche.

Cuando visualizamos esta escena, surgen ciertas cosas sumamente dramáticas.

La traición de Judas aparece en todo su horror. Tiene que haber sido un actor consumado y un perfecto hipócrita. Una cosa está clara: si los otros discípulos hubieran sabido lo que Judas se traía entre manos, no habría salido con vida de aquella habitación. Judas tiene que haber estado fingiendo un amor y una lealtad que engañaron a todos excepto a Jesús. No era sólo un villano descarado; era un credomado hipócrita. Aquí hay una advertencia. Exteriormente podemos engañar a la gente; pero no se pueden esconder cosas a los ojos de Cristo.

Y hay más. Cuando comprendemos debidamente lo que estaba sucediendo, podemos descubrir que hubo una apelación tras otra a Judas. La primera: la organización de los puestos en aquella cena. Los judíos no *se sentaban* a la mesa: *se reclinaban.* La mesa era un bloque sólido, bajo, con una especie de sofás alrededor. Todo tenía una forma como de U, y el lugar del anfitrión era el centro. Los comensales se reclinaban sobre el lado izquierdo, descansando sobre el codo izquierdo y dejándose el brazo derecho libre para alcanzar la comida. Colocados de esa manera, la cabeza de cada uno estaba literalmente sobre el pecho del que estuviera reclinado a su izquierda. Jesús ocuparía el lugar del anfitrión, en el centro del único lado hábil de la mesa baja. El discípulo al que Jesús amaba tiene que haber estado a Su *derecha;* porque, cuando se apoyaba con el codo en la mesa, tenía la cabeza sobre el pecho de Jesús.

Nunca se menciona el nombre del discípulo al que Jesús amaba. Algunos han pensado que sería Lázaro, porque se nos dice que Jesús le amaba *(Juan 11:3, S y 36).* Algunos han pensado que sería «el joven rico» anónimo, porque Jesús le amó cuando le vio *(Marcos 10:21), y se* ha supuesto que, por fin, lo dejó todo para seguir a Jesús. Algunos han pensado que no era una persona de carne y hueso, sino la figura ideal de cómo debería ser el perfecto discípulo. Pero la opinión general y tradicional siempre ha sido que el discípulo amado no era otro que el mismo Juan; y no tenemos por qué dudarlo.

Pero es el sitio de Judas el que merece un interés especial. Está claro que Jesús podía hablarle tan privadamente que los otros no se enteraban. En ese caso, sólo puede haber estado en un sitio: tiene que haber sido *ala izquierda* de Jesús, de tal manera que, lo mismo que la cabeza de Juan se apoyaba en el pecho de Jesús, así también la de Jesús se apoyaba en el pecho de Judas. Lo revelador es que *el sitio a la izquierda del anfitrión era el de máximo honor, y se le reservaba al amigo más íntimo.* Antes de colocarse todos para la cena, Jesús tiene que haberle dicho a Judas: «Judas, ven a sentarte a mi lado esta noche; quiero tenerte cerca para poder hablar contigo.» Esa invitación era ya una llamada de amor.

Pero hay más. El que el anfitrión ofreciera a un invitado un bocado o una pieza especial de la fuente era señal de una amistad especial. Cuando Booz quería dar muestras de su aprecio por Rut, la invitó a que se acercara y mojara su trozo de pan en el vino *(Rut 2:14). T. E.* Lawrence contaba que, cuando se sentaba con los árabes en las tiendas, a veces el jefe árabe cortaba una pieza selecta de carnero del animal entero que tenían delante y se la pasaba a él (¡lo que era a veces una distinción incómoda para un paladar occidental, porque tenía que comérselo todo dando señales de disfrutarlo!). Cuando Jesús le pasó la pieza a Judas, aquello era otra vez una señal de especial aprecio. Y advertimos que, hasta cuando Jesús lo hizo, los demás no se dieron cuenta de lo que significaban Sus palabras; lo que muestra bien a las claras que Jesús tenía costumbre de hacerlo, y nadie se dio por sorprendido. Probablemente Judas ya había sido objeto de muestras de especial afecto por parte de Jesús.

Aquí está la tragedia. Una y otra vez Jesús llamó a la puerta de aquel negro corazón, y una y otra vez Judas lo mantuvo cerrado. ¡Que Dios *nos* libre se llegar a ser tan impermeables a las llamadas de Su amor!

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Juan 13:21-30 (conclusión)

Así que este drama trágico continuó hasta el final. Una y otra vez Jesús le demostró a Judas Su afecto. Una y otra vez Jesús trató de salvarle de lo que estaba planificando hacer.

Y entonces, de pronto, llega el momento crucial: el momento en que el amor de Jesús admite su derrota. «Judas -le dijo, date prisa con lo que te propones hacer.» No había razón para más aplazamientos. ¿Para qué seguir llamando inútilmente cuando la tensión iba en aumento? Si había de hacerse, cuanto antes mejor.

Los discípulos seguían sin comprender nada. Creían que Jesús estaba mandando a Judas a cumplir con las obligaciones de la fiesta. Era la ocasión más especial para hacer algo por los pobres. También en nuestro tiempo, se acostumbra en muchas iglesias hacer una colecta especial en los cultos de comunión para los necesitados. Así que los discípulos creyeron que Jesús mandaba a Judas a hacer la contribución acostumbrada para que también los pobres pudieran celebrar la Pascua.

Cuando Judas recibió el trozo de comida, el diablo entró en él. Es terrible que, lo que se pretendía que fuera una llamada al amor se convirtiera en la dinámica del odio. Eso es algo que el diablo puede hacer. Puede tomar las cosas más agradables y retorcerlas hasta que se convierten en agentes del infierno. Puede tomar el amor, y convertirlo en lujuria; o la piedad, y convertirla en beatería; o la disciplina, en crueldad sádica; o la confianza, en complicidad culpable. Debemos estar en guardia en nuestra vida para que el diablo no convierta las cosas buenas en otras que contribuyan a sus propósitos.

Judas salió... y era de noche. Juan tiene una habilidad especial para henchir las palabras de sentido espiritual. Era de noche porque hacía tiempo que se había puesto el Sol y estaba oscuro; pero aquí se insinúa otra *noche.* Siempre es de noche cuando una persona se aleja de Cristo para seguir sus propios planes. Siempre es de noche cuando se escucha la llamada del mal en lugar de la del bien. Siempre es de noche cuando el odio apaga la luz del amor. Siempre es de noche cuando le volvemos la espalda a Jesús.

Si nos mantenemos en íntima relación con Cristo, andamos en la luz; si Le volvemos la espalda, entramos en la oscuridad y andamos a oscuras. Se nos ofrecen los dos caminos: el de la luz, y el de la oscuridad. Que Dios nos dé sabiduría para escoger correctamente... porque, en la oscuridad, uno siempre se pierde.

LA GLORIA CUÁDRUPLE

Juan 13:31-32

Después que salió Judas, dijo Jesús:
Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre, y Dios ha sido glorificado en Él; y ahora, Dios se va a glorificar en Él, y Le glorificará en seguida.

Este pasaje nos habla de las cuatro dimensiones de la gloria. (i) La gloria de Jesús había llegado, y era la Cruz. La tensión había desaparecido; las dudas que podía haber habido se habían resuelto definitivamente. Judas había salido y la Cruz era inminente.

Aquí nos encontramos con algo que es de la misma contextura de la vida. La mayor gloria que da la vida se obtiene en el sacrificio. En las guerras, la gloria suprema corresponde, no a los que sobreviven, sino a los que pierden la vida.

En medicina, no es a los médicos que hacen una fortuna a los que se recuerda, sino a los que dedican -dan- sus vidas para que otros reciban la sanidad. Es la más elemental lección de la Historia que son los que han hecho los mayores sacrificios los que han recibido la mayor gloria.

(ii) En Jesucristo, Dios ha sido glorificado. Fue la obediencia de Jesús lo que dio gloria a Dios. Sólo hay una manera de demostrar que se ama y admira a un líder, y es obedeciéndole -si es necesario, hasta las últimas consecuencias. La única manera que tiene un niño de honrar a sus padres es obedeciéndolos. Jesús nos dejó el ejemplo supremo de lo que es dar a Dios el supremo honor y la suprema gloria, cuando obedeció a Dios hasta la muerte, y muerte de cruz.

(iii) En Jesús, Dios se glorificó a Sí mismo. Parecerá extraño que la suprema gloria de Dios dependa de la Encarnación y de la Cruz. No hay gloria como la de ser amado. Si Dios hubiera permanecido aislado y mayestático, sereno e inconmovible, inasequible a la angustia e invulnerable al dolor, habría habido personas que Le habrían temido, y aun admirado; pero no Le habrían amado. La ley del sacrificio no es sólo una ley de la Tierra, sino del Cielo y de la Tierra. Es en la Encarnación y en la Cruz donde se despliega la suprema gloria de Dios.

(iv) Dios glorificará a Jesús. Aquí está la otra cara de la realidad. En aquel momento, la Cruz era la gloria de Jesús; pero habrían de seguirla la Resurrección, la Ascensión y el triunfo final de Cristo, que es a lo que se refiere el Nuevo Testamento cuando habla de la Segunda Venida. Jesús halló en la Cruz Su propia gloria. Pero llegó el día, y el día llegará, cuando esa gloria se le mostrará a todo el mundo y a todo el universo. La vindicación de Cristo debe seguir a Su humillación; Su entronización debe seguir a Su crucifixión; a la corona de espinas debe seguir la corona de gloria. Es la campaña de la Cruz; pero el Rey aún ha de entrar en un triunfo que todo el universo contemplará.

EL MANDAMIENTO DE LA DESPEDIDA -

Juan 13:33-35

-Hijitos -les siguió diciendo Jesús a Sus discípulos-, no voy a estar con vosotros más que un poco más; y, como les dije a los judíos, os lo digo a vosotros ahora: No podéis ir adonde Yo voy. Os doy un nuevo mandamiento: que os améis unos a otros; que también vosotros os améis entre vosotros como Yo os he amado; en esto es en lo que todos reconocerán que sois discípulos Míos: si existe este amor entre vosotros.

Jesús estaba dándoles a Sus discípulos Su mandamiento de despedida. Le quedaba poco tiempo; si aún necesitaban oír Su voz, tenía que se entonces. Él iba a hacer un viaje en el que ninguno podía acompañarle; iba a ponerse en camino, y tenía que ir Él solo. Y, antes de marcharse, les dio el mandamiento de que se amaran entre sí como Él los había amado. ¿Qué quiere decir eso para nosotros, en nuestras relaciones con nuestros semejantes? ¿Cómo amó Jesús a Sus discípulos?

(i) Los amó *sin el menor egoísmo.* Hasta en el amor humano más noble hay algo de egoísmo. A menudo pensamos -puede que inconscientemente- en lo que vamos a sacar. Pensamos en la felicidad que disfrutaremos, o en la soledad en que quedaremos si el amor falla o se nos niega. A menudo estamos pensando: ¿Qué me reportará este amor? Por detrás de todo, es *nuestra* felicidad lo que estamos buscando. Pero Jesús no pensaba nunca en Sí mismo. Su único deseo era darse a Sí mismo y todo lo que tenía por los que amaba.

(ii) Jesús amaba a Sus discípulos *sacrificialmente.* No había límite a lo que su amor pudiera llegar o dar. Ninguna demanda era excesiva. Si el amor quería decir la Cruz, Jesús la aceptaba. A veces cometemos el error de pensar que el amor está para darnos la felicidad. A fin de cuentas, así es; pero también puede traer dolor, y demandar una cruz.

(iii) Jesús amaba a Sus discípulos *comprensivamente.* Conocía íntima y totalmente a Sus discípulos. No conocemos a una persona a menos que hayamos convivido con ella. Si se trata de un encuentro casual, la vemos en su mejor momento. Es después de vivir con ella cuando conocemos sus rarezas y debilidades. Jesús había convivido con Sus discípulos día tras día durante muchos meses y sabía todo lo que había que saber de ellos -y, sin embargo, los amaba. A veces decimos que el amor es ciego. No hay tal, porque el amor que es ciego pronto se queda en nada, como no sea en desilusión y desencanto. El amor verdadero tiene los ojos bien abiertos. Ama, no lo que se imagina, sino lo que es. El corazón de Jesús es lo bastante grande como para amarnos tal como somos.

(iv) Jesús amaba a Sus discípulos *perdonándolos.* El primero de la compañía Le negaría. Todos Le abandonarían cuando más los necesitaba. Nunca, en toda Su vida, Le comprendieron realmente. Eran ciegos e insensibles, lentos para aprender y faltos de comprensión. A1 final, todos se portaron como unos cobardes. Pero Jesús nunca les tuvo rencor; no tenían fallo que Él no pudiera perdonar. El amor que no ha aprendido a perdonar no puede hacer más que marchitarse y morir. Somos pobres criaturas; y hay una especie de fatalidad en las cosas que nos hace herir más a los que más nos aman. Por esa misma razón todo amor duradero ha de edificarse sobre el cimiento del perdón; porque, sin perdón, está destinado fatalmente a morir.

LA LEALTAD VACILANTE

Juan 13:36-38

-Señor, ¿adónde Te vas? -Le preguntó Pedro.
Adonde Yo voy -le contestó Jesús- tú no Me puedes seguir ahora; ya Me seguirás después.
-Señor -Le dijo Pedro-, ¿por qué no Te puedo seguir ahora? ¡Daré la vida por Ti!
-¿Conque darás la vida por Mí? -le contestó Jesús-. Te diré la pura verdad: antes que cante el gallo Me habrás negado tres veces.

¿Qué diferencia había entre Judas y Pedro? Judas traicionó a Jesús, y Pedro, cuando Jesús le necesitaba más, Le negó por tres veces, hasta con juramentos y blasfemias; sin embargo, mientras que el nombre de Judas ha pasado a la Historia como el símbolo de la vergüenza más negra, Pedro ha dejado el suyo a la mayor dignidad que se conoce en la historia de la Iglesia. Hay algo infinitamente atrayente en la persona de Pedro. La diferencia consiste en que la traición de Judas fue deliberada; la llevó a cabo a sangre fría; debe de haber sido el resultado de una idea y una planificación concienzuda; y, por último, rehusó impasiblemente la invitación más entrañable. Pero la negación de Pedro no tuvo nada de deliberada. Jamás pensó hacerlo; se vio arrastrado en un momento por la debilidad y por las circunstancias. Por un momento su voluntad fue demasiado débil, pero su corazón no le traicionó.

Hay siempre una diferencia abismal entre un pecado calculado fría y deliberadamente, y el que arrastra involuntariamente a una persona en un momento de debilidad o de pasión. Sencillamente, no se pueden comparar el pecado a sabiendas, y el que le sobreviene a uno cuando está tan debilitado o tan inflamado que apenas se da cuenta de lo que hace. ¡Que Dios nos salve a nosotros de hacerle daño deliberadamente a Él o a cualquiera de los que nos aman!

Hay algo muy entrañable en la relación entre Jesús y Pedro.

(i) Jesús conocía a Pedro en toda su debilidad. Sabía lo impulsivo y lo inestable que era; sabía que tenía el hábito de hablar con el corazón antes de pensárselo con la cabeza. Conocía bien la fuerza de su lealtad y la debilidad de su voluntad. Jesús sabía cómo era Pedro.

(ii) Jesús sabía que Pedro Le amaba. Hiciera Pedro lo que hiciera, Jesús sabía que Le amaba. Ojalá nosotros nos diéramos cuenta de que, a menudo, cuando alguien nos desilusiona, nos falla, nos ofende o nos hiere, no es la misma persona que nos ama la que lo hace. La verdadera persona no es la que nos falla o nos ofende, sino la que nos ama. Lo auténtico no es su fallo, sino su amor. Jesús lo sabía de Pedro, porque le amaba. Nos ahorraríamos muchas desilusiones desgarradoras y muchos

rompimientos trágicos si recordáramos el amor soterraño y perdonáramos el fallo de un momento.

(iii) Jesús conocía, no sólo al Pedro que era, sino al que podría llegar a ser. Sabía que, de momento, Pedro no podría seguirle; pero estaba seguro de que llegaría el día en que él también seguiría el mismo camino rojo hacia el martirio. La grandeza de Jesús está en que Él ve al héroe cuando no es más que un cobarde; Él tiene el amor de ver lo que podemos ser, y el poder para ayudarnos a alcanzarlo.

LA PROMESA DE LA GLORIA

Juan 14:1-3

-No dejéis que se os angustie el corazón: creed en Dios y creed en Mí. Hay muchas habitaciones en la casa de Mi Padre; si no fuera así, ¿os habría dicho Yo que voy a prepararos un sitio? Una vez que haya ido y os haya preparado alojamiento, vendré otra vez para llevaros conmigo, para que estéis donde Yo esté.

Al cabo de muy poco, se les iba a hundir la vida a los discípulos de Jesús. Su mundo se les iba a colapsar, y el caos los iba a cercar. Entonces no les quedaría más que aferrarse desesperadamente a Dios con entera confianza. Como había dicho el salmista: «¡Si no creyese que tengo de ver la bondad del Señor en la tierra de los vivientes!» *(Salmo 27:13. R-V.09* añadía en cursiva para aclarar el sentido: *hubiera yo desmayado).* «Pero mis ojos miran hacia Ti, oh Señor Dios; en Ti busco refugio, ¡no me dejes indefenso!» *(Salmo 141:8).* Hay momentos en que tenemos que creer y aceptar aunque no podamos entender nada. Si, en la hora más oscura, creemos que, de alguna manera, hay un propósito en la vida, y que es un propósito de amor, hasta lo insoportable se hace soportable, y hasta en lo más denso de las tinieblas hay un rayo de luz.

Jesús añade algo. No dice solamente: «Creed en Dios.» Dice también: «Creed en Mí.» Si el salmista podía creer en la bondad final de Dios, mucho más nosotros. Porque Jesús es la prueba de que Dios está dispuesto a dárnoslo todo. Como decía Pablo: «Si Dios mismo no escatimó ni el dar a Su propio Hijo, sino que Le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo vamos a pensar que no nos dará generosamente con El todas las cosas?» *(Romanos 8:32). Si* creemos que tenemos el retrato de Dios en Jesús, entonces, a la vista de un amor tan maravilloso, llega a ser, no fácil, pero sí posible, aceptar hasta lo que no podemos entender, y mantener una fe serena en medio de las tormentas de la vida.

Jesús siguió diciendo: «Hay muchas habitaciones en la casa de Mi Padre.» Con « la casa de Mi Padre» quería decir el Cielo. Pero, ¿qué quería decir cuando dijo que había muchas habitaciones en el Cielo? La palabra para *habitaciones* es en el original *mona¡, y sugiere* tres cosas.

(i) Los judíos mantenían que en el Cielo hay diferentes grados de bendición que se concederán a las personas conforme a la bondad y fidelidad que hayan mostrado en la Tierra. En el *Libro de los secretos de Enoc* se dice: «En el mundo venidero hay muchas mansiones preparadas para los seres humanos: para los buenos, buenas; y malas para los malos.» La alegoría compara el Cielo con un palacio inmenso con muchas habitaciones, cada una asignada a cada persona conforme haya merecido en la vida.

(ii) El escritor griego Pausanias usa la palabra *mona¡* con el sentido de *etapas en el camino. Si* es así como debemos tomarla aquí, quiere decir que hay muchas etapas en el camino al Cielo, y también en el mismo Cielo hay progreso y desarrollo. Por lo menos algunos de los primeros pensadores cristianos lo creían así. Orígenes era uno de ellos. Decía que, después de la muerte, el alma iba a un lugar que se llamaba el Paraíso, que estaba todavía en la Tierra. Allí recibía instrucción y preparación; y, cuando estaba lista, el alma ascendía al aire. Allí pasaba por varias *mona¡,* etapas, que los griegos llamaban *esferas y los* cristianos *cielos,* hasta que, por último llegaba al Reino celestial. A1 hacer todo aquello, el alma seguía a Jesús Que, como dijo el autor de *Hebreos,* «ha pasado los cielos» (4:14). Ireneo habla de cierta interpretación de la frase que explica que la semilla que se siembra produce a veces ciento por uno, a veces sesenta y a veces treinta *(Mateo 13:8).* Hay una diferencia en producción y, por tanto, en recompensa. Algunas personas serán consideradas dignas de pasar toda la eternidad en la presencia de Dios; otras se elevarán hasta el paraíso, y otras serán ciudadanas de « la ciudad». Clemente de Alejandría creía que había grados de gloria, recompensas y estados en relación con el nivel de santidad que hubiera alcanzado cada persona en esta vida.

Aquí hay algo muy atractivo. Hay un sentido en que el alma se resiste a lo que podríamos llamar un Cielo estático. Hay algo atractivo en la idea de un progreso que prosigue hasta en los lugares celestiales. Hablando en términos puramente humanos e

inadecuados, a veces pensamos que nos deslumbraría el excesivo esplendor si se nos introdujera inmediatamente a la misma presencia de Dios. Pensamos que, hasta en el Cielo, necesitaremos ser purificados y ayudados hasta que podamos contemplar la mayor gloria.

(iii) Pero también puede ser que el sentido sea muy sencillo y encantador. «Hay muchas habitaciones en la casa de Mi Padre» puede que quiera decir sencillamente que en el Cielo hay sitio para todos. Las casas terrenales a menudo se abarrotan de personas; las posadas y los hoteles terrenales tienen que poner muchas veces el cartel de «Completo», «No hay habitaciones libres.» Pero en la casa del Padre celestial no pasa eso, porque el Cielo es tan grande como el corazón de Dios y hay sitio para todos. Jesús está diciéndoles a Sus amigos: « No tengáis miedo. La gente puede que os cierre las puertas de sus casas; pero nunca seréis excluidos del Cielo.»

LA PROMESA DE LA GLORIA

Juan 14:1-3 (conclusión)

Hay otras grandes verdades en este pasaje.

(i) Nos habla de la honestidad de Jesús. « Si no fuera así, ¿os habría dicho Yo que voy a prepararos un sitio?» Nadie podrá jamás reclamar que le proselitizaron fraudulentamente con promesas fantásticas para que se hiciera cristiano. Jesús les dijo claramente a Sus posibles seguidores que los cristianos tenemos que despedirnos para siempre de la comodidad *(Lucas* 9:57-58). Les advirtió acerca de la persecución, el odio, los oprobios que tendrían que soportar *(Mateo 10:16-22).* Les habló de la cruz que tendrían que sufrir *(Mateo 16:24),* aunque también les habló de la gloria que hay al final del camino cristiano. Sincera y honradamente dijo a todos lo que podían esperar, tanto de dolor como de gloria, si se apuntaban como seguidores Suyos. Jesús no era uno de esos políticos que tratan de sobornar a la gente con promesas de un camino fácil; lo que quería era desafiarlos a alcanzar la grandeza.

(ii) Nos habla de la misión de Jesús. Él les dijo: «Voy a prepararos un sitio.» Uno de los grandes pensamientos del Nuevo Testamento es que Jesús va delante de nosotros, y nos abre el camino para que sigamos Sus huellas. Una de las grandes palabras que se usan para describir a Jesús es la palabra *prodromos (Hebreos 6:20),* que Reina-Valera traduce por *precursor.* Hay dos usos de esta palabra que iluminan el cuadro que contiene. En el ejército romano, los *prodromoi* eran las tropas de reconocimiento. Se adelantaban al cuerpo del ejército para trazar el camino y asegurarse de que el resto de la tropa podía seguir adelante. El puerto de Alejandría tenía un acceso muy peligroso. Cuando llegaban los grandes navíos que transportaban grano, se les mandaba una barcaza piloto para que los guiara por el canal hasta las aguas seguras. Aquella barcaza piloto se llamaba *prodromos.* Pasaba primero para que los demás pudieran pasar sin peligro. Eso es lo que ha hecho Jesús.

Ha abierto el camino que conduce al Cielo y a Dios para que Le sigamos a salvo.

(iii) Nos habla del triunfo final de Jesús. Él dijo: «Volveré.» La Segunda Venida de Jesús es una esperanza sobre la que no se suele predicar mucho; y lo curioso es que los cristianos, o la pasan por alto, o no piensan en otra cosa. Es verdad que no podemos decir ni el día ni la hora cuando sucederá, ni cómo sucederá; pero una cosa es segura: la Historia se dirige a una meta. Sin un clímax quedaría incompleta. La consumación de la Historia será el triunfo de Jesucristo. Y Él ha prometido que el día de Su triunfo recibirá en Su Reino a Sus amigos.

(iv) Jesús dijo: «Donde Yo esté, allí estaréis también vosotros.» Aquí tenemos una gran verdad dicha de la manera más sencilla. Para el cristiano, el Cielo es donde está Jesús. No tenemos por qué especular acerca de cómo es el Cielo. Nos basta con saber que estaremos ya siempre con Jesús. Cuando amamos a alguien con todo el corazón, sólo estamos vivos cuando estamos en su compañía. Eso nos pasa con Cristo. En este mundo, nuestro contacto con Él es impreciso, porque vemos la realidad como a través de un espejo imperfecto y espasmódico, porque somos pobres criaturas y no podemos vivir siempre en las alturas. Pero la mejor definición del Cielo es el estado en que estaremos siempre con Jesús.

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

Juan 14:4-6

-Ya sabéis el camino adonde Yo voy - siguió diciéndoles Jesús.
-Señor, ¡si no sabemos adónde vas! ¿Cómo vamos a saber el camino? -Le dijo Tomás; y Jesús le dijo:
-Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida. No se puede llegar al Padre nada más que pasando por Mí.

Una y otra vez Jesús les había dicho a Sus discípulos adónde se iba; pero, por lo que se ve, no Le habían entendido. «Estaré con vosotros un poco más de tiempo, y luego volveré al Que Me envió» *(Juan 7:33)*. Jesús les había dicho claramente que iba al Padre Que Le había enviado, con el Que era una misma cosa; pero ellos todavía no sabían de qué viaje se trataba. Y menos todavía se habían enterado de cuál sería el camino, que Jesús les había dicho que pasaba por la Cruz.

Para entonces, los discípulos ya estaban totalmente confusos. Había uno entre ellos que nunca podía decir que entendía lo que no entendía, que era Tomás. Era demasiado honrado y tomaba las cosas demasiado en serio para darse por satisfecho con piadosas vaguedades. Tenía que estar seguro; así es que expresó sus dudas, y lo maravilloso es que fue su confesión de no haber entendido lo que dio origen a una de las revelaciones más gloriosas que Jesús hizo nunca a Sus discípulos. Nadie debería avergonzarse de sus dudas; porque es sorprendentemente y benditamente cierto que, en las cosas espirituales, el que busca, al %n encontrará.

Jesús le dijo a Tomás: « Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida.» Eso nos parece una gran afirmación; pero aún lo sería más para un judío que la oyera por primera vez. En ella, Jesús tomó tres de las grandes concepciones básicas de la religión judía, e hizo la tremenda declaración de que en Él se habían hecho realidad.

Los judíos hablaban mucho del *camino* por el que había que andar, y de *los caminos* de Dios. Moisés le dijo al pueblo de parte de Dios: « No os apartéis a diestra ni a siniestra. Andad en todo el camino que el Señor vuestro Dios os ha mandado» *(Deuteronomio 5:32-33). Y* Moisés le dijo al pueblo: «Porque yo sé que después de mi muerte ciertamente os corromperéis y os apartaréis del *camino* que os he mandado» *(Deuteronomio 31:29).* También había dicho Isaías: «Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es *el camino,* andad por él» *(Isaías 30:21)*. En el glorioso nuevo mundo habría una calzada y camino que se llamaría *Camino de Santidad,* por la

que no irían los inmundos, y el mismo Señor estaría con ellos; y los viandantes, aunque fueran sencillos, no se perderían, ni los atacarían las fieras *(Isaías 35:8)*. La oración del salmista era: «Enséñame, oh Señor, Tu *camino» (Salmo 27:11)*. Los judíos hablaban del camino de Dios por el que hay que ir. Jesús dijo: «Yo soy el Camino.»

¿Qué quería decir? Figuraos que nos encontramos en un pueblo desconocido y preguntamos por unas señas. Supongamos que la persona a la que hemos preguntado nos dice: «Tome la primera a la derecha, y la segunda a la izquierda; cruce la plaza, pase la iglesia, tome la tercera a la derecha y la carretera que usted busca es la cuarta de la izquierda.» Lo más probable es que nos perdamos a mitad de camino. Pero supongamos que esa persona nos dice: «Vengan ustedes. Yo los llevaré.» En ese caso, esa persona *es* para nosotros el camino, y no nos podemos perder. Eso es lo que Jesús hace por nosotros. No Se limita a darnos consejos y direcciones, sino que nos lleva de la mano, y nos fortalece y nos guía cada día. No se limita a indicarnos el camino; Él *es el camino.*

Jesús dijo también: « Yo soy la Verdad.» El salmista había dicho: «Enséñame, oh Señor, Tu camino; caminaré yo en Tu *verdad» (Salmo 86:11)*. «Porque Tu misericordia está delante de mis ojos, y ando en Tu *verdad» (Salmo 26:3)*. «Escogí el camino de *la verdad» (Salmo 119:30)*. Muchos nos habían dicho la verdad, pero ninguno llegó a encarnarla.

Hay una cosa de suprema importancia acerca de la verdad moral. El carácter de un profesor no afecta a su enseñanza de geometría o de gramática latina. Pero si se trata de un profesor de ética, su carácter influye decisivamente. Un adúltero que enseñara la necesidad de la fidelidad conyugal, un avaro que tratara del valor de la generosidad, un orgulloso que hablara de la belleza de la humildad, un violento que defendiera la calma, un sádico que exhortara al amor... no tendrían mucho éxito. La verdad moral no se transmite sólo con palabras; tiene que mostrarse en el ejemplo. Y es ahí donde el mejor maestro humano se quedará corto. Ningún maestro ha sido la perso-

nificación de la verdad que enseñaba -más que Jesús. Muchos podrán decir: «Yo os enseño la verdad;» pero sólo Jesús pudo decir: «Yo soy *la verdad.»* Lo más tremendo de Jesús es que la verdad moral no encuentra en Él simplemente su mejor *expositor,* sino su mejor *realizador.*

Jesús dijo también: « Yo soy la vida.» El autor de Proverbios había dicho: «Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz; y camino de *vida* las reprensiones que te instruyen» *(Proverbios 6:23).* «Camino a la *vida* es guardar la instrucción» *(Proverbios 10:17).* «Me mostrarás la senda de *la vida» (Salmo 16:11).* En último análisis, lo que la humanidad está siempre buscando es *la vida.* No busca tanto el conocimiento en sí, sino lo que hace que la vida valga la pena. Cierto novelista pone en boca de uno de sus personajes, que está enamorado: « Yo no sabía lo que era la vida hasta que la vi en tus ojos.» El amor le había descubierto la vida. Eso es lo que hace Jesús. La vida con Jesús es la auténtica.

Hay una manera de decir todo esto que incluye todas estas verdades. Jesús dijo: « No se puede llegar al Padre nada más que pasando por Mí.» Él es el único Camino que conduce al Padre. Solamente en Jesús podemos ver cómo es Dios; y Él es el único que puede conducirnos a la presencia de Dios sin vergüenza ni temor.

LA VISIÓN DE DIOS

Juan 14:7-11

Jesús continuó diciéndoles:

-Si me hubierais reconocido a Mí habríais conocido también a Mi Padre. Desde ahora en adelante estáis empezando a conocerle, porque Le habéis visto.

-Señor -Le dijo Felipe-, déjanos ver al Padre, y ya no Te pedimos nada más.

-Con todo el tiempo que llevo con vosotros, ¿y todavía no Me has reconocido, Felipe? -le contestó

Jesús-. ¡El que Me ha visto a Mí ha visto al Padre! ¿Cómo puedes decir: Muéstranos al Padre? ¿Es que no crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo os hablo no tienen en Mí su origen, sino que es el Padre Que está en Mí el Que hace Sus propias obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí. Y si no lo podéis creer porque Yo os lo digo, creedlo por las mismas obras.

Bien puede ser que para el mundo antiguo esto fuera lo más alucinante que dijo Jesús. Para los griegos, Dios era esencialmente *El Invisible; y los* judíos estaban seguros de que a Dios nadie Le había visto jamás. Pero Jesús les dijo: « Si me hubierais reconocido a Mí habríais-conocido también a Mi Padre.»

Entonces Felipe pidió lo que le parecería un imposible. Tal vez estaba pensando en aquel tremendo día del pasado cuando Dios le reveló Su gloria a Moisés *(Éxodo 33:12-32).* Pero aun aquel gran día, Dios le dijo a Moisés: «Verás Mis espaldas; mas no se verá Mi rostro.» En tiempos de Jesús, los creyentes estaban fascinados y oprimidos por la idea de la trascendencia de Dios y de la distancia y diferencia insalvables entre Dios y la humanidad. Jamás se les habría ocurrido pensar que podían ver a Dios. Y entonces Jesús dijo con suprema sencillez: « ¡El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre!»

Ver a Jesús es ver cómo es Dios. Un escritor reciente dice que Lucas «domesticó a Dios;» es decir, que Lucas nos muestra a Dios en Jesús tomando parte en las cosas más íntimas y hogareñas. Cuando vemos a Jesús, podemos decir: «Este es Dios viviendo nuestra vida.» Si es así, podemos decir de Dios las cosas más hermosas.

(i) Dios Se introdujo en un hogar ordinario y en una familia normal y corriente. En el mundo antiguo se habría creído que, si Dios había de venir al mundo, vendría como rey a un palacio real con todo el poder y la majestad que el mundo considera grandeza; pero en Jesús, Dios santificó de una vez para siempre el nacimiento humano y el humilde hogar de la gente sencilla.

(ii) Dios no tuvo vergüenza en hacer el trabajo humano. Vino al mundo como un obrero. Jesús fue el carpintero de Nazaret. Nunca nos daremos cuenta suficientemente de lo maravilloso que es que Dios entienda nuestro trabajo cotidiano. Él sabe lo difícil que es muchas veces ganarse la vida y ajustarse a un salario, tratar con ciertos clientes y con los morosos. Conoció por propia experiencia las dificultades de la convivencia en el seno de una familia numerosa y los problemas que nos asedian en el trabajo de cada día. Según el Antiguo Testamento, el trabajo excesivamente duro e improductivo es una consecuencia del pecado *(Génesis 3:19);* pero en el Nuevo Testamento el trabajo ordinario se reviste de gloria porque Dios lo ha asumido en Jesús.

(iii) Dios sabe lo que es sufrir la tentación. La vida de Jesús nos presenta, no la serenidad, sino la lucha de Dios. Era fácil imaginarse a Dios viviendo en una serenidad y paz que no podían alterar las tensiones de este mundo; pero Jesús nos muestra a Dios pasando por todas nuestras angustias. Dios no es como un general que dirige a su ejército desde una posición cómoda y segura, sino que está con nosotros en primera línea.

(iv) En Jesús vemos a Dios amándonos. Cuando hay amor, se siente el dolor. Si nos pudiéramos mantener absolutamente distantes; si pudiéramos organizar la vida de tal manera que nada ni nadie nos importara, no habría tal cosa como tristeza, dolor o ansiedad. Pero en Jesús vemos a Dios preocupándose intensamente, anhelando relacionarse con la humanidad, sintiendo entrañablemente por y con las personas, amándolas hasta el punto de llevar en Su corazón las heridas del amor.

(v) En Jesús vemos a Dios en la Cruz. No hay nada más increíble en el mundo. Es fácil imaginarse a un dios que condena a la gente; y más aún a un dios que, si las personas se le oponen, las elimina. Nadie habría soñado con un Dios que eligió la Cruz para salvar a la humanidad.

« ¡El que Me ha visto ha visto al Padre!» Jesús es la revelación de Dios, por mucho que esa revelación inunde la inteligencia humana de sorpresa y de admiración increíble.

LA VISIÓN DE DIOS

Juan 14:7-11 (conclusión)

Jesús pasa a decir otra cosa. La absoluta unicidad de Dios era algo que los judíos nunca podrían olvidar. Los judíos eran monoteístas a ultranza. El peligro de la fe cristiana es colocar a Jesús como una especie de dios secundario; pero el mismo Jesús insistía en que lo que Él decía y hacía no era el producto de Su propia iniciativa y capacidad, sino que lo decía y hacía el mismo Dios. Sus palabras eran la voz de Dios hablando a la humanidad; Sus obras eran el resultado del poder de Dios fluyendo a través de Él para alcanzar a las personas. Él era realmente el canal por el que Dios venía a la humanidad.

Vamos a tomar dos analogías sencillas e imperfectas de la relación entre maestro y alumno. El doctor Lewis Muirhead decía del gran expositor cristiano A. B. Bruce que «la gente venía a ver en el hombre la gloria de Dios.» Un maestro tiene la responsabilidad de transmitir algo de la gloria de su asignatura a sus alumnos; y el que enseña acerca de Jesucristo puede, si es lo bastante consagrado, transmitir la visión y la presencia de Dios a sus estudiantes. Eso es lo que hacía A. B. Bruce; y, en un grado infinitamente mayor, es lo que hacía Jesús. El vino a transmitir a la humanidad la gloria y el amor y la presencia y la visión de Dios.

Y aquí tenemos otra analogía. Un profesor transmite a sus estudiantes, no sólo lo que sabe, sino, principalmente, lo que es, algo de sí mismo. Muchas veces descubrimos en el joven investigador o profesor la impronta del que fue clave en su formación; y lo mismo en el joven predicador, no sólo las ideas, sino también los gestos y formas de expresión del pastor al que ha amado y bajo cuyo ministerio se ha formado, hasta tal punto que a veces nos parece estar escuchando o viendo ministrar al pastor anterior. Y eso se nota tanto más cuanto más estrecha y entrañable haya sido la relación entre el profesor y el estudiante, o entre el pastor y el creyente. Y esto resulta mucho

más fácil de detectar, como es natural, en el caso de padres y madres e hijos e hijas.

Esa fue y es la influencia de Jesús, pero en un grado incalculablemente mayor. Él trajo a la humanidad el acento y el mensaje y la mente y el corazón de Dios.

Debemos recordar de cuando en cuando que Dios está en todo. No fue una expedición que Él escogiera la que hizo Jesús al mundo. No lo hizo para suavizar el duro corazón de Dios. Vino porque Dios Le envió, porque de tal manera amó al mundo. Detrás de Jesús, y en Él, estaba Dios.

Jesús siguió haciendo una declaración y ofreciendo una prueba basada en Sus *palabras* y en Sus *obras.*

(i) Él proponía que se Le sometiera a la prueba de lo *que decía.* Es como si Jesús dijera: «Cuando Me escucháis a Mí, ¿es que no os dais cuenta en seguida de que lo que estoy diciendo es la verdad de Dios?» Las palabras de los genios son autoevidentes. Cuando leemos a un gran poeta no podemos decir en la mayoría de los casos por qué es tan bueno y por qué nos conquista el corazón. Puede que analicemos su técnica; pero, a fin de cuentas, hay algo que desafía al análisis pero que se puede reconocer inmediatamente. Eso y más es lo que nos sucede con las palabras de Jesús. Cuando las oímos o leemos, no podemos por menos de decirnos: « ¡Si todo el mundo viviera de acuerdo con estos principios, qué diferente sería el mundo! Y si yo pudiera vivir de acuerdo con estos principios, ¡qué diferente sería yo!»

(ii) Él proponía que se Le sometiera a la prueba de sus *obras.* Le dijo a Felipe: « Si no podéis creer en Mí por lo que Yo os digo, sin duda os dejaréis convencer por lo que Yo puedo hacer.» Esa era la misma respuesta que Jesús le envió a Juan el Bautista cuando éste Le envió mensajeros que Le preguntaran si era Él, Jesús, el Mesías, o si tendrían que seguir esperando a otro. « Id -les dijo Jesús-, y contadle a Juan lo que está sucediendo, y eso le convencerá» *(Mateo 11:1-6).* La prueba definitiva de que Jesús es el Que es es que ningún otro ha conseguido jamás hacer buenos a los que eran malos.

Lo que Jesús le dijo a Felipe fue, en resumen: «¡Escúchame! ¡Mírame! ¡Y cree en mí!» Y todavía, la manera de llegar a ser cristiano no es discutir acerca de Jesús, sino escucharle y mirarle. Si así lo hacemos, Su impacto personal nos obligará a creer que Él es el Salvador del mundo, y nuestro propio y suficiente Salvador personal.

LAS TREMENDAS PROMESAS

Juan 14:12-14

> *-Esto que os digo es la pura verdad-siguió diciéndoles Jesús a Sus discípulos-: el que crea en Mí hará las obras que Yo hago, y aun mayores que éstas; porque Yo voy al Padre, y haré todo lo que pidáis en Mi nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís alguna cosa en Mi nombre, Yo la haré.*

No es fácil encontrar promesas que sean mejores que las dos de este pasaje. Pero son de tal naturaleza que debemos tratar de entenderlas. Si no, la vida nos desilusionará.

(i) La primera es que Jesús dijo que Sus discípulos harían lo que Él hacía, y aun mayores cosas. ¿Qué quería decir?

(a) Está fuera de toda duda que la Iglesia Primitiva tenía poder para realizar curaciones. Pablo enumera entre otros dones que se daban en la Iglesia el de sanidad(] *Corintios 12:9,* 28, 30). Santiago exhortaba a que, cuando un cristiano estuviera enfermo, llamará a los ancianos de la iglesia para que oraran por él ungiéndole con aceite, y sanaría *(Santiago 5:14).* Pero está claro que no era eso solo lo que quería decir Jesús; porque, aunque se pudiera decir que la Iglesia Primitiva hacía las mismas cosas que Jesús, no se podría decir que las hacía aún mayores

(b) Conforme ha ido pasando el tiempo, la humanidad ha ido conquistando la enfermedad. Los médicos y los cirujanos tienen poderes que el mundo antiguo habría considerado mi-

lagrosos y hasta divinos. Los cirujanos con sus nuevas técnicas, los médicos con sus nuevos tratamientos y medicinas maravillosas pueden realizar ahora las curas más sorprendentes. Aún queda mucho camino por recorrer; pero, una tras otra, se han ido abatiendo las fortalezas del dolor.

Lo más sorprendente de todo esto es que ha sido el poder y la influencia de Jesucristo lo que lo ha producido. ¿Por qué habíamos de esforzarnos en salvar a los débiles, a los enfermos y a los moribundos, a todos los que tienen el cuerpo dañado o la mente trastornada? ¿Por qué los intelectuales y los científicos se han sentido movidos, y hasta impulsados, a dedicar sus vidas y esfuerzos, muchas veces hasta arruinando su salud y perdiendo su vida, para encontrar curas para la enfermedad y remedios para el sufrimiento? La indudable respuesta es que, aunque no se dieran cuenta de ello, Jesús era el Que les estaba diciendo por medio de Su Espíritu: < Hay que ayudar y curar a estas personas. Tenéis que hacerlo. Es vuestra responsabilidad y vuestro privilegio el hacer todo lo que podáis por ellos.» Es el Espíritu de Cristo el Que ha estado impulsando la conquista de la enfermedad; y, en consecuencia, se pueden hacer cosas ahora que en tiempos de Jesús ni siquiera se habrían creído posibles.

(c) Pero todavía no hemos llegado al fondo. Recordad lo que Jesús hizo *en los días de Su carne.* No predicó nunca fuera de Palestina. Durante Su vida en la Tierra, el Evangelio no llegó ni a Europa. Él no conoció nunca la degradación moral de Roma. Aun Sus adversarios de Palestina eran hombres religiosos; los escribas y fariseos dedicaban sus vidas a la religión tal como ellos la entendían, y sin duda creían y practicaban la pureza de vida. No fue en Su tiempo cuando el Evangelio salió por un mundo en el que el matrimonio no se respetaba, el adulterio no era ni siquiera un pecado convencional y en los vicios más degradantes florecían como en una selva tropical.

Fue a ese mundo al que salieron los primeros cristianos, y lo ganaron para Cristo. Cuando el Cristianismo se convirtió en una cuestión de números e influencia y cambio de poderes, los triunfos del mensaje de la Cruz fueron todavía mayores que los de Jesús en los días de Su carne. Era de una regeneración moral y de una victoria espiritual de lo que Cristo estaba hablando. Y Él dijo que aquello sería porque El iba al Padre. ¿Qué quena decir con eso? Pues que, en los días de Su carne, estaba limitado a Palestina; pero, después de morir y resucitar, fue liberado de las limitaciones de espacio y tiempo, y Su Espíritu pudo obrar poderosamente por todas partes.

(ii) En Su segunda promesa, Jesús dice que cualquier oración que se haga en Su nombre será concedida. Esto es al-go que nos interesa supremamente entender. Fijémonos con cuidado que Jesús *no* dijo que todo lo que pidiéramos se nos concedería, sino que todas las oraciones que hiciéramos *en Su nombre* se nos concederían. La prueba de una oración es: ¿Puedo hacerla en el nombre de Jesús? Nadie podría, por ejemplo, pedir una venganza, una ambición, algún objetivo indigno de un cristiano *en el nombre de Jesús.* Cuando oramos, debemos preguntarnos siempre: «¿Podemos hacer esta petición honradamente *en el nombre de Jesús?* La oración que supera esa prueba y que, al final dice, «Hágase Tu voluntad», siempre se contesta afirmativamente. Pero la que se basa en el yo no puede esperar que Dios la conceda.

EL AUXILIADOR PROMETIDO

Juan 14:15-17

> -*Si me amáis, guardad mis mandamientos; y Yo Le pediré al Padre que os dé otro Ayudador Que se quede con vosotros indefinidamente; Me refiero al Espíritu de la Verdad. El mundo no Le puede recibir, porque ni Le ve ni Le conoce; pero vosotros sí Le conocéis, porque está entre vosotros y estará dentro de vosotros.*

Para Juan no hay más que una manera de demostrar el amor, y es la obediencia. Fue en Su obediencia como Jesús Le demostró al Padre que Le amaba; y en la nuestra como debemos demostrarle a Jesús nuestro amor. C. K. Barret dice: «Juan no deja nunca que el amor se convierta en un sentimiento de emoción. Su expresión es siempre moral, y se manifiesta en la obediencia.» Conocemos muy bien a los que hacen protestas de amor pero que, al mismo tiempo, producen dolor o angustia a los que pretenden amar. Hay jóvenes que dicen que aman a sus padres, y sin embargo les causan preocupaciones y ansiedad. Hay maridos que dicen que aman a sus mujeres, y esposas que dicen que aman a sus maridos, pero que, por su falta de consideración, mal genio o egoísmo, le hacen la vida imposible a su pareja. Para Jesús, el verdadero amor no es nada fácil. Se muestra sólo en la obediencia.

Pero Jesús no nos deja luchar solos en la vida cristiana. Dijo que nos mandaría otro *Auxiliador*. La palabra griega es *paraklétos,* que es imposible de traducir. La versión ReinaValera, y la de Scío, la traducen por *Consolador,* palabra que, aunque hay que reconocer que ha cambiado con el uso, no es una buena traducción. José María Bover, *Valedor y Paráclito;* y en nota, *Abogado o Defensor.* La Nueva Biblia Española pone *abogado*. Estudiando esta palabra podemos captar algo de las riquezas de la doctrina del **Espíritu Santo.** Literalmente quiere decir *alguien que es llamado al lado de uno* -como *abogado < advocátus.* Pero es *el porqué* es llamado lo que le da a la palabra distintas asociaciones. Los griegos la usaban en muchos contextos. Un *paraklétos* podía ser una persona *llamada* como abogada para defender a un acusado, y al que se le va a imponer una pena; podría también tratarse de un experto *al que se llama* para que aconseje en una situación difícil; o alguien *a quien se llama para ayudar,* por ejemplo, a una compañía de soldados que se encuentra deprimida y desanimada, infundiéndole nuevo ánimo. Siempre el *paraklétos* es *alguien que se llama para que ayude* en tiempos de dificultad o necesidad. *Confortador,* que es la palabra que se usa en las

biblias clásicas inglesas desde Wycliff, sería en tiempos una buena traducción porque conservaba el sentido latino derivado de *fortis,* que quiere decir *valiente; y un* confortador, por consiguiente, era alguien que infundía valor a personas derrotadas o acobardadas o desanimadas *(confortar = «dar* vigor, espíritu y fuerza»; *consolar = «aliviar* la pena o aflicción de alguien,» D.R.A.E.). No cabe duda que el Espíritu Santo es Consolador; pero, no limitemos Su actividad *lastimosamente.* A menudo hablamos de *poder* con algo, y de *no poder más.* Esa es precisamente la labor del Espíritu Santo: suprime nuestra incapacidad y nos capacita para poder con la vida. El Espíritu Santo transforma una situación desesperada en una vida victoriosa.

Así es que Jesús está diciendo: « Os encargo una dura tarea y os mando a una misión difícil; pero voy a enviaros a Alguien, *el Paraklétos,* Que os guiará a lo que debéis hacer y os capacitará para hacerlo.»

Jesús prosiguió diciendo que el mundo no puede reconocer al Espíritu. Por *mundo* se entiende la parte de la humanidad que vive como si no hubiera Dios. La punta de las palabras de Jesús es que no se puede ver más que lo que se está preparado para ver. Un astrónomo ve mucho más en los cielos que uno que no lo es. Un botánico ve mucho más que otro cualquiera en un seto. Uno que entiende algo de arte ve mucho más en un cuadro que otro que no entienda nada. Uno que sepa algo de música sacará mucho más de un concierto que otro que no sepa nada. Siempre lo que vemos o experimentamos depende de lo que ya aportamos a la experiencia o a la contemplación. Una persona que ha eliminado a Dios de su vida nunca Le puede ver ni oír. No podremos recibir el Espíritu Santo a menos que esperemos Su venida con anhelante expectación y oración.

El Espíritu Santo no entra en ningún corazón rompiendo la puerta; espera a que se Le abra. Cuando pensamos en las maravillas que puede hacer el Espíritu Santo en nuestra vida, no nos cuesta apartar un tiempo en el ajetreo de la vida para aguardar Su venida en silencio.

EL CAMINO A LA COMUNIÓN
Y A LA REVELACIÓN

Juan 14:18-24

No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. Dentro de un poquito, el mundo dejará de verme definitivamente; pero vosotros sí Me veréis, porque Yo estaré vivo, y vosotros también. En aquel día sabréis que Yo estoy en el Padre y vosotros en Mí tanto como Yo en vosotros. El que de veras Me ama es el que se entera de Mis mandamientos y los cumple. Mi Padre amará a la persona que Me ame, y Yo también la amaré y Me revelaré a ella.

Entonces Le preguntó Judas, no el Iscariote sino otro:

-¿Por qué es eso de que Te vas a revelar a nosotros, pero no al mundo?

-La persona que Me ame -le contestó Jesús-, hará caso de Mi palabra; y el Padre la amará, y vendremos a ella y moraremos con ella. La persona que no Me ame, tampoco hará caso de Mis palabras. Esto que Me estáis oyendo no es cosa Mía, sino que pertenece al Padre Que Me envió.

Ahora ya los discípulos no podían por menos de sentirse acechados por augurios de tragedia. Pero Jesús les dijo: «No os dejaré desvalidos.» La palabra en griego es *órfanos,* de la que viene la española con el mismo sentido: literalmente *sin padre;* pero también se aplicaba a situaciones de desamparo y falta de protección; se usa de los discípulos o estudiantes privados de la presencia y enseñanza de un querido maestro. Platón dice que, cuando murió Sócrates, sus discípulos pensaban que se tendrían que pasar el esto de la vida como niños abandonados o privados de un padre, y no sabían qué hacer. Pero Jesús les dijo a Sus discípulos que ese no sería su caso. «Volveré a vosotros,» les dijo.

Se refería a Su Resurrección y a Su presencia espiritual. Los discípulos Le verían, porque Él estaría vivo y ellos también.

Lo que Él quería decirles era que ellos estarían espiritualmente vivos. De momento estaban confundidos y apabullados por el presentimiento de la inminente tragedia; pero llegaría el día en que se les abrirían los ojos -y entonces Le verían de veras. Eso fue exactamente lo que les sucedió cuando Jesús resucitó. Su resurrección cambió la desesperación en esperanza, y fue entonces cuando reconocieron, sin la menor sombra de duda, que Él era el Hijo de Dios.

En este pasaje Juan sigue barajando algunas ideas que nunca están lejos de su pensamiento.

(i) Primero y principalmente, está el amor. Para Juan el amor es la base de todas las cosas. Dios ama a Jesús; Jesús ama a Dios; Dios ama a la humanidad; Jesús ama a la humanidad; la humanidad ama a Dios por medio de Jesús; los seres humanos se aman unos a otros; el Cielo y la Tierra, la humanidad y Dios, las personas entre sí... todo está enlazado con el vínculo del amor.

(ii) Una vez más Juan subraya la necesidad de la obediencia, que es la única prueba del amor. Fue a los que Le amaban a los que Se apareció Jesús cuando resucitó, no a los escribas y fariseos y los demás adversarios.

(iii) Este amor obediente y confiado conduce a dos cosas. La primera, a la seguridad absoluta. El día del triunfo de Jesús, los que hayan estado unidos a Él por el amor obediente estarán a salvo en un mundo que se hunde. La segunda, a una revelación cada vez más plena. La revelación de Dios es algo costoso. Siempre tiene una base moral; es a la persona que cumple Sus mandamientos a la que Se revela Cristo. Una persona mala jamás podrá recibir la revelación de Dios. Puede que Dios la use; pero no puede tener comunión con Él. Dios sólo se revela a los que Le buscan. Y es sólo a la persona que, a pesar de sus fracasos, se eleva hacia Dios, a la que Dios desciende. La comunión con Dios y la revelación de Dios dependen del amor; y el amor depende de la obediencia. Cuanto más obedecemos a Dios, mejor Le entendemos; y la persona que anda por Sus caminos no puede por menos de caminar con Él.

EL LEGADO DE CRISTO

Juan 14:25-31

-Os he dicho estas cosas aprovechando que estoy todavía con vosotros. El Ayudador, Que es el Espíritu Santo al Que el Padre mandará en Mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho. Os dejo la paz, Mi paz. Yo no os la doy como la da el mundo. No dejéis que se os inquiete o atemorice el corazón. Me habéis oído deciros: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si Me amáis, os alegraréis de que Me voy con Mi Padre; porque el Padre es más grande que Yo. Y os he dicho esto ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis. Ya no os diré mucho más, porque viene el príncipe de este mundo, que no tiene nada que ver conmigo. Su intervención no hará más que hacer que el mundo se dé cuenta de que Yo amo al Padre y hago lo que el Padre Me ha mandado. Venga, levantaos; vámonos.

Este es un pasaje lleno de verdades hasta rebosar. En él Jesús nos habla de cinco cosas.

(i) Nos habla de Su *Colega,* el Espíritu Santo, y nos dice un par de cosas básicas acerca de Él.

(a) El Espíritu Santo nos enseñará todas las cosas. Hasta el fin de su camino, el cristiano es un aprendiz; porque hasta el fin de su camino el Espíritu Santo le guía a mayores y mayores profundidades de la verdad de Dios. El creyente cristiano no tiene disculpa para tener una mente cerrada. El cristiano que piensa que ya no tiene más que aprender es un cristiano que ni siquiera ha empezado todavía a entender lo que quiere decir la doctrina del Espíritu Santo.

(b) El Espíritu Santo nos recordará lo que ha dicho Jesús. Esto quiere decir dos cosas. l.- En materia de fe, el Espíritu Santo nos trae a la mente constantemente las cosas que dijo Jesús. Tenemos la obligación de pensar; pero tenemos que

confrontar todas nuestras conclusiones con las palabras de Jesús. No es tanto la verdad lo que tenemos que descubrir, porque Él ya nos dijo la verdad; lo que tenemos que descubrir es lo que quiere decir esa verdad. El Espíritu Santo nos salva de la arrogancia y del error en nuestro pensar. 2.- El Espíritu Santo nos mantendrá a salvo en materia de conducta. Casi todos nosotros tenemos esta clase de experiencia de la vida: estamos tentados a hacer algo que está mal y, a punto de hacerlo, nos vuelve a la mente un dicho de Jesús, el versículo de un salmo, el recuerdo de Jesús, las palabras de alguien a quien amamos y admiramos o la enseñanza que recibimos cuando éramos pequeños. En el momento de peligro, estas cosas aparecen sin que sepamos cómo en nuestra mente: es la acción del Espíritu Santo.

(ii) Jesús habla de Su *don,* el don de Su *paz.* En el Antiguo Testamento la palabra para *paz* es *shalóm,* que nunca quiere decir simplemente la falta de problemas, sino todo lo que contribuye a nuestro bienestar total y bien supremo. La paz que el mundo nos ofrece es la de la evasión, la que viene de evitar los problemas o de no arrostrar las responsabilidades. La paz que Jesús nos ofrece es la de la victoria: ninguna experiencia de la vida nos la puede quitar, ni ningún pesar ni peligro ni sufrimiento nos la puede ensombrecer. Es independiente de todas las circunstancias exteriores.

(iii) Jesús habla de Su *destino:* vuelve a Su Padre; y dice que, si Sus discípulos Le aman de veras, se alegrarán. Iba a ser liberado de las limitaciones de este mundo, y a ser restituido a Su gloria. Si captamos de veras la verdad del Evangelio, nos alegraremos siempre que los que amamos se vayan para estar con Dios. Eso no es decir, desde luego, que no debemos sentir la punzada de la separación y de la pérdida temporal; pero, pese al dolor y a la soledad, debemos alegrarnos de que, después de las dificultades y pruebas de la Tierra, los que arpamos han ido a algo mejor. No debemos nunca ver con malos ojos el que hayan entrado en su descanso; porque debemos recordar que han entrado, no en la muerte, sino en la verdadera vida.

(iv) Jesús habla de Su *lucha.* La Cruz era Su batalla final con los poderes del mal; pero Jesús no tenía miedo, porque sabía que el mal no tenía ningún poder decisivo sobre El. Iba a la muerte con la seguridad, no de la derrota, sino de la victoria definitiva.

(vi) Habla de Su *vindicación.* De momento la humanidad no vería en la Cruz nada más que humillación y vergüenza; pero llegaría la hora cuando vería Su obediencia a Dios y Su amor a la humanidad. Las mismas cosas que eran la clave de la vida de Jesús encontraron su suprema expresión en la Cruz.

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Juan 15:1-10

> *-Yo soy la auténtica Vid, y Mi Padre es el Viñador. Él poda todos los sarmientos que no dan ningún fruto en Mí, y limpia todos los que sí dan fruto, para que den más.*
>
> *Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. Manteneos en Mí de la misma forma que Yo Me mantengo en vosotros; porque, lo mismo que un sarmiento no puede dar ningún fruto por sí mismo si no se mantiene en la vid, así tampoco vosotros a menos que os mantengáis en Mí. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. La persona que se mantiene en Mí y en quien Yo Me mantengo, da mucho fruto; porque no podéis hacer nada separados de Mí. Al que no se mantiene en Mí se le desecha como sarmiento seco; y esos se recogen después y se echan al fuego para que ardan. Si os mantenéis en Mí y Mis palabras se mantienen en vosotros, pedid lo que queráis, y se os concederá. Es precisamente por el hecho de que deis tal fruto y de que os comportéis como discípulos Míos como es glorificado Mi Padre. Como Me ha amado el Padre, así os he amado Yo. Manteneos en Mi amor. Como Yo he cumplido los mandamientos de Mi Padre, Me mantengo en Su amor.*

Jesús, como en otras ocasiones, elabora en este pasaje figuras e ideas que eran parte de la herencia religiosa de la nación judía. Una y otra vez en el Antiguo Testamento, Israel se representa como la parra o la viña de Dios. «La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel» *(Isaías 5:1-7). « Yo* te planté de pura cepa,» es el mensaje de Dios a Israel por medio de Jeremías *(Jeremías 2:21). Ezequiel 15* compara a Israel a una vid cuya madera no sirve nada más que para el fuego, y *Ezequiel 19:10-14* con una parra en medio de la viña, que luego es arrojada al desierto. «Israel es una frondosa parra» *(Oseas* 10:1). « Te trajiste una vid de Egipto» *(Salmo* 80:8). La vid había llegado a ser de hecho el símbolo de la nación de Israel. Era el emblema que aparecía en las monedas de los Macabeos. Una de las glorias del templo era la gran vid de oro que había en la fachada del lugar santo. Muchos grandes hombres habían considerado un gran honor ofrendar oro para un manojo de uvas o aun para una sola uva de aquella vid. La vid era una pieza especial de la imaginería judía, y el mismísimo símbolo de Israel.

Jesús Se llama « la auténtica Vid.» La punta de esa palabra *aléthinós* -verdadera, real, genuina- es la siguiente. Es curioso que el símbolo de la vid no se usa nunca en el Antiguo Testamento sino unido a la idea de *degeneración.* La punta de la alegoría de Isaías es que la viña se ha vuelto silvestre. Jeremías dice que Dios se queja de que la nación que Él plantó de pura cepa se ha vuelto cepa borde.

Es como si Jesús dijera: «Creéis que porque pertenecéis a la nación de Israel sois sarmientos de la verdadera vid de Dios; pero la nación es una vid degenerada, como dijeron todos vuestros profetas. Pero la auténtica Vid de Dios soy Yo. Por el hecho de ser judíos no os vais a salvar. Lo único que os puede salvar es estar unidos vitalmente *conmigo,* porque Yo soy la auténtica Vid de Dios y, por tanto, tenéis que ser sarmientos unidos a Mí.» Jesús estaba estableciendo el principio de que el verdadero camino a la salvación de Dios no es tener sangre judía, sino tener fe en Él. Ninguna cualificación externa puede poner a una persona en la debida relación con Dios; sólo la amistad de Jesucristo puede hacerlo.

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Juan 15:1-10 (continuación)

Cuando Jesús trazó la alegoría de la vid sabía de lo que estaba hablando. La vid se cultivaba y se cultiva todavía en toda Palestina, más o menos como en España, aunque más en terrazas. Es una planta que requiere mucha atención si se quiere obtener un fruto de calidad. El terreno tiene que estar perfectamente limpio, y las plantas se separan convenientemente para que se puedan desarrollar. Se suelen podar los sarmientos en el invierno reduciendo la cepa a su mínima expresión. Algunas veces se poda la cepa a menos de un metro de altura, dejándole brazos radiales que se atan a tutores hasta que se hacen resistentes, que son los que producen los sarmientos, y estos el fruto; otras veces se apoyan las varas en espalderas o en árboles. Y, desde luego, a veces como parras, que se hacen muy frondosas a la puerta de las cabañas. Pero siempre requieren una buena preparación y un buen cuidado del suelo. No se deja que la vid dé fruto los tres primeros años, para que desarrolle conservando toda su energía. Ya adulta produce dos tipos de sarmientos, unos que dan fruto y otros que no. Los que no van a dar fruto se cortan bien atrás para que no vuelvan a brotar ni esquilmen la fuerza de la planta. La vid no puede dar buen fruto a menos que se la pode drásticamente-y Jesús lo sabía muy bien.

Además, la madera de la vid tiene la curiosa particularidad de que no sirve para nada. Es demasiado fibrosa y poco compacta. En ciertas épocas del año, establecía la ley, se tenían que llevar al templo ofrendas de madera para los fuegos de los altares; pero no se consideraban aceptables las cepas. Lo único que se podía hacer con los sarmientos de la poda o con las cepas que se arrancaban era una fogata, para que no trajeran miseria -plagas-a los árboles. En España se usa para leña en las casas de los pueblos o para encender los hornos. Este es otro detalle que añade verosimilitud a la alegoría de Jesús.

Jesús dice que así son Sus seguidores. Algunos de ellos son estupendos sarmientos productores Suyos, y otros son chupones que no dan ningún fruto. ¿En quién estaba pensando Jesús al hablar de los sarmientos estériles? Se pueden dar dos respuestas.

La primera es que estaba pensando en los judíos. ¿No era esa la lección que habían dado los antiguos profetas? La mayoría de los judíos se negaron a escuchar a Jesús y a aceptarle; por tanto, eran sarmientos estériles y secos. La segunda es que estaba pensando en algo más general que incluye a los cristianos cuyo cristianismo es pura profesión sin práctica -como se definen muchos: creyentes, pero no practicantes. Estaba pensando en los cristianos inútiles: todo hojas, pero nada de fruto. Y estaba pensando en los cristianos que se vuelven apóstatas, que oyeron el mensaje y lo aceptaron y lo abandonaron convirtiéndose en traidores al Maestro al Que se habían comprometido a servir.

Así es que hay tres maneras en que podemos ser sarmientos improductivos. Podemos negarnos a escuchar a Jesucristo. O podemos escucharle, y luego confesarle de labios para fuera, sin acciones. O podemos aceptarle como Maestro y luego, en vista de las dificultades que se nos presentan o el deseo de vivir nuestra vida, Le abandonamos. Es uno de los principios fundamentales del Nuevo Testamento que la *inutilidad invita* al *desastre.* El sarmiento improductivo acaba en el fuego.

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Juan 15:1-10 *(conclusión)*

Este pasaje nos dice mucho acerca de mantenernos en Cristo. ¿Qué quiere decir eso? Es verdad que hay un sentido místico en el que el cristiano está en Cristo y Cristo en él. Pero hay muchos -puede que la mayoría- que no tienen nunca esta experiencia mística. Si nos encontramos entre ellos, no

debemos acomplejarnos. Hay una manera mucho más simple de considerarlo y experimentarlo que está abierta a todos.

Usemos una analogía humana. Todas las analogías son imperfectas, pero tenemos que hacer uso de las ideas de que disponemos. Supongamos que una persona es débil. Ha caído en una tentación; ha hecho un lío de su vida. Está deslizándose hacia un estado de degeneración mental, moral y física. Ahora supongamos que tiene un amigo o amiga de carácter fuerte y amable y amante, que la rescata de su degradación. Sólo hay una manera en la que puede mantener su reforma y mantenerse en el buen camino: *manteniéndose en constante contacto con quien le ha otorgado su amistad y ayuda. Si* pierde el contacto, todas las probabilidades apuntan a que sus debilidades se le impondrán otra vez. Las viejas tentaciones le saldrán al paso otra vez, y caerá. Su salvación depende de que se mantenga en contacto constante con el carácter fuerte que es su apoyo.

Muchas veces una persona derrotada por el vicio o por la vida ha ido a vivir con otra que le ha ofrecido ayuda. Mientras se mantuvo en aquel hogar y compañía, todo parecía ir bien; pero cuando saltó la barrera otra vez y se fue a lo suyo, cayó. Tenemos que mantenernos en contacto con el bien para derrotar al mal. Robertson de Brighton fue un gran predicador. Había allí un comerciante que tenía una tiendecita; en la trastienda conservaba una foto de Robertson, que era su héroe y su inspiración. Siempre que tenía la tentación de hacer algo que no estaba bien del todo, se metía corriendo en la trastienda y miraba la foto y se le iba la tentación. Cuando le preguntaron a Kingsley el secreto de su vida, refiriéndose a D. F. Maurice decía: «Tuve un amigo.» El contacto con la integridad le hizo íntegro.

Mantenernos en Cristo es algo así. El secreto de la vida de Jesús era Su constante contacto con Dios; con frecuencia se retiraba a algún lugar solitario a encontrarse con Él. Debemos mantenernos en contacto con Jesús. No podremos hacerlo a menos que nos lo propongamos. Por ejemplo: orar por las mañanas, aunque sea sólo un momento, es tomar un antiséptico

que nos dura todo el día: porque no podemos salir de la presencia de Cristo a tocar cosas malas. Para unos pocos de nosotros, permanecer en Cristo será una experiencia mística que no se podrá expresar con palabras. Para la mayor parte de nosotros, será un constante contacto con Él. Querrá decir organizar la vida, y la oración, y el silencio, de tal manera que no haya nunca un día que nos olvidemos de Él.

Por último, fijémonos en que aquí se establecen dos cosas acerca del buen discípulo. Primera, que enriquece su propia vida; su contacto con Jesús le hace fructífero. Segunda, que da gloria a Dios. El ver una vida así hace que la gente piense en Dios. Dios es glorificado cuando llevamos mucho fruto y nos mostramos discípulos de Jesús. La mayor gloria de los cristianos es dar gloria a Dios con nuestra vida y conducta.

LA VIDA DEL PUEBLO ESCOGIDO DE JESÚS

Juan 15:11-17

> -*Os he dicho estas cosas para que tengáis Mi alegría, y vuestra alegría llegue al colmo. Aquí tenéis Mis instrucciones: Que os améis los unos a los otros como os he amado Yo. Nadie puede llegar en su amor más allá de dar la vida por un amigo: vosotros sois Mis amigos, si hacéis lo que Yo os mando. No digo que sois Mis esclavos, porque un esclavo no sabe lo que su señor tiene entre manos; digo que sois Mis amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he recibido de Mi Padre. No habéis sido vosotros los que Me habéis escogido a Mí, sino que he sido Yo el Que os he escogido a vosotros, y os he comisionado para que salgáis a producir fruto, y del que permanece. Así lo he hecho para que el Padre os dé todo lo que Le pidáis en Mi nombre. Estas son Mis instrucciones: que os améis los unos a los otros.*

La idea clave de este pasaje es lo que dice Jesús de que no han sido Sus discípulos los que Le han escogido a Él, sino Él a Sus discípulos. No hemos sido nosotros los que hemos escogido a Dios, sino Dios Quien, en Su gracia, Se ha acercado a nosotros con la llamada y la invitación de Su amor.

De este pasaje podemos sacar una lista de las cosas para las que Jesús nos ha escogido y llamado.

(i) Nos ha escogido para la alegría. Por muy difícil que sea el camino cristiano es, tanto por su recorrido como por su destino, un camino de alegría. Siempre hay alegría en hacer lo que es debido. El cristiano es una persona alegre, un sonriente caballero de Cristo. Un cristiano lúgubre es una contradicción en términos; y nada ha producido más daño al Cristianismo en toda su historia que su identificación con las togas negras y las caras largas. Es verdad que el cristiano es un pecador, pero un pecador redimido; y de ahí su alegría. ¿Cómo puede dejar de ser feliz una persona que camina por los senderos de la vida con Jesús?

(ii) Nos ha escogido para el amor. Jesús nos envía al mundo para que nos amemos los unos a los otros. A veces vivimos como si se nos hubiera echado al mundo para competir, o para discutir, o hasta para pelearnos los unos con los otros. Pero el cristiano ha de vivir de tal manera que muestre lo que quiere decir amar a sus semejantes. Aquí Jesús hace otra de Sus grandes proclamas. Si Le preguntáramos: « ¿Qué derecho tienes Tú a exigirnos que nos amemos unos a otros?» Su respuesta sería: «Nadie puede llegar a mostrar más amor que dando la vida por sus amigos: y eso es lo que Yo he hecho.» Muchos les han dicho a los demás que se amaran, cuando toda la vida de los que lo decían era una demostración de que eso era lo último que hacían o

harían ellos. Jesús nos dejó un mandamiento que El mismo fue el primero en cumplir. Por eso nos dice: «Como Yo os he amado.»

(iii) Jesús nos ha llamado para que seamos Sus amigos. Dijo a los Suyos que ya no los iba a llamar más esclavos, sino amigos. Ahora bien: ese dicho sería aún más glorioso para los que Se lo oyeron por primera vez que para nosotros. Dulos, el esclavo, el siervo de Dios, no era un título vergonzoso, sino del mayor honor. Moisés fue dulos de Dios (Deuteronomio 34:5); y lo mismo Josué (Josué 24:29), y David (Salmo 89:20). Era un título que Pablo se sentía orgulloso de usar (Tito 1:1), lo mismo que Santiago (Santiago 1:1). Los más grandes del pasado tenían a gala el ser duloi (plural), esclavos de Dios. Y Jesús dice: «Yo tengo algo todavía mejor para vosotros: ya no vais a ser esclavos, sino amigos.» Cristo, desde que vino al mundo, nos ofrece una confianza con Dios que ni los mayores del pasado se atrevieron a soñar.

La idea de ser amigo de Dios tiene su trasfondo. Abraham fue el amigo de Dios (Isaías 41:8). En Sabiduría 7:27 se dice que la Sabiduría hace a los humanos amigos de Dios. Pero esta frase se ilumina con la costumbre que se seguía en las cortes del emperador romano y de los reyes orientales. En ellas había un grupo muy selecto de personas que se llamaban los amigos del rey, o los amigos del emperador. En cualquier momento tenían acceso al magnate; hasta se les permitía ir a su dormitorio al amanecer. Hablaba con ellos antes que con sus generales, gobernadores o consejeros políticos. Los amigos del rey eran los que tenían la más estrecha e íntima relación con él.

Jesús nos llama para que seamos Sus amigos y los amigos de Dios. Ese es un ofrecimiento tremendo. Quiere decir que ya no tenemos que mirar a Dios anhelantemente desde lejos. No somos como los esclavos, que no tienen el menor derecho a entrar a la presencia de su amo; ni como las multitudes, que sólo consiguen vislumbrar al rey cuando pasa en alguna ocasión especial. Jesús nos ha introducido en esta intimidad con Dios, Que ya no es para nosotros un extraño inasequible, sino nuestro Amigo íntimo.

LA VIDA DEL PUEBLO ESCOGIDO DE JESÚS

Juan 15:11-17 (conclusión)

(iv) Jesús no nos escogió sólo para otorgarnos una serie de privilegios tremendos. Nos llamó para que fuéramos Sus socios. Un esclavo no puede ser nunca un socio; la ley griega le definía como *una herramienta viva. Su* amo no compartía con él sus pensamientos. El esclavo tenía que hacer lo que se le mandara, sin discusión ni demora. Pero Jesús dijo: «Vosotros no sois Mis esclavos, sino Mis socios. Os he dicho todo lo que hay, lo que estoy tratando de hacer y por qué. Os he dicho todo lo que Dios Me ha dicho.» Jesús nos ha hecho el honor de hacernos Sus socios en Su obra. Nos ha comunicado Su pensamiento, y nos ha abierto Su corazón. La gran opción que se nos presenta es aceptar. o rehusar colaborar con Jesús en la obra de llevarle el mundo a Dios.

(v) Jesús nos escogió como Sus *embajadores. «Yo* os he escogido dijo- *para enviaros.»* No nos ha escogido para que vivamos una vida retirada del mundo, sino para que Le representemos en el mundo. Cuando venía un caballero a la corte del rey Arturo de la leyenda, no venía a pasar el resto de su vida en fiestas y banquetes, sino que se llegaba al rey y le decía: «Envíame a alguna gran empresa que pueda hacer por la caballería y por ti.» Jesús nos escogió, primero, para que viniéramos a Él, y luego, para que saliéramos al mundo. Y ese debe ser el esquema y ritmo diario de nuestra vida.

(vi) Jesús nos escogió para que fuéramos Su *publicidad.* Nos escogió para que nos pusiéramos *a dar fruto, y un* fruto que resistiera la prueba del tiempo. La manera de extender el Cristianismo es siendo cristianos. La manera de traer a otros a la fe cristiana es mostrarles el fruto de la vida cristiana. Jesús nos envía, no a hacer cristianos a base de discutir, y menos a base de meter miedo, sino atrayéndolos con nuestro ejemplo; viviendo de tal manera que el fruto sea tan maravilloso que otros lo quieran para sí mismos.

(vü) Jesús nos escogió para que fuéramos *miembros privilegiados de la familia de* Dios. Nos escogió para que el Padre nos diera todo lo que Le pidiéramos en Su nombre. Aquí nos encontramos otra vez ante uno de esos grandes dichos acerca de la oración que debemos entender rectamente. Si lo pensamos superficialmente, suena como si el cristiano pudiera pedir lo que le diera la gana, y recibirlo. Ya hemos pensado en esto; pero no nos vendrá mal hacerlo otra vez. El Nuevo Testamento establece ciertas leyes sobre la oración.

(a) La oración tiene que hacerse *con fe (Santiago 5:15).* Está claro que Dios no se compromete a contestar cuando la oración no es más que un formulismo, una repetición rutinaria de cosas que no se sienten, un cumplimiento -«cumplo y miento»- religioso. Cuando la oración es de pena no puede ser efectiva. No tiene sentido pedirle a Dios que nos cambie si no creemos que es posible cambiar. Para pedir con efectividad hay que tener una fe inalterable en el amor todopoderoso de Dios.

(b) La oración tiene que hacerse *en el nombre de Cristo.* No podemos pedir cosas que sabemos que Jesús no aprueba. No podemos pedir que se nos entregue alguna persona o cosa prohibida; no podemos pedir que se haga realidad alguna ambición personal cuando eso supone que alguien tenga que sufrir por ello. No podemos pedir la venganza de nuestros enemigos en el

nombre de Uno Que es amor. Siempre que tratemos de convertir la oración en algo que nos permita realizar nuestras ambiciones y satisfacer nuestros deseos tiene que ser ineficaz por fuerza, porque no es oración.

(c) La oración debe incluir siempre: *«Hágase Tu voluntad. »* Cuando oramos debemos empezar por darnos cuenta de que nunca sabemos más que Dios. La esencia de la oración no es pedirle a Dios: «Cambia Tu voluntad», sino «Haz Tu voluntad.» A menudo, la oración auténtica debe ser, no que Dios nos envíe las cosas que nosotros queremos, sino que nos capacite para aceptar lo que Él quiera enviarnos.

(d) La oración *nunca debe ser egoísta.* Casi de pasada, Jesús dijo una cosa muy esclarecedora. Dijo que, *si dos personas estuvieran de acuerdo* en pedir algo en Su nombre, se les concedería *(Mateo 18:19).* No debemos tomar esto con un literalismo mecánico, porque entonces querría decir que, si podemos hacer que muchas personas se pongan de acuerdo en lo que van a pedir, lo conseguirían. Lo que quiere decir es que *nadie* debe orar pensando exclusivamente en sus propias necesidades y preferencias. Para poner un ejemplo muy sim-ple: el que va de vacaciones puede que pida que no llueva, cuando el granjero está pidiendo lluvia. Cuando oramos, debemos preguntarnos, no sólo si lo que pedimos es para nuestro bien, sino si lo es también para los demás. La tentación que nos puede asaltar cuando oramos es no tener en cuenta absolutamente a nadie más que a nosotros mismos.

Jesús nos ha escogido para que seamos miembros privilegiados de la familia de Dios. Podemos y debemos llevarle todo a Dios en oración; pero, cuando lo hayamos hecho, debemos aceptar la respuesta que Dios nos envíe en Su perfecta sabiduría y perfecto amor. Y cuanto más amemos a Dios, tanto más fácil nos resultará.

EL ODIO DEL MUNDO

Juan 15:18-21

> *-Si el mundo os odia, daos cuenta de que a Mí Me odió antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero os odia porque no sois del mundo, sino que Yo os he escogido sacándoos del mundo. Tened presente lo que os he dicho: el siervo no es más que su señor; si Me persiguieron a Mi; también os perseguirán a vosotros; y si recibieron Mi palabra, también recibirán la vuestra. Pero todo esto os lo harán por causa de Mi nombre, porque no conocen al Que Me ha enviado.*

Juan siempre ve y dice las cosas en blanco y negro, sin medias tintas. Para él hay dos grandes entidades: la Iglesia y el mundo. Y no hay contacto ni entendimiento entre las dos. Hay que definirse, porque no se puede pertenecer más que a una, y no hay término medio.

Además, tenemos que recordar que, cuando Juan estaba escribiendo, la Iglesia estaba amenazada de persecución constantemente. Se perseguía a los cristianos sencillamente por llamarse así en recuerdo de Cristo. El Cristianismo era ilegal. Un magistrado no tenía que preguntar nada más que si una persona era cristiana para condenarla a muerte. Juan estaba hablando de una situación que existía de la manera más clara y angustiosa.

De una cosa no cabe duda: ningún cristiano que sufriera persecución podía decir que no se le había advertido. En este tema Jesús había sido totalmente explícito. Les había dicho a los suyos de antemano lo que podían esperar. < Os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por Mi causa, para que les deis testimonio a ellos... Y el hermano delatará al hermano para que le maten, y el padre a su hijo, y los hijos se rebelarán contra sus padres para que los ajusticien; y todos os odiarán por causa de Mi nombre» *(Marcos 13:9-13; cp. Mateo 10:1722; 23-29; Lucas 12:2-9; 51-53).*

Cuando Juan escribía esto, ya hacía tiempo que se había desatado el odio. Tácito hablaba de los que eran «odiados por sus crímenes, a los que la chusma llama cristianos.» Suetonio había hablado de «una raza de personas que pertenecen a una nueva y nefasta superstición.» ¿Por qué ese odio tan virulento?

El gobierno romano odiaba a los cristianos porque los consideraba personas desafectas al régimen. La postura del gobierno era bien simple y comprensible: el imperio era vasto; se extendía desde el Éufrates hasta Gran Bretaña, de Alemania al Norte de África. Incluía toda clase de gentes y de países. Había que encontrar alguna fuerza unificadora que soldara toda esa masa heterogénea, y se encontró en el culto al emperador.

Ahora bien: el culto al césar no se impuso desde arriba, sino que surgió entre la misma gente. En tiempo remoto había habido una diosa Roma -el espíritu de Roma. Es fácil comprender que la gente pensara que el emperador simbolizaba el espíritu de Roma; representaba a Roma, encarnaba a Roma, el espíritu de Roma habitaba en él. Sería un grave error creer que los pueblos sometidos aborrecían el gobierno romano; en su mayor parte le estaba profundamente agradecidos, porque Roma había traído la justicia, la liberación de reyes caprichosos, la paz y la prosperidad. Los montes quedaron limpios de bandoleros, y los mares de piratas. La *pax romana,* la paz romana se extendía por todo el mundo civilizado.

Fue en Asia Menor donde la gente empezó a pensar en el césar, el emperador, como el dios que personificaba a Roma; y eso, por gratitud por las bendiciones que había traído Roma. Al principio, los emperadores lamentaron y desanimaron esa tendencia;

insistieron en que no eran más que hombres y no se los debía adorar como a dioses; pero vieron que no podían detener aquel movimiento. Al principio aquello se limitaba a los enfervorizados habitantes del Asia Menor, pero pronto se extendió por todo el imperio. Y entonces el gobierno vio que podía usar aquello como la fuerza unificadora que necesitaba. Así es que llegó el tiempo en que, una vez al año, todos los habitantes del imperio tenían que quemar una pizca de incienso a la divinidad del césar. Al hacerlo se demostraba que se era un ciudadano leal de Roma. Después de hacerlo, se recibía un certificado que decía que se había cumplido con la normativa.

Era esta una práctica y una costumbre que hacía que todos se sintieran parte del imperio romano, y que garantizaba su lealtad. Ahora bien, Roma era la esencia de la tolerancia: después de quemar la pizca de incienso y decir «César es Señor,» uno podía ir a adorar al dios que le diera la gana, siempre que su culto no escandalizara la decencia -que tenía la manga bien ancha- ni alterara el orden público.

Pero eso era precisamente lo que los cristianos no harían

jamás: no llamaban «Señor» nada más que a Jesucristo. Se negaban a someterse y, por tanto, el gobierno romano los consideraba desleales y peligrosos.

El gobierno perseguía a los cristianos porque, para ellos, no había más Señor que Jesucristo. Les vino la persecución por poner a Cristo por encima de todos los poderes de este mundo. Siempre llega la persecución al que hace tal cosa.

EL ODIO DEL MUNDO

Juan 15:18-21 (continuación)

No era sólo que el gobierno perseguía a los cristianos: la gente ignorante y supersticiosa también los odiaba. ¿Por qué? Porque se creían algunas calumnias que se habían divulgado acerca de los cristianos. No hay duda de que los judíos eran responsables, por lo menos hasta cierto punto, de esas calumnias. Y resultaba que tenían influencia en el gobierno. Daremos dos ejemplos. El actor favorito de Nerón, Alituro, y la impúdica emperatriz Popea, eran simpatizantes de la religión judía. Los judíos susurraban sus calumnias al gobierno, calumnias que sabían muy bien que no tenían base, entre ellas cuatro:

(i) Se decía que los cristianos eran revolucionarios. Ya hemos visto una de las causas de esa sospecha. Era inútil que los cristianos dijeran que eran los mejores ciudadanos del imperio: el hecho era que se negaban a quemar incienso al emperador y decir «César es Señor.»

(ii) Se decía que eran caníbales. Esto procedía de las palabras de la Santa Cena: «Esto es Mi cuerpo» y «Esta es Mi sangre.» Sobre la base de estas palabras, no era difícil diseminar entre la gente ignorante, dispuesta a creer lo peor, que los cristianos celebraban banquetes canibalescos. No nos sorprende que esta calumnia despertara el odio en los que la creyeran.

(iii) Se decía que practicaban la inmoralidad más flagrante. Su comida común semanal se llamaba *Agapé,* la Fiesta del Amor. Cuando los cristianos se encontraban donde fuera, se saludaban con el beso de la paz. No sería difícil a los que encontraban fácil el atribuir malicia aun a lo más santo que la Fiesta del Amor era una orgía sexual, y que el beso de la paz era su santo y seña.

(iv) Se decía que eran incendiarios. Tal vez a la esperanza de la Segunda Venida de Cristo abscribían algo de la imaginería del Día del Señor en el Antiguo Testamento que predecía la destrucción del mundo por fuego. «Los elementos ardiendo serán deshechos, y la Tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 *Pedro 3:10).* Cuando se produjo el incendio que devastó Roma, el propio Nerón, para desviar las sospechas de muchos de que él había sido el causante, les echó las culpas a los que predicaban que el fin del mundo vendría con fuego.

(v) Aún había otra acusación, con ciertos visos de similitud. Era que los cristianos dividían las familias, deshacían los hogares y separaban los matrimonios. En cierto sentido, eso pasaba. Cristo no vino a traer paz donde no se Le recibiera, sino espada *(Mateo 10:34).* A veces una mujer se convertía y su marido no. A menudo los hijos se hacían cristianos, pero no sus padres. Entonces, a veces se dividían las familias.

Con estas y otras calumnias no nos sorprende que bastara saber que una persona era cristiana para que se la odiara.

EL ODIO DEL MUNDO

Juan 15:18-21 (conclusión).

Tales fueron las causas del odio del mundo a los cristianos en los primeros tiempos; pero sigue siendo verdad que el mundo aborrece a los cristianos. Como ya hemos dicho, por la palabra *mundo* Juan se refiere a *la sociedad humana que se organiza sin contar con Dios.* No puede por menos de haber una escisión entre los que ven en Dios la realidad suprema de

la vida y los que Le consideran como totalmente irrelevante. En cualquier caso, el mundo tiene ciertas características que son siempre parte de la situación humana.

(i) El mundo sospecha de los que son diferentes de la mayoría. Eso se ve en las cosas más simples. Una de las cosas más corrientes del mundo en Inglaterra hoy en día es el paraguas; pero, cuando Jonas Hanway trataba de introducirlo e iba caminando calle abajo debajo de uno, le ponían perdido tirándole barro y toda clase de porquerías. En los primeros tiempos de la popular organización británica de la Boys' Brigade, los chicos que marchaban de uniforme por las calles recibían un tratamiento semejante. Los que son diferentes, ya sea por la ropa, por las ideas o por el color de la piel, automáticamente les caen mal a los demás, que los consideran extravagantes, locos, o un escándalo o un peligro público, y se les hace la vida imposible.

(ii) Al mundo le resultan especialmente repelentes los que, con su manera de vivir, le condenan por su manera de vivir. Es realmente peligroso ser buenas personas. El ejemplo clásico es la que le cayó a Arístides de Atenas. Le llamaban Arístides el Justo; y, sin embargo, le desterraron. Cuando le preguntaron a uno de los ciudadanos por qué había votado que le desterraran, contestó: « ¡Porque ya estoy harto de que no hagan más que llamarle el Justo!» También por eso mataron a Sócrates; le llamaban el tábano humano: siempre estaba haciendo que la gente pensara e hiciera examen de conciencia, y a la gente le fastidiaba aquello hasta tal punto que acabaron por matarle. Es peligroso tener un nivel de vida superior al del mundo. Ahora, hasta puede ser peligroso cumplir demasiado bien en el trabajo o tener buenos modales.

(iii) Para decir lo peor: el mundo siempre mira con suspicacia a los que no siguen la corriente. Le encantan las etiquetas que facilitan el tener a todos encasillados. El que no se somete a las modas, se busca problemas; le pasa lo que a la gallina que es diferente de las demás por el color o por lo que sea: que las otras la picotean a muerte.

La demanda esencial del Evangelio es el coraje de ser diferente. Eso será peligroso, pero no se puede ser cristiano si no se asume ese riesgo; porque tiene que haber diferencia entre el que es del mundo y el que es de Cristo.

CONOCIMIENTO Y RESPONSABILIDAD

Juan *15:22-25*

> *-Si Yo no hubiera venido a hablarles, no serían culpables de pecado; pero, tal como son las cosas, no tienen excusa. La persona que Me odia, odia también a Mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos lo que no ha hecho nadie nunca, no serían culpables de pecado; pero, tal como son las cosas, Nos han visto y oído tanto a Mí como a Mi Padre. Pero todo ha sucedido para que se cumpliera lo que está escrito en la ley que ellos tienen: «Me han aborrecido sin motivo.»*

Aquí vuelve Jesús al pensamiento que, según el Cuarto Evangelio, nunca está lejos de Su mente: la convicción de que el conocimiento y el privilegio conllevan responsabilidad. Hasta la venida de Jesús, la humanidad nunca había tenido posibilidad de conocer realmente a Dios; nunca había oído claramente Su voz, ni se le había presentado la clase de vida que Él quiere que vivamos. Apenas se podía culpar a nadie por ser como era. Hay cosas que se le permiten a un niño que no se le tolerarían a un adulto, y es porque el niño no tiene conocimiento. Hay cosas que se le pueden consentir a alguien que no ha recibido una buena educación, pero no a uno que haya tenido todos los beneficios de un hogar cristiano. No se espera la misma clase de conducta de un salvaje que de un civilizado. Cuantos más conocimientos se tienen y más privilegios se han disfrutado, es natural que se exija una mayor responsabilidad.

Jesús hacía dos cosas. Primero, exponía el pecado. Decía lo que ofende a Dios y cómo quiere Dios que nos conduzcamos. Presentaba el verdadero camino. Y segundo, proveía el remedio para el pecado; y esto en un doble sentido: abrió el camino para el perdón de los pecados pasados, y proveyó el poder que capacita para vencer al pecado y vivir una vida nueva. Estos fueron algunos de los privilegios y el conocimiento que Jesús trajo a la humanidad.

Supongamos que una persona está enferma; que consulta a un médico, y este diagnostica la enfermedad y prescribe la cura. Si esa persona no hace caso del diagnóstico y se niega a aplicarse la prescripción, no le puede echar la culpa a nadie más que a sí misma si se muere o queda en una situación que hace de la vida un sufrimiento continuo. Eso era lo que los judíos habían hecho. Como dice Juan, no hicieron más que lo que se había predicho en las Escrituras que harían. Dos veces había dicho el salmista: «Me han aborrecido sin motivo» *(Salmos* 35:19, y 69:4).

Todavía nos es posible hacer lo mismo. No hay muchas personas que sean declaradamente hostiles a Cristo, pero sí hay muchas que viven como si Cristo no hubiera venido, y simplemente pasan de Él. Pero nadie podrá experimentar la auténtica vida en este mundo o en el venidero si prescinde del Señor de la Vida.

TESTIMONIO DIVINO Y HUMANO

Juan *15:26-27*

-Cuando venga el Ayudador, al Que Yo os mandaré desde el Padre (Me refiero al Espíritu de la Verdad, Que procede del Padre), Él será Mi testigo. Y vosotros también seréis Mis testigos, porque habéis estado conmigo desde el principio.

Aquí nos reproduce Juan dos ideas que están íntimamente relacionadas en su corazón y entrelazadas en su pensamiento.

La primera es el testimonio del Espíritu Santo. ¿Qué quiere decir con eso? Ya tendremos ocasión de volver a ello dentro de poco; pero, de momento, veámoslo de la siguiente manera. Cuando se nos cuenta la historia de Jesús y Se nos presenta Su figura, ¿qué es lo que nos hace comprender que esta y no otra es la verdadera imagen del Hijo de Dios? La reacción de la mente humana, la respuesta del corazón humano es la obra del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo dentro de nosotros Quien nos mueve a responder a la invitación de Jesucristo.

La segunda es el testimonio de Cristo que dan los creyentes. «Vosotros -les dijo Jesús a Sus discípulos- también seréis Mis testigos.» Hay tres elementos en el testimonio cristiano.

(i) El testimonio cristiano viene de una larga comunión e intimidad con Cristo. Los discípulos eran Sus testigos porque habían estado con Él desde el principio. Un testigo es una persona que dice: «Esto es verdad, y yo *lo sé. » No* puede haber testimonio sin experiencia personal. Sólo podemos testificar de Cristo si hemos estado con Él.

(ii) El testimonio cristiano viene de una convicción interior. El acento de la íntima convicción personal es uno de los más inconfundibles del mundo. Apenas ha empezado a hablar, y ya sabemos si esa persona cree de veras lo que dice o no. No puede haber testimonio eficaz de Cristo sin esta convicción interior que viene de la intimidad personal con Cristo.

(iii) El testimonio cristiano sale al exterior. Un testigo no es sólo una persona que sabe que algo es verdad, sino que también está dispuesta a decirlo. El testigo cristiano es la persona que no sólo conoce a Cristo, sino que quiere que otros también Le conozcan.

Es nuestro privilegio y tarea el ser testigos de Cristo en el mundo; y no podemos serlo sin conocimiento personal, íntima convicción y testimonio de nuestra fe hacia fuera.

ADVERTENCIA Y DESAFÍO

Juan 16:1-4

-Os he dicho todo esta por si os hacen tropezar en el camino. Os excomulgarán de la sinagoga; sí, y hasta llegará el momento cuando cualquiera que os mate creerá que Le está haciendo un servicio a Dios. Y todo eso lo harán porque no han reconocido ni al Padre ni a Mí. Pero os he dicho esto para que, cuando llegue el momento, os acordéis de que ya os lo había dicho Yo.

Para cuando estaba escribiendo Juan era inevitable que algunos cristianos se hubieran apartado, porque la persecución ya se había desencadenado sobre la Iglesia. El *Apocalipsis* condena a los cobardes entre otros muchos culpables de diversos pecados *(Apocalipsis 21:8).* Cuando Plinio, el gobernador romano de Bitinia, estaba interrogando a algunos para ver si eran cristianos o no, escribió al emperador Trajano para decirle que algunos reconocían «que habían sido cristianos, pero que habían dejado de serlo hacía mar chos años, algunos hacía veinte años.» Hasta en medio del heroísmo de la Iglesia Primitiva hubo algunos que no tuvieron bastante fe para resistir la persecución, ni aguante para mantenerse fieles.

Jesús lo previó todo, y lo advirtió de antemano. No quería que nadie pudiera decir que no sabía lo que le podía esperar si se hacía cristiano. Cuando a Tyndale le estaban persiguiendo y sus enemigos iban a por su vida porque él quería darle a su pueblo la Biblia en inglés, dijo tranquilamente: «Jamás esperé otra cosa.» Jesús ofrecía la gloria, pero también la cruz.

Jesús habló de dos maneras en que perseguirían a Sus seguidores.

Serían excomulgados de la sinagoga. Eso era algo terrible para un judío. La sinagoga ocupaba un lugar clave en la vida judía. Algunos de los rabinos llegaban hasta a decir que la oración no era eficaz a menos que se ofreciera en la sinagoga. Pero aún había más. Puede que algún gran erudito o teólogo se pudiera pasar sin compañía humana, viviendo solo en compañía de sus pensamientos y aventuras intelectuales; pero los discípulos de Jesús eran gente normal y corriente; necesitaban compañía. Necesitaban la sinagoga y su culto. Sería terrible para ellos que los expulsaran y les cerraran todas las puertas. Algunas veces tenemos que aprender, como dijo Juana de Arco, que «es mejor estar solo, con Dios.» Algunas veces, la soledad en la sociedad es el precio de la compañía con Dios.

Jesús también dijo que no faltarían quienes creyeran que Le estaban prestando un servicio a Dios matando a Sus seguidores. La palabra que se usa aquí es latreía, que se suele referir al ministerio del sacerdote en el templo. Una de las tragedias de la religión ha sido que muchos coreían que estaban sirviendo a Dios cuando perseguían a los que consideraban herejes. Probablemente ninguno estuvo más convencido de que estaba sirviendo a Dios que Saulo, cuando estaba haciendo todo lo posible para acabar con los seguidores de Jesús *(Hechos* 26:9-11). Los jueces y torturadores de la Inquisición protagonizaron un capítulo vergonzoso de la Historia de España, pero estaban seguros de que estaban sirviendo a Dios cuando torturaban a los

protestantes para que aceptaran lo que ellos consideraban la fe verdadera. Creían que estaban tratando de salvar del infierno a aquellos condenados. « ¡Oh Libertad -decía madame Roland-, qué de crímenes se cometen en tu nombre!» Y eso se puede decir también de la religión.

Eso sucede, como dijo Jesús, porque no reconocen a Dios. La tragedia de la Iglesia es que muchos se han afanado en propagar su idea de la religión; muchas veces se han creído que *ellos* tenían el monopolio de la verdad y de la gracia de Dios. Y lo desesperante es que sigue pasando; esa es la barrera que

impide la unión y la unidad entre las iglesias. Siempre existirá la persecución -aunque no necesariamente matando y torturando, pero sí excluyendo de la Casa de Dios- mientras haya quienes crean que sólo hay un camino a Dios, que es, desde luego, el de ellos.

Jesús sabía tratar con las personas. De hecho, estaba diciendo: «Os ofrezco la tarea más difícil y arriesgada del mundo. Os ofrezco algo que os lacerará el cuerpo y os rasgará el corazón. ¿Sois lo bastante valientes para aceptarlo?» Todo el mundo conoce la proclama de Garibaldi en el asedio de Roma de 1849, cuando pedía reclutas diciendo: «No os ofrezco soldada, ni cuartel, ni provisiones; os ofrezco hambre, sed, marchas agotadoras, batallas y muerte. ¡El que ame a su país de corazón y no de labios, que me siga!» Y le siguieron a millares. Cuando los españoles estaban conquistando Sudamérica, Pizarro presentó a sus hombres una alternativa: Podían tener la riqueza de Perú con sus peligros, o la relativa pobreza de Panamá con su seguridad. Hizo una raya con la espada en la arena y dijo: « Camaradas: a este lado el esfuerzo, el hambre, la falta de ropa, la tormenta, la deserción y la muerte; a este otro, la tranquilidad. Allí está Perú con sus riquezas; allí, Panamá con su pobreza. Que escoja cada hombre lo que le corresponde a un valiente castellano. En cuanto a mí, yo voy al Sur.» Se produjo un silencio y una vacilación; y luego, un viejo piloto y doce soldados («los trece de la fama») cruzaron al lado de Pizarro. Fue con ellos con los que empezó el descubrimiento y la conquista de Perú.

Jesús ofreció, y todavía ofrece, no un camino fácil, sino el camino de la gloria. Quiere personas que estén dispuestas y con los ojos abiertos a aventurarlo todo por y con El.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Juan 16:5-11

> -*Esto no os lo dije Yo al principio porque estaba con vosotros. Pero ahora vuelvo al Que Me envió, y ninguno Me preguntáis: ¿Adónde vas?; sino que la tristeza os ha embargado el corazón por lo que os he dicho. Pero lo que os estoy diciendo es la pura verdad: Os conviene que Yo Me vaya; porque, si no, no vendría a vosotros el Ayudador. Pero, cuando venga, dictará sentencia de pecado al mundo, y de justicia y de juicio: de pecado, porque no ha creído en Mí; la justicia, porque Yo voy al Padre y ya no Me veréis más, y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado.*

Los discípulos estaban desconcertados y apesadumbrados. Todo lo que habían comprendido era que iban a perder a Jesús. Pero Él les dijo que, a fin de cuentas, todo sería para su bien; porque, cuando El se fuera, vendría el Ayudador, es decir, el Espíritu Santo. Cuando Él estaba en el cuerpo, no podía estar con ellos en todas partes; siempre era cosa de despedidas y bienvenidas. Cuando estaba en el cuerpo no podía llegar a las mentes, los corazones y las conciencias de las personas en todas partes, sino que estaba confinado por las limitaciones del espacio y el tiempo. Pero el Espíritu no está sujeto a limitaciones. Dondequiera que vaya una persona, el Espíritu va con ella. La venida del Espíritu sería el cumplimiento de la promesa: < He aquí Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» *(Mateo 28:20).* El Espíritu traería a la humanidad una comunión ininterrumpida y para siempre; y le traería al predicador cristiano un poder y una eficacia que no dependería del lugar ni de la ocasión en que se encontrara.

Aquí tenemos un sumario casi completo de la obra del Espíritu. Juan usa la palabra *elenjein,* que se traduce en la versión Reina-Valera.60 por *convencer,* palabra que ya no tiene

el sentido polémico y jurídico del latín, que reflejaba mejor *redargüir,* que heredamos de las versiones clásicas españolas. Se usa para el interrogatorio de un acusado o de un testigo en un juicio, o para la contestación de un contrario en una discusión. Siempre conserva la idea del examen o interrogatorio al que se somete a una persona hasta que admite sus errores o se muestra convencido por un razonamiento de algo que no había comprendido antes. La usaban a veces, por ejemplo, los griegos, del examen de conciencia en la mente o el corazón de una persona. Está claro que un interrogatorio semejante puede conseguir dos cosas: *(a)* Puede *demostrar la culpabilidad* de una persona, dejándola *convicta,* aunque no necesariamente *confesa. (b) O* puede *convencer* a una persona de la flojedad de su caso y la fuerza del opositor al que trataba de *vencer* con razones falsas o insuficientes. En este pasaje necesitamos *ambos* sentidos: dejar al otro *convicto y convencido.* Vamos a ver lo que Jesús dice que hará el Espíritu Santo.

(i) El Espíritu Santo *demostrará que el mundo es culpable de pecado.* Cuando los judíos crucificaron a Jesús creían, no que estaban pecando, sino que estaban sirviendo a Dios. Pero, cuando se predicó después la crucifixión de Jesús, aquello les

atravesó el corazón *(Hechos 2:37).* Repentinamente tuvieron la convicción de que habían cometido el crimen más horrible de toda la Historia de la humanidad, y de que aquello había sido la consecuencia de su pecado.

¿Qué es lo que nos produce el sentimiento de pecado y nos hace reconocerlo? ¿Qué es lo que nos humilla hasta el polvo ante la Cruz? Una vez estaba contando un misionero la historia de Cristo en una aldea de la India valiéndose de una serie de diapositivas que proyectaba en una pared enjalbegada. Cuando puso la escena de la Cruz, un indio pasó al frente como si no pudiera contenerse, y gritó: «¡Baja de la Cruz, Jesús! ¡Soy yo el que tiene que estar colgado ahí, y no Tú!» ¿Por qué la historia de Uno que fue crucificado como un criminal en Palestina hace veinte siglos sigue rasgándole el corazón a la gente todavía ahora? *Es la acción del Espíritu Santo.*

(ii) El Espíritu Santo *convencerá a la humanidad de la justicia.* Queda claro lo que quiere decir cuando vemos que es *de la justicia de Cristo* de la que se convencerá el mundo. Jesús fue crucificado como un criminal. Le juzgaron; le encontraron culpable; los judíos Le consideraron un malvado hereje o blasfemo, y los romanos, un elemento peligroso para la seguridad del estado; Le condenaron a la peor muerte, que se reservaba para los peores criminales, marcándole como enemigo de la humanidad y de Dios. ¿Cómo se cambió aquel dictamen? ¿Qué hizo ver en la figura de aquel Crucificado al Hijo de Dios, como le pasó al centurión al pie de la Cruz *(Mateo 27.54), y a* Saulo en la carretera de Damasco *(Hechos* 9:1-9)? Es alucinante el que haya tantas personas que ponen su confianza para toda eternidad en un criminal judío Que murió crucificado. *Es la acción del Espíritu Santo.* Es Él el Que convence a las personas de la justicia absolutamente perfecta de Cristo, respaldada por el hecho de que resucitó y volvió a la gloria de Su Padre.

(iii) El Espíritu Santo *convence al mundo de* juicio. En la Cruz es el mal el que ha quedado condenado y derrotado. ¿Qué nos hace estar seguros de que nos espera un juicio? *Es la obra del Espíritu Santo.* Es El Quien nos da la inquebrantable convicción de que hemos de comparecer todos ante el tribunal de Dios.

(iv) Queda otra cosa que, de momento, Juan no pasa a mencionar. Cuando estamos convencidos de nuestro pecado, cuando estamos convencidos de la justicia de Cristo y cuando estamos convencidos del juicio venidero, ¿qué nos da la seguridad de que en la Cruz de Cristo tenemos el perdón de nuestros pecados y la salvación del juicio? *También esto es la obra del Espíritu Santo.* Es Él Quien nos convence y nos asegura de que en esta Figura crucificada podemos reconocer a nuestro Salvador y a nuestro Señor. El Espíritu Santo nos convence de la realidad de nuestro pecado y nos convence de la suficiencia de nuestro Salvador.

EL ESPÍRITU DE LA VERDAD

Juan 16:12-15

> *-Todavía Me queda mucho por deciros, pero ahora no lo podéis soportar. Cuando venga el Espíritu de la Verdad, Él os guiará a toda la verdad, porque no hablará por Su propia autoridad ni de Sus propios conocimientos, sino que os dirá todo lo que oiga, y os hará saber lo que esté por venir. Él Me glorificará, porque tomará de lo que Me pertenece y os hablará de ello. Todo lo que tiene el Padre es Mío también; por eso fue por lo que os dije que el Espíritu tomará de las cosas que Me pertenecen, y os las comunicará.*

Para Jesús, el Espíritu Santo es el Espíritu de la Verdad, Cuya gran misión es traer la verdad de Dios al mundo. Tenemos una palabra especial que quiere decir traer la verdad de Dios a la humanidad, y es la palabra *revelación; y no* hay ningún pasaje en el Nuevo Testamento que nos presente más claramente que este lo que podríamos llamar los principios de la revelación.

(i) La revelación no puede por menos de ser un proceso progresivo. Jesús sabía muchas cosas que no podía decirles a Sus discípulos en aquel momento, porque ellos no estaban preparados para recibirlas. No se le puede decir a una persona más de lo que puede comprender. No empezamos por el teorema de los binomios cuando queremos enseñarle algo de álgebra a un chico, sino vamos preparándole paso a paso. No empezamos por los teoremas avanzados cuando queremos enseñar geometría, sino vamos poco a poco. No empezamos por la sintaxis cuando enseñamos latín o griego, sino por cosas más sencillas y fáciles. Así sucede con la revelación de Dios: Él le enseña a las personas lo que estas pueden llegar a comprender y asimilar. Este hecho importantísimo tiene ciertas consecuencias.

(a) Son algunos pasajes difíciles del Antiguo Testamento los que a veces nos preocupan e inquietan. *En esa etapa,* eso era todo lo que podían comprender de la verdad de Dios. Para tomar un ejemplo: en el Antiguo Testamento hay pasajes en los que se habla de matar a hombres, mujeres y niños cuando se tomaba una población enemiga. En el fondo de esos pasajes se encuentra el noble pensamiento de que Israel no se debe arriesgar a contaminarse de cosas de una religión pagana o inferior. Para evitar ese riesgo, hay que destruir a los que no reconocen al Dios verdadero. Es decir, que los judíos *de ese tiempo* comprendían que había que salvaguardar la pureza de la religión; y, para ello, *destruían* a los paganos. Cuando vino Jesús, Sus seguidores comprendieron que la manera de conservar la pureza de la religión era *convertir* a los paganos. Los que vivían en los tiempos del Antiguo Testamento -y hay muchos en nuestro tiempo que no han pasado de esa etapahabían descubierto una gran

verdad, pero sólo por una cara. Así tiene que ser la revelación: Dios no puede revelar más de lo que podemos y queremos asimilar.

(b) Es la prueba de que la revelación de Dios no es algo cerrado. Uno de los errores que se cometen a menudo consiste en identificar la revelación de Dios *exclusivamente* con la Biblia. Eso equivaldría a decir que aproximadamente en el año 120 d.C., cuando se escribió el último libro del Nuevo Testamento, Dios dejó de hablar. Pero el Espíritu de Dios *siempre* está actuando; siempre está revelándose. Es verdad que Su revelación suprema e insuperable vino en Jesús; pero Jesús no es **simplemente el protagonista de un libro, sino una** Persona viva en Quien la revelación de Dios continúa. Dios sigue guiándonos a una comprensión mayor de lo que quiere decir Jesús. Él no es un Dios que habló hasta el año 120 d.C. y desde entonces guarda silencio, sino Que sigue revelando Su verdad a la humanidad.

(ii) La revelación de Dios incluye *toda* la verdad. Nos equivocamos si creemos que se limita a lo que podríamos

llamar la verdad teológica. Los predicadores y los teólogos no son los únicos que pueden estar inspirados. Cuando un poeta comunica un gran mensaje con palabras que desafían al tiempo decimos, y decimos bien, que está inspirado. Cuando H. F. Late compuso el himno inglés *Abide with me -Habita en mí-,* no es que se propuso escribirlo; lo hizo como si fuera al dictado. Hándel cuenta cómo escribió el Coro *del Aleluya: «Vi los* cielos abiertos, y a Dios sentado en el gran trono blanco.» Cuando un hombre de ciencia descubre algo que va a ayudar a la humanidad en sus afanes, o cuando un cirujano descubre una nueva técnica para salvar vidas humanas, o cuando un médico descubre un nuevo tratamiento que traerá vida y esperanza a la humanidad doliente, esas cosas son también revelaciones de Dios. Toda verdad es de Dios, y la revelación de toda verdad es obra del Espíritu Santo.

(iii) Lo que se nos revela viene de Dios. Él es el dueño y el dador de toda verdad. La verdad no es un descubrimiento humano, sino un don de Dios. No es algo que nosotros creamos, sino algo que estaba ahí, como América, esperando que lo descubriéramos. Detrás de toda verdad está Dios.

(iv) La revelación consiste en tomar las cosas de Jesús y descubrirnos su significado. Parte de la grandeza de Jesús está en que es inagotable. No ha habido nadie que haya abarcado en toda su profundidad todo lo que Él vino a decirnos. Nadie ha desarrollado totalmente todo el significado de Su enseñanza de la vida y de la fe, para la persona y para el mundo, para la sociedad y para la nación. La revelación es un constante descubrimiento del sentido de Jesús.

Aquí tenemos el secreto del asunto. La revelación nos viene, no de un libro o una doctrina, sino de una Persona viva. Cuanto más cerca vivamos de Jesús, mejor Le conoceremos. Cuanto más lleguemos a parecernos a El, más podrá comunicarnos. Cuanto más nos rindamos a Su señorío, más disfrutaremos de Su revelación.

LA TRISTEZA QUE SE VUELVE ALEGRÍA

Juan 16:16-24

-Dentro de poco dejaréis de verme; pero un poco después Me volveréis a ver otra vez.

Algunos de Sus discípulos se preguntaban unos a otros:

-¿Qué querrá decir con eso de «dentro de poco dejaréis de verme, pero un poco después Me volveréis a ver?» ¿Y qué es lo que quiere decir con «Voy a Mi Padre?»? ¿Qué quiere decir cuando habla de < dentro de poco»? ¡No Le entendemos!

Jesús Se daba cuenta de que querían preguntarle varias cosas, así que les dijo:

-Estáis discutiendo entre vosotros lo que Yo quería decir con aquello de < Dentro de poco dejaréis de verme; pero un poco después Me volveréis a ver. » Lo que os digo es la pura verdad: Vosotros lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará. Vosotros lo sentiréis mucho, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. Cuando una mujer está para dar a luz se angustia, porque le ha llegado la hora; pero una vez que ha nacido el bebé ya no se acuerda del dolor, de la alegría de que haya nacido una criatura en el mundo. Así vosotros, de momento estáis tristes; pero os volveré a ver, y se os alegrará el corazón, y ya nadie os quitará la alegría. Ese día no tendréis nada que preguntarme. Lo que os digo es la pura verdad: El Padre os dará todo lo que Le pidáis en Mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en Mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría llegue a su plenitud.

Aquí Jesús está mirando más allá del presente a la nueva era que va a amanecer. Los judíos creían que la Historia se dividía en dos partes: la edad presente y la por venir. La edad

presente era rematadamente mala y estaba bajo condenación; y la por venir era la edad de oro de Dios. Entre las dos edades, antes de la venida del Mesías, que era el que introduciría la nueva edad, estaba el Día del Señor, que iba a ser un día terrible en el que el mundo sufriría grandes sacudidas antes que amaneciera la edad de oro. Los judíos solían llamar a ese tiempo de prueba «el alumbramiento de los días del Mesías.»

El Antiguo Testamento y la literatura intertestamentaria están llenos de descripciones del terrible tiempo intermedio. « He aquí viene el Día del Señor, terrible y de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores» *(Isaías 13:9).* «Tiemblen todos los moradores de la Tierra, porque viene el Día del Señor que está cercano; día de tinieblas y de oscuridad» *(Joel 2:1-2). « El* honor se convertirá en vergüenza, y la fortaleza será humillada despectivamente, y la probidad será destruida, y la belleza se transformará en fealdad» *(2 Baruc 27).* « El Día del Señor vendrá como ladrón, y en él los cielos pasarán con un ruido terrible y los elementos se disolverán con fuego, y la Tierra y las obras que están sobre ella se quemarán» *(2 Pedro 3:10).* Tal era la descripción de los dolores de parto de la nueva era, que habían de coincidir con la venida del Mesías.

Jesús conocía esa literatura, y tenía en mente sus imágenes. Y ahora estaba diciendo a Sus discípulos: «Ahora os dejo solos, pero volveré otra vez. Llegará el día en que empiece Mi Reinado y venga Mi Reino, pero antes tendréis que pasar cosas terribles, con dolores como los de una mujer cuando está de parto. Pero, si los sufrís con fidelidad, las bendiciones serán maravillosas.» Y de ahí pasó a describir la vida del cristiano que soporte la prueba.

(i) La tristeza se convertirá en alegría. Habrá un tiempo que parecerá que ser cristiano no trae más que sufrimiento, y ser del mundo nada más que bienestar; pero llegará el día en que se volverán las tornas. La alegría descuidada del mundo se cambiará en tristeza, y la aparente tristeza del cristiano se tornará alegría. El cristiano debe recordar siempre, cuando
tenga que pagar cara su fe, que ese no es el fin de todo, y que la tristeza se tornará alegría.

(ii) La alegría cristiana tendrá dos preciosas características. *(a)* Nunca nos será arrebatada. Estará libre de los azares y avatares de la vida. Es un hecho innegable que, en cada generación, los que más han sufrido testifican de haber tenido dulces experiencias con Cristo. La alegría que produce el mundo está a merced del mundo; la que da Cristo es independiente de todo lo que el mundo pueda hacer. *(b)* Será completa. En la alegría del mundo siempre hay algo que falta. Puede que sea porque, de alguna manera, contiene algo de remordimiento; que hay en su cielo una nube no más grande que la palma de la mano pero que la estropea; que el saber que no puede durar no se nos aparta de la mente. En la alegría cristiana, en el gozo de la presencia de Cristo, no hay ningún vestigio de imperfección. Es perfecto y completo.

(iii) En el gozo cristiano, el dolor que se sufrió antes desaparece sin dejar secuelas de amargura, sino una abundante bendición. La madre olvida el dolor del parto ante la maravilla de su bebé. El mártir se olvida de la agonía en la gloria del Cielo. Si la fidelidad a Cristo costó cara, el precio se considerará que no fue nada ante el gozo de estar ya para siempre con Cristo. «Porque doy por seguro que lo que se padece en este tiempo presente no se puede ni comparar con la gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros» (Ro*manos 8:18).* El recuerdo del dolor, de la lucha y hasta de los fracasos parciales redundará en mayor gozo nuestro y gloria del Salvador, como dice el himno de James McGranahan, vertido al español por el gran himnólogo Thomas Martin Westrup.

1. En la célica morada - de las cumbres del Edén,
donde cada voz ensalza - al Autor de todo bien,
¿el pesar recordaremos - y la triste nublazón,
tantas luchas del espíritu - con el débil corazón?

2. Oración, deberes, penas, - vías que anduvimos ya, poseyendo las riquezas - que Jesús nos guarda allá,
¿la memoria retendremos - a cubierto del dolor,
del camino largo, aspérrimo, - con sus luchas, su temor?

3. La bondad con que nos mira - sin cansarse, cuando ve poco fruto en nuestra vida - y tan débil nuestra fe, *¿nos acordaremos de ella - en aquel dichoso hogar de eternal aurora espléndida - e inefable bienestar?*

Y el coro responde a todas estas preguntas:

Coro. *¡Sí: allí será gratísimo - en el proceder pensar*
del Pastor fiel y benéfico - Que nos ayudó a llegar!

(iv) Habrá plenitud de conocimiento. «Ese día -dijo Jesús- ya no tendréis necesidad de hacerme más preguntas.» En esta vida hay muchas preguntas que no tienen respuesta y muchos problemas que no tienen solución. En último análisis, tenemos que caminar por fe, no por vista, aceptando lo que no comprendemos. No son más que fragmentos de la verdad lo que podemos percibir, y atisbos de Dios los que podemos ver; pero en la edad por venir, con Cristo, habrá plenitud de conocimiento. «Ahora vemos por espejo, en oscuridad; mas entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, más entonces conoceré como Dios me conoce a mí» (1 *Corintios 13:12).*

(v) Tendremos una nueva relación con Dios. Cuando conozcamos a Dios de veras y a fondo, podremos acudir a Él y pedirle todo lo que necesitemos. Sabemos que la puerta está abierta; sabemos que Él es nuestro Padre, y que Su corazón es amor.

Somos como niños que nunca ponen en duda que a su padre le encanta verlos, y que pueden hablar con él como y cuando quieran. En esa relación, Jesús dice que podemos pedir lo que sea; pero vamos a considerarlo en términos humanos -que son los únicos de que disponemos. Un niño que
ama a su padre y confía en él, sabe muy bien que hay veces que su padre le dirá que no; porque, en su amor y sabiduría, sabe más. Nosotros podemos llegar a tal intimidad con Dios que tengamos libertad para consultárselo todo; pero siempre debemos terminar con « ¡Hágase Tu voluntad!»

(vi) Es Jesús el Que hace posible esa nueva relación con Dios. Existe *en Su nombre.* Todo es gracias a Él: que nuestro gozo es indestructible y perfecto, que nuestro conocimiento es completo, que el camino al corazón de Dios está abierto. Todo lo que tenemos nos ha venido por medio de Jesucristo. Sólo en Su nombre podemos pedir, y recibimos, nos podemos acercar, y somos bienvenidos.

EL ACCESO DIRECTO

Juan 16:25-28

> *-Os he dicho estas cosas de una manera que es difícil de entender; pero está a punto de llegar el momento en que dejaré de hablaros de una manera que os sea difícil, y os hablaré claramente acerca del Padre. Ese día pediréis en Mi nombre; y no os digo que Yo Le pediré al Padre por vosotros, porque el Padre mismo os ama, porque vosotros Me habéis amado y habéis creído que vine del Padre. Vine del Padre, y entré en el mundo; ahora dejo el mundo, y vuelvo al Padre.*

La versión Reina-Valera.09 ponía que Jesús había hablado hasta entonces *en proverbios,* y R-V.60 *en alegorías.* La palabra griega es *paroimía,* que es la que se usa para las *parábolas* de Jesús, pero que significa básicamente algo que es difícil de entender, un dicho cuyo sentido está velado para el que lo escucha casualmente, que requiere meditación para descubrir lo que quiere decir. Se puede usar, por ejemplo, de

las sentencias de los sabios cuya concisión las hace preñadas de contenido, o de los acertijos que desafían a la imaginación.

Jesús les quiere decir: «Hasta ahora os he estado haciendo sugerencias e indicaciones, dándoos la verdad cubierta con un velo; os he estado diciendo cosas que os hacían pensar o que os dejaban confusos; pero desde ahora os voy a decir la verdad con toda claridad.» Y pasa a decirles sencillamente que vino de Dios y que vuelve a Dios. Ese era Su secreto: no era sino el Hijo de Dios, y la Cruz no iba a ser la muerte de un criminal sino el camino de vuelta a Dios.

Y entonces Jesús dice una cosa que no debemos olvidar. Los suyos tienen acceso directo a Dios porque Dios los ama; Jesús no tiene necesidad de presentarle a Dios las súplicas de los Suyos; ellos lo pueden hacer por sí mismos. Aquí tenemos la prueba definitiva de algo que no se debe olvidar jamás. Muchas veces se piensa en términos de un Dios airado y de un Jesús benévolo, y que Jesús hizo algo que obligó a Dios a cambiar de actitud hacia la humanidad, haciendo que fuera un Dios de amor y no de juicio. Pero aquí Jesús nos dice: «Podéis acercaros a Dios, porque Él os ama.» Y eso lo dice *antes de la Cruz.* Jesús no murió para hacer que Dios nos amara, sino porque Dios nos ama; no para hacer que Dios *sea* un Dios de amor, sino para demostrar que Dios *es* amor. Jesús vino, no porque Dios *odiaba* al mundo, sino porque lo *amaba* de tal manera. Jesús ha traído a la humanidad el amor de Dios.

Jesús les dice a Sus discípulos que Su obra está concluida. Vino del Padre y ahora, por el camino de la Cruz, vuelve a Él. Y el acceso a Dios está abierto para todas las personas. Jesús no tiene que presentarle a Dios nuestras oraciones; cada cual puede presentárselas. Dios ama a los que aman a Cristo.

CRISTO Y SUS DONES

Juan 16:29-33

> *-¡Ves -dijeron los discípulos-, ahora hablas claro y no dices cosas raras! Ahora nos damos cuenta de que lo sabes todo, y no necesitas que nadie Te pregunte nada. Por eso creemos que has venido de Dios.*
>
> *-¿Así es que ahora sí creéis? -les contestó Jesús¡Fijaos! Está llegando el momento, y es ahora mismo, cuando os desperdigaréis cada uno por su lado y Me dejaréis solo; aunque no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Todo esto os lo he dicho para que estéis en paz conmigo. En el mundo vais a pasar angustias; pero, ¡ánimo! ¡Yo he conquistado al mundo!*

Aquí se ilumina extrañamente cómo, por fin, los discípulos se rindieron a Jesús. De pronto dieron el gran salto de la fe porque se dieron cuenta de que Jesús no tenía necesidad de preguntarle a nadie nada. ¿Qué querían decir? Atrás, en los versículos 17 y 18, los encontrábamos hechos un lío con lo que les había dicho Jesús. Empezando en el versículo 19, Jesús se

pone a contestarles sus preguntas *sin que ellos las hubieran formulado.* En otras palabras: podía leerles los corazones como si fueran libros abiertos. Por eso fue por lo que creyeron en Él. Uno que iba viajando por Escocia en el pasado describió a dos predicadores a los que había oído. De uno dijo: « Me mostró la gloria de Dios.» Y del otro: « Me mostró todo mi corazón.» Jesús podía hacer *las dos cosas* como nadie. Fue Su conocimiento de Dios y de sus corazones lo que convenció a Sus discípulos de que era el Hijo de Dios.

Pero Jesús era realista. Les dijo que, a pesar de su fe, se acercaba la hora en que Le abandonarían. Aquí tenemos algo que es tal vez lo más extraordinario de Jesús. Sabía lo vacilantes que eran Sus hombres, y sus fracasos; sabía que Le fallarían en el momento en que más los necesitara; *pero, sin embargo, los amaba; y,* lo que es todavía más maravilloso: *¡todavía confiaba en ellos!* Conocía a las personas en su peor momento, pero seguía amándolas y confiando en ellas. Es perfectamente posible el perdonar a una persona y, al mismo tiempo, dejar bien sentado que nunca más nos fiaremos de ella. Pero Jesús dijo: «Sé que, en vuestra debilidad, me desertaréis; pero todavía estoy convencido de que seréis conquistadores.» Jamás se habían combinado así el perdón y la confianza. ¡Qué lección tenemos aquí! Jesús nos enseña a perdonar, y a confiar en la persona que nos ha fallado.

Aquí hay cuatro cosas bien claras acerca de Jesús.

(i) Está la soledad de Jesús. Los Suyos Le iban a dejar solo; y, sin embargo, Él no Se sentía solo, porque tenía a Dios. Nadie que esté de parte del bien está nunca solo: Dios siempre está con él. Ninguna persona que sea buena está totalmente abandonada, porque Dios no abandona.

(ii) Está el perdón de Jesús. De esto ya hemos hablado. Sabía que Sus amigos Le abandonarían, y sin embargo no se lo echó en cara, y después no les guardó rencor. Los amaba con todas sus debilidades; los veía y los amaba tal como eran. Si idolatramos a una persona y la consideramos impecable, estamos condenados a llevarnos una desilusión. Debemos amar a las personas tal como son en realidad.

(iii) Está la simpatía de Jesús. Aquí hay un versículo que parece que está fuera de lugar: «Todo esto os lo he dicho para que estéis en paz conmigo.» El sentido es que, si Jesús no les hubiera anunciado a Sus discípulos su debilidad, después, cuando se dieran cuenta de que Le habían fallado, podrían haberse desesperado irremisiblemente. Es como si Él les dijera: « Sé lo que va a pasar; no debéis creer que vuestra deslealtad Me sorprendió; no cambia en nada el amor que os tengo. Cuando penséis en ello después, no os desesperéis.» Aquí vemos juntos el perdón y la misericordia de Dios. Jesús estaba pensando, no en el daño que Le haría a Él el que los Suyos Le fallaran, sino en el daño que les haría a ellos. A veces sería todo lo contrario si pensáramos, no en el mucho mal que alguien nos ha hecho, sino en que ese mal le ha sumido en la desesperación y la angustia de corazón.

(iv) Está el don de Jesús: el valor y la conquista. Muy pronto iban a ver los discípulos que el mundo Le hacía a Jesús lo peor, y sin embargo no Le derrotaba. Y Él les dijo: «La victoria que Yo voy a ganar puede ser vuestra victoria también. El mundo Me hará todo el mal que pueda, y Yo surgiré vencedor. La vida os puede tratar de la peor manera, y vosotros podéis salir victoriosos. Vosotros también podéis poseer el coraje y la conquista de la Cruz.»

LA GLORIA DE LA CRUZ

Juan 17:1-5

> *Después de decir todo aquello, Jesús elevó la mirada al Cielo y dijo:*
> *-Padre, ha llegado la hora. Glorifica a Tu Hijo para que Él Te glorifique a Ti. Glorificale, de la misma manera que Le diste autoridad sobre toda la humanidad para que pueda dar la vida eterna a todos los que Le has dado. La vida eterna es conocerte a Ti, Que eres el único Dios verdadero, y a Jesucristo Tu enviado. Yo ya Te he glorificado en la Tierra acabando la obra que Tú Me encargaste; y ahora, Padre, glorifícame en Tu propia presencia con la gloria que tuve contigo antes que empezase el mundo.*

Para Jesús, la vida tenía un clímax, que era la Cruz. Para Él, la Cruz era la gloria de la vida y el acceso a la gloria de la eternidad. « Ha llegado la hora -había dicho Jesús- de que el Hijo del Hombre sea glorificado» *(Juan 12:23).* ¿Qué quería decir Jesús cuando hablaba de la Cruz como Su gloria y Su glorificación? Se puede contestar de varias maneras.

(i) Es uno de los hechos de la Historia que una y otra vez fue en la muerte cuando las grandes figuras alcanzaron la gloria. Fue cuando murieron, y cómo murieron, lo que mostró realmente quiénes y cómo eran. Puede que fueran malentendidos, infravalorados y hasta condenados como criminales durante su vida; pero su muerte hizo ver cuál era su verdadero lugar en el esquema de las cosas.

Abraham Linco1n tuvo enemigos en la vida; pero hasta los que más le habían criticado vieron su grandeza cuando murió. Alguien salió de la habitación donde yacía Lincoln después que el disparo de un asesino acabara con su vida, diciendo: «Ahora pertenece a las edades» -queriendo decir « a la Historia» o « a la eternidad.» Stanton, su ministro de la guerra, que siempre había tenido a Lincoln como ingenuo y primitivo, y que no se había molestado en ocultarle su desprecio, inclinó la vista hacia el cuerpo muerto con lágrimas en los ojos, y dijo: «Ahí yace el mayor hombre de estado que ha conocido el mundo.»

Los ingleses mandaron a Juana de Arco a la hoguera por bruja y hereje. Entre los espectadores había un inglés que había jurado aportar su leño al fuego; pero entonces dijo: «¡Ojalá mi alma fuera adonde está ahora ya el alma de esa mujer!» Y uno de los secretarios del rey de Inglaterra abandonó la escena diciendo: «¡Estamos condenados, porque hemos quemado a una santa!»

Cuando ejecutaron a Montrose, le llevaron por la calle Alta de Edimburgo hasta la Cruz del Mercado. Sus enemigos habían azuzado a la multitud para que le insultara, y hasta habían repartido municiones para que se las arrojaran; pero no se elevó ninguna voz para maldecirle ni mano para herirle. Llevaba puesta su mejor ropa, con cintas en los zapatos y elegantes guantes blancos en las manos. James Frazer, un testigo presencial, dijo: «Bajó la calle con tal señorío, y tanta nobleza, majestad y dignidad reflejaba su rostro, que alucinaba a los espectadores, y muchos de sus enemigos reconocieron que era el hombre más valiente del mundo, dotado de una gallardía que abarcaba a toda la multitud.» John Nicoll, el notario, testificó que Montrose parecía más uno que iba a su boda que un criminal a su ejecución. Un inglés que estaba entre el gentío, agente del gobierno, informó a sus superiores: «Está fuera de toda duda que ha conquistado a más hombres en Escocia con su muerte que habría conquistado si hubiera vivido. Porque yo no he visto un hombre con un porte más digno en toda mi vida.»

Una y otra vez, la majestad de un mártir se traslucía en su muerte. Eso sucedió con Jesús; porque, hasta el centurión que estaba al pie de la cruz quedó diciendo: « ¡No cabe duda de que Éste era el Hijo de Dios!» La Cruz fue la gloria de Jesús porque fue en ella donde mostró supremamente Su majestad, y desde donde atrae a Sí definitivamente el reconocimiento, el amor y la lealtad de la humanidad.

LA GLORIA DE LA CRUZ

Juan 17:1-5 (continuación)

(ii) Además, la Cruz fue la gloria de Jesús porque fue la culminación de Su obra. « He llevado a cabo el trabajo» -dijo Jesús al Padre- que Tú me encargaste.» Para Él, el haberse detenido antes de la Cruz habría supuesto dejar su labor sin terminar. ¿Por qué? Porque había venido a este mundo para enseñarle a la humanidad el amor de Dios, no sólo con palabras, sino con toda Su vida. El detenerse antes de la Cruz habría equivalido a decir que el amor de Dios llegaba hasta ahí, y no más. Llegando a la Cruz, Jesús mostró que no hay nada que el amor de Dios no esté dispuesto a asumir por la humanidad; que no tiene límites, literalmente.

H. L. Gee cuenta un incidente de la guerra en Bristol. Estaba estacionado como mensajero en uno de los puestos de defensa de ataques aéreos un chico que se llamaba Derek Bellfall. Le mandaron a otra estación en bicicleta con un mensaje. Una bomba le hirió mortalmente cuando volvía. Cuando le encontraron estaba todavía consciente, y las últimas palabras que susurró fueron: «Informa el mensajero Bellfell: mensaje entregado.»

Un famoso cuadro de la Primera Guerra Mundial representa a un técnico que había ido a arreglar una línea telefónica para que se pudieran mandar y recibir mensajes de vital importancia, cuando le alcanzó una bala. El cuadro le muestra en el momento de la muerte, manteniendo unidos en su mano crispada los dos extremos del cable, y tiene el sencillo título de: « ¡Comunicación restablecida!» Le había costado la vida, pero .había cumplido su misión.

Eso es precisamente lo que hizo Jesús. Cumplió su cometido; hizo llegar a la humanidad el amor de Dios. Para Él aquello supuso la Cruz; y la Cruz fue Su gloria porque acabó la obra que el Padre Le había encargado: consiguió que los hombres y las mujeres ya no pongan en duda el amor de Dios.

(iii) Hay otra cuestión: ¿Cómo glorificó la Cruz a Dios? La única forma de glorificar a Dios es obedecerle. Un niño honra a sus padres cuando los obedece; un ciudadano contribuye a la gloria de su país cuando obedece sus leyes; un estudiante honra a su profesor cuando sigue y pone en práctica su enseñanza. Jesús dio honor y gloria a Dios con Su perfecta obediencia. La historia evangélica deja muy claro que Jesús pudo evitar la Cruz. Humanamente hablando, podría haber vuelto la espalda y no haber ido a Jerusalén. Cuando vemos a Jesús en Sus últimos días en la Tierra, no podemos por menos de decir: «¡Fijaos cómo amaba a Dios! ¡Fijaos a qué extremo Le llevó la obediencia!» Glorificó a Dios en la Cruz ofreciéndole la perfecta obediencia de un amor perfecto.

(iv) Pero hay todavía más: Jesús Le pidió a Dios que Le glorificara y que Se glorificara. *La Cruz no era el final.* Habría de seguirla la Resurrección, que sería la vindicación de Jesús. Fue la demostración de que, aunque la humanidad Le hiciera lo peor, Jesús no sería derrotado, sino saldría vencedor. Fue como si Dios señalara a la Cruz y dijera: «Eso fue lo que *la humanidad* le hizo a Mi Hijo;» y luego señalara a la Resurrección, y dijera: « Y eso fue lo que Yo hice por Mi Hijo.» La Cruz era lo peor que la humanidad podía hacerle a Jesús, pero ni aun así Le conquistó. La gloria de la Resurrección borra la vergüenza de la Cruz.

(v) Para Jesús, la Cruz era el camino de vuelta. «Glorifícame -oró- con la gloria que tuve antes que el mundo empezara.» Era como un caballero que hubiera salido de la corte de su rey para realizar alguna hazaña heroica y peligrosa, y que, una vez cumplida su misión, volvía en triunfo a gozar de la gloria de la victoria. Jesús vino de Dios y volvió a Dios. La empresa gloriosa entre Su venida y Su vuelta culminó en la Cruz. Para El, por tanto, la Cruz era la puerta de entrada a la gloria; y, si hubiera rehusado pasar por ella, ¿cómo habría vuelto a la gloria? ¿Habría habido una gloria a la que volver? Para Jesús la Cruz fue Su vuelta a Dios.

LA VIDA ETERNA

Juan 17:1-5 (conclusión)

Hay otra idea importante en este pasaje, porque contiene la gran definición que da el Nuevo Testamento de la vida eterna: es conocer a Dios, y a Jesucristo, a Quien Él ha enviado. Recordemos lo que quiere decir *eterno*. En griego es *aiónios.* Esta palabra tiene **que ver, no tanto con** *la duración* de la vida -porque una vida que fuera interminable no tendría que ser por ello deseable- como con *la calidad* de la vida. Sólo hay Uno al Que se puede aplicar adecuadamente la palabra *aiónios,* y es Dios. La vida eterna no es otra cosa, por tanto, que la vida de Dios. Poseerla, entrar en ella, es experimentar aquí y ahora algo del esplendor, y la majestad, y el gozo, y la paz, y la santidad que son características de la vida de Dios.

Conocer a Dios es una expresión característica del Antiguo Testamento. La sabiduría es «árbol de vida a los que de ella echan mano» *(Proverbios 3:18).* «Conocer Tu poder -dijo el escritor de *Sabiduría-* es la raíz de la inmortalidad *(Sabiduría 5: 3).* «Los justos son librados por la sabiduría» *(Proverbios*I1: 9). El sueño de la nueva edad de Habacuc era «que la Tierra estará llena del conocimiento de la gloria de Dios> *(Habacuc 2:14).* Oseas oye la voz de Dios que le dice: « Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento» *(Oseas 4:6).* Una exposición rabínica pregunta cuál es la porción más pequeña de la Escritura que contiene todas las partes. esenciales de la ley, y contesta: *Proverbios 3:6,* que quiere decir literalmente: «Reconócele en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas.» También había una exposición rabínica que decía que Amós había reducido todos los mandamientos de la ley a uno solo, cuando dijo: «Buscadme, y viviréis» *(Amós 5:4),* porque *buscar a Dios* quiere decir buscar *conocerle.* Los maestros judíos hacía mucho que insistían en que conocer a Dios es necesario para vivir la verdadera vida. Entonces, ¿qué quiere decir conocer a Dios?

(i) Sin duda hay un elemento de conocimiento intelectual. Quiere decir, por lo menos en parte, saber cómo es Dios; y eso es algo que cambia radicalmente la vida. Tomemos dos ejemplos. Los pueblos primitivos creen en una multitud de dioses. Todos los árboles, arroyos, cerros, montañas, ríos y piedras tienen sus dioses y espíritus, que son hostiles, y los pueblos primitivos se sienten asediados por ellos, y viven en constante temor de ofenderlos. Los misioneros nos dicen que es casi imposible entender la oleada maravillosa de alivio que llega a esos pueblos cuando descubren que *no hay más que un solo Dios.* Este nuevo conocimiento hace que todo sea distinto de como era antes. Además, es radicalmente otra cosa saber que Dios no es vengativo ni cruel, sino amor.

Estas cosas las sabemos; pero no las habríamos sabido si Jesús no hubiera venido a decírnoslas. Entramos en una nueva vida, participamos de algo de la vida de Dios mismo cuando, gracias a Jesús, descubrimos cómo es Dios. Es una parte esencial de la vida eterna saber cómo es Dios.

(ii) Pero hay algo más. En el Antiguo Testamento se usa corrientemente la palabra *conocer* con el sentido de la relación sexual. «Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín» *(Génesis 4: l).* Ahora bien: el conocimiento entre marido y mujer es el más íntimo que puede haber. Marido y mujer ya no son dos, sino una sola carne. El acto sexual no es lo más importante, sino la intimidad e identidad de corazón, mente y alma que en el verdadero amor lo preceden. *Conocer* a Dios no es, por tanto, un mero conocimiento intelectual de Él, sino una íntima relación personal con Él que es como la relación más próxima y amada de la vida. De nuevo hemos de decir que, sin Jesús, tal intimidad con Dios habría sido impensable e imposible. Es Jesús el Que nos ha enseñado que Dios no es un Ser remoto e inasequible, sino el Padre Cuya naturaleza es amor.

Conocer a Dios es no sólo saber cómo es, sino también estar en términos de la más íntima relación de amistad con Él; y ninguna de las dos cosas es posible sin Jesucristo.

LA OBRA DE JESÚS

Juan 17:6-8

> *Les he revelado Tu nombre a los hombres que Me diste sacándolos del mundo. Eran Tuyos cuando Me los diste, y han recibido Tu Palabra. Ahora ya se dan cuenta de que todo lo que Me has dado procede de Ti, porque Yo les he dado las palabras que Tú Me diste a Mí, y ellos las han recibido, y ahora ya saben a ciencia cierta que Yo vine de Ti, y creen que fuiste Tú Quien Me enviaste.*

Jesús nos da aquí una definición de Su obra. Le dice a Dios: « He revelado Tu nombre.»

Aquí hay dos grandes ideas que les resultarían claras a los que lo leyeran por primera vez.

(i) Hay una idea que es esencial y característica del Antiguo Testamento. Allí se usa la palabra *nombre* en un sentido especial; No quiere decir simplemente el nombre propio de una persona, sino todo su carácter en tanto en cuanto puede conocerse. El salmista dice: «En Ti confiarán los que conocen Tu nombre» *(Salmo 9:10).* Está claro que no se refiere a los que saben que Dios *se llama* Jehová, o de cualquiera otra de las maneras que se encuentran en el Antiguo Testamento; sino los que saben *cómo* es Dios, Su carácter y naturaleza: esos son los que se alegran de poner en Él su confianza.

El salmista dice: «Estos presumen de carros, y aquellos de caballos; pero nosotros no estamos orgullosos más que del nombre del Señor Dios» *(Salmo 20:7)*. Esto quiere decir que él puede confiar en Dios porque sabe cómo es. «Anunciaré Tu nombre a mis hermanos» *(Salmo 22:22)*. Este era un salmo que los judíos creían que era una profecía del Mesías y de la obra que realizaría; y quiere decir que el Mesías declararía a la humanidad cómo es Dios. El profeta Isaías comprendió que Dios decía de la nueva era: « Mi pueblo sabrá Mi nombre por esto en aquel día: porque Yo mismo, el Que estoy hablando, estaré presente» *(Isaías 52:6)*. Eso es tanto como decir que, en la era mesiánica, se sabrá a ciencia cierta cómo es Dios.

Así que, cuando Jesús dice: «He revelado Tu nombre,» quiere decir: «He dado a la humanidad la posibilidad de ver cuál es la verdadera naturaleza de Dios.» Es otra manera de decir: « El que Me ha visto a Mí, ha visto al Padre» *(Juan 14:9)*. Es la suprema afirmación de Jesús que, en Él, la humanidad ve la mente, el carácter y el corazón de Dios.

(ii) Pero hay otra idea aquí. En tiempos algo más avanzados, cuando los judíos hablaban del *nombre de Dios* se referían al tetragrámaton, el nombre de cuatro letras que se transcribiría YHWH. Ese nombre era tan sagrado para los judíos que no se pronunciaba nunca, excepto una vez al año, el sumo sacerdote cuando entraba en el lugar santísimo el día de la expiación. Las cuatro letras corresponden al nombre de YAHWEH. Se suele escribir Jehová, aunque nunca se pronunciaba así, sino *Adónay,* que quiere decir el *Señor*. En la escritura hebrea no se representan las vocales; y sólo más tarde, hacia el siglo X de la era cristiana, se pusieron unos puntitos y rayitas por encima o por debajo de las consonantes para ayudar a la lectura. En el caso de las cuatro letras de YHWH no se representó su pronunciación, sino se le pusieron las vocales de Adónay (la primera a brevísima) para indicar que así era como se debía pronunciar. Es decir: que, en tiempos de Jesús, el nombre de Dios era tan sagrado que las personas normales y corrientes jamás se atreverían a pronunciarlo. Jesús está pues diciendo: «Os he dicho el nombre de Dios; ese nombre que es tan sagrado ahora lo podéis pronunciar gracias a lo que Yo he hecho: he traído al Dios remoto e invisible tan cerca de vosotros que hasta el más sencillo Le puede hablar y tomar Su nombre en sus labios.»

Es la gran proclama de Jesús que Él la revelado a la humanidad la verdadera naturaleza y el auténtico carácter de Dios; y que ha traído a Dios tan cerca de nosotros que hasta el cristiano más humilde puede tomar en sus labios el nombre antes inefable de Dios.

EL SENTIDO DEL DISCIPULADO

Juan 17:6-8 (conclusión)

Este pasaje ilumina también el sentido del discipulado.

(i) El discipulado cristiano se basa en el hecho de que Jesús ha venido de Dios. Un discípulo es una persona que se ha dado cuenta de que Jesús es el Embajador de Dios, y que en Sus palabras oímos la voz de Dios, y en Sus obras vemos a Dios en acción. El discípulo ve a Dios en Jesús, y sabe que no hay nadie que sea una misma cosa con Dios excepto Jesús.

(ii) El discipulado conduce a la obediencia. El discípulo es el que obedece la Palabra de Dios como la recibe en Jesús. Es el que se somete al magisterio de Jesús. Mientras queramos seguir haciendo lo que queramos, no podemos ser discípulos; el discipulado implica sumisión.

(iii) El discipulado es algo que está programado. Las personas que pertenecen a Jesús Le han sido dadas por Dios. En el plan de Dios estaban destinadas para el discipulado. Eso no quiere decir que Dios destinó a algunas personas para que fueran discípulos, y a otros para que rechazaran el discipulado. Piensa en ello de este modo: un padre tiene grandes sueños acerca de su hijo; se forja un plan de futuro para él; pero el hijo puede rehusar ese plan y seguir su propio camino. Un profesor prevé un gran futuro para un estudiante; ve que tiene posibilidad de hacer una gran obra; pero el estudiante puede rechazar el plan que se le presenta. Si amamos a una persona, siempre estamos soñando con su futuro y haciendo planes ambiciosos para ella; pero los planes y los sueños se pueden frustrar. Los fariseos creían en la fatalidad, pero también en el libre albedrío. Uno de sus grandes dichos era: «Todo está determinado excepto el temor del Señor.» Dios tiene Su plan, Su sueño, su destino para cada persona; y nuestra tremenda responsabilidad consiste en aceptarlo o rechazarlo. Como ha dicho alguien: «Fatalidad es lo que no tenemos más remedio que hacer; destino, lo que se supone que debemos hacer.»

Hay en todo este pasaje, y más aún en todo este capítulo, una confianza ilusionada acerca del futuro en la voz de Jesús. Estaba con Sus hombres, los que Dios Le había dado; daba gracias a Dios por ellos; y nunca dudaba de que llevarían a cabo la misión que El les había confiado. Recordemos qué y quiénes eran. Un gran comentador dijo: « ¡Once paletos galileos después de tres años de labor! Pero es suficiente para Jesús, porque en esos once ve la garantía de la continuidad de la obra de Dios en la Tierra.» Cuando Jesús salió de este mundo, no parecía que podía tener mucha base para la esperanza. É1 mismo parecía haber conseguido bien poco y ganado a muy pocos, y eran los grandes y los ortodoxos y los religiosos de Su tiempo los que se habían vuelto contra El. Pero Jesús tenía la confianza que tiene su manantial en Dios. No tenía miedo de los principios humildes. No era pesimista acerca del futuro. Parecía decir: «No he ganado más que a once hombres normales y corrientes; pero dadme esos once, y le daré la vuelta al mundo.»

Jesús tenía dos cosas: fe en Dios y fe en Sus hombres. Es una de las cosas que más entusiasman en el mundo el pensar que Jesús puso Su confianza en personas como nosotros. Nosotros tampoco nos tenemos que desanimar por las debilidades humanas

ni por los principios humildes. Nosotros también debemos lanzarnos adelante con una fe confiada en Dios y en las personas. Así no seremos nunca pesimistas; porque, con esta doble fe, nuestras posibilidades en la vida son ilimitadas.

ORACIÓN DE JESÚS POR SUS DISCÍPULOS

Juan 17:9-19

-Es por ellos por los que Te pido. No estoy intercediendo por el mundo, sino por los que Me has dado, porque son Tuyos. Todo lo que tengo Yo es Tuyo, y todo lo que Tú tienes es Mío. Y por medio de ellos se Me ha dado gloria. Yo ya no estoy en el mundo; pero estos sí están en el mundo, y Yo voy a Ti. Padre Santo, manténlos en Tu nombre a los que Me has dado, para que sean una cosa como Nosotros somos una cosa. Cuando Yo estaba con ellos, Yo los mantenía en Tu nombre a los que Me diste. Yo los guardé de tal manera que no se Me perdió ninguno de ellos, excepto el que estaba destinado a perderse, lo que sucedió para que se cumplieran las Escrituras. Pero ahora vuelvo contigo. Digo esto mientras estoy todavía en el mundo para que tengan Mi gozo en sí en plenitud. Yo les di Tu palabra, y el mundo los aborreció porque no son del mundo. No Te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del malo. No son del mundo, como tampoco lo soy Yo. Conságralos mediante Tu verdad; Tu Palabra es la verdad. Como Tú Me enviaste al mundo, así los envío Yo ahora. Por amor de ellos Yo Me consagro, para que ellos también estén consagrados por la verdad.

Aquí tenemos un pasaje henchido de verdades tan grandes que sólo las podemos captar fragmentariamente.

En primer lugar, nos dice algo de los discípulos de Jesús.

(i) El discípulo es un regalo de Dios a Jesús. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que el Espíritu de Dios nos mueve el corazón para que respondamos a la llamada de Jesús.

(ii) Por medio del discípulo le viene gloria a Jesús. El paciente al que ha curado le da gloria al médico; el estudiante al que ha preparado le da gloria al profesor; el atleta al que ha entrenado le da gloria al entrenador. Las personas que Jesús ha redimido Le dan honor a Él. La persona que era mala y se ha vuelto buena es la honra de Jesús.

(iii) El discípulo es una persona a la que se le ha confiado una tarea. Como Dios envió a Jesús, así Jesús envía a Sus discípulos. Aquí está la explicación de algo que nos extraña en este pasaje. Jesús empieza diciendo que no pide por el mundo; y sin embargo, vino porque de tal manera amó Dios al mundo. Pero, como ya hemos visto, en el evangelio de Juan *el mundo* significa también < la sociedad humana que se organiza sin tener en cuenta a Dios.» Lo que Jesús hace por el mundo es enviarle a Sus discípulos para que conozca a Dios y vuelva a Él. Jesús ora por Sus discípulos para que sean tales que puedan ganar al mundo para Él. Además, este pasaje nos dice que Jesús les ofreció a los suyos dos cosas.

(i) Les ofreció *Su alegría.* Todo lo que les estaba diciendo estaba diseñado para comunicarles Su suprema alegría.

(ii) Y también les hizo *una advertencia.* Les dijo que eran distintos del mundo, y que no podían esperar de él nada más que su odio. Su nivel, sus principios y su escala de valores eran diferentes de los del mundo. Pero es una gozada batallar contra la tormenta y resistir a la marea; y es cuando arrostramos la hostilidad del mundo cuando entramos en el gozo que Jesús nos ha prometido.

Y todavía más: en este pasaje Jesús hace la más gloriosa declaración de propiedad de todas las Suyas. Orando a Dios, Le dice: «Todo lo que tengo Yo es Tuyo, y todo lo que Tú tienes es Mío.» La primera parte es natural y fácil de comprender, porque todo pertenece a Dios, y Jesús lo repitió una y otra vez; pero la segunda parte es alucinante: «¡Todo lo que Tú tienes es Mío!» De esto dijo Lutero: «Esto es algo que ninguna criatura puede decirle a Dios.» Nunca presentó Jesús más claramente Su identidad con Dios. Es una misma cosa con Él de tal manera que dispone de Su mismo poder y prerrogativas.

ORACIÓN DE JESÚS POR SUS DISCÍPULOS

Juan 17:9-19 (continuación).

Este pasaje tiene para nosotros un interés tan extraordinario porque nos dice lo que Jesús pedía para Sus discípulos.

(i) La primera cosa-esencial en que debernos fijarnos es que Jesús no Le pidió a Dios que sacara a Sus discípulos de este mundo. El no pidió para ellos una posibilidad de evasión, sino que alcanzaran la victoria. La clase de «cristianismo» que se refugia en conventos o monasterios no Le habría parecido Cristianismo a Jesús. La clase de «cristianismo» que no se identifica nada más que con la oración y la meditación y la vida retirada del mundo Le habría parecido una versión trágicamente truncada de la fe que vino a traernos. Él insistía en que era en medio de las vueltas y revueltas de la vida donde se tenía que vivir el Cristianismo.

Por supuesto que se necesita orar y meditar y retirarse a puerta cerrada para estar a solas con Dios; pero estas cosas no son el fin de la vida, sino medios para alcanzar el fin, que no es otro que demostrar la vida cristiana en los trabajos y las pruebas de la vida del mundo. El Cristianismo no se propone retirar a nadie de la vida, sino equiparle para vivirla mejor. No nos ofrece

librarnos de problemas, sino capacitarnos para resolverlos. No nos ofrece una paz fácil, sino una milicia victoriosa. No nos ofrece una vida en la que se evitan y evaden

los conflictos, sino en la que se arrostran y conquistan. Con todo y ser indudable que el cristiano no es del mundo, es verdad que es en el mundo donde tiene que vivir su cristianismo. No debe desear abandonar el mundo, sino conquistarlo.

(ii) Jesús pidió por la unidad de Sus discípulos. Donde hay divisiones, exclusividad, competencia entre las iglesias, la causa del Cristianismo está en peligro, y la oración de Jesús, frustrada. No se puede predicar el Evangelio en serio en una congregación que no es una compañía bien unida y trabada de hermanos. Iglesias en competencia no pueden evangelizar al mundo en serio. Jesús pidió que Sus discípulos fueran tan realmente una sola cosa como Él y el Padre; y no ha habido otra oración Suya que los cristianos individuales y las iglesias hayamos puesto tantas trabas para que se cumpliera.

(iii) Jesús Le pidió a Dios que protegiera a Sus discípulos de los ataques del maligno. La Biblia no es un libro teórico. No discute el origen del mal, pero tampoco deja lugar a dudas en cuanto al poder del mal que actúa en este mundo en contra del poder de Dios. Nos da ánimo y confianza saber que Dios está vigilando nuestras vidas como un centinela para mantenerlas a salvo del mal. El hecho de que caigamos en la tentación tantas veces es debido a que tratamos de enfrentarnos con ella dependiendo de nuestras propias fuerzas en lugar de buscar la ayuda y de recordar la presencia de nuestro Protector.

(iv) Jesús pidió que Sus discípulos estuvieran consagrados a la verdad. La palabra para *consagrar* es *haguiazein,* que viene del adjetivo *haguios,* que en la versión Reina-Valera se traduce por *santo,* pero cuyo sentido más radical es *diferente o separado.* Según esto, *haguiazein* tiene dos ideas principales.

(a) Quiere decir *separado para una tarea especial.* Cuando Dios llamó a Jeremías, le dijo: «Antes de formarte en el vientre te conocí, y antes de que nacieras te consagré, nombrándote profeta de las naciones» *(Jeremías 1:5).* Desde antes de su nacimiento, ya Dios había separado a Jeremías para un ministerio especial. Cuando Dios estaba instituyendo el sacerdocio en Israel, le dijo a Moisés que *ordenara* a los hijos de Aarón y los *consagrara* para que ministraran como sacerdotes (Éxodo 28:41). Los hijos de Aarón fueron apartados para un ministerio y deber especiales.

(b) Pero *haguiazein* quiere decir, no sólo apartar para algún ministerio o tarea especial, sino también *equipar a una persona con las cualidades de mente, corazón y carácter que le serán necesarias para la tarea. Si* una persona ha de servir a Dios, debe tener algo de la bondad y de la sabiduría de Dios en sí misma. El que ha de servir al Dios santo tiene que ser también santo. Y así Dios, no sólo escoge a una persona para una tarea especial y la aparta con ese fin, sino que la equipa con las cualidades que necesitará para llevarla a buen término.

Debemos recordar siempre que Dios nos ha escogido y consagrado para un servicio especial, que es amarle y obedecerle, y traerle a otros para que hagan lo mismo. Y Dios no nos deja a merced de nuestros propios recursos, sino nos guarnece en Su gracia para la tarea si ponemos nuestra vida en Sus manos.

UN ATISBO DEL FUTURO

Juan 17:20-21

> -*No es sólo por estos por los que Te pido, sino también por los que van a creer en su testimonio de Mí. Y Mi oración es para que todos ellos sean una cosa como Tú, oh Padre, eres en Mí, y Yo en Ti; para que ellos estén en Nosotros para que el mundo crea que Tú Me enviaste.*

En esta sección, la oración de Jesús ha ido extendiéndose gradualmente hasta abarcar todos los límites de la Tierra. Empezó pidiendo por Sí mismo al encontrarse frente a la Cruz. Pasó luego a pedir por Sus discípulos, y por el poder protector de Dios para ellos. Ahora Su oración remonta el vuelo para

contemplar el futuro y los países distantes, y ora por todos los que en tierras y edades todavía lejanas llegarán a conocer y aceptar el Evangelio.

Aquí se nos despliegan dos grandes características de Jesús. La primera: contemplamos Su fe integral y Su radiante certeza. En aquel momento Sus seguidores eran pocos; pero, aun con la Cruz cerrándole aparentemente el paso, Su confianza permanecía inalterable, y estaba pidiendo por los que llegarían a creer en Su nombre. Este pasaje debería sernos especialmente precioso, porque en él vemos a Jesús orando por nosotros. La segunda: vemos la confianza que tenía en Sus hombres. Sabía que no habían llegado a entenderle del todo; sabía que al cabo de muy poco tiempo iban a abandonarle cuando más los necesitara. Sin embargo Jesús veía en esos mismos hombres, con una confianza total, a los que iban a extender Su nombre por todo el mundo. Jesús no perdió nunca ni la fe en Dios ni la confianza en Sus hombres.

¿Cuál fue Su oración por lo que llegaría a ser la Iglesia? Que todos sus miembros fueran una sola cosa, como lo eran El y el Padre. ¿Qué era esa unidad por la que Jesús pedía? No era una unidad de administración u organización; no era, en ningún sentido, una unidad eclesiástica. *Era una unidad de relación personal.* Ya hemos visto que la unión entre Jesús y Dios era la del

amor y la obediencia. Era la unidad del amor la que Jesús pedía al Padre, una unidad en la que las personas se amaran porque Le amaban a Él, una unidad basada totalmente en una relación de corazón a corazón.

Los cristianos no van a organizar sus iglesias nunca de la misma manera en todas partes. Nunca darán culto a Dios exactamente de la misma forma. Ni siquiera llegarán a creer exactamente las mismas cosas y de la misma manera. Pero la unidad cristiana trasciende todas esas diferencias y une a las personas en amor. La causa de la unidad cristiana en el momento presente, como, por supuesto, a lo largo de toda la historia sufre y peligra porque los seres humanos aman sus propias organizaciones eclesiásticas, sus credos y sus rituales,
más que a sus hermanos. Si nos amáramos realmente los unos a los otros y a Cristo no habría iglesias que excluyeran a nadie que fuera discípulo de Cristo. El amor que Dios planta en el corazón de las personas es lo único que puede demoler las barreras que se han erigido entre unos y otros y entre sus respectivas iglesias.

Además, según lo vio y lo pidió Jesús, había de ser precisamente esa unidad la que convenciera al mundo de la verdad del Evangelio y del lugar de Cristo. Es más fácil y natural para los humanos el estar divididos que el estar unidos. Es más humano para las personas el disgregarse que el congregarse. La unidad verdadera entre todos los cristianos sería «un hecho tan sobrenatural que revelaría una intervención sobrenatural.» Y lo trágico es que ese frente unido es lo que la Iglesia no le ha presentado nunca al mundo. Ante la desunión de los cristianos, el mundo no puede ver el valor supremo de la fe cristiana. Es nuestra obligación personal el demostrar esa unidad del amor con los semejantes que es la respuesta a la oración de Cristo. Los de a pie en las iglesias podemos y debemos hacer lo que los líderes y responsables se niegan oficialmente a hacer.

EL DON Y LA PROMESA DE GLORIA

Juan 17:22-26

> *- Yo les he dado la gloria que Tú Me diste para que sean una sola cosa como Nosotros somos una sola cosa. Yo, en ellos, y Tú, en Mí: para que su unidad con Nosotros y entre ellos llegue a ser consumada y completa. Esto lo pido para que el mundo se dé cuenta de que Tú Me enviaste, y de que Tú los has amado a ellos como Me has amado a Mí. Padre: es mi deseo que los que Tú Me has dado estén conmigo adonde Yo voy, para que vean Mi gloria, la que Tú Me has dado; porque Tú Me has amado desde antes de echar los cimientos del*
>
> *universo. Padre Justo: el mundo no Te ha conocido; pero Yo sí, y estos han llegado a comprender que Tú Me enviaste. Yo les he dicho cómo eres, y seguiré diciéndoselo, para que el amor con que Me has amado esté en ellos, y Yo esté en ellos.*

Bengel exclamaba al empezar a comentar este pasaje: «¡ Oh, cuán grande es la gloria de los cristianos!»

(i) En primer lugar, Jesús dijo que les había dado a Sus discípulos la gloria que el Padre Le había dado a Él. Debemos comprender bien lo que quería decir. ¿Cuál era la gloria de Jesús? Él mismo hablaba de ella de tres formas.

(a) La Cruz era Su gloria. Jesús no hablaba nunca de ser crucificado, sino de ser glorificado. Por tanto, en primero y principal lugar, la gloria del cristiano es la cruz que le corresponde llevar. Es un honor sufrir por Jesucristo. No debemos considerar nuestra cruz como nuestro castigo, sino como nuestra gloria. Cuanto más dura era la tarea que se le asignaba a un caballero andante, mayor consideraba su gloria. Cuanto más dura sea la tarea que se le imponga a un estudiante, o a un artesano, o a un cirujano, tanto mayor honor le corresponde.

En efecto, lo que se quiere decir es que, cuando el ser cristiano supone difíciles renuncias o privaciones, y aun esfuerzos y sacrificios, debemos considerarlo como una gloria que Dios nos otorga.

(b) La perfecta obediencia de Jesús a la voluntad de Dios era Su gloria. Nosotros encontramos la nuestra, no en hacer lo que nos gusta a nosotros, sino lo que Dios quiere de nosotros. Cuando tratamos de hacer lo que nos gusta - como muchos de nosotros hemos hecho- no cosechamos más que dolor y desastre, para nosotros y para otros. La verdadera gloria de la vida la encontramos en hacer la voluntad de Dios. Cuanto mayor la obediencia, mayor la gloria.

(c) La gloria de Jesús consiste en el hecho de que, al considerar Su vida, se reconoce Su relación única y exclusiva con Dios. Es indudable que nadie podría vivir como Él si no
estuviera en una relación extraordinariamente íntima con Dios. Como con Cristo, nuestra gloria consiste en que se vea en nuestra vida el reflejo de Dios.

(ii) En segundo lugar, Jesús dijo que era Su deseo que Sus discípulos vieran Su gloria en los lugares celestiales. El cristiano va a compartir *todas* las experiencias de Cristo. Si comparte Su Cruz, también compartirá Su gloria. < Palabra fiel es esta: Si morimos con Él, también viviremos con Él; si resistimos, también reinaremos con Él» (2 *Timoteo* 2:11-12). Aquí y ahora vemos borrosamente, como en un espejo, la gloria del Señor; pero un día Le veremos cara a cara (1 *Corintios* 13:12; 2 *Corintios* 3: 18). El gozo que experimentamos aquí y ahora es sólo un adelanto del que disfrutaremos entonces allá. La promesa de Cristo es que

si compartimos Su gloria y Sus sufrimientos en la Tierra, compartiremos Su gloria y Su triunfo cuando haya terminado nuestra vida presente ¿Qué mayor promesa podría habérsenos hecho?

Después de esta oración de Jesús pasamos inmediatamente a la traición, el juicio y la Cruz. Ya no hablaría más con Sus discípulos antes de padecer. Es maravilloso y precioso recordar que, inmediatamente antes de aquellas terribles horas, Sus últimas palabras no fueron de desesperación, sino de gloria.

EL ARRESTO EN EL HUERTO

Juan 18:1-11

Después de decir aquello, Jesús se fue con Sus discípulos en dirección al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entraron. Judas, el traidor, conocía el lugar, porque Jesús solía reunirse allí con Sus discípulos; así es que Judas llevó una compañía de soldados con algunos agentes de los principales sacerdotes y de los fariseos, y llegaron allí con teas y antorchas y armas. Jesús ya contaba con todo aquello, así es que les salió al encuentro y les preguntó:

-¿A quién estáis buscando?

-¡A Jesús de Nazaret! -Le contestaron.

-¡Soy Yo! -les contestó Jesús. Judas, el traidor, estaba entre ellos. Cuando Jesús dijo < Soy Yo», retrocedieron y se cayeron por tierra; y entonces Jesús les repitió la pregunta-: ¿A quién estáis buscando?

A Jesús de Nazaret -respondieron.

-Ya os he dicho que soy Yo. Si es a Mí a Quien buscáis, dejad que se vayan estos, para que se cumpla la palabra de la Escritura: «No he perdido a ninguno de los que Me diste. »

A eso Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó e hirió con ella al criado del sumo sacerdote y le cortó una oreja. Aquel criado se llamaba Malco. Jesús entonces le dijo a Pedro:

-¡Enfunda otra vez la espada! ¿Es que no voy a beber el cáliz que Me ha asignado el Padre?

Cuando terminaron la última cena, y Jesús acabó de hablar con Sus discípulos y de orar a Su Padre, salieron del aposento alto. Se dirigieron al Huerto de Getsemaní. Saldrían por una cancela, bajarían el empinado valle y cruzarían el canal del arroyo Cedrón. Allí tiene que haber sucedido algo simbólico. Todos los corderos pascuales se mataban en el templo, y su sangre se derramaba sobre el altar como ofrenda a Dios. El número de corderos que se sacrificaban en la Pascua era inmenso. En una ocasión, treinta años después de esta escena, se hizo un censo que dio por resultado el total de 256,000 corderos. Podemos figurarnos cómo estarían de sangre los atrios del templo cuando se echaba toda aquella sangre sobre el altar. Desde este había un canal hasta el torrente Cedrón, y era por donde se drenaba la sangre. Cuando Jesús cruzó el torrente, estaría todavía rojo de la sangre de los corderos que se habían sacrificado; y Él pensaría en Su propio Sacrificio, que habría de consumarse a las pocas horas.

Después de cruzar el canal del Cedrón, llegaron al Monte
de los Olivos. En una de sus laderas estaba el Huerto de Getsemaní, que quiere decir «de la almazara», donde se molerían las aceitunas que producían los olivos del monte. Bastantes familias acomodadas tenían allí sus chalés. En la ciudad no había sitio para casas de recreo; y, además, había prohibiciones ceremoniales de usar estiércol en el recinto de la ciudad santa.

Hasta el día de hoy se enseña a los turistas un jardincillo que cuidan amorosamente los franciscanos en el que hay ocho viejos olivos de tal fuste que más parecen rocas que árboles, como decía el famoso viajero de las *Tierras de la Biblia* H. V. Morton. Su edad se remonta, de seguro, hasta antes de la conquista musulmana de Palestina, y es posible que sean descendientes de los que presenciaron la agonía de Jesús en Getsemaní. De todas maneras, aquellos senderos zigzagueantes fueron los que recorrió Jesús en Sus paseos.

Así es que Jesús fue a aquel huerto. Es probable que algún amigo de Jesús de buena posición Le diera la llave de la cancela y Le permitiera retirarse allí cuando estaba en Jerusalén. Jesús y Sus discípulos solían ir allí en busca de un poco de paz y tranquilidad. Judas sabía que allí podía encontrar a Jesús y sería de lo más fácil perpetrar Su arresto.

Hay algo sorprendente acerca de la fuerza que se movilizó para arrestar a Jesús. Juan dice que era una compañía de soldados, además de algunos agentes de los principales sacerdotes y de los fariseos. Esos *agentes* pertenecerían a la policía del templo. Las autoridades tenían una especie de cuerpo de policía privada para mantener el orden en el templo, y el sanedrín también tenía guardias a sus ordenes. Los agentes, por tanto, serían policías judíos; pero también había una compañía de soldados romanos. La palabra es *speira,* que, si se usa correctamente y estamos en lo cierto, puede tener tres significados. Es la palabra griega para designar la cohorte romana, que solía constar de seiscientos hombres. Si era una cohorte de soldados auxiliares, la *speira* tendría mil hombres, doscientos cuarenta de los cuales serían de caballería, y los otros setecientos sesenta

de infantería. A veces, en raras ocasiones, esta palabra designa un destacamento de hombres que se solía llamar un manípulo («cada una de las treinta unidades tácticas en que se dividía la antigua legión romana», D.R.A.E.), que estaría formado por doscientos hombres.

Aunque tomemos la palabra en este último sentido, ¡qué expedición se mandó para arrestar a un carpintero galileo desarmado! En los días de la Pascua siempre había soldados extra en Jerusalén, acuartelados en la Torre Antonia que daba al templo, así es que habría hombres disponibles. ¡Qué importancia le daban al poder de Jesús! Cuando las autoridades decidieron arrestarle, mandaron casi un ejército.

EL ARRESTO EN EL HUERTO

Juan 18:1-11 (conclusión)

Pocas escenas evangélicas nos revelan las cualidades de Jesús tan bien como la de Su arresto en el huerto.

(i) Nos muestra Su valor. En la Pascua había luna llena, y se veía de noche casi como de día, pero los enemigos de Jesús habían venido con teas y antorchas. ¿Por qué? No las necesitaban. Tienen que haber pensado que tal vez tendrían que buscar entre los árboles o por las cuevas del monte. Pero, lejos de esconderse, Jesús les salió al encuentro. «¿A quién estáis buscando?» -les preguntó. « ¡A Jesús de Nazaret!» -Le contestaron. Y Jesús a ellos: « ¡Yo soy!» El que pensaban que tendrían que buscar entre los árboles y por las cuevas estaba delante de ellos. Aquí tenemos el valor de un Hombre que da la cara. Durante la Guerra Civil española, una ciudad estaba sitiada. Había algunos que se querían rendir; pero surgió un líder que dijo: « Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.»

(ii) Nos muestra Su autoridad. Allí estaba un Hombre solo y desarmado. Tenía enfrente centenares de hombres de guerra, armados y equipados. Sin embargo, cara a cara con Él, retrocedieron y cayeron por tierra. Fluía de Jesús una autoridad que Le hacía más fuerte que el poder de los ejércitos.

(iii) Nos muestra que Jesús eligió morir. De nuevo está claro que podría haber conservado la vida si hubiera querido. Podría haber pasado por en medio de ellos y haberse marchado, pero no lo hizo. Hasta ayudó a Sus enemigos a que Le arrestaran. No rehuyó, sino eligió morir.

(iv) Nos muestra Su amor protector. No pensó en Sí mismo, sino en Sus amigos. < Aquí Me tenéis. Yo soy el que buscáis. Así que prendedme a Mí, y dejad que estos se vayan.» Entre las muchas historias inmortales de la Segunda Guerra Mundial resalta la del misionero de Tarrawa, Alfred Sadd. Cuando llegaron los japoneses a su isla, le pusieron en una fila con otros veinte, casi todos soldados de Nueva Zelanda que habían formado parte de la guarnición. Los japoneses pusieron la bandera británica en el suelo y mandaron a Sadd que la pisoteara. Él marchó hacia la bandera y, al llegar, dio media vuelta a la derecha. Le mandaron otra vez que la pisara, y esta vez torció hacia la izquierda. La tercera vez le obligaron a llegar a la bandera, y él cuando llegó, la tomó en sus brazos y la besó. Cuando los japoneses los sacaron a todos para fusilarlos, muchos eran muy jóvenes y tenían miedo, pero Alfred Sadd les dio ánimo. Se pusieron en fila, con él en medio; pero, de pronto, él salió de la fila, se puso delante de los demás y les dirigió palabras de aliento. Cuando terminó, volvió atrás, pero se quedó un poco por delante de los demás, para ser el primero en morir. Alfred Sadd tenía más presentes los problemas de los otros que los suyos. El amor protector de Jesús abrazó a Sus discípulos hasta en Getsemaní.

(v) Nos muestra Su total obediencia. < ¿Es que no voy a beber el cáliz que Me ha asignado el Padre?» Esa era la voluntad de Su Padre, y con eso bastaba. Jesús fue fiel hasta la muerte a Su misión y al Que Le había enviado.

Hay un personaje en esta escena al que tenemos que hacer justicia, y es Pedro. Él, uno solo, desenvainó la espada contra centenares. Muy pronto Pedro había de negar a Su Maestro; pero en aquel momento estaba dispuesto a enfrentarse solo contra centenares por Cristo. Es muy fácil hablar de la cobardía y del fallo de Pedro; pero no debemos olvidar el sublime valor que desplegó en este momento.

JESÚS ANTE ANÁS

Juan 18:12-14, 19-24

La compañía de soldados con su comandante y los agentes de los judíos apresaron a Jesús y, después de atarle, Le llevaron en primer lugar a Anás, que era el suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Había sido Caifás el que había aconsejado a los judíos que era mejor que Uno muriera por el pueblo...

EL sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de Sus discípulos y de Su doctrina; y Jesús le contestó:

-Yo le he hablado a todo el mundo de lo más abiertamente, y he enseñado siempre en las sinagogas y en el área del templo donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nunca nada en secreto. ¿Por qué me preguntas a Mí? Pregúntales a los que Me han oído qué es lo que les he dicho. ¡Mira! Ellos saben lo que he dicho.

Cuando dijo eso Jesús, uno de los agentes que estaban vigilando Le dio una bofetada y Le dijo:

-¿Qué manera es esa de hablarle al sumo sacerdote?

-Si he dicho algo inconveniente -le contestó Jesús-, di lo que ha sido. Pero, si he hablado como es debido, ¿por qué me pegas?

Seguidamente, Anás le envió a Jesús atado al sumo sacerdote Caifás.

Para seguir la narración agrupamos aquí los dos pasajes que se refieren a la vista ante Anás, y haremos lo mismo con los otros dos que tratan de la tragedia de Pedro.

Juan es el único de los evangelistas que nos dice que Jesús fue conducido en primer lugar a presencia de Anás. Anás era un personaje célebre. Edersheim escribe de él: «No hay figura de la historia judía de aquel tiempo que nos sea más conocida que la de Anás; ninguna persona era más afortunada o influyente, pero tampoco más vilipendiada, que el ex sumo sacerdote.» Anás era el poder entre bastidores en Jerusalén. Había sido sumo sacerdote entre los años 6 y 15 d.C., y cuatro de sus hijos también ocuparon ese puesto, y Caifás, que era su yerno. Ese hecho ya es suficientemente sugestivo y esclarecedor. Había habido un tiempo, cuando los judíos eran libres, en que el puesto de sumo sacerdote era vitalicio; pero, cuando llegaron los procuradores romanos, se alcanzaba mediante conspiraciones, intrigas, sobornos y corrupción. Se nombraba al mayor sicofanta, al mejor postor, al que consiguiera mantenerse en la cuerda floja con el gobernador romano. El sumo sacerdote era el supercolaboracionista, el que daba facilidades y prestigio y comodidades y poder a los dueños del país, no sólo con sobornos, sino también con estrecha colaboración. La familia de Anás era inmensamente rica, y uno tras otro de sus hijos había alcanzado la cima con sobornos e intrigas, mientras él mismo seguía moviendo todas las marionetas.

Su manera de hacer dinero tampoco era menos objetable. En el Atrio de los Gentiles estaban los puestos de vendedores de animales para los sacrificios, a los que Jesús había echado con cajas destempladas. No eran comerciantes, sino desolladores. Todas las víctimas que se ofrecían en sacrificio en el templo tenían que estar libres de mancha o defecto. Había inspectores que lo comprobaban. Si se traía un animal de fuera del templo, se podía estar seguro de que le encontrarían algún fallo. De esa manera se obligaba al fiel a comprar en el templo la víctima que quisiera ofrecer, que ya habría pasado la revisión y no había peligro de que se la rechazaran. Eso habría sido

conveniente y de ayuda si no hubiera sido por una cosa: en el templo todo costaba diez veces más. Todo el negocio era una desvergonzada explotación, y los puestos de venta en el templo se llamaban < El Bazar de Anás», porque eran propiedad de su familia, y la manera en que Anás había amasado su fortuna.

Los mismos judíos odiaban a la familia de Anás. Hay un texto en el Talmud que dice: « ¡Ay de la casa de Anás! ¡Ay de su silbido de serpientes! Son sumos sacerdotes; sus hijos son los tesoreros del templo; sus yernos, los guardias del templo, y sus criados arremeten contra los fieles a garrotazos.» Anás y su familia eran célebres.

Ahora podemos entender por qué había dispuesto Anás que le llevaran a Jesús en primer lugar a él: Jesús había atentado contra sus intereses creados, había echado del templo a los vendedores de víctimas y había tocado a Anás en la parte más sensible de su persona, la bolsa. Anás quería ser el primero en regodearse en la captura de aquel perturbador galileo.

La vista ante Anás fue una burla de la justicia. Era uno de los principios de la jurisprudencia judía que no se le podían hacer a un preso preguntas que le pudieran incriminar. Maimónides, el gran judío cordobés que es una autoridad en tantas materias, estableció: «Nuestra auténtica ley no inflige la pena de muerte a ningún culpable por su sola confesión.» Anás violó los principios de la justicia judía cuando interrogó a Jesús. Fue eso precisamente lo que Jesús le recordó. Le dijo: «No Me hagas preguntas a Mí. Házselas a los que Me han oído.» Lo que estaba diciendo era en realidad: «Lleva mi caso como es debido y justo. Examina a tus testigos como es tu derecho y deber. Deja de interrogarme a Mí, que es algo que no tienes derecho a hacer.» Cuando Jesús dijo aquello, uno de los agentes Le dio una bofetada, y Le dijo: «¿Es que vas a enseñarle Tú al sumo sacerdote cómo tiene que conducir un juicio?» Y Jesús le contestó: « Si he dicho o enseñado algo que no es legal, se debe aportar testimonio. No he hecho más que citar la ley. ¿Y me pegas por eso?»

Jesús no tenía la menor esperanza de justicia. Había tocado los intereses creados de Anás y sus colegas, y sabía que estaba condenado antes de ser juzgado. Cuando uno está implicado en un negocio sucio, su único deseo es eliminar a cualquiera que se le oponga. Si no lo puede hacer por las buenas, lo hará por las malas.

HÉROE Y COBARDE

Juan 18:15-18, 25-27

Simón Pedro iba siguiendo a Jesús con otro discípulo. Ese otro era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús al patio de la casa, mientras que Pedro se quedó fuera, a la puerta. El otro discípulo, el que era conocido del sumo sacerdote, salió a hablar con la portera, y metió a Pedro adentro.

La criada que estaba a la puerta le dijo a Pedro:

-Tú no eres uno de los discípulos de Ése, ¿verdad?

-¡Claro que no! -respondió Pedro.

Los criados y los agentes estaban alrededor de un brasero que habían encendido; porque hacía frío, y estaban calentándose. Y Pedro también se puso entre ellos para calentarse...

Simón Pedro estaba de pie, calentándose, cuando le dijeron:

-¡Tú no puedes negar que eres uno de Sus discípulos!

Pero él lo negó, y dijo:

-¡No lo soy!

Uno de los servidores del sumo sacerdote, pariente del otro al que Pedro le había cortado la oreja, dijo:

-¿Es que no te vi yo en el huerto con Él?

Y otra vez Pedro lo negó; y acto seguido cantó el gallo.

Cuando los otros discípulos abandonaron a Jesús y huyeron, Pedro se negó a hacerlo. Siguió a Jesús, a:m después del arresto, porque no podía hacer otra cosa. Y así llegó a la casa del sumo sacerdote Caifás en compañía de otro discípulo que tenía acceso a la casa porque era conocido del sumo sacerdote.

Ha habido muchas especulaciones acerca de quién era el otro discípulo. Algunos han dicho que sería simplemente algún discípulo desconocido cuyo nombre no sabremos nunca. Otros le han identificado con Nicodemo o con José de Arimatea, que eran miembros del sanedrín y conocerían bien al sumo sacerdote. Una curiosa sugerencia es quesería Judas Iscariote, que habría estado yendo y viniendo bastante para preparar su traición y ya le conocerían la portera y el mismo sumo sacerdote. Pero lo único que parece descartar esta teoría es que, después de la escena del huerto, la participación de Judas en la traición habría quedado clara, y es increíble que Pedro tuviera el menor contacto con él. El punto de vista tradicional es que el discípulo innominado no era otro que el mismo Juan; y la tradición es tan unánime que es difícil descartarla. La cuestión es, en ese caso, cómo es que el galileo Juan era conocido, y al parecer bastante íntimamente, del sumo sacerdote.

Se han hecho dos sugerencias para explicarlo.

(a) Posteriormente, un cierto Polícrates escribió acerca del Cuarto Evangelio. No dudaba que había sido Juan el que lo había escrito, y que era el discípulo amado; pero dice una cosa muy curiosa acerca de él. Dice que Juan era sacerdote de nacimiento y que llevaba el *pétalos,* una estrecha banda dorada, o el ziz, con la inscripción «Santidad al Señor», que llevaban los sacerdotes en la frente. En ese caso podría ser que Juan fuera conocido del sumo sacerdote; pero es difícil creer que Juan fuera sacerdote, porque en los evangelios sinópticos se le presenta como pescador galileo.

(b) La segunda explicación es más verosímil. Está claro que el padre de Santiago y de Juan, Zebedeo, tenía un negocio de pesca lo bastante floreciente como para tener empleados *(Mar*cos 1:20). Una de las industrias galileas era la del pescado salado. El pescado fresco era un gran lujo, porque no había manera de transportarlo con los medios de entonces. Por otra parte, el pescado salado era uno de los artículos de alimentación más corrientes. Se ha sugerido que el padre de Juan estaba bien introducido en el negocio del pescado salado, y que era uno de los proveedores de la casa del sumo sacerdote. En ese caso, Juan sería conocido porque a menudo vendría con provisiones. En la leyenda hay algo que confirma esta suposición. H. V. Morton cuenta que, visitando las calles traseras de Jerusalén, encontró un pequeño edificio que era entonces un café árabe. Había en él algunas piedras y arcos que en tiempos habían pertenecido a una iglesia cristiana muy antigua que había estado alojada en la casa de Zebedeo, el padre de Juan. La familia, dicen y creen los franciscanos, eran mercaderes de pescado galileos con una sucursal en Jerusalén que proveía de pescado salado a la casa del sumó sacerdote Caifás, y por eso Juan tenía entrada en aquella casa.

Sean como fueren estas cosas, Pedro fue introducido en el patio de la casa del sumo sacerdote, donde negó por tres veces a su Señor.

Hay aquí un detalle muy interesante. Jesús había dicho que Pedro Le negaría tres veces antes del canto del gallo. Esto es difícil de comprender. Según la ley ritual judía, no estaba permitido tener aves de corral en la santa ciudad, aunque no podemos estar seguros de que se cumpliera esa ley. Pero los romanos tenían una cierta práctica militar: la noche se dividía en cuatro vigilias -de 6 a 9, de 9 a 12, de 12 a 3 y de 3 a 6. Después de la tercera vigilia, el cambio de la guardia se anunciaba con un toque de trompeta a las 3 que se llamaba en latín *gallicinium* y en griego *alektorofónia,* que quieren decir las dos *el canto del gallo.* Puede que lo que le dijo Jesús a Pedro fuera: «Antes que suene el toque de trompeta del canto del gallo Me habrás negado tres veces.» Todos los residentes de Jerusalén conocerían ese toque de trompeta de las 3 de la madrugada. Cuando sonó por toda la ciudad, Pedro se acordó.

EL HÉROE Y EL COBARDE

Juan 18:15-18, 25-27 (conclusión)

Así es que Pedro, en el patio de la casa del sumo sacerdote, negó a su Señor. No ha habido nadie que haya sido tan cruelmente tratado como Pedro por comentaristas y predicadores. En lo que siempre se hace hincapié es en su fracaso y vergüenza. Pero hay otras cosas que debemos recordar.

(i) Debemos recordar que todos los demás discípulos excepto Juan, si era él el discípulo anónimo, abandonaron a Jesús y huyeron. Pero pensad en lo que hizo Pedro: sólo él desenvainó la espada en notoria desventaja en el huerto, y sólo él siguió a Jesús, aunque fuera sin ser reconocido, a ver lo que sucedía. Lo primero que debemos recordar de Pedro no es su fracaso, sino el valor que le mantuvo lo más cerca posible de Jesús cuando los demás habían huido. Su fracaso sólo le podía ocurrir a una persona de valor superlativo. Cierto que falló; pero en una situación que ninguno de los otros discípulos se atrevió a arrostrar ni de lejos. Falló, no por ser un cobarde, sino por ser un valiente.

(ii) Debemos recordar lo mucho que Pedro amaba a Jesús. Los otros habían abandonado a Jesús; sólo Pedro se mantuvo lo más cerca posible. Amaba tanto a Jesús que no podía separarse de Él. Cierto que falló; pero falló en circunstancias que sólo uno que amara entrañablemente tendría que arrostrar.

(iii) Debemos recordar hasta qué punto Pedro se redimió a sí mismo. Las cosas no le podían haber resultado fáciles. La historia de su negación correría maliciosamente de boca en boca. Puede que la gente, como cuenta la leyenda, imitaran a su paso el canto del gallo. Pero Pedro tenía la constancia y el coraje necesarios para redimirse, para empezar desde el fracaso y llegar hasta la victoria.

La clave del asunto es que fue el auténtico Pedro el que hizo protestas de lealtad en el aposento alto; fue el auténtico Pedro el que desenvainó su solitaria espada en el huerto a la luz de
la luna; fue el auténtico Pedro el que siguió a Jesús, porque no podía dejar que se Le llevaran solo; *no* fue el auténtico Pedro el que se quebró ante la tensión y negó a su Señor. *Y eso era lo que sólo Jesús podía ver.* Lo tremendo de Jesús es que, por debajo de todos nuestros fallos, Él ve a la persona auténtica. Él comprende. Él nos ama, no por lo que somos, sino por lo que tenemos posibilidad de llegar a ser. El amor perdonador de Jesús es tan grande que ve nuestra personalidad auténtica, no en nuestros fracasos, sino en nuestra lealtad; no en nuestras caídas, sino en nuestro esfuerzo por alcanzar la bondad, aun cuando seamos vencidos.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16

Luego llevaron a Jesús de Caifás al cuartel general del gobernador. Era de madrugada, y ellos mismos no entraron en el edificio para no contaminarse; querían evitar el contagio de cosas inmundas porque estaban manteniendo la pureza ritual para poder comer la pascua.

Así es que Pilato salió a recibirlos y les dijo:

-¿Qué acusación traéis contra este hombre?

-Si no fuera un criminal no te Le entregaríamos -le contestaron; y él les dijo:

-Lleváosle vosotros, y juzgadle según vuestras leyes.

Los judíos le dijeron a Pilato:

A nosotros no se nos permite ajusticiar a nadie.

Eso era el cumplimiento de lo que había dicho Jesús dando a entender cómo iba a morir.

Entonces Pilato volvió a entrar a su cuartel general, llamó a Jesús y Le preguntó:

-¿Eres Tú el «Rey de los Judíos»?

-¿Dices eso -le preguntó a Su vez Jesús- porque lo has descubierto por ti mismo, o porque te lo han dicho otros de Mí?

-¿Es que soy yo judío? -siguió diciendo Pilato-. Tus propios compatriotas y los principales sacerdotes son los que Te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?

-Mi Reino -le contestó Jesús- no es de este mundo. Si lo fuera, mis súbditos habrían peleado para impedir que fuera entregado a los judíos. Eso prueba que mi Reino no tiene aquí su base.

-¿Entonces, eres Rey? -le preguntó Pilato.

-Tú eres el que dices que Yo soy Rey -le contestó Jesús-. Para lo que fue necesario que Yo naciera y viniera a este mundo fue para dar testimonio de la verdad. Todos los que están de parte de la verdad Me escuchan.

-¡Y qué es la verdad! -le respondió Pilato.

E inmediatamente salió otra vez adonde estaba los judíos y les dijo:

-Yo no Le encuentro ningún delito. Tenéis costumbre de que os suelte a uno para la Pascua. ¿Queréis que os suelte al «Rey de los Judíos»?

-¡No a Éste -se pusieron a gritar-, sino a Barrabás!

Barrabás era un bandolero.

Entonces Pilato se hizo cargo de Jesús y mandó que Le azotaran. Los soldados trenzaron una corona de espinas, y Se la pusieron en la cabeza; y Le pusieron una túnica púrpura, y se pusieron a acercársele diciendo:

-¡Salve, «Rey de los Judíos»!

Y se liaron a darle de bofetadas.

Pilato salió otra vez a decirles:

-¡Mirad! Os Le vuelvo a sacar porque quiero que sepáis que yo no Le encuentro ningún delito.

Y entonces salió Jesús, con la corona de espinas y la túnica púrpura puestas. Y Pilato les dijo:

-¡Ahí tenéis al Hombre!

Pero, cuando Le vieron los principales sacerdotes y los agentes, se pusieron a gritar:

-¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

-¡Lleváosle vosotros y crúcifccadle! ¡A mí no me parece culpable de nada!

-Nosotros tenemos una ley según la cual debe morir, porque pretende ser Hijo de Dios -le contestaron los judíos; y Pilato todavía se alarmó más cuando lo oyó. Entonces volvió a entrar en su cuartel general.

-¿De dónde eres? -Le preguntó a Jesús.

Jesús no le contestó. Pilato entonces Le dijo:

-¿Te niegas a responderme? ¿Es que no sabes que tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?

Jesús entonces le respondió:

-No tendrías absolutamente ninguna autoridad sobre Mí si no se te hubiera dado de Arriba. Por eso, el que Me entregó a ti es culpable de un mayor pecado.

Desde ese momento Pilato trató de dejarle en libertad por todos los medios; pero los judíos no dejaban de gritar:

-¡Si sueltas a Éste, no eres amigo del César! ¡Cualquiera que se proclama rey se pone en contra del César!

Al oír eso, volvió a sacar a Jesús, y se sentó en el sillón de juez en el lugar que se llama el Enlosado (en hebreo, Gabatá). Era la víspera de la Pascua, como al mediodía. Y Pilato les dijo a los judíos:

-¡Aquí tenéis a vuestro «Rey»!

-¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale! -siguieron gritando.

-¿Queréis que crucifique a vuestro «Rey»? -dijo Pilato.

Y los principales sacerdotes contestaron:

-¡No tenemos más rey que el César!

Entonces Pilato entregó a Jesús para que Le crucificaran.

Este es el relato más dramático del juicio de Jesús que tenemos en el Nuevo Testamento, y el dividirlo en pequeñas secciones habría sido perder el drama. Tiene que leerse en conjunto; pero requerirá después varios días el estudiarlo. El drama de este pasaje viene dado por el choque y la interacción de las personalidades. Por tanto, será mejor estudiarlo, no sección por sección, sino siguiendo a los personajes que intervienen en él.

Empezaremos por *los judíos*. En el tiempo de Jesús los judíos estaban sometidos a los romanos, que les concedían una cierta medida de autogobierno pero no les permitían dictar ni ejecutar sentencias de muerte. El *ius gladii,* como se llamaba en latín, *el derecho de la espada,* era atribución exclusiva de los romanos.

EL Talmud, la gran enciclopedia tradicional del judaísmo, informa: «Cuarenta años antes de la destrucción del templo, se privó a Israel del derecho a juzgar en materias de vida o muerte.» El primer gobernador romano de Palestina se llamaba Coponio, y Josefo, refiriéndose a su nombramiento como gobernador, dice que fue enviado como procurador «haciendo que el poder de vida o muerte estuviera en manos del César» (Josefo, *La guerra de los judíos, 2, 8, 1)*. Josefo habla también de un cierto sacerdote llamado Anano, que decidió ejecutar a algunos de sus enemigos. Los judíos más prudentes protestaron contra aquella sentencia sobre la base de que no tenía derecho ni a dictarla ni a ejecutarla. A Anano no se le permitió llevar a cabo su decisión, y fue depuesto de su cargo por sólo haber pensado hacer aquello (Josefo, *Antigüedades de los judíos, 20,* 9, 1). Es verdad que algunas veces, como en el caso de Esteban, los judíos se tomaban la ley en sus propias manos; pero, legalmente, no tenían derecho a infligir la pena capital. Por eso tuvieron que traer a Jesús a Pilato, para que Le condenara legalmente a muerte y Le mandara crucificar.

Si los judíos hubieran podido ejecutar la sentencia de muerte, habría sido mediante lapidación. La Ley establecía: « El que blasfemare el nombre del Señor, ha de ser muerto; toda
la congregación le apedreará» *(Levítico 24:16).* En ese caso, los testigos cuya palabra había probado el crimen tenían que tirar las primeras piedras: «La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarle, y después la mano de todo el pueblo» *(Deuteronomio 17:7).* Ese es el detalle del versículo 32, que dice que todo aquello estaba pasando así para que se cumpliera lo que había dicho Jesús refiriéndose a la clase de muerte que habría de sufrir. Había dicho que, cuando fuera *elevado,* es decir, *crucificado,* atraería a Sí a toda la humanidad *(Juan 12:32). Si* había de cumplirse la profecía de Jesús, tenía que ser *crucificado,* no *apedreado; y por* tanto, aun aparte del hecho de que la ley romana no permitía que los judíos ejecutaran la sentencia de muerte, Jesús tenía que recibir la muerte romana, porque tenía que *ser elevado.*

Los judíos, de principio a fin, estaban procurando* usar a Pilato para sus fines. No podían matar a Jesús por sí mismos, así es que determinaron que los romanos les hicieran ese servicio.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Pero aún quedan otras cosas interesantes acerca de los judíos.

(i) Empezaron por odiar a Jesús, pero acabaron en una histeria de odio, aullando como lobos y con los rostros contorsionados por la amargura: « ¡Crucifícale, crucifícale!» Por último alcanzaron tal locura de odio que eran impermeables a todo razonamiento, y a la piedad, y hasta a los más elementales derechos humanos. Nada de este mundo deforma el juicio tanto como el odio. Una vez que una persona sucumbe al odio, ya no puede pensar ni ver ni escuchar nada sin distorsiones. El odio es una cosa terrible porque trastorna los sentidos y el sentido y el sentimiento.

(ii) El odio de los judíos les hizo perder todo sentido de proporción. Estaban tan pendientes de la pureza ceremonial y ritual que se negaban a entrar en el cuartel general de Pilato; y sin embargo estaban haciendo todo lo posible para crucificar al Hijo de Dios. Para comer la pascua, un judío tenía que estar ceremonialmente limpio. Ahora bien: si hubieran entrado en el cuartel general de Pilato, habrían contraído impureza en dos sentidos.

(a) Primero, la ley de los escribas decía: «Las moradas de los gentiles son inmundas.»

(b) Segundo, la Pascua era la fiesta de los panes sin levadura. Una parte de la preparación para la Pascua consistía en una búsqueda y limpieza ceremoniosa de todo resto de levadura o de pan leudado por todos los rincones de la casa, porque era el símbolo de la maldad. Entrar en el cuartel general de Pilato habría supuesto entrar en un lugar en el que no se habría hecho eso ni se mantendría esa limpieza, así que habría restos de levadura; y el entrar en un lugar así cuando se estaban preparando para comer la pascua era arriesgarse a quedar contaminados. Pero, aunque los judíos hubieran entrado en una casa gentil en la que hubiera levadura, el contagio les habría durado sólo hasta la tarde, y entonces habrían tenido que darse un baño ceremonial para quedar limpios otra vez.

Fijaos lo que estaban haciendo los judíos: estaban cumpliendo meticulosamente los detalles de la ley ceremonial y, al mismo tiempo, estaban empujando hacia la Cruz al Hijo de Dios. Eso es algo de lo que somos capaces los humanos. Muchos miembros de iglesia hacen un mundo de fruslerías, pero quebrantan la ley del amor, y del perdón, y del servicio todos los días. Hasta hay muchas iglesias en las que los detalles de las vestiduras, los tapetes, los candelabros y los adornos están relucientes, pero el espíritu de amor y la verdadera comunión no brillan más que por su ausencia. Entre las cosas más trágicas del mundo está cómo se pueden perder el sentido de la proporción y la habilidad de poner lo primero en primer lugar.

(ii) Los judíos no dudaban en tergiversar sus acusaciones a Jesús. En su interrogatorio privado ya habían llegado a la conclusión, si es que no habían partido ya de ella, de que Jesús era culpable de blasfemia *(Mateo 26:65)*. Sabían muy bien que Pilato no tomaría en consideración una acusación así, y que diría que sus disputas religiosas se las podían resolver solos sin molestarle a él. A sí que los cargos que presentaron los judíos contra Jesús fueron de rebelión y de insurrección política. Acusaron a Jesús de querer proclamarse rey, aunque sabían muy bien que aquello era una mentira. El odio es una cosa terrible, y no duda en tergiversar la verdad.

(iv) Para lograr la muerte de Jesús, los judíos negaron todos sus principios. Llegaron hasta el colmo cuando dijeron: < ¡No tenemos más rey que el César!» Samuel le había dicho al pueblo de Israel que Dios era su único Rey (1 *Samuel 12:12)*. Cuando le ofrecieron la corona a Gedeón, contestó: «Ni yo seré el que os gobierne, ni mi hijo; el Señor será el único que os gobernará» *(Jueces 8:23)*. Cuando los romanos llegaron por primera vez a Palestina, tomaron un censo para organizar los impuestos que tendrían que pagar como pueblo sometido; y se produjo la rebelión más sangrienta, porque los judíos insistían en que Dios era su único Rey, y a Él sería al único que pagarían tributo.

Cuando el líder judío proclamó ante Pilato: « ¡No tenemos más rey que el César!» fue la más alucinante *volte face* de la Historia. El solo oírlo debe de haber dejado a Pilato sin aliento, y seguramente se los quedaría mirando medio alucinado y medio divertido. Los judíos estaban dispuestos a renegar de todos sus principios con tal de eliminar a Jesús.

Es un cuadro horrible. El odio de los judíos los convirtió en una enloquecida chusma de fanáticos y frenéticos vociferadores y frenéticos. En su odio olvidaron toda misericordia, todo sentido de proporción, toda justicia, todos sus principios, hasta a Dios. Nunca en toda la Historia de la humanidad se mostró más claramente la locura del odio.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Ahora nos volvemos hacia la segunda personalidad de esta historia: *Pilato.* Durante todo el juicio su conducta es, por decir lo menos, incomprensible. Está suficientemente claro, no podía estarlo más, que Pilato sabía que las acusaciones de los judíos eran una serie de mentiras, y que Jesús era totalmente inocente. Le dejó profundamente impresionado, y no quería condenarle a muerte -y, sin embargo, eso fue lo que hizo. En primer lugar trató de sacudirse aquel caso; luego, intentó dejar en libertad a Jesús sobre la base de que se solía soltar a un preso para la Pascua; y después, trató de satisfacer el deseo de venganza de los judíos mandando azotar a Jesús; por último, hizo una última apelación. Pero el caso es que rehusó en absoluto mantenerse firme y decirles a los judíos que no quería saber nada de sus asesinas maquinaciones. Nunca podremos empezar a entender a Pilato a menos que conozcamos su historia, que podemos reconstruir en parte por los escritos de Josefo y en parte por los de Filón.

Para entender el papel que representó Pilato en este drama tenemos que retroceder considerablemente en el tiempo. Para empezar, ¿qué pintaba un gobernador romano en Judea?

El año 4 a.C. murió Herodes el Grande, que había reinado sobre toda Palestina. A pesar de sus muchas faltas fue, en muchos sentidos, un buen rey, y consiguió llevarse bien con los romanos. En su testamento dividió su reino entre tres de sus hijos, dejando a Antipas Galilea y Perea; a Felipe Batanea, Auranitis y Traconitis, las salvajes y casi despobladas regiones del Nordeste, y a Arquelao, que entonces no tenía más que dieciocho años, Idumea, Judea y Samaria. Los romanos aprobaron y ratificaron esta división.

Antipas y Felipe gobernaron pacíficamente y bien; pero Arquelao gobernó con tales extorsiones y tiranía que los mismos judíos pidieron a Roma que le quitara y les mandara un
gobernador. Lo más probable es que esperaran que se los incorporara a la gran provincia de Siria; y, si hubiera sido así, la provincia era tan extensa que se les habría permitido seguir más o menos como estaban. Todas las provincias romanas se dividían en dos clases: las que requerían tropas estacionadas estaban bajo el control directo del emperador y eran provincias imperiales; y las que no requerían tropas y eran pacíficas y fáciles de gobernar dependían directamente del senado y se llamaban provincias senatoriales.

Palestina era, sin duda, una tierra conflictiva; necesitaba tropas, y por tanto estaba bajo el control directo del emperador. Las provincias realmente grandes las gobernaba un proconsul o un legado, como en el caso de Siria; las más pequeñas, o de segunda clase, las gobernaba un procurador, que tenía a su cargo la administración militar y judicial de la provincia. Visitaba todos los lugares de la provincia por lo menos una vez al año, y escuchaba los casos y las quejas. Supervisaba el cobro de los impuestos, pero no tenía autoridad para aumentarlos. Cobraba del tesoro, y tenía estrictamente prohibido aceptar ya fueran regalos o sobornos; y, si se excedía en el cumplimiento de sus deberes, los habitantes de su provincia tenían derecho a informar al emperador.

Fue un procurador el que nombró Augusto para llevar los asuntos de Palestina, y el primero se instaló en el año 6 d.C. Pilato fue instalado en el año 26 d.C., y siguió en el puesto hasta el año 35 d.C. Palestina era una provincia peliaguda, que requería una mano firme y sabia. No conocemos la historia anterior de Pilato, pero suponemos que tendría reputación de buen administrador para ser elegido para la posición responsable de gobernador de Palestina. Había que mantenerla en orden; porque, como se ve por una simple ojeada al mapa, era el puente entre Egipto y Siria.

Pero Pilato fue un fracaso como gobernador. Pareció empezar con un desprecio olímpico y una total falta de simpatía hacia los judíos. Tres famosos, o infames, incidentes marcaron su carrera.

El primero tuvo lugar en su primera visita a Jerusalén. Jerusalén no era la capital de la provincia, sino Cesarea, donde estaban la sede del gobierno y el cuartel general; pero el procurador visitaba Jerusalén con frecuencia y, cuando lo hacía, se quedaba en el antiguo palacio de Herodes en la parte Oeste de la ciudad. Cuando venía a Jerusalén, siempre se traía un destacamento de soldados, que tenían sus banderas, en la parte más alta de las cuales había un pequeño busto de metal del emperador del momento. Al emperador se le consideraba un dios; y, para los judíos, aquel pequeño busto de las banderas era la imagen de un ídolo.

Todos los gobernadores romanos anteriores, por respeto a los escrúpulos religiosos de los judíos, habían quitado los bustos antes de entrar en Jerusalén; pero Pilato se negó. Los judíos se lo pidieron insistentemente. Pilato se mantuvo firme en la negativa; no iba a ser indulgente con las supersticiones de los judíos. Se volvió a Cesarea. Los judíos le siguieron durante cinco días. Eran humildes, pero insistentes en sus peticiones. Por último, Pilato les dijo que los recibiría en el anfiteatro. Los rodeó de soldados armados, y los informó de que, si no retiraban sus peticiones, los mataría allí inmediatamente. Los judíos descubrieron los cuellos e invitaron a los soldados a matarlos. Ni aun Pilato podía masacrar a hombres indefensos. Se dio por vencido y se vio obligado a quitar las imágenes de las banderas en lo sucesivo. Así empezó Pilato, y fue un mal principio.

El segundo incidente fue el siguiente. El servicio de agua era insuficiente en Jerusalén. Pilato decidió construir un nuevo acueducto. ¿De dónde podía sacar el dinero? Saqueó el tesoro del templo, que era riquísimo. No es probable que se incautara del dinero de los sacrificios y demás servicios del templo. Lo más probable es que tomara el dinero que se llamaba *korbán,* que procedía de fuentes que hacían imposible el que se usara para fines sagrados. E1 acueducto era una primera necesidad; se trataba de un proyecto grande y digno; el servicio de agua mejoraría considerablemente; incluso el
funcionamiento del templo, que necesitaba limpiar los restos de tantos sacrificios.

Pero el pueblo se lo tomó a mal; hubo levantamientos en todas las calles. Pilato hizo que sus soldados se mezclaran con la multitud vestidos de paisanos, con las armas escondidas y, a una señal convenida, atacaron al gentío y se liaron a palos y a puñaladas con la gente, matando a muchos. Una vez más Pilato puso en contra suya a todo el pueblo, y estuvo en peligro de que le denunciaran al emperador.

El tercer episodio aún resultó peor para Pilato que los anteriores. Como ya hemos visto, cuando estaba en Jerusalén se alojaba en el antiguo palacio de Herodes. Mandó hacer algunos escudos con el nombre del emperador Tiberio, que eran los que se llamaban escudos votivos, es decir, dedicados a la memoria y en honor del emperador. Ahora bien: el emperador era considerado por los romanos como un dios, así que ahí estaba el nombre de un dios extraño inscrito y desplegado para que se le dieran honores en la santa ciudad. La gente se enfureció; los más nobles, hasta sus más íntimos colaboradores judíos, le pidieron a Pilato que los quitara, pero se negó. Esta vez los judíos le denunciaron al emperador Tiberio, lo que le costó a Pilato el puesto.

Hace al caso cómo terminó Pilato. Este último incidente sucedió después de la crucifixión de Jesús, en el año 35 d.C. Hubo una revuelta en Samaria. No fue nada muy serio, peto Pilato lo aplastó con una crueldad feroz y con abundancia de ejecuciones. Los samaritanos estaban considerados como leales súbditos de Roma, e intervino el legado de Siria. Tiberio mandó llamar a Roma a Pilato; pero, cuando estaba de camino, murió Tiberio. Por lo que sabemos, Pilato nunca se presentó a juicio; y, desde ese momento, desaparece de la historia.

Está claro por qué Pilato actuó en el juicio de Jesús de aquella manera. Los judíos le chantajearon para que crucificara a Jesús. Le dijeron: « ¡Tú no eres amigo del césar si sueltas a este Hombre!» Lo que equivalía a decirle: « Tu hoja de servicio no está muy limpia; ya te hemos denunciado una vez; si

no nos haces caso, informaremos otra vez al emperador y te costará el puesto.» Aquel día en Jerusalén, el pasado de Pilato le alcanzó y desafió. Le chantajearon para que consintiera en la muerte de Cristo porque sus errores anteriores le habían colocado en una posición de inferioridad, imposibilitándole para enfrentarse con los judíos y mantener su puesto. Casi no se puede evitar el sentir pena por él. Quería hacer justicia, pero no tuvo valor para enfrentarse con los judíos. Mandó crucificar a Jesús para conservar su posición.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Hemos visto la historia de Pilato; veamos ahora su comportamiento durante el proceso de Jesús. Pilato no quería condenar a Jesús, porque sabía que era inocente; pero se vio enredado en la maraña de su pasado.

(i) Pilato empezó tratando de echarle encima la responsabilidad a alguna otra persona. Les dijo a los judíos: «Llevaos a este Hombre y juzgadle según vuestras leyes.» Trató de evadir la responsabilidad de encararse con Jesús; pero eso es precisamente lo que nadie puede hacer. Nadie puede tratar con Jesús por nosotros; es algo que tenemos que hacer personalmente cada uno por sí mismo.

(ii) Pilato pasó a tratar de encontrar la salida del embrollo en que se encontraba. Propuso resolver la cuestión de Jesús aplicándole la costumbre de soltar a un preso para la Pascua. De esa manera se libraría de tratar directamente con Jesús; pero, digámoslo otra vez, precisamente eso es lo que nadie puede hacer. No hay escape de una decisión personal con respecto a Jesús; tenemos que decidir cada uno lo que vamos a hacer con Él, si rechazarle o aceptarle.

(iii) Pilato entonces pasó a ver la manera de hacer una decisión final. Mandó que le dieran una paliza a Jesús. Sin duda pensaba que aquello satisfaría, o al menos reduciría la virulencia de la hostilidad judía. Pensó que así se evitaría el dictar sentencia de crucifixión. Pero, otra vez, eso es lo que no se puede hacer con Jesús. Nadie puede llegar a un compromiso con Jesús; no se puede servir a dos señores. O estamos por Jesús, o en contra de Él.

(iv) Pilato entonces pasó a intentar apelar a los sentimientos: hizo que sacaran a Jesús, destrozado por la paliza, para que la gente Le viera. Y les preguntó a los manifestantes: «¿Queréis que crucifique a vuestro « Rey> ?» Trataba de inclinar la balanza apelando a la emoción y a la piedad. Pero nadie puede esperar que el apelar a otros le ahorre el tener que hacer su propia decisión personal; era a Pilato al que correspondía hacer aquella decisión. Nadie puede evitar su propio veredicto personal y su propia decisión personal sobre Jesús.

Por último, Pilato reconoció su derrota. Entregó a Jesús a la voluntad de la chusma porque no tuvo valor para hacer la decisión justa y asumir su responsabilidad.

Pero aún quedan facetas laterales del carácter de Pilato.

(i) Hay una insinuación de una actitud inveterada de desprecio en Pilato. Le preguntó a Jesús si era verdad que era Rey. Jesús le contestó preguntándole a Su vez si Se lo preguntaba sobre la base de lo que él mismo había descubierto, o por la información indirecta que hubiera recibido. La respuesta de Pilato fue: « ¿Es que soy yo judío? ¿Cómo puedes esperar que yo sepa nada de las cuestiones judías?» En resumidas cuentas: que era demasiado orgulloso para involucrarse en lo que

consideraba disputas y supersticiones judías. Y ese orgullo era precisamente lo que le hacía ser un mal gobernador. Nadie puede gobernar a un pueblo negándose a hacer el menor esfuerzo por comprenderlo y por penetrar en sus pensamientos y sentimientos.

(ii) Hay una especie de curiosidad supersticiosa en Pilato. Quería saber de dónde procedía Jesús -y se refería, sin duda, a algo distinto de Su lugar de nacimiento. Cuando oyó decir a los judíos que Jesús pretendía ser el Hijo de Dios, aún se

sintió más inquieto, temiendo que aquello pudiera encerrar algún misterio. Pilato era supersticioso, que es lo que es mucha gente que presume de ser, o de no ser, religiosa. Tenía miedo de llegar a una decisión a favor de Jesús a causa de los judíos; pero también tenía miedo de hacer ninguna decisión en contra de Él porque tenía la vaga sospecha de que Dios pudiera estar de alguna manera en aquel asunto.

(iii) Pero había un anhelo indecible en el corazón de Pilato. Cuando Jesús le dijo que había venido para dar testimonio de la verdad, la respuesta, o más bien pregunta, de Pilato fue: «¿Y dónde está la verdad?» Hay muchas maneras de hacer esa pregunta. Puede hacerse con cinismo y como en broma. Bacon inmortalizó la respuesta de Pilato cuando escribió: «¿Qué es la verdad?, preguntó en broma Pilato; y no esperó la respuesta.» Pero no fue con cinismo como Pilato hizo la pregunta; ni como si no le importara. Aquí estaba el punto débil de su armadura. Lo preguntó anhelante y fatigosamente.

Pilato, según el estándar del mundo, era un hombre con éxito. Había llegado casi a la cima de su escalafón diplomático; era gobernador de toda una provincia; pero había algo que echaba de menos. Allí, en presencia de aquel sencillo, inquietante, odiado Galileo, Pilato se dio cuenta de que la verdad seguía siendo un misterio para él... y se había metido en una situación en la que ya no tenía esperanza de descubrirla. Puede que bromeara; pero era la última broma de un desesperado. Philip Gibbs habla en algún lugar de haber escuchado un debate entre T. S. Eliot, Margaret lrwin, C. Day Lewis y otras personalidades distinguidas sobre el tema: « ¿Vale la pena vivir esta vida?» «Es verdad que bromeaban -dijo-, pero bromeaban como si fueran juglares llamando a las puertas de la muerte.»

Así era Pilato. En su vida apareció Jesús, y de pronto se dio cuenta de lo que había estado perdiéndose. Aquel día podría haber encontrado todo lo que se había perdido; pero no tuvo el coraje de desafiar al mundo a pesar de su pasado, y ponerse al lado de Cristo y de un futuro que sería glorioso.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Hemos considerado el cuadro de la multitud en el juicio de Jesús y hemos pensado en la figura de Pilato. Ahora debemos concentrar nuestra atención en el Personaje central del drama: Jesús mismo.

Juan nos traza Su semblanza con una serie de pinceladas magistrales en las que sugiere más de lo que describe.

(i) Lo primero y principal es que no se puede leer esta historia sin percibir la absoluta majestad de Jesús. No hay nada que Le coloque en tela de juicio. Cuando alguien se enfrenta con Él, no es Jesús el que recibe el veredicto, sino la otra persona. Puede que Pilato tratara muchas cosas judías con desprecio arrogante, pero no a Jesús. No podemos por menos de tener la impresión de que es Jesús el Que está en control, y Pilato el que no sabe por dónde tirar y se debate en una situación que no puede controlar ni comprender. La majestad de Jesús nunca brilló más gloriosamente que cuando se presentó a juicio ante la humanidad.

(ii) Jesús nos habla con absoluta claridad acerca de Su Reino. No es, nos dice, de esta Tierra. El ambiente de Jerusalén era siempre explosivo, y durante la Pascua era pura dinamita. Los romanos lo sabían muy bien, y en el tiempo de la Pascua destacaban más tropa a Jerusalén. Pero Pilato nunca tenía más de tres mil hombres a su mando. Algunos estarían en Cesarea, su cuartel general; otros, en la guarnición de Samaria; no es probable que hubiera más que unos pocos centenares de servicio en Jerusalén. Si Jesús hubiera querido enarbolar la bandera de la rebelión y entablar batalla, podría haberlo hecho con la máxima facilidad. Pero deja bien claras Sus credenciales regias, e igualmente claro que Su Reino no se basa en la fuerza, sino que se establece en los corazones. Nunca habría negado Jesús que se proponía la conquista; pero era la conquista del amor.

(iii) Jesús nos dice para qué había venido al mundo: para dar testimonio de la verdad, para decirle a la humanidad la verdad acerca de Dios, acerca de sí misma y acerca de la vida. Los días de las conjeturas, de las medias verdades y del andar a tientas se habían terminado. Jesús vino a decirnos la verdad. Esa es una de las grandes razones por las que no tenemos más remedio que aceptar o rechazar a Cristo. No hay término medio en relación con la verdad. O la aceptamos, o la rechazamos; y Cristo es la verdad.

(iv) Vemos el ánimo valeroso de Jesús. Pilato mandó que Le azotaran. Eso se hacía atando al reo a una columna dejándole la espalda totalmente expuesta. El látigo era una correa larga con trozos de plomo o huesos puntiagudos incrustados. Literalmente reducía la espalda de la persona a tiras. Pocos eran los que se mantenían conscientes durante el suplicio; algunos morían, y otros se volvían locos. Jesús lo soportó. Y después, Pilato Le sacó a la vista de la multitud y dijo: < ¡Ahí tenéis a vuestro Hombre!>

Aquí tenemos uno de los dobles sentidos característicos de Juan. Debe de haber sido la primera intención de Pilato el despertar la piedad de los judíos. «¡Fijaos! ¡Mirad a este pobre hombre destrozado y sangrante! ¡Mirad esta ruina humana! ¿Es

que todavía podéis querer seguir acechándole y arrastrándole a una muerte completamente innecesaria?> Pero casi podemos escuchar el cambio en el tono de su voz al decirlo, y contemplar la admiración que amanece en su mirada. En vez de decirlo medio despectivamente para despertar la lástima, le sale como una admiración incontenible. La palabra que usó Pilato fue *ho ánthrópos,* que es la que se usaba corrientemente refiriéndose a un ser humano; pero no mucho después la usarían los pensadores griegos para designar al *hombre celestial,* el hombre ideal, el dechado de la humanidad. Siempre será verdad que, aunque digamos o dejemos de decir otras muchas cosas acerca de Jesús, Su heroísmo integral no tiene paralelo. Aquí tenemos, sin duda, a un Hombre.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

(v) Una vez más vemos aquí en el juicio de Jesús Su aceptación voluntaria de la Cruz y el supremo control de Dios. Pilato Le advirtió a Jesús que tenía poder para soltarle y para crucificarle. Jesús le contestó que él, Pilato, no tenía absolutamente ningún poder, excepto el que Dios mismo le había dado. La Crucifixión nunca, de principio a fin, se nos presenta como la historia de un hombre que se encuentra enredado en una maraña inexorable de circunstancias sobre las que no tiene absolutamente ningún control; nunca se nos presenta como la historia de un hombre conducido a la muerte, sino como la de un Hombre cuyos últimos días fueron una marcha triunfal hacia la meta de la Cruz.

(vi) Y aquí tenemos también la escena terrible del silencio de Jesús. Hubo un momento en el que no tuvo respuesta que darle a Pilato. Hubo otros momentos en los que Jesús guardó silencio. Estuvo callado ante el sumo sacerdote *(Mateo 26*:63; *Marcos* 14:61), y también ante Herodes *(Lucas* 23:9). Guardó silencio cuando las autoridades judías presentaron los cargos que tenían contra Él ante Pilato *(Mateo* 27:14; *Marcos 15:5).* Algunas veces tenemos la experiencia, cuando estamos hablando con otras personas, de que hemos llegado a un punto en el que no se puede seguir razonando ni discutiendo, porque no hay terreno común entre nosotros y nuestros interlocutores. Es como si habláramos distintos idiomas. Eso sucede cuando las personas hablan de hecho distintos idiomas mentales y espirituales. Es un día terrible cuando Jesús guarda silencio con una persona. No puede haber nada más terrible para una mente humana que el estar tan cerrada por el orgullo o la propia voluntad que no hay nada que le pueda decir Jesús que pueda tener sentido o suponer ninguna diferencia.

(vü) Por último, es posible que tengamos aquí otro ejemplo magnífico de la ironía dramática de Juan.

La escena llega a su fin cuando se nos dice que Pilato sacó a Jesús; como lo hemos traducido y lo expresa la versión Reina-Valera, Pilato salió al lugar que se llamaba el Pavimento de Gabatá -que puede querer decir un suelo de mosaico de mármol- y se sentó en el sillón del juez. Esto era el *béma,* en el que se sentaba el magistrado para pronunciar la sentencia definitiva. El verbo para *sentarse es kathizein,* que puede ser transitivo o intransitivo; es decir, sentarse uno mismo o sentar a otro. Es posible que quiera decir que Pilato, en un último gesto burlesco, sacó a Jesús vestido de aquella túnica púrpura y con la corona de espinas en la frente, todo cubierto de sangre, *y Le* sentó en el sillón del juez, diciendo a continuación con un gesto y tono irónicos: «¿Cómo voy a crucificar a vuestro «Rey»?» El evangelio apócrifo de Pedro dice que, para burlarse, sentaron a Jesús en el sillón del juez y Le dijeron: « ¡Haz justicia, Rey de Israel!» Justino Mártir también dice que «sentaron a Jesús en el sillón del juez, y dijeron: « Da la sentencia por nosotros.»» Puede ser que Pilato, en burla, hiciera a Jesús representar el papel del juez. Si fue así, ¡qué tremenda ironía dramática había en aquella escena! Lo que se presentó en burla es en realidad la verdad; y un día, los que caricaturizaron a Jesús como juez se presentarán ante Él como el Juez -y se acordarán de lo que Le hicieron.

Así que en la escena dramática del juicio contemplamos la inmutable majestad, el valor inalterable, la serena aceptación de la Cruz, de Jesús. Nunca se Le vio en la Tierra tan regio como cuando se hizo todo lo posible para **humillarle.**

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (continuación)

Ya hemos visto las principales personalidades que intervinieron en el proceso de Jesús: los judíos, con su odio; Pilato, con su dudoso pasado, y Jesús, con su serenidad y majestad regia.

Pero había otras personas al borde de la escena.

(i) Estaban los soldados. Cuando les entregaron a Jesús para que Le azotaran, se divirtieron con Él de una manera brutal y cruel. ¿Era un rey? Pues entonces Le proveyeron de un manto y una corona. Le pusieron una vieja túnica de púrpura y una corona de espinas, y se entretuvieron dándole de bofetadas. Estaban jugando a una cosa que era antigua y corriente. Filón, en su obra *Sobre Flaco,* cuenta una cosa muy semejante que hacían los gamberros de Alejandría: «Había un loco que se llamaba Carabás, aquejado no de la clase salvaje y bestial de locura -que pasa desapercibida tanto para los que la sufren como para los espectadores-, sino de otra clase mucho más tranquila y benigna. Solía pasar los días y las noches desnudo en la calle, sin guarecerse ni del frío ni del calor, y era el juguete de los niños y de los jóvenes. Se ponían de acuerdo para llevársele al

gimnasio donde, dejándole solo donde todos pudieran verle, le ponían de sombrero una corteza de árbol aplastada, y alrededor del cuerpo una estera como manto, y como cetro un trozo de papiro que uno de ellos había encontrado por ahí tirado. Y una vez que él había asumido los emblemas y las insignias de la realeza como se hace en los mimos teatrales, los jóvenes, con palos al hombro, se ponían a sus dos lados, representando el papel de lanceros cómicos. Luego se acercaban unos como para saludarle, otros como para presentarle algunas reclamaciones, otros como para solicitarle algunas cuestiones sociales. Y entonces, de la multitud de espectadores vibraba un extraño grito de « ¡Marín!» -Señor nuestro-, que es el nombre que se les da a los reyes en Siria.» Es patético que los soldados trataran a Jesús como los gamberros podrían tratar a un pobre idiota.

Y sin embargo, de todos los que intervinieron en el proceso de Jesús, los soldados eran los menos culpables, porque no sabían lo que estaban haciendo. Lo más probable es que les había correspondido venir de Cesarea como refuerzo para los días de la Pascua, y no sabían nada de lo que estaba pasando. Jesús no era para ellos más que el criminal de turno.

Aquí tenemos otro ejemplo de la ironía dramática de Juan. Los soldados hacían una caricatura de Jesús como rey, cuando en realidad Él era allí el único Rey. Bajo la parodia se ocultaba y revelaba la verdad eterna.

JESÚS Y PILATO

Juan 18:28 - 19:16 (conclusión)

(ii) El último de todos era Barrabás, cuyo episodio cuenta Juan con suma brevedad. De esa costumbre de soltar a un preso para la Pascua no sabemos más que lo que nos dicen los evangelios. Los otros tres completan la breve noticia de Juan y, cuando lo reunimos todo, descubrimos que Barrabás era un preso notable, un bandolero que había tomado parte en una insurrección en la ciudad y había cometido un asesinato *(Mateo 27:15-26; Marcos 15:6-15; Lucas 23:17-25; Hechos 3:14).*

El nombre de Barrabás es interesante. Hay dos posibilidades en cuanto a su origen. Puede venir de Bar Abba, que querría decir «Hijo de Papá», o de Bar Rabban, que querría decir «Hijo del Rabino.» No es imposible que Barrabás fuera hijo de algún rabino, un vástago descarriado de alguna familia noble. Y es posible que, con todo y ser un criminal, gozara de las simpatías de la gente del pueblo como una especie de Robin Hood. Es probable que no debamos tenerle por un delincuente vulgar. La palabra que se le aplica es léstés, que quiere decir bandolero. O era uno de los muchos que infestaban la carretera de Jerusalén a Jericó, la clase de personas en cuyas manos cayó el viajero de la parábola; o, todavía más probable, era uno de los celotas que habían jurado barrer de Palestina a los romanos, aunque tuviera que ser a base de crímenes, asaltos, robos y asesinatos. Barrabás no era un delincuente cualquiera. Era un hombre violento, eso sí; pero de los que se convierten en leyenda y son considerados como héroes populares y azote de las autoridades al mismo tiempo.

Pero hay otro detalle todavía más interesante acerca de Barrabás. Ese era su segundo nombre, y tiene que haber tenido otro, como Pedro, que se llamaba Simón Bar-Yoná, Hijo de Jonás. Ahora bien: hay algunos manuscritos antiguos del Nuevo Testamento y las traducciones siria y armenia que coinciden en dar el nombre propio de Barrabás como *Jesús.* Eso no es imposible ni mucho menos, porque el nombre de Jesús era bastante corriente, derivado de la forma griega del nombre hebreo *Yehoshúa>Yoshúa, Josué.* En ese caso la elección del pueblo era aún más dramática, porque gritarían de hecho: «¡No Jesús Nazareno, sino Jesús Barrabás!» Era la elección entre Jesús Bar-Abba (el hijo de un padre cualquiera) y Jesús, el Hijo del Padre Dios.

La elección de la multitud ha sido siempre la elección histórica. Barrabás era un hombre que alcanzaba sus propósitos por medios violentos. Jesús era un Hombre de amor y ternura, cuyo Reino se hace realidad en los corazones. Es un hecho trágico de la Historia que los pueblos escogen muchas veces el camino de la violencia en lugar del del amor, el camino de Barrabás en lugar del de Cristo.

Lo que fue de Barrabás no lo dice la historia, y es tema de reconstrucciones poéticas tan conmovedoras como la de Gabriel y Miró en sus *Figuras de la Pasión del Señor.* También John Oxenham continúa la historia de Barrabás en uno de sus libros. A1 recuperar la libertad, Barrabás no podía pensar más que en que era libre. Luego se quedó mirando al Hombre que iba a tomar su lugar en la Cruz. Algo en Él le fascinaba, y Barrabás se encontró siguiéndole hasta la cima del Monte de la Calavera. Todo el camino, viendo a Jesús cargando con la Cruz, le ardía en la mente un solo pensamiento: «Esa es la cruz que tenía que haber llevado yo. ¡Yo la merecía! Y Él la está llevando por mí.» Y, cuando levantaron la cruz con Jesús colgando de ella, lo único que podía pensar Barrabás era: « ¡Soy yo el que tenía que estar colgado ahí, no Él! ¡Él me salvó!» Lo que sí es seguro es que Barrabás fue uno de los pecadores por los que murió Jesús.

EL CAMINO DE LA CRUZ

Juan 19:17-22

Así es que se hicieron cargo de Jesús, Que iba llevando a cuestas Su Cruz, y salieron al lugar que se llama La Calavera, y en hebreo Gólgota. Allí Le crucificaron con otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio.

Pilato escribió un cartel para poner en la Cruz:

«JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS».

Muchos judíos leían el cartel, porque el lugar en que estaba crucificado Jesús era cerca de la ciudad; y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Así que los principales sacerdotes dijeron insistentemente a Pilato:

- ¡No escribas «Rey de los Judíos», sino que Él dijo que era el rey de los judíos!

- ¡Lo escrito, escrito está! - les contestó Pilato.

No había una muerte peor que la crucifixión. Hasta los romanos la miraban con horror. Cicerón declaraba que era « la muerte más cruel y aterradora.» Tácito dijo que era «una muerte denigrante.» Fue en su origen un método persa de ejecución. Tal vez lo inventaron porque para los persas la tierra era sagrada, y no querían contaminarla con el cuerpo de un criminal; así que le clavaban a una cruz y le dejaban morir allí, a la vista de los buitres y de las otras carroñeras que terminarían la ejecución. Los cartagineses adoptaron de los persas la crucifixión, y los romanos, de los cartagineses.

La crucifixión no era el método de ejecución que se seguía en Roma, pero sí en las provincias, aunque sólo se solía aplicar a los esclavos. Era inconcebible que se le aplicara esa muerte a un ciudadano romano. Dice Cicerón: « Es un crimen atar a un ciudadano romano; todavía un crimen mayor el apalearle;
es casi como cometer un parricidio el darle muerte. ¿Y qué podría decirse de crucificarle? Acción tan nefasta no se podría describir con palabras, porque no tiene calificativo.» Fue esa muerte, la más terrible del mundo antiguo, reservada para esclavos y criminales, la que sufrió Jesús.

La rutina de la crucifixión era siempre igual. Después de celebrarse el juicio y de ser condenado el criminal, el juez pronunciaba la terrible sentencia: «¡Ibis *ad crucem!»* «¡Irás a la cruz!» El veredicto se llevaba a cabo inmediatamente. Se ponía al condenado en medio de un *quaternium* o compañía de cuatro soldados. Se le colocaba el travesaño de la cruz sobre los hombros. Era costumbre azotarle antes, y ya hemos recordado lo terrible que era; y era corriente que hubiera que seguir pinchándole o azotándole a lo largo del camino para que siguiera adelante o se levantara si se caía, hasta que llegara al lugar de la ejecución. Delante de él iba un oficial con el cartel en el que se podía leer el crimen por el que se le había condenado, y se le conducía pasando por el mayor número posible de calles. Eso se hacía por dos razones. La primera, para que el mayor número posible de personas lo vieran y tomaran ejemplo; pero también por una razón más humana: se llevaba el cartel delante del condenado por la ruta más larga para que, si alguien podía dar testimonio a su favor, saliera a hacerlo. En tal caso, se detenía la comitiva y se devolvía el caso al tribunal.

El lugar de ejecución en Jerusalén se llamaba El *lugar de la Calavera, Kranion,* en hebreo *Gólgota.* (Calvario es la palabra latina con el mismo significado). Estaba fuera de la muralla, porque no era legal crucificar a nadie dentro de los límites de la ciudad. No se sabe con absoluta certeza dónde estaba.

Se han hecho varias sugerencias para explicar el macabro nombre, Lugar de la Calavera. Cuenta una leyenda que se llamaba así porque estaba enterrada allí la calavera de Adán. Otra sugerencia es que aquel lugar estaba lleno de calaveras de crucificados; pero eso no es probable, porque, según el derecho criminal romano, el criminal tenía que permanecer crucificado hasta morir de hambre, sed o lo que fuera, una

tortura que a veces duraba días; pero la ley judía decía que el cuerpo del criminal se tenía que bajar de la cruz y enterrar para la tarde. En la ley romana, el cuerpo no se enterraba, sino se dejaba a los buitres y los perros parias para que acabaran con él; pero eso habría sido ilegal para los judíos, y no se concibe que hubiera un lugar contaminado de calaveras. Lo más probable es que el lugar se llamara así por ser una colina pelada que parecía una calavera. En cualquier caso, era un nombre idóneo para las cosas macabras que en él tenían lugar.

Así es que Jesús salió, destrozado y sangrante, con la espalda rasgada en tiras por los azotes, llevando Su Cruz hasta el lugar donde había de morir.

EL CAMINO DE LA CRUZ

Juan 19:17-22 (conclusión)

En este pasaje hay otras dos cosas que no debemos pasar por alto. El cartel que se puso en la Cruz de Jesús estaba escrito en hebreo, latín y griego. Estas eran las tres grandes lenguas del mundo antiguo, y representaban a tres naciones. En el plan de Dios, todas las naciones tienen algo que enseñarle al mundo; y estas tres hicieron tres grandes aportaciones al mundo y a la Historia universal. Grecia le enseñó al mundo la belleza de la forma y del pensamiento; Roma le enseñó al mundo la ley y el

gobierno, e Israel le enseñó al mundo la religión y el culto del único Dios verdadero. En Jesús vemos la consumación de estas tres cosas. En Él está la suprema belleza y el pensamiento más elevado acerca de Dios. En Él está la Ley de Dios y el Reino de Dios. Y en Él está la verdadera Imagen de Dios. Todas las búsquedas y los esfuerzos del mundo encuentran en Él su culminación. Es significativo que Le llamaran Rey las tres grandes lenguas del mundo.

No cabe duda que Pilato puso aquel cartel en la Cruz de Jesús para humillar y enfurecer a los judíos. Acababan de decir que no tenían más rey que al césar; acababan de rechazar a Jesús como su Rey. Y Pilato, sarcásticamente, puso aquel cartel en la Cruz. Las autoridades judías le pidieron insistentemente que lo quitara o cambiara, pero Pilato se negó. «¡Lo escrito, escrito está!» -les contestó. Aquí tenemos a Pilato el inflexible, el que no estaba dispuesto a ceder ni un pelo. Hacía poco que había vacilado cobardemente entre crucificar a Jesús o soltarle; y había acabado por dejarse intimidar y chantajear por los judíos. Inflexible acerca del cartel cuando había sido tan débil sobre la crucifixión.

Es una de las paradojas de la vida que uno puede mantenerse firme acerca de cosas que no importan y débil ante las que tienen una importancia suprema. Si Pilato hubiera resistido las tácticas de los judíos y no les hubiera concedido su voluntad en el caso de Jesús, probablemente habría pasado a la Historia como uno de sus nobles ejemplos. Pero, como se sometió en lo más importante y sólo se mantuvo firme en lo accesorio, su nombre está cubierto de vergüenza. Pilato aplicó mal y tarde su autoridad.

LOS JUGADORES AL PIE DE LA CRUZ

Juan 19:23-24

> *Después de crucificar a Jesús, los soldados cogieron Su ropa y se la repartieron en cuatro partes, una para cada soldado. También estaba la túnica; pero, como era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí:*
>
> *-No la cortemos, sino echémosla a suertes para ver a quién le toca.*
>
> *Esto sucedió para que se cumpliera lo que dice un pasaje de la Escritura: «Se repartieron mi ropa y se jugaron a suertes mi túnica. » Eso fue exactamente lo que hicieron los soldados.*

Ya hemos visto que un quatermum de soldados conducía al reo al lugar de la ejecución. Uno de los gajes de esos soldados era la ropa del reo. Los judíos solían ponerse cinco artículos: calzado, turbante, cinto, túnica y manto exterior. Eran cuatro soldados, y había cinco artículos a repartir. Se los jugaron a los dados, y aún quedaba la túnica interior. Era *inconsútil,* sin costura, tejida toda de una pieza. Cortarla en cuatro piezas no habría servido para nada, así es que se la jugaron a los dados. Hay mucho que descubrir en esta escena tan gráfica y tan dramática.

(i) Stuart Kennedy escribió un poema basado en esto. Los soldados eran jugadores; y, en cierto sentido, Jesús también. Él se lo había jugado todo a Su fidelidad a ultranza a Dios; lo envidó todo en la Cruz. Era Su última y definitiva llamada a la humanidad, Su último y supremo acto de obediencia a Dios.

Sentados, Le miraban,
sí, los soldados;
allí, mientras echaban
los dados...
Mientras Él, presentaba el sacrificio
muriendo en el patíbulo
para limpiar al mundo del pecado.
Él era un Jugador también, mi Cristo:
cogió Su vida y la envidó
para ganar a un mundo redimido.
Y antes que terminara Su agonía
y se sumiera el Sol en el ocaso
coronando de púrpura aquel día,
¡supo que había ganado!

En cierto sentido, un cristiano también es un jugador, porque se juega la vida a que Jesús es el Que es.

(ii) No hay escena en la que se vea más claramente la indiferencia con que pagaba a Cristo el mundo. Allí, en aquella Cruz, Cristo estaba en agonía; y, al pie de la misma Cruz, los soldados echaban los dados como si no estuviera pasando nada. Un artista moderno ha pintado a Jesús, con las manos taladradas por los clavos y los brazos extendidos hacia una ciudad moderna por la que pasan las multitudes sin fijarse en Él. Sólo entre la gente Le dirige una mirada la enfermera de un hospital; y

el título del cuadro es: « ¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?» *(Lamentaciones 1:12).* La tragedia no es la hostilidad del mundo hacia Cristo, sino su indiferencia, el no darle ninguna importancia al amor de Dios.

Hay otros dos puntos que debemos considerar en esta escena. El primero se refiere a la leyenda de que había sido María la que había tejido la túnica inconsútil para dársela como un último regalo a su Hijo cuando salía al mundo. Si es verdad -y bien puede serlo, porque era lo que solían hacer las madres judías-, hay un doble patetismo en la escena de aquellos soldados insensibles, jugándose la túnica de Jesús que Le había regalado Su Madre.

(iv) Pero hay otra cosa aquí entre líneas. La túnica de Jesús se nos dice que era sin costura, tejida de una sola pieza de arriba abajo. Esa es exactamente la descripción de la túnica de lino que usaba el sumo sacerdote. Recordemos que la función sacerdotal consistía en ser el lazo de unión entre Dios y el pueblo. La palabra latina para *sacerdote* es *pontifex,* que quiere decir *el que hace de puente,* porque su función era precisamente Jade ser intermediario entre Dios y los seres humanos. Nadie había realizado jamás esa función como la realizó entonces Jesús. Él es el perfecto Sumo Sacerdote por el Que la humanidad tiene acceso a Dios. Una y otra vez hemos visto que lo que nos dice Juan tiene más de un sentido: uno, que está a la vista, en la superficie, y otro más profundo que hay que pensar y estudiar para descubrirlo. Cuando Juan menciona la túnica inconsútil, no lo hace simplemente para describirnos la ropa que llevaba Jesús, sino para presentárnosle como el perfecto Sacerdote Que abre con Su perfecto y definitivo Sacrificio el camino para que todos podamos llegar a la presencia de Dios.

(v) Por último, advertimos que Juan encuentra en este incidente el cumplimiento literal de una profecía del Antiguo Testamento. Le aplica como reflejo anticipado lo que dijo el salmista en un salmo en el que no es esta la única alusión profética a la pasión del Redentor: «Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» *(Salmo 22:18).*

EL AMOR DE UN HIJO

Juan 19:25-27

> *Pero Su Madre, y la hermana de Su Madre, y María la mujer de Cleofás, y María Magdalena, estaban cerca de la Cruz de Jesús. Y cuando Jesús vio allí cerca a Su Madre, y también a Su discípulo amado, dijo a Su Madre:*
>
> *-¡Mujer: mira, tu hijo!*
>
> *Y después, dirigiéndose al discípulo:*
>
> *-¡Mira: tu Madre!*
>
> *Y desde aquel momento el discípulo se cuidó de ella.*

Al final, Jesús no estaba completamente solo. Cerca de la Cruz había cuatro mujeres que Le amaban. Se ha explicado su presencia diciendo que, en aquel tiempo, las mujeres tenían tan poca importancia que nadie se fijaba en las discípulas, y por eso estas mujeres no corrían mucho riesgo al acercarse a la Cruz de Jesús. Pero siempre era peligroso, y para todo el mundo, asociarse con una Persona Que el gobierno romano consideraba lo suficientemente peligrosa como para merecer la Cruz. Siempre es peligroso mostrar afecto por Alguien Que los ortodoxos consideran un hereje. La presencia de estas mujeres cerca de la Cruz no era debida al hecho de que fueran tan poco importantes que nadie les prestaba atención, sino al hecho de que el perfecto amor destierra el temor.

Eran un curioso grupo. De una, María la mujer de Cleofás, no sabemos nada; pero sí de las otras tres.

(i) Allí estaba María, la Madre de Jesús. Puede que no llegara a comprenderlo todo, pero sí a amar totalmente. Su presencia allí era la cosa más natural del mundo para una madre. Puede que Jesús fuera un criminal a los ojos de la ley, pero era su Hijo. Como lo expresó Kipling:

> *Si me ahorcaran en el más alto cerro, yo sé qué amor allí me seguiría, ¡oh madre mía, sí, oh madre mía!*
>
> *Y si me hundiera en lo hondo de los mares, sé qué llanto hasta mí descendería, ¡oh madre mía, sí, oh madre mía!*
>
> *Si condenado de alma y cuerpo fuera, sé la oración que me redimiría, ¡oh madre mía, sí, oh madre mía!*

El amor eterno de todas las madres estaba representado en María al pie de la Cruz.

(ii) Allí estaba la hermana de Su Madre. Juan no la nombra; pero si estudiamos los pasajes paralelos resulta claro que era Salomé, la madre de Santiago y de Juan *(Marcos 15:40; Mateo 27:56).* Lo curioso es que Jesús le había dirigido unas serias palabras de reprensión cuando vino a Él para pedirle que les concediera a sus hijos los puestos más importantes de Su Reino, y Jesús le enseñó lo equivocados que eran sus deseos ambiciosos *(Mateo 20:20).* Salomé era la mujer que Jesús había reprendido -¡y allí estaba, al pies de la Cruz! Su presencia la honra; nos la muestra como una mujer que era suficientemente humilde para

aceptar la reprensión y seguir amando con la más completa devoción. Y en cuanto a Jesús, nos muestra que Su reprensión nunca ocultaba, sino revelaba Su

amor. **La presencia de Salomé al pie de la Cruz es una lección para nosotros acerca de cómo se debe dár y cómo se debe recibir una corrección.**

(iii) Allí estaba María Magdalena. Todo lo que sabemos de ella es que Jesús la había librado de siete demonios *(Marcos 16:9; Lucas 8:2)*. Nunca pudo olvidar lo que Jesús había hecho por ella: el amor de Jesús la había rescatado, y el amor que ella Le tenía no podía morir. El lema de María, escrito en su corazón, era: «Jamás olvidaré lo que Él hizo por mí.»

Pero en este pasaje hay algo que es una de las cosas más encantadoras de toda la historia evangélica. Cuando Jesús vio a Su Madre, no pudo por menos de pensar en los días por venir. No se la podía confiar a Sus hermanos, porque, hasta entonces, no creían en Él *(Juan 7:5). Y,* después de todo, Juan estaba doblemente cualificado para el servicio que Jesús le encomendó: era primo de Jesús y sobrino de María, y era el discípulo amado de Jesús. Así es que Jesús confió a María al cuidado de Juan, y a Juan al cuidado de María, de forma que se consolaran mutuamente de Su partida.

Hay algo infinitamente conmovedor en el hecho de que Jesús, en la agonía de la Cruz, cuando la Salvación del mundo estaba en juego y dependía exclusivamente de Él, considerara la soledad en que quedaría Su Madre en los días por venir. Él nunca olvidó los deberes que Le concernían y que estaba en Su mano cumplir. Era el Hijo primogénito de María; y, aun en el momento de Su batalla cósmica, no Se olvidó de las cosas más sencillas que concernían a Su hogar. Hasta el mismo final de Su vida en la Tierra, aun sobre la Cruz, Jesús está pensando más en los dolores de otros que en los Suyos.

EL FINAL TRIUNFAL

Juan 19:28-30

Después, cuando Jesús supo que ya todo estaba completo, dijo, para que también se cumpliera la Escritura:
-¡Tengo sed!
Había allí un recipiente lleno de vinagre; así que pusieron una esponja empapada en vinagre en lo alto de una caña de hisopo, y Se la acercaron a la boca.
Cuando Jesús probó el vinagre, dijo:
-¡Ya todo está completo!
Y recostando hacia atrás la cabeza, entregó el espíritu.

En este pasaje Juan nos coloca frente a frente a dos cosas acerca de Jesús.

(i) Nos pone cara a cara con Su sufrimiento humano; cuando Jesús estaba en la Cruz experimentó la agonía de la sed. Cuando Juan estaba escribiendo su evangelio, allá por el año 100 d.C., había surgido una cierta tendencia en el pensamiento filosófico y religioso que se llamaba el gnosticismo. Una de sus doctrinas básicas era que el espíritu es totalmente bueno, y la materia totalmente mala. De ahí se deducían ciertas conclusiones. Una era que Dios, que es Espíritu puro, no puede de ninguna manera asumir un cuerpo que es materia, y por tanto malo. Por tanto, los gnósticos enseñaban que Jesús no tenía un cuerpo de verdad, sino que era sólo un fantasma. Decían, por ejemplo, que cuando andaba no dejaba huellas en el suelo, porque era un espíritu puro en un cuerpo irreal.

De ahí pasaban a decir que Dios no podía sufrir; y, por tanto, Jesús no sufrió de veras, sino que pasó por la experiencia de la Cruz sin padecer ningún dolor. Cuando los gnósticos hablaban así creían que estaban honrando a Dios y a Jesús; pero lo que estaban haciendo era destruyendo la realidad de Jesús.

Si Él había de redimir a la humanidad, tenía que hacerse humano. Tenía que hacerse como nosotros para hacernos como Él. Por eso Juan hace hincapié en el hecho de que Jesús sufrió la sed. Quería hacer ver que era verdaderamente humano, y que realmente experimentó la agonía de la Cruz. Juan se detiene todo lo necesario para subrayar el hecho de la perfecta humanidad y el sufrimiento real de Jesús.

(ii) Pero, igualmente, nos pone cara a cara ante el triunfo de Jesús. Cuando comparamos los cuatro evangelios descubrimos un hecho iluminador. Los otros tres evangelios no nos relatan que Jesús dijera: < ¡Ya todo está completo!»; pero sí nos dicen que exclamó en voz muy alta *(Mateo 27.50; Marcos 15:37; Lucas 23:46)*. Por otra parte, Juan no nos menciona el gran grito; pero sí nos dice que Sus últimas palabras fueron: «¡Ya todo está completo!» La explicación es que el gran grito y las palabras «¡Ya todo está completo!» son la misma cosa. « ¡Ya todo está completo!» es sólo una palabra en griego, *tetélestai; y Jesús* murió con un grito de triunfo en Sus labios. No dijo: «Todo se acabó,» como reconociendo Su derrota; sino proclamando Su victoria con un grito de júbilo. Parecía estar destrozado en la Cruz, pero sabía que había obtenido la victoria.

La última frase de este pasaje aún lo deja más claro. Juan dice que Jesús recostó la cabeza hacia atrás y entregó el espíritu. Como si reclinara la cabeza en la almohada. Para Jesús, el combate había terminado, y aun en la Cruz conoció el gozo de la victoria y el descanso del Que ha completado Su tarea y puede relajarse, contento y en paz.

Hay otras dos cosas que no debemos pasar por alto en este pasaje. La primera es que Juan relaciona el grito de Jesús: « ¡Tengo sed!», con el cumplimiento de un versículo del Antiguo Testamento: «Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre» *(Salmo 69:21).*

La segunda es otra de las alusiones de Juan. Nos dice que fue en una caña del hisopo donde pusieron la esponja con el vinagre. Ahora bien: la caña o junco de hisopo era una cosa
muy poco idónea para ese uso, porque no era más que un junco semejante a la hierba fuerte, pero que no tenía mucho más de medio metro de altura. **Tan improbable es que se tratara de esa planta que algunos investigadores han sugerido que** se trata de un pequeño error ortográfico, y que la palabra sería la que quiere decir *lanza.* Pero fue hisopo lo que escribió y quería decir Juan. Si retrocedemos bastantes siglos hasta la primera Pascua, cuando los israelitas salieron para siempre de la esclavitud de Egipto, recordamos que el ángel de la muerte iba pasando por todas las casas aquella noche matando a los primogénitos de los egipcios. Recordamos que los israelitas tenían que matar su cordero pascual, y untar los lados de las puertas de sus casas con la sangre para que el ángel de la muerte *pasara por alto* sus casas -que es lo que quiere decir *la Pascua. Y* las instrucciones originales habían sido: «Y tomad *un manojo de hisopo, y mojadlo* en la sangre que estará en un lebrillo, y untad el dintel y los dos postes con la sangre del lebrillo» *(Éxodo 12:22).* Fue la sangre del cordero pascual la que salvó al pueblo de Dios; y era la sangre de Jesús la que salvaría al mundo del pecado. La sola mención del *hisopo* conduciría el pensamiento de cualquier israelita al poder salvador de la sangre del cordero pascual; y esta era la manera en que Juan presentaba a Jesús como el Cordero pascual de Dios Cuya muerte salva al mundo del pecado.

EL AGUA Y LA SANGRE

Juan 19:31-37

> *Como era el viernes por la tarde, para que los cuerpos no se quedaran en las cruces todo el sábado (porque aquel sábado era un día especialmente solemne), los judíos le pidieron a Pilato que se les quebraran las piernas a los crucificados y se los bajara de las cruces.*
>
> *Así es que* ***llegaron los soldados, y le quebraron las piernas*** *al primer reo, y* ***también*** *al otro que habían crucificado con Jesús. Pero al llegar a Él y ver que ya estaba muerto, no Le quebraron las piernas; pero uno de los soldados Le atravesó el costado con la lanza, e inmediatamente salieron sangre y agua.*
>
> *Y el que da testimonio de esto lo vio, y lo que dice es cierto; y él sabe que está diciendo la verdad para que vosotros también creáis. Todo esto sucedió así en cumplimiento del pasaje de la Escritura que dice: «No se Le romperán los huesos.» Y también del otro que dice: «Verán al Que traspasaron.»*

En una cosa sí eran los judíos más piadosos que los romanos. Cuando los romanos ejecutaban una crucifixión siguiendo sus reglas, simplemente dejaban que el reo muriera en la cruz, aunque fuera después de pasar varios días al calor del mediodía y al frío de la noche, torturado por la sed y por los insectos que se cebaban en sus heridas abiertas. A menudo los crucificados morían dando muestras de locura furiosa aunque impotente. Tampoco enterraban los romanos a los que morían en la cruz, sino simplemente los dejaban a merced de los buitres y de los perros.

La ley judía era diferente, y establecía: «Si alguno hubiere cometido algún crimen por el que merece la muerte, y le ajusticiáis colgándole de un madero, no dejéis que su cuerpo pase la noche expuesto en el patíbulo; enterradlo sin falta el mismo día> *(Deuteronomio 21:22-23). La Misná,* la ley judía de los escribas, establecía: «Todo el que permita que un muerto pase la noche sin enterrar transgrede un mandamiento positivo.» El sanedrín se encargaba de que hubiera dos tumbas dispuestas para los que sufrieran la pena de muerte y no pudieran enterrarse en el mismo lugar que sus padres. En esta ocasión era todavía más importante el que no se dejaran los cuerpos en las cruces durante la noche, porque el día siguiente era sábado, y el muy especial sábado de la Pascua.

Para despachar a los reos que seguían vivos más de lo conveniente se usaba un método bastante macabro: se les rompían las piernas con una maza. Eso fue lo que hicieron a los reos que estaban crucificados con Jesús; pero en Su caso no fue necesario, porque cuando llegaron los soldados Jesús ya estaba muerto. Juan ve en esa circunstancia el cumplimiento de otro símbolo del Antiguo Testamento: había la norma de no quebrantar ningún hueso del cordero pascual *(Números 9:12).* De nuevo Juan ve en Jesús al Cordero pascual de Dios que libra de la muerte a Su pueblo.

Por último se nos presenta un extraño incidente. Cuando los soldados vieron que Jesús ya estaba muerto, no Le rompieron los miembros con la maza; pero uno de ellos, probablemente para asegurarse aún más de que estaba muerto, le atravesó con la lanza el costado, del que fluyeron agua y sangre. Juan le atribuye a aquello un sentido especial. Ve en ello el cumplimiento de la profecía de *Zacarías 12:10:* «Me mirarán a Mí, a Quien traspasaron.» Y añade expresamente que ese es el testimonio de un testigo ocular de lo que realmente sucedió, y que él personalmente garantiza que es cierto.

En primer lugar, preguntémonos qué fue lo que sucedió de hecho. No podemos asegurarlo, pero puede ser que Jesús muriera literalmente porque se Le rompiera el corazón. Lo normal, desde luego, es que el cuerpo de un muerto no sangre. Se ha sugerido que lo que realmente sucedió fue que las experiencias físicas y emocionales de Jesús fueron tan terribles que se Le reventó el corazón. Cuando sucedió aquello, la sangre del corazón se mezcló con el líquido del pericardio que rodea el corazón; la lanza del soldado rompió el pericardio, y brotó la mezcla de sangre y agua. Sería patético creer que Jesús, en el sentido más literal, murió porque se Le partió el corazón.

Aun así, ¿por qué lo subraya tanto Juan? Por estas dos razones.

(i) Para él era la prueba definitiva e irrefutable de que Jesús era un hombre real con un cuerpo real. Esa era la respuesta

a los gnósticos con sus ideas de fantasmas y espíritus y una humanidad irreal. Aquí está la prueba de que Jesús fue carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso.

(ii) Pero para Juan aquello era más que una prueba de la humanidad de Jesús: era un símbolo de los dos grandes sacramentos de la Iglesia. Hay un sacramento que tiene por materia el agua: el Bautismo; y otro que representa la sangre: la Comunión, con su copa de vino rojo como la sangre. El agua del Bautismo es el símbolo de la gracia purificadora de Dios en Jesucristo; el vino de la Comunión es el símbolo de la sangre que fue derramada para salvarnos de nuestros pecados. El agua y la sangre que fluyeron del costado abierto de Jesús eran para Juan el agua purificadora del Bautismo y la sangre purificadora que se conmemora en la Mesa del Señor.

LOS DONES PÓSTUMOS A JESÚS

Juan 19:38-42

> *Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secreto por temor a los judíos, le pidió a Pilato que le permitiera hacerse cargo del cuerpo de Jesús, y Pilato se lo concedió. Así es que fue a llevarse el cuerpo.*
>
> *Nicodemo, el que en un principio había venido a Jesús una noche, también fue, llevando unos treinta kilos de mezcla de mirra y áloe. Los dos se llevaron el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos de lino con especias, que es como entierran los judíos a sus muertos.*
>
> *Donde habían crucificado a Jesús había un huerto, y en él había una tumba nueva en la que todavía no se había enterrado a nadie. Allí fue donde enterraron a Jesús, porque estaba a mano y era víspera de sábado*.

Así es que Jesús murió; y lo que quedaba por hacer había que hacerlo deprisa, porque el sábado estaba para empezar, y los sábados no se podía hacer ningún trabajo. Los discípulos de Jesús eran pobres, y no Le habrían podido dar un entierro digno; pero otros dos se hicieron cargo.

Uno era José de Arimatea. Siempre había sido discípulo de Jesús; era un hombre importante y miembro del sanedrín, y hasta entonces había mantenido secreto que era discípulo de Jesús por temor a las consecuencias. Y el otro era Nicodemo. La costumbre de los judíos era envolver los cadáveres en tela de lino y poner especias aromáticas entre los pliegues. Nicodemo trajo especias suficientes para el entierro de un rey. Así es que José de Arimatea le dio la tumba a Jesús, y Nicodemo Le dio la ropa y los perfumes que habrían de cubrirle en la tumba.

Aquí se armonizan la tragedia y la gloria.

(i) Hay tragedia. Tanto Nicodemo como José de Arimatea eran miembros del sanedrín, y eran también discípulos secretos de Jesús. O no estuvieron presentes en la reunión del sanedrín en la que juzgaron y condenaron a Jesús, o no intervinieron en ella, por lo que nosotros sabemos. ¡Qué diferente habría sido para Jesús el que, entre aquellas voces intimidadoras y condenatorias, hubiera sonado alguna en Su defensa! ¡Qué diferencia si hubiera visto lealtad en un rostro, entre tantos hostiles y envenenados! Pero José y Nicodemo estaban atemorizados.

Todos dejamos muchas veces los tributos para cuando se ha muerto la persona. ¡Cuánto más grande habría sido la lealtad en vida que una tumba y un sudario dignos de un rey! Una florecilla en vida vale más que todas las coronas de flores después de muerta la persona; una palabra de afecto o de aprecio o de agradecimiento en vida vale más que todos los panegíricos del mundo cuando la vida ha terminado.

(ii) Pero aquí hay también gloria. La muerte de Jesús había hecho por José y Nicodemo lo que no había hecho toda Su vida. En cuanto murió Jesús en la Cruz, José olvidó sus temores y fue a dar la cara ante el gobernador romano para pedirle Su cuerpo. En cuanto murió Jesús en la Cruz, allí estaba Nicodemo

para llevarle un tributo que todos podían ver. La cobardía, la vacilación, la prudente reserva se habían acabado. Los que habían tenido miedo cuando Jesús estaba vivo, se declararon por Él de una manera que todos podían ver tan pronto como murió. No hacía ni una hora que había muerto cuando empezó a cumplirse Su profecía: «En cuanto a Mí, cuando sea levantado de la tierra atraeré a Mí a toda la humanidad» *(Juan* 12:32). Puede que la ausencia o el silencio de Nicodemo y José en el sanedrín causaran dolor a Jesús; pero seguro que cómo se desembarazaron de sus temores después de la Cruz Le alegró el corazón al

comprobar que el poder de la Cruz había empezado a obrar maravillas y ya estaba atrayendo a las personas hacia Él. El poder de la Cruz ya entonces estaba transformando a los cobardes en héroes y a los vacilantes en personas que se decidían irrevocablemente por Cristo.

AMOR ALUCINADO

Juan 20:1-10

La madrugada del primer día de la semana, cuando estaba todavía oscuro, María Magdalena fue a la tumba, ¡y vio que estaba quitada la piedra de la entrada! Entonces fue corriendo a ver a Simón Pedro y al otro discípulo al que Jesús amaba, y les dijo:

- ¡Se han llevado al Señor de la tumba, y no sabemos dónde Le han puesto!

A eso Pedro salió con el otro discípulo en dirección a la tumba. Iban los dos corriendo; pero el otro discípulo se adelantó, porque corría más deprisa, y llegó antes a la tumba; se agachó para mirar, y vio los lienzos en su sitio, pero no entró. A eso llegó Pedro siguiéndole, y entró en la tumba. Vio los lienzos colocados allí; y el sudario que había estado sobre la cabeza de Jesús, no con los lienzos, sino doblado en su lugar correspondiente.

Entonces el otro discípulo, el que había llegado el primero a la tumba, también entró, y vio, y creyó.

Y es que todavía no se habían percatado de que el sentido de la Escritura era que Jesús había de resucitar.

Y los discípulos se volvieron adonde estaban parando.

Es posible que nadie amara a Jesús tanto como Mana Magdalena. Él había hecho algo por ella que ningún otro habría podido hacer, y ella no lo podía olvidar. La tradición ha dado por seguro que María Magdalena era una pecadora empedernida a la que Jesús reclamó, y perdonó, y purificó. Henry Kingsley escribió un hermoso poema sobre ella.

Magdalena a la puerta de Miguel
no hacía más que llamar.
En un roble cantaba un ruiseñor:
«¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»

Miguel dijo: «No traes ninguna ofrenda,
nada puedes pagar.»
«¡Bien lo sabe!», cantaba el ruiseñor.
«¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»

Miguel dijo: «¿No has visto las heridas?
¿Reconoces tu mal?»
El ruiseñor cantaba: «¡Y bien lo siente!
¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»

«Claro que sí, que he visto las heridas,
que Él sufrió en mi lugar.»
El ruiseñor cantaba: «¡Ya es muy tarde!
¡Déjala entrar! ¡Déjala entrar!»

El ruiseñor, al fin, quedó dormido,
y la noche cayó,
y Uno vino que abrió por fin la puerta,
y Magdalena entró.

María Magdalena había pecado mucho, y amó mucho; el amor era todo lo que podía traer.

Era costumbre en Palestina visitar la tumba de un ser querido hasta tres días después del entierro. Se creía que el espíritu de la persona difunta estaba por allí aquellos tres días; pero después se alejaba, porque el cuerpo había empezado a descomponerse y estaba irreconocible. Los amigos de Jesús no pudieron ir a la tumba el sábado porque habrían querido mover la piedra y completar lo que faltara por hacerle, y eso habría sido quebrantar el sábado. El primer día de la semana, nuestro domingo, fue cuando María Magdalena se dirigió a la tumba de madrugada. La palabra que se usa es *prói,* que designaba la última de las

cuatro vigilias en que se dividía la noche, y que iría desde las 3 hasta las 6 de la mañana. Todavía estaba oscuro cuando María llegó a la tumba; pero ella no podía seguir esperando más tiempo.

Cuando llegó a la tumba, se quedó alucinada y aterrada. Las tumbas de la antigüedad no solían tener puertas. En la entrada había como un canal en el suelo por el que se deslizaba una piedra circular, como las de molino, para cerrar la entrada. Además, Mateo nos dice que las autoridades habían sellado la piedra para asegurarse de que no la movían *(Mateo 27:66)*. María, naturalmente, se quedó perpleja al ver que no estaba en su sitio. Es probable que se le ocurriera una de dos cosas. La primera, que habían sido los judíos los que se habían llevado el cuerpo de Jesús; que, no dándose por satisfechos con que hubiera muerto en una cruz, estaban profanando Su cadáver. Pero también había tipos macabros que se dedicaban a robar las tumbas, y a María se le puede haber ocurrido pensar que eso era lo que había sucedido.

Era una situación que María no podía arrostrar sola; así es que volvió a la ciudad a buscar a Pedro y a Juan. María es el ejemplo supremo de la persona que sigue amando y creyendo más allá de lo que puede entender; y ése es el amor y ésa la fe que acaban encontrando la gloria.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Juan 20:1-10 (conclusión)

Uno de los detalles que resaltan en esta historia es que se seguía considerando a Pedro como el líder de la compañía apostólica. Fue a él al que se dirigió María. A pesar de haber negado a Jesús -cosa que no habría podido por menos de saberse y difundirse-, Pedro seguía siendo el líder. Solemos hablar de la debilidad e inestabilidad de Pedro; pero tiene que haber habido algo realmente sobresaliente en el hombre que pudo seguir al frente de sus compañeros después del fallo desastroso que había tenido; tiene que haber habido algo realmente notable en el hombre al que sus compañeros siguieron considerando su líder después de aquello. Su momento de debilidad no debe impedirnos ver la fuerza moral y la estatura personal de Pedro, ni reconocer que era un líder nato.

Así que fue a Pedro y Juan a los que acudió María, y ellos se dirigieron inmediatamente a la tumba. Fueron a la carrera; y Juan, que debe de haber sido más joven que Pedro puesto que vivió hasta el final del siglo I, dejó atrás a su compañero. Cuando llegó a la tumba, Juan miró hacia dentro, pero no entró. Pedro, impulsivo por naturaleza, no sólo miró, sino entró. De momento, Pedro sólo se sorprendió de que la tumba estuviera vacía; pero algo empezó a ocurrir en la mente de Juan. Si alguien se hubiera llevado el cuerpo de Jesús, si lo hubieran robado los ladrones de tumbas, ¿por qué se iban a dejar la mortaja?

Entonces otra cosa le sorprendió aún más: los lienzos no estaban tirados de cualquier manera, sino colocados *todavía con sus dobleces* -eso es lo que dice el original-:los que habían cubierto el cuerpo, donde había estado el cuerpo; y los que la cabeza, donde había estado la cabeza. Lo que se nos quiere decir es que las ropas fúnebres no parecían como si se le hubieran quitado al cadáver, sino que estaban colocadas como si el cuerpo de Jesús se hubiera esfumado. Aquello penetró en la mente de Juan; se dio cuenta de lo que había sucedido

-¡y creyó! No fue lo que había leído en las Escrituras lo que le convenció de que Jesús había resucitado, sino lo que vio con sus propios *ojos.*

El papel del amor en esta historia es extraordinario. Fue María, la que tanto amaba a Jesús, la primera en ir a la tumba. Y fue Juan, el discípulo al que amaba Jesús y que amaba a Jesús de una manera especial, el primero que creyó en la Resurrección. Esa será siempre la mayor gloria de Juan. Fue el primero en darse cuenta y en creer. El amor le abrió *los ojos* para leer las señales, y la mente para entenderlas.

Aquí tenemos una de las grandes leyes de la vida. En cualquier clase de obra, es verdad que no podemos realmente irr terpretar el pensamiento de otra persona a menos que haya entre nosotros un nexo de simpatía. Resulta evidente cuando el director de orquesta está en relación de simpatía con la música del compositor cuya pieza está interpretando. El amor es el gran intérprete. El amor puede captar la verdad cuando el intelecto se mueve todavía inseguro y a tientas. El amor puede darse cuenta del sentido de una cosa cuando la investigación sigue a ciegas. Una vez, un artista joven le trajo a Doré un cuadro de Jesús para que le diera su parecer. Doré se resistía a hacerlo; pero, por último, dijo una sola frase: < Tú no Le amas; porque, si Le amaras, Le habrías pintado mejor.» No podemos entender a Jesús ni ayudar a otros a entenderle, si no Le entregamos nuestros corazones tanto como nuestras mentes.

EL GRAN RECONOCIMIENTO

Juan 20:11-18

> *Pero María se quedó llorando a la entrada de la tumba. Llorando como estaba, se inclinó hacia abajo para mirar dentro de la tumba, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado colocado el cuerpo de Jesús. Y le dijeron:*

Mujer, ¿por qué estás llorando?
-Porque se han llevado a mi Señor -les contestó María-, y no sé adónde.
Entonces se dio la vuelta, y vio a Jesús que estaba allí de pie; pero no se dio cuenta de que era Él. Jesús le dijo:
Mujer, ¿por qué estás llorando? ¿A quién buscas?.
Ella, tomándole por el hortelano, Le contestó:
-Señor, si has sido Tú el que Te Le has llevado, dime dónde Le has puesto, y yo me Le llevaré.
-¡María! -le dijo Jesús.
-¡Rabbuní! -que quiere decir «maestro mío», Le contestó ella. Y Jesús le dijo:
-Suéltame, que todavía no he ascendido a Mi Padre; pero ve a decirles a Mis hermanos que voy a ascender a Mi Padre, Que es vuestro Padre, y a Mi Dios, Que es vuestro Dios.
María Magdalena llegó diciéndoles a los discípulos:
-¡He visto al Señor!
Y les dijo todo lo que Él le había dicho.

Se ha dicho que esta escena es la más grande historia de reconocimiento de la literatura universal. A María corresponde la gloria de haber sido la primera persona que vio a Cristo Resucitado. Toda la historia está salpicada de referencias a su amor. Había vuelto a la tumba; había llevado la noticia de la tumba abierta a Pedro y Juan, que deben de haberla dejado atrás en su carrera a la tumba; así es que, para cuando ella llegó, ellos ya se habían vuelto a su alojamiento, tal vez por otro camino. El caso es que aquí nos la encontramos otra vez a la entrada de la tumba, llorando desconsoladamente.

No hay por qué buscar razones complicadas para explicar el que no reconociera a Jesús. Lo más sencillo y conmovedor es que no Le veía a través de las lágrimas.

Toda su conversación con el Que tomó por el hortelano revela su amor. **«Si has sido Tú el que Te Le has llevado, dime**

dónde Le has puesto.» No mencionó el nombre de Jesús; supuso que todo el mundo sabría a Quién estaba buscando; tenía la mente tan llena de Él que no le quedaba sitio para nadie más en todo el mundo. «Y yo me Le llevaré.» ¿Cómo se Le iba a llevar, y adónde, una mujer sola? Pero ella ni siquiera se había planteado esos problemas. Lo único que anhelaba era poder llorar su amor sobre el cuerpo muerto de Jesús. Tan pronto como Le contestó al Que había tomado por el hortelano, se daría la vuelta hacia la tumba, dándole la espalda a Jesús. Y entonces no hizo falta más que una palabra: « ¡María!» Y otra de respuesta: « ¡Maestro mío!» *(Rabbuní* es la forma aramea de *Rabí,* que Juan interpreta para sus lectores griegos como es su costumbre).

Las siguientes pueden haber sido las razones por las que María no reconoció en un principio a Jesús.

(i) No nos damos cuenta de hasta qué punto la Resurrección fue una sorpresa gloriosa pero totalmente inesperada para los amigos de Jesús. Es verdad que Él se la había anunciado; pero también que ellos no Le habían comprendido, como se nos dice una y otra vez. Aunque nos extrañe, Jesús era la última Persona Que creían que podían encontrarse casualmente.

(ii) A María, las lágrimas no le permitieron reconocerle: le cegaron los *ojos* para que no Le pudiera ver. Cuando perdemos a un ser querido, hay tristeza en el corazón y lágrimas que se derraman o que no se derraman. Pero hay algo que debemos recordar: entonces nuestro dolor es en esencia egoísta. Lo que sentimos es nuestra soledad, nuestra pérdida, nuestra desolación. No podemos sentir que alguien haya ido como invitado de Dios; es por nosotros por los que lloramos. Es natural e inevitable. Al mismo tiempo, no debemos dejar que las lágrimas nos cieguen a la gloria del Cielo. Lágrimas ha de haber, pero a través de ellas debemos vislumbrar la gloria.

(iii) No pudo reconocer a Jesús porque no hacía más que mirar hacia el otro lado. No podía apartar los *ojos* de la tumba, así es que Le estaba dando la espalda. También eso nos sucede a menudo. En esos casos nuestros *ojos* están fijos en la fría tierra de la tumba; pero tenemos que arrancarlos de ahí: ahí no es donde están nuestros seres queridos; sus cuerpos desgastados puede que sí, pero su persona real está en los lugares celestiales en comunión con Cristo y en la gloria de Dios.

Cuando viene la aflicción, no debemos dejar que las lágrimas nos cieguen a la gloria, ni tampoco fijar nuestros ojos en la tumba olvidando el Cielo. Alan Walker, en su *Calvario de todo el mundo,* nos cuenta que una vez estaba oficiando en un funeral ante personas para las que el culto no era más que una fórmula, y que no tenían ni fe cristiana ni ningún contacto con la iglesia. «Cuando se terminó el oficio, una joven miró hacia la tumba y dijo quebrantada: « ¡Adiós, padre!» La palabra «Adiós» es el final para los que no tienen la fe cristiana.» Pero para nosotros ese momento es literalmente « ¡A Dios!», con lo que queremos decir: « ¡Hasta la vista!»

COMPARTIENDO LA BUENA NOTICIA

Juan 20:11-18 (conclusión)

Hay una dificultad innegable en este pasaje. Cuando se ha completado la escena del reconocimiento, a primera vista, en cualquier caso, Jesús le dijo a María: « No me toques, porque todavía no he ascendido al Padre.» Y unos pocos versículos más adelante nos encontramos con. que Jesús *invita* a Tomás a que Le toque *(Juan 20:27).* Lucas también nos presenta a Jesús invitando a Sus aterrados discípulos: « ¡Miradme las manos y los pies! ¡Mirad, soy Yo! ¡Tocadme y miradme! Un fantasma no es una persona de carne y hueso como veis que soy Yo» *(Lucas 24:39).* En el relato de Mateo leemos que «ellas se Le acercaron, se abrazaron a Sus pies y Le adoraron» *(Mateo 28:9).* La expresión de Juan también es difícil de entender. Pone en boca de Jesús: «No Me sujetes, que todavía no he ascendido a Mi Padre,» como diciendo que se Le podría tocar después de ascender. No hay ninguna explicación que sea totalmente satisfactoria.

(i) Se le ha dado una explicación espiritual a todo esto. Se ha afirmado que el único contacto real con Jesús es posible solamente después de la Ascensión; que no es el contacto físico con las manos lo verdaderamente importante, sino el que establecemos por la fe con el Señor Resucitado y Viviente. Eso es indudablemente cierto y precioso, pero no parece ser el sentido de este pasaje.

(ii) Se ha sugerido que el griego es realmente una traducción inexacta de un original arameo. Es verdad que Jesús hablaría en arameo, y no en griego; y que lo que nos dice Juan aquí es la traducción de lo que dijo Jesús. Se sugiere que lo que Jesús dijo realmente fue: « ¡No me retengas; sino, antes de que Yo ascienda a Mi Padre, ve a decirles a Mis hermanos...» Sería corno si Jesús hubiera dicho: « No te detengas tanto adorándome con el gozo de tu nuevo descubrimiento. Ve a darles la noticia a los demás discípulos.» Puede que sea esta la mejor explicación. El imperativo griego es un imperativo *presente,* y en estricta literalidad quiere decir: « ¡Deja de agarrarme!» Puede que Jesús le estuviera diciendo a María: « No sigas sujetándome egoístamente para ti sola. Dentro de poco vuelvo a Mi Padre. Antes quiero pasar con Mis discípulos el mayor tiempo posible. Ve a darles la buena noticia para que no perdamos nada del tiempo que ellos y Yo podemos compartir.» Así se obtiene un sentido excelente, y de hecho eso fue lo que hizo María.

(iii) Queda otra posibilidad. En los otros tres evangelios se hace hincapié en *el temor* de los que reconocieron a Jesús de pronto. En *Mateo 28:10,* las palabras de Jesús son: « ¡No tengáis miedo!» En *Marcos 16:8,* el relato termina: « ...se había apoderado de ellas un temblor y un miedo terrible... porque estaban atemorizadas.» En *Lucas 24:5* se nos dice que «se llevaron tal susto que no se atrevían ni a levantar la mirada del suelo.» En el relato de Juan no se menciona ese miedo paralizador. Ahora bien: a veces los que copiaban los manuscritos antiguos cometían errores, porque no era nada fácil leerlos. Algunos investigadores creen que lo que Juan escribió no era
ME MOY APTOY, «no Me toques», sino ME PTOOY, «no tengas miedo» (El verbo PTOEIN quiere decir «estremecerse de miedo»). En ese caso, Jesús le estaba diciendo a María: «No tengas miedo; todavía no Me he ido a Mi Padre; todavía estoy aquí con vosotros.»

Como ya dijimos, ninguna de estas explicaciones es totalmente satisfactoria; pero tal vez la segunda es la mejor de las tres que hemos considerado.

Lo que está claro es que Jesús le dijo a María que volviera a los discípulos con el mensaje de que lo que les había dicho a menudo estaba a punto de suceder: Jesús volvía a Su Padre; y María llegó con la noticia: « ¡He visto al Señor!»

El mensaje de María contiene la esencia del Evangelio, porque un cristiano es el que puede decir: « He visto al Señor.» El Cristianismo no quiere decir saber de Jesús, sino conocer a Jesús. No es poder discutir acerca de Jesús, sino encontrarse con Él. Quiere decir tener la certeza de que Jesús está vivo.

LA COMISIÓN DE CRISTO

Juan 20:19-23

Cuando se hizo de noche aquel primer día de la semanc; y los discípulos estaba todos juntos en un mismo lugar con las puertas atrancadas por miedo a los judíos, vino Jesús, se puso en medio de ellos y los saludó diciendo:

-¡Que la paz sea con vosotros!

Y acto seguido les enseñó Sus manos y Su costado; y los discípulos se llenaron de júbilo al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez:

-¡Que la paz sea con vosotros! Como el Padre Me envió a Mí, os envío Yo a vosotros.

E inmediatamente les infundió Su aliento y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo. Si le remitís a alguien los pecados, le quedan remitidos; y si se los retenéis, les quedan retenidos.

Es muy probable que los discípulos siguieran juntos en el aposento alto donde habían celebrado la Pascua con Jesús; pero lo que los mantenía unidos era el miedo. Conocían la actitud envenenada de los judíos que habían tramado la muerte de Jesús, y

temían que a ellos también les llegara el turno; así es que estaban juntos, pero atemorizados, escuchando los pasos en la escalera y las llamadas a la puerta, no fuera que fueran los emisarios del sanedrín que llegaban a arrestarlos a ellos.

Cuando estaban allí, Jesús apareció de pronto en medio de ellos. Les dirigió el saludo más corriente en el Oriente: «¡Que la paz sea con vosotros!» Quería decir más que «Que os veáis libres de problemas.» Más bien: « ¡Que Dios os colme de todo bien!» Y entonces Jesús les transmitió a Sus discípulos la comisión que la Iglesia no debe olvidar.

(¡)Les dijo que, como Dios Le había enviado a Él, así ahora Él los enviaba a ellos. Aquí tenemos lo que llamaba Westcott « La Constitución de la Iglesia.» Quiere decir tres cosas.

(a) Quiere decir que Jesucristo cuenta con la Iglesia, que es exactamente lo que Pablo quería decir cuando llamaba a la Iglesia « El Cuerpo de Cristo» *(Efesios 1:23; 1 Corintios 12:12).* Jesús había traído un mensaje para toda la humanidad, y ahora Se volvía con Su Padre. Su mensaje no podría alcanzar a toda la humanidad a menos que la Iglesia se encargara de transmitirlo. La Iglesia tenía que ser una boca que hablara de Jesús, unos pies que fueran a cumplir Sus recados y unas manos para hacer Su obra. Por tanto, lo primero que quiere decir esto es que *Jesús depende de Su Iglesia.*

(b) Quiere decir que la Iglesia necesita a Jesús. El que ha de ser enviado necesita a alguien que le envíe; necesita un mensaje que llevar; necesita un poder y una autoridad que respalden ese mensaje; necesita alguien a quien poder dirigirse cuando tenga dudas o dificultades. Sin Jesús, la Iglesia no tiene mensaje; sin Él, no tiene poder; sin Él, no tiene a nadie a quien apelar cuando se encuentra en dificultades; sin Él no tiene a nadie que le ilumine el entendimiento, ni que le fortalezca los brazos, ni que le anime el corazón. Esto quiere decir que *la Iglesia depende de Jesús.*

(c) Y aún queda otra cosa. Jesús envía a la Iglesia de una manera paralela a como Dios envió a Jesús. Pero no podemos leer la historia del Cuarto Evangelio sin darnos cuenta de que la relación entre Jesús y Dios dependía continuamente de la perfecta obediencia y el perfecto amor de Jesús. Jesús podía ser el perfecto Mensajero de Dios porque ofrecía a Dios la obediencia perfecta y el perfecto amor. De ahí se sigue que la Iglesia es apta como mensajera e instrumento de Cristo sólo cuando Le ama y obedece de una manera perfecta. La Iglesia no se dirige al mundo para propagar su propio mensaje, sino el mensaje de Cristo. No sigue políticas hechas por hombres, sino la voluntad de Cristo. La Iglesia fracasa cuando trata de resolver algún problema dependiendo de su propia sabiduría y fuerza, prescindiendo de la voluntad y dirección de Cristo.

(ii) Jesús exhaló en Sus discípulos y les dio el Espíritu Santo. No cabe duda que, cuando Juan se expresaba así, estaba recordando la antigua historia de la creación de Adán. Allí leíamos: «Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en una persona viva» *(Génesis 2:7).* Es la misma alegoría que vio Ezequiel en el valle de los huesos secos y muertos, cuando oyó a Dios decirle al viento-espíritu: « ¡Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan!» *(Ezequiel 37:9).* La venida del Espíritu Santo es como el despertar de la vida donde reinaba la muerte. Cuando viene sobre la Iglesia, la re-crea para su tarea.

(iii) Jesús les dijo a Sus discípulos: « Si le remitís a alguien íos pecados, le quedan remitidos; y si se los retenéis, le quedan retenidos.» Este es un dicho cuyo sentido verdadero debemos procurar comprender. Una cosa es segura: que ninguna persona puede perdonar los pecados por otra. Pero es igualmente cierto que la Iglesia tiene el gran privilegio de comunicar el mensaje del perdón de Dios a la humanidad. Supongamos que alguien nos trae el mensaje de otra persona; el valor que le demos a ese mensaje dependerá de lo bien que el portador conozca al que lo envía. Si alguien se nos ofrece a interpretarnos el pensamiento de otra persona, el valor de su interpretación dependerá de lo bien que la conozca.

Los apóstoles estaban en las mejores condiciones para llevar el mensaje de Jesús a otras personas, porque Le conocían muy bien. Si sabían que alguien estaba verdaderamente arrepentido podían proclamarle con absoluta seguridad el perdón de Cristo. Pero, igualmente, si sabían que no había arrepentimiento en su corazón, o que estaba comerciando con el amor y la misericordia de Dios, podían decirle que hasta que su corazón no cambiara no había perdón para él. Esto no quiere decir que se confiara el poder para perdonar pecados a ninguna persona o personas; pero sí el poder de proclamar ese perdón, lo mismo que el de advertir que ese perdón no es para el que no esté arrepentido. Aquí se establece el deber de la Iglesia de comunicar el perdón al corazón arrepentido, y de advertir al impenitente que está cerrándose a la misericordia de Dios.

EL ESCÉPTICO, CONVENCIDO

Juan 20:24-29

Pero Tomás, que quiere decir «el Mellizo» y era uno de los Doce, no estaba con los demás cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron:

-¡Hemos visto al Señor!

Y Tomás les contestó:

-Como no vea yo las señales de los clavos en Sus manos y meta el dedo en ellas, y meta la mano en Su costado, no me lo creo.

A les ocho días estaban otra vez los discípulos en aquella habitación, y Tomás entre ellos. Aunque tenían las puertas atrancadas, vino Jesús y se puso en medio de ellos y los saludó diciendo:

-¡Que la paz sea con vosotros! -Y a continuación le dijo a Tomás-: Acerca aquí el dedo, y mira Mis manos; acerca la mano y métela en Mi costado; y demuestra que no eres incrédulo, sino creyente.

-¡Mi Señor y mi Dios! -exclamó Tomás.

Y Jesús le dijo:

-Has creído porque Me has visto. ¡Bienaventurados los que han creído aunque no hayan visto!

Para Tomás la Cruz había sido lo que él se había temido. Cuando Jesús les propuso volver a Betania, cuando recibieron la noticia de la enfermedad de Lázaro, la reacción de Tomás había sido: «¡Vamos nosotros también a morir con Él!» *(Juan* 11:16). A Tomás no le faltaba valor; lo que le pasaba era que era pesimista por naturaleza. No hay la menor duda de que amaba a Jesús. Le amaba lo bastante para estar dispuesto a ir a Jerusalén a morir con Él cuando los otros vacilaban y tenían miedo. Había sucedido lo que él se había temido; y, aunque lo esperaba, le había destrozado el corazón de tal manera que rehuía a los demás y quería estar solo con su dolor.

El rey Jorge V de Inglaterra solía decir que una de las reglas de su vida era: «Cuando tenga que sufrir, dejadme que me aparte y sufra solo como un animal bien educado.» Así, Tomás prefería enfrentarse con el sufrimiento y el dolor a solas. Por eso, cuando se les presentó Jesús a Sus discípulos, Tomás no estaba entre ellos; y, cuando le dijeron que habían visto al Señor, aquello le pareció demasiado bueno para ser verdad, y se mostró incapaz de creerlo. Beligerante en su pesimismo, dijo que en la vida creería que Jesús había resucitado a menos que Le viera con sus propios ojos y tocara las señales de los clavos en Sus manos y metiera la mano en la herida de la lanza en Su costado. (No se hace referencia a las huellas de los clavos en los pies, tal vez porque no se les solían clavar, sino sólo atar, a los crucificados).

Pasó una semana, y Jesús volvió; y esta vez Tomás estaba allí. Y Jesús conocía el corazón de Tomás: le repitió sus propias palabras, y le invitó a hacer la prueba que él mismo había sugerido. Y a Tomás se le salió el corazón de alegría y de amor, y sólo pudo decir: «¡Mi Señor y mi Dios!» Jesús le dijo: «Tomás, tú has tenido que ver con tus propios *ojos* para creer; pero llegará el día cuando habrá personas que creerán sin haber visto más que con *los ojos* de la fe.»

El carácter de Tomás se nos presenta con toda claridad.

(i) Cometió una equivocación: el retirarse de la compañía de los que habían compartido con él lo mejor de sus vidas. Buscó la soledad; y, por no estar con sus camaradas, se perdió la primera visita de Jesús. Nos perdemos un montón de cosas cuando nos separamos de la comunión cristiana y tratamos de arreglárnoslas solos. Nos pueden suceder cosas buenas en la comunión de la Iglesia de Cristo que no nos sucederán si estamos solos. Cuando llega el dolor y la aflicción nos envuelve, a veces tendemos a encerrarnos en nosotros mismos y rechazar el encuentro con otras personas. Ese es precisamente el momento en que, pese a nuestro dolor, debemos buscar la comunión de los hermanos en Cristo, porque es ahí donde podemos encontrarnos con Él cara a cara.

(ii) Pero Tomás tenía dos grandes virtudes. Se negaba en redondo a decir que creía lo que no creía, o que entendía lo que no entendía. Jamás acallaba sus dudas pretendiendo no tenerlas. No era de los que recitan un credo sin saber lo que están diciendo. Tomás tenía que estar seguro, y eso no se le puede reprochar. Tennyson escribió:

Vive más fe en una honrada duda que en muchos de los credos, créeme.

Hay una fe más auténtica en la persona que insiste en estar segura, que en la que repite rutinariamente cosas que no ha pensado nunca por sí y que es posible que no crea de veras. Esa es la duda que a menudo acaba en certeza.

(ii) La otra gran virtud de Tomás era que, cuando estaba seguro, no se quedaba a mitad de camino. «¡Mi Señor y mi Dios!», dijo. Esa no fue una confesión a medias, sino la más completa del Nuevo Testamento. No era uno de esos que airean sus dudas para practicar una especie de acrobacia intelectual; dudó hasta llegar a la seguridad; y una vez que llegó, se rindió totalmente a la certeza. Cuando una persona alcanza la convicción de que Jesucristo es el Señor venciendo sus dudas llega a una seguridad que no puede alcanzar la que acepta las cosas sin pensarlas.

TOMÁS EN LO SUCESIVO

Juan 20:24-29 (conclusión)

No sabemos con seguridad lo que fue de Tomás más adelante; pero hay un libro apócrifo que se llama Los *Hechos de* Tomás que pretende contarnos su historia. Se trata, desde luego, de leyendas; pero puede que contengan restos de su historia. Nos presentan el carácter de Tomás con verdadero realismo. Veamos algunos detalles.

Después de la muerte de Jesús, Sus discípulos se repartieron el mundo para evangelizar los diferentes países. A Tomás le tocó la India. (Hasta el día de hoy hay una iglesia cristiana en el Sur de la India que se llama la Iglesia de Santo Tomás, porque se cree que él fue su fundador).

Al principio, Tomás se negó a ir, alegando que no era bastante fuerte para un viaje tan largo. Y dijo: « Yo soy hebreo; ¿cómo voy a ir a predicarles la verdad a los indios?» Jesús se le apareció una noche y le dijo: «No tengas miedo, Tomás; vete a la India a predicar la Palabra allí, porque Mi gracia estará contigo.» Pero Tomás seguía negándose. «Mándame adonde quieras -le dijo a Jesús-, pero que no sea a la India; porque allí no voy.»

Sucedió que había venido cierto mercader de la India a Jerusalén que se llamaba Abanes. Le había enviado el rey Gundaforo para que le llevara a un experto carpintero, y eso es lo que era Tomás. Jesús se dirigió a Abanes en el mercado y le dijo: «¿Quieres comprar un carpintero?» Abanes le dijo:
«Sí.» Y Jesús entonces le propuso: «Tengo un esclavo que es carpintero, y quiero venderle,» y señaló a Tomás desde lejos. Llegaron a un acuerdo en el precio, y se hizo un contrato de compra-venta que decía: « Yo, Jesús, hijo de José el Carpintero, certifico que te he vendido a mi esclavo que se llama Tomás a ti, Abanes, mercader de Gundaforo, rey de los indios.» Cuando se firmó y selló el trato, Jesús encontró a Tomás, y se le llevó a Abanes, quien le preguntó: « ¿Es este tu Señor?» Tomás contestó: «¡Pues claro que sí!» Y Abanes le dijo: «Pues yo te he comprado.» Tomás. no dijo nada. Pero, de madrugada, se levantó a orar; y al final de su oración Le dijo a Jesús: «Iré adonde Tú me mandes, Señor Jesús, hágase Tu voluntad.» Esto nos presenta al mismo Tomás de siempre, lento para convencerse y para rendirse; pero, que una vez que se rendía, se rendía de veras.

La historia sigue diciéndonos que Gundaforo le mandó a Tomás que le construyera un palacio, y Tomás dijo que estaba dispuesto a hacerlo. El rey le dio dinero en abundancia para los materiales y para contratar obreros; pero Tomás se lo dio todo a los pobres. Siempre le decía al rey que el palacio iba para arriba; pero el rey estaba muy suspicaz. Por último mandó a buscar a Tomás, y le preguntó: « ¿Me has construido ya el palacio?» « Sí», le contestó Tomás. «Bueno; entonces, ¿podemos ir a verlo?», le preguntó el rey; y Tomás le contestó: « No lo puedes ver todavía; pero, cuando te vayas de esta vida, entonces lo verás.» A1 principio el rey se puso furioso, y Tomás corrió verdadero peligro; pero luego el rey se convirtió a Cristo... y así trajo Tomás el Evangelio a la India.

Tomás tiene algo muy simpático y admirable. La fe no le resultaba fácil; y la obediencia no era su reacción espontánea. Era un hombre que tenía que estar seguro, y tenía que calcular el precio; pero, una vez que estaba seguro, y una vez que había contado el precio, llegaba hasta el límite de la fe y de la obediencia. Una fe como la de Tomás es mejor que una confesión templada; y una obediencia como la suya es mejor que una conformidad fácil que se muestra de acuerdo en hacer algo sin contar con el precio, y luego se vuelve atrás.

EL PROPÓSITO DEL EVANGELIO

Juan 20:30-31

> *Jesús hizo otras muchas señales en presencia de Sus discípulos que no se incluyen en este libro; pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Ungido e Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en Su nombre.*

Parece claro que, tal como se dispuso el evangelio en un principio, acababa aquí. El capítulo 21 se considera un apéndice y una posdata.

No hay pasaje en los evangelios que resuma mejor que este el propósito del que lo escribió.

(i) Está claro que los evangelistas no se propusieron darnos un relato completo de la vida de Jesús. No Le siguen de día en día, sino hacen una selección. Nos dan, no un relato exhaustivo de todo lo que Jesús hizo y dijo, sino unos ejemplos que nos muestran cómo era y la clase de cosas que hacía y decía.

(ii) Está claro que los evangelios no se proponían ser biografías de Jesús, sino invitaciones a tomarle como Salvador, Maestro y Señor. Su objetivo no era, dar información, sino dar vida. Era presentar un retrato de Jesús que permitiera al lector ver que la Persona que hablaba y enseñaba y obraba así no podía ser más que el Hijo de Dios; y que en esa fe encontrara el secreto de la vida real y verdadera.

Cuando nos ponemos a leer los evangelios como si fueran historia o biografía estamos adoptando una actitud equivocada. Debemos leerlos, no como si fuéramos estudiantes de historia que buscan información, sino como hombres y mujeres que buscan a Dios.

Juan 21

Se mire como se mire, el capítulo veintiuno de Juan nos sorprende. Como ya hemos visto, el evangelio termina naturalmente al final del capítulo veinte; y luego parece empezar otra vez con el capítulo veintiuno. A menos que hubiera habido ciertas cosas muy especiales que nos quería decir, el que le dio al evangelio su forma definitiva no habría añadido este capítulo.

Sabemos que en el evangelio de Juan nos encontramos muchas veces con dos sentidos: uno, que está a la vista en la superficie, y otro, más profundo, que está por debajo. Así es que, al estudiar este capítulo, trataremos de descubrir por qué se añadió de una manera que nos parece rara después que el evangelio se había dado por concluido de una manera tan natural.

EL SEÑOR RESUCITADO

Juan 21:1-14

Pasado algún tiempo se presentó Jesús otra vez a Sus discípulos a la orilla del lago de Tiberíades de la manera siguiente: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de Sus discípulos. Y Simón Pedro les dijo:

-Yo me voy a pescar.

Y los otros le contestaron:

-Pues vamos nosotros también contigo.

Así que se pusieron en camino, y luego se subieron a la barca; pero no pescaron nada en toda la noche.

Cuando ya estaba amaneciendo, Jesús apareció en la orilla, aunque los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. Entonces Jesús les dijo:

-¡Chicos! ¿Es que no traéis nada de comida?

-¡No! -le respondieron.

-¡Echad la red ala derecha de la barca, y cogeréis! -les dijo Jesús. Y, cuando lo hicieron, ya no podían recoger la red, de la cantidad de peces que habían cogido. El discípulo amado de Jesús le dijo entonces a Pedro:

-¡Es el Señor!

Cuando oyó que era el Señor, Pedro se puso el mantón que se había quitado para faenar y se tiró al agua. Los demás llegaron a la orilla en la barca, porque no estaban nada más que a unos cien metros, remolcando la red cargada de peces.

Cuando desembarcaron a tierra vieron unas brasas de fuego, con pescado asándose, y pan. Y Jesús les dijo:

-Traed algunos de los pescados que habéis cogido.

Entonces Pedro volvió ala barca y se trajo la red a tierra, llena de peces grandes, ciento cincuenta y tres; y, aunque eran tantos, la red no se había roto.

Y Jesús les dijo:

-¡Venid a desayunar!

Y ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle «¿Y quién eres Tú?», porque se habían dado cuenta de que era el Señor. Y Jesús se acercó, tomó el pan y les dio, e hizo lo mismo con el pescado.

Esta ya era la tercera vez que Jesús se aparecía a Sus discípulos después de Su Resurrección.

El que cuenta esta historia no puede haber sido sino uno que conocía bien a los pescadores del mar de Galilea. La noche era el mejor tiempo para pescar.. W. M. Morton, en su *La tierra y el libro,* describe. una pesca nocturna: «Hay cierta clase de pesca que se hace por la noche. Es algo impresionante de ver. A la luz de teas chisporroteantes, la barca se desliza por el mar reluciente mientras los hombres se mantienen de pie observando atentamente hasta que descubren presas, y lanzan la red como rayos; y a menudo se ven venir al puerto los pescadores agotados por la mañana, después de faenar en vano toda la noche.»

La pesca abundante de la historia no se nos presenta como un milagro, ni se pretende que se tome por tal. Se describe como algo que sigue pasando en el lago. Recordad que la barca no estaba más que a cien metros de la orilla. H. V. Morton cuenta que vio a dos hombres pescando a la orilla del lago. Uno había vadeado desde la orilla y estaba echando una red de cascabeles al agua. «Y vez tras vez la red subía vacía. Era interesantísimo verle echarla. Cada vez que la cuidadosamente enrollada red surcaba el aire y caía tan precisamente en el agua, las pequeñas pesas de plomo la tocaban al mismo tiempo produciendo un chapoteo circular. Mientras estaba esperando para lanzar otra vez, Abdul le gritó desde la orilla que echara la red a la izquierda, cosa que hizo al instante. Y esta vez no fue en vano... Sacó la red en la que se podían ver los peces removiéndose... Sucede a menudo que el que lleva la red de mano tiene que depender de la vista del que está a la orilla, que le dice hacia qué lado tiene que echarla, porque puede ver en el agua clara el banco que no ve el que está dentro del agua.» Jesús estaba haciendo las veces de guía con Sus amigos pescadores, como sigue haciéndose hoy en día.

Puede que fuera porque todavía estaba oscuro por lo que no reconocieron a Jesús. Pero el discípulo amado tenía una vista aguda. Se dio cuenta de que era el Señor; y, cuando Pedro lo oyó, salto al agua. No estaba desnudo del todo. Llevaría un ceñidor, que era una especie de calzoncillos, que era lo único que llevaban los pescadores cuando faenaban. Ahora bien: la ley judía decía que el saludar era un acto religioso, y para realizar un acto religioso había que estar dignamente vestido; así es que Pedro, antes de lanzarse al agua para venir al encuentro de Jesús, se puso la túnica de pescador; porque quería ser el primero en saludar a su Señor.

LA REALIDAD DE LA RESURRECCIÓN

Juan 21:1-14 (continuación)

Ahora llegamos a la primera gran razón para que se añadiera este extraño capítulo al evangelio ya concluido. Fue para demostrar de una vez para siempre *la realidad de la Resurrección.* Había muchos que decían que las apariciones del Cristo Resucitado no eran más que visiones que tuvieron los discípulos.

Muchos admitirían la realidad de esas visiones, pero insistirían en que no eran otra cosa. Otros llegarían a decir que no eran más que alucinaciones. Los evangelios se esfuerzan en demostrar que el Cristo Resucitado no era una visión, y menos una alucinación, ni un fantasma, sino una Persona real. Insisten en que la tumba estaba vacía, y en que el Cristo Resucitado tenía un cuerpo real, que conservaba las señales de los clavos y de la lanza que Le atravesó el costado.

Pero esta historia va un paso más lejos. Una visión o un fantasma no sería normal que indicara la posición de un banco de peces a un grupo de pescadores. Menos aún encendería un fuego para asarles unos peces a unos agotados pescadores, y menos aún los compartiría con ellos. Y sin embargo esta historia nos cuenta que Jesús sí hizo esas cosas. Cuando Juan nos relata que Jesús se les presentó a Sus discípulos cuando tenían las puertas cerradas dice: «Les enseñó Sus manos y Su costado» *(Juan 20:20).* Ignacio de Antioquía, en su carta a la Iglesia de Esmirna, cuenta una tradición aún más definida acerca de ese hecho: « Yo sé y creo que Jesús estaba en la carne aun después de la Resurrección; porque, cuando se presentó a Pedro y a sus compañeros, les dijo: « ¡Venga, tocadme y comprobad que no soy ningún demonio incorpóreo.» E inmediatamente Le tocaron, y creyeron, porque se convencieron sin lugar a dudas de Su humanidad... Y después de Su Resurrección comió y bebió con ellos como un ser humano.»

El primero y el más sencillo propósito de esta historia es dejar bien clara la realidad de la Resurrección. El Señor Resucitado no era una visión, ni la fantasía de ninguna imaginación exaltada, ni la aparición de un fantasma: ¡era Jesús, Que había conquistado la muerte y había vuelto vencedor!

LA UNIVERSALIDAD DE LA IGLESIA

Juan 21:1-14 (conclusión)

Aquí se nos presenta simbolizada una segunda gran verdad. En el Cuarto Evangelio todo tiene su razón de ser; así es que podemos dar por sentado que si Juan nos menciona el número ciento cincuenta y tres, habrá algo que nos quiere decir con eso. Se ha sugerido que se contaron los peces sencillamente porque había que repartir la pesca entre los que habían participado en ella; y se menciona el número por lo extraordinariamente grande que fue. Pero, cuando recordamos la forma que tiene Juan de sugerir sentidos velados para que los descubran los que tienen interés, podemos suponer que aquí hay algo más de lo que aparece en la superficie.

Se han propuesto muchas sugerencias ingeniosas.

(i) Cirilo de Alejandría dijo que el número 153 se compone de tres cifras. Primero, está el 100; y representa «la plenitud de los gentiles.» 100, dice, es el número más completo: el rebaño del pastor de la parábola se compone de 100 ovejas *(Mateo 18:12);* el producto más completo de la semilla es de 100 por 1 *(Mateo 13:8).* Así que el número 100 representa la plenitud de los gentiles que se recogerán en Cristo. Segundo, está el 50; y 50 representa el remanente de Israel que se cosechará. Tercero, el 3; y el 3 representa a la Santísima Trinidad, a cuya gloria se hace todo.

(ii) Agustín tiene otra explicación aún más ingeniosa. Dice que 10 es el número de la Ley, porque hay 10 mandamientos; 7 es el número de la gracia, porque en Apocalipsis se dice que hay siete espíritus de Dios. Ahora bien: 10+7=17, y 153 es la suma de todas los números (1+2+3+4+5...) hasta 17. Así que 153 representa a todos los que han venido a Jesucristo, ya sea mediante la Ley o mediante la Gracia.

(iii) La explicación más sencilla es la que nos da Jerónimo. Dice que hay en el mar 153 clases de peces, y que aquella pesca incluía representantes de todas ellas; y que, por tanto, el número simboliza el hecho de que algún día todas las personas de todas las naciones se reunirán en Jesucristo.

Mencionaremos otro detalle: todos estos peces se reunieron en la red, y la red los pudo contener a todos sin romperse. La red representa a la Iglesia; y hay sitio en ella para todas las naciones. Aunque todos entraran en ella, es bastante grande para contenerlos.

Aquí Juan nos está hablando en su manera característica y sutil de la universalidad de la Iglesia. Ningún exclusivismo cabe en ella, ni racismo ni discriminación. El abrazo de la Iglesia es tan universal como el amor de Dios en Jesucristo. Nos introducirá en la siguiente gran razón por la que se añadió este capítulo al evangelio que ya estaba completo el fijarnos en que fue Pedro el que trajo a tierra la gran red *(Juan 21:11).*

EL PASTOR DEL REBAÑO DE CRISTO

Juan 21:15-19

Después de desayunar, Jesús le dijo a Simón Pedro: -Simón hijo de Jonás, ¿Me amas más que estos? Y Pedro Le contestó:
-Sí, Señor; Tú sabes que Te quiero. Jesús entonces le dijo:
-Sé el pastor de mis corderos.
Y de nuevo le dijo por segunda vez: -Simón hijo de Jonás, ¿Me amas?
Y Pedro Le contestó:
-Sí, Señor; Tú sabes que te quiero.
Y Jesús le dijo:
-Sé el pastor de mis ovejas.
Por tercera vez le preguntó:
-Simón hijo de Jonás, ¿Me quieres?
Pedro se afligió cuando Jesús le preguntó por tercera vez «¿Me quieres?», y Le contestó:
-Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que Te quiero. Apacienta mis ovejas. Te estoy hablando en serio: Cuando eras más joven, te ponías el cinto y te ibas adonde querías; pero cuando te hagas viejo, extenderás los brazos y será otro el que te ponga el cinto para llevarte adonde tú no quieras.
Eso lo dijo indicando con qué clase de muerte iba Pedro a glorificar a Dios. Y después le dijo a Pedro:
-¡Sígueme!

Aquí tenemos una escena que tiene que haber quedado grabada indeleblemente en la memoria de Pedro.

(i) En primer lugar, tenemos que fijarnos en la pregunta que le dirigió Jesús a Pedro: < Simón hijo de Jonás, ¿Me amas más que estos?» Por lo que se refiere a la construcción de la frase, esto puede querer decir una de dos cosas.

(a) Puede que Jesús señalara, con un movimiento del brazo, la barca y las redes y los peces recién pescados, y le preguntara a Pedro: «Simón, ¿Me amas más que a estas cosas? ¿Estás dispuesto a dejar todo esto, a renunciar a las perspectivas de un negocio próspero y una vida razonablemente cómoda para entregarte para siempre al cuidado de Mi pueblo y a Mi obra?» Ese tiene que haber sido todo un desafío para Pedro: la invitación a hacer la decisión final de entregar toda su vida a la predicación del Evangelio y al cuidado del Pueblo de Cristo.

(b) Puede que Jesús mirara a los otros componentes del grupo de discípulos cuando le preguntó a Pedro: «Simón, ¿Me amas más de lo que Me aman estos?» Puede que Jesús se estuviera refiriendo a lo que dijo Pedro la otra noche: «¡Aunque todos estos Te fallen, yo no Te voy a fallar!» *(Mateo 26:33)*. Tal vez estaba recordándole afectuosamente a Pedro que en cierta ocasión había pensado que él era el único que se mantendría fiel, pero también había fallado.

Lo más probable es que el sentido más correcto sea el segundo; porque Pedro no hace ningunas comparaciones en su respuesta, sino sólo se contenta con decir sencillamente: «Tú sabes que Te quiero.»

(ii) Jesús le hizo la pregunta tres veces, y lo hizo así por algo. Fueron tres las veces que Pedro negó a su Señor, y tres las oportunidades que le dio su Señor de afirmar su amor. Jesús le concedió a Pedro la oportunidad de borrar de su memoria la triple negación con una triple afirmación.

(iii) Debemos fijarnos en lo que el amor le trajo a Pedro. *(a)* Le trajo una tarea. « Si Me amas -le dijo Jesús-, dedica tu vida a pastorear las ovejas y los corderos de Mi rebaño.» Sólo podemos demostrar que amamos a Jesús amando a los demás. El amor es el mayor privilegio del mundo, pero conlleva la mayor responsabilidad. (b) Le trajo a Pedro una cruz. Jesús le dijo: «Mientras seas joven, puedes escoger adónde quieres ir; pero llegará el día cuando extenderán tus brazos en una cruz, y te llevarán por donde no quieras.» Llegó el día, en Roma, cuando Pedro murió por su Señor; él también acabó su vida en una cruz, y se dice que pidió que le crucificaran cabeza abajo, porque no se consideraba digno de morir como su Señor.

El amor le trajo a Pedro una tarea, y también una cruz. El amor siempre implica una responsabilidad, y siempre incluye un sacrificio. No amamos a Cristo de veras a menos que estemos dispuestos a asumir Su obra y Su Cruz.

Fue por algo por lo que Juan recordó este incidente. Lo hizo para presentar a Pedro como el gran pastor del pueblo de Cristo. Puede ser, era inevitable, que surgieran comparaciones en la Iglesia Primitiva. Algunos dirían que Juan era el más importante, porque se remontaba en su vuelo de pensamiento más que todos los demás. Algunos dirían que el más importante era Pablo, porque llegó hasta el fin de la Tierra con el Evangelio de Cristo. Pero este capítulo dice que Pedro también tuvo un lugar preponderante. Puede que no pensara o escribiera como Juan; puede que no viajara ni corriera tantas aventuras como Pablo; pero tuvo el gran honor, y la entrañable tarea, de ser el pastor del rebaño de Cristo. Y aquí es donde podemos seguir las huellas de Pedro. No es probable que podamos pensar como Juan; ni que podamos llegar hasta lo último de la Tierra como Pablo; pero todos podemos cuidarnos de que algún otro no se descarríe, y de proveer el alimento de la palabra de Dios para los corderos de Cristo.

EL TESTIGO DE CRISTO

Juan 21:20-24

Pedro se volvió, y vio que los estaba siguiendo el discípulo amado de Jesús, el que había recostado su cabeza en el pecho de Jesús y Le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que Te va a traicionar?» Cuando Pedro vio a ese discípulo, Le preguntó a Jesús:

-Señor, ¿y qué va a pasar con ese?

Y Jesús le respondió:

-Si quiero que Me espere hasta que Yo vuelva, eso no es cosa tuya. Tu obligación es seguirme.

Por eso se corrió la voz entre los cristianos de que este discípulo no se iba a morir. Pero Jesús no dijo que no se moriría, sino: «Si quiero que ese Me espere hasta que Yo vuelva, eso no es cosa tuya.» Y este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y que las ha escrito, -y sabemos que su testimonio es da pura verdad.

Este pasaje deja bien claro que Juan tiene que haber llegado a una notable ancianidad; tiene que haber vivido una vida tan larga que se corrió la voz entre los cristianos de entonces que iba a seguir vivo hasta la Segunda Venida de Cristo. Ahora bien: de la misma manera que el pasaje anterior asignaba a Pedro su lugar correspondiente en el plan de Dios, este se lo asigna a Juan. Su misión especial sería la de ser testigo de Cristo. También en su caso los cristianos de entonces harían sus comparaciones. Mencionarían que Pablo había llegado al fin de la Tierra; que Pedro iba por acá y por allá pastoreando a los creyentes; y entonces se preguntarían cuál era la misión especial de Juan, que llegó a tal ancianidad en Éfeso que ya no podía llevar a cabo ninguna actividad. Aquí está la respuesta: Puede que Pablo fuera el pionero de Cristo; Pedro, el pastor de Cristo; pero Juan era el testigo de Cristo, el que podía decir: «Yo he vivido estas cosas, y sé que son verdad.»

Hoy en día también la prueba definitiva del Cristianismo es la experiencia cristiana personal. Hoy también el cristiano es el que puede decir: «Yo conozco a Jesucristo, y sé que el Evangelio es verdad.»

Así que, en su final, este evangelio toma dos de las grandes figuras de la Iglesia, Pedro y Juan. A cada uno Jesús le asignó una misión. La de Pedro fue pastorear la grey de Cristo hasta dar su vida por Él. La de Juan fue ser testigo de la historia de Cristo, y alcanzar una bendita ancianidad para acabar muriendo en paz. Nada los hizo rivales en el honor y el prestigio, ni al uno superior al otro. Los dos fueron siervos de Cristo.

Que cada cual sirva a Cristo donde Cristo le ha puesto. Como le dijo Jesús a Pedro: « La tarea que Yo le doy a otro no es cosa tuya. Lo tuyo es seguirme;» así nos lo dice a cada uno de nosotros. Nuestra gloria no depende de nuestra comparación con los demás, sino de servir a Cristo en la capacidad que Él nos ha asignado.

EL CRISTO ILIMITADO

Juan 21:25

Hay muchas otras cosas que hizo Jesús que, si se escribieran una tras otra, no creo que el mundo sería lo suficientemente grande para contener todos los libros que se escribirían.

En este último capítulo, el autor del Cuarto Evangelio pone ante la Iglesia para la que lo escribió unas cuantas grandes verdades. Les ha recordado la realidad de la Resurrección; les ha recordado la universalidad de la Iglesia; les ha recordado que Pedro y Juan no eran rivales, sino que Pedro era el gran pastor, y Juan el gran testigo. Y ahora llega al final; y llega pensando en el esplendor de Jesucristo. Aunque sepamos mucho de Cristo, no hemos captado más que un poquito de Él. Sean las que sean las maravillas que hemos experimentado, son sólo una pequeña parte de las que se pueden experimentar. Las categorías humanas son insuficientes para describir a Cristo, y los libros humanos son incapaces de contenerle. Así que Juan termina haciendo referencia a los innumerables triunfos, el inagotable poder y la gracia ilimitada de Jesucristo.

NOTA SOBRE LA HISTORIA DE LA MUJER SORPRENDIDA EN ADULTERIO

Juan 8:2-11

Para muchos, esta es una de las historias más encantadoras y preciosas de los evangelios; y, sin embargo, entraña algunas dificultades.

Los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento son, como es natural, los más valiosos. Las copias se hacían a mano; y está claro que, cuanto más cerca se remontan de los escritos originales, tanto mayores garantías ofrecen de ser correctas. Llamamos a estos manuscritos más antiguos *unciales,* porque están escritos totalmente con letras mayúsculas; el texto del Nuevo Testamento se basa en los más antiguos, que datan de los siglos IV al VI d.C.

El hecho es que esta historia no aparece nada más que en uno de esos manuscritos antiguos, que no se considera de los mejores. Seis de ellos la omiten totalmente. Dos, dejan un espacio en blanco en el lugar correspondiente. No la encontramos hasta que llegamos a los manuscritos griegos tardíos y a los medievales, y hasta en ellos se hace constar a menudo que su inclusión es discutida.

Otras fuentes para el estudio del texto del Nuevo Testamento son las versiones antiguas; es decir, las traducciones a otras lenguas. Esta historia no aparece en la antigua versión siriaca ni en la versión copta o egipcia, ni en algunas de las traducciones latinas primitivas.

Tampoco ninguno de los padres antiguos de la Iglesia parece haber sabido nada de ella. Nunca la comentan, y ni siquiera la mencionan. Orígenes, Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia y Cirilo de Alejandría, entre los griegos, no la mencionan. El primer comentarista griego que hace referencia a ella es Eutimio Zigabeno, c. 1118 d.C., y hasta él dice que no se encuentra en los mejores manuscritos.

Entonces, ¿de dónde ha salido esta historia? No cabe duda

de que Jerónimo sí la conocía en el siglo IV, porque la incluyó en la Vulgata. Sabemos que Agustín y Ambrosio también la conocían, y la comentaron. Y está en todos los manuscritos tardíos, aunque hay que hacer notar que su posición varía considerablemente: en algunos manuscritos aparece al final del evangelio de Juan, y en otros se inserta detrás de *Lucas 21:38.*

Pero podemos remontarnos todavía más. Se cita en un libro del siglo III d.C. que se llama *Las Constituciones Apostólicas,* donde se da como advertencia a los obispos demasiado severos. Eusebio, el historiador de la Iglesia, dice que Papías cuenta una historia «de una mujer que fue acusada de muchos pecados ante el Señor,» y Papías vivió poco después del año 100 d.C.

Así es que aquí tenemos los hechos. La historia se puede remontar hasta principios del siglo II d.C. Cuando Jerónimo tradujo la Vulgata, la introdujo sin cuestión. Los manuscritos tardíos y medievales la contienen. Y, sin embargo, ninguno de los manuscritos considerados mejores la incluye. Ninguno de los grandes padres griegos la menciona siquiera; pero algunos de los grandes padres latinos sí la conocían y la citan.

¿Cómo se puede explicar todo esto? No tenemos por qué tener miedo de tener que prescindir de esta historia maravillosa; porque es suficiente garantía de su autenticidad el que podamos trazar su antigüedad hasta casi el año 100 d.C. Pero sí necesitamos alguna explicación del hecho de que ninguno de los grandes manuscritos la incluya. Los traductores al inglés Moffatt, Weymouth y Rieu la incluyen entre corchetes, como hace el Nuevo Testamento Griego, y otros la ponen como nota a pie de página, en letra más pequeña.

Agustín hace una sugerencia. Dice que esta historia se quitó del texto del evangelio porque «algunos tenían una fe débil» y «para evitar escándalos.» No lo podemos asegurar, pero es posible que, en los primeros tiempos, los que editaron el texto del Nuevo Testamento creyeron que esta era una historia peligrosa, una justificación de una postura menos severa en relación con el adulterio; y, por tanto, la omitieron. Después de todo, la Iglesia Cristiana era una islita rodeada por el mar del paganismo. Sus miembros estaban en peligro de retroceder a una forma de vida en la que la castidad era desconocida, y estaban expuestos al contagio del paganismo. Pero, a medida que fue pasando el tiempo, el peligro se hizo menos grave y temible, y la historia, que había seguido circulando oralmente y que estaba en uno de los manuscritos, volvió a su sitio.

Es probable que no esté en el sitio que le correspondía, y que la insertaron aquí para ilustrar el dicho de Jesús: «Yo no juzgo a nadie» *(Juan 8:15).* A pesar de las dudas de los traductores modernos, y a pesar de que los manuscritos más antiguos no la tienen, podemos estar seguros de que es una historia auténtica de Jesús -aunque tan llena de gracia que, durante mucho tiempo, a muchos de la Iglesia les daba miedo contarla.

NOTA SOBRE LA FECHA DE LA CRUCIFIXIÓN

El Cuarto Evangelio presenta un problema al que no aludimos cuando estábamos estudiando ese pasaje. Aquí sólo podemos mencionarlo brevemente, porque es un problema que no está resuelto, aunque se le ha dedicada una literatura inmensa.

Está claro que, el Cuarto Evangelio por una parte y los otros tres por la otra, dan fechas diferentes de la Crucifixión, y dan impresiones diferentes en cuanto a lo que fue la última Cena.

En los evangelios sinópticos está claro que la última Cena fue la Pascua, y que Jesús fue crucificado el día de la Pascua. Debemos recordar que el día empezaba para los judíos a las 6 de la tarde de lo que sería para nosotros el día anterior. La Pascua caía el 15 de Nisán; pero ese día empezaba a las 6 de la tarde de lo que sería para nosotros el 14 de Nisán. Marcos lo pone bien claro: « Y el primer día de los ázimos, cuando se sacrifican los corderos pascuales, Sus discípulos Le dijeron: « ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de la Pascua?» Y Jesús les dio instrucciones. Marcos continúa: « Y prepararon la pascua; y, cuando llegó la tarde, Jesús vino con los doce.» *(Marcos 14:12-17).* No cabe duda de que Marcos presenta la Última Cena como la comida de la Pascua, y que Jesús fue crucificado el día de la Pascua; y Mateo y Lucas siguen a Marcos.

Por otra parte, Juan deja bien claro que Jesús fue crucificado *el día antes* de la Pascua. Empieza la historia de la última Cena: < Ahora bien: antes de la fiesta de la Pascua...» *(Juan 13:1).* Cuando Judas se marchó del aposento alto, los otros discípulos pensaron que iba *a preparar* la pascua *(Juan 13:29).* Los judíos no querían entrar en la sala del juicio para no contaminarse,

incapacitándose así para comer la pascua *(Juan 18:28).* El juicio tuvo lugar el día de la preparación para la Pascua, es decir, en la víspera *(Juan 19:14).*

Aquí nos encontramos con una diferencia que no podemos soslayar. O tienen razón los sinópticos, o la tiene Juan. Juan estaba atento para descubrir el sentido espiritual. En su relato, crucificaron a Jesús *cerca de la hora sexta (Juan 19:14). Era precisamente entonces cuando se estaban sacrificando los corderos pascuales en el templo.* Lo más probable es que Juan siguiera un orden que hiciera que la Crucifixión coincidiera con la matanza de los corderos en el templo, para que se viera que Jesús era el gran Cordero Pascual que salvó a Su pueblo y tomó sobre Sí los pecados del mundo. Según esto, los sinópticos son correctos *de hecho;* pero Juan tenía más interés en la verdad espiritual que en lo meramente histórico.

No hay una explicación plenamente satisfactoria de esta discrepancia innegable; pero la expuesta nos parece la mejor.